

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS
FOLKLORICOS
DE CHILE

Tomo II

Santiago de Chile

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS FOLKLORICOS
DE CHILE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FOLKLÓRICAS "RAMÓN A. LAVAL"

Santiago de Chile, 1961

© Yolando Pino Saavedra

Inscripción N° 22.382.

Yolando Pino Saavedra
CUENTOS FOLKLÓRICOS
DE CHILE

EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.

San Francisco 454 - Santiago, Chile

Proyectó la edición Mauricio Amster

Yolando Pino Saavedra

CUENTOS
FOLKLORICOS
DE CHILE

Tomo II

1 9 6 1

INTRODUCCION

La acogida favorable que ha tenido el tomo primero de esta colección entre los especialistas de Europa y América ha sido un estímulo poderoso para que el autor continúe su obra y le dé término.

De acuerdo con la ordenación tipológica de Aarne-Thompson, este tomo debía empezar con versiones de cuentos mágicos a partir del tipo 650, pero las dificultades de clasificación que se presentaron al autor lo han obligado a desistir de ese propósito. Afortunadamente estos problemas fueron resueltos por el benemérito sabio norteamericano Stith Thompson, quien, en su visita a Santiago en enero pasado, dedicó varias horas al examen de algunas versiones, estimando que los cuentos 76-80 podrían ser variantes del tipo 314A y los cuentos 124-126, del tipo 879, dos tipos que figurarán por primera vez en la nueva edición en prensa del índice de Aarne-Thompson. Para completar su ayuda científica, que me complazco en agradecer, el profesor Thompson me envió más tarde desde Bloomington el contenido que caracterizará al tipo 879.

Durante la elaboración de esta serie he seguido recogiendo narraciones populares en los lugares próximos a Santiago y he mantenido contacto periódico con algunos informantes, lo que ha hecho posible que complete mis observaciones de carácter psicológico, biológico y lingüístico. Interesante ha sido, entre otras cosas, verificar la variación que experimenta un cuento en boca de un mismo narrador en tiempo y circunstancias diferentes, como es el caso de que se da cuenta en las anotaciones de los cuentos 125-126.

De las 84 versiones contenidas en este tomo, 78 fueron recogidas por el autor; las que llevan los números 98 y 104 fueron entregadas por don Marino Pizarro y don Abdón Andrade, respectivamente, y los cuentos de adivinanzas 143, 147 y 153, por don Bernardo Valenzuela. La señora Graciela Bustos de Gabler tuvo la amabilidad de poner a nuestra disposición la grabación que tomó en cinta magnética de la valiosa versión 96 del tipo 707.

EL JOVEN DEL CARNERO

Este era un joven que llegó a contratarse onde un caballero. Lo contrató el caballero pa ovejero. Dicho joven, *tando* ya contratao, recibió su rebaño, lo precipió a cuidar. Dicho joven, *tando* cuidando su ganao, amansó un carnero; el carnero le salió muy manso y muy güeno. Dicho joven, *tando* ya doh añoh onde su patrón, el patrón nunca le dió un veinte. Dicho joven, ya que se vio en pelota, esquiló su carnero y el vellón le sirvió para manta.

Dicho joven dentro un día al pueblo, mandó hacer una espá. Dicho joven a la semana jue al pueblo a ver si la habían hecho. Habían doh oficiale, apenas la daban güelta. Dicho joven de ver eso se demontó del caballo y se dentro para dentro. Con una mano la daba güelta él y principiaron los maestroh a *determinarla*, y él dándole güelta con una mano. Luego la *determinaron*. El joven salió para juera y montó en su carnero. Di allá enderezó pa su rebaño 'e ganao. Llegó y lo precipió arriar, y se lo dio al herrero y se pagó por el trabajo 'e l' espá. Tomó su espá el joven y siguió su camino andando. A lo mucho qui había andao llegó al palacio di un rey pidiendo trabajo. Enmediatamente le contestó el rey que le daba trabajo.

—Mañana te voy a mandar a dejar al trabajo que vah hacer.

Al otro día temprano vino un empleado y se jue a dejar al joven a un potrero que lo cuidaba un gigante. De lejo le enseñó la puerta 'e la tranca para que entre al potrero, porque él no si animaba allegarse a l' orilla 'el cerco del mieo que el gigante no los mate. Luego le enseñó a abrir el paso pa ir al potrero.

—Y sigueh andando.

El joven llegó, abrió la tranca, y dentro y siguió dentro para dentro. A lo mucho qui había andao se encontró con el gigante.

—¿Qui andah haciendo por aquí, gusanillo 'e la tierra, cuando ni pájaroh habitan?

—A peliar contigo vengo.

Luego se tramaron a peliar di a pie. En pocoh hachazoh el joven una oreja le botó al gigante. Ya era muy tarde, ya el joven iba estando muy rendío. En eso jue su carnero y li ayudó a peliar. Tanto peliaba el joven como peliaba el carnero. Luego lo vencieron y lo mataron. El joven le sacó el anillo al gigante y se lo puso él. Di allí lo tomó al hombro y lo jue a dejar al *varón*. El joven subió en su

carnero y siguió pegando pa elante. Luego llegó al palacio 'el gigante qui había muerto. Cortó pal corral el joven, jue, agarró una vaca, y la mató, y di ai la ensartó y la asó. De luego que estaba cocía se la comió. De luego que se la comió se puso a dormir. Al otro día temprano mató otra, también se la comió di una sentá y *manconnó* dos pa llevale a su patrón. Las vacas le salieron emperrá, no caminaban. Las tomó y las plantó al anca y siguió caminando pa onde su patrón. De repente saltaron a mirar y acertaron a mirar al joven. Entonce le dijeron al rey:

—¡Allá viene el joven!

Salió el rey, y miró y dijo:

—¡Qué joven tan guapo ha de ser éste!

En eso llegó el joven.

—Buenos días, patrón.

—Buenos días, mozo.

—Aquí le traigo una *manconna* 'e vacas de su potrero.

Enmediatamente el rey mandó siete mozos que las bajen. Ni las movieron.

—¡Háganse a un lao, hombreh, antes que yo los mate con las vaca!

Con una mano bajó la *manconna* 'e vacas que llevaba y la dejó *quer*. Enmediatamente el rey lu hizo pasar a la cocina pa que le conviden almuerzo. Almorzando estaba, vino una sirvienta y le *vio* el anillo tan lindo. Se jue la sirvienta a toa carrera a decirle a la señorita que el joven tenía un anillo muy lindo.

—Anda, dile que me lo venda.

Se jue la sirvienta a toa carrera a decirle:

—Dice la señorita que le venda el anillo.

Se jue, paró el joven y jue pa entro.

—Véndeme el anillo —le dijo.

—No te lo vendo, te lo regalo. Toma, lesa envidiosa. Quen te tienta y no te goza.

Salió el joven para juera. Enmediatamente se juntó con su patrón ajuera. Entonce el patrón le dice:

—Mañana me trach una *manconna* 'e vaca, hijo; está máh aentro.

Entonce el joven montó en su caballo y se jue. Llegó a su mesmo palacio onde llegó primero. Ai alojó, luego agarró una vaca y se la comió y di ai si acostó. Al otro día temprano se levantó el joven, agarró otra y también se la comió. De luego que se comió la vaca subió a su caballo y se jue. A lo mucho qui había andao, en el otro potrero se encontró con otro gigante.

—Buenos día.

—Buenos día. ¿Y qui andah haciendo, gusanillo 'e la tierra, por aquí onde ni pájaroh habitan?

—A peliar contigo vengo.

Luego se pusieron a peliar. Luego su carnero le prencipió ayudar. A lo mucho que habían peliao, un oreja le botaron. No le mermaron l' hacha hasta que lo vencieron. En cuanto lo mató, luego le sacó el anillo y se lo puso. Agarró su gigante, se lo echó al hombro y lo jue a botar de cerco. Entonce el joven subió en su caballo y siguió andando pa elante. Luego llegó al palacio 'el gigante. Este joven luego que llegó cortó pal corral, se jue a *trer* una vaca, la mató y se la comió. Después que se comió su vaca se cerró a dormir. Al otro día temprano cortó pal corral a *trer* otra, también se la comió. De luego que se la comió *manconnó* una *manconna* y también se la jue a dejar al patrón. Ya como a las cuatro lu alcanzaron avistar de onde su patrón. Sale el rey y acertó a mirarlo, lo conoció.

—El es. ¡Qué joven tan guapo ha de ser él!

Entonce llegó el joven onde el rey.

—Buenos días, patrón.

—Buenos días, mozo.

—Aquí le traigo otra *manconna* 'e vacas del otro potrero.

—Muy bien, hijo —le dijo muy contento el rey.

Luego lu hicieron pasar para dentro, le convidaron once. Di allá las sirvientas le vieron 'l anillo al joven otra veh. Enmediatamente le jueron a decir a la señorita:

—Si lindo era el anillo del primer día, más lindo eh el otro.

Entonce el joven se jue enmediatamente pa onde estaba la señorita.

—Buenos día.

—Buenos día.

—¿Me vendes tu anillo?

—No te vendo, envidiosa, te lo regalo.

Se sacó el joven el anillo, se lo tiró.

—Toma, envidiosa. Quen te tienta y no te goza.

Salió el joven para juera, se topó con su patrón al tiro.

—Mira, hijo; mañana me traeh una *manconna* 'e vacas di otro potrero; máh ailante hay otro potrero.

Dicho joven se jue. Ya bien tarde llegó al potrero del medio. Ai alojó, ai se comió una vaca para cena. Al otro día temprano se levantó el joven otra veh, volvió a comerse otra vaca pal desayuno. Estando desayunao, montó en su caballo y se jue. A lo mucho qui había andao sintió un bramío que llegó a estremecer la tierra. “¡Ave, María! —dijo

el joven—. “¿Qué contiene esto?”. Como que li había dao un poco ‘e temor de seguir máh *elante*. Entonce el joven dijo: “No es hombre el que no es valiente”. Y siguió pegando pa *elante*. A lo mucho qui había andao se encontró con el gigante. ¡Ave, María! El gigante era muy bravo, que onde le dio los díañ al joven lu hizo temblar de mico. El joven l’ hizo la competencia juntamente con su caballo. De caa espaazo que le daba al gigante lo tiraba lejo al joven. Di allá volvía el joven com’ una fiera y encaraba con él otra veh. A tanto que peliaron le botaron un oreja al gigante, ya lo jueron aturdiendo y el joven no le *daba beta* hasta que lo venció. Entonce el joven le sacó el anillo y se lo puso él. Agarró su gigante al hombro y lo jue a dejar a un paso qui había, de cerco. Entonce el joven se jue pal palacio del gigante. No más qu’ hizo llegar al corral sacó una vaca y la mató. En seguía hizo un juegón, la ensartó y se la comió. Luego si acostó a dormir el joven muy maltratoao. Entonce el joven jue al día temprano al corral, agarró otra vaca, también la mató y se la comió. De luego que se la comió se jue al corral y *manconnó* una *manconna* ‘e vaca, en seguía se la jue a dejar a su patrón. Cerca del rey *ía*, cuando acertaron a mirar y dijeron:

—¡Allá viene el joven!

Le dijeron al rey qui habían visto el joven. El rey salió a toíta carrera y dijo:

—¡Qué joven tan guapo! Ese era el gigante más bravo qui había en el mundo, y este joven ¡qué lu haiga venció!

En eso llegó el joven con sus vaca.

—Buenos días, patrón.

—Buenos días, mozo.

—Aquí están, patrón, las vacas del otro potrero.

—¡Viva! —dijo el rey—. ¡Qué joven tan guapo!

Enmediatamente le dijo:

—Mira, hijo; tú vah a ser yerno, porque soh el joven más guapo qui hay en el mundo. Esos tres gigantes me tenían por puerta, mi habían ganao toas las guerrah y mi habían quitao toítas mis rique-rah entera. Esas son las que salvate tú. Por eso ahora espero que tú seas mi yerno.

—Si es su gusto di usted, con mucho gusto.

—Si no juera mi gusto, no te dijera, pueh, hijo.

—Está muy bien —le dijo.

Enmediatamente mandaron a buscar padre, obispo y se casaron. De luego que se casaron se siguió el celebramiento. De luego di haber pasao el celebramiento, entonce el suegro le dijo:

—Vamoh ahora a ver los potrero, hijo; sube a mi coche y vamos junto.

El joven le contestó de que no. El rey subió a su coche juntamente con su señora, el joven subió en su carnero y tomó su señora al anca y siguieron andando. Llegaron al primer potrero; ai alojaron. Al otro día temprano salieron pegando par' el otro potrero. Ya bien tarde llegaron al otro potrero; ai alojaron. En la noche precipió a conversar el rey con su yerno, muy contento y alegre.

—Mira, hijo —le dijo—; con estos dos potreros me conformo yo y tú, qui habís paeció tanto, vah a quear con el otro potrero.

—Esta muy bien —le dijo el joven.

Al otro día temprano se levantaron, tomaron su desayuno y siguieron pegando pa *elante*. Si lindoh eran los primeros palacios que vieron, tres tantos más lindos jue el último palacio.

—Bueno, pueh, hijo —le dice el rey—; éste es tu potrero tuyo y aquí te vengo a dejar y a entregate toas tus riqueza. Ahora —le dijo— vah a quear viviendo para sécola en tu potrero juntamente con tu señora.

El rey se devolvió para sus palacios, muy contento y alegre qui había güelto a quear rico, poeroso.

Y aquí sí acabó el cuento.

Ignao, Valdivia, 1951.

FRANCISCO CORONADO.

EL CHANCHO MARAVILLOSO

Era un rey que tenía treh hijo: Juan, Manuel y Pegro. El menor era Pegro. Este rey podía querer doh hijo no máh, aborrecía a Pegro, así que el rey lo puso de chanchero. Este niño, había una chancha paría, y se tomó un varraquito para amansarlo él. Toos los día agarraba el chanco, lo *soaba*. Así como iba creciendo el chanco, crecía él. Llegó el caso que el chanco jue grande y él también. Así que éste ensillaba su chanco, salía andar ai.

A loh año loh hermanos de repente le piden permiso a su padre para salir a correr tierra. Entonce Pegro dice:

—Yo también soy hombre; ¿por qué no salgo también a rodar tierra?

Le pidió permiso a su padre. Entonce le dice el rey:

—¡Qué vah a salir a correr tierras tú, muchacho desgraciao! ¿Y cómo te vah a ir?

—Me voy en un caballo que tengo muy güeno, en un varracco, en ése me voy.

—Güeno —le dijo el rey—, andavete.

Le puso la bendición. Y el hijo se jue en su varracco.

Así que Pegro llega a una ciudá a casa de una viejita a peírlle alojamiento. Entonce la señora le ice:

—¡Usté anda a caballo en un chanchol!

—No importa; yo mi caballo lo largo aquí no máh; mi caballo no se va lejo.

Así que entonce desensilló su caballo Pegro y la montura la pasó pa dentro. Así que cuando ya se sentaron le ice Pegro:

—¿Qué novedá por esta ciudá?

—¡Ah, mi güen joven! Hay una novedá muy grande en esta ciudá, que una hija del rey tiene la idea casarse con un hombre que *endalgue* su caballo doce vara.

Entonce le ice él:

—Mi caballo *endalga* veinte vara.

Se rió la señora.

—¿Cómo voy a creer que su caballo *endalga* veinte vara?

Así que entonce al otro día él se levantó, ensilló su caballo.

—Si usté quere, vaiga a ver la *endalgá* de mi caballo.

Se rió la viejita:

—¡Cosa encreíble, joven!

—Pero como usté la va a ver, se va a desengañar.

Gente mucha en el palacio del rey a ver la *endalgá* del caballo que *endalga* doce vara. Habían muchos caballos que *endalgaban* seis varas, ocho vara, más no. Y a éstos toos los mataba el rey. Está Pegro de a caballo ahí y le dice el rey:

—¿Qué es lo que quere usté, mi güen joven, montao en ese varracco?

—Vengo a ver mi caballo si puede *endalgar* unas seis vara.

Entonce todos se rieron que un varracco iba a *endalgar* seis vara. Entonce le ice al joven:

—Güeno, puh, joven; si su caballo *endalga* doce, se casa con mi hija.

Entonce le ice el joven:

—Muy bien, señor rey.

Entonce el joven dio una güelta en su varracco a la redonda. En la güelta que dio se puso en la cancha onde iba a *endalgar* su caballo él. Frente al palacio del rey, la reina mirando que ese roto en su varracco iba a *endalgar* seis vara. Entonce el rey le pega el grito:

—¡Ya!

Entonce dio una güelta y *endalgó* su caballo, *endalgó* su caballo más de treinta vara. Entonce ice la reina:

—Papá, éste va a ser mi marío.

Así que se casó Pegro con la reina. Y en la montura andaba *trendo* una espá Pegro. Se casó Pegro con la reina.

Y se ofrece una guerra al rey. Entonce le ice el rey al yerno:

—Mire, Pegro, voy a tener una guerra muy grande.

—No importa, señor rey; yo voy a luchar hasta que aguante mi caballo.

Así que llega el día de la guerra. Pegro sacó la espá de su montura y la principiò a limpiar, el rey y su mujer mirándolo. Entonce le ice el rey:

—¿Y esa espaíta que andas *trendo* para qué eh?

—Para luchar con el que se me oponga.

—¿Y cuánto pesa tu espá? —le ice el rey.

—Siete quintale pesa mi espá.

Así que llega el tiempo de la guerra. Se jueron a guerriar. Cuando *vio* él que su suegro estaba perdió ya en la guerra, él sube en su caballo y principiò a peliar él solo en su caballo. Este de un solo espadazo mataba miles de hombre, tanto él como su varracó. El varracó con la boca iba haciéndolos peazo a los contrario. Así que se terminó la guerra. Pegro definió la guerra. Así que se jueron al palacio del rey otra veh.

Una noche le ice él al rey en conversaciòn a la hora de la cena:

—Mire, señor rey; yo soy hijo de un rey.

—¿Y cómo si soh hijo de rey andas *traendo* un varracó en cuenta de caballo?

—Yo —le ice él— juí muy aborreció de mi padre; por eso naide cree que soy hijo de rey; y vamoh a ir a casa de mi padre —le ice al rey, a su mujer y la suegra.

Loh otroh hermano habían llegao a su casa ya. Cuando él llegó, loh hermano se rieron. El dejó sus suegro, su señora, en un coche de oro y muy atráh.

—Yo me voy ir adelante. A mí me van a botar a la cocina.

Llega a casa del rey y le ice:

—Papá, yo soy casao con una hija de un rey, con una princesa.

—¿Cómo voy a creer que tú sos casao con una reina?

—Sí, papá —le ice él—. Por ai viene mi señora, mi suegro y mi suegra.

En eso miran desde el palacio y ven dos coches de oro y plata. Se

asustaron de lo que Pegro le decía a su padre. Cuando ya llegó el rey, la reina y la mujer de Pegro, le ice la mamá:

—Andate a la cocina, muchacho pogre.

Así que ya vino la hora 'e la cena, Pegro en la cocina. Cuando estaban cenando, dentra Pegro. Dentra Pegro, su señora estaba así sentá, va Pegro y le toma el vestío a la señora y se limpia las narice. Entonce es que le ijo el rey:

—¡Cosa admirable, señor rey, que mi hijo si haiga casao con una reina!

Entonce la reina toma a Pegro y lo sienta en sus piernas. Entonce viene la madre y le viene a poner un asiento a Pegro y le ice:

—Siéntate, Pegro.

Ya Pegro cenó con su señora, sus suegro, su padre y su madre. Así que en la tarde le ice Pegro a sus suegro:

—Vámolos, queríos suegro, y vamoh, hija —le ice a su señora.

Entonce el padre *creó* que era casao Pegro. Le ice la señora de Pegro a su marío:

—¿Por qué no dejah ese varraco aquí onde tu padre?

—Toavía no es tiempo que desampare mi caballo —dice él.

Entonce el suegro:

—¿Por qué no deja ese varraco, Pegro?

—No, suegro; yo en mi caballo me voy no máh.

Así que subió en el coche el rey, la reina y su señora, y él subió en su varraco, y se jueron.

Así que éstos llegan al palacio de su suegro. Le ice la mujer a Pegro:

—¿Qué hacemos pa que *lo* alisten la cena?

Y Pegro:

—Me voy ir adelante:

Enterró espuelas Pegro y se jue. Cuando llegaron a su palacio, ya tenía la cena lista. Así que por el camino le ice el varraco a Pegro:

—Yo me voy a ir hoy esta noche, porque yo te hai andao acompañando harto y te hai librao de la muerte.

Y Pegro le ice:

—¿Por qué te vas de noche? Espera que amanezca.

—Porque yo soy un ángel del cielo que te hei amparao en too.

Así que al otro día en la mañana se levantó Pegro y va a ver su varraco y el varraco le ice:

—¡Adiós!

Se volvió una palomita y se jue al cielo.

—Me conforma que lo hei dejao vivo.

Así que se jue Pegro.

Y se acabó el cuento y se lo llevó el viento, y yo había estao allá viendo eso.

Ignao (*Fundo Güeimén*), Valdivia, 1952.

FILIDOR AGUILAR.

78

S I E T E C O L O R E S

Este era un matrimonio que existía en un campo, muy pobre, y tenían un solo chiquillo. De la edá de siete año ya empezó su aventura. Obligó a su padre que le arreglara una monturita y empezó a ensillar del mismo ganado de su padre, ensillaba los chivato y lo adomesticaba como un caballo, hasta que ya tenía la edá de sus quince o de sus dieciséis año. Se encontró un *cahnerito* recién nacido, y lo crió en su ganado, y jue creciendo y salió enorme de grande, pero nunca al igual de un caballero, y lo amansó de silla al gusto de él. Cuando ya estuvo al día con su caballo, le dijo a sus padres que él se iba a rodar tierra. Un asombro era para sus padres que era tan pobre y de ver qu' iba en ese *cahnero* y él con su porfía que se iba no máh. Total que la madre, confundida arreglándole la ropa, le arregló los pantalones con más de siete colores.

Llegó a la ciudad más cercana aonde existía un rey y él jue a buscar trabajo. Los guardias, al ver al niño en un *cahnero*, se sorprendieron y que preguntaba con altivez por el rey. Dieron aviso al rey los guardias, y dio orden que lo dejaran entrar. Ya cuando estuvo en su presencia le preguntó qué necesitaba. Le dijo:

—Vengo buscando trabajo y creo que vos me darás trabajo, mi rey.

El rey, asombrado al ver este niño en ese *cahnero*, le dijo:

—¿Qué trabajo te puedo dar?

Le dijo:

—Yo soy hombre de campo y puedo desempeñar cualesquier puesto.

—Hombre, casualmente —le dijo el rey— yo tengo una estancia que tengo muchos animales y el vaquero que mando no me trae ni una re y no güelva máh.

—Pues, yo el día que quiera le traigo —le dijo.

Este tenía una montura arreglada con todos sus elementos y la

única arma que tenía era un cuchillito que le había traído a su madre. Le dijo:

—Te puedes ir a la estancia. Llegando allá, puedes matar una re para que comas *cahne*.

Lo aviaron y salió al campo. Llegó a la dicha estancia, donde se le andaba la vista de ver tantos animale y dijo: “¿Cuál será el motivo que no le llevan a este rey re para que tenga *cahne*?”. Luego sacó su lazo, y empostó uno a un algarrobo que le pareció bien para su campamento, y lo desolló y estaba descuerándolo, cuando aparece un gigante en un caballo enorme de grande.

—¿Qué estás haciendo aquí, mancebo, que te corto la cabeza di un hachazo?

Le contestó el niño:

—A mí me ha mandado el rey y orden me ha dado que mate este animal para que tenga *cahne*.

—No quero saber nada de ningún rey. Sale para acá para cortarte la cabeza.

—Espérate un momento; déjame subir a caballo.

Y montó en su *cahnero* y se le dejó ir al gigante. Cuando el gigante le tiró el hachazo, pasó por debajo de la guata del caballo, dio güelta el brazo y lo agarró con su cuchillo, que luego cayó sin vida el gigante al suelo. Gran farsa tuvo para arrastrarlo retirado de su campamento. En lo único que se enteró fue en un anillo de diamante que andaba trayendo el gigante. Se lo sacó y lo echó a un cinturón de cuero que él tenía. Y siguió descuerando a su animal hasta despostarlo y terminar su trabajo. Gozó toda la semana sin que nadie lo molestara hasta que llegó el día sábado que había quedado de bajar. Temprano ensilló su *cahnero*. Rodió loh animale y *escugió* el más grande y el más gordo. Sacó su lazo y lu hizo cabrestiar hasta el palacio.

Gran asombro tuvo el rey de ver que los huasos de a caballo de nombre no le traían re. Lo recibió con su cariño y lo mandó a descansar y que le sirvieran de lo mejor. El rey tenía treh hija. Y le dijo:

—Mándame tuh hija para almorzar con ella.

El rey lo miró y se rió.

—¿Qué más puedo hacer? Tengo que tolerarlo, porque puede ser un gran hombre.

Y al mismo tiempo le puso el nombre de Siete Colore. Y las niñas por reírse jueron a pararse junto a él, donde estaba almorzando; pero Siete Colore, antes que llegaran las niñas, sacó el diamante del bol-

sillo y se lo colocó en un dedo de la mano que iba a tomar la cuchara. Al momento la mayor le dijo:

—¡Qué lindo el diamante, Siete Colore!

—Aquí lo tiene, señorita.

En seguida lo aviaron y golvió a salir al campo haciendo la misma operación. Sacó un lazo y empostó a otra re, la desolló y estaba descuerándola, cuando apareció otro gigante y le dijo:

—¿Qué estáh haciendo ahí, mancebo? Sale para acá para volarte la cabeza.

Entonces él dijo:

—¡No le vaya a pasar lo mismo qui al otro!

—Sale luego, que no quero trazar más palabra contigo.

—Déjame subir a caballo.

El gigante lo miraba de ver el caballo que tenía. Subió otra veh en su *cahnero* y se le dejó ir al gigante. Cuando el gigante tiró el hachazo, él se le pasó por debajo de la guata del caballo, golvió el brazo y lo agarró con su cuchillo. También cayó muerto el gigante al suelo. Golvió a batallar con él arrastrándolo donde estaba el otro. Si el otro diamante era bonito, éste era mejor que traía este gigante. También se lo sacó y lo echó a su cinturón de cuero. Y se vino a terminar de descuerar su animal, despostarlo y terminar su trabajo. Pasó feliz toda la semana y nadien lo molestó hasta que llegó el día sábado. Rodió suh animale y descogió el mejor de su ganado. Sacó su lazo y lu hizo cabrestiar hasta el palacio.

El rey cuanto salió el sol ya estaba con suh antiojo mirando si asomaba Siete Colore. Las princesas también lo esperaban por ver si traía otro diamante hasta que vio asomar el rayo de polvo que traía con su animal a la cincha. Llegó otra veh al palacio. El rey no hallaba donde ponerlo de ver qué tantoñ año por comer *cahne* de suh animale y no podía conseguir. El rey decía:

—Este no es más qui un siervo de Dios.

Otra vez lo mandó almorzar, pero él con su atrevimiento le dijo:

—Mándame tuh hija pa almorzar con ella.

Las princesa no hallaban la hora que Siete Colore dijera estas palabras. Lueguito estuvieron a su lado. El lu hizo del mismo modo. Antes que llegaran, se colocó el diamante en la mano derecha.

—¡Qué lindo el diamante, Siete Colore! —le dijo la que se seguía de la mayor.

—Aquí lo tiene, señorita.

En seguida lo aviaron otra veh y se jue otra veh al campo, hacién-

dolo en la misma forma. Sacando su lazo y empostando otra re, la desolló y estaba descuerándola, cuando apareció otro gigante. Este venía máh enojao que loh otro, se atrevió a dejársele ir encima. Entonces él dijo:

—Espérate; déjame subir a caballo.

El gigante miraba pa toas parte y en ninguna parte había caballo, nada más que *vía* ese pequeño *cahnero*. Más segura su pelea, porque pensaba qui a los dos loh iba a rebanar con su espada. Salió Siete Colore debajo del monte y subió en su *cahnero* y se le dejó ir al gigante. Cuando el gigante le tiró el hachazo, él golvió a pasársele por debajo de la guata del caballo, y golvió el brazo y él golvió a enterrar el cuchillo, que luego cayó el gigante muerto. Golvió a batallar con él para arrastrarlo aonde tenía los demáh. Este traía otro diamante. Si loh otro eran lindo, éste era mejor. El lo golvió a sacar y lo echó a su cinturón. Golvió a terminar su trabajo, a despostar su re. Y siguió pasando toda la semana felizmente sin que nadie lo molestara hasta que llegó el día sábado. Golvió a ensillar su *cahnero* y rodió toda la animalada para escoger otro animal. Sacó su lazo y lu hizo cabrestiar hasta el palacio. El rey *taba* en la misma forma desde temprano mirando con suh antiojo hasta que vio asomar el rayo 'el polvo.

—¡Allá viene Siete Colore!

Lo recibió con todo esmero y le dijo:

—Anda a descansar y almorzar.

Agora esta vez ya las princesas no esperaron que él las convidara. En cuanto le sirvieron el almuerzo, ya estaban a su lado, que él a su vista tuvo que sacar el diamante para ponérselo en el dedo. Entonces dijo la menor de toda.

—¡Qué lindo el diamante, Siete Colore!

—Aquí lo tiene, señorita.

Entonces lo aviaron otra veh y siguió su viaje al campo. Llegó allá en la misma forma. Sacando su lazo y arrastrando otra re al poste, la desolló y la terminó de descuerar, y la despostó. Puso su asado al juego y ningún gigante apareció. El le llamó la atención y pensó alreedor de cuatro día esperando si llegaba alguno. En vista que ninguno llegó, se jue a buscarlo de donde salían, hasta que llegó a un palacio. De balde gritaba, nadien le respondía. Andaba de puerta en puerta, todo estaba cerrado, hasta que por una *endija* de las ventana divisó adentro una feroz rana que había.

—¿Qui anda haciendo por aquí? Retírese antes que lleguen los gínteh y se lo coman.

—¿Qué gigante? —le dijo él.

—Son los gigantes qui a mí me tienen encantada y aquí no puede entrar nadie.

—Esos tres gigantes deben ser los que yo maté.

La rana lo distinguía tan chico que creía muy difícil que fuera así.

—¿No me estás engañando?

—No tengo para qué, porque yo los maté a los tres y vengo buscando si quedan más.

—Al ver así que usted lo ha muerto, no quedo yo nada más en el palacio y usted tendrá que ser el hombre que va a desencantar. Busque las llaves en el pasadizo, que tiene que abrir siete puertas para que llegue aquí, porque yo estoy bajo siete llaves.

Así lo hizo. Buscó el llavero que estaba colgando en el pasadizo y se largó a abrir puerta con su cuchilla en mano, hasta que llegó donde estaba la hermosa rana y le dijo:

—¿Cómo te podré desencantar?

La rana le contestó:

—Yo soy la reina de este palacio y el hombre que me desencante tendrá que ser el rey de aquí. Tómeme de las patas —le dijo— y déjeme caer al suelo a toda su fuerza.

La tomó Siete Colores con miedo de ver tremendo animal. Lo hizo como le ordenó la rana. La dejó caer a toda su fuerza. En el momento se para una princesa que ninguna de las hijas del rey igualaba. Tocó un timbre la reina y apareció toda la vivienda del palacio, sirvientas y esclavo, y ordenó que le abrieran las cajas. Y le trajeron los mejores trajes para que se cambiara ropa el príncipe. Lo hizo afeitarse y lavarse bien lavao (porque yo creo que no se lavaba de que nació). Recién vino a botar los pantalones de Siete Colores, donde quedó inconfundible, porque no era nada de feo, y le dijo la princesa:

—Mañana mismo tenemos que hacer la diligencia de *casahlo*.

El pensaba: “Tendré que llevarla a la anca ‘e mi *cahnero*”, porque no divisaba en qué podía llevarla.

Pasaron ese día feliz y al otro día temprano se levantaron. Ya la princesa ya había ordenado que tuvieran temprano el desayuno las sirvientas. En eso estaban ellos mudándose, arreglándose para su viaje, y él pensando de ir a ensillar su *cahnero*, cuando siente un tropel de un carruaje que llegaba. Se asoma él a la puerta y ve que se para una carroza de cristal chapada en oro y plata, con unos cocheros más bien vestidos que el mismo rey, el patrón de él. Hasta todo esto era día sábado, cuando el rey lo esperaba a Siete Colores con la reina. Subieron

en la carroza, partieron los caballos que llegaban a sacar juego. Llegaron a parte donde el rey divisaba asomar a Siete Colore; pero ahora, en vez de asomar el rayo de polvo, vio un resplandor como que era el sol que venía por tierra. Llamó a las princesa que se asomaran, porque él no podía distinguir lo que venía, hasta que las princesa le dijeron:

—Parece que es carruaje tirado por animale.

También luego se dio el rey que era carruaje y dijo:

—Estos tienen que ser reye que vienen *hacelo* visita.

Desde luego empezó a hacer los preparativos para el recibimiento. Cuando el carruaje aplanó al pueblo, quearon admirado todos loh habitante, que jamás nunca habían visto una cosa tan linda y se dirigieron a las puertas del palacio. Ya el rey estaba en la puerta con las princesa. Abrieron la puerta 'e la carroza y bajaron. El príncipe lo habló con tanto halago como si lo conociera mucho y el rey sin poderse dar cuenta quién era, ni meno las princesa, nada más que la *puchusca*, que quizás se había fijado máh en él. Le dijo al oído al rey:

—A mí me parece que es Siete Colore.

—Cállate, no seas tonta. ¿Cómo se te ocurre eso?

Entonces le dijo el príncipe:

—¿Qué no me conoce, mi rey?

—No, mi Majestá.

—Yo soy Siete Colore, el vaquero que tenía en su estancia.

Casi se desmayó el rey y se arrodilló al pies de él para saludarlo y que perdonara el nombre que le había puesto. Entonces él le contó su historia.

—Todo esto he padecido. Ahora puede mandar usted a quienquiera a su estancia, que no correrá ningún peligro.

Desde luego ya se encontraban en el salón.

—Agora vengo a pedirle un favor, que usted tiene que ser mi padrino, porque me voy a casar con esta princesa.

El rey le contestó:

—Estoy dispuesto a lo que usted diga, mi Majestá.

Se casaron y se celebraron en la casa del padrino, donde se hizo asistir todo el pueblo, rico y pobre, por orden del novio, y que jue- ran bien atendido. Después de la celebración se despidieron del padrino y se fueron a su palacio, onde hasta el día de hoy parece que viven felice todavía.

EL PRINCIPE DE LAS ARMAS BLANCAS

En un lugar es que había un hombre pobre y otro rico. Y es que eran hermanoh y el pobre es que tenía un hijito.

Este caballero, como quería educar a su niño, lo mandaba a la escuela. Y tenía que pasar un esterito. Y este niño agarró por promesa pasarse a lavar too el cuerpo, los brazo se estregaba con el agua del estero. Esto es que lo hacía toos los días que iba a la escuela. Y aprendía muy bien sus leccione, era muy estudiante, de modo que cuando ya iba aprendiendo se afanaba caa día máh en las lecciones. Y iba creciendo por loh aire también él, muy crecedor. Y cuando ya él se crió y sabía bastante, le ijo a su padre que le dé licencia para salir. Y lah opinione de él eran que el tío rico tenía guerra y guerriaba con nacione. Y él oía decir eso y sentía mucho no poder ir él. Pero cuando ya fue hombrecito fue que habló al papá que le diera permiso para ir, que le quería ayudar a su tío. Entonces él es que le ijo:

—¿Y qué vah a hacer tú solo, hijo? ¿Te vah a presentar a que te maten, cuando se oye decir que la gente que pelea con tu tío los matan a tooh?

—No— es que le ijo él.

Quando pasaba el estero, al otra lao del estero había un gran peñasco, y él agarró la promesa de pasar a topiar, pero tanto fue que empezó a notar que se estaba aflojando. El pensó: “Hasta que lo saque no voy a parar”. Y cuando ya notó que se aflojó bien hasta que lo dio vuelta de ai y lo sacó del lugar donde estaba el peñasco; y procuró después de pulsarlo haciendo que metía las mano, a ver si lo podía levantar. Y toos los días se bañaba. Así sería que Dios le dio fuerza, hasta que cierto día levantó el peñasco, lo empezó a pulsar y lo pelotaba como cualquier piedra chica. Para que nadie conociera sus güellas que él hacía, lo volvió a meter en el hoyo donde estaba.

Así que cierto día que su padre le dio la licencia que se vaya donde su tío a ver qué era lo que hacía. Cuando salió libre con licencia, se fue donde su tío a presentarse. Ya era hombrecito de diez y seis a diez y ocho año. Entonces es que llegó, saludó al tío, pero el tío menos que conocerlo ni él tampoco al tío. Cuando ya le habló aquel niño:

—Vengo —es que le ijo—, porque sé que usté tiene guerrah y vengo a presentarme de soldao.

El tío es que le ijo:

—¿Y qué haré contigo solo? No estás más que hablando lesera.

—No, señor —es que le ijo—; déme no máh usté lah armas que necesito yo.

Luego es que le ijo, cuando ya lo aceptó el tío que le iba a poner en la fila de los demáh, entonces le ijo:

—Bueno, señor; usté me manda hacer una espá al tenor de mis fuerza —es que le ijo.

—¡Ay! —le ijo el caballero—; ¿cuántas librah es que pesa tu espá?

Es que le ijo:

—Lo que le he dicho, para mis fuerza, que se la manejen dieh herreros que la corchen con acero.

Entonces es que paró la oreja el rico: “Aquí hay un misterio en este niño”, es que ijo.

De manera que cuando ya hicieron entre dieh herrero, apenah es que la daban vuelta, es que le pidió él para ver cómo había quedao. Cuando la vio él, la tomó en su mano derecha para ver si era firme, le pegó un sacudón así y la tronchó medio a medio, y no le sirvió. Entonces es que el rico es que se halló confuso.

—¡Por Dioh! ¿Qué vamo hacer ahora? —es que le ijo.

El es que le ijo:

—Que se junten veinticinco herrero para que hagan como es debido y yo mismo leh ayudaré.

El es que con una mano la iba dando vuelta; loh otro no podían. Entonce él, cuando ya tuvo la espá terminá, para probarla como era la batió, loh herrero es que se azotaron contra la paré con el viento que lanzaba.

—¡Hombreh, que no se afirman! —es que le ijo.

El tío le ijo que quén era. El resultó que era hijo de un hermano de él. El era el tío y él su sobrino.

Entonce cuando ya supo eso efectivo, el rico procuró de coronarlo en rey principal, que él gobierne el ejército. Y la espá que le hicieron quedó muy blanquita, muy bien hecha, muy a su agrado del joven. Cuando ya tuvo la espá, y era blanquita, es que ijo él:

—Ahora me falta el caballo, un caballo que me resista la fuerza de la espá —es que ijo.

Así que mandó a buscar toa la caballería el caballero. El primer caballo que ensilló no le resistió el peso, se deslomó. El, para probarlo, la dejó en el suelo, la tomó. Así que el caballo se descaeró con el peso de la espá. Es que ijo:

—¿Qué haremoh ahora?

—Entre la reserva de caballoh hay uno que es de mi señora, eh un caballo blanco.

Es que ijo en su corazón: “¡Dios habrá de permitir que ése me resista!” Así que ijo:

—Tráigamelo.

Cuando ya ensilló el caballo, el joven lo vio tan ágil, tan parao. Es que ijo:

—¡En nombre sea de Dioh!

Y cabalgó en él. Cuando subió en él, hizo la misma prueba que hizo con el otro de agarrar la espá. El caballo ni se movió, Le resistió con toos loh aparato. Así que se movía haciendo toos loh aparatos de guerra el caballo blanco, y la espá igual.

—Ahora quero que me vistan —es que ijo.

Entonces es que le ijo el patrón, diremoh el dueño de la guerra que era el tío, que le iba a dar un vestido blanco que le diga a lah armas y también quero que se bautice con un nombre, cosa que sea engrandeció para que sea mandatario en el ejército. Entonce es que le preguntó si quería que se llamara él el “Príncipe de lah Armas Blanca”.

El joven le ijo que estaba bien. De modo que fue bautizao con ese nombre: “Príncipe de lah Armas Blanca”. Y el caballero, para engrandecerlo máh, al quepí le mandó poner con letra de oro su nombre “Príncipe de lah Armas Blanca” en el quepí.

Entonce él esperaba el día que lo iba a llevar a la guerra no máh. Cuando ya el rico mandó a desafiar a los contrario, le citaron el lugar donde iba a ser y el día que iban a ir. Entonce es que llegó el día. Lo pusieron a él de cabecilla. El es que ijo:

—Con veinticinco que lleve no máh de resguardo —es que ijo.

Y que cuando ya se vistaron con los contrario, los contrarioh es que ijeron:

—¡Qué blanquito que viene ése y de delanteró! Lueguito verá.

Estaban acostumbraoh a matar el batallón del caballero ese. Cuando se presentaron, no le hacían caso a él, que se iba tanto de los de máh. Lo dejó parao a los compañero. Es que leh ijo que no se muevan, que él iba a ir solo a recibirlo. Entonce es que ijeron elloh:

—Ya quere éste que lo maten.

Se fueron de golpe donde él. El es que pulsa la espá y le pica espuela a su caballo, y loh agarraba de la cintura, mocha y mocha por allá. ¡Ave María, que asustaos los contrarioh! Es que ijeron:

—¡El diablo, el diablo llegó blanco, y es que ahora es colorao!

Claro que con la sangre de ellos mismos lo borraron. Es que cuan-

do ya vencieron la guerra, procuraron de irse el caballero con su gente, que él solo iba a ganar la guerra.

—¡Que viene el príncipe!

El alboroto que formaban dando gracias a Dios la primera vez que vencieron.

—El patrón —es que ijeron—, ya no habrá más guerra para él.

Es que le tomaron miedo.

Too fue una armonía con su príncipe que tenía el caballero, regocijándole él. Ya fueron estando varios días y su caballo muy cuidado, su caballo blanco. Tantos días que había estao el joven: “¡Caramba!”, es que él dijo, “yo quero la libertá. ¿Por qué no le pido permiso para ir al campo por ai a ver pa cerciorarme de too?”.

Entonce le pidió permiso. Es que el tío le ijo:

—Saldrás con varios caballeroh, reyh, muy acompaña, y pena de muerte para tooh éstoh, si sucede alguna cosa.

—Muy bien —es que ijo—; pero no hay que estar estrechando lah otras persona.

Entonce salió con elloh a un campo donde había un pedazo de mar, y ai se fueron a ver la orilla de la playa. Loh otro reye moviéndose se embelesaron. El se puso a mirar pa dentro del mar, encendió un cigarro, se puso la pierna arriba de la montura. En esto estaba, cuando vio que venía por el brazo de mar una cosa pequeña *rajando* el agua, así no máh era. Y salió a la playa el animalito, que resulta era una venaíta. Se viene a acariciarle las manos del caballo y lo miraba a él. Pegó un salto. Como tenía la rienda suelta, la pesca la venaíta y se fue con el caballo para el mar. Y se le volvió una balsa. Cuando ya iba por la mitá del brazo de mar, vio una altura de agua que venía muy en alto, como ola que venía directamente a la derechura de él. Entonce cuando ya vino esa ola, la venaíta lo lleva; ya cuando él vio que esa ola lo venía a tapar, lo da vuelta con caballo y too. Y como la venaíta era encantá, la había mandao una princesa del otro lao del mar que oyó que el Príncipe de lah Armas Blanca era muy valiente, lo había mandao a llamar para hacerle un castigo a un gigante, venganza quería tener con él. Cuando ya se halló perdió, ya no supo el príncipe qué le pasó. Fue muerto. Lo cierto es que ese brazo de mar lo fue a traer encima de un peñasco; ai se varó con el peso de la espá que llevaba a la cintura, ai se varó.

En eso en otra ciudá había otra princesa mora muy rica, y ésa estaba en manos de un gigante, que lo llamaban “Morral de Perla”. Cuando la venaíta lo hizo llevar a la patroncita que lo había mandao

llamar a ella, habló él con ella, pero él no la vería. Alojó él. Es que una noche es que ijo:

—Tengo que irme, señorita; hay varios caballero, reyeh, que el patrón mío les va a cortar la cabeza, caso yo no aparezco.

La primera noche que fue él, lo mandó dejar la señorita encantá con la venaíta.

—Cuando me necesiteh —es que ijo—, dile: “Venaíta, ven a dejarme o venaíta, ven a traerme”.

Ella le ijo que tenía un gigante que la tenía encantá, que guerriaba y lo herían mucho y con unos bálsamo que tomaba ya se mejoraba. Ai le preguntó ella si él se hallaba capaz de matar al gigante, que vuelva otra vez a que la venaíta lo vaiga a balsiar, que vaiga no máh a librar a los caballero, reyeh, que le había dao permiso el tío.

Entonce cuando se fue él al otro lao que lo mandó dejar la venaíta, le ijo a su tío:

—Yo no quero estar preso, quero la libertad, quero estar solo, sin comprometer a nadie que le estén ofreciendo la muerte.

Entonce al otro día muy temprano ensilló el Príncipe de lah Armas Blanca su caballo y salió al mismo lugar donde la venaíta lo iba a buscar. Cuando venía de allá de donde la princesa encantá que la tenía el gigante, pasó por una chocita donde una viejita que había.

—Mi buen príncipe, ¿es que usté quere hallar suerte? Mire —es que le ijo—, usté ha dormío con la señorita junto, pero no sabe qué clase de princesa eh, ¿no eh así?, y no la visto, no sabe qué cara tiene. Yo le voy a dar una virtud pa que le vea la cara.

La otra noche le dio una pajuelita pa que la encienda cuando se quede dormía.

Llegó el día que se fue otra vez. Llamó a su venaíta. Entonce llegó no máh, ya le llevaron el caballo a pesebrera. Como estaba acostumbrao, él pasó pa dentro, se abren las puerta, pero él no *via* a nadie. No *via* la hora que se anochezca pa dormir.

Pasó ai otra noche. Como a la medianoche se quiso desengañar caso era cierto que iba a ver la princesa. Prendió la pajuelita el joven. No había visto cara más linda. Tanto estaba mirando, cuando se le cae una chispa en el pecho. Recordó asustá.

—¡Ah, ingrato, perdió! Vos me ibah a tener por esposa; ahora zapatos de fierro gastaríh, si no te ayudan a encontrarme.

No hallaba la hora que amanezca para irse allá donde su tío. Entonce cuando ya se fue al otro día, le ijo a la venaíta:

—Venaíta, anda a dejarme donde esa princesa.

Es que le ijo:

—Aunque la llames mil vecch, ya no serás máh.

Es que le ijo:

—Entonce déjame.

Y se fue alojar a la casa del tío. Al otro día ensilló otra veh. Y él con el sentimiento que tenía de tener la misma fortuna, se fue a la orilla del mar.

—Venaíta, ven a traerme.

Y tanto estar a la orilla del mar, el caballo, acostumbrado, agarró querencia, de repente tiró la rienda y se fue al mar. Y cuando iba por la mitá lo voltió al agua, lo fue a varar en ese peñasco.

En otra ciudá había otra princesa mora, cercana de esa misma que buscaba el príncipe. También le oyó la fama que era muy valiente y quería que fueran a buscarlo. Buscó un príncipe que se llamaba Príncipe Turpín, de la raza de ella. Le dio un barco para buscar al Príncipe de lah Armas Blanca, que ella lo recibiría con mucha atención en caso de ser encontrao. Y casualmente le liga la suerte al príncipe que ese barco había navegao varios días y con antiojoh vio un bulto.

—Dirijámonoh ai.

No podían acercarse, porque era barco peligroso. Con salvavía, él con dos más fueron ai y vieron el quepí con letrah de oro; no había salío de la cabeza.

—¡Mire dónde está aquí en ese estao, muerto!

Quiso levantarlo y no pudo, con el peso de la espá. Llamó a tres máh; lo afianzaron arriba del peñasco bien. Y era la espá que lo tenía sostenío, el peso de la espá. Entonce vieron el modo de echarle un bote para llevarlo a la playa. En la playa se devisaba una chocita, y era de la viejita que le había dao la pajuelita. Cuando llegaron a la chocita, lo conoció la viejita.

—¡Ay, mi buen príncipe, en el estao que está!

—¿Lo conoce, viejita?

—Sí, que ayer pasó por aquí. ¿Adónde lo han encontrao?

—Ai no máh, en el peñasco.

La viejita formó un *ardil*. Lo cierto el caso es que lo hicieron revivir, no había pasao la hora.

—¡Ay, qué sueño más grande que había tenía! Me había quedao dormío. Y era la muerte.

Cuando ya lo hicieron vivir, hablaron con la viejita; le dieron recompensa. Se fueron con él.

—Lléveme donde guste, hermano. Por hermanos nos vamoh a tratar. Si no es por usted, ¡cuándo iba a vivir yo!

Se fueron pa atráh, pa donde habían venío a presentarse a la princesa mora que lo había mandao a Turpín. Entonce cuando llegaron, se presentó Turpín donde su señora. Preguntó caso habían encontrao al príncipe.

—Sí, mi señorita. Lo trajimoh aquí, pero contaremos la historia después que hayamos comío algo, pa comer en reposo.

Cuando se presentó ante la princesa mora el Turpín, ella hizo formarse batallón, que se formen tooh para conocer al Príncipe de lah Armas Blanca. Entonce cuando estaban formao, empezó ella desde la cabeza:

—¿Se anima usté a cortarle la cabeza al gigante Morral de Perla?

El príncipe se había formao al último. Cuando llegó, le preguntó:

—¡Cómo no! Que sea llamao al campo que usté elija.

—¡Cómo no! Aquí en ese campo va a ser.

—Lo voy a desafiar que venga.

Entonce el gigante Morral de Perla, cuando ya lo desafiaron, se presentó al lugar que le dijeron, donde tenía ella su ejército esperándolo. El llegó solo; no trajo ejército na, porque era mágico; le cortaban la cabeza, al otro día aparecía pegá. Cuando se presentaron:

—¡Qué, gusano de la tierra!

El príncipe lo sostenía no más con la espá y él lo amenazaba. ¡Fuera cogote! Y la cabeza es que se fue a salto; no la podían alcanzar.

—Señorita —le ijo él—, hay que inventar algo pa tomarle la cabeza.

—¿Qué hacer?

—Un cajón que hagan loh herrero, cosa que cuando caiga la cabeza, lo tapen bien de manera que lo puedan sostener.

Tuvo listo el cajón pal otro día. Es que le ijo a Turpín que pulse el cajón, él lo pulsiaba bien fácil, que cuando llegue el gigante “yo voy a arrinconártelo donde esté. Cuando ya le vaya a hacer el corte, que caiga al cajón, le voy a echar una mirá no máh a él”.

Y así es que lo hicieron. Entonce cuando ya le cortó la cabeza, cayó al cajón, y lo cerró. ¡Cuando con cajón y too no se leh iba esa cabeza con grandes salto! Turpín no se atrevía solo; tuvo que correr. Y sujetaron la cabeza.

Entonce cuando oyó la princesa que quién había cortao la cabeza, mandó a la venaíta a saber quién era, y la mandó. Se volvió hecha diuquita.

—Por ai se compran las pluma. Me van a tener que regalar un vestío de seda, un regalo, un vestío de seda. Vamoh a estar listo.

¡Cuando se muere el gigante y se desencanta para ir a traerle un coche!

—Muy bien, pues señorita —es que le ijo, la venaita era muy amable.

Entonce es que se desencantó la ciudá donde estaba la princesa. Se oían campana dando voceh, dando graciah a Dioh.

La cabeza la entregaron a la princesa mora. Ella tenía un horno ardiendo. Echaron la cabeza y se hicieron ceniza toos los güesito, y barrieron el horno.

—Eso es lo quería yo, vengarme; quedo contenta. Así que reclamo ser esposa del Príncipe de lah Armas Blanca.

Pensaba de pagarle su servicio. Entonce cuando ya se declaró ella que quería ser esposa de él:

—Me desposaría, mi señorita; yo tengo mi palabra con otra que está cerca de aquí. Por el desencanto, yo sería gustoso que se desposara con mi hermano Turpín.

Aceptó la princesa mora que estaba muy bien, que basta el pedío del Príncipe de lah Armas Blanca.

—Lo voy hacer, desposarme con Turpín —es que ijo.

Entonce cuando quedaron así, de esa palabra, al poco rato viene la venaita hecha una diuquita. Por ai veía toíto.

—¿Ya están listos ya? —es que le ijo.

Y es que ella arregló un coche muy lindo y lo fue a buscar. Toques de campana por ai donde había sido el desencanto de la señorita que tenía el gigante encantá. Fue el mismo gigante que mataron.

Así que de esa manera se fue él con la señorita, cuando se conocieron. Y estuvieron grandeh día celebrándose el Turpín y el Príncipe de lah Armas Blanca.

S I E T E P A R C H E S

Para saber y contar
mentira no ha de faltar.

No le echaremos muchas esteras,
porque lleva mucha revolinera:

para pasar un río
un cigarro prendío,
para pasar un vao
un cigarro apagao,
asta 'e vaca y asta 'e buey,
éste eh el cuento y vamos con él.

Estoh eran dos viejitos que vivían en un ranchito y de repente llegó un chico completamente pobre y le dijo:

—Agüelitos, yo me voy a quedar con ustedes para que me den el estudio.

Los viejitos *precuraron* de ponelo a l' escuela. Principió a viajar a l' escuela el mentao Siete Parches. Por el camino donde pasaba había un peñasco grande, dijo Siete Parches: “Cuando levante este peñasco, seré hombre”. Todas las mañanas pasaba a tirar a levantar el peñasco. Días vienen y días van Siete Parches ya jue hombre, y un día movió el peñasco y dijo: “Si mañana lo güelvo a mover, no voy máh a l' escuela. Al día siguiente dio güelta el peñasco y llegó onde loh agüelito:

—Agüelito, no voy máh a l' escuela.

La agüelita le dijo:

—¿Por qué no vah a ir?

—Porque soy hombre, y hai oío una nombrá que un rey tiene treh hijah encantá y me soñé que yo las salvaba; voy a ir donde el rey que me mande hacer una espá que pese cien kilos de peso.

Se jue onde el rey y el rey le dijo:

—Tú nu ereh hombre para eso, porque mih hijas las cuida un gigante que se llama Lomos Pardo, y máh adelante una sirpiente, y a la llegó una vieja hechicera que no almite ni las moscah y a la entrá 'e la ciudá hay una tranca de fierro que no la abre naiden.

Siete Parches le dijo:

—Si usted mi hace esa espá, no mi atajará naiden que se cierre y si abra l' espá, y necesitaría el mejor caballo que tenga usted aquí y dos mozos de los máh obedientes para que mi acompañen.

El rey mandó hacer l' espá, se buscó seih hombres para que la ayuden hacer, porque era completamente pesá, y dijo el rey:

—Siete Parches no la va ni mover.

Cuando estuvo hecha, mandó a buscar a Siete Parche. Siete Parches llegó allá, el rey lo quedó mirando. Siete Parches tomó l' espá con una mano y la dio güelta en el aire. El rey dijo:

—Pues, puede ser el único hombre que me puede salvar mih hijas de verlo con tanta fuerza.

Entonce llegaron hacer un trato.

—Mira, Siete Parches; si tú me salvas mis treh hijas, te daré a esco-ger de las tres para que tú te cases con una de ellah y palabra de rey no debe faltar.

Siete Parches quedó pensando: “Aunque sepa perder mi vida, yo lu hago”. Y el rey como no tenía güenos caballos, se jue un día a un rebaño de ganao, y sacó su mantita, y la tendió y dijo: “El cordero que se venga echarse a mi manta será mi caballo que algún día me pueda salvar de lah apreturas más grandes que yo me encuentre”. Eso estaba conversando solo, cuando vino un cordero, y se echó en su manta, y le dijo:

—¿Cómo te va, corderito de la virtús que mi Dios mi ha dao?

Luego *precuró* di hacele un parcito de rienda di unas güiras de maqui, y lu ensilló con su mantita, y lo apretó con unas güiras de maqui y pensó: “Me faltan lah espuelas, pero me voy hacer un par di orquetas de maqui”. Y cuando estuvo con suh espuelitas puestas, montó di a caballo en su corderito, y lo tiró a orilla ‘e cerco, y golvió en dos patitah el corderito, y dijo: “Con éste tengo para salvar las princesa. Y se jue onde el rey y le dijo:

—Güenas tardes, mi güen rey; estoy listo para marchar mañana a primera hora.

Al otro día tomó su espá, y le dio una güelta en el aire, y le pegó un hachazo a un cerco de tranquero y lo trozó en el aire. El rey le dijo:

—Así nu has de cortar la tranca de fierro, porque cuando el gigante te pegue un bramío vah a botar l’ espá de la mano, porque han *haio* cientos de persona y nu han alcanzao ni a llegar a la tranca y tú meno llegaríh.

—Prepáreme no más los mozos que yo le pido y un poco de *roquin*.

El rey le preparó un pan, un costillar de cordero y un par de preven- ciones de cuero que eran del mismo rey. El rey le dijo:

—Pueda ser que lleguen las prevencciones siquiera a mi palacio, porque tú no golveráh.

Siete Parches le contestó:

—Yo golveré —le dijo—, mi güen rey, con las prevenccioneh y las tres princesa —entonce se sacó su sombrero—; será, mi güen rey, hasta la güelta, y cuando yo venga llegando con las princesas repica las campanas para que si arme una alegría dentro de su palacio, y con eso hasta la güelta.

Siguió avanzando Siete Parches con tres mozoh a la tira. Los mozos comentaban:

—¿Hasta ónde irá a llegar el pobre Siete Parches?

Siete Parcheh oyó y les dijo:

—Poné sangre caliente y no me dejen solo.

En la tarde llegaron onde dos viejitos a pedile alojo. Siete Parches le dijo:

—Güenas tardeh, agüelito; necesito qui ustees me den posá para alojar con mi gente, que yo soy el hombre que voy a esencantar las princesas que están encantá.

Los viejitos le dijeron:

—Mejor es que se güelva, porque usted va perder su vida; hay un gigante a la entrá de la ciudá qui ai no pasa naiden.

—Soy yo el hombre que creo qui a mí no mi ataja naiden, porque voy en muy güen caallo, que eh este corderito que llevo montao en mis pierna.

Y él de luego le dijo a su corderito:

—Desensíllate, corderito.

Enmediatamente el corderito se desensilló.

—Y échate para yo dormir al costao en tus patita.

Y se quedó dormío, y los mozoh alrededor de él sin comer na pensando cómo lo podía hacer. Al otro día se levantó de madrugá y principió hacer ejercicio con su espá. Los viejitos quedaron almirao de manijar es' espá que pesaba cien kilos de peso. Y le dijo a su corderito:

—Ensíllate, que vamoh a seguir viaje para combatir con la tranca y el gigante Lomos Pardo.

Y siguió avanzando y cuando iban cerca de la tranca oyó un bramío que parece que la tierra si había movío. Y los mozos dijeron:

—Patrón, hasta aquí no más lo acompañamo, porque con el bramío que dio el gigante nosotros perdimos loh estribo, en el otro bramío perderemos la montura.

Y él les dijo:

—Vamoh esperar máh adelante el otro bramío.

Esto *ian* conversando, cuando el gigante loh olfatió y dijo:

—¡Traición a la corte, que se me viene un enemigo encima!

Y pegó otro bramío más fuerte que los mozos *caeron* caallo abajo y sigueron arrancando a pie. Siete Parches los miró y les dijo:

—Güelvance, no *sedan* cobarde, sin ver a naiden usteeh arrancan.

Los mozos no oyeron nada con el susto y él dijo: “Yo no mi asusto

con las sombras ni con los bramíos de gigante". Y le dijo a su corderito:

—¿Tenís miedo tú?

El corderito saltó elante como cinco metros. Siete Parches dijo: "Quere decir que mi corderito no tiene miedo ni yo tampoco". Sacó su espá, hizo una gira en contra del viento y dijo: "Quisiera llegar luego a la tranca de fierro para ver si mi espá me va a servir en el viaje que yo llevo". En esto pegó la mirá al frente, y devisó la tranca de fierro, y si acercó a la tranca, y saca su espá, y le dio un hachazo, y la trozó mitá a mitada, y pasó y dijo: "Aquí voy almorzar un algo". Y le dijo a su corderito:

—Desensíllate.

Y él prencipió hacer fuego para hacer su churrasco y le dijo al corderito:

—Cuando yo te diga: ensíllate tú, te ensillas lo más rápido que tú lo puedah hacer, porque para peliala a un gigante tenemos que estar los dos di acuerdo.

En eso estaba asando su churrasco, cuando siente un bramío que parece que se l' había caío el pelo de la caeza. "¡Caramba!" —dijo—, "que parece que mi anduve asustando un poquito, pero no por eso voy a perder mi churrasco". *Taba* sacando la primera costilla, cuando siente que viene una ola de viento y dijo: "Apuesto que éste eh el gigante que me quere venir a quitarme mi churrasco". Cuando mira al frente y se le presenta el gigante di a caallo en un caallo grande, llegó cerca onde él y le dijo:

—¿Qué estáh haciendo ai, gusanillo de la tierra?

—¿No me vis que estoy almorzando? No necesito que tú me molesteh a la hora de mi almuerzo.

Y tomó la costilla y se la tiró al gigante. El gigante le contestó:

—Come luego tu poquedá di almuerzo que teníh ahí.

Siete Parches le contestó:

—¿Qué queríh hacer conmigo?

El gigante le dijo:

—Te voy a comer con too lo que andas *traendo*.

Siete Parches contestó:

—Déjame alimentarme un poco para hacerte la batalla como tú quieras peliar, di a pie u di a caallo.

Y el gigante le dijo:

—Con esta hoja de quila te voy a pasar a traer la caeza en el aire.

—No creas que tú no más tenís para peliar, yo también ando *trien-*

do una hoja de cortaera que creo que puede ser superior a la tuya.

El gigante le dijo:

—Monta luego a tu caallo, que de la única manera puedes *fiurar* un poquito más, porque di a pie tú no ereh hombre para mí.

Siete Parches le dijo:

—Ensíllate, corderito, que vamoh a peliale a este gran gigante y esperamos de *convencelo*.

Y se subió di a caallo en su corderito. Y el gigante se estaba saboriando y le dijo:

—¡Pobre gusanillo de la tierra que ti atreveh a levantarme la voh!

Siete Parches le contestó:

—Retírate a diez metros para *daloh* un encontrón a ver cómo te va quedar el cuerpo con Siete Parche.

El gigante *trocedió* cinco metros para atrás, Siete Parches *trocedió* cinco metros para atrás, y destendió su espá al frente del gigante y le faltó dos metroh a la punta de l' espá para llegar onde el gigante. El gigante dijo: "Está mala la cosa, no tengo por onde acercármele a Siete Parche. Creo que este gusanillo de la tierra me '*a convencer a mí*". Y le dijo:

—Mira, Siete Parche; te voy a sacar un compromiso: no peliemoh a fierro, peliemos de caallazos, porque de la única manera podimoh alargar un poquito más la pelea.

Siete Parches le dijo:

—Parece que estáh hallando un poquito de peso en el gusanillo de la tierra, como tú me lo dijite. Yo también te voy a sacar otro convenio: que el primero que caiga caallo abajo le entrega la caeza al que queda di a caallo y no *loh* atravesemos mucho, prencipiemoh a peliar *esde* luego.

Entonce se preparó el gigante y le dijo:

—Mi avisas cuando estís listo.

Entonce el corderito se preparó y le dijo a Siete Parche:

—Yo di aquí voy a saltar, y le voy a dar una *cahnerá* en la frente al caallo del gigante y tú aprovechas de cortarle la caeza ante que se pare.

En eso estaban cuando el gigante pegó el grito que estaba listo, y apretan a peliar, y el corderito le pegó la *cahnerá* en el centro de lah orejah al caallo del gigante que lo disparó a siete metros para atrás y cayó el gigante pidiendo perdón que lo dejara vivo. Siete Parches no entendió, porque se le había ganao la sangre a loh ojoh, y le dio un espaazo, y le cortó la caeza en el aire al gigante y lo mató. En la mano derecha tenía un anillo que decía el anillo: "Gi-

gante Lomos Pardo”, y se lo colocó en la mano izquierda y dijo: “Ahora yo soy el gigante Lomos Pardo” y se reía de por sí mismo qui había alcanzao a ser un gigante. “Ahora no le tengo miedo a sirpientes ni a viejah hechicera”. Y se sentó y dijo: “Ahora comeré mi resto de churrasco y mi alojó aquí mismo para peliale mañana de temprano a la sirpiente de siete caeza”. Y si alojó con su corderito ahí mismo, y en la noche durmió tranquilo y dijo: “Para mí una sirpiente no es na; yo soy el hombre más bravo que me encuentro dentro de esta ciudada y pienso de llegar mañana onde las princesa onde está la plata botá y el oro amontonao. Yo no miro las riquezas porque soy un hombre valiente y necesito de salvar las tres princesa”. En la noche éste no durmió, y se levantó de madrugada y le dijo:

—Ensíllate, corderito, porque luego *oyeremos* los bramíos de la sirpiente y creo que no *loh* asustemoh; ya voltiamoh al mentao gigante.

En eso estaba comentando, cuando siente un bramío de la sirpiente, case *haia* caío de su caallito. “¡Carambal!” —dijo—, “est’ es más brava que el gigante, pero no importa perder la vida por tres princesa”. Y siguió andando con rabia y haciendo ejercicio con su espá para que la sirpiente no lo encuentre desprevenío. En esto sintió un bramío que la tierra se había abierto y dijo para no llevar tanto susto: “Quisiera combatir luego con esta sirpiente”. Y en esto afrentó la sirpiente y le dijo:

—¿Qui andah haciendo, gusanillo de la tierra?

—Te equivocatch; yo no soy gusanillo de la tierra, yo soy el gigante Lomos Pardoh, y vamoh a peliar al tiro ante que se mi haga más tarde.

Y principiaron a peliar, y abrió la *oca* la sirpiente para tragárselo con cordero y too, y él atravesó su espá, y no se lo pudo atragalo, y *destrocedió* la sirpiente para atráh, y él aprovechó a dale con su espá hasta que la *convenció*, y la despeazó, y después que la mató le sacó las siete languah, y se las colocó en el bolsillo del paletó al lao di aentro del lao derecho y dijo: “Por l’ izquierdo me llevó un gigante y por el lao derecho me llevo una sirpiente y en el bolsillo del centro me llevaré un recuerdo de la vieja hechicera porque me encuentro *seúro* de llegar esta tarde onde están las princesa”. Y andando. Máh o menos como a las cuatro de la tarde vio pasar una cosa por delante de su vista qui alumbraba algo y era el palacio onde estaban las princesah encantá. Las cuatro y media llegó al palacio, y sale una princesa y se paró en el balcón, le dijo:

—Güenas tardes, mi güen joven.

Y él le contestó:

—Güenas tardes, mi güena princesa.

Y ella le dijo:

—¿Qui anda haciendo por aquí, cuando ni las moscas no habitan? ¿Y usted cómo ha llegao? A nosotros *los* cuida el gigante Lomos Pardoh, y una sirpiente que es la más brava qui habita en esta ciudadada y una vieja hechicera que se come los cristianos vivo. En este momento anda arriba en el cielo güelta una nube negra. Retírese ante que ella llegue, porque será su vida perdida.

Siete Parches le contestó:

—Mire, mi güena princesa; yo me comí al gigante Lomos Pardoh y me comí a la sirpiente. Para qui usted me crea en la mano izquierda traigo un anillo del gigante que dice: “Lomos Pardoh” —y le mostró la mano—, y traigo las siete lenguas de la sirpiente —y se las saca del bolsillo y se las mostró—. Yo vengo —le dijo— a salvarla a usteeh y necesito alguna ayuda de ustees para *convencer* la vieja hechicera.

La princesa le dijo:

—Espérese un momento; vamoh a *reunirlos* las treh hermana.

Y se jue a buscar lah otras que estaban debajo de siete llaves que las tenía la vieja hechicera, y golvieron enmediatamente, y llegaron, y saludaron a Siete Parches, muy contentah, y la menor le dijo:

—Usted puede ser el hombre que *los* va desencantar de este presidio y, si usted *los* salva, será el hombre signado para mi persona.

Siete Parches le dijo:

—Yo no traigo ningún enterés toavía mientras no pelee con la famosa vieja hechicera.

—No se le dé na —le dijeron las princesa—; vamoh a ver onde lo va desafiar a peliar la hechicera. Aquí —le dijeron— hay dos pipas llenas con agua, ésta qui hay aquí es con l' agua 'e la muerte y ésta que está acá con l' agua 'e la vida; y si usted sobre la pelea le saca un brazo a la hechicera, colóquelo en la pipa del agua 'e la muerte, porque si lo coloca en l' agua 'e la vida se le va poner el doble más brava de lo que eh.

En esto estaban conversando las princesas, cuando ven una nube negra que viene por el cielo.

—Allá viene —le dijo— y prepárese, que trae una espá en la mano derecha.

Y arrancaron ellah. Siete Parches les dice:

—Por favor, no me dejen solo.

La princesa menor se quedó atráh.

—Yo le voy a ayudar a peliar, porque usted solo no va ser capáh.

En esto llegó la vieja echando llamas por la boca, chispas por loh ojo. Siete Parches se paró y le dijo:

—Güenas tardes, señora. ¿Por qué viene tan enojá? ¿Será porque yo hai llegao de visita a su ciudadah? Cálmesese, porque yo quero conversar a las güenas con usted. Yo por el lao izquierdo traigo el gigante Lomos Pardoh, y por el lao derecho traigo las siete lenguas de la sirpiente y en el bolsillo del centro quero llevar un recuerdo de la vieja hechicera.

Esto que le dijo así, la hechicera se golvió, levanta l' espá y se la dejó caer a Siete Parches, y él le puso la de él atravesá como haciéndole travesura. Cuando la hechicera se viene a dar cuenta, está con la cacha en la mano, onde Siete Parches se la había trozao con la de él, y le dijo:

—¿Te vah a sosegar u no? Si no, sigamos máh adelante.

La hechicera lo quiso tomar del cuerpo para echalo a la pipa del agua 'e la muerte. Siete Parches le dijo:

—Déjate de travesuras pesás, porque algo te va suceder conmigo.

Y le plantó un palmazo por un' oreja con l' espá, La hechicera perdió los sentioh y le dijo:

—Tú eres muy áspero pa tus travesura.

Siete Parches le dijo:

—Es para asustarte di a poco.

La princesa le dijo a Siete Parches:

—Si debes de matala —dijo—, máatala luego.

Siete Parches levanta l' espá, la hechicera levanta la mano derecha y Siete Parches le pasa a *trer* la mano con brazo y too, la princesa estando lista para recoger el brazo y lo echó a l' agua 'e la muerte, y mientras Siete Parches le había sacao el otro, y la princesa le echó ai mismo onde había echao el otro, y se terminó la *juria* de la hechicera, y *esde* luego la tomaron en peso, y la colocaron a la pipa y se terminó la hechicera. Siete Parches se puso las manoh en el pecho a tomar aire para que le pasara un poco la rabia. Pasiándose estaba, cuando llegaron lah otras princesah, y lo tomaron entre las treh y lo llevaron a las piezah onde estaban las fortunah amontonáh. Las princesas dijeron:

—¿Qué vamoh hacer ahora? Estamos salvás, creo, de esta ciudadah.

Precuraron di hacele cena a Siete Parche. Siete Parche les dijo:

—Mis querías princesas, yo no como, yo me mantengo con rebanás di aire y *sángoches* de viento; lo único que les pido, que me sigan sin ningún *enterés* por mi persona, porque yo ando que ya güelo dentro de mis parcheh y por eso me llaman Siete Parches, porque mi

traje no se sabe de qué género pudo haber sido. Y mañana seguimos viaje a ver si podemos llegar onde fueron nacíah ustees, porque su padre no verá lah horas de saber alguna noticia del pobre Siete Parche.

Entonce las princesas dijeron:

—Esta noche vamoh a dormir los cuatro reuníos, porque puede haber una traición a la corte —porque la princesa mayor creía que podrían dejalas solas, porque encontraron que l' hermana menor estaba enteresá a Siete Parcheh, y podría dejalas dormir a lah otras doh y seguir partiendo la menor con Siete Parche.

En la noche durmieron los cuatro, y cinco con su corderito. Y la menor pensaba de dejar sus doh hermanas mayores botás por el camino y llegar ella sola al palacio de su padre para que lah otras no se fueran a quedar con Siete Parcheh y pensó di haceleh un pedío a suh hermana:

—Los vamoh a ir por el camino que los salga más corto.

Escogió el camino más peligroso para *poelas* dejalas por ahí. Pero lah otras no la descuidaban, la andaban *triendo* al medio y se enviaban una a otra. Siete Parches les dijo:

—¡Qué lástima ser mi caallo tan chiquito! Si no, *lo* juéramos los cuatro di a caallo; pero yo deseo que se vaiga la princesa menor en mi caallo.

La mayor, dijo:

—De no ir los cuatro, mejor *los* vamo a pie tooh.

Y siguieron andando al palacio. Siete Parches pasó a sacale un predeor que tenía la hechicera en el pecho, y se lo colocó también en el pecho y iba contento que llevaba tres recuerdos de la ciudadana. Hicieron viaje y llegaron aonde habían dos toros peliando que se juntaban y se cerraban. Dijo Siete Parches:

—¿Cómo vamoh a pasar aquí?

Dijo la menor:

—Pasa conmigo primero, yo soy más liviana que lah otras, pa ver si caso pasamos bien.

La mayor dijo:

—Mejor tú queas pa l' último, porque yo veo que tú querís dejalos botáh a nosotroh y por eso pasamos nosotros primero y después pasas tú.

La di al medio dijo:

—No; preferible pasas tú primero —le dijo a la mayor— y después pasa la menor. No importa que yo quee por aquí sola.

Siete Parches les dijo:

—Yo estoy dispuesto a llegar con las treh al palacio de mi rey, así que para mí es la misma pase la que pase.

Entonce dijo:

—Voy hacer la *preba*, voy a pasar yo solo para saber cómo está la pasá.

Y se montó en su corderito. Los toros que si abren y él que pasa. Y notó qui había tenío peligro.

—Ahora sí —les dijo— voy a saltar nuevamente para atráh.

Y hizo la misma pasá, y se montó la mayor, y saltó con ella, y después golvió a *trer* la menor, y hizo el mismo salto y por último pasó las treh. Y siguieron andando y llegaron a un río que si abría y se juntaba. Siete Parches les dijo:

—Aquí está más difícil que la pasá de los toro.

La menor le dijo:

—*Precura*, Siete Parches, qui al salto el corderito no se *refale*, porque si no *los* vamoh ahogar más di alguno.

Nuevamente saltó con la mayor, y hizo el salto lo más bien, y por último pasó las treh. Estaban muy contentos que más peligro no iban a tener. Y siguieron andando. Poco máh allá sintieron unos golpes que parece que el mundo se *ía* a ir abajo. La mayor le dijo a la menor:

—Eso pasa por buscar el camino más corto, y *lo* ha salío con dos peligroh y toavía no sabemos si acaso se los presenta otro máh.

Esto quean conversando, divisaron dos peñascos grandes que estaban abriéndose y cerrándose. Siete Parches les dijo:

—Yo aquí no salto, es muy peligroso aquí —les dijo—; toca que no alcanzo a saltar, los peñascos me van hacer chicha y mejor los golviemos para atráh.

La menor le dijo:

—Yo saltaré, mientras que ustees descansan.

La mayor le dijo:

—No, vamoh hacer el mismo salto que si ha hecho en loh otros peligro.

Siete Parches de mala gana preparó su corderito y le dijo a la di al medio:

—Vamoh a saltar los doh.

Cuando si abren las piedras, saltó el corderito sin ningún peligro, y en seguía saltó nuevamente a uscar la menor y saltó igualmente. *Tonce* le dijo la menor:

—Dejemos la mayor ahí.

Tonce Siete Parches dijo:

—No debe suceder eso.

Y saltó a uscala. Nuevamente golvió a saltar, y en el salto que dio el corderito se le *refalaron* las patitah y las piedras lu alcanzaron a pillar y le cortaron la cola a rái.

—¿No vi? —le dijo la princesa—; si mi obedecís lo que te dije, no habría sucedido lo que le pasó al corderito.

Y *esde* luego la princesa menor queó múa por no obecele a Siete Parche. Y siguieron andando. Siete Parches le conversaba, ella ni lo miraba. La mayor le dijo a Siete Parche:

—Tú tenía*h enteréh* en ella. ¿Ahora que sacas de casarte con una múa?, que podrí*h* escoger de lah otras dos que queamo.

Tanto qui habían andado, de repente vieron brillar el palacio del rey. El rey tenía la ciudadada rodiada de centinelas si acaso vieran alguna cosa dieran cuenta al palacio pa repicar las campana por si acaso jueran su*h* hija, qui aunque nunca lo pensaba de velah otra veh. A la dentrada de la ciudadada divisó un centinela cinco bultos qu' iban andando y corrió hacia el palacio a dar la cuenta al rey:

—Güenas tardes, mi Carrera Majetada; hai distinguí*o* cinco bultoh a la llegada de la ciudadada.

El rey levanta la mano y se da un palmazo en la frente.

—Palabra de rey no debe faltar; Siete Parcheh eh el que viene.

Y principia a repicar las campana, y mandó enmmediatamente enlutar la ciudadá y al sonío de las campanas llegó otro reinato, llegó al palacio, y dentro con puertah y too para dentro y preuntó:

—¿Qué pasa?

El rey contestó:

—Mih hijas vienen, mi Carrera Majestada.

El reinato toma un coche de los má*h* elegantes que tenía y se jue con el vigilante a ver aónde había visto los cinco bulto. Poco má*h* allá se juntó con Siete Parche.

—Güenas tardes, Siete Parche.

—Güenas tardes, mi güen rey.

—¿Qué novedá me traeh?

—La novedá más grande que le traigo, traigo las tres princesah y una viene múa.

—¿Y aónde vienen?

—Atrás vienen, mi güen rey. Yo mi había adelantao, *creendo* qui usted no lo iba a saber.

Y lo que hizo subir a Siete Parcheh al coche, Siete Parches le dijo:

—Al no subir yo con mi corderito, mejor desmóntese y vamoh a pie.

—Y siguieron andando y se encontraron con las treh hijas del rey. El rey casi se golvió loco di haberse juntao con suh hija. Tanta atención no li hacía a lah hijas como a Siete Parche. Y se jueron hacia el palacio y le dijo al centinela:

—Llévate tú el coche, yo me voy a ir a pie.

La reinata vieja, cuando destinguió que eran suh hijas qu' iban llegando, cayó a la salía de la puerta. Lah hijas llegaron levantando a su madre y la llevaron al balcón para que tomara aire. Cuando vino a golver en sí, se dio cuenta que eran suh hija. Y tenía una negra traicionera en su palacio; procuró di hacer una traición. La reina vieja mandó arreglar los dormitorios para que si abrigaran las princesah y el reinato viejo li ofreció su cama a Siete Parche. Siete Parches le dijo:

—No se moleste, mi güen rey; yo estoy acostumbrao a dormir onde duermé mi caallito, porque éste eh el que mi ha salvao la vida y ha desencantao suh hija.

Entonce el rey le dijo:

—Mira, Siete Parche; tú vah a ser el dueño del palacio y escógete de las tres princesa para que tú te cases con alguna de ella.

Siete Parches le dijo:

—Yo me caso con la menor.

Llamaron las princesah y se las presentaron por delante. Siete Parches dijo:

—Esta va ser mi señora —endicó la menor.

La princesa como estaba múa no contestó na y dijo la mayor:

—Yo me casaré con él.

El rey le dijo:

—A ti no te corresponde, porque yo li había dicho que le daba a escoger en caso que él la salvaba.

Entonces Siete Parches jue a dejar su corderito ai mismo onde lu había encontrao y le dijo:

—Corderito, si algún día mi acuerdo de ti, golveré a molestarte.

Y se jue al palacio. Y di ahí en la noche la negra se levantó a la princesa múa y la jue a dejar al otro lao de la mar con un coquito de virtud que tenía que el coquito lo que le pedían le daba a la princesa. Y la negra le dijo a la princesa:

—Este coquito —le dijo—lo tiene que manijar dentro de la boca para que naiden se lo robe.

Al otro día cuando amaneció, el rey repicó las campanas para hacer el casamiento de su hija con Siete Parche, y echaron de meno que no estaba la negra ni la princesa y dijo el rey:

—La negra se robó la princesa y ¿ónde la habrá *io* a dejar?
Siete Parches se levantó y preuntó por la princesa. El rey le dijo:
—Está perdía mi güena hija; no creas tú, Siete Parches, que es traición que yo ti hai hecho.

—¿Dónde más si habrá *io* —dijo Siete Parches— que no tendré que encontrala?

Y salió como un loco detrás de ella, y se encontró con un perro y le dijo:

—Güenos días, mi güen perro.

—Güenos días —le dijo el perro.

Siete Parches le preuntó si acaso había oído decir di una princesa.

El perro le dijo:

—Tengo un compañero y fácilmente él puee saber algo.

Poco máh allá se juntaron con un gato.

—Mira, gato; ¿no hah oído decir di una princesa?

—Sí —le dijo el gato—; al otro lao del mar —le dijo— apareció una princesa. Por más seña es múa y la cuida una negra.

Siete Parches le dijo:

—Esa es la misma qui ando uscando yo. ¿Ustees no podrían ir allá?

El perro le dijo al gato:

—¿Cómo te encuentras tú?

El gato le dijo:

—Vamos no máh.

Y se jueron a l' orilla 'el mar.

—Nosotros —le dijo el perro a Siete Parches —vamoh a ir al otro lao 'el mar, si usted loh espera aquí por la contesta.

Entonces le dijo el gato al perro:

—Yo no sé nadar.

El perro le dijo:

—Sube tú encima de mí pa no ir yo solo.

El gato subió sobre del perro, y principió atravesar el mar y pasaron pa l' otro lao. El perro llegó onde una viejita.

—Güenas tardeh, agüelita.

—Güenas tardes, mi güen perro.

—¿Qué novedá hay por aquí? —le preunta el perro a la viejita.

La viejita le dijo:

—La novedá más grande qui apareció de la noche al día una princesa múa que la cuida una negra y onde está no dentra naiden.

—¿Cómo podríamos dentrar nosotros? —le dijo el perro.

Y se jueron acercando y se encuentran con un ratón.

—Güenos días, ratón —le dijo el perro—; dime tú —le dijo— si acaso es verdada qui hay una reina mía.

—Sí —le dijo el ratón— y manija —le dijo— un coquito dentro 'e la boca, y cuando va a comer se lo quita 'e la boca, y cuando duerme, duerme con él en la boca.

—¿Y tú se lo podrías robar? —le dijo el perro.

—Yo se lo robo —le dijo el ratón—, porque yo sé una dentrá, yo me dentro por el cañón de la cocina, y recorro too adentro, y cuando esté dormía le meto mi cola dentro de la naríh y ésta va tohnudar, y ahí se le va caer el coquito y cuando se venga dar cuenta tú lo vah a tener en tu poer.

El ratón lo hizo tal como le conversó al perro, y se hizo cargo el perro del coquito y apretaron a correr pa l' orrila 'el mar. El gato le preuntó al perro:

—¿Quién lo va llevar?

El gato le dijo:

—Yo lo llevaré.

Y se lo echó adentro de la boca, y se subió di a caballo en el perro y se tiró a nadar el perro. Por la mitá del mar iban, cuando se levanta una ola, y le dentra agua en las narice al gato y *tohnuda* y al *tohnudo* se le cayó el coquito y viene un pejerrey y traga el coquito. Cuando salen ajuera, se juntan con Siete Parcheh y preunta Siete Parche:

—¿Cómo le jue?

—Bien —le dijo el perro—, mi compañero trae el coquito.

El gato le dijo:

—¡Si se me cayó, hombre!

—¿Y cómo se te cayó, hombre? —le dijo.

—Esa ola grande —le dijo— que se levantó en el mar me dentró agua en las narice y por *tohnudar* abrí la boca y se me cayó el coquito.

—¿Qué dijerah ahora —le dijo el perro—, si yo te matara?

Siete Parches queó muy triste, y queó mirando hacia el mar, y de visó un bulto que venía y le dijo al perro:

—Esperemoh ese bulto que viene allá; puee ser que encontremoh algún dato.

Y se viene acercando un pescaor y si allega a l' orilla.

—Vendo pescao, amigo —le dijo.

—Voy a comprar uno —dijo Siete Parche.

Y se compró uno en tres pesoh, el más guatoncito que venía, y se jue el pescador, se ponen abrir el pescao y le encuentran el coquito que lo tenía adentro el pescao. Entonce le dijo el perro:

—Ese eh el coquito, patrón, y ése lo que le pida le da.

Tonce dijo Siete Parche:

—Vamoh a ver. Coquito por esta virtud que Dios mi ha dao, que se güelva una mesa tapá de los mejores manjares que comen los reye. Enmediatamente se le presentaron los mejores manjare.

—Ahora —le dijo— vamoh a esperar que llegue la noche y en la noche le voy hacer otro pedío.

A las doce de la noche dijo Siete Parche:

—Le voy a pedir al coquito que se presente la reina del palacio de su padre *haulando* conmigo, de *gancho*, pasiándome en el balcón ro-diao con usteer.

Entonces se presentó Siete Parches pasiándose en el balcón del rey. Se levanta el rey con una carabina en la mano.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Su hija, papá —le dijo.

Se le cayó la carabina 'e la mano al rey, y se prendió de su hija y la llevó al dormitorio de la reina.

—Tu hija ha llegao.

Se levantó la reina vieja en camisa de dormir buscando la corona para colocársela a la hija, mientrah el rey buscaba la de él para colocársela a Siete Parches para que él juera el rey. Principió a repicar la campana, acudió un centinela, y lo mandó a buscarse un cura y un sotacura y acompañaos di unos dos sacristanes para que se casara enmediatamente Siete Parcheh y queara mandando de rey con toa la ciudá. Después que estaban casao, se siguió la fiesta.

Y en seguía partí yo para acá y pasó la fiesta por debajo 'e una mata de poroto si acaso hay algún otro que me cuente otro.

EL PRINCIPE MORO Y EL PRINCIPE CRISTIANO

Eran doh hermanos muy querío. Un día el príncipe cristiano oyó decir de la Belleza 'el Mundo. Le dijo al príncipe moro:

—Hermano, acompáñame pa ir en busca 'e la Belleza 'el Mundo.

De luego de haber estao loh hermanos de acuerdo d' ir a buscar la Belleza 'el Mundo, le dijo al papá:

—Papá, yo voy a ir en busca 'e la Belleza 'el Mundo.

—¿Hijo, por Dios, cuándo llegarás tú ahí? ¡Es tan lejo onde está!

—Yéndome yo con mi hermano, tengo que llegar onde esté.

—Bien —le dijo el rey—, vaiga.

Al otro día temprano se jueron los príncipe en busca 'e la Belleza 'el Mundo. Anduvieron too el santo día. Alojaron debajo de un árbol. El príncipe moro desensilló y li armó la cama a su hermano el príncipe cristiano. El príncipe moro principió a arreglar la cama. Estando la cama hecha, recordó al hermano que se levante a cenar. De luego que cenaron si acostaron. El príncipe cristiano se quedó dormío al tiro. El príncipe moro quedó escuchando. Al árbol onde estaban alojao llegaron dos *trara*.

—Buenas noches, comadre.

—Buenas noches, comadre.

El príncipe moro escuchando too eso.

—¿Qué nuevas por allá, comadre?

—No hay más nueva que príncipe cristiano con príncipe moro van en busca 'e la Belleza 'el Mundo. Si el príncipe moro oyera estas palabras, la trajera, pero si el príncipe moro no la oye, no la *traye*.

Al otro día temprano se despidieron las *trara*.

—Hasta mañana, comadre.

—Hasta mañana, comadre.

Príncipe moro oyó toah esas palabra. Al día tempranito se levantó príncipe moro, ensilló sus caballoh y tomaron desayuno. Y siguieron andando. A lo mucho que habían andao llegaron a un árbol. Ai volvieron a alojar. Ya príncipe moro principió a arreglar su cama y li arregló la cama al príncipe cristiano. Cenaron, en seguía si acostaron. Príncipe cristiano se quedó dormío al tiro. Príncipe moro quedó escuchando. Volvieron a llegar las *trara* aonde estaban alojao.

—Buenas noches, comadre.

—Buenas noches, comadre.

—¿Qué nuevas por allá, comadre?

—¿Qué nuevas? Que príncipe cristiano va con príncipe moro en busca 'e la Belleza 'el Mundo.

—¿Y llegarán, comadre?

—Sí, llegan, porque ya van cerca. Si el príncipe moro oyera estas palabras que el príncipe cristiano tiene tres vellos di oro en la espalda y se los sacara, estos tres vellos le servían pa su compañía.

Príncipe moro oyó esas palabras. Puso el hermano boca abajo y li arrancó los tres velloh y los guardó muy bien guardao. Amaneció. Se despidieron las *trara*:

—Hasta mañana, comadre.

—Hasta mañana, comadre.

Príncipe moro en cuanto amaneció se levantó, y ensilló sus caballoh y arregló el desayuno. Tomaron desayuno y siguieron su camino andando. Anduvieron too el santo día. Ya bien tarde llegaron a otro árbol. Ai alojaron. Príncipe moro enmediatamente hizo juego para hacer su cena. Mientras eso li arregló la cama al hermano. A lo que estuvo la cama lista, cenaron, enmediatamente si acostaron. Príncipe cristiano se quedó dormió al tiro. Príncipe moro se quedó *oservando*. Y en eso llegaron las *trarah* otra veh al árbol.

—Buenas noches, comadre.

—Buenas noches, comadre.

—¿Qué nuevas por allá, comadre?

—No hay más nuevas que príncipe cristiano con príncipe moro van en busca 'e la Belleza 'el Mundo.

—¿Y la traerán, comadre?

—Sí, la traen, si el príncipe moro oye estas palabras que esos tres vellos que le sacó al hermano los tiene él, príncipe moro a las doce en punto va a llegar onde la Belleza 'el Mundo, príncipe moro la va a tomar y se la va a echar al hombro a la Belleza 'el Mundo.

Llevándosela el príncipe moro al hombro, miró para atrás la Belleza 'el Mundo, devisó tres culebrone que le van *cargando*.

—Apúrate, príncipe moro, que *los* vienen cargando tres serpientes las má brava.

Agarra los tres velloh el príncipe moro y los tiró para atráh. Se golvieron tres gigantes los más bravos del mundo. Se pusieron a peliar con los tres culebrones. Los tres gigantes mataron los tres culebrone.

Príncipe moro va con su Belleza al hombro y onde la Belleza miró para atrás quedó torcía. Llegó onde el hermano. *Taba* en un sueño profundo. Llegó con el tiento más suave y li acostó la mujer al lao. Cuando recordó príncipe cristiano, muy contento y alegre con la Belleza 'el Mundo al lao.

Aparte el día vuelven a llegar las *trarah* al árbol.

—Buenos días, comadre.

—Buenos días, comadre.

—¿Y qué nuevas por allá, comadre?

—No hay más nuevas que el príncipe moro trajo la Belleza 'el Mundo y se la tiene al lao al hermano.

—Hasta mañana, comadre.

—Hasta mañana, comadre.

Cuando príncipe cristiano recordó y atentó el bulto, ¡qué contento

que la Belleza 'el Mundo la tenía a su lao! Entonces al otro día temprano se levantó príncipe moro, y ensilló los caballoh y se golvieron. Golvieron a pasar a alojar al árbol onde habían alojao la noche del medio. Entonces llegan las *trarah* al árbol.

—Buenas noches, comadre.

—Buenas noches, comadre.

—¿Y qué nuevas por allá, comadre?

—No hay más nuevas que príncipe cristiano con príncipe moro traen la Belleza 'el Mundo y la traen torcía.

—¿Y se podrá enderezar, comadre?

—Sí se puee, comadre. Si príncipe moro oyera estas palabra, se enderezaba. Van a pasar un estero. Si príncipe moro oyera estas palabrah y se pasaran a lavar ai a ese estero, la Belleza 'el Mundo se lavara máh arriba y los dos príncipes se lavaran máh abajo, se enderezaría.

Así es que ai se lavaron en el estero. Cuando salieron a lo seco, la Belleza 'el Mundo derechita. ¡Qué alegría tan grande pal príncipe cristiano de haber visto su señora derechita!

A l' otra tarde llegaron a alojar onde habían alojao la primera noche.

—Buenas noches, comadre.

—Buenas noches, comadre.

—¿Qué nuevas por allá, comadre?

No hay más nuevas que traen la Belleza 'el Mundo y ya vienen muy acá. El que oyese estas palabrah y las contara, *piera* y mar se volviera. El que oyese estas palabrah y las contara, *piera* y mar se volviera. El que oyese estas palabrah y las contara, *piera* y mar se volviera.

Al otro día continuaron muy temprano pa su palacio. Llegaron muy temprano a su palacio. De ver el rey que llegó su hijo con la Belleza 'el Mundo, ¡qué alegría tan grande! Quedaron viviendo para sécola príncipe cristiano y príncipe moro.

Meses van y meses vienen se enojó el príncipe cristiano con el príncipe moro. Ya lo principió a mirar mal por celo.

—Mira, hermano —le dijo un día el príncipe moro—, ¿por qué tú me estás tratando de esta manera, siendo de que yo te hei servío tanto? Yo te jui a buscar la Belleza 'el Mundo, yo solo. Tú, cuando recordate, recordate con ella al lao con mucha alegría y ahora tú me tratas de esta manera. Cuando pasamoh a alojar la noche 'el medio a ese árbol, venía la Belleza 'el Mundo torcía. Llegaron dos *trarah* y se saludaron: “¿Qué nuevas por allá, comadre? —No hay más nuevas que la Belleza 'el Mundo la traen torcía”. Entonces dijeron las *traras*: “Si príncipe moro oyera estas palabras, se pasaran a lavar al estero, la

Belleza 'el Mundo más arriba, príncipe cristiano y príncipe moro máh abajo, la Belleza 'el Mundo se enderezaría". ¿No jue cierto, hermano, que la Belleza se enderezó ai?

—Sí, hermano —le dijo el príncipe cristiano.

—La otra noche pasamoh a alojar al primer alojamiento onde había pasao a alojar, hermano; entonces hablaron las traras: "Buenas noches, comadre. —Buenas noches, comadre. —¿Y traen la Belleza 'el Mundo? —Sí, la traen, comadre, y derecha. El que oyese estas palabrah y las contara, piera y mar se volviera" (Se volvió *piera* hasta la roilla príncipe moro). "El que oyese estas palabrah y las contara, *piera* y mar se volviera" (Se volvió *piera* hasta la cintura).

—¡Ay, hermano! —le dijo el príncipe cristiano—. No cuentes máh.

—No —le dijo—, tengo que contar too. Volvió a decir la trara: "El que oyese estas palabrah y las contara, *piera* y mar se volviera" (Se volvió *piera* enterito príncipe moro).

Quedó viviendõ príncipe cristiano con su Belleza 'el Mundo. Ya tuvieron su nene muy *rebusto* y muy engréido de sus dos mayore.

Va pasando un día una trara volando y hablando:

—Príncipe cristiano no supo agradecele a su hermano príncipe moro. De luego que por él tuvo la Belleza 'el Mundo, pobre príncipe moro se volvió *piera*. Si príncipe cristiano juera más gente, degollaría su guagua y con esa sangre frotara la piedra, resucitaría príncipe moro.

Príncipe cristiano, oyendo estas palabras, le conversó a su mujer. La Belleza 'el Mundo le contestó:

—¿Y por qué no lo hacih? Mira que tu hermano paeciõ por irme a buscar a mí.

Príncipe cristiano agarró la guagua, le cortó la cabecita y *aparó* la sangre, frotó la piedra, resucitó el príncipe moro. Y el resto le pasó a la guagua, resucitó la guagua también. Vivió el príncipe y vivió la guagua. ¡Qué alegría tan grande pal príncipe cristiano y la Belleza 'el Mundo!

Príncipe moro siempre quedó con el *rincor* que por el hermano si había vuelto piedra. Príncipe moro salió andar a orilla 'e playa, metió la mano al bolsillo, encontró los tres vello, enmediatamente agarró sus velloh y los botó. Se pararon tres gigantes, los más bravos del mundo. Di allá le dijo a sus gigantes que vaigan y hagan peazo el palacio. Si acabó el príncipe cristiano con la Belleza 'el Mundo también. Príncipe moro, a lo que se *devengó*, recogió sus tres velloh y los guardó.

Y si acabó el cuento. Hasta aquí llegó.

EL QUE SIRVIO DE PADRINO DE SU MISMA

ESPOSA

Este era un joven rico, millonario, que recibió pa año nuevo tarjetah. Y había tarjeta con el retrato di una niña muy linda que él dijo: "Sea casá o soltera, tiene que ser mi esposa, esté onde esté en este mundo". Le gustó mucho a él. Y entonces él si arregló con harta plata y se jue en busca de la señorita. En toas parte de la ciudá andaba y este hombre anduvo muchoh añoh en muchas ciudae. Y tanto andar en una ciudá encontró una señora mayor y le mostró la tarjeta, y la señora le dijo que la conocía y le dijo que era casá. Y entonces él le dijo:

—Agüelita, ¿cómo lo pudieramoh hacer para yo conversar con ella?

Tonce contestó la agüelita que no podía conversar con ella, porque *taba* bajo de siete *llaeh* y su marío es muy rico, tiene un almacén.

—¿Y ahora —le dijo el joven— me pudiera dar usted un consejo para yo poder hablar con ella? Yo le pagaría, agüelita, muy bien.

Tonce contestó la agüelita:

—Conozco yo qui usted eh un caballero con mucho dinero.

Tonce contestó el caballero que sí.

—El consejo mejor que le daría —le dijo la agüelita— que usted vaiga y compre un local ahí mismo a l' orilla de la tienda de este caballero y entonce puede usted levantar un almacén.

Entonce este caballero lo hizo.

—Después cuando usted esté puesto con su almacén le voy a decir cómo va hacer un suterráneo debajo de la tierra, porque ella está en el último piso de la casa.

Entonces le dijo:

—Va hacer una escavación que no lo note nadie.

Hasta que llegó onde estaba ella. Entonces para poder conversar con ella desclavó una tabla, y conversó con la señora y le dijo si acaso él podía casarse con ella, y le dijo que sí, "porque yo estoy bien aburría porque yo nunca veo la luz del día". Así que conversaron mucho cómo lo iban hacer y too. Y entonce ella le priuntó si ese camino era difícil para ir onde estaba él. Contestó él que ése llegaba a salir en la misma tienda, "porque hice un portalón en el mismo piso". Entonce él le mostró el retrato qui andaba *traendo*, entonce era el mismo de

ella. Se llamaba ella María Ingracia. Y ella le mostró otro retrato onde era soltera ante que se case con el marío que tenía y un pañuelo que tenía el nombre completo de ella.

Y el joven tenía mucha amistad con el marío de ella, y jue despuéh onde su amigo a mostrarle el retrato, y él se limpiaba con el pañuelo, y el marío vio lah iniciales de ella. Entonce el joven:

—Parece que me voy a casar, amigo.

—¿Sí? —contestó el otro caballero.

—Sí —le dijo—, porque eh el retrato que tengo de mi novia.

Tonce le dijo:

—Me disculpa, voy a ir un ratito pa lah empliá.

Y el joven se jue para su tienda. Le dijo:

—Hasta luego.

Se jue él directamente onde su señora, y en la última puerta qui abrió de las siete puerta la llamó, y ella contestó, y entonces le dijo:

—Yo creía que no estabah aquí.

—¿Y para qué piensas que yo voy a salir?

—Tengo un pensamiento tan grande —le dijo él—, porque ha lle-gao un caballero de muy lejo y muy rico que levantó un almacén a l' orillita 'e la casa de nosotroh, y es muy amigo mío, y hoy día me mos-tró un retrato, y me contó que se quería casar, y el retrato, ¡hombre que me tienes *conjundio!*, tan pareció a ti, parece que juera él mismo.

Entonces le contestó ella:

—¡Cuántos retratoh habrán parecíoh a mí y cuántos mejores que yol

—No —le dijo —, mejores que tú no.

Entonce pasaron díah y lo jue hablar al caballero pa padrino de casamiento. Entonce el caballero le contestó que estaba muy bien, pero que él iba ir solo. Entonce le contestó el joven que no impor-taría. Así que unos pocos días más compró loh anillo, entonce se jue a mostrar loh anilloh a su padrino. Entonce conversando con su pa-drino que iba a ser, entonce le dijo:

—Me disculpa un momentito.

—Bien —le dijo el joven.

Quedó sentao el joven ahí onde estaban conversando. Y el caballe-ro se jue pa onde su señora otra veh y le dijo que había venío el veci-no di al frente “y me vino hablar pa padrino, y me trae para mostrar-me loh anillos de compromiso y yo no sé qué pensar, porque el ani-llo de él tiene el nombre tuyo con el apelativo y too, y *tamien* que me dijo que no podía hacer fiesta en el cambio di anillo”.

—¿Por qué?

—Porque ella vive lejo. Y ahora— le dijo él— se va casar de impro-

viso y va a vender toa su tienda y toas sus cosas que tiene aquí y se va pa onde su papá.

Entonces el joven vendió su tienda y le regaló la mitá a la agüelita, agradeciéndole el consejo que le había dao.

Así que pasaron hartos día. Y se casaron. Y el día que él presentó su novia en su mismo almacén. entonce llegó el padrino, y vio la novia y entonces le dijo:

—Me permite, voy a mi casa, dejé olvidá una cosa.

Y se fue onde su señora y le dijo:

—Yo, fíjate que llegó la novia de mi ahijao y es tan parecía a ti.

—¡Ah! —le dijo ella—. ¿Cuántas habrán pareciah a mí?

—Yo te voy a dejar onde lah empliás las *llaes* de las puertah y cuando pasemo por acá con mi ahijao, entonce saleh arriba del miraor y le diceh ¡adiós! con el pañuelo.

Y ella tenía una estatua, parecía a ella, de resorte. Entonce ella la dejó pará arriba en el miraor y cuando golvieron de la iglesia pasó él con suh ahijaoh y vio a su señora arriba. Y sacaron toos los ahijaos su pañuelo, despidiéndose de ella, y se jueron par' el muelle, onde se embarcaron en el vapor y se despidieron de él. Entonce le dijo él:

—Me voy con la Gracia di usté muy agradeció.

Vivanco (Fundo Santa Juana), Valdivia, 1952.

EDILIA OYARZÚN.

Estoh eran dos viejitos que no tenían familia. Un día, andando el viejito, buscando leña, sintió el llanto de una guagua. Principió a escuchar el viejito y principió hallar el rumbo onde lloraba la guagua. Encontró la guagua detrás de un palo engüelta. Enmediatamente el viejito la tomó y la llevó para su casa. La viejita muy contenta cuando llegó con la guagua. Principiaron a crialá. Se crió la guagua muy bien. Llegó a óido de un rico que los viejito *taban* criando una guagua. Pasó un día al propio aonde los viejito a pedile la guagua pa ahijao. Los viejitos le dijeron que estaba muy bien. El caballero les principió a dar sustento a los viejito para que críen la guagua con el bien entendió que cuando ya el niño sea güeno pal colegio que se lo den a él para educalo.

Este niño fue muy hermoso, se crió muy bien. Creció este niño por palmo de mano. En habiendo tenido diez años de crianza el niño, se lo dieron al caballero que lo eduque. El niño salió de muy buena memoria. Aprendió este niño la educación muy bien.

El caballero lo dejó para mozo de su casa a Juanito. Le pusieron Juan Catorce. Se comía un güey de una sentá. Este niño trabajaba por catorce persona. Ya su pairino se fue aburriendo con el ahijao, porque comía por catorce persona. Un día lo mandó el caballero a *trer* leña a Juan Catorce. Juan Catorce mandó hacer una garrocha de fierro pa gobernar sus catorce yuntas de güeye. Juan Catorce se fue a la montaña. Largó su güeyá, se puso a destroz ar madera, destrozó catorce rastrás de madera. Desenjugó sus güeyes, principió a enyugalo para amarrar sus rastrás de leña. Le faltó un güey, principió a buscalo y encontró que se lo estaba comiendo un tigre. Dijo Juan Catorce:

—Estos se comen uno con otro.

Fue y arrió el tigrón. Envistió a comérselo. Juan Catorce lo agarró de un cacho y se lo llevó a la rastra. Lo enyugó y principió a arrastrar sus rastrás de madera. A lo que ya amarró sus catorce rastrás de madera, puso sus güeye en línea y principió a grito: “¡Güeyeh!” Y los güeyes principiaron a defilar pa la casa, y él guerriando con su tigre, dándole garrocha, porque le salió muy emperrao, pero siempre arrastraba su rastrá de madera. Metiéndole grito a sus güeyes, se fue. Cerca de la casa *ía*, lo oyó una sirvienta.

—Patrón —le dijo—, allá viene Juan Catorce. ¿Llevó algún güey tigre Juan Catorce?

Le contestó el caballero de que no.

—¿Y cómo viene gritándole a un güey tigre?

Ya la sirvienta no se dentró para dentro, quedó tantiando. Cuando devisó la melga 'e güeye y devisó a Juan Catorce que viene dándole garrochazo al güey tigre:

—Patrón, ¡por Dios! —le dijo—, Juan Catorce trae un tigre enyugao.

—¿Qué está hablando, hombre? —le dijo.

—No —le dijo—, que trae un tigre enyugao.

Salió el caballero a grande piesa pa juera. Devisó el güey tigre que lo traía Juan Catorce.

—¡Ave María por Dios! —dice el caballero—, éste cuando llegue aquí va a largar el tigre y *los* va a comer a too.

Llegó Juan Catorce con sus catorce rastrás de leña. Le dijo su patrón:

—¡Ave María, Juan! ¿Qué es lo que habih hecho, que traeh ese

tigrón enyugao? Mira —le dijo—, lárvalo allá mesmo, porque lo largah aquí, *los* va a comer a toos nosotros.

—¿Por qué lo largo, puh? Me lo como yo.

Juan largó toa su güeyá. Al último desenyugó el tigrón. En habiéndolo largao, había *enterraó* el tigre pa onde el caballero a comérselo. Enmediatamente Juan lo pescó del cacho con una mano y con la otra le metió el cuchillo. Lo mató y lo descueró. En habiéndolo muerto, lo abrió, hizo un juegón. Entonces lo ensartó entero en un asaor; y lo asó y en seguía se lo comió. Entonce su pairino salió para juea y le dijo:

—Nunca más me traigah esoh animales para acá, Juan.

—Está muy bien —le dijo Juan—, nunca más le traeré.

El caballero había mandao a Juan a esa montaña pa que los tigres se lo coman y como Juan era hombre de fuerza no se lo comieron. Juan siguió trabajando onde su patrón y pairino. El caballero no hallaba cómo matar a Juan, porque le hacía tanto gasto, le comía treh animales por día. Y pensando este caballero cómo podía matar a Juan, se acordó un día de mandalo al infierno a *trer* cuatro yuntas de novillo. Así que un día mandó al pobre Juan pal infierno.

—Vas —le dijo— onde mi compaire a *trerme* cuatro yuntas de novillo.

—¡Cómo no! —le dijo Juan.

Al otro día Juan se desayunó, se comió un güey de una sentá y se jue a buscar las cuatro yuntas de novillo. Por el camino *ponde* iba, Juan encontró una viejita.

—¿Pónde va, Juan? —le dijo.

—Voy a *trer* cuatro yuntas de novillo onde el compaire de mi patrón.

—¡Qué mal te quere quen te manda! —le dijo—, pero en fin, iráh y los trairá.

Le dio un cordón la viejita a Juan.

—Mira —le dijo—, cuando llegueh onde el compaire 'e tu patrón, te van a echar al corral pa que descojah. De allá se van a venir esos novillo a boca abierta a comete y tú con este cordón los principiah a latigalo y los vah arrinconar en el corral y los principiah a *man-cohnar* de la cola con este cordón.

En llegando Juan onde el compaire 'e su patrón, le entregó la carta. Enmediatamente el diablo le ijo:

—Está muy bien. Dentra al corral.

De allá se vinieron esos novillo a boca abierta a comerse a Juan. Entonce Juan con su cordón los principió azotar, loh arrinconó a una

esquina del corral, los principió a *mancohnar* de la cola. *Mancohnó* las cuatro yuntas de la cola. Estando *mancohnao*, los sacó para jue-
ra del corral. Se tomó una garrocha y se los llevó arriando. Le salie-
ron muy emperrao. Juan les daba palo a lo largo hasta que llegó on-
de su patrón con sus cuatro yuntas de novillo.

En habiendo llegao onde su patrón, salió el patrón muy asustao
que Juan había llegao con las cuatro yuntas de novillo. Entonce el
patrón le contestó que los largue.

—¿Por qué los largó? —le dijo Juan.

—¡Lárgalos no más que se vaigan pa su tierra!

Le obedeció Juan, largó dos yuntas y lah otras dos yuntas las ma-
tó Juan y se las comió. Y lah otras dos yuntas llegaron a su tierra,
pero muy apaliá. Entonce dijo el caballero:

—¿Qué es lo que hago con Juan? No lo puedo matar de ninguna
suerte. Lo que voy hacer mejor —dice el caballero—, voy a pagale su
tiempo que se vaiga pa su casa.

De luego que le pagó su tiempo, Juan le dio las gracias que se vai-
ga pa su casa. Así que Juan se jue pa su casa, llegó onde sus mayore.
Ya estaban muy ancianos sus mayore y muy pobre. Y Juan, como lle-
gó con platita, tuvo para surtirles las faltah a sus mayore. Juan si-
guió trabajando pa mantener sus mayore. Juan, estando trabajando,
jue onde su pairino que le dé unas dos yuntas de güeyes para el tra-
bajo y mantener sus mayore. Enmediatamente el pairino le dio las
dos yuntas de güeye. Juan se jue muy contento pa su casa y siguió
trabajando pa sostener sus mayore. Así que Juan tuvo cómo pasar la
vida, quedó Juan viviendo con sus mayore para sécola.

Y se terminó el cuento.

REINATO, HIJO DEL MILAGRO

Este jue un hombre mayor que jue casado y tuvo bastante hijoh y
toos se murieron. Y entonce la señora lloraba mucho al verse sola y
le daba mucha pena de ver a su marido de tanta edá y ellos tan so-
lito.

Así que un día desayunó y se jue su esposo al trabajo y ella que-

dó en la casa llorando. Entonce se le apareció Nuestro Señor de ancianito. Entonce le preuntó por qué sentía tanto y ella le dijo que era porque se encontraban solito. Entonce le contestó el ancianito de que "no sientas nada, porque todavía va a tener un niño y va a tener el nombre escrito en la espalda, se va a llamar Hijo del Milagro y cuando este niño tenga un mes va a crecer por un año".

Y cuando tuvo catorce año y supo que había una ciudá encantá, entonce se jue, en una herrería mandó hacer una espada que pesaba un quintal y mandó hacer un machete que pesaba medio quintal. Y con todo esto le pidió permiso a su papá y a su mamá un día y entonce no se lo daban ellos, llorando, y le dijo él que nunca sientan, porque no iba olvidar sus mayore. Le pusieron la bendición y se jue.

Y anduvo harto tiempo para dar en el lugar onde estaba la ciudá. Y llegó en la ciudá y pasó a alojar por ai en una casa cerca de la ciudá encantá. Y el dueño de casa le conversó un poco en la noche de que él, si se dejaba abrazar por una mujer hechicera, se volvía una piedra; era muy cariñosa y amable con tooh. Y entonce le dijo que había que subir una escala muy alta pa arriba en el risco, entonce arriba era un plan y estaba la ciudá encantá.

Y subió este joven la escala. Faltándole dos pisos máh o menos para que suba en el plan, devisó un animal muy fiero que le salía chispas por los cacho y que venía derectamente onde él haciendo un foso por lao y lao en la tierra y *ufaba*. Y entonce subió el último piso y pisó en el plan. Y tomó su espada y se jue derectamente al animal y le pegó con la espada, onde le partió la cabeza y lo mató. Y se *jormó* un lago chico. Y entonce él, rodiando el lago, se jue caminando, encontró un camino con piedra. Ahí encontró la vieja hechicera y muy cariñosamente a saludar al joven. Y él la dejó que se allegara a l'orilla de su cuerpo y ante que lo saludara le dio con el machete, onde le trozó el cogote, y tomó la espada y la partió. Dentro del estómago le encontró un rollo de *llae* y en el bolsillo del delantal le encontró una carta. Y tomó la carta él despuéh y se puso a leela. Ai *taba* toa la forma cómo iba a desencantar lo demáh. Entonce él di ai mismo tomó idea cómo debía desencantar lo demáh y empezó tal como decía la carta. Y en eso toas las piedras que estaban en el camino se golvieron cristiano y tiritando se paraban como podían a dale las gracia y querelo abrazar al joven. Y él les decía que ninguno le tome el cuerpo. Too el camino que tuvo que caminar eran piedras que se golvían cristiano y lo querían abrazar.

Y llegó al palacio encantao. Onde abrió la primera puerta encontró hartos cristiano encantao que toos querían tomalo a él, y él no se

dejaba. Y este palacio tenía treinta llaves de puerta. Y en abrir dos puertas, él sintió una música muy linda. Quedaba escuchando esta música, de tan bonito que tocaba. Y seguía abriendo más puertas, y más gente encontraba. Después en todas las puertas que abrió, en la última que abrió encontró una niña durmiendo en un catre. Era una señorita muy linda que dormía en el catre. Y en el respaldar del catre tenía un papel escrito, decía: "Sueño por un año". Y entonces él no hallaba cómo recordar la niña, no hallaba qué hacer, se hincaba, quería tomarse una mano y se arrepentía. Y la música la sentía más bonita a l'orillita de él, pero él no la veía. Entonces se animó él de tomar la niña. Y le dio un abrazo y le dio un beso, y entonces se desencantó, se recordó la niña. Y él en el mismo momento prometió casarse con ella. Y él vio la banda de música que llegó donde estaba él.

Y se casaron y quedaron viviendo en el palacio para el resto de sus días. Y fue a buscar sus mayores.

Y se terminó el cuento.

REY MUERTO Y REY PUESTO

Resulta que había un rey llamado Gúidone; la señora se llamaba Láurea. Y había un rey soltero, que vivía como vivir en Ovalle, y Gúidone como vivir en La Serena. Celebraban una fiesta muy linda, como la que se celebra en Andacollo, y le pidió permiso Láurea a Gúidone para ir a dicha fiesta. En ese tiempo también vino Nevo a la fiesta, y se hospedaron en el mismo hotel Láurea y Nevo y formaron una tertulia y pensaron en tomar matrimonio. Y para matar a Gúidone la misma Láurea le dice:

—No se te dé na, que eso es muy fácil.

Le hace una carta a Gúidone para que salga al día siguiente al campo, guerra declarará, a las diez del día.

—¿Y qué es lo que le pasa al rey Nevo que me envía a guerra, cuando yo tengo toda mi gente en libertad más de veinte años y los que puedo juntar son mujereh y niño y gente recluta?

—¡Qué! —le dice entonces Láurea—. Para los cuatro gatos que Nevo trae con vos solo soi' capáh —le dice al marío.

Y le contestó la invitación para que se presente a las diez del día siguiente. A las once del día era muerto Gúidone. Hizo retirar su ejército con más de veinte mil hombre.

En la misma noche dormía Nevo con Láurea y sentía un malestar que no podía tomar el sueño.

—¿Y qué es lo que siente? —le dice Láurea entonces.

—¡Si no puedo dormir!

—No se te dé na. Ese ha de ser Bobo —le dice—, quen, creciendo, ha de querer cobrar la sangre de su padre. No se te dé na, que mañana mismo lo mato.

Ordenó a su criá que llevara una torta envenená y lo encerró en su pieza. En su pieza el niño estaba cantando, bailando y tañando que se moría de gusto, y le dice la criá:

—¡Ah, mi hijito, a quen tan bien ama y tan mal que me paga!

En ese instante partió la torta y le dio un peazo a un perro que la siguió. El perro, envenenao, murió, y le sacó loh ojo y se los llevó a Láurea, que loh ojo de su hijo pedía.

—Mamita, ¿qué haré yo ahora?

—Tomar las riberas de la mar, onde ni los pájaros sepan de ustedé.

Subió arriba de una peña. En ese tiempo venía un vapor y tres mercaere que iban a la ciudá de la calderería onde el rey Lucas Fierro. El niño estaba arriba de la peña pidiendo auxilio, y los mercaere divisaron esto y dijeron:

—Es gente que pide auxilio o pájaro que aletea.

Pero leh apagaba la vista, porque tenía un rayo de sol en la frente, porque Gúidone, el padre de él, tenía el sol en el pecho. Bobo se jue con los mercaere y se hizo cargo de la mercaería de los tres mercaere que iban a la ciudá de la calderería. Entonces mandó el rey a un conde aonde los mercaere qué mercaerías traían para poderles comprar, pero na se pudo ver, porque too estaba enfardao. Y el conde le dice al rey:

—Lo único que traían era un niño de la cosa más linda, que en su palacio no hay.

—Dígale a los mercaere que me vendan su dependiente.

Dos de ellos contestaron que por ninguna plata lo vendían, pero el último contestó que lo vendía al peso de oro. Y lo vendieron. Y cuando llegó allá dijo que se llamaba Serautino. Y el rey le pregunta:

—¿Y tu padre?

—El molinero.

—¿Y tu madre?

—La mujer del molinero.

—Y siendo tu padre el molinero y tu madre la mujer del molinero, ¿qué trabajo quieres tener en mi pueblo?

—¿Yo? Ser cuchillo de su mesa.

Inmediatamente ordenó se le entregase *cuqueh*, cocinero, cocinera y servicio. El rey tenía una hija llamada Sia Luciana. Hizo llamar a diez señoritas de las mejores del palacio para servirse un almuerzo el domingo a las once del día. Ella dejaba caer una cuchara chica de té para que Serautino se la pasara. Inmediatamente le servía y Sia Luciana lo agarraba a besos y apretoneaba en su falda. Y las demás decían:

—Este niño ha de ser amante de Sia Luciana.

Al domingo siguiente hizo llamar diez señoritas más de las mejores del palacio. Volvió a dejar caer la cuchara chica de té para que Serautino se la pasara.

En ese tiempo peliaban cuatro reyes en la plaza de arma y Serautino dijo al rey:

—Si mi rey me diera caballo ensillado y un arma, espá y traje de rey, iría a la plaza a peliar con esos reyes.

—Siendo tu padre el molinero y tu madre la mujer del molinero, ¿tú irías a peliar con esos reyes a la plaza?

—Sí, mi rey, como lo acostumbraba en mi país.

Y Sia Luciana le dice que no, “porque tengo jurado a los Dioses y a María Santísima que tú eres de ser mi marido”.

—Mira —le dice—, a fe de Serautino de quien soy de que del primer al segundo espacio le he de cortar la cabeza al más bravo, ha de correr una cuadra por el suelo, y la ensarto en la punta de mi espá y la levanto arriba para que vea.

Entonces a ella medio se le vino el alma al cuerpo. Entonces el rey ordenó a Sia Luciana que le abriera la bodega para que Serautino escogiera un arma. Y no encontró ninguna buena. Todas las quebraba como quebrar *cachinah*. Entonces el rey ordenó que hicieran una espá que pesara siete quintales. El rey tenía un caballo chúcaro y muy bravo, que le dejaban caer el agua y el pasto de arriba del galpón. Entonces el rey le dio una llave mogosa y grande para que abriera la puerta del corralón. Y se dejó venir el caballo a comérselo, y Serautino le dio una palmá en la tabla del cogote que lo tendió por el suelo. A la otra palmá lo atontó, y lo amansó y lo ensilló. Y se fue a peliar con los reyes a la plaza. Después de muerto el rey más valiente, los otros tres reyes dijeron:

—¿Qué vamos a hacer, cuando ya mató al rey más bravo?

Toos se jueron paso a paso. Y Serautino llegó con la cabeza del rey a palacio. Entonce el rey dice:

—¿Qué voy hacer contigo, hombre, siendo tu padre el molinero y tu madre la mujer del molinero?

—Yo he jurao a los Dioses y María Santísima que he de casarme con Sia Luciana.

Entonce el rey tuvo que concederlo y ordenar el casamiento. Y a poco tiempo no más se hizo embarazá Sia Luciana de Serautino y en ese mismo tiempo tenía una sirvienta que también estaba embarazá. Y Sia Luciana dio a luh un niñito muy lindo y la sirvienta parió doh, un niñito hombre y un fenómeno llamao el Aldecán. No tenía figura de niño, pero el sentío de cristiano.

Un día se *dijustó* Serautino en el palacio y se jue a los desierto. A los dos meses después mandó Sia Luciana al Aldecán a buscar a Serautino, pero el Aldecán no podía hablar, le hacía ademanes con la boca y con las manos para traer a Serautino al palacio. Entonce Serautino se enojó y lo agarró a golpe y el Aldecán a *rajuñone* y golpes también. Y Serautino nunca volvió, pero el Aldecán le trajo las noticiáh a Sia Luciana. Sia Luciana se encaminó con su niñito y el Aldecán aonde estaba. Después de cuatro día de camino llegó a la hora de medianoche onde apenah ardía un jueguito. Entonce Serautino la recibió cariñosamente. Y se juntaron los cuatro y se jueron a un pueblo onde vivía una gente que decía:

—El que llega aquí no sale.

Y repetían:

—El que llega aquí no sale.

Entonce ellos decían:

—Por nosotroh eh.

Y la gente de ese pueblo decían:

—Ya será hora que estos gatillos se coman a estos corderillo.

Y repetían:

—Ya será hora que estos gatillos se coman a estos corderillo.

Ellos comprendían y decían:

—Por nosotroh eh.

Entonce Serautino ordenó al Aldecán voltiar toas las casas de murallah a empujone. Las casah eran sin ninguna puerta, pero tenían ventana. Hizo grande la mortandá. El que quedaba vivo Serautino le cortaba la cabeza. Y se tomaron la ciudá. Y quedaron viviendo ahí por mucho tiempo.

LOS SIETE MINEROS VIRTUOSOS

Era un rey que tenía una hija y, como siempre los reyes usaban ante de buscarle algún modo para hacerlas casar, la puso en el último piso de su palacio, que era el último, y ajuera puso una mesa con tres naranjas y también le puso un letrado que quien le pegaba en la frente a la princesa se casaba con ella, que palabra de rey no podía faltar. Todos se apresuraron a este trabajo, pero nadie podía dar a la altura que estaba la princesa.

Y un día venía un gigante en su caballo y leyó este aviso. Se apió de su caballo y tomó una de las naranjas, donde luego le pegó en la frente a la princesa. Al momento el rey cumplió su palabra. Se casaron y el gigante se la echó al anca, donde no supo más de ella.

El gigante vivía en una isla y tenía un departamento separado para tener su caballo, y a la isla entraba por navegación. Llegó hasta ahí con la princesa. Dejó su caballo y se embarcó con ella a la isla.

El rey sin poder saber de su hija ni la princesa de su padre. Transcurrió un largo tiempo y la princesa cada día más sufría. Cuando el gigante salía a sus trabajos, la cuidaba una serpiente que el gigante tenía, que era la única compañera que tenía antes el gigante. La serpiente tenía de costumbre, después de la noche, dormir en la falda de la princesa. Y ella entre sus sufrimientos a Dios le pedía cómo saber de su padre, hasta que un día llegó una paloma y le dijo:

—Si tú quieres saber de tu padre o si quieres salir de este destierro, puedes mandar un mensaje a tu padre que los únicos que te pueden sacar de aquí son los siete mineros virtuosos.

Al momento ella, como tenía los elementos cabales, hizo una carta y la misma paloma la fue a botar al palacio. Entonces allá las sirvientas al otro día, cuando estaban barriendo, encontraron este papel y, como el rey le tenía encargado que pagaba lo que le pidiesen a quien le diese noticia de su hija, corrieron con el mensaje a donde el rey. El rey lo leyó y se enteró de lo que decía, que los siete mineros virtuosos serían los únicos que la sacarían de ese precipicio. El rey, entonces, llamó a su capitán de la tropa.

—Mañana a primera hora del día cargarás la tropa con víveres y recorrerás todo el mundo hasta que encuentres los siete mineros virtuosos, que tienen que ser siete hijos de una sola madre.

Así lo hizo el arriero. Entró a recorrer el mundo. Después de varios días de camino, un día a las puertas de sol divisó una choza y dijo:

—Vamoh a preguntar a aquella choza. Si no eh ahí, *loh* servirá para alojar, porque ya es tarde.

Llegaron ahí. Salió una veterana.

—Güenas tarde, señora.

La veterana les contestó lo mismo.

—¿*Los* puede dar alojamiento?

—¡Cómo no, caballero!

Luego pensaron de hacer hervir tacho. Ella les cedió agua caliente y *loh* empezó hacer cariño. El *capatáh* estrañaba su casa llena de un todo en este campo tan solo. “Esta señora no debe ser sola”. Luego después de tomar té, le hizo la conversación en la deligencia que él andaba.

—A mí me mandó mi rey a buscar a los siete mineros virtuoso que sean de una sola madre.

—Casualmente —le dijo la veterana— yo tengo siete hijo y son minero los siete y luego no más van a llegar.

Entonce, terminando estas palabras, ya empezaron a llegar *loh* hijo de la señora, y atrás que venía el *puchusco* con el mayor, le hizo la conversa el chico al mayor:

—Mira, hombre. Se *loh* origina un viaje mañana.

—¿Para dónde? —le dijo el otro.

—*Los* manda a buscar mi rey y aquí en casa ya están esperándolo. El hermano mayor se *sohprenidió* al oír esto.

—¡Cómo sabe éste tanto! Pero en fin, ésta será su virtud —porque éstos ninguno se daba cuenta de la virtud que cada cual concedía.

Llegaron todoh a su casa y encontraron ahí estoh arriero. Luego no máh el arriero *loh* empezó a hacer la conversación en la deligencia que andaba y que el rey muy bien les pagaría, siendo que fueran a desempeñarle lo que él necesitaba.

Al otro día temprano emprendieron su viaje, donde demoraron varios día para llegar al palacio. Llegaron al palacio y el rey *loh* hizo muy güen recibimiento. Después del almuerzo les contó para qué los necesitaba. El chico estaba al corriente de todo y ya *loh* había venío contándole a suh hermano que se trataba de una princesa que estaba en una isla. Entonce el rey les dijo que él quería saber qué virtude poseían cada cual. Entonce el mayor le dijo:

—Yo soy muy güen maestro. Si se me ocurre, hago un buque en el aire.

—Bien. Eso es lo que necesito. ¿Y usted? —el que se seguía le preguntó:

—Yo, señor, soy un güen *compositor*. Y si usted quiere *preba*, puede hacerme tira un güevo y yo se lo dejo güeno otra vez.

El rey, por desengañarse, hizo tira un güevo al extremo de molerlo y lo echó a un plato. Llegó el minero con la paciencia más grande, entró a componerlo hasta dejarlo igual como estaba.

—Esto está bien —le dijo el rey—. ¿Y el que sigue?

—Yo resucito los muertos.

—También —le dijo— se necesita. ¿Y usted? —le dijo al otro que se seguía.

—Yo, donde pongo el ojo, pongo la bala.

—También está bien.

Y el otro que se seguía:

—Yo soy muy güen forzóo, porque yo lo que tomo no se queda en tierra.

—¿Y usted qué desempeña? —el antes del chico.

—Yo soy muy güen ladrón. Nadien me siente.

—También es necesario.

Entonces le preguntó al chico:

—¿Y usted qué puede desempeñar?

—Yo estoy a sabienda de todo lo que va a suceder.

—Eso es lo máh esencial.

Al otro día se pudieron en el trabajo. En poco tiempo tuvo el buque hecho en el aire. Y se pusieron en marcha. Y jueron a aterrizar en el mar junto a la isla. Llegaron a una hora que la serpiente todavía estaba despierta. Les dijo el hermano:

—Esperemo un momento.

Al poco les dijo:

—Ahora sí, ya es tiempo.

Jue el güen forzóo y el güen ladrón. Dentró el ladrón y se robó la serpiente; y el forzóo tomó a la princesa con una mano, y al lado ajuera en el patio había una mata de naranjo cargao de naranja, también la tomó con la otra mano como pa dejarle presentacione al gigante. Llegaron a su embarcación. Partieron un momento por el mar y se elevaron. No demoró cinco minuto en despertar la serpiente y pegó un silbo que el gigante no demoró nada en llegar y no encontró la princesa. El gigante pescó su arma y corrió a su embarcación, y luego no más les dio divisa y empezó el tiroteo. El apuntador del aire llegaba a hacer saltar al gigante, pero no lo podía matar, hasta que el gigante le pegó en la frente a la princesa, donde la mató intántanea-

mente. Pero entonces el *compositor* la compuso por el acto y el resucitador la resucitó.

—¡Ya stamo salvo!

Entonces el chico:

—Hombre, ya estamos perdiendo tiempo. Apúntele en el taco 'el zapato, que ahí tiene la vida el gigante.

Así lo hizo el apuntador. Luego no más estuvo el gigante muerto. Y siguieron navegando felizmente.

Y el rey lo esperaba deslocao por su hija, hasta que asomaron. Llegaron al palacio, se desmontaron y el rey le echa los brazos a su hija. El rey no hallaba adónde poner a los mineros, de ver que lo habían sacado de un apuro tan grande. Después del banquete que lo esperaba, que no duró un día ni dos, pensaron ya los mineros de retirarse. Entonces el rey les dijo que cuánto le iban a pedir. El mayor, como era el que mandaba, le dijo que no le costaba nada.

—¡Cómo va a ser esto! —le dijo el rey—. Yo lo he mandado a buscar que me saquen de este apuro y me piden su precio.

—Yo no sé pedir.

—Entonces, hombre, te voy hacer llevar la tropa cargada con dinero y los mandaré dejar de donde mismo la trajeron.

Al otro día hizo preparar la tropa y cargar diez cargas de plata. Y se pusieron en camino hasta llegar a la choza donde vivían con su madre.

Estos desde luego ya no trabajaron más mina. Se fueron a un pueblo a vivir feliz con su madre y si no se han muerto hasta el día de hoy todavía estarán gozando.

LOS SIETE HIJOS DE LA VIUDA

Este que era un rey que tenía tres hijos. Este rey un día manda repartir papeles para que venga gente de todo el país, caalleros, príncipes, grandes de la corte, de todo, para que las señoritas escogieran novio. Sucede que escogieron dos las dos mayores, quedó la menor, quedó la Carmelita. Esta niña no le gustó ninguno de todos los que habían venido para esposo. Entonces supo un moro rubio esta noticia. Es que

era casao el moro rubil con una india de cuatro ojo. Se presenta a los palacio, y esta niña se prenda de él y se la da al moro rubil el rey.

El moro se la lleva pa los palacio de él aonde está la señora, llega con ella de empliá. Entonce la india queó sospechosa, y se puso contraria con ella y la pone comunicá a esta niña en una pieza para que se muera.

Este rey no sabe na lo que está pasando a la hija. Al lao de los palacio del rey había una viuda que tenía siete hijo. Estos siete hijo eran adivino, tenían su virtú caa uno. Ni la mamá sabía de esta virtú que tenían estos niño. Estos niños sabían too lo que estaba pasando a esta princesa onde el moro rubil que iban a matarla. Había uno que se golvía zorzalito y iba toos los día onde el moro rubil a ver esa niña. Naide sabía, la única que sabía era la india que eran adivino.

Hacían quince día que tenía esta princesa comunicá a pan y agua. Faltaban cinco día para matarla. Sucede qui un día estaba la india conversándole al moro y naide lo iba a saber, porque ¿quién iba a ir allá?

—Sucede —le ice la india— que loh único que pueen librar a esta niña son los siete hijo de la viuda y naiden más la puee librar.

Entonce la princesa oye esta conversa que tienen. Aguaita un día a la india que esté durmiendo y habla con la empliá, le pide que le pase un sobre de carta y le escribe al rey una carta que por favor la mande favorecer, qui hace un mes que la tienen comunicá pa matarla. Le manda ecir que loh único que la pueen favorecer son los siete hijo de la viuda que están allá. A este momento el rey se desesperó pa poder favorecer su hija, manda uscar la viuda que comparezca a su palacio y le ice que la manda uscar pa que suh hijo le vayan a favorecer a su hija que le van a matar. Le ice la señora que suh hijo no pueen favorecérsele, porque allá los van a matar, que cómo pueen favorecérsele unos niños pequeño. El viene y leh ice que tienen que ir o la de no viene y la caeza les corta a too. Manda llamar la señora con toos los niño y loh encierra en un calabozo. El rey consulta a estos niño si pueen favorecer a la hija. Estos niño se niegan, le icen que ellos no pueen librársela. Estos niños después di haberse encalabozao que el rey loh iba a matar se juntan y se comunican de largar la verdá de su virtú que ellos tenían, llaman al rey y le comunican la virtú que ellos tienen di a uno por uno. Uno le ijo:

—Yo me güelvo zorzalito, señor.

El otro le ijo:

—Yo adivino, señor, too.

El otro le ijo:

—Yo hago una barca, señor.

El otro le ijo:

—Yo la hago correr más que el viento.

El otro le ijo:

—Yo le pego un grito a los muerto hincan a los pie y loh hago resucitar.

El otro le ijo:

—Donde yo tiro un peñascazo no yerro.

Dijo el otro:

—Donde pego un pitazo hago bailar, bailan hasta los pajarito, señor.

Y pegó un pitazo, llegaba a sacar tierra el rey bailando.

—Güeno —leh ijo el rey—, ¿si animan a ir a favorecer mi hija usteer, que la india la va matar onde el moro rubil?

—Sí, se la favorecemo, señor.

—Si me la favorecen, yo los voy a gratificar con casa y terreno escriturá hasta que se mueran, a tooh.

Faltando tres día para matar a esta niña, se van estos niño. Y se pone hacer la barca uno, en treh hora hizo la barca. Entonce si arreglan y salen. Sube el que hizo la barca, el que la hacía correr más que el viento, el que se golvía zorzalito, y se van onde el moro rubil. Loh otros niño quean a mitá de camino esperando la barca que güelva. Llegan onde el moro, ejan la barca distante de la casa del moro, y se va el que se güelva zorzalito y dentra por la ventana onde estaba dicha Carmelita, y habla con la Carmelita y le ice que la van a uscar. Entonce la Carmelita va y aguaita la india que esté durmiendo para salirse a la india para poderse salvar. En el plazo de media hora más la india si acuesta a dormir. La Carmelita está aguaitando por una ventana que se queara dormía. Lo que se queó dormía la india, sale la Carmelita, la toman estos niño, la echan a la barca y salen volando con ella. Hacen como treh hora que iban volando y corriendo con la barca. Recuerda la india y la echa meno, ice la india: “Se jue esta pícara; yo la voy a seguir”. Se güelva un águila y sale volando di atrás de la barca. En estos mismos momento este niño adivino adivina y dice:

—En la mala estamo, la india viene hecha un águila siguiendo a la barca.

Al enfrenar la barca aonde estaban estos niño esperando la barca, alcanza el águila esta barca y le da unos regüelo, y se pelotea esta niña del pelo y se la sacó de la barca. Estos niño nu hallaban cómo

hacerlo para matar esta águila. Dice el niño, el que tiraba el peñasco:

—Yo le voy a tirar a esta águila.

A la lijera pescó una piedra, y le tiró al águila y mató a esta niña y mató al águila. Allí apiaron la barca y echaron a esta niña muerta. Llegaron a los palacios del rey con la princesa muerta.

—¿Y ahora qui hacemos? —ijo el rey—. Mi hija viene muerta; vamo llamando a este niño que se le hinca a los muerto.

Llegó este niño, se le hincó a esta niña, le pegó tres grito. A los tres grito que le pegó resucitó la Carmelita. Jue mucha la alegría para este rey di haber resucitao a la Carmelita. Este mesmo niño que resucitó a la Carmelita se casó con la Carmelita. Tooh estos niño el rey loh heredó para siempre, porque le favorecieron su hija.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

88

E L G I G A N T E

Era un rey que tenía seis hija, y la hija menor se la había llevao un gigante y él con cuarenta mil hombre no se la había podío quitar. Un día mandó llamar una vieja bruja que qué consejo le daba, que quén podía *trerla* su hija del gigante.

—Usté tiene una viuda inquilina que tiene siete hijos varone. Son loh únicos que le pueden traer su hija.

—¿Cómo es posible que siete hombre vaigan a traer mi hija, cuando yo con cuarenta mil hombre no se la he podío quitar?

Entonce el rey inmediatamente mandó llamar a la vieja.

—He sabío que tiene siete hijos varone.

—Sí, mi rey, pero lo mismo que si no tuviera ninguno, porque hace cinco años que salieron de casa y hasta la fecha no sé na de ellos si serán vivo o muerto.

—¡Plazo de quince día que los reunái tooh en tu casa para que me vaigan a *trer* mi hija onde el gigante!

—¿Cómo es posible, mi rey, que mis siete hijo le vaigan a *trer* su hija, siendo que el gigante es tan bravo?

Entonce, como el mayor era adivino:

—¿Cómo es posible que vaigan a matar a mi madre por nosotros?

Le comenzó a escribir cartah a su hermano y a los ocho días estuvieron en su casa. El rey los manda llamar para que le vayan a traer su hija onde el gigante y les paga un almú de oro a cada uno.

—Y si no, les mando a cortar la cabeza a too.

Al otro día partieron y llegaron onde el rey.

—Los mando llamar para que me vayan a traer mi hija aonde el gigante. Les pago un almú de oro a cada uno y si no, les mando cortar la cabeza a ustee siete y a su madre también.

—¿Cómo es posible, mi rey, que nosotros siete le vamos a traer su hija onde el gigante, siendo que el gigante es tan bravo?

—Ya saben la sentencia —les dijo el rey.

Entonces partieron pa su casa los niños. Al otro día muy temprano se fueron en busca de ella. A los tres días llegaron. El gigante *taba* encerrao en un sótano bajo de siete llave y *taba* durmiendo con la princesa. Le tenía la pierna izquierda engüelta con la de ella, y lo mismo el brazo, y con la boca le tenía mordido el carrillo. Entonces dijeron:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No se le dé na, hermano —le dijo el mayor—; yo tengo una virtud de abrir las puertas que yo quiera y nadie me siente.

Inmediatamente comenzó a abrir la puerta y llegó onde el gigante. Le desengolvió el brazo, y lo mismo la pierna, y le abrió la boca, y partió con la niña, y se fueron muy contento. Después despierta el gigante y se encuentra sin ella echando monte y cuanto pillaba. Ya los venía alcanzando, cuando le dijo el otro:

—Yo tengo la virtud de hacer una casa de alto con una sola ventana que nadie la puede mover, tan sólo Dios del cielo.

Y se encerraron ahí. En eso llega el gigante y se precipiaron a enseñar la niña por la ventana. Y como no le puso reja, el gigante pegó un salto, y se la sacó y se la llevó debajo 'el brazo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, hermano?

—Yo tengo una virtud, hermano —le dijo el otro— de hacer una honda de siete cueros de vaca y tirar a la distancia de siete cuadra.

Inmediatamente echó un enorme peñasco a la honda y los hizo tira a los dos.

—¡Ahora sí que vamos bien!

—No se le dé na, hermano. Yo tengo una virtud de resucitar los muertos —le dijo el otro.

Y comenzaron a juntar los pedazos de la niña, y sacó un frasquito del bolsillo y iba pegando pieza por pieza. Después de otro frasco

él echó una rociá y echó una ceremonia. Si linda era la niña, más linda la resucitaron. Y se jueron con ella. Cuando llegaron a palacio:

—¡Mi amito, los jóvenes traen la princesa!

Inmediatamente el rey sale en calzoncillo y en manga de camisa, y lo mismo la reina. Tan contento, abrazaban al uno y abrazaban al otro.

—Un saco de oro a cada uno les voy a pagar, porque no tengo con qué pagar esta fineza.

Y toavía le parecía poco. Mandó llamar una vieja bruja que con qué le podía pagar esa fineza a esoh hombre. “Que los mande echar al sótano onde se mueran de hambre y de se”, le dijo la vieja, onde *bían* muchos muerto y otros por morirse.

—¡Cómo voy a hacer esto con estoh hombre, pagarles de esta manera!

—Sí, mi rey, porque estoh hombres son muy bravo y después pueden matarlo a usted.

Y así lo hizo el rey. Cuando llegaron allá, ¡tantos muerto y otros por morirse!

—Usted, que tiene la virtud, pueh, hermano, de resucitar los muerto, resucite toos los muerto.

Resucitó toos los muerto. Y ahora dijeron:

—Tenimoh, hambre.

—No se le dé na, hermano, yo tengo una virtud de arrastrar este mantelito mugriento que ando *triendo* en el bolsillo.

Y al momento se formó un mesón de too el largo del sótano con las comía más esquisita y licor. Entonce se pusieron a comer. Comieron y se curaron, de too. En seguía levantaron too el servicio y quedaron tomando. En eso dijo el rey:

—¿Qué será de los preso, vieja bruja?

Y jue la vieja y loh halla a toos curao.

—Mi rey, están toos curao; de toos los vivo no hay ninguno muerto. Lo que no leh he visto ha sío comía, pero mañana me va a dar cinco gallina, un decálitro de arróh y uno de papa y les voy a llevar. Aquí les traigo, hijito, esta juente de cazuela, que cómo tendrán de hambre. Y a tiempo de pasar la juente les voy a echar un puñao de veneno que van a reventar como *camareta*.

Entonce dijo el adivino:

—Mañana va a venir la vieja bruja. Toos se van a retirar y yo voy a saber qué voy hacer con ella.

Al otro día llega la vieja y le ice:

—Aquí le traigo una juente 'e cazuela, hijito. ¿Cómo tendrán de hambre?

—¡Ay, mamita! ¡Ya nos morimo de hambre! —le dijo el adivino.

Y la vieja bruja usaba unas camisas descotaa, bien abierta aelante. Ella que le va a echar el puñao 'e veneno, y él que le larga la juente 'e cazuela.

—Ahora yo, hermano —dijo el otro—, tengo un violín que too el que lo oiga se pone a bailar.

Entonce le comienza a tocar y la vieja se pone a bailar, y le corría el caldo por las verija.

—¡Por Dioh! Déjense —decía la vieja.

Dejó de tocar y la vieja se jue.

—¿Qué te pasa, hija? —le dijo el rey.

—¡Qué me va a pasar, mi rey, que toavía no alcancé a echar el puñao de veneno y me lo echó por la cabeza, y mire cómo vengo toa quemá! Y después comenzó a tocar un violín y me puse a bailar sin querer, pero mañana me da dos decálitro de carbón, porque esos no tienen juego allá y voy a llevarle y voy a decir: “¡Cómo tendrán de frío, hijito! Aquí les traigo una braserá 'e brasa pa que se calienten”.

Entonce el adivino dijo:

—Mañana va a venir la vieja bruja otra veh. Toos se van a retirar y yo voy a saber lo que voy a hacer con ella.

Y la vieja leh iba a echar un puñao de veneno, que iban a rebenatar como *camareta* con el humazo, pero éste estuvo muy listo. Al otro día cuando llega la vieja:

—Hijito, aquí les traigo esta braserá 'e brasa. ¡Cómo tendrán de frío!

—¡Ay, mamita, ya *loh* helamo!

Antes que la vieja les juera a echar el puñao 'e veneno, se lo largó él por la cabeza otra veh. Entonce el otro comienza a tocar el violín y la vieja se pone a bailar otra vez toa quemá. Visto que no llegaba la vieja, llega el rey y se manda a bailar también con la vieja. La vieja bailaba de roílla, de espalda, boca abajo, y el rey llegaba a sudar bailando también.

—¡Por Diosito! Déjeloh.

El rey ya bailaba sentao. Visto que no llegaba el rey, se viene la reina también. El otro toca y más toca y la reina se puso a bailar también. Y entonce toos ya bailaban de espalda, boca abajo, de roílla.

—¡Déjeloh, por favor! —decía el rey.

—De una manera.

—¿De qué? —dijo el rey.

—De que *los* den lah hija para casarse con nosotros.

—¡Por na, por na! —dijo la reina.

Pero como el rey estaba tan cansao, luego dijo que güeno, pero la reina dijo:

—¡No!

Pero ya se cansó tanto que dijo que güeno también. Entonce éste dejó de tocar el violín y se jueron tooh al palacio. Pero como las niña eran sei y ellos eran siete, mataron al rey, el mayor se casó con la reina. Se jueron de mayor a menor, y el *puchusco* se casó con la menor que había llevao el gigante. Entonce hicieron un montón de chamiza y le prendieron juego a la vieja bruja y al rey. Y quearon viviendo muy felice en el palacio y toavía están allá.

Paihuano, Coquimbo, 1950.

FRANCISCO ANTONIO ROJAS.

EL NIÑO HUERFANO

Estoh eran unos veteranos que vivían en una aldea y la aldea estaba a costa de mar. Estos dichos matrimonio tuvieron un niño, que en tiempo se jue criando, pero muy pobre. Salió malo de la cabeza. Llegó a una edá de nueve año, cuando los mayores vivían con negocio de leña en saco. Entonce este niño de nueve año dentró en auxilio de sus mayore y toa la riqueza que tenía eran cinco perros que lo acompañaban al niño. Y para empezar el auxilio de sus mayore salía toos los día a buscarse leñita por la orilla del mar y vender a la ciudá. Entonce en la mañana iba a salir este niño, le decía a sus mayores que lo habilitaran con un pedazo de pan, pero el pan era un *churrasco* y máh o meno era un cuarto de harina. Eso era para su desayuno. Y días vienen y días van, este niño un día no le dieron su ración que le daban para la mañana, y llegó a la orilla del mar, y se sentó y se largó a llorar. Llorando estaba, se abrieron lah aguas de repente y vido, limpiándose loh ojo y los perroh al lao, cuando lah aguas se abrieron, vido la cabeza de un pescao. Entonce era una corvina. Así que de cuando el niño se crió, sus mayores no sabían

cómo se llamaba; pero la corvina, cuando salió del agua y tocó en la arena a los pies del niño, entonces él quiso tomarla y la corvina le habló:

—Mira, Rosa; no hagas ninguna cosa y yo voy a andar contigo too el tiempo y te ayudaré en lo que pueda.

Desde entonces se llamó el niño Rosa Parra. Entonces la corvina le dijo:

—Toos los días que amanezah te acuerdah y diceh: “Corvinita, por la virtù que Dìoh te ha dao, que se presenten los mejoreh almuerzos para alimentarme.

Inmediatamente se le presentaron.

Así de que se jue este niño no llevó leña. Cuando llegó a su casa, los mayores lo castigaron. Porque no había llevao leña, no merecía un pedazo de pan. Y se acordó de la corvina.

—¡Que se me presente harta comía y harto pan! —dijo.

Inmediatamente se le presentó. Padre y madre se desayunaron al ver de que de un improvisado se le había presentao tantas cosas de comer y comieron hasta que se hartaron.

Como de costumbre, al otro día tenía que salir. Entonces amaneció un quintal de harina y l' hicieron una *churrasquita* de medio quintal. L' hicieron too, le prepararon la *churrasquita* y se la llevó. Llegó a l' orilla del mar. Entonces él se quedó pensando y dijo: “No saco nada de llevar poquito”, y se acordó de la corvinita. Entonces le dijo a su corvinita:

—Mira, corvinita; dile a este palo que se vaiga a la rastra y pase pa mi casa y vamoh al pueblo en él.

Hecho su pedío de Rosa Parra, el palo se movió, entonces él para no ocupar los pies jue y se montó a caballo en el palo y jue continuando su destino al pueblo para venderlo. Pasando por el palacio del rey Rosa Parra de a caballo en el palo y comiéndose la *churrasca* y los perroh al lao, salió la princesa al balcón y dijo:

—¡Miren el leso de a caballo en un palo, comiéndose una *churrasca* y los perros que ya se la quitan!

Llegó al pueblo, hizo su negocio. Entonces onde el caballero que le compró la leña 'e palo le dijo, porque ya toos en el pueblo lo conocían, que era un vendeor de leña y el nombre era Rosa Parra. Vendió el palo. El caballero le dijo:

—¿Quereh un almú de plata o “un Dios se lo pague”?

—Un almú de plata es mucho, es mucho peso; págueme mejor con “un Dios se lo pague”.

Entonces este niño llegó a su casa. Le pidieron la plata de la leña.

—Quedaron de mandármela —ésa jue la contesta que dio.

Como de costumbre, tiene too. Luego llegó el comistrajo pa los veteranoh y toos comieron.

Esa era profesión de vender leña toos los díah en el pueblo. Un día, pasando otra vez mesmamente por el palacio del rey, golvió la princesa con la mesma *almonía* de que el leso de Rosa Parra iba de a caballo en un palo comiendo una churrasca y los perros a la siga. Rosa Parra, oyendo esa voh, la miró de reojo. Entonce dijo entre su corazón y lanzó sus palabras juertes que la princesa se haga embarazada de doh infantes de él. Ya después Rosa Parra no tenía para qué salir. Pasaron mese. Cortó el negocio y en el pueblo lo echaban de meno.

Dejemoh a Rosa Parra y vamoh a la princesa. Cumplíos los nueve mese, salieron los doh infantito. El rey dijo entre su pensar, se emocionó mucho que su hija no salía a ninguna parte y cómo podía haber sido ese descuido. Loh infantito jue un hombrecito y una mujercita y se criaron como crece el pasto. Entonce cuando ya podían hablar los niño, dijo el rey que como palabra de rey nunca debía faltar, puso aviso en toas las ciudade para que vaigan a conocer sus gemelito o los niños conocer a su papá. Así que se cumplió el pueblo muy presurao para matrimoniar con la princesa. Jueron rico y pobre. Los niños estaban a la derecha y la princesa a la izquierda. Y daban para el reconocimiento una hora en la mañana y otra en la tarde. Esto duró un meh. Las visitas no pudieron conocer padre a los niño. Faltaban dos día de término que había dao el rey para que se cumpla el plazo. Dijo Rosa Parra:

—Yo voy a ir a ver si me conocen los niño. Me arreglan bien mi ropita, me la lavan y cuesen las roturita.

Luego se hizo too lo que ordenó él. Y se llegó el plazo que le correspondía a él. Se jue como de costumbre con su churrasquita de medio quintal de harina, que la llevaba debajo del brazo, y sus cinco perros que nunca le desmayaron. Llegó y le abrieron la puerta, y pasó por la callecita aonde le correspondía pasar. Detrás de siete príncipes que seguía Rosa Parra llegó y pasó. Y vieron los niño a Rosa Parra y dijeron:

—¡Mi papá! ¡Mi papá!

Dándose una palmada en la frente, el rey dijo:

—¡Palabra de rey no ha de faltar! Ese eh el esposo de mi hija.

Luego llegaron los curitah y obispoh a celebrar el casamiento de Rosa Parra. Se casó Rosa Parra. Le *esignaron* un pesebre para que se asista con su señora y suh hijito.

Así pasaba la princesa los días más triste. Entonce el rey pensó de que era una afrenta que tenía y mandó hacer un cajón bien grande para que dentraran dos catres para que durmieran los dos niño y el matrimonio. Cuando ya estuvo listo el cajón, lo llevaron hacia el muelle al mar con toa clase de alimento. Estando el cajón en el muelle, un día envitó el rey al yerno. Rosa Parra obedeció a darse un paseo por la orilla 'el mar en el muelle. Entonce salieron en un coche. Y el rey, y su señora, y su hija, y Rosa Parra y los doh infantito anduvieron por ahí andando y llegaron al cajón. Entonce le dijo el rey a Rosa Parra:

—¿Cómo te anduvieran estas camitas para ti con tu señora y tuh hijo?

Obedeciendo, dentro y se botó dentro del cajón y su señora y suh hijito. *Tando* acostao los cuatro, el rey jue y cerró la puerta. Entonce viéndose aprisionao éste, el rey lo empujó, lo arrojó al mar. El mar se encargó de llevahoh leguah y legua de la distancia del muelle. Cuando ya se les terminó loh alimento a los niño, le rogaba la señora a su esposo que cómo él siendo un hombre y había tenío los dos niños sólo con el decir sería un poder muy poderoso. Entonce él, cumpliéndose los treinta día, dijo:

—¡De vera que tú, cuando tuviste esos niño, no *adulterate* con hombre, sinó de que yo tengo mi virtú!

—¿Y por qué no le pideh, Rosa, de que se te quite esa malura de cabeza que tieneh?

No obedeció él. *Tuvieron* too el día entre los tres rogándole que salgan de esos desierto. Le decía ella:

—¡Ay, Rosita! Pídele a tu virtú.

Entonce Rosa dijo, recorriendo su memoria, que tenía una corvinita y ésta le daba too lo que necesitaba. Entonce dijo Rosa Parra, se hincó en su cama:

—¡Corvinita, por la virtú que Dios te ha dao, que se presente un palacio dos tantos más lindos que el palacio del rey y su puente que salga de aquí mismo y se enfrente a la ciudá de mi suegro con barandas de oro!

Enmediatamente se hizo too. Se presentó el palacio con puente y barandas de oro y con too el personal completo de casa, donde tenía niñas de mano, asistentes con toíto el personal y unos coches de los más lindo.

De aquí jue Rosa Parra un hombre de pleno conocimiento y un hombre máh educao. Un día le dijo a su señora:

—Preparah algo, mañana vamo a ver a tu papá.

Al otro día, cumpliéndose las órdenes que él había dao, se pusieron en viaje con un lindo coche y el cochero un traje que el mismo rey no tenía. Los caballoh y loh arneses llegaban a brillar. Se embarcaron los cuatro. Ya el niño y la niña eran grande. Y se jueron a visitar al rey.

Cuando el rey *taba* en su palacio sentao en el balcón, de repente devisó una cosa que venía brillando como si hubiese sido el sol. Y el rey, cuando quedó mirando onde hacía reflejoh el coche, quedó casi en oscura. Llegaron al palacio del rey y se desmontaron las visitas de su coche. Y salieron los guardias del rey a darle aviso que venían visitah. La señora vieja, cuando salió que conócía su hija y no la conocía, se paraba y se desmayaba.

Duró la fiesta de la visita dos día, porque jue una gran *almonía* que le llegó al rey. Y estando en el almuerzo, se acordaban del desgraciao Rosa Parra. Entonce él mismo dijo:

—¿Se habrá muerto? ¿Se lo habrán comío los pescao?

Al tercer día se preparó el cochero para emprender el viaje, y despidiéndose y envitándolo al rey que pa tal día tenía que presentarse para devolver la visita.

—Ahora me tienen que ir a visitar usteeh a mi triste y humilde hogar. No faltará cómo devolverles el cariño que ustees me han hecho.

Se cumplió el término que había dicho el rey para emprender el viaje a devolver la visita. Cuando llegaron a las once del día, enfrentaron el palacio. Las carrozas que llevaba el rey eran unas puras carretela. Entonce ya llegaron allá. Salieron los sirvientes de Rosa Parra a recibir las visitah y muchoh otros reyes que llegaron también a la visita y toos tenían que juntarse en el palacio de Rosa Parra.

Entonce cuando ya almorzaron, Rosa Parra y la señora envitaron a un paseo juera al jardín, que les serviría de reposo. Y tenían un árbol que les producía unas manzanas de oro, pero eran contás las manzanas que tenía el árbol. Y de esas manzanas de repente se desaparecieron dos manzanas de ese árbol, y luego dio alarma el jardinero, y toas las visitas comenzaron a buscar en la ropa y se van a encontrar en el bolsillo del rey. Y él cómo había pareció en el bolsillo de él; jue una gran vergüenza para él.

—No hay para qué avergonzarse, mi rey —le dijo Rosa Parra—; son cosas de la vida. Y quédese usted —le dijo al jardinero— y no dé máh alarma.

Y diciendo esto, se jueron para dentro. Entonce *tanto* adentro, se dio a reconocer y aclaró toas las cosas que habían ocurrió.

—Así como las manzanah aparecen en el bolsillo, así mismo aparecieron estos niños. Y yo soy Rosa Parra, el leñador.

Así que, aclarándole toah esas cosah, Rosa Parra y el rey trabaron un cariño como si hubiese sido un hijo propio.

—También le ofrezco una reforma en su palacio.

Y se lo reformó en las mismas condiciones del palacio que él pose día.

Se despidieron y se acabaron las visita. Y allí está viviendo el rey en una reforma de su palacio. Y los veteranos, si pobreh eran, hoy día son millonarios por su hijo. Y too dejó en güen arreglo.

Un día, *tanto* en el comedor desayunándose con su señora, le dijo:

—Harto hemos padeció, pero too ha pasao. Y hoy a las dos de la tarde yamoh a quedar desamparao, hoy se los va el que los dio la fortuna que hoy día *posedimo*.

Y ordenando a su señora y sus niños que coloquen una mesa en el jardín, y un mantel bien limpio y unos ramos de flore, los más preciosos que puedan arreglarlos, *tando* too esto apareció la corvina y de un salto se puso a la cubierta de la mesa y se trasformó en paloma. Y despidiéndose, con l' ala derecha puesta en l' hombro de Rosa Parra y con l' ala izquierda a la señora y en las mismas condiciones los doh infante, y *prendió* el güelo y se jue.

Y se acabó el chasco.

P I E D R A J O Y A

Ha de saber de contar este cuentecito llamado Piedra Joya. Eran dos hermano; uno era rico, el otro pobre. El pobre se mantenía vendiendo leñita al pueblo para sostener a sus hijo que tenía, niños chico.

Un güen día este caballero, el pobrecito, tenía sus burrito en que llevaba su leña al pueblo y un día *taba* sacando relvun debajo de un monte, de una mata de litre, ramada abierta y arrastrada hacia el suelo, muy tupida, grande. En la tardecita, a puesta de sol más o meno, es que va yéndose a oscurecer, *taba* este veteranito buscando raíz de relvun y siente una voz que le dice:

—¡Ábrete, piedra joya!

Sobre ahí se abrió una piedra sobre un risco que se encontraba muy bonito, parecía muralla de casa. Luego salieron catorce bandidos di a caballo di aentro de esa piedra. Bueno, a ver, contar estos catorce cristiano di a caballo, se quedó callaíto él, sin ruido alguno. El qui hacía [de] capitán de esta banda comenzó hacer las partes, tres, cuatro, pa onde se fueran hacer su sarteo. Cuando despuéh al rato, como a la hora, sin ruido alguno, no sintió na más, ya iban muy lejo, se va él y sale de la mata de litre [en] que estaba enramado onde estaba la piedra, dice con esa voh:

—¡Ábrete, piedra joya!

La piedra joya si abrió, entonce ve en forma di un palacio aentro la cosa más preciosa que se encontraba aentro de esa piedra. Entonce había de toda riqueza, plata, había ropa, de todo, tenían lazo onde se robaban, espuela, había silla. Es el caso que eran bandío, tenía que ser así. Al poco después vino él, cargó oro y plata hasta cargar sus cuatro burrito que tenía pa llevalo con dinero, y lah echó di atráh.

Güeno, entonce cuando viene después, le dice a la señora de este *hallajo*:

—¡Y mucho cuidao qui usted lu ande publicando!

La señora le dice:

—No tenga cuidao alguno conmigo.

Este leñador se puso di a poco arreglando su casita tan malita que era. Durante el año hizo su casita ya formada, hizo una posaíta pa qui ahí la gente qui alojara, animalito que llegaban, arriero, alojaban en esa posá. Así iba arriba el hombre.

El rico, como siempre quere, el rico mientras más tiene más quere, como se dice, cuando dice entonce: “¡Uui, la casa de mi hermano! ¿Por qué está tan decente, tan bonita casa? ¿Por qué está así? Voy a ir a ver por qué está tan bonita”. Llegando a la casa onde estaba el pobre leñador, que siempre se dice así, va y le pregunta:

—Güena tarde, hermano.

—Güena tarde, hermano. ¡Ah! —le dice entonce el pobre—, ahora soy hermano y ante era el viejo burrero.

—Sí, así sucede. ¿Y cómo tuvo la suerte, hermano, di haber usted enriqueció más que mí, la casa bonita, tan decente que tiene usted?

—¡Ah —le dice—, hermano! Le voy a decir un secreto. Mire, en tal parte está la mata grande de litre, esa piedra bonita qui hay, ésa se llama Piedra Joya. Ahí salieron cuatro personas di a caballo que

serán bandío, y ahí había plata, oro, de todo ahí en esa piedra aentro, muy bonito.

—Y vamo, hermano —le contestó el rico.

Ya hicieron la invitación y en la tardecita caa uno llevó sus cuatro burrito. Allá se encondieron debajo 'e la mata otra veh, enramao en el litre. Ya cuando estaba empezando a oscurecer, entonce viene y le dice:

—Mire, ya es la hora.

Al poco rato sienten el ruío que entonce la voh:

—¡Ábrete, piedra joya!

Si abrió la piedra, un güen portón grande.

—¿No ve? —le dice.

Callaíto llegaron entonce los catorce cristiano otra vez di a caballo. Ahí los destinó el capitán pa onde podían irse a hacer su robo.

Bueno, cuando despuéh a la hora más o meno, calculó el veterano de los burrito y se fue a onde estaba la piedra, le dice:

—¡Ábrete, piedra joya!

Si abrió y vío el caballero aquella riqueza.

—¡Ah, qué rico está aquí, qué bonito!

Ahí cargó los cuatro burritos que llevaba el rico y él también y se jueron con el dinero.

—¡Ciérrate, piedra joya!

La piedra quedó igual como siempre, como si no hubiera habío nada ahí, ni una cosa, todo sólido aquello.

Güeno, ya llegaron entonce al otro día, le cargó d' ir otra veh al rico, d' ir al tiro.

—No, pue; no conviene tan lijero.

—Vamos no máh; yo voy —dice entonce el rico.

Y jue con la ambición de tener más dinero. Güeno, al haber llegao a la misma mata de litre el rico, solo, no se jue con el hermano pobre. Entonce, cuando viene despuéh, a la hora salieron los bandlero y dicen:

—¡Ábrete, piedra joya!

La piedra si abrió y salieron los catorce, los contó el rico. En seguía de esto, cuando viene despuéh, hacía un gran rato, y se dentra la piedra y dice:

—¡Ábrete, piedra joya!

La piedra si abrió, comenzó a llenar las talegas del mejor oro qui había. Ya hizo todo pa salir con las cargas pa juera, se li olvida el nombre de la piedra joya al rico que estaba ahí.

—¡Ábrete, piedra larga! ¡Ábrete, piedra bonita!

Y la piedra no si abría, no le *odecía*, por cuanto que no le decía el nombre como se llamaba la piedra. Jue esto hasta cuando ya quería aclarar el día, siente el ruío que viene la banda de bandío a entrar pa entro. El, ¿qué iba hacerse?, se confundió todo. Sólo había una barrica grande cercano y se gana dentro, se ganó aentro pa ver si se libraba. Cuando lo primero llegan ahí con foco y ven aquello, las talegah ahí.

—¿Quién *loh* está robando? —dice el capitán de los bandío—. ¿Quién está robándose el oro? Vamo allanar todo aquí, too, too.

Y se comienzan a trabajar los bandío aentro, de ensartar too lo qui había. Y había uno afirmao en la misma barrica vacía de lo qui habían visto.

—Güeno, capitán, esta barrica no la hemos dao güelta.

—¿Por qué?

—No la hemos dao güelta.

Cuando la dan güelta y encuentran al pobrecito. Al haberlo encontrao aentro, lo tomaron, le sacaron la ropa y lu abrieron como quien abre un chanchito, lo lavaron y lo ejaron abiertito encima di un comedor a ver si acaso esto eh uno u son doh.

—Si acaso son dos, tendrá qu' ir a ser pillao.

Al otro día el rico no llegó, al otro día la señora jue aonde el hermano y le dijo que su esoso nu había llegao.

—¡Qué sé yo —le dice ella—, cuando aquí no si ha visto mi cuñaol —le dice la señora, la del pobrecito.

—Tendrá qui aparecer.

—¡Pero si conmigo nu ha *ío* —dice el dueño 'e casa—, conmigo nu ha *ío* mi hermano, nu ha *ío*, nu ha *ío* a ninguna parte! ¿Yo por qué voy ir, qué tengo qui hacer yo? ¡Caramba! ¡Tanto que le dije que no fuera y que fuera a ir otra veh! Lo voy a ir a ver si está ahí.

En la tardecita ya llevó sus cuatro burrito otra veh el hombre. Cuando se escondió otra vez debajo 'e la mata de litre el leñador este, salen los catorce bandolero y dicen:

—¡Ábrete, piedra joya!

La piedra si abrió. Y espueh:

—¡Ciérrate, piedra joya!

Quedó cerrado como siempre.

Güeno, cuando despuéh entra pa entro, lo primero que lu halla encima 'el comedor, abiertito.

—¡Aquí había estar!

Entonce él vino, lo plantó aentro [de] un saco, lu envolvió en una

sábana que él llevaba y lo plantó de carga de oro. Bueno, al ver que llevaba este oro, él queó tranquilo.

Llegaron los bandío despuéh al amanecer, nu hallan el *cadave* ahí, lu había levantao la *lola*. Bueno, cuando entonce viene [el capitán] y dice:

—¿Qué vamo hacer? Aquí nu eran doh estoh. ¡Güena cosa qui haya sío el viejo leñador que está haciendo esto, porque pareció eh éste al hermano, el rico —dice el capitán de la banda—. Güeno, vamoh a ir, cada uno di ustede van a repartirse por ahí al pueblo, por toas parte, a ver si oyen decir algo de esto. Vamoh allá.

Güeno, cada uno de ellos se levantó temprano, tomó su desayuno y en seguía salieron cada uno pa una parte, otros pa otra, en persiguimiento si daban con él.

Güeno, entonce había un zapatero cercano di ahí, y le pagaron dinero pa que juea enterrar a este *cadave* al *cimiterio*, y tuavía le vendaron la vista y lo llevaron tirándolo al zapatero. Güeno, entonce di haberlo sepultao ahí, vino, le vendaron la vista pa que no conociera aquello el zapatero, y él, como li habían pagao moneda güena, güen dinero, lo hizo el trabajo de sepultar aquel *cadave*.

Pues, de ese dicho, ahí, iba uno de los bandolero por el mismo pueblecito onde se encontraba, como en esta población, cuando viene, le dice:

—Mire, aquí mi ha estaquillao un zapato, zapatero.

En un tropezón que pegó se le estaquilló un zapato al bandío este.

Entonce se jue a componer el zapato. Al verse el zapatero haber compuesto el zapatito este, se lo pasó y pasó el dinero el bandío al zapatero. Entonce lo primero que vío el zapatero:

—De esta monea —le dice— tengo yo aquí.

Y viene, muestra el dinero que li habían dao a él, del mismo, no se notaba, nu había otro dinero más que ese.

—Vinieron díah atrás que fuera a enterrar un *cadave* yo por aquí, pero no supe yo, porque me vendaron la vista y me pagaron de este dinero.

Ya lleva una guía el bandío este con esa declaración. Ya cayeron al tiro que era el leñador este qui había hecho este trabajo, era el hermano.

—Güeno, pueh; ahora —dijo el capitán— vamo a la posá del leñador; el veterano este eh el mismo el que *los* está llevando el oro. Ahora vamo a cargar como [que] voy a vender aceite, aentro escondío, y así vamo a ir, y un barril vamo a llevar di aceite de comer, que es carga que llevo di aceite qui ando vendiendo, y alojo ahí, y

esta noche entonce hacimo la masacre ahí y lo levantamo y lo mata-
mo al leñador este.

—¡Ya 'sta! ¡Ya 'sta!

Hicieron el trabajo como lu había dicho el capitán de la banda.
Se jueron, siete cargas llevaba este, y eran catorce, y una llevaba con
aceite. A la posá del leñador se presentó el capitán de la banda como
que era un arriador qu' iba arriando su tropa de carga, de mula.
Después le dice:

—Yo vendo aceite.

Luego lo probó la señora, le compró una botellita di aceite y lu
halló muy güeno.

En la casa de elloh habían *crihado* una niñita muy habilosita,
señorita ya como de quince año, muy liberal y vivita la señorita.

—Güeno, a este arriero —dice la niña— voy a probarle aceite.

Tomó un jarro de estos de lavatorio, grande, y lo llevó. Llegó a
una parte, cuando le dice:

—¿Y es tiempo? —porque así era el aviso pa que salieran toos los
bandío, tenía qu' ir así el capitán notando que jueran saliendo—. ¿Y
es tiempo? —le dice a ella.

—No —le dice ella.

No [se] le cortó el cuerpo ni nada de lo que le dijo.

—No, nu es tiempo tuavía; vengo a ver que no estén dormío.

Y se jue a loh otro, tanto que lo notó que era gente toa la qui
había y era una sola carga di aceite qu' iba, lo demáh era gente.
Güeno, esta niña, al haber llevao este jarro di aceite, llamó a la due-
ña 'e casa:

—¡Venga, mamá, que la necesito que venga pa que venga a ver la
cazuela cómo está! —así le dijo.

—Ya voy, hijita. Con permiso —le dijo al capitán, tomándose unos
trago ahí qu' él mismo s' hizo.

—¿No sabe —le dijo —que es gente la que viene? Toda es carga de
gente.

—¡Estos son los bandíos! ¡Estos son los bandío de piedra joya —di-
jo la señora, no se le fue nunca a la señora—. Mira —le dijo—; te voy
a llamar a bailar una cueca, a cantarme una cueca pa yo bailala; mira
qui aquí vamos hacer la *pillá* grande —le dice la dueña 'e casa.

El marío no sabe, conversando con el arriero y naa máh, él no se
da cuenta ni una cosa de esto.

—Oiga, señor —le dice la dueña 'e casa al joven, al arriero qui
había llegao alojar—; ¿por qué no bailamo una cuequecita? Tengo
los pie helao.

—Señora, al tiro —le dice él—. ¡Ya 'sta!

Debajo 'e la cama tenían un corvo bien güeno. Entonce se puso el corvo a la cintura la dueña 'e casa, se pone a bailar la cueca, el primer *pie*. Al segundo *pie* le pasa a llevar con el puñal en la guata al capitán, le vació las tripita.

—¿Qui habíh hecho, hija?— le dice entonces el dueño 'e casa.

—¡Ármate, porque éstos son bandío, *tan* toíto aquí en la posá, en la casa!

Y entonces tenía el veterano un sable viejo, si agarró su sable y la niña agarró una cuchillita de mesa, cortaora, onde cortaba papita, armá también, y golpean la primera parte y le dice [el bandío]:

—¿Es tiempo?

—Sí.

Y es que le pasó a llevar el cogote la señora al tiro a aquel bandío y en seguía continuaron con los catorce que se encontraban ahí. Al haberlo muerto a los catorce bandío, dieron cuenta al pueblo, a la policía, al juez de crimen que se encontraba ahí. Lo primero que van conociendo que son los bandío que se encuentran en piedra joya. Y no se sabía ónde está esa piedra joya. Entonce, cuando viene, le dice el caballero, el leñadorcito:

—Yo sé aonde está esta piedra joya.

Entonces, cuando viene el jueh:

—Este aparejo es mío.

—Esta mula es mía.

Eh el caso que eran robos que tenían ellos, toas esas carga.

Ya entonces, ya 'sta, en un carretón de la basura llevaron esos [muertos] y los botaron por ahí, había *cimenterio*, pero los botaron por allá, en un barrancón loh echaron. Y se jueron entonces aonde la piedra joya. Dice el caballero, el leñador:

—¡Abrete, piedra joya!

Si abrió la piedra y encuentran la *risquería* aentro, la riqueza más grande de la vida. Ahí había de todo, hasta fruta tenían aentro los cristiano esto. Güeno, al haber hecho todo este escubrimiento, viene el jueh y le dice:

—Esta hija suya vale la mitá del dinero y la mitá pa toos nosotros, porque ella hizo too el trabajo.

Y así que quedó rico el leñador, el juez del pueblo, caa uno buscó lo suyo, lo que conocían, caballos, too lo qui había ahí qui habían ro-bao.

Se terminó el cuentecito de piedra joya.

LA PIEDRA MISTERIOSA DE LOS DOCE BANDIDOS

Este que eran dos compadre, un compadre rico y un compadre pobre. El compadre pobre era muy pobre, nu hallaba qui hacerse. Tenía una hija. El compadre rico no lu ayudaba al compadre pobre. La hija del compadre pobre aventuraba mucho, escubrió un misterio de doce bandío. Va el compadre pobre, el papá, a cortar leña a una montaña con la hija que tenía. Entonces en una quebrá onde hay un peñasco, le ice:

—Papá, aquí tiene que ser el misterio de doce bandío.

Al estar ahí a las cinco de la tarde, sienten un rumor y se resguardan en los monte. Y llegan doce bandío a la *pieira* y le icen:

—Pieirecita misteriosa, ábrete.

Y si abre la *pieira* y entran los bandío. Esta niña con el papá están oyendo too esto. Van, y si asoman y ven muchas riqueza. Al otro día madrugan y se van otra ve a la *pieira*, nu encuentran na los bandío y encuentran las riqueza. Hace su carga de dinero y se vienen pa la casa. Viene el compadre pobre y manda al compadre rico a pedirle un almudo para medir cosecha. El compadre rico se pone too desconfiao y manda aguaitar al compadre pobre di aónde ha sacao cosecha y lu encuentran midiendo plata. Entonce le ice:

—Compadre, ¿usté di aónde ha sacao tanta plata?

Entonces le ice el compadre pobre:

—Compadre, si quere, yo lo convío y usté que tiene carreta y güeye lleamos carreta.

A ese momento prepararon las dos carreta y se jueron a la *pieira* misteriosa. Llegaron a la *pieira* y le icen:

—Pieirecita misteriosa, ábrete.

Y entran las carreta y hacen su cargamento de plata. Al cumplirse la hora prepara su carreta el compadre pobre y se va con su carreta. El compadre rico queó ahí aentro de la *pieirecita* misteriosa. Llegan los doce bandío, y me lu encuentran aentro y le ice el capitán:

—¿Y este misterio di aónde salió?

Y manda a los bandío que lo maten. Le cortan la caeza y le colgaron la caeza en la puerta. Al otro día si arreglan los bandío y salen otra ve. El compadre pobre, a vista que no llegaba su compadre rico, sale a verlo y le ice a la *pieirecita* misteriosa:

—Pieirecita misteriosa, ábrete.

Y encuentra a su compadre colgao, la caeza en la puerta onde lu habían degollao. Se prepara el compadre pobre pa llevar su compadre pa la casa, le junta la caeza y se lleva a su compadre para velalo. Al llegar a la casa, le ice la hija:

—Papá —le ice—, al compadre no lo puee velar en la casa, porque este misterio puee ser descubrió, ni en la casa de él tampoco. Esto tiene que sacarlo al pueblo para que no escubran este misterio aquí.

Al siguiente, al cumplire la hora, llegan los bandío y nu encuentran el cadáver qui han dejao colgao. El capitán, too sospechoso, ice:

—Estamos fregao, estamoh escubrió. Este misterio tiene que estar por aquí, tenemos que escubrirlo o de la de no estamoh en la mala.

El capitán de los bandío se prepara con dos bandío y sale ajuera al pueblo preguntando ónde *taba* un velorio. En este velorio *taba* la hija del compadre pobre. Llega el capitán con los dos bandío. Esta niña, al llegar estas persona, no le *espistó* la vista. Esta niña too su pensar de este misterio era que éstoh eran de los doce bandío. El capitán, por lo siguiente prometía que esta niña era del misterio. Al siguiente el capitán dio la güelta con sus bandío y se jue, dijo:

—No se pudo escubrir este misterio; este misterio está en esta mujer.

Llega a su pieira y prepara a sus bandío que tienen que traajar hasta escubrir este misterio. Prepara dos bandío y loh hace una carga y él va pedir alojamient onde el compadre. Entonce le ice a los bandío:

—Los voy a mandar guardar aentro, van a oír too lo que se conversa. Yo voy a estar preparaao ajuera. Al apagar la luh ustees salen y me loh abrochan.

Un día en la tarde, al llover, llega el capitán de bandío con dos carga, pide alojamiento onde el compadre pobre que le guardara dos carga porque está al llover, a él le den alojamiento aunque sea al lao ajuera. Esta dicha niña del compadre pobre le ice:

—Esto no se puee hacer así.

Su pensar de esta niña era de este caallero que lu había visto en el velorio. Piensa esta niña, en la casa tienen un revólver. Siguiete esta niña ve y escubre estas carga que le mandan a guardar. Se encuentra doh hombre de cara desconocía de bandío, descarga su revólver y asesina estos bandío. El capitán, al oír este ruido, se prepara y se va. Llega onde está la otra compañía y le ice:

—Estamoh en la mala; ya vamos dos perdío de la compañía y este misterio no si ha podío escubrir. Preparémolo —le dijo— y yo me voy a ir al pueblo a comprar una esquina, voy a poner un almacén para poer descubrir este misterio.

Sale este capitán, un gran caallero, a comprar un terreno que le venden para *leantar* un edificio para poner un almacén. Llegó este rico caallero; la gente, como no lo conocía, li ofrecieron terreno. Se compró este rico caallero al frente del compadre pobre una propiedá y se pone su almacén. La hija del compadre too su pensar era que este caallero era capitán de bandío. El pensar de este capitán era que en esta mujer estaba el misterio. Este caallero puso almacén con mucho halago y muchos convite a este compadre pobre y a esta niña a muchas remolienda, a ver si se podía de vengar para descubrir este misterio. El compadre pobre y la señora con mucho halago lo recibían y atendían sus convite, pero la dicha niña su pensar era qui alguna venganza tenían. Ella nunca se despegaba de su revólver de su bolsillo. Un día li hace un convite a un baile, a ver si a esta niña me la podía merecer para venganza de ella. En el baile la niña lu acompaña a este dicho caallero, pero en el baile estaban, esta dicha niña no le *espistaba* la vista. Este caallero, con su mano en el bolsillo para ver si podía pescarse un puñal acerao, en güelta que daba esta niña no le espistaba la vista. Este capitán no la pudo merecer. A la segunda güelta viene este caallero, saca un puñal y se trató de clavar a la niña, y esta niña, como no le espistaba la vista, prepara su revólver y se disparó al capitán y lo mató.

Se jueron a la pieira misteriosa y tomaron toos los bandío. Esta dicha niña terminó toos los bandío y se queó con toa la riqueza de la pieira misteriosa de los doce bandío.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

92

P U N T E T E

Estoh eran dos veteranos que vivían muchoh año matrimoniao y no podían tener familia. Y estos dichos veteranos eran santulones, le pedían a la Virgen toos los días que amanecía. Se llegó el día de que tuvieron un niño, pero nació del dedo del corazón de la mano derecha. Entonce este niño nació y de tiro nació con su sabiduría. Hablaba como cualesquier niño grande. —Y de mí —les decía a su mayores— tendrán la dona de pasar güen tiempo.

Para ejecutar la obra, la primera labor de niño, llamaron a Pun-

tete. Empezó a robarle a la vecina los güevos de las gallina y con una curiosidá que naiden lo viera.

—Yo voy aonde quera y naiden me ve —decía Puntete—. No se equivoquen con el niño Puntete, porque eh el hombre más ratero en la ciudá.

Se perdían los güevos de la casa vecina y no sabían qué se hacían. Empezó por robar charquis. Una noche a la madrugada lo *pillaron*. Un costillar de una vaca que se iba arrastrando en la tierra, pero quién lo llevaba no se *vía*.

—¡Ah —decía—, yo soy Puntete!

Y a garganta tendía se deleitaba. Se escondía debajo de las matas de pasto y así se salvaba. Terminó de llevarse una vaca entera, pero de a poco. Como la persona era chica, este hombrecito no tenía más que un jeme. Una mañana, no hallando más que robar, se llevó un pollo, y, cuando ya se encontró aflijío, los dueños del pollo lo iban persiguiendo, se encontró con una zorra y trabaron amistad, un compromiso uno a otro que se podían salvar. Diciendo eso, se jueron a un bosque y de ahí trabaron de que cómo podían robar unidamente. Entonce el Puntete se arregló una monturita de pompone, y se arregló de güiras de arbolito el correaje, y así preparó una montura. Y cabalgó en la zorra y salían a robar. Cuando la zorra podía ella desarrollaba su labor, y cuando no, Puntete lo hacía. Mucho tiempo *tuvieron* trabajando en sociedad. Un día que corría un serio peligro, tanto a la zorra como a Puntete lo perseguían con perros. Saliendo del bosque, una mañana se encontró con un campero. El campero le animó los perros. Entonce decía la zorra:

—¡Corran patitas, corran patitas, que el jinete no *caye*!

Y así lograron de escaparse. Entonce comunicándose uno a otro:

—La cosa está mala para nosotros. Vamoh a dejar la sociedad. Favorecete tú, que yo me favoreceré. ¡Y hasta mañana! —le dijo la zorra a Puntete—. Puede que en un tiempo *loh* encontremos.

Y se despidieron. Se separaron los dos socios.

Dijo Puntete: “¿Cómo me salvo de toas mis maldá que hai hecho? ¡Maldita sea, cuando nací! Pero hombre soy y sigo robando”. Se jue a una casa vecina a robarse un queso. Lo pillaron. Como él era chico, se escondió adentro de un cascarón de un güevo. Los dueños lo buscaron ansiosamente, no lo pudieron encontrar.

—Esto *ta* malo. ¿Cómo puedo salir de aquí?

Saliendo de ahí y que lo estaban esperando ajuera, salió Puntete aflijío. Se jue hacia la güerta y se metió en un repollo, y ahí estuvo por varia hora. En eso dentró una vaca del mismo dueño al güerto y

se comió el repollo donde estaba Puntete escondió. Entonces dijo Puntete: Estoy jodío, me encuentro aprisionao; pero voy a hacer lo posible de salir". Con un cuchillito pequeño comenzó a trabajar en el vientre de la vaca y la vaca en día en día se atontó, o sea, se enfermó. Dijo el dueño de la vaca: "Mi vaca está enferma y no va a aliviar; ante que se muera sola, la voy a matar". Y mató la vaca. Entonces una vez muerta la vaca, le pasaron la guata a una niña que la vaiga a lavar a un estero. Lavando la *menudencia* estaba la niña, habló Puntete:

—Señorita, no me lastime aentro de la guata de la vaca.

Abriendo la guata de la vaca, la niña, pegó el salto Puntete.

—¡Qué feliz me encontraba —dijo Puntete—, cuando estaba más seguro que nunca! Pero no importa que la vaca me haiga comío y yo me voy a comer a la vaca.

Y seguía robándose los charquis para el alimento de sus mayores. Un día Puntete dijo:

—Está güeno que coman carne estos gigantes; no les robo máh. Hay otra cosa que comer; vamos por las frutas que *los* sirven de refresco.

Un vecino tenía un peral y se largaba toas las noches a robar perah. El dueño del peral . . . se desaparecían las perah y no sabía cómo se las robaban. Puntete observaba too eso.

—¡Yo soy! —decía.

Y naiden lo vía.

—Yo te tengo que ver —le dijo el dueño del peral.

A la entrada 'e la puerta él fabricó un mono. Cuando llegó Puntete:

—¡Oh, tío Juan! —le dijo—, convieme una perita, que son tan güenah.

Nada.

—¿*Ta* mudo, tío Juan? Conteste. Tengo sé y hambre de deseo de comerme una perita.

Tanto jue que Puntete se enojó, le plantó un palmazo, se quedó pegao de la manito.

—No porque sea grande —le dijo— me asujetes de la mano; tuavía tengo defensa —le dijo.

Le dio otro palmazo, también quedó pegao. En eso gritó Puntete:

¡Suéltenme! ¡Suéltenme!

Salió el dueño del peral.

—¡Ah, tú ereh el ladrón! —le dijo.

Puntete preso con el mono, jue el dueño, lo sacó, lo amarró en un palo del corredor. En eso llega un líon y le dice:

—¿Qué estáh haciendo, sobrino?

—Aquí me tienen preso, tío líon —le dije Puntete.

—¿Y por qué?

—Porque no me quise comer la vaca gorda.

—Yo me la voy a comer —le dijo el líon—. Amárrame a mí.

Mientras de eso, el dueño del peral estaba caldiando un asaor. Se caldió el asaor, y se jue onde lo tenía preso pa castigar la maldá. Llegó y él dijo:

—¡Te golviste líon!

—No, señor, yo me como la vaca gorda.

Y diciendo eso, le clavó el asaor caldiao por el poto.

—¡Qué vaca gorda ni gorda! —dijo el líon.

Hizo un gran efuerzo y cortó lah amarra, y así pudo escapar. De entonce dijo el líon:

—Mi sobrino Puntete eh el enemigo más grande para mí.

Y así en día en día se encontró con Puntete. Buscando Puntete un litro de agua, dijo Puntete:

—Agua que habla llevo yo, agua que no habla no llevo yo.

Entonces habló el tío líon, que estaba escondió con el fin de pillar-se a Puntete.

—¡Ve, mi tío líon no estaba aquí! —dijo Puntete.

Y de un salto se desapareció. Al otro día tuvo qu' ir al agua otra veh y el líon lo esperaba en el mismo lugar. Dentrandó al arroyo por un palo que había atravesao, erró la pisá Puntete y *ta* tan pronto el tío líon y le pescó la canillita a Puntete.

—Te pillé, maldaoso —le dijo.

—No, tío líon; si es mi bastoncito, tío líon; suelte mi bastoncito, tío líon.

Entonce el líon no lo soltó, entonce se descubrió su cuerpo el líon.

—Muchas maldá me habíh hecho; hoy eh el día que te como.

—No, tío líon; le pagaré una yegua gorda. Vamoh allí —le dijo— y aguaite a la cordillera.

Se jueron los doh. A Puntete lo llevaba de una mano. Llegó al campo onde le iba a mostrar hacia la cordillera.

—Mire para allá, tío líon. ¿Ve allá en esas lomah, unas blancah, unas negrah? Esa es la yeguá que tengo.

Las yeguah blancah y negras que se *vían* eran unah enormes piedra.

—Entonces vamoh allá —le dijo.

Y se jueron a la cordillera. Llegando a una angostura:

—Tío líon, aquí en esta angostura se queda ustedé; no hay para qué ustedé vaiga; yo voy a rodiarlah.

Subiendo al cerro, Puntete para *determinar* su maldá hizo un efuerzo para poderse salvar él y matar a su tío lión. Se buscó una enorme tosca y la echó a correr cuesta abajo. Y el tío lión, ansioso de comerse la yegua, estaba en la angostura a pie firme esperando que pasen las yeguas. Cuando ya pudo mover la piedra, la echó a correr cuesta abajo y se cerró a gritar:

—¡Allá van, tío lión! ¡Allá van, tío lión! —decía en sus grito.

Llegando la piedra onde estaba el tío lión, le quedó puramente la pura bolsita, y él bajó pensando de que quizá se haiga escapao su tío lión. Llegó a la angostura, encontró solamente la bolsita 'e su tío lión.

—¡Ve, mi tío lión! —dijo—. ¡Qué no se jue a morir mi tío lión! Con las yeguas de la cordillera no hay que confiarse —dijo Puntete.

Y así pudo salvarse y *ta* viviendo con sus mayore.

Y se *determinó* el chasco de Puntete.

Ignao, Valdivia, 1952.

JUAN DE DIOS DÍAZ.

93

EL REY Y LA REINA MORA

Estoh eran dos jóvenes que se casaron. Después de haber vivió unos veinte año dijeron:

—¡Qué terrible de no tener un hijo!

—Me voy a ir a confesar —dijo ella—, porque a estoh año vamoh a llegar viejo sin tener un hijo. Como este cura se ha publicado como un médico, me puede dar una medicina.

El viejo se dijusió.

—Vieja, no vayah a lesiar. Hijo no lo tuvimos, ya no lo vamoh a tener.

La dicha vieja se fue a confesar y a pedir remedio para tener un hijo. El cura le dijo:

—Mira, ¿ti hallás capaz de tener un hijo?

—Sí, cura, mi hallo capáh.

—¡No te pese, hija, a tuh año! Te voy a dar dos naranja para un hijo hombre y una hija mujer.

Entonce llega a la casa y le dice al viejo:

—Mira, me jue bien.

—¿En qué forma?

—¡Sí con el cura me jue bien! Voy a tener un hijo hombre y una hija mujer.

—Oye —le dice—, lo que jamás creeré.

—Te voy a conversar lo que me dijo el cura.

—No me interesa, porque yo no creo nada de lo que dicen los curas ni nadie.

En vista de eso la veterana ocultó un par de naranjas que le había dado el cura. Pero el veterano se lah encontró. Un día caluroso él se las sirvió las dos. Cuando la veterana se quiso servir las naranjas, no lah encontró y preguntó:

—¿Tomate las naranjas que tenía en el dormitorio?

—Sí; lah encontré y me las comí.

—Viejo salvaje que nunca me has oído, tú vah a tener doh hijoh a la vez y vah a saber el dolor de madre, porque éсах eran para tener el hijo hombre y la hija mujer.

El viejo sufrió amargado los nueve meses, sufriendo que iba a tener doh hijo. Llegados los nueve mese, el viejo se sintió con unos dolores raro y él *creó* que posiblemente era un parto. Se arrojó a los bosques huyendo de su mujer. Se arrojó a unas matas de *chupón*, donde él dio a luz doh hijo, un hombre y una mujer. Después de haber dao a luz dice:

—¿Cuál me llevo, el hombre o la mujer?

Decidió a llevar el hombre y dejó la mujer en el nido donde él tuvo su parto. Llegando a su casa, la mujer le pregunta:

—¿Unico hijo que tuvistes?

—Dos —dijo él,

—¿Y la niña dónde la dejaste?

—No me acuerdo. No me interesa criar hijah.

Entonces en casa la señora se dedicó solamente a criar el niño. Pero la niña en los chupones lloraba desafortadamente. Y llega un *aila*, y ve, y se deja caer y ve que hay una niña en las matas de *chupón*. Se prepara y hace un nido en un árbol frondoso. Levanta la guagua al árbol y la empieza a criar. Como ropa no podía comprar, se iba a los sitio a robar ropa y la vestía. Se le ensuciaba esa ropa, iba y la botaba en las mismas parte y traía otra. Para la gente de la ciudá era mucha admiración que se le desaparecía la ropa por algunos días y después aparecía. La niña creció por loh aire y tenía toos los cabellos de oro. Cuando jue ya una niña grande, el *aila* le contaba toos los cabellos porque eran de oro.

Llegó al bosque un cazador. Donde él disparaba a las torcaza en

un árbol frondoso, vio los rayos relumbrar, y vio que era una niña y le dice:

—¿Dama, que hacíh ahí?

Ella se rió y le hizo una seña. El buscó toos los medios posible y subió al árbol. Después de haber estao discutiendo con la niña, le arrancó una hebra de pelo. El dicho joven era un príncipe. Le sacó la hebra de pelo y se jue. Le dice:

—Huid, porque luego llega mi madre, porque eh un *aila* que lo puede dejar ciego.

Llegaba el *aila* y lo primero que hacía era contarle lah hebras de pelo. Ese día le faltó una.

—¡Qué! ¡Te falta una hebra! ¿Qué es lo que se hizo?

—El peuco en las patitas pudo llevarme la hebra, por haberme llebao los pollo.

El *aila* enojá, agarró la polla y se enojó para que no haiga naide que le robara una hebra de pelo. Le dice:

—Te voy a dejar sólo el gallito. ¿Qué disculpas me vah a dar, si te falta una hebra de pelo?

Al otro día l' *aila* tenía que salir a buscar mantención para la niña. Nuevamente llegó el príncipe otra vez para que ella se bajara y se juera con él. Tanto porfiarle, la niña no se quiso ir. El le sacó otra hebra de pelo. Llegó l' *aila*, le contó lah hebra de pelo y faltaba otra y le dijo:

—¿Qué es lo que pasa?

—Que nuevamente llegó un cernícalo a querer llevarme mi gallito y tal vez me puede haber sacao una hebra de pelo, cuando revolotió sobre mí.

—¿Me vah a tener más disculpa?, porque he matao el gallo y la polla. Si te llegara a faltar otra hebra de pelo, te mataría a ti.

Al día siguiente llegó el príncipe cuando l' *aila* ía a buscar alimento a la niña. ¡Tanto porfiarle el joven que se juera con él! Le sacó otra hebra de pelo y dijo:

—¿Qué voy hacer? Ahora me matará mi madre; prefiero ir con usted, pero muy rápido; bajemo.

Habiendo andao como una cuadra de donde se crió, llegó l' *aila* y no la encontró y siguió volando por bajo hasta divisarla. Como el príncipe era un cazador, no se atrevió a acercarse, pero se acercó muy rápidamente volando y le dijo:

—¡Adiós, ingrata! Pero donde llegueh, tu amante te ha de olvidar y has de volar como yo he volao para criarte.

Cuando el príncipe llegó cerca de un palacio, la dejó en un tronco,

para ir a buscar un coche lo más lujoso, para presentársela a su padre. Pero en eso, para preparar el palacio mandaron a una negra a buscar el agua donde mismo se encontraba la novia del príncipe. Al llegar la negra a sacar el agua, veía la sombra y decía: "¿Por qué mi cara tan negra y mi cuerpo tan blanco?" Porque sólo le veía el cuerpo a la niña. Agarraba el cántaro y lo hacía pedazo. Llegaba donde los patrones y decía:

—Se me quebró el cántaro.

Llegaba nuevamente con su cántaro y al ver la sombra decía: "¿Por qué mi cara tan negra y mi cuerpo tan blanco?"

Habiendo quebrao la miseria de cántaro, la niña cabello de oro le habló de arriba del tronco del árbol:

—¿Qué te pasa, negrita, que tantos cántaros habís roto?

—Señorita, voy a verla porque usted es muy linda.

Y se sube al tronco del árbol.

—¡Tan lindos sus cabellos! ¿Y no tendrá una mugrecita que yo podré limpiarle?

—Velo no más, mi hijita.

Y empieza a verle los cabellos y le prende doh alfileres, donde ella se vuelve una palomita y empieza a volar. La negra toma la colocación de la dama.

El príncipe trae un coche de los más lujoso para llevar a su dama que tenía escondida, acompañado del rey, y se encuentra con la negra que está sentada en el tronco. El rey le dice:

—¿Esta es tu novia?

El joven la desconoce y se enmudece. El rey le dice:

—Pase lo que pase tú tendrás que casarte con esta negra por el engaño que me ha hecho.

Jue que al final, mudo el rey, lo hizo casarse y le entregó el palacio.

Viviendo estaba muy contrariado. El príncipe tenía un jardinero, al único que le hablaba. Un día llega una paloma al naranjo que tenía en el jardín y le dice al jardinero:

—¿Qué hace el rey y la reina mora?

El jardinero no hallaba qué contestar, se le viene a la cabeza y le contesta por contestarle alguna cosa:

—A veces canta y a veces llora.

Y el jardinero muy contento; pero el príncipe, mudo, lo observaba y habló:

—¿Por qué te reíste tú?

—Porque llegó una palomita y me preguntó: "¿Qué hace el rey y la

reina mora?" Yo no hallé qué contestarle, le dije: "A veces canta y a veces llora".

Le dice:

—Si llega esta palobra otra veh al naranjo, tómala. Te pagaría toda mi fortuna, si me la trajerah a mis mano.

El jardinero era toda la preocupación de tomarla. A la misma hora llegaba todos los día. No había forma de poderla tomar, pero las mismas preguntas le hacía la paloma, qué hacía el rey y la reina mora al jardinero. El lo hacía por consonancia de contestarle: "A veces canta y a veces llora".

En esa época la negra estaba embarazada. Pasaron cuatro días, cuando el jardinero pudo tomar la paloma en sus manoh y llevársela al príncipe. Habiéndolo visto la negra, se desespera gritando:

—Si no me pasas la palomita, yo malparo.

El príncipe le dijo:

—Retírate de mi lado.

Y se va a su pieza, y lleva la palomita, y empieza a pasarle la mano por la cabecita y le dice:

—Una espina tiene la pobre de tanto volar. Se la voy a sacar.

Y le busca y es un alfiler. Le saca un alfiler y se descubre una mano de una dama. Y le vuelve a pasar la mano, y le encuentra otro alfiler, y se lo saca. Y le dice:

—Las maldicioneh alcanzan, ingrato.

El reconoce que es la princesa de cabello de oro.

La negra por el momento se encuentra con ataque, y él sale y le dice:

—No me importa que estés con ataqueh. Mi padre es el que quero. Rey, rey —le dice—, ven a ver a mi mujer.

El rey se apresura y le dice:

—¿Qué le pasa a tu mujer?

Y la negra lo sale a encontrar al rey.

—Estoy enferma, suegro; el culpable es mi marido.

—¡Criminal! —le dice—, tu mujer está embarazada, no la hagas sufrir.

—Padre, sigue, sigue, ven a ver a tu nuera.

Dentra y ve el rey, y ve una linda dama con cabello de oro y le dice:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Eh encanto? ¿Qué es lo que tieneh aquí?

—Mi novia, padre; ésta era la mujer que íbamoh a buscar en coche.

—¿Por qué se ocultó? —le dice el rey a ella—, ¿y se ocultó de su marido?

—La mujer que tiene mi marido, la negra, me traicionó.

—¿Qué te hizo?

—Me puso doh alfilere en el cabello y me volví una paloma. Desde aquel tiempo ando volando hasta hoy.

Ahí se hicieron todos los preparativos para formar el casamiento y buscaron todos los padrino y al mismo tiempo un par de los caballos más lobos para poner una cadena en cada pata de la negra y los echaron a correr. Cada uno salió con su parte. Y el casamiento se celebró y quedó el joven casado con su niña cabello de oro.

Los Lagos, Valdivia, 1951.

FRANCISCA ARANGO.

LA NIÑA SIN BRAZOS

Esta era una princesa, hija de un rey, que se llamaba Dulzunea. Como suceden desgracia, también tentacione, una princesa muy delicá que era muy engréida tuvo guagua, y jueron doh, un hombre y una mujer. Lo qu' hizo ella pa que sus mayores no lo sepan, mandó hacer un cajoncito, y elegante, aforrao de algodón y con llave. Y un día lo mandó a botar a los niño. A caa niño le puso doscientos pesos amarraítoh en el cuello, y los mandó botar al mar.

Anduvo el cajoncito en el mar y, como el mar no *almite* ninguna cosa, lo botó a la playa. Andaba un veterano a orillah 'e playa, muy pobre, y pilló el cajoncito. Cuando lo jue a ver, *taba* la llave y abrió el cajoncito. Jue hallando dos guagüitah y lah elegancia más grande, muy linda. Entonce lo tomó, y lo llevó pa su casa y le ijo a su señora:

—Me hallé este cajoncito con estas guagüita.

Entonces lo que hizo la viejita, sacó las guagüita y vio doscientos pesos en caa niño, y le ijo la vieja:

—Con esta plata te vah a comprar una vaca paría.

Se compró una vaca, le costó cincuenta peso, y con lo demás compró unah ovejita, unos chanchito. Y el viejito ya empezó a enriquecer con esos cuatrocientos peso que llevaban los niño.

Con la leche 'e vaca se criaron los niños. De siete año los puso a la escuela. El viejito tenía también varios niño. Muy güena memoria salieron los niños, que sobresalieron de toos los niño. Ya a loh otros día los hijos legítimos del viejo leh icían a esoh:

—¡Guachoh y reguachoh hallaoh en el mar!

Estos niños cuando salieron de la escuela muy trabajaore. Y el niño un día, ya de diecinueve a veinte año, le ijo un día a su papá:

—Ahora me va *icir la verdá*.

—Te *iré* la verdá, hijo.

—¿Cierto que no soy hijo de usté, que me *icen* mih hermano: guacho y reguacho?

Entonce le ijo el viejito:

—Cierto, hijo, que loh hallé a ustée en el mar aentro en un cajón.

—Ahora, papá, écheme la bendición. *Los* vamoh a ir con mi hermana.

Le pusieron la bendición los viejito llorando. Les dijo:

—Tomen; son cuatrocientos pesos que llegaron de usté a mi poder, doscientos traías voh y doscientos tu hermana.

Se jueron estoh, llegaron a un pueblo, compraron una casa con sitio, y le costaron cien peso, y con la otra plata principiaron a trabajar, en frutería la niña. Como el joven era tan güen trabajaor que no *inoraba* trabajo, principió a trabajar. Como eran tan güenoh y sujetoh, se jueron enriqueciendo la hermana y el hermano. Ya había otra vecina, le puso interéh al joven y ya ella principió a tener amistadá con la señorita. Ya lo principió a empalicar que la señorita se case con su hermano.

—Hermano —le icía—, cástate con la vecina tan güena.

El hermano le ijo:

—No hermana; hay mucha traición.

—No, hermano, si es muy güena la vecina.

Tanto que lo porfió, lo consiguió ella a su hermano que se case con la vecina. Y tanto jué que ya después que se casó, ya se puso pícara con la cuñá. Le principió a tomar odio a la cuñá y le icía que tu hermana hace y hace esto otro. Al fin del tiempo tuvo una guagua la casá y la niña quería a su sobrina más que hubiera sío su hijo. La señorita era muy pesá de sueño y dormía con la guagua. Y no estaba na el marío. Lo que va ella, va a degollar su hijito. Cuando llegó el marío, le ijo:

—La guagua no ha llorao. ¿Qué le habrá hecho tu hermana?

—Voy a vela —le ijo.

Cuando la jue a ver, la halló degollá.

—¡Ay! ¡Lo que hizo tu hermana que degolló, que mató mi chiquillo!

Así que ella a los gritos que tenía recordó la niña.

—¡La niña degollá!

Al otro día él no le chilló na a la hermana. Y la niña tenía una perrita muy engréida. La llevó al otro día en un campo muy lejo y la subió en una *piera* muy alta. Va y le saca los dos brazoh y la dejó sin brazo arriba 'e la *piera*. Entonce se jue él.

—Mira —le ijo—, ingrato—; en el camino que vaigas te clave una espina en la roilla que no la saque naiden hasta que yo tenga brazo.

Dejemoh a la niña en la *piera* ahora.

En el camino iba, cuando se clavó una espina. Naiden la púo sacar. Ya brotando una matita de espino, este hombre no se podía parar onde iba creciendo la mata 'e espino. En seguía de eso, ya la mata 'e espino iba llegando al soberao.

Dejemos la mata 'e espino. Ya no lo mentaba no más que por Mat' Espino. Vamos donde la niña sin brazos sobre la *piera*.

Lo que hacía la perrita, salía a buscar peacitos de pan que botaba la gente, los recogía y se los llevaba a su señorita. Un día llega a un palacio di un príncipe. Cuando él vio la perrita, le quería tirar pa matala y la perrita si hacía chiquitita y le hacía cariño al príncipe. En seguía se jue allegando la perrita y el príncipe le tiró un peazo de pan. Entonce ijo el príncipe: "Esta perrita no es así no máh; esta perrita será de alguna princesa". Le ijo a sus *compráh*:

—Mañana me van a tener una torta como que va a ser pa mí.

Y le hicieron la torta. Al otro día a las doce llegó la perrita. Cuando llegó la perrita, contenta, y le dio la torta. La perrita la recibió, y él se jue a una vista con la perrita y llevó su escopeta. Aonde se perdía él, la perrita lo esperaba. En eso vio a una niña en una *piera* muy alta, y le quiso tirar, y se arrepintió, dijo: "Voy a ver el fin de la perrita". Cuando llegó, la perrita se le subió al hombro y principió a darle de comer a la niña. Entonce le ijo:

—¿De esta *via*, señorita?

—De esta *via*.

—¿Y cómo queó sin brazo?

—Mi hermano me los sacó por mi cuñá.

Entonce jue el príncipe, y la jue a bajar de la *piera* y la llevó pa su casa. Este joven ya no salió de su casa, en su pieza no más porque ella era una niña muy bonita y no había cara más bonita que la de la señorita sin brazo. Y le ijo un día la reina a la empliá:

—Yo te voy a llamar a tu amito muy apurao, y se va olvidar de la puerta, y tú entrah y vah a ver qué tiene tu amito ai.

—¡Ay, hijito! Aquí hay un pájaro que nunca he visto. Ven a matalo.

Y salió el príncipe corriendo, y se olvidó de la puerta y no la tran-

có. Entonce dentra la empliá, jue a ver a una niñita muy bonita, muy elegante, pero sin brazo. Entonce le ijo:

—¡Ay, señora! Mi amito tiene una niña muy bonita, pero no tiene brazo.

Y se jue la reina a rogarle al hijo pa ver la niña. Y la abrió y se jue a ver la niña. Y la sacaron y la llevaron a la mesa, cargá, y el rey muy contento con la nuera. Entonce ijo:

—Ahora, hijo, te vah a casar.

Así que jueron a buscar padrecitos, los civile, y se casaron. Entonce la fiesta aguantó muchos día. Cuando ya estaba casao, “mira, hijo —le ijo el rey—, ahora vah a ir a una ciudá muy lejo, en un año vah golver y aquí va a quear tu señora con nosotros muy engréida”.

Se jue el príncipe. Ella queó encinta. Cuando tuvo ya las guaguah, hombre y mujer, el rey tan contento porque eran tan bonitos como el sol y la luna. El rey, porque habían salío sus nietos tan bonito, mandó una carta aonde su hijo que jueron unoh infantes tan lindos que eran el sol y la luna. Y como tenía que pasar el camino al pie de la casa de la mata 'e espino, iba pasando el mozo y lo llamó la mujer de la mata 'e espino y le ijo:

—Pase, joven.

Y ella le ijo:

—¿Pónde va?

—El rey me manda avisale al príncipe que la niña sin brazoh había tenío dos guaguas que eran el sol y la luna.

—Güeno —le ijo—, aloje.

Lo hizo alojar. Alojó, y esta bribona le dio *dormiguera* pa que duerma el joven, y le cambió la carta y le manda icir: “En vez de tener doh infanteh, jueron perro y perra”.

Entonce, cuando llegó el mozo onde el príncipe, dijo:

—Sea como sea, sea perro y perra, que los críen bien.

Y dejó la carta allá el príncipe.

Cuando golvió, pasó a alojar ahí mismo onde el Mata 'e Espino. Entonce lo hizo alojar, le dio la carta, y le puso papel, y le ijo que había dicho el rey que los maten y si no los matan le prendía juego al palacio. Y entonce cuando vio la carta, se pusieron a llorar que venía su hijo a matar a suh hijoh y a incendiar el palacio. Entonce hizo unas prevenciones pa los niño, le dio a caa uno su peazo de pan. Se jue ella con sus niñoh al otro lao. Estaba el viejito y le ijo:

—¡Bótate no máh, hijital!

Se secó el río. Al otro lao la llevó pa su casa y ai el viejito le dio que comer.

—Mire, hija, mañana me vah a lavar la camisa, y me vah a lavar mi cotoncito y me vah a coser un pantaloncito.

—¡Ay, taitita! Se los podría hacer con mucho gusto estos trabajos pero no tengo brazo.

—Y los vah a hacer no más —le ijo.

Al otro día, cuando amaneció, se halló con brazos, que con los mismos brazos de ella se halló otra vez. Si brazos güenos tenía, brazos mejores quearon. Ya le cosió y le lavó.

Ahora vamoh onde el príncipe y dejemos la niña onde el viejito.

El príncipe llegó al palacio a conocer su hijo. Y salió el rey llorando y la reina que por qué había hecho eso, siendo que ellos le habían mandao la carta que su hijo habían salío tan bonitos que eran el sol y la luna y por qué había mandao icir que los maten y si no que iba a quemar el palacio. El dijo que no, que había llegao la carta que icía que en vez de doh infante había tenío dos perroh, un perro y una perra.

—¿Aónde alojate? —le ijeron al mozo.

—En casa de la mata de 'e espino.

—Entonce ai *ta* la traición; ai jue que le cambiaron la carta.

—Entonce yo —dijo el príncipe—, yo voy a salir a buscar mi mujer y tengo que hallarla, porque mujer sin brazos no hay en ninguna parte.

Y salió a buscarla. Y tocó que el camino por onde se jue la niña con sus guaguas lo tomó él y tocó que al mismo río llegó. *Taba* el viejito ai.

—¡Bótate no máh, hijo! —le ijo.

Y se botó. Y se secó el río. Lo llevó.

—Vamos pa mi casa —le ijo el viejito.

Cuando llegó, salieron los niñitos, que le icían:

—¡Papacito!

Dos niños que eran el sol y la luna, y él sintiendo y estaba con los mismoh hijo. Entonce le ijo el viejito, cuando le preguntó si había visto su mujer sin brazo:

—Esta es tu hija —le ijo—; esta es tu mujer que yo le puse brazo. Mira, hija; lo primero que vah hacer, toma este alfiler y ándale a sacar la espina a tu hermano.

Jue no máh ella. Se jue con su marío y su hijo, y agarró el alfiler, y levantó la mata 'e espino y queó aliviao. Si aliviao era ante, mucho máh aliviao queó. Y la cuñá le pedía perdón, hincá de roilla:

—¿Qué mercé pide, hermana?

—La mercé que pido: manda uscar los potros más lobos que hai-gan.

Y la amarraron a los potros, que quizáh ónde estará la cuñá con los potroh hecha peazo.

Aquí se terminó el cuento de la niña sin brazo.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ZORAILA CORONA.

EL SOL Y LA LUNA

Estah eran tres niñas, vivían solas, no tenían padre, no tenían na. Dichas niñas una mañana tenían una gran conversación. La mayor dijo que ella li haría un paño al rey que en sus manos no había mereció. La del medio dijo que le tiraría un ovillo di oro al centro del mar y le sacaría el peje saltando por las calle. Entonce dijo la menor que si ella se casara con el rey le pariría el sol y la luna. En esa conversación estaban, va pasando el rey y escuchó too. Enmediatamente se devolvió el rey pa su palacio y las mandó a llamar a las tres niña. Enmediatamente se vinieron las tres pa onde el rey. Llegaron las niñas, lah hicieron pasar pa dentro. Les puso asiento el rey. Se sentaron las treh.

—Mire, señorita —le dijo a la mayor—, ¿qué era lo que estaba conversando usted *enenante*?

—Di hacerle un paño que usted en sus manos no lo ha tomao.

—Muy bien —le dijo el rey.

Le preuntó a la del medio:

—¿Qué era lo que estaba conversando usted *enenante*?

—Yo lo que estaba conversando de tirarle un ovillo di oro al centro del mar y le sacaría el peje saltando por las calle.

Entonce le preuntó a la menor:

—¿Usted qué era lo que estaba diciendo, señorita?

La niña salió avergonzá. Le volvió a preguntar. Entonce le contestó:

—Lo que yo estaba diciendo: si yo me casara con usted, de parile el sol y la luna.

—Muy bien —le dijo.

Entonce se pararon las niñas y se jueron para su casa, plazo de dos

días pa que la niña le traiga el paño que él en sus manos no había tomao. Se cumplió el plazo de los dos día, onde el rey se volvieron, la niña mayor con el paño en las manoh y se lo entregó al rey.

—Muy justo —le dijo—, que en mis manos no había tomao ningún paño igual de éste.

Enmediatamente se jueron para al mar las tres niñas y el rey. Llegó la niña del medio, tiró el ovillo 'e hilao al centro del mar y se devolvió para atráh a toa carrera tirando su hebra di hilao di oro. Di allá se vino el mar en seguía del ovillo di hilao, di allá se vino el peje saltando que varao queó en las calle. Dichas niñas cumplieron con su deber. Falta la menor. Dicho rey llegó a su palacio con sus tres niña. Estando en su palacio, mandó a buscar padre, cura y obispo y se casó con la menor.

Pasando el celebramiento del casamiento, queó el rey viviendo junto con su señora y sus dos cuñá. Dicho rey de luego que estuvo casao, se sintió embarazá la niña. Dicha niña crió una perrita muy engréida que la hacía dormir debajo 'e su catre. Llegó su tiempo que tuvo sus nenes la niña, el sol y la luna. Al mesmo tiempo cuando ya cayó el sol, preuntó el rey qué jue. ¡Y al mesmo tiempo no parió la perrita debajo 'e catre y parió perro! Y la hermana mayor jue y sacó el perrito y le contestaron al rey qui había sío perro. Al raito nació la luna. Preunta el rey qué jue. Tira la mano la del medio y sacó.

—¡Perra —le dijo.

Entonce las niñas mandaron hacer un cajoncito muy bien hecho. Lavaron las guaguah y lah envolvieron, lah echaron dentro 'el cajón y lo clavaron. Al otro día en la mañanita ante que el rey se levante jueron y echaron el cajoncito al río.

Se jue el cajón río abajo. A lo que anduvo mucho río abajo se pasó a quear atrincherao en unoh árboles qui habían en el río. Al mesmo tiempo pasó un ermitaño y devisó el bulto. Se jue por el árbol par'el río, jue y lo tomó, lo sacó para juera. Estando juera, lo desclavó. *Vio* esos doh inocenteh y relumbraron. Enmediatamente se los llevó el ermitaño para su casa.

Se levantó el rey. Las niñas le enseñaron el perro y la perra qui habían llegao en la noche. El rey enmediatamente mandó *empaderar* esa señora. Estando empaderá, puso un letrero que el que pase, sea chico o sea grande, le tiren barro, le tiren piedra y palo a la *pader*. Queó esta señora empaderá para que muera ahí. Enmediatamente se le puso a esta señora ahí una linda cama y un lindo brase-ro en su pieza onde ella estaba y su salú muy güena.

Meses van, meses vienen, estos niños fueron creciendo por palmo de mano. La niña y el niño andaban no más qui amarraos de frente. A lo que fueron niñitos güenos pal colegio, los puso el ermitaño al colegio. Estos niños fueron creciendo por palmo de mano. Muy güena memoria los niñito. Meses van y meses vienen, ya esta niña jue siendo de edá de quince año, muy linda. Va pasando un día el rey por frente del palacio del ermitaño, la alcanzó a devisar, *vio* una cara tan linda, se dirigió ponde ella, llegó a las puertas del palacio. Lo divisó la niña, salió para juera, y lo saludó, lo envitó que si apee. Lu hizo pasar para dentro, le puso asiento y al lao puso otro. Entonce el rey le dijo:

—¡Señorita, sí soy soltero!

—No me creo qui usted es soltero, sí usted es casao.

—No, señorita, sí soy soltero.

De luego que ya conversaron, el rey se enamoró de ella. A lo mucho que conversaron el rey se hizo convidaizo para volver a pasiar. La niña le contestó que estaba muy bien. Se despidió el rey y se jue pensando en la niña que tenía que ser su esposa. Se llegó el día domingo, tomó su coche el rey y se dirigió ponde la niña otra veh. De luego que llegó allá salió la niña y lo recibió, y muy contenta la niña. ¡Qui alegría pal rey! Luego lu hizo pasar para entro y le puso asiento. Al lao le volvió a poner otro asiento. Entonce el rey le volvió a decir:

—Sí soy soltero.

—No me creo qui usted es soltero, si usted es casao.

Estando el rey sentao, principiaron a conversar. De luego qui habían conversao, el rey la principió a solicitar. La niña le contestó de que no se podía, “porqué usted es mi padre”. Entonce la niña enmediatamente llamó al hermano. Llegó el joven, dentró y saludó. Se paró la niña al pie 'el hermano.

—Con permiso, hemano —le dijo.

Le sacó el pañuelo 'e la frente y ella también. Relumbró la pieza onde alumbró el sol y la luna.

—¿No ve? —le dijo—; nosotros somos suh hijos di usted. Nosotros somos loh infantes que parió mi madre. Ahora nosotros, nos lleva usted para su casa.

Enmediatamente el rey los tomó en brazo y les pidió perdón, que él estaba *inorante* de eso. Entonce el rey le dijo:

—Vámoloh, y suban a mi coche y los vamo.

Entonce la niña le contestó:

—En su coche no los vamo. Usted, si gusta, los vamoh en mi coche.

Enmediatamente la niña salió para juera. Se le puso un coche de puro oro y plata, cuatro negros tirando el coche. Subió la niña, el joven y el rey al coche 'e la niña. Los negros principiaron a tirar su coche. El coche parecía qu'iba botando el oro. Enmediatamente llegaron al palacio del rey. Se desmontaron de su coche. El rey loh hizo pasar para entro. Entonce la niña le dijo:

—Enséñeloh onde los tiene nuestra madre.

—¡Hija, por Dios! —le dijo—, ¿qué sacaré con ir a ver, cuando ni los polvoh han de estar hace tantoh año?

—Pero no, nosotros queremos ver onde la *empaeró* usted.

Quiso que no quiso, el rey los llevó y tomó la llave. No más qu'hizo llegar y abrir la puerta, di allá divisó una señora sentaa en su sofá, muy gorda y *rebusta*. Si linda era, mucho más linda estaba. Dentró la niña y el joven a gran priesa para dentro y abrazaron su mamá. ¡Qui alegría tan grande jue pa la mamá! Lo que ella no pensaba que ella *ía* a ver suh hijo di un rato a otro. Enmediatamente el rey la tomó de la mano a la señora, se le hincó de roilla el rey pidiéndole perdón. Después di haberlo perdonao, le dijo el rey:

—Pide mercé, hija; la mercé que tú me pidas yo te la *ocedo*. ¿Qué es lo que vah a pedir en contra 'e tuh hermanas, porque por tuh hermanas yo te *empaeré*?

—Lo que yo pido, de morir juntamente con mih hermana.

Y aquí queó viviendo el rey juntamente con su señora, sus doh hijoh y sus dos cuñaas.

Y hasta aquí si acabó el cuento.

MARIA IGNACIA Y JUANCITO

El rey *taba* casao. *Taba* la señora pa tener guaguüita. Entonce le dijo la vieja hechicera:

—Voy a ir adentro, porque la señora está enferma.

—Bueno —le dijo él.

—Pero me dejan sola con l' enferma.

Y ella llevó sus dos perro, perro y perra, y los dejó en el cajoncito debajo 'el catre. Cuando nació una guagua, le dijo:

—Ya salió una —le dijo al rey— pa juera.

—¿Qué jue?

—Perra —le dijo.

Entonce se pegó una palmá el rey, reenojao porque había tenío una perra.

—Queda otro toavía.

Siguió pasiándose ajuera él y lijerito nació l' otra guagua.

—Ya salió l' otro —le dijo.

—¿Qué jue? —le dijo él otra veh.

—Perro.

Ya entonce a los dos perro lo echó a l' orillita 'e la cama y las dos guagua lah echó al cajón onde estaban los perro, vino, los tapó muy tapao con un paño. Ya entonce, cuando el rey dentró pa dentro:

—¡A ver! —le dijo—. Yo quero manifestar esto.

Entonce dentró y los vío.

—¡Por Dios! —es que dijo y se salió pa juera, es que—. Al momento me llaman dos mozo que me saquen la señora pa allá.

Ya sacaron la señora, es que, la pusieron en un calabozo, *empaerá* la pusieron a la señora, y los perros los mandó botar el rey, los jue a botar por allá. Y la vieja está con sus perro, con sus niño, escondito debajo 'el catre. Cuando el rey salió pa juera, la vieja salió callaíta con su cajón de los perro y los lleva por allá y los jue a botar, bien tapao los tapó con un paño y los jue a botar por allá lejo. Entonce ya, cuando llegó:

—¿Lo juiste a botar? —es que le dijo.

—Sí los boté.

Ya entonce ella quedó muy tranquila, contenta, porque quedó de señora del rey.

La señora quedó por ahí empaerá, que no le daba que comer, quedó como botá por ahí. Y una de lah empliá le iba a dejar comiita, escondiita, es que, una que la quería mucho, escondía de él.

Entonce ya 'espuéh él quedó con su señora. Y los niño . . ., cuando andaba un viejito buscando leña por ahí, cuando encuentra, es que, el cajoncito. En cuanto lu encuentra, es que dijo: “¿Qué tendrá este cajón?” Y jue y lo vío, y eran los niño. Los llevó pa su casa, es que, con tanto regalo es que llegó.

—¡Mira, viejita! —le dijo a la señora de él—. ¡Y te traigo un regalo tan lindo aquí!

—¿Qué me trae?

—Unos niño que me pillé por ahí.

Eran unos niños muy lindo y con la cabecita amarrá porque te-

nían un' estrella di oro en la frente los niño y con nombre y apelativo del rey.

Ya entonce, cuando lu halló la señora, ella con sus pobreza los crió bien regalone, es que, les daba comida, era pobre, pero lo que tenía les daba. Estos niño crecieron como l' espuma, es que, y bien lijerito estuvieron grande los niño.

Ella tenía tres niño, la mujercita esa, y iba a buscar leña toos los día con sus niño. Ya estos niño estuvieron grande, andaore, es que, entonce es que le dijo la niña, porque se llamaba Marinacia la niña, el niño Juancito, entonce es que le dijo la Marinacia:

—Míre, mamita; ¿y por qué no vamos nosotros con mi hermanito a buscar leña?

—No, mi hijito —le dijo ella—. ¡Qué van a ir ustede, si mis niño van a ir a buscar leña!

—No, mamita —le dijo, porque era muy habiloso—; no, mamita, ¡si nosotros vamo con mi hermanito a buscar leña, ellos han treido tanta leña, nosotros también queremos ir!

Ya salieron los cinco a buscar leña. Trajeron, es que, los niño una leña más grande que la que traían los niño de ella. Ya cuando llegó la mujercita, es que dijo tan contenta:

—¡Ay, mi niño tan ágil, me trajeron tanta leña!

Y entonce ya más que les dio que comer ella, más los cuidaba.

Tuvieron tres día traéndole leña los niño. Y entonce, al último día, cuando salieron, peliaron con Juancito los niño, los de la casa, y le pegaron.

—¡Qué, guacho mugriento! No *soh* hijo de mi taita, de mi mama, porque loh hallaron botao por ahí.

Ya es que Juancito se puso a llorar, es que, sin consuelo. Así que dijo la Marinacia:

—¿Por qué llorás, Juancito?

—¿No ves que mi hermanito que me dicen guacho, que loh hallaron botao por ahí, que no soy de mi taita y mi mama?

—Déjalos no más, Juancito —le dijo ella—; no importa que *los* rete, y di hoy pa ailante en tanto lleguemo yo voy hacer un trapito y voy hacer dos bolsillito, y vamo a juntar cositas que comer, de lo que *los* den vamo dejando la mitaíta pa llevar y *los* vamo a ir.

Entonce ya quedó conforme Juancito.

Llegó a la casa, es que, llegó llorando Juancito.

—¿Por qué habrás llorao, Juancito? —es que le dijo.

—Porque mi hermanito me retaron y me dijeron guacho.

Les pegó la señora a los niños de ella, es que.

—¿Quién dijo eso, cuando son hijos mío? No les crean.

Ya entonces ella en sus bolsillito empezó a juntar cocaví, harinita que les daban y pancito juntaron en sus bolsillito. Ya al otro día se fueron, salieron a andar.

—Mamita —le dijo—, vamo a ir solo a la leña nosotros.

—No, sí van toos —les dijo ella.

—No, mih hermanito han traído tan leña, vamo a ir solo nosotros, yo con Juancito no máh.

Salieron los dos solito, y ya que se fueron hasta avellanita que tenían en sus bolsillito, es que, iban comiendo y dejando una avellanita por aquí y otra por allá “pa que si los va mal, los volvimo”, le dijo la Marinacia. Ya salieron a andar, es que, andar y andar.

No llegaron nunca, la mujercita loh esperaba, es que.

—¿Qué s' hicieron los niño? —es que dijo—. Hasta las doce loh espero.

Loh empezaron a buscar, no loh hallaron nunca.

Despuéh elloh andaban andando por ahí, se leh hizo tarde.

—¿Qué vamo a hacer, Juancito? Vamo a tener que pedir alojamiento.

Llegaron, es que, onde había un güerto muy lindo ahí onde iban andando ello.

—Güenas tarde, taitita —le dijeron al hortelano.

—Güenas tarde, hijito —le dijo él—. ¿Qui andan haciendo por aquí?

—Andamo, taitita, pidiendo alojamiento porque se loh hizo tarde y no loh animamo andar máh.

—Güeno —les dijo—; aquí alojan.

Lijerito el hombrecito les dio comiita, es que.

—Y aquí hagan sus camita; como podamo alojamo.

Ya contentazo, es que, con él.

—Y si los va bien aquí, taitita, no los vamo na, le ayudamo a regar nosotros.

El les contó que se pasaba en el güerto no máh, y el güerto era del mismo patrón, del mismo papá de ello, el hortelano que tenía el mismo papá. Y el rey venía toos los día con la vieja hechicera, es que, a ver el güerto, en la mañana llegaba.

—Güenos día, hortelano.

—Güenos día, señor rey.

—¡Qué lindo está tu güerto, hortelano!

—Sí, señor, bonito está.

¡Qué sé yo! Cuando llegaron y cuando lo saludaron, les dijo él:

—¡Qué lindo está tu güerto, hortelano!

—¡Ah! —dijo la vieja—. Parece que no trabaja solo el hortelano. Más bonito estuviera, si le tuviera en el medio 'el güerto el peje saltando y l' agua chispiando. Dígale que se lo traiga mañana y, si no, la cabeza le corta.

—¡Ya! —le dijo [el rey]—. Mañana me lo tiene, hortelano.

—Güeno, señor —le dijo él.

—Y si no lo tiene, la cabeza le corto.

Y ellos decían, lo saludaban, vían el güerto y s' íban al tiro del brazo con la vieja. Entonce, cuando ya se jue, quedó llorando el hombrecito.

—¿Qué voy hacer? —es que dijo—. ¿Aónde voy a ir a buscar esas yo?

Entonce la Marinacia, debajito 'e las flore, escondiita, es que le dijo:

—No se le dé na, taitita; yo lo voy a buscar.

—¿Y aónde lo va ir a buscar, Marinacia?

—Yo sabré, yo lo voy a salir a buscar.

Entonce ya tomaron desayuno lijero, es que, y salió. Cuando en un bajito qui había cerquita 'e la casa se topó con Nuestra Madre y le dijo ella:

—¿Pá ónde vas, Marinacia?

—Voy, mamita, a buscar el peje saltando y l' agua chispiando, que le dijo el rey [al hortelano] que lo tuviera mañana y tiene que tenérselo, si no, la cabeza le corta.

—¿Y aónde vah a encontrarlo vos? —le dijo.

—Por ai onde lu halle, pue.

—Mira, en tal y tal parte, en los mayore encanto —le dijo en qué parte era—, ahí está el peje saltando y l' agua chispiando, aquí al laito sur, a la llegaíta, vos vah a llegar, son siete cuidaore que lo cuidan y cuando están con loh ojo abierto *tan* durmiendo y si están con loh ojo cerrado *tan* despierto. Vos llegás callaíta, toma este vasito —le dio un vasito—, en un' agüita qui hay sumís tu vasito no máh y ai le entra al vasito l' agua, y ai entra el peje al vasito y te venís corriendo. Cuando vengás, te van a gritar: “¡Marinacia, si ése nu eh el peje saltando y l' agua chispiando! Vuélvete pa atráh, aquí está”. No mirís, porque te vuelven piedra.

Y así lu hizo. Es que le gritaban:

—¡Vuelve, Marina!

Ella, caminar, caminar. Cuando pasó onde estaba Nuestra Señora, es que le dijo:

—¿Cómo te jue, Marina?

—Bienazo, mamita; lijerito di con él.

Ya llegó onde el hortelano, lijerito ya lo pusieron en medio 'el güerto. Cuando ya estaba el peje saltando y l'agua chispiando, es que, arriba 'e las flore, que llegaba a regar las flore, hasta lah hoja.

Ya entonce al otro día, cuando llegó el rey en la mañana, es que le dijo:

—Güenos día, hortelano.

—Güenos día, señor rey.

—¡Qué lindo está tu güerto!

—¡No ve, señor! ¿Esto es lo qui usté me pedía?

—Eso, puh, hombre —le dijo—; muy contento con lo que me tenih.

—¡Ah! —le dijo la vieja—. ¡No te digo que no trabaja solo! Mañana dígale que le tenga en aquel naranjo más grande qui hay le tenga el árbol de too fruto. Si no le tiene, la cabeza le corta.

—Bueno —le dijo—. Mañana me tiene en el gancho más coposo el árbol de too fruto y, si no me lo tiene, la cabeza le corto.

Y ellos s' iban al tiro. Y ai quedó llorando el hortelano otra veh.

—¡Vaya, taitita! ¿Por qué llora otra veh?

—¿No ve que el rey me dijo que le tuviera el árbol de too fruto y si no lo tengo la cabeza me corta?

—Yo lo voy a buscar.

Ya salió la Marinacia otra vez, ya se topó con Nuestra Señora otra veh.

—¿Pa ónde vas, Marinacia?

—Voy, mamita, a buscar el árbol de too fruto.

—Güeno —le dijo—, allá está, onde juiste ayer, al laíto del puelche pa acá ahí *ta* el árbol de too fruto, un arbolito grande qui hay. Vas callaíta; ahora, si están con loh ojo cerrao están durmiendo, si están con loh ojo abierto están dispierto.

Tan con loh ojo cerrao, jue callaíta y le sacó, como le dijo que sacara, un ganchito, y arrancara.

—Y ti arrancás. Cuando te vengán a gritar, vah a ir muy lejo ya, pero no vah a mirar pa atrás.

Ya llegó ella, agarró su ganchito y se vino. Es que decían:

—¡Vuelve, Marina, que ése nu eh el árbol que venih a buscar!

Ella no le hizo caso, caminar y caminar. Ya entonce ya llegó acá. En tanto que llegó es que le dijo:

—¡Ya 'sta, taitita! Póngame bien este gancho.

Ya con topar el arbolito así, se pegó solo el árbol de too fruto. Ya en la tarde estaban las naranja madurando, las breva, de too fruto, ¡si era de too fruto!

Ya cuando llegó en la mañana, es que, el rey:

—Güenos día, hortelano.

—Güenos día, señor rey.

—¡Qué lindo está tu güerto, hortelano! —le dijo—. ¡Mira cómo m' hiciste lo que te pedí!

—Y ahí está lo que me dijo que l' hiciera.

—Pero más bonito estuviera —le dijo la vieja—, si estuviera el de toa verdá en el gancho más coposo del árbol de too fruto. Dígale que se lo tenga.

—Ya —le dijo el rey—; mañana me lo tiene en el gancho más coposo del árbol de too fruto y, si no me lo tiene, la cabeza le corto.

Ya llegó otra vez más apesarao el hortelano. Ya le dijo [María Ignacia]:

—No se le dé na, yo se lo voy a ir a buscar.

—No —le dijo Juancito—, la Marinacia ha ido dos vece ya, yo voy ahora.

—No vas na, pus, tonto —le dijo ella—, porque te vuelven piedra.

—Sí, yo voy.

Y se puso a llorar Juancito.

—Güeno, anda, pero si te vuelven piedra, yo no te voy a buscar.

Ya salió Juancito. Ya le salió Nuestra Señora también, es que le dijo:

—¿Pa ónde vas, Juancito?

—Voy a buscar el que dice la verdá.

—¿Y por qué no va la Marinacia?

—Es que ella ha ido tantas vece ya.

—Mira —le dijo—, toma esta varillita. Ahora al laító del sur está el que dice la verdá, *ta* botaító; con esta varillita lo tocái y se pega solito. Te van a decir: “No, Juancito, ése nu eh el que dice la verdá”. No mirís pa atráh.

A la primera vez que le gritaron miró pa atrás, lo volvieron piedra. Ahí quedó hecho piedra.

Ya no llegó nunca. Ya Marinacia le dijo a la viejita:

—Voy a ir a buscar a Juancito, mamita —le dijo a Nuestra Señora.

—Mira, onde juiste a buscar el árbol de too fruto allá está el que dice la verdá, está como un locrito. Cuando lleguís, la piedra más grande qui hay ésa nu es Juancito, la piedra larga ésa es Juancito, vai voh y le dai con esta varillita. Al primer chicotazo se va a mover y al otro se va a mover rascándose loh ojito.

Tonce ya le dio los dos chicotazo. *Tonce* le dijo [Juancito]:

—¿Pa qué?

Y le pegó otro varillazo, se paró Juancito. *Tonce* le dijo:

—Toma ese locrito y seguís con él pegando.

Tonce Juancito agarró el que dice la verdá, Marinacia lo tomó de una manito y le dijo:

—No mirís pa atrás, no seái tonto.

Ya llegaron onde Nuestra Señora.

—¿Cómo te jue, Marina?

—Así como usté me dijo, así lo hice.

—¿No vis? ¿No te decía yo? ¿Y pa qué juiste a mirar pa atrás?

Al otro día en la mañana el rey:

—Güenos día, hortelano.

—Güenos día, señor rey.

Le contesta el que dice la verdá:

—¿Cómo qui andái con esa vieja hechicera? Anda a buscar tu esposa, le pedís perdón, la traís del brazo y que traigan diez cargas de leña y una hornilla y la echan adentro.

—Ya —le dijo el rey—. ¿Y ónde están los niñoh, hortelano? No me nieguez.

—Ya; salgan, niñoito.

Salieron avergonzao los niñoito, Marinacia con Juancito. Y llaman a la señora.

—Híncate y le pedís perdón. Cuando estaba tu señora mejorá, entonce esta vieja hechicera cambió los niño, el niño y la niña, por dos perros que tenía, y los niños los jue a botar por ahí y el hortelano los crió.

Entonce el rey jue a buscar a su señora al calabozo, la lavaron, la vistieron y la alimentaron. A la vieja hechicera la echaron a la hornilla. Y él quedó viviendo con su señora.

Tapihue, Maule, II-1961. Grabación en cinta magnética.

FELISA ACUÑA.

L A M A R I A C E N I Z A

Eran doh anciano que tenían a la María Ceniza y a la Carmela, eran doh hija que tenían. La María Ceniza era una niña muy bonita, muy linda. Li habían regalao un cordero guacho a caa una para que lo criaran.

Toca qui un día si atraca un caallero muy rico a ver estas dichas niña, ¡eran muy bonita!, a la María. Este dicho caallero desiaba casarse con una niña que tuviera doh hijo con el sol y la luna. La María se prometió de tenelo. Al saber esto los padre, la echaron a la cocina a la María, la escondieron, la manijaban a l' orilla 'e la ceniza. Too el arreglo se lu hacían a la Carmela.

Un día se les puso que tenían que matar el corderito de la María para comérselo. Le mataron su corderito y la mandaron a lavar las tripita a un canal con agua; le ijeron que no tenía que perder ninguna, porque la iban apaliar. Al terminar de lavar sus tripita la María, se le jue un menúo por l' agua. Salió la María llorando, uscando el menúo por l' agua y no lo púo encontrar. Le sale un viejito y le predunta:

—¿Por qué llora, mi hijita?

—¡Ay, taitita! Lloro porque si ha *ío* un menúo por l' agua, allá en la casa me van a pegar.

—No llore, mi hijita. ¿Por qué no pasa la lengüita por estah herías que tengo?

—Güeno, taitita —le ijo.

Vino, le pasó la lengüita por lah hería. Le ijo:

—Ahí en esa piedra máh ailante está su menúo, mi hijita; lléesele. *Endéi* más rato, a lo que cante el gallo, mire pa arriba, le va caer una estrella di oro en la frente —le ijo.

Cantó el gallo, miró la María, le cayó la estrella di oro en la frente. Se jue pa su casa la María muy contenta, llegó allá, los veterano muy asustaos con la María. La Carmela, muy envidiosa, hacía lo posible que le sacaran la estrella a la María y se la pusieran a ella. Le machetaban la estrella a la María en la frente, no se la pudieron sacar. Dijo la Carmela:

—Mátenme mi guacho pa lavar las tripita yo también pa *trer* una estrella di oro en la frente.

Le mataron el guacho a la Carmela. Se jue a lavar sus tripita; no se le jue ninguna por l' agua; vino ella, lah echó toah al agua que se le jueran. Salió llorando, uscando las tripita. Cuando le salió el viejito, le ijo:

—¿Por qué llora, hijita?

—¡No voy a llorar, cuando me li han *ío* toas las tripita por l' agua! —le ijo.

Le ijo:

—No llore, hijita. Páseme la lengüita por mih hería.

Le ijo la Carmela:

—¡No faltaba más, viejo cochino, que te voy a pasar la lengua por lah hería!

—Ahí están tus tripita; lléatela. Cuando grite el pavo, mire pa arriba —le ijo.

Gritó el pavo, miró pa arriba la Carmela, le cayó el moco 'e pavo en la frente. Se jue la Carmela con su moco 'e pavo en la frente. Llegó allá, li amarraron la caeza. A la María Ceniza la agarraron, la pusieron deajo di una artesa, la manijaban escondía.

Llegó este dicho caallero a uscar a la María para casarse con ella. Al tiempo que se casó este dicho caallero con la María, tuvo sus dos niño, se enfermó y tuvo sus niño, tuvo una niña mujer con la luna y un niño hombre con el sol. Cayó esta niña en las manos di una hechicera que tenía una hija. Esta dicha vieja, pa que no tuviera esta niña estos dos niño con el sol y la luna pa que se queara este caallero con la hija de ella, viene y le esconde los dos niño y le pone dos perros nuevo que estaba criando a la María. Encajona a estos dos niño y los manda botar a la acequia di un molino con agua. Este caallero desiaba de ver los niño qui había tenío esta dicha María pa *velo*. Le contesta la vieja:

—Esta niña eh una imbécil qui ha tenío dos perro en vez de tener dos niño.

Y le metió la hija de ella al caallero, y la María la pusieron a criar perroh *empaderá*.

A los treh díah el dueño del molino en la compuerta se encuentra un cajón que estaba brillando al sol. Hizo sacar el cajón y lo llevó pa la casa de él. Abre este cajón este dicho hombre molinero y se encuentra estos dos niño con el sol y la luna. Se puso a criar estos niño, oculto. Máh o meno ellos comprendían estos niño que eran de la dicha María. Al tiempo estos niños crecieron, los llearon al colegio y loh educaron. Los manijaban con la caecita con la frente amarrá. Al poco tiempo estos niños crecieron, tenían muchos deseo de conocer su mamá. La María estaba seca en *vía* criando estos perro *empaderá*. Este dicho hombre molinero le daba saber a estos niño cuál era la mamá y cuál era el papá, hasta qui al fin y al cabo li arreglaron una maceta 'e flore a caa uno de estos niño y los mandaron a dejar al caallero a ver si los reconocía a estos niño. Este dicho caallero, cuando le iban a dejar estas flore, recibió estos niño con mucho halago, especialmente a la niña que tenía la luna. Agarraron por costumbre de mandar estos niños a dejarle flore a este caallero en la casa, hasta que al fin y al cabo le dieron intrucciona a estos niño

que le supieran contestar a este dicho caallero, hasta qui un día le contestan a este dicho caallero:

—Mejor será, caallero sin vergüenza, que vayah a sacar a mi mamá, que la tenís criando perro *empaderá*.

Al decirle esto estos niño, este caallero se golvió loco y se pone a tomar dato para descubrir esto. Tanto jue que descubrió, hizo sacar a la María di onde estaba criando perro *empaderá*. La sacaron a la María para alimentala de nuevo. Too el público pidió que esta dicha vieja y la hija tenían que ser quemá. Quemaron esta dicha vieja con la hija. Este dicho caallero se la sacó, porque él no estaba al cabo de lo qui había sucedío. El pidió perdón a su señora y a su hijo por la traición que leh había hecho y se queó casao con su María otra ve.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

BLANCA ROSA Y LOS CUARENTA LADRONES

Un señor quedó viudo y con él quedó una niña muy hermosa que era el vivo retrato de su madre. La madre, al morir, le dejó un espejito de virtud y le dijo que cuando quisiera verla no tendría más que sacar su espejito y él le contestaría.

Después de algún tiempo el padre se casó con una mujer muy endiviosa, quien, al ver a la niña tan hermosa que sólo hablaba con su espejo, se lo quitó. La madrastra, creyendo ser la mujer más hermosa del mundo, le preguntó al espejo:

—¿Quién es la más hermosa mujer?

El espejito le contestó:

—Tu hija.

En vista que el espejo no le dijo que era ella, le dio más envidia y la mandó matar. Los hombres que iban a matarla la dejaron abandonada y un viejito la socorrió. Entonces la madrastra preguntó al espejo quién era la más hermosa mujer. El espejito le contestó:

—Tu hija, que aún vive.

Entonces mandó llamar al viejito y le sentenció de muerte si no le traía los ojos y la lengua de Blanca Rosa. El viejito tenía un perro

muy regalón de ojos azules. Al ver que él no podía defender a la pobre niña, decidió matar su perrito en vez de la niña y así poder convencer a su ama que la había muerto. En seguida se fue al bosque a dejar a Blanca Rosa para que Dios determinara de ella. La madrastra quedó muy conforme, cuando el viejito le llevó los ojos y la lengua en una lujosa bandeja de plata.

La vida de Blanca Rosa fue muy triste y penosa durante mucho tiempo, hasta que al fin se encontró con una guarida de cuarenta ladrones. Un día que se encontraba en la copa de un árbol observó que muchos hombres se alejaban del bosque; entonces ella se decidió bajar hasta el recinto de donde había salido. Al ver que habían tantas joyas y manjares, que era lo que más ella deseaba, se decidió entrar y comer hasta abutagarse. En seguida se fue a su árbol otra vez y se quedó profundamente dormida. Al regresar los ladrones a su escondite vieron que todo estaba en desorden y sospecharon que alguien había entrado y los había descubierto. Pero el jefe de ellos no creyó esto y para convercerse dejó a un guardia en la puerta de entrada. Al día siguiente, cuando todos se fueron a sus correrías, volvió a bajar Blanca Rosa y viéndola el que había quedado de guardia se extrañó al ver tanta belleza. Creyendo que era un ser bajado del cielo, corrió a ver a los demás anunciando la nueva. Pero, al regresar los demás, no dieron crédito a lo que su compañero les contó. Entonces el jefe ordenó que se quedaran cinco de guardia para ver esa extraña aparición. Pero los cinco regresaron llevando la misma noticia, creyendo que era la Virgen del cielo que venía a castigarlos. Mientras tanto Blanca Rosa que era un gusto, cuando los ladrones no estaban. Regresaron los ladrones al bosque y no hallaron a nadie. Decidió quedarse el jefe de guardia, porque no podía convercerse. Pero grande fue su sorpresa al ver bajar a Blanca Rosa y ver mujer tan hermosa como no había visto jamás. Entonces imploraba el perdón, pensando que era la madre de Dios, y llamó a sus compañeros para que se arrepintieran y la adoraran. Pero ella, llena de angustia, suplicaba que no era ninguna Virgen, que sólo era una pobre huérfana que la habían echado de la casa de su madrastra, que lo que ella quería era amparo para no morir de hambre en esa soledad. Pero los ladrones no creyeron y la adoraron como a la Virgen, levantándole un trono de oro, vistiéndola con los más ricos trajes y adornándola con las más preciosas joyas. Desde aquel día Blanca Rosa vivió entre sus parientes ladrones muy feliz y contenta.

Oyóse decir en la ciudad que existía en el bosque una guarida de ladrones que adoraban una mujer muy preciosa. Cuando supo la ma-

drastra, no se pudo convencer, decía que ella era la única hermosa en el mundo. Tomó su espejo y le preguntó:

—Espejito, por la virtud que Dios te ha dado, dime, ¿cuál es la más linda mujer?

Y el espejo le contestó:

—Blanca Rosa es la más hermosa mujer.

Desesperada por esto, se fue en busca de una hechicera a decirle que si le mataba a la niña le pagaría todo lo que ella quisiera. Entonces la bruja buscó hasta que dio con el paradero de los ladrones y con mentiras y halagos pudo ver a Blanca Rosa. Ya sabiendo que era ella, fingió ser una mujer pobre y quiso entregarle en persona un obsequio en sus manos en recompensa del oro que Blanca Rosa le dio. Le pasó un canastito con fruta, que Blanca Rosa no quiso aceptar, diciéndole que se lo guardara porque ella tenía mucha. Entonces la vieja le dijo:

—Si no aceptái esta frutita, déjame siquiera tocar vuestro vestido o déjame pasar mi mano para tocar vuestro sedoso cabello.

Y diciendo esto, pasó la mano sobre la cabeza de Blanca Rosa y le enterró un alfiler mágico en la cabeza. Desde ese momento la niña quedó profundamente dormida. La bruja salió ligerito para que los ladrones no la pillaran y se fue a casa de la madrastra para decirle que ya Blanca Rosa no existiría más. Al llegar los ladrones al bosque encuentran a Blanca Rosa profundamente dormida y siguiendo en la misma forma por varios días la creyeron muerta. Entonces, después de llorarla mucho y de buscar todos los medios para hacerla vivir, se resignaron a sepultarla, pero no en la tierra sino en el mar. La colocaron en un cajón hecho de puro oro y plata. La vistieron de hermosos vestidos y la adornaron con los mejores collares y perlas. La cerraron tan bien que no entraba ni una gota de agua y la echaron al mar.

Había en una ciudad un príncipe arruinado que vivía con sus dos hermanas solteronas. Al príncipe le gustaba mucho pescar. Cierta día, cuando andaba en una lanchita tirando unas redes, vio en las olas del mar un cajón que brillaba y, tratando de saber lo que contenía, llamó a unos pescadores para ver si lo podía sacar. Con gran trabajo pudieron sacar el cajón y llevándolo a su casa se encerró en su pieza para ver qué era. Como no podía abrirlo, porque estaba remachado, buscó herramientas y empezó a hacerle empeño. Grande fue su sorpresa al abrirlo. Después de trabajar por siete días y siete noches, adentro había una hermosa niña vestida con ricos trajes y preciosas joyas. Sacó el cuerpo y lo puso sobre su cama y la despojó

de sus vestiduras, y le sacó joya por joya para ver qué contenía, para ver el misterio de esa persona. Como no encontraba nada en su ropa ni en sus joyas, se le ocurrió peinar sus preciosos cabellos, pero la peineta se le enredó en un pequeño botoncito y tomó un alicate y se lo sacó. Entonces la niña vivió. Comprendió que estaba hechizada. La niña al verse con él, que nunca había conocido, pedía:

—¿Y adónde están mis ladrones? —gritando desesperadamente al verse completamente desnuda.

El príncipe, para consolarla, le empezó a contar cómo se la había encontrado y a decirle que él era un buen hombre, que nada podía temer. En vista que la niña pedía irse, le volvió a clavar el alfiler y salió a la calle a pensar qué podía hacer con ella. Mientras tanto, en la casa de las dos hermanas solteras estaban desesperadas de ver que su hermano se encerró tantos días en su pieza y no se ocupaba ni de comer. Entonces empezaron a aguaritar por la rendija de la llave y grande fue la sorpresa al ver un cajón de oro y muchas joyas. Cuando el príncipe volvió después de mucho pensar, le sacó otra vez el alfiler a Blanca Rosa y le dijo que no había podido encontrar a sus ladrones. Le pidió que se quedara en su casa, que la cuidaría mucho y que quisiera casarse con él, que si no quería salir a la calle podía quedarse oculta en su pieza, que este secreto nadie lo sabría ni sus propias hermanas.

Cierto día que él salió a pescar y que dejó a Blanca Rosa en su aposento, triste y melancólica, las hermanas, curiosas de saber qué era el misterio de la pieza, abrieron las puertas y encontraron a Blanca Rosa sentada en la cama. Las mujeres, indignadas al ver tan linda mujer, la despojaron de sus finas ropas y collares y la echaron desnuda a la calle. La niña corrió eloquecida a esconderse y llegó a la casita de un viejo zapatero. Como ella lloraba tanto, el viejito la entró a su casa y la escondió en ella. Al llegar el príncipe y no encontrar a Blanca Rosa en su aposento, preguntó a todo el mundo por Blanca Rosa. Desconsolado salió sin rumbos a buscarla hasta que alguien le dijo que donde un zapatero vivía una mujer muy linda. Llegando hasta allá, encontró a Blanca Rosa y, llevándola nuevamente a su casa, empezaron a hacer los preparativos para la boda.

Como castigo para las hermanas, mandó buscar dos caballos chúcaros y las hizo amarrar de pies y manos y, largando los caballos, las hicieron mil pedazos. La boda se celebró con grandes pompas. Blanca Rosa pidió como último deseo que le trajeran sus cuarenta ladrones, los cuales asistieron a la boda, trayéndole muchos regalos.

Blanca Rosa y el príncipe vivieron muy felices por todo el resto de su vida.

Monte Patria, Coquimbo, 1949.

AMANDA FLORES.

LA ESPOSA CALUMNIADA

Este era un rey que tenía su esposa. La esposa estaba encinta, cuando le tocó ir a la guerra. Entonce dejó a los criaoh encargaos de su hogar y de su mujer.

Uno de los criaos le escribió al rey de que el hijo que iba a tener su esposa no era de él, que era de uno de los criaos que tenía en el reinado. El rey, no pudiendo venir de la guerra, le escribió al mismo criaio que le había escrito, dándole orden de que se la llevaran a una selva más solitaria y le sacaron loh ojo. Entonce allá los criaio, en vista de la súplica de la mujer, le sacaron loh ojo a un perro que tenía loh ojo igualeh a los de la reina. Entonce volvieron a su reinado con loh ojo.

Volvió el rey de la guerra y le entregaron loh ojo. El rey estaba apurao porque recordaba a su esposa. Un cierto día estaba acordándose de ella, cuando oyó a un pajarito, que le pregunta por qué tiene pena. Él le contestó:

—Porque echo de meno a mi mujer, porque me traicionó la mandé botar a una selva y que le sacaran loh ojo.

El pajarito le contestó que no era verdá que lo había traicionado, que el hijo era de él. Entonce el rey se deslocó por mandar a buscar a la mujer que había mandao a sacarle loh ojo, mandó a los *niño* y fue con elloh a buscarla con uno de los *niños* que se había compadeció y no le había sacao loh ojo. Llegaron a una cueva. Estaba el chiquillo afuera y cuando llegaron los criaos se arrancó y se metió adentro. Fueron a buscar el rey para hacerle presente que estaba ahí la señora. La señora se atemorizó, lloraba, porque creía que la iban a matar. Y *taba* cubierta con un cuero de león.

La señora le había pedío por súplica a lah hormiguita qué iba a ser de ella, que estaba desnuda. Lah hormiguita le contestaron que no se le diera nada, que cuando llegara el león lo iban a matar y a sacarle el cuero. Ella encontraba imposible de ver unos animalitos

tan chicos que qué podían hacer con el león. Cuando llega un león que había andao mucho, cansao, y se quedó dormío cerca de ella. Vinieron lah hormiguita, se metieron por lah oreja, loh ojo y por toas parte. Y el león se volvió loco y a golpes se mató solo. Y ella se mantenía con raíce de árbol. Cuando se le apareció un animalito que le levantó la patita para que le mamara, llenita de leche, crió a la señora y a la guagua. Despuéh, en vista que el león estaba muerto, el mismo animalito se encargó de descuerarlo y la reina cubriera su cuerpo y el del niño.

Cuando llega el rey con sus criaio, la señora estaba asustá porque creía que la iban a matar, y el rey abraza a su hijo y le lleva unos lindos traje a su mujer y la trae a su reinado. Entonce al criaio que le había levantao la calumnia el rey dio la orden de colgárselo a loh animales más chúcaros que tenía para descuartizarlo. Loh animale, cuando se vieron con él colgao, arrancaron cada uno por su lao.

Y siguieron viviendo felice.

Ventana, Valparaiso, 1956.

JUAN ARSENIO BERNAL.

EL MEDIO POLLO

Est' era una viejita que tenía una gallinita, y la echó con quince güevoh, y de los quince güevos salió un pollo, y la viejita dijo: "Le voy a poner Medio Pollo", y le puso porque era más chico. Un día estaba tostando la viejita y el medio pollo jue a comele trigo, levanta la paleta y le plantó un paletazo al medio pollo. El medio pollo le dijo:

—¡Vieja mezquina!

Se jue para juera, y principiò a escarbar el medio pollo y se encuentra una naranjita di oro. "Voy a ir onde el rey a cambiar esta naranjita por trigo". Siguió una güena mañana el medio pollo con jira onde el rey y se encuentra con un río. El medio pollo le dijo:

—Métete en mi potito y tráncate con un palito.

Máh allá encontró cuatro cargueroh y el medio pollo les dijo:

—Métanse en mi potito y tránquense con un palito.

Poco máh allá qui anduvo el medio pollo se topó con un lión y le dijo:

—Métete en mi potito y tráncate con un palito.

Poco máh allá se encontró con una zorra y el medio pollo le dijo:

—Métete en mi potito y tráncate con un palito.

Poco máh allá habían dos toros peliando; el medio pollo les dijo:

—Métanse en mi potito y tránquense con un palito.

En esto ya llegó onde el rey. El rey si andaba pasiendo en su balcón.

—Güenas tardes, ño rey.

—Güenas tardes, medio pollo.

—¿Tiene trigo, mi güen rey?

El rey le dijo:

—Sí, hay un poco.

—Le cambeo —le dijo— esta naranjita di oro por un poco de trigo.

El rey le dijo al mozo:

—Anda echalo al granero que coma hasta que se le hinche la pana y lo sacan mañana.

Entonce el medio pollo en la noche larga los carguero. Los cargueros se llevaron too el trigo. En la mañana se levanta el rey a sacar el medio pollo.

—¿Y el trigo, medio pollo?

—Me lo comí anoche —le dijo—; ahora quero que me entregue mi naranjita di oro.

El rey muy enojao toma el medio pollo y lo tira dentro 'el gallinero para que en la noche las gallinas lo mataran. Y en la noche el medio pollo le larga la zorra, la zorra principia a comerse las gallinah y el resto las dejó muerta. El rey se levantó a ver el medio pollo si acaso estaba muerto, cuando devisó toas sus gallinas muerta.

—¿Qu' hiciste, medio pollo?

—Las maté, porque no me dejaban dormir tranquilo.

Sacó el medio pollo el rey, lo jue a dejar a la pesebrera para que lo mataran los caalloh y en la noche les *carga* el lión. El lión mató toos los caallo. Al otro día se levanta el rey. El medio pollo si andaba pasiendo en la puerta.

—¿Qu' hiciste, medio pollo?

—Maté sus caallos, ño rey, porque anoche me querían matar. ¿Por qué no entrega mi naranjita mejor?

Dijo el rey:

—Mañana te la voy a entregar, hombre.

Lo jue a tirar aonde habían unos cuantos jugando a la chueca para que le den un *chuecazo* y maten el pobre medio pollo. Entonce va un

chuequero corriendo a dale un *chuecazo* al medio pollo. Le larga los toro, desaparecieron toos los *chuequero* y se jue pa onde el rey.

—Oiga, ño rey; entregue mi naranjita di oro, porque usté ya nu halla cómo matarme, ya la estoy parando di a poco —dijo el medio pollo.

El rey mandó a un mozo que calentaran el horno para echar al medio pollo adentro. A las once de la noche estuvo coloráito el horno y lo colocan dentro del horno, y él larga el río y se lleva el horno con mozo y too. En la mañana se jue onde el rey.

—Güeno días, ño rey.

—Güenos días, medio pollo.

—¿Por qué no me entrega mi naranjita, que me quero irme pa mi casa?

El rey, esperando que llegue el mozo, jue a dar una güelta onde estaba el horno; no encontró ni noticia. Jue y le preuntó al medio pollo:

—¿Qu' hiciste del horno, medio pollo?

—Me lo comí, pue, ño rey.

—¿Y el mozo? —le dijo.

—También me lo comí. No comía como tres días ya. Y entrégume mi naranjita di oro mejor, porque me quero irme pa mi casa.

El rey se jue muy enojao a usarle la naranja di oro al medio pollo.

—Toma tu naranja, medio pollo. Con too lo que viniste hacer no quero ni verte aquí.

—¿Qué me importa a mí? —le dijo el medio pollo—. Eso te pasa por tener maloh intentos conmigo.

Y se jue ponde su agüelita, llegó allá con su naranjita di oro. La viejita le dijo:

—Hai llegao, medio pollo, ¿y tu naranja la traíh?

—Sí, aquí la traigo. Se la voy a regalar a usté, porque sufrí mucho por andar *triendo* esta naranja y mejor me queo aquí en su casa para no sufrir nunca máh.

La viejita lo queó mirando, se reía a carcajá.

—¡Güena, güena, medio pollo! Te juiste sin echarte y golviste sin llamarte.

—Me queo para siempre —le dijo el medio pollo.

Y se queó viviendo con la agüelita.

Cuando salió Nuestro Señor a experimentar la voluntad en el rico, San Juan le contestó que en el pobre se encontraba. Y salieron los discípulos, San Pedro, San Juan y el Maestro.

Güeno, entonces llegaron a la casa de un rico. El Señor le pidió un vaso de agua y el rico le dijo que cómo le iba a pasar, por qué no se agachaba él para sacarla de la corriente que pasaba. Entonces el Señor le dijo:

—Así como la contesta que me diste, serás castigao; te llamarán el Judío Errante en el mundo y tendrás un rial y medio para toos los días y tendrás descanso una hora en el año —cimbrándose el caballo, porque no se podía apiar— y marcharíh al momento, partiríh al tiro.

Y entonces se viene el Maestro con sus discípuloh y pidió auxilio en una casa pobre, en un ranchito. Después, con el sol bien entao, llegó el Maestro y llamó a la dueña de casa, la llamó:

—Hija —le dijo—, que me haga un servicio, que me dé posáita pa esta noche.

—Con mucho gusto —le dijo.

Entonces lo convió pa entro a su cocinita con su corta pobreza. Entonces viene ella, agarra el poquito de trigo que le queaba de la cuartilla, hizo unulpito y se lo dio.

Cuando llegó su marío, halla gente ahí, los saludó y se pone a conversar con elloh y le dijo a su señora:

—¿Qué vamoh hacer ahora? Mate la gallinita, ya que no hay papa ni na máh.

—Muy bien, hijo.

Entonces vienen, jueron a recostarse y en el recuesto la señora les tendió una esterita. Entonces le dice el Maestro:

—Duerma en su camita, duerma usted no máh; nosotros loh acomodamo en un rinconcito.

Al otro día el Maestro madrugó y se despidió de elloh. En seguía la señora se levantó, tomó su escoba y se puso a barrer la casa. Levantó la estera y halla la alforja, la levantó y salió detrás de ellos, la lleva en una pura mano, pa devolverla.

—¿Qué quiere, mi hija? —le dijo el Maestro—. Yo se la dejé pa que pase su *vía*.

Los bienes del rico, la riqueza, por la soberbia y el modo de contestar, pasó a poder del pobre. Por eso el rico nunca puede vivir tranquilo por la soberbia.

Pomaire, Santiago, 1958.

TOMÁS MARTÍNEZ.

102

T A S C O

Este era un pescaor. Toos los día tenía que llevarle al rey una carga de pescado y una pa él. Tocó, este pescaor tiró la re al mar y no sacaba na. Entonce, ya que no púo sacar, se vino. Entonce se viene pa su casa muy triste y se encuentra en el camino público que llaman el Puente 'e Sauce ahí se topa con un caballero de tongo. El pescaor va llorando, le dice este futre:

—Oiga, amigo, ¿por qué llora?

—¡Cómo no he de llorar, cuando tengo la obligación de llevar una carga de pescao a mi rey y ahora no es posible sacar na!

—Güeno, *haguemoh* un trato —le dijo al pescaor, era el diablo.

—Ya, pue.

—Güélvase pa atráh y tire su re y saca pescao. Saque el pescao. El que salga primero, cuando llegue a su casa, me lo da; si sale el gato, el perro, lo que sea, me lo da. En este trato entonce.

—Ya 'sta, queamoh en eso.

Entonce cuando va y llega con el pescao, y su hijo que tenía el pescaor era el pedío, *taba* en la entrada. Cuando llega, dice en su pensamiento: "¡Cómo será tanta mi fataliá que salga primero mi hijo!". Entonce, ¡no va llegando a casa, no sale el hijo en la mula! Se le cayó la *pensión*. Le dice el hijo:

—No come na casi.

—Es que yo hice un trato de un año con el diablo y ya quean dos días no máh.

—De alguna manera lo arreglamo.

Le queaba un día. A las doce del día tenía que ir a dejarlo. Llegó primero que el diablo. Cuando viene el futre riéndose:

—¿Qui hubo, amigo?

—Aquí le traigo este caballerito.

—¡Los vamos, pueh, amigo!

121

—Los vamo.

Salieron. El *paire* queó triste. Iba a quear un año en el infierno.

Cuando llegó, ¡no tocó que se prendó la diabla menor de él! El diablo le dijo a la diabla que se comerían ese cordero.

La diabla joven tenía su pieza al lao de la que recibió el joven. La diabla abrió un hoyo entre las dos pieza y puso teléfono pa comunicarse con el joven.

Para tener derecho a comérselo, el diablo impone tareas imposibles al joven, pero éste las lleva a cabo, porque la hija menor del diablo le avisa previamente lo que tiene que hacer o las hace ella misma. Las tareas son las siguientes: 1º Amansar caballo y yeguas, que son el diablo, su mujer y sus tres hijas. El joven lo realiza valiéndose de un bastón que le da la hija del diablo y mediante el cual puede sacar un apero de la cochera. 2º Plantar una viña por la mañana y llevarle uvas al diablo a las doce. 3º Cambiar el curso de un río. 4º Sembrar trigo para dar pan a las doce. 5º Hacerle zapatos al diablo. El joven le pide un combo, un martillito de veinticinco libras de peso, le planta un martillazo en el pie y, al lamentarse el diablo, le dice que así trabaja.

Se cumplió el plazo y el diablo tenía que pagarle un almú de plata. El diablo tenía tres piezas de plata, cobre y carbón. La joven le dijo que tomara un almú de carbón en lugar de plata y un saco quintalero de papeles del lagar, y eran ángel que tenía el diablo. Así lo hizo el joven.

Antes de irse, el diablo lo llevó aonde estaba la cama de Tasco con *corcha* de juego y Juan puso la mano distancia de siete metro y se le quemó una pulgá del deo pulgar.

Juan se jue pa su casa y tiró los papele y salieron los coros de ángel. Y en seguía se encontró con Tasco, que al que éste topaba lo mataba.

—¿De dónde vienes tú?

—Del infierno.

Y le dijo cómo podía hacerlo, de tanta muerte que había hecho, para salvarse, y le dijo:

—Píele el perdón a Dioh y te golpiái el pecho con una laja de piedra de cerro. Confiésate con Dioh y serís salvo.

Tasco se arrodilló ante Juan, se golpió el pecho pidiendo perdón, y cayó muerto. Juan lo sepultó y Tascó se salvó.

Esto jue con gusto de Dios, porque sin Dios no se mueve una paja.

EL PACTO DEL ZAPATERO CON EL DIABLO

Había un zapatero tan pobre que no hallaba qué hacer para alimentar a su familia. Se le presenta el diablo y le ofrece dinero a cambio de su alma. El zapatero le propone un pacto, que el diablo acepta, por el cual se obliga a entregarle su alma siempre que el diablo le llene una bota con plata antes de que cante el gallo.

El zapatero hace una bota muy grande, abre un hoyo en uno de sus cuartos y sobre él coloca la bota, a la cual destapa por debajo.

En la noche llegan los diablos con una carga de plata y la vacían en la bota, pero no la llenan. Traen otras y otras cargas de plata con el mismo resultado hasta que canta el gallo. De este modo el diablo es engañado y el zapatero queda rico.

Mamiña, Tarapacá, julio de 1958.

Resumen del relato de LUIS SAAVEDRA.

LA FLOR DEL LIROLAY

Un rey ciego tenía tres hijos, y para mejorarse tenía que encontrar una flor amarilla llamada Flor del Lirolay.

Hizo llamar al mayor de sus hijos, diciéndole que fuera en busca de dicha flor. Este arregló sus cosas y salió en busca de ella. Después de haber caminado mucho, se desmontó y se puso a comer debajo de un árbol. En esto estaba, cuando apareció una anciana rogándole que le diera un poco de lo que estaba sirviéndose. El joven se enfureció con la pobre, la cual estaba calladamente dispuesta a ayudarlo; pero al ver que tenía tan mal corazón no quiso hacerlo.

Después de concluir de servirse, el muchacho se puso en marcha, pero no halló lo que con tanto anhelo buscaba.

El segundo de los hermanos salió entonces en busca de ella. Y le sucedió lo mismo que al anterior: por ser malo con la viejita, no encontró la Flor del Lirolay.

Tocóle el turno al menor, en el cual el rey tenía más confianza. Otra vez aparece la anciana; pero este joven invitó a la señora a comer de lo que él llevaba. Pronto entraron a conversar, y él le contó el motivo principal de su viaje. Ella, entonces, en retribución de su bondad, le dijo en qué parte podía hallarla. Siguió los consejos, y con gran contentamiento encontró la ansiada Flor del Lirolay.

Pero es el caso que los hermanos mayores le habían seguido, temerosos de que el más pequeño y preferido del padre encontrara lo solicitado por él. Al darse cuenta ellos de que el menor había conseguido el fin de su empresa, le esperaron detrás de unos matorrales, asaltáronle, le fueron despedazando presa por presa, enterrándolo ahí mismo.

Volvieron los tales con la flor, y el padre sanó, preguntando continuamente por su hijo menor. Los otros no le contestaban nada. Tal vez le habría muerto algún animal salvaje.

Mientras tanto, en la sepultura del joven creció una cicuta. Un pastorcillo pasó por allí, sacó un trozo, fabricándose un pito y al hacerlo sonar oyó que decía:

No me toques, pastorcillo,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Lirolay.

Completamente asombrado, el pastor no se atrevió a tocar más su instrumento. Pensó entonces contarle el caso a su rey, ya que nadie mejor que él podía saber interpretar tan curioso hecho.

Dicho y hecho: Llegó al palacio, se hizo anunciar, y aunque parezca raro, pronto lo atendieron los lacayos y aún el rey mismo. Conversaron amigablemente sobre lo que comentamos, y como se puede adivinar, el monarca se mostró algo escéptico. Pero era fácil demostrarlo. El pastorcillo sacó su pito haciéndolo sonar, y he aquí que de nuevo, junto con los sonidos, se oía:

No me toques, pastorcillo,
ni me dejes de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Lirolay.

Este monarca era inteligente y, por lo mismo, entendió luego lo que todo aquello significaba.

Nada les valió a los malos hermanos los arrepentimientos y lágrimas, pues el rey los mandó a matar.

Todos se dirigieron a la sepultura de aquel hijo tan bueno. Lo sacaron de allí y lo hicieron vivir con una flor que tiene tal poder. Padre e hijo lloraron de alegría, y dicen que aún siguen viviendo.

Mulchén, Bio-Bio, 1955.

Copia enviada por don ABDÓN ANDBADE.

EL COMPADRE POBRE

Para saber y contar
mentira nu ha de faltar.
Me jui por un orilla
dando varilla.
Me jui por un rincón
dando trompón.

Este era un hombre, no era muy pobre ni muy rico tampoco. Y la mujer *taba* encinta. En la noche nació la guagua del caallero rico y dijo el caallero rico:

—Jue hombre. El primero que llegue mañana, sea rico, sea pobre, sea viejo y sea un joven, se lo doy di ahijao.

Ya al otro día en la mañanita aclarando se levantó el caallero. Había un viejito en la puerta, un viejito y pobre. Entonce le dijo:

—Güenos día, compadre —le dijo al viejito.

—Güen día —le dijo el viejito.

—Pase pa entro —le dijo.

Pasó pa entro.

—Pueh anoche tuvo una guagua mi señora y jue hombre, y usted —le dijo— va a ser mi compadre.

Entonce llevó al viejito el caallero donde estaba la señora.

—Aquí está mi compadre —le dijo.

Y la señora no jue su gusto, queó de mala voluntá, queó de tan mala voluntá que el viejito juera su compadre.

Le dijo:

—Me da tres días pa buscarle ropa a mi ahijao.

Así que esperaron los tres día. Y a los tres días llegó el viejito con

la ropa del ahijao, toa ropa di hombre, sombrero y too lo que se viste un hombrecito. Cuando se la pusieron al niño, le queaba güena como del mejor sastre. Le ponían otra ropa y no le queaba mejor que la del pairino. Cuando ya se levantó la señora, lo jueron a cristianar, y entonce le dijo:

—Compadre, cuando mi ahijao me quera salir a buscar, póngale las bendicione.

Como iba creciendo el niño, iba creciendo la ropa. La ropa que le daba su papá y su mamá no le queaba güena na, no más que la ropa 'e su pairino. Esa ropa no se rompía, no se ensuciaba; más bonita, más brillante estaba.

Ya lo pusieron a la escuela. Jue un niño muy estudioso, de muy güena memoria. Así que ese niño era grande ya, loh otros niños le icían toos los día:

—Rotoso, si no hubiera sido por tu pairino, no tuvieras ropa.

Ya como era niño como de diecinueve año, un niño *inorante*, pero muy güeno, un día le dijo:

—Papá, yo quero salir a buscar mi pairino, porque la ropa que tengo me la dio mi pairino y la ropa que me dan ustee no me está güena.

—Güeno, pueh. Asina dijo tu pairino; cuando lo quieras salir a buscar, que no te prive.

Entonce le puso la bendición el papá y la mamá. Y se jue a buscar su pairino. Cuanto salió de su casa, no tardó de llegar, porque el pairino ya sabía. Llegó no más derechito.

—Ahijao, ¿llegaste, ahijaíto?

Entonce lo entró pa la gloria. Se abrieron las músicas de la gloria. Ai le hizo mucho cariño, porque le dio la hostia. Entonce ya a su ahijao, después que l' hicieron la fiesta, sacó su ahijao, lo pasó pa una casa 'e maera. ¡Cuándo jue a ver a su mamá colgaíta en unah hebras d' hilo que ya caía al juego abajo y a su papá lo jue a ver con la mano en la *mejía*, muy triste! Y le dijo:

—¿Por qué está mi mamá en esah hebras d' hilo? Si se cortara, caía al juego. ¿Y mi papá —le dijo— por qué está tan triste ai en la puerta?

—¿Quere saber, ahijao?

—Sí, pairino.

—Eso jue cuando vos naciste; tu papá dijo: “Sea rico, sea pobre, sea viejo, sea joven, el primero que llegue mañana va a ser mi compaire”. Entonce yo *oyí* esa palabra, llegué al otro día. Cuando llegué

—le dijo—, se levantó mi compaire, yo estaba en la puerta ya, me entró mi compaire pa la pieza 'e mi comaire a verla, a conocer la comaire, y mi comaire no jue su gusto que yo iba a ser su compaire y por eso —le dijo— mi comaire está condená y mi compaire está tan triste por mi comaire que no quería que yo iba a ser su compaire.

Entonce le dijo:

—¿Cómo se podrá salvar mi mamá?

—No, su mamá no se salva. Si vos quieres salvar a mi comaire, la salvah.

Entonce lo que jue, le sacó un zuncho y se lo puso a la cintura bien apretao y le puso llave. Agarró la llave y la tiró a loh aire y le dijo:

—En tu casa está la llave.

Entonce el joven se jue con tanto tormento con ese zuncho tan apretao en el *estomo* que ya iba sin aliento. Entonce le dijo:

—Cuando lleguen a su casa, y le sacan el zuncho y mandan icir una misa cantá.

Este joven andar y andar como dos año pa pagar las culpa. Cuando llegó a su casa ya sin aliento y le dijo:

—¿Es posible —le dijo la maire— que llegate, hijito?

El niño no podía tirar la *estiración* porque iba muy apretao. Entonce le dijo:

—Mi pairino me dijo que yo estoy pagando sus culpas, mamacita. Cuando mi pairino vino y iba a ser su ahijao, no jue su gusto y por eso estaba usted en unah hebritas d' hilo que ya se cortaban, y abajo estaba el juego y mi papá estaba en la puerta con mucha pena porque usted no era gustosa que mi pairino sea mi pairino y por eso yo estaba pagando las culpa. Me puso este zuncho, me puso este candao y la llave, me dijo que estaba aquí.

Buscaron por toas parte, no podían hallar. Entonce a la empliá la mandaron a matar un pavo. En el *rique* del pavo halló la empliá una llavecita y le dijo:

—Señora, aquí hallé una llavecita, que esta llavecita puede estar güena pal candao del patroncito.

Y le jueron a poner la llave y era la misma. Se *esprendió* el joven, se sacó el zuncho que iba a poder comer, si el *estomo* estaba seco ya.

—Güeno —le dijo—, la mantención que me van a dar que me van a hacer una misa cantá con la banda —le dijo—, con la iglesia bien arreglá.

El cura mandó arreglar la iglesia bien arreglá y mandó a buscar la banda. Y sigueron la misa. Cuando ya cantaron gloria, se levantó una palomita, que era el joven, y se jue pal cielo. Y la señora queó muy felíh y salva.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ZORAILA CORONA.

LA JOVEN QUE VA A CASAR CON EL DIABLO

Era un caballero casao y tenía la señora y treh hija. Las dos mayores se habían casao. Y la *puchusca* decía que suh hermanah eran tontas, porque se habían casao con hombres pobreh y borracho.

—Y cuando yo me case, me voy a casar con un hombre que tenga toa la dentaúra de oro.

Un día venía un caballero por la calle paso a paso en un caballo muy lindo, y bien elegante y toa la dentaúra de oro, y la señorita venía por la vereá. El joven se sonrió con ella, y le vio la dentaúra de oro y dijo:

—Este puede ser mi' marío.

El sol quemaba mucho, y él le dice:

—Señorita, ¿aónde es su casa para ir a tomar una copa 'e refresco?

—Ahí no más, señor.

Y le pidieron permiso al padre de la señorita para tomar una copa de cerveza. Cuanto no más se tomaron unas copas de cerveza, le pidió la mano para tomar estao, y el padre contestó:

—Señor, nosotros somos muy pobre.

—No importa —el joven contestó—, yo también soy pobre.

Entonce le dijo que el casamiento podía hacerse el sábado y el joven dijo que se haría el miércoles. El padre mandó preparar al cura, capellán y sacristán de la iglesia de su pueblo. Y el joven dijo que no, que él traería too de su pueblo.

La niña era muy católica, se jue a la iglesia a rezar y le habló la Virgen del Carmen:

—Sé que te vah a casar, pero llena tu pieza de santoh. Si el joven dentra adentro, es güena persona, o de no, no. Pero te voy a dar este regalito, una peinetita, una conchita de jabón y una narigaíta de sal.

Y le dijo también que en medio de la caballá del novio iba a ver un caballo blanco, flaco, con una monturita *chilposa* para que se mandara a cambiar, si el novio no entraba a su pieza.

Llegó el miércoles con too su gentío: curas, sacritaneh y capellane, como cien de a caballo. Entonce desafia a la señorita para ajuera para conversar con ella y la señorita lo convidó para dentro de su pieza.

—Mi hijita linda, usted va a ser mi esposa, y venga para acá a conversar conmigo.

Ella no quiso salir y cuanto se descuidaron montó en su caballo blanco, flaco y su montura *chilposa* y se echó a correr. Y entonce jue cuando la sigueron too el gentío de atráh, y cuando la llevaban cerquica le tiró la peinetita para atráh y se les formó un *guayacanal*, pero a barreta y hacha pudieron hacer pasá y la sigueron de atráh, y ella correr adelante. Cuando la llevaban cerquita, le tiró la conchita de jabón para atráh y se le formó un pantano inmensamente grande, que no podían salir de ahí, pero al fin salieron, y ella correr adelante. Y cuando la llevaban cerquita, le tiró para atrás la narigaíta de sal y se le formó un ojo de mar. Ahí no pudieron salir nunca ya. Entonce ella subió a un cerro muy alto. Al otro lao vivía una viejecita onde ella llegó y le dice:

—Güenas tarde, mamita.

—Güenas tarde, mi hijita.

—Vengo muy cansá.

—Abájase —le dice.

Se abajó arriba de una piedra que estaba cerca de la casa, y le pegó tres varillazo al anca del caballo y el caballo se volvió una paloma y se jue derecho al cielo.

La viejita tenía un hijo pobre, pero católico. Y a las tres dice la señorita que desiaba casarse con el hijo, que tenía únicamente tres burritos muy mal aperao. Y el joven era muy pobre. La señorita le pidió a la viejita el hijo para casarse. La viejita:

—¡Pero si mi hijo es tan pobre!

—Yo también soy pobre —le dijo ella.

Pero el casamiento se arregló y se casaron. Y ahora estarán viviendo tranquilamente casao.

Y el cuento se acabó.

L A J U A N I T A

Era un rey que tenía tres princesa, una se llamaba Carmelita, la otra se llamaba Margarita y la menor Juanita. Un día el rey principió a repartir papele en toas las ciudade para que lah hijah escogieran novio. *Ocurrió* toa la gente del paí y di otros paíse y escogeron las dos mayore. Queó la Juanita; no le gustó a naiden de ningún paí. Esta dicha niña quería a uno que tuviera toa la dentaúra di oro. Un día sabe Lucifer y se le presenta en un caallo negro. Al pasar delante de ella, ella estaba en el balcón, le mostró los diente y li ardió la boca.

—¡Ay, papá! El caallero que va pasando ése es mi esposo. Mándelo llamar.

Güelve Lucifer, se comunica con el rey y él le ice que tiene que casarse con su hija, que li ha gustao. Lucifer le pide que lu esperen tres mese, qui a los tres mese se va golver y se va.

En la tarde pasa un hombre pobre frente al balcón en una bestia. Al parir pare ahí mesmo en el balcón un potrillito muy lindo. Si apea la Juanita y le ice al hombre que le venda el potrillito.

—No se lo vendo, señorita, se lo voy a regalar, pero este potrillito tiene que cuidarlo solamente usted.

—Muy bien —le ijo.

Se lo llevaron a la pesebrera. A los tres mese este potrillito estaba grande.

Golvió Lucifer a casarse. En la remolienda que tuvo la princesa no si acordó de su caallito d' ir a verlo. Un día va un mozo y le da agua al caallo, y vino el caallito, li habló al mozo que le iga a la Juanita que vaya, que la necesita. Jue el mozo y le ijo a la Juanita que la mandaba llamar el potrillito. Jue la Juanita a la pesebrera onde estaba. Le ijo el potrillito:

—Tú estabah orgullosa con tu *remolienda* qui has tenfo y no te dai cuenta que tú estás perdía. El esposo que tú has recibío es el diablo y te va llevar ahora —le ijo—. Mañana van arreglar las cargah y se van a ir. Tú no le vai aguantar que te traiga caallo él, le mandái que venga ensillarme y te vai a irte en mí —le ijo—. Te vai arreglar un atao con un puñao di afrecho, un puñao de ceniza, aguja, tijera, un

peine, un deal. Too eso lo vai a llevar vos por delante, no se lo vayah a entregar a él ni que lu echen a las cargas tampoco.

Al otro día arreglaron las carga, mandaron al diablo ensillar el caallito. No pudo, lu agarró a patáh y a mordiscone. Tuvo qu' irse la Juanita a ensillar. Al otro día ensilla su caallito la Juanita y se van, el diablo con las cargah y los mozo. Llegaron a un paso muy malo qui había. Le ijo la Juanita:

—Váyase usté a ver los mozo que no le vayan a descomponer las cargah en el paso malo.

Se jue el diablo al paso malo y se li arranca la Juanita con el caallito.

—¡Pégame, Juanita! Mientras más me pegái, más corro.

La Juanita ¡déle azote con el potrillito! Cuando loh echa meno el diablo, ya van muy lejo, y sale el diablo trah ello. Rodajiendo una mula negra qu' iba, ¡déle guasca no máh!, ya l' iba dando alcance a la Juanita. Le ijo el caallito:

—Tírale un puñao di afrecho y otro de ceniza.

Se le formó un pantano y una niebla, se le empantanó la mula. Ahí lu ejaron perdío. Rodajió la mula hasta que salió del pantano y de la niebla, ya les dio alcance otra ve.

—Tírale el peine y lah aguja.

Se le formó un *coliguay*, que le costó salir di ahí. A echar la mula no más por los coligüe hasta que salió de los coligüe. Y el caallito le icía:

—Pégame, Juanita, que ya salió de los coligüe; azótame, Juanita.

Ya los llevaba bien cerca, ya le ijo el caallito:

—Tírale las tijera y el deal.

Le tiraron las tijeras en cruh y el deal. Llegó el diablo al potó del deal, y ahí no más queó dentro del deal y no pudo pasar pa aelante. Ellos siguieron andando y el diablo no los siguió máh, no pudo alcanzarlo.

—Ya —ijo el caallito—, ya no los seguirá máh, estamos libre.

Se jueron lo más tranquilo. Por allá llegó a un almacén.

—Aquí vai a pasar a comprarte ropa de guaso, te vai a vestirse de guaso y en seguía vai a irte a uscar empleo.

Se vistió de guaso la Juanita y se jue a uscar empleo. Llegó a la casa di un caallero que vivía con la mamá a uscar empleo, ahí si aposentó. Ahí llegó el caallero y le dio empleo. La mamá le ijo:

—Este joven parece ser niña.

—¡Qué va ser niña!

—¡No le igo, hijo!

—¡Sí eh hombre, mamá! Entonces mañana voy a conviarlo pal campo.

Se llamaban Juanito los dos. Tocayo le icía el caallero y lo quería mucho. Era muy güen mozo. Se jueron al campo, empezaron a laciár. Era mejor que el caallero pa laciár la Juanita en su caallito. En la tarde llegaron.

—¿No ve, mamá. cómo eh hombre? Es mejor que yo pal lazo.

—¡No, hijo! ¡Sí es mujer! ¡Sí hay mujere mejor que loh hombre pal lazo!

—¡No puee ser, mamá!

—¡No le igo, hijo!

Quearon en eso.

—Ahora —le ijo la señora —lo convía que duerman junto pa que se desengañe.

—Tocayo, vamoh a dormir los dos; lo quero mucho yo a usté.

—Güeno, pues —le ijo.

Ahí se vino desengañao el caallero que era mujer. Le ijo:

—Era así, pues, mamá, como usté icía.

—¿Y ahora qué va hacer? Es mejor que se case con ella.

—Güeno, pues, mamá.

La señora le ijo que tenía que casarse con el hijo.

—Güeno, pues, señora.

Le contó too el suceso la Juanita, se li había arrancao al diablo, por eso había llegao por ahí.

Se hicieron el casamiento muy a gusto de la mamá del caallero con la niña. Lo que queó casao, la llamó el caallito:

—Güeno, pues, Juanita; ya tengo qu'irme ya, ya se cumplió mi plazo. Yo soy un ángel del cielo que venía a salvarte, tú erah un alma perdía y yo vine a salvarte.

Y se golvió una palomita y se jue.

LA SANTIDAD DEL COMPADRAZGO

Este era un joven arribano, y este joven quería casarse y no hallaba con quién. Y de tanto pensar una noche soñó con una niña tan bonita y la conoció en sueño. Ya él quedó pensando cómo poderlo hacer.

Precuró este caballero de formar un almacén y él dijo que en el almacén tenía que llegar no más la niña que desiaba.

Y por fin llegó la niña un día y él la conoció. Inmediatamente él la saludó y le dijo:

—Güenas día, comadrita. Yo desiaba de verla, porque hei soñado con usted y en sueño la conocí y nada más que usted tiene que ser mi esposa.

Así que por fin se casaron. Ya tiempos van, tiempos vienen, ya tuvieron familia. Ya los dos niñitoh iban al colegio, cuando eran más grande. Entonce en el colegio, cuando iban los niñito, los otros niño peliaban con elloh y en la pelea con elloh y en la pelea le decían:

—¡Hijos del pecao mortal!

Entonces ellos llegaron a la casa y le dijeron a su mamá:

—Mamá, ¿por qué en la escuela *los* dicen a nosotros “hijos del pecao?” Dígalos usted por qué *los* dicen así.

Entonces ella le dijo:

—Hijitos, quédense callaíto, cuando les digan así.

Entonces ella le dijo a su marido:

—Mira, tú has tenió la culpa de decirme a mí cuando me saludate: “¿Cómo le va, comadre?”, y por causa de eso le dicen así a los niño.

Ya esta gente *precuró* de salirse de ahí y irse a los bosques más grandes que podían. Y en tanto tiempo vivían en esos bosques solitario. Se enfermó el marío y se murió. Y entonce cuando lo estaban velando, él levantó la cabeza aguaitando a su mujer adonde estaba. Y la mujer, del susto, y loh acompañao arrancaron a las perdía y el muerto les carga di atráh haciendo un destrozo de madera. Entonce ella dice:

—¡Padre mío, San Antonio, tírame un cordón para amarraar este muerto!

Entonce ella salió con un cordón en las mano y lo dejó amarrao en un palo, y vuelve a arrancar, onde el muerto le carga atrás con el palo a rastra a ella. Y ella, con el susto, empieza a gritar desesperadamente otra veh y le dice:

—¡Padre mío, San Francisco, tírame un cordón para amarrar este muerto que no me deja vivir tranquila!

Ya ella lo volvió a amarrar otra veh, y ya ella lo amarró en un pellín, que es lo más duro, y arranca otra veh ella como desesperá y el muerto le vuelve a cargar con el pellín a la rastra que echaba el monte abajo. Tanto había arrancao ella y el muerto cárgale, y ya eran lah última, comenzó a gritar otra veh:

—¡Santo Pedro, tírame un cordón para amarrar este muerto que no me deja tranquila!

Y ahí quedó tranquilo.

Y eso jue porque le dijo comadre y el compadrazco es sagrao.

Ignao (*Fundo Güeimén*), *Valdivia*, 1952.

ESCOLÁSTICA GARRIDO.

EL HOMBRE POBRE

Este era un hombre pobre que tenía un niño y se lo dio a un caballero rico de ahijao. Y tanto jue la desgracia del niño que el día vierno murió la mamá. Despuéh a los pocos día murió el papá. Entonces dijo el caballero y la señora:

—Vamoh a recoger al niño ahora.

Así que ese niño, grande, jue muy engréido y muy *inorante*. Ya jue niño grande como de catorce año. Murió el padrino y la madrina. Ya quedó güerfano el niño y no hallaba qui hacer, porque era muy inorante, y dijo cuando ya quedó sólo: “¿Qui haré ahora?” Y se jue al pueblo a buscar trabajo. Llega a una casa donde había mucha gente, hombreh y mujereh, y dijo: “Aquí hay trabajo”. Entonces se llegó donde está el padrecito y dijo:

—Ando buscando trabajo.

Entonces le dijo el padrecito:

—Este no es trabajo y ésta es la misa.

Entonce le dijo:

—Te voy a dar trabajo de sacristán que pases los libros aquí y acá.

Entonce lo tenía de sacristán en la misa. Entonce cuando llegó vio un hombre muy flaco y muy herío. Entonce él dijo: “¿Qué será este hombre que no le dan comer que *ta* tan flaco? Va a ser mi amigo”. Este hombre era Jesucristo. Entonce ya se atendía solo y le iba icir:

—Sírvete comía, este plato de comía.

Y de repente desaparecía la comía. Y decía: “¡Gracia a Dios que ya comió!” Y era que la comía se entraba al cuerpo de él.

Un día lo jue a buscar el padrecito, porque había un paciente pa que lo vaya a confesar. Entonce llegaron elloh. En cuanto llegaron, se pone a llorar el niño y no atendía el trabajo, lo que tenía que hacer

de sujetarle la vela, nada de lo que le icía el padrecito. Ya despuéh este niño lloró mucho. Al otro día jueron a buscar el padrecito para confesar a una señorita. *Ete* niño se puso a reír y golpiándose las manos muy alegre y *riyéndose*, entonces le dijo:

—¿Por qué no me atiendes? —le icía el padrecito.

Ya se jueron y *pol* camino le priuntó y le dijo que por qué lloraba tanto ese día y “hoy te poneh a reír y no atendías lo que te icía”. Y le dijo:

—Usté no vio na, patrón; ayer a ese paciente los jotes lo estaban comiéndolo too, le sacaron loh ojoh y la lengua y por eso era que lloraba yo de ver esa compasión. Esta señorita. . . habían unas palomitas de toítos colores que estaban travesiando con ella. Entonce éra ésa mi alegría de ver estas palomitañ y de ver *tamién* unoh ángeles que venían a encontrarla.

—Güeno —le dijo entonce—, vámonos pa la casa, vamoh a almorzar.

Así que éste le llevaban toos los día a toa hora la comía. Ai le parecía que la comía la comía el amigo.

Así que van un día a buscar al padrecito pa que vaya a matrimoniar unos novios. Entonce le dijo:

—Vamoh, hijo —le dijo—, vamoh al casamiento, que esta vez qué güeno que va a estar.

Entonces se jue donde su amigo y lo invitó pal casamiento. Entonce se jue él con su amigo y su patrón. Así que se jueron, ya llegaron a la casa donde estaban los novio. Ya jue mucho que a la palabra que dijo el cura le dieron los mejores licoreh al niño también. El primer vaso que le dieron al niño se lo dio al amigo, y se lo tomó, y era para él. Entonce ya se curaron. Ya se formó la fiesta y el padrecito ya le agarró el licor, ya se puso de *gancho* con una señorita y éste se había entretenío también con la mayordoma. Entonce le dijo el amigo al niño:

—Llévalo tú ahora, ya es hora que lo lleveh.

Entonce le dijo:

—Vamos, patrón, ahora; ya es hora.

—Güeno —dijo el padrecito.

Y se jueron. Cuando ya llegaron a la iglesia, el niño jue a dejar a su amigo. Entonce al otro día le jue a dejar el desayuno a su amigo. Le dijo:

—Sírvete, amigo.

—Güeno —le dijo él.

Se sirvió.

—Mira, tu patrón está condenao.

—¿Y por qué está condenado? —le dijo—, ¿por qué?

—Porque está entretenío con la mayordoma y estaba también allegao a esa señorita en el casamiento.

Se jue pa donde su patrón.

—Patrón, usté *ta* condenao.

—¿Y por qué? ¿Quién te dijo eso?

—Mi amigo que tengo allá dentro en la casa grande.

—¿Y quién es tu amigo?

—Ese hombre flaco que *ta* ai parao too lastimao; ése me dijo; con ése juimoh a pasiar al casamiento.

Entonce le dijo el patrón:

—Anda a icile a tu amigo cómo me voy a salvar; entonce anda a icile a tu amigo.

Se jue el niño pu aonde su amigo.

—Amigo —le icía—, sálvame a mi patrón.

—No —le dijo él—, no se puede salvar.

—¡Y cómo no se va a salvar mi patrón!

—Anda a icile a tu patrón que tiene que estudiar de nuevo otra vez pa que sea padre. Así que el día que cante gloria, ese día se va a salvar.

Y le jue a icir:

—Usté tiene que estudiar pa paire otra vez pa que cante gloria, entonce se va a salvar.

De ese día ya el padrecito prencipió a estudiar para paire otra vez de nuevo. El día que cantó gloria se salvó el padre y la mayordoma se condenó y la niña. Entonces él le dijo, el Señor Jesúh:

—Ahora *los* vamos.

Y llegaron al cielo y le dijo:

—¡Caramba, amigo! Aquí no me das que comer, y cuando yo estaba con el patrón, yo te daba harto café y harto que tomar.

Entonces el Señor Jesús le jue a *trer* la hostia. Y entonces en cuanto tomó la hostia, el niño ya entró a la gloria, y *ta* dentro de la gloria y hasta la fecha estará ai y el Señor Jesúh está con él.

Aquí se acaba el chasco, pasó por un zapatito roto pa que salga otro.

EL FORZUDO DEL SUR CON EL FORZUDO DEL
NORTE

Estoh eran dos forzóo. Uno se llamaba Forzóo del Sur y el otro del Norte. Un día se le puso a uno de ellos de salir a buscar al forzóo que había oído nombrar. Caso que el mismo día se le puso al otro también.

En lo mucho que habían andao éstoh, les dio hambre en la mitá del camino, diremos del tráfico que llevaban, y se dirigieron a un árbol que había, grande más que un laurel, en una altura.

—Ai es que voy a ir a descansar —es que ijo uno, y el otro también.

Cuando ya se vieron éstoh, se saludaron. Es que le preguntó el uno al otro que quién era. Y le contestó que era que le decían Forzóo del Norte y “voy en busca del Forzóo del Sur, que lo oigo nombrar”, es que le ijo.

Entonce el Forzóo del Sur es que le ijo:

—Yo voy con la mesma opinión de buscar a usted para probar nuestras fuerza.

Propusieron ellos que iban a probar las fuerzas en luchar que el que sea más malo iba a ser el mozo y el otro, patrón, y en caso andaban iguale se iban a nombrar por compañeroh y hermanoh, para salir a los trabajos por ai junto. Entonce ya se pusieron a la lucha. Entonce no se golpiaban ni uno ni otro, muy iguales no máh, de modo que cuando terminaron su apuesta, lo que almorzaron propusieron de salir a buscar trabajo. Como éstoh eran unoh hombres máh o meno adivinoh o santoh que se propusieron en eso, así es que oían decir que había un rico por ai en una dirección del fundo. Es que ijeron:

—Vamoh ai.

Se dirigieron. Entonce llegaron a la casita de un pobre hombre que había, compadre del rico. No quisieron ir donde el rico, sino a hablar con el pobre primero. Ellos le preguntaron si había algún rico pa poderle trabajar, “aquí cerca donde usted está”. El es que les dijo:

—Casualmente aquí cerca hay uno, y es mi compadre —es que les dijo.

Es que le ijeron elloh:

—No hay más que usted nos entretiene en cualquier trabajito. Queremoh ayudarle de caridá.

Sabían elloh, como eran ángeles, que estaba limpiando un roce temerario el pobre hombre ese. Entonce es que les dijo:

—Soy pobre. La mantención les puede faltar.

Eloh es que le ijeron que “por mantención no se aflija, que con cualquier engaño que nos dé estamos conforme; dénos trabajo no más, queremoh hacerle esa caridá”. Así que él les dijo:

—Muy bien entonce.

Les dio herramienta. A uno le dio un hacha buena y al otro un azadón, para que destronquen también tronquitos que se enraezcan, el trabajo que iban a tener. Y elloh es que se rieron. Es que ijeron:

—¿Pa qué esto, que no lo queremos para na?

El leh alvirtió también que iba haciendo el cerco de la siembra, arrumando los palos, pero por eso tengo que darle bueye, es que ijo él. Y elloh es que ijeron:

—Pero no necesitamos.

Callaítos no máh, ellos no le oponían. Como elloh entendieron que el cerco iba a ser pa que entren animale, luego es que ijeron:

—De este modo lo vamoh hacer.

Así que el del hacha por probar no máh le pegó un hachazo a un pellín, y se sumió el hacha que casi se perdió. Se rio el otro. Uno a otro se están enseñando la fuerza. El otro, para que vea, se sumió el hacha, fue y raja el tronco pa que salga el hacha. Así que el del azadón hizo la prueba de pegar un azadonazo pa destroncar. Igual le pasó. Entonce el otro que había clavao el hacha le volvió la mano al del azadón, fue y agarró el tronco, y le pegó la tirá, y lo desarraigó, y le pegó la tirá pa sacudirlo, pa que salga el azadón que se había perdido. Ai es que viéndose elloh en eso, es que ijeron:

—Vamoh a trabajar los dos más bien, vamoh a agarrar un palo, uno de cada punta, ¡y al cerco!

Hicieron una gran ruma alta de cerco. Echaban los troncos que sacaban, toíto. *Enallaba* el cerco. De modo que éstoh, de un rato a otro, hicieron un gran cerco, una ruma que le tapaba la vista al patrón pobre. Se asustó éste. “¿Qué sera? Parece un cerco. Voy a ver mis mozoh, es que ijo”. Pues no se había acordao de elloh. Iba too asustao a mirar su trabajo. Y para poder verlo tuvo que subirse al cerco. Asustao, es que decía: “¿Será cosa de l’ otra vida? ¿Qué será?” —muy asustaaazo—. Y como que así era. Y a tiempo que estaba casi arriba del cerco, botan un tronco de pellín, retembló la tierra, le pareció que iba la cosa mal pa él, se tiró como a parar y se tiró abajo del cer-

co. Y elloh es que se reían, lo estaban mirando por el rabo del ojo al patrón. El patrón se volvió callaíto, no leh habló ni una cosa a sus mozoh. Fue asustao a conversarle a su señora que loh hombre que él había recebío al trabajo eran ángele o gigante; no hallaba qué pensar. Entonce cuando ya fue él a decirles que vayan a almorzar, elloh es que le ijeron que no tenían hambre, que andaban *traendo*, aunque no tenían ni el resuello.

Así que después de eso él se fue donde su compadre rico y le comenzó a conversar de sus mozos que eran unoh hombres muy forzúos, que ya el roce se lo llevaban conluío, y en dos día.

Así que el rico era endiablao ése y tenía, manijaba un macho diariamente amarrao con cadena, y ése era el Satanáh, el diablo que él tenía. Es que le ijo él a su compadre pobre:

—En vez que son tan forzúoh y alentaos sus mozo, a ver si me amansan este macho que yo tengo aquí en el corredor de la casa —es que les dijo.

Era en unos postes de fierro en que lo tenía amarrao.

Ai le contestó el compadre pobre que tenía qu' ir a decir a sus mozo, no puedo aceptar yo ninguna apuesta, es que le dijo, mientras que no les diga. Entonces se fue, se despidió del compadre. Es que le ijo:

—Hasta mañana, compadre. Mañana es que le traeré la contesta —es que le ijo.

Así que cuando llegó él a su casa, lo primero que le ijo él a sus mozo:

—Tengo un compadre que, como les dije, ése era rico, y me hace una apuesta.

Es que le ijeron elloh a su patrón pobre:

—Hágale apuesta usted a puerta cerrá de su riqueza; de nosotros no tenga desconfianza, que nosotros sabremos cómo lo vamoh amansar.

Entonce es que ya cuando llegó el otro día, le tenía el rico el macho amarrao en el corredor de su casa en postes de fierro, con cadenas firme. Y elloh lo que hicieron pa amansarlo, pa poderlo ensillar, como sabían que el macho era uno de los forzúos también, inventaron hacer ellos la montura, un avío. Partieron un pellín alto, amarraron el avío, lo enlazaron bien con alambre, para que con el peso se amanse. Así que el freno también era algo pesao. Y le pusieron a la chicotera tres pencas de plomo, es que pesaba un kilo cada penquita, es que era pa chicotiarlo pa que ande.

Entonce se fueron a presentarse al rico, a lo que tenían hecho too

eso ya, toa la montura y que el rico les tenía el macho amarrao en el frente de su casa. Así que el macho, cuando los vio a loh hombre, se asustó mucho, tal fue que arrancó el poste de fierro en que estaba amarrao. Los conoció que eran ángele y que mal venía para él. Y ellos cuando vieron eso que el macho se *esató* y quiso irse, entonce es que ai lo tienen agarrao. Enojao ya, notó que iba andar mal. Entonce elloh, cuando le ijo él así, de un salto se le fue al macho y lo pescó de lah oreja y le pegó el sacudón pa la tierra; casi le saca los dientes sobre la tierra dura. El otro le metió el freno de *callazo* pa que se le aflojen los diente. Entonce lo ensillaron con el mismo peso. Es que se cimbró el macho, es que se quejaba, comenzó a sudar de aflijío. Entonce es que cabalgó uno en él, y corcoviaba el macho. ¡Por Dios que se hacía bravo pa voltiarlo! A lo que corcovió, le pegó un ramalazo con el ramalito, ¡no se equivoca!, y es que le saca un ojo, lo dejó tuerto y le ijo al otro:

—Móntate al anca.

Subió el otro. Y ya no fue capáh el macho ni de moverse. Lo maniaban, le tiraban la cola. ¿Qué no hacían pa que leh haga algo? ¡Nada! No pudo el macho. Entonce, cuando ya el macho se dio, se lo entregaron al rico.

—Ai está su macho, bien manso como lo está mirando.

El compadre pobre también estaba mirando lo que hacían sus mozo. Es que le habló a su compadre rico.

—Parece, compadre, que le he ganao la apuesta.

—Está muy bien —es que le ijo el rico.

Y le dio el montón de llaves pa que sea dueño de su casa. Y a esa hora se desapareció con macho y too. Se desapareció y se fue. No se le volvió a ver máh. Se lo llevó el diablo, siempre como lo dejaron vivo.

Fue una caridá que hicieron ellos con el compadre pobre de dejarlo rico a él y al rico desaparecerlo con diablo y too.

Entonces los mozos del pobre fueron pa su casa. Le ijeron elloh:

—Amigo, hasta aquí lo vamoh a acompañar no máh. Esto fue una caridá que nosotros quisimos hacerle. Nosotros —es que le ijeron— somos doh ángeles mandaos por el Señor del Cielo.

Y se puso uno en cada hombro de él. Y se despidieron y se fueron al cielo.

Y se terminó el cuento.

EL LESO DE LOS TRES CHANCHITOS

Este era un rey que puso un bando que el que adivine lo que la hija tenía se casaba con ella, sea rico u sea pobre. Eran tres palabras no más que tenían que decir. Si en las tres palabra no adivinaban, la cabeza les cortaba. A la voz del bando principió a llegar la juventú como mosca. Entre pobre y rico principiaron a adivinar.

—Mi Sacarrial Majestá —le decían—, su hija tiene ojo.

El rey contestaba de que eso no era.

—Su hija tiene boca.

También el rey contestaba de que eso no era.

—Su hija tiene naríh.

También el rey contestaba de que no. Se cumplieron las tres palabra; la cabeza les cortó. Y así en l' estilo siguió con toa la gente a degollarlo, porque naiden adivinaba.

Había una señora que tenía un hijo leso. El rey, al tiempo de salir, le dijo a la hija que compre cuanto chanco pasara. Dicha señora tenía tres chanco, la mamá del leso. Un día mandó al hijo a vender un chanco. Dicho hijo tomó el chanco y se jue a venderlo. Iba gritando por la calle:

—¿Quién compra chanco?

Lo alcanzó avistar la princesita con la sirvienta. Pasó el leso por frente 'el palacio, lo llamaron:

—¿Cuánto pides por tu chanco, leso?

—Yo, lo que pido por mi chanco, con tal que se deje agarrar el tobillo.

Entonce la niña le contestó:

—¡Leso mugriento, que tú vah a venir a tentar mi tobillo!

Le contestan las sirvienta:

—¿Qué se va a hacer, señorita? Nosotras se lo lavamoh y le ponimos los perjumes más fino.

Entonce la niña le dijo de que güeno. Subió el leso para arriba. Mientrah eso, las sirvientas ya le estaban sacando las zapatillah y las media. Llegó el leso arriba y le atentó el tobillo. Se abajó el leso, largó su chanco y se jue.

Llegó a su casa y le preuntó la maire:

—¿Y la plata 'el chancho?

—Mañana —dijo él— dijeron que lleve el otro, que mañana me la dan toa junta.

La señora le contestó que estaba bien.

Al otro día temprano se jue el leso, gritando, con su otro chancho. ¡Y la polvaera 'e ceniza cómo iba volando del leso! Lo alcanzó a ver la princesa otra vez.

—¡Allá viene el leso 'el chancho! —dice.

A lo que ya estuvo cerca, lo llamó:

—¿Cuánto pides por tu chancho, leso?

—Con tal de que se deje agarrar la roílla.

—Ayer me agarró el tobillo y na me hice —dijo ella—, y ahora que me agarre la roílla, no me hago na. Güeno —le dijo la niña.

Subió el leso para arriba y le tomó la roílla. Las sirvientas quearon lavándole la roílla y el leso se abajó para abajo. Estando abajo el leso, largó su chancho y se jue para su casa.

Llegó a su casa, la maire le preuntó por la plata, él le contestó:

—Mamá, mañana me la van a dar hasta que lleve el otro.

Entonce la señora dijo:

—*Ta* bien. Recibo toa mi plata junta.

Al otro día temprano el leso tomó el otro chancho. Si ceniza llevaba el día ante, ese otro día llevaba más ceniza, y gritando que quién compraba chancho. Lo alcanzó avistar la señorita otra vez y lo llamó:

—¿Cuánto pides por tu chancho, leso?

—Lo que yo le pido, que se arremangue la cintura, ni aunque yo no le atiente na.

Entonces dijo la niña:

—Me agarró el tobillo, no m' hice na; me agarró la roílla, por igual. Muy bien —le dijo.

Así que el leso, *tando* arriba, ella agarró las pollera y lah asubió hasta la cintura. El leso devisó un letrero del ombligo, al lao derecho, que decía: "El sol y la luna". Dicho leso se prenció a bajar por la escala para abajo.

—Rícoh y pobre van a la adivinanza 'el rey, ¿y por qué no voy?

Entonce oye la princesita y le dice:

—Mira, leso, ven para acá. Te voy a pagar cinco mil pesos, no vai-gah.

—Ahora sí que no voy —le dijo.

Se bajó el leso, y pasó a largar su chancho y se fue con sus cinco mil peso.

Llegó a su casa y le dijo a la mamá:

—Aquí la plata de un chanco.

Le pasó los cinco mil peso. ¡Qué contenta la señora! Entonce le dice el leso:

—Mire, mamá, usted me va a mandar hacer un terno y un bastón de oro, que yo mañana voy a *trer* la plata del otro chanco.

Y la señora se jue inmediatamente a una sastrería, y pasó y le jue a mandar hacer un terno de la mejor calidad que había. Pasó a una joyería y le mandó hacer un bastón de oro.

Al otro día temprano el leso salió para la calle gritando:

—Rico y pobre van a la adivinanza 'el rey, ¿y yo por qué no voy?

Mientras más cerca del palacio iba, más fuerte gritaba. Lu alcanzó a oír la princesita y dijo:

—¡Bendito sea que este leso vaiga a ser mi marío!

A lo que ya iba pasando frente al palacio, lo llamó la princesita:

—Mira, leso, ven pa acá. No vaigas, leso, te voy a pagar diez mil peso.

Subió el leso para arriba, recibió sus diez mil peso y se jue para su casa contento con los diez mil peso en el bolsillo.

Llegó onde la maire y le pasó los diez mil peso. ¡Ay, la mamá qué contenta!

—Mañana le voy a *trer* la plata del otro chanco, mamá.

Al otro día temprano el leso volvió para la calle con gritos más fuerte, gritando que rico y pobre iban a la adivinanza 'el rey y él por qué no *ía* también. Lu alcanzó a oír la princesita otra vez.

—¡Bendito sea Dios —dijo la princesita— que este leso vaiga a ser mi marío!

Entonce lo llamó la princesita:

—Ven pa acá, leso, te voy a pagar veinte mil peso pa que no vaigah.

—Ahora sí que no voy —le dijo—, porque ahora me acabó 'e pagar mis chanco.

Así que el leso recibió los veinte mil peso y se jue para su casa.

Llegó el leso a su casa, le entregó la plata a la maire. Ya la maire tenía listo un peluquero, un perol di agua. Le cortaron el pelo al leso y l' hicieron el aseo. En seguía lo empelotaron y lo plantaron a un baño. En cuanto lo lavaron, lo sacaron y lo secaron. ¡Qué joven tan lindo! Se vistió de pie a cabeza. Jue el joven más lindo de toa la ciudad. Tomó su bastón de oro, encendió su cigarro, y salió para la calle y se dirigió pa onde el rey a la adivinanza. Andando por la calle, lu alcanzó a devisar la princesita. ¡Qué joven tan lindo lu halló la princesita! Y dijo entre su corazón: "¡Permítalo Dios y la Virgen que este joven vaiga adivinar lo que yo tengo!"

Pasando al frente del palacio iba, la princesita le hizo la venia, él también. Llegó al bando del rey, Salió el rey y le dijo:

—Güen día, mi güen joven.

—Güen día, mi güen rey.

—¿Viene a la adivinanza, mi güen joven?

—Sí, mi güen rey.

—Son tres palabras no más, mi güen joven. Si usted no adivina a las tres palabras, la cabeza le corto.

—Su hija, mi güen rey, tiene boca.

—No —le dijo el rey—, eso no eh.

—Su hija tiene lindoh ojito.

—Tampoco no eh —le dijo el rey.

—Su hija tiene del ombligo al lao derecho un letrero que dice: “El sol y la luna”.

—Eso es, mi güen joven —le dijo el rey.

Enmediatamente lo tomó del brazo al joven, y se lo llevó para su casa y cerró el bando. Así que llegó a su casa, y lo divisó la princesita y dijo:

—¡Gracih a Dios que adivinó el joven que yo deseaba!

Entonces llegó el rey y le dijo a la hija:

—Este va a ser tu marío, porque adivinó.

—Y eso era lo que yo desiaba, quería papá.

Mandaron a buscar padre, curah y obispo, y se casaron. Y se siguió el celebramiento, Al habiendo pasao el celebramiento, el suegro le habló y le dijo:

—Ahora tú vah a ser el rey, hijo, y yo voy a quedar de caballero.

Se sacó la corona el rey y se la pasó al yerno. El yerno quedó mandando hasta la hora presente y el rey quedó de caballero hasta la hora presente.

Y se acabó el chasco.

LOS TRES CHANCHITOS

Esta era una viejita que tenía tres chanchitos. Su hijo, que era leso, un día le robó uno y lo fue a vender. La princesa vio venir al leso e hizo

preguntarle si vendía el chanchito. El leso le contestó que no lo vendía, pero que se lo regalaba si le dejaba tocar el tobillo.

—¡Qué más da! —dijo la princesa.

Entonces la princesa hizo subir a su cuarto al leso y se dejó tocar el tobillo.

Después el leso robó otro chanchito y lo fue a vender. La princesa ordenó que le preguntaran si lo vendía y el leso contestó que no lo vendía, pero que se lo daba si permitía que le tocara la rodilla. También aceptó la princesa.

El leso robó el tercer chanchito y lo fue a vender. La princesa también quiso tener este chanchito y para conseguirlo se dejó tocar la cintura. Entonces el leso vio un lunar como un peso fuerte.

El rey había prometido que el que adivinara qué tenía la princesa se casaría con ella, pero al que no acertara le cortarían la cabeza. Llegaron muchos príncipes, jóvenes, y ninguno adivinaba. El leso se propuso ir a la adivinanza a pesar de la advertencia de su madre. Cuando llegó al palacio, lo divisó la princesa y le hizo dar mil pesos por cada chanchito para que se fuera. El leso aceptó el dinero y se lo llevó a la viejita.

Entonces el leso se hizo acompañar de otro joven, ambos se vistieron elegantemente y se dirigieron al palacio. Las empleadas no pudieron reconocer al leso. Cuando les tocó el turno, se presentaron los dos jóvenes, aunque debían entrar separadamente. Previamente se habían puesto de acuerdo cómo contestar. Como tercera y última respuesta dijo primeramente el compañero:

—La princesa tiene un lunar en el ombligo— y completó de inmediato el leso: —Como un peso fuerte.

Siendo dos los que acertaron en la respuesta, la princesa tuvo que irse con ellos, pero al fin se quedó sólo con el leso.

Los Lagos, Valdivia, 1951.

Reconstruido de un relato de doña FRANCISCA ARANGO.

113

EL CUENTO DE LAS ADIVINANZAS

Un rey tenía tres hijos y una de ellos era adivina. En todo el tiempo llegaban reyes, príncipes; el que no adivinaba el rey le cortaba la cabeza. ¡Palabra de rey no falta!

En una aldea había una anciana, tenía un hijo que era tonto. Entonce el tonto le dice:

—Mamá, yo me voy a casar con la hija del rey.

La mama le dice:

—¡Qué te vah a casar tú, cuando los grandes príncipes, reyes no se casan con ella!

—Yo voy a casarme con la hija del rey.

Y sale con una burra y su libro de oraciones, va como ir de aquí a Parca, dos horah a pie de Mamiña. Y por el camino le da sé al tonto, toma agua que del cielo no caía ni del suelo no brotaba. Y máh allá le da hambre, comió carne recién no nacía con oraciones cocía.

Ya llega al palacio, y lo reciben los guardia, y lo pasan para entro, lo ponen a presencia del rey. En la ceremonia están toda la corte y las tres princesa y le dice la princesa al tonto que le diga la adivinanza. Y entonce le pone el tonto que él salió de su casa, tomó agua que del cielo no caía ni del suelo no brotaba. Y la princesa se desmaya.

En la noche una de las princesas mayores le pregunta al tonto que cuál era la adivinanza. Entonce el tonto le dice que si ella se entrega a él le dice la adivinanza. Y sale, le pregunta a su hermana lo que le dice el tonto y la hermana le dice que lo haga por ella. Entonce el tonto se queda con ella y le roba los calzone. Al otro día en presencia de toda la corte la princesa le dice:

—El significao de la adivinanza es que salió de su casa en una burra, tomó agua que del cielo no caía ni del suelo no brotaba: era el sudor de la burra.

En seguía le dice:

—Güeno, tonto, dice la otra.

—Salí de mi casa, comí carne recién no nacía con oraciones cocía.

Se desmaya la princesa otra vez. En seguía le toca a la segunda hermana de dormir con el tonto y le roba el otro calzón. En seguía dice el tonto: “Tengo otra adivinanza: Salí de mi casa, pillé dos *torcah* y a las dos torcas le saqué el pellejo”.

Al otro día en presencia de la corte:

—El significao de la adivinanza es que salió de su casa, comió carne recién no nacía con oraciones cocía.

La princesa dice que lo que comió, él mató la burra, y sacó el burrito, prendió el libro de oraciones que llevaba, coció el burro y se lo comió. Entonce dice la princesa:

—La otra adivinanza.

Entonce dice el tonto:

—Salí de mi casa, me pillé dos torcas, les saqué el pellejo.

Entonce entra la princesa, dice que se casa con el tonto.

EL CUENTO DE LA ADIVINANZA

Este era un rey que tenía una hija y esta hija la daba para que se casaran, siempre que le dijeran una adivinanza y él no la pudiera adivinar.

Un día un señor, aburrido de su vida, dijo:

—Yo voy a decirle una adivinanza al rey, y no importa que la adivine y me corten la cabeza.

Cuando iba al palacio de rey, iba estudiando la adivinanza que le iba a decir al rey. En primer lugar, yendo por un caminito, había una cabra y dijo: “¡Beee!” Entonce el anotó: Be. Más allá había un señor cosechando poroto, entonces él dijo: “Porotitos pagaré”. Más allá en un caminito encontró un zapatero que estaba de cambio y estaba echando hornah en un saco, entonce él dijo: “Horm’ en saco”. Y siguió caminando, y quedaba poco para llegar al palacio y estaban friendo en una casita que estaba sola: “Chirrico, chirriaco”. Entonce llegó al palacio del rey a decirle la adivinanza. Entonce le dice al rey:

—Acá hay un hombre que dice una adivinanza y, si se la adivina, paga con la cabeza.

—Y si no, doy mi hija para que se case.

El señor aceptó y que no le importaba si se la adivinaba. Entonce el señor pasó a un salón, se hizo presente la dama. La hija no quería casarse con señor desconocido. Y le dijo la adivinanza:

—Pasando por un caminito: Be,
porotitos pagaré,
horm’ en saco,
y al llegar al palacio del rey:
chirrico, chirriaco.

Volvió a salir la hija para volver al otro día. Cuando llegó a la hora citada, el rey y la hija confundidos porque no pudieron adivinar la adivinanza.

—Pero yo quiero saber qué contenío era esa cosa.

—Es tan fácil, mi rey.

—¡Cómo fácil, que estoy desde ayer de cabeza con mi hija en esto!

—Muy fácil, mi rey.

—A ver, ¿cómo es la adivinanza?

—Yendo por un caminito, había una cabra que decía: “¡Beee!” y anoté: Be. Más allá había un campesino que estaba cosechando poroto y dije: “Porotitos pagaré”. Seguí el camino y vi un zapaatero que estaba echando hormah en un saco, entonces, dije: “Horm’ en saco”. Seguí caminando, en una casita que estaba sola estaban friendo en un sartén: “Chirrico, chirriaco”.

—Muy bien, hombre —le dijo el rey.

Y se casó con la hija del rey y todavía estará viviendo con ella.

Ventana, Valparaíso, 1956.

JUAN ARSENIO BERMAL.

115

Uno mató a Paula,
Paula muerta mató a siete.

Uno mató una yegua envenená, la fueron a comer los buitres y murieron siete.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

116

Y O S O Y U N F U E G O

Este era un rey que tenía una hija muy soberbia, caprichosa, muy mal genio, se disgustaba por todo. Entonceh un día se enoja con el rey. El rey la castigó, le ordenó que hiciera un trabajo y ella se quedó callada. Entonces viendo que no le contestaba insistió:

—Contéstame.

Y ella respondió:

—Yo soy un fuego.

Volvió el rey a insistir y por única respuesta ella repetía:

—Yo soy un fuego.

Vinieron los servidores del palacio a ofrecerle el almuerzo y ella les contesta:

—Yo soy un fuego.

Entonces los servidores fueron a dar cuenta al rey. El rey ordenó a los alguaciles que fueran hablar con ella para que le sirvieran el almuerzo y la distrajeran, pero ella únicamente contestaba:

—Yo soy un fuego.

Entonceh el rey puso un aviso en todo el reinado que daba la hija en matrimonio al que la hiciera decir otra cosa que “yo soyo un fuego”. Ella estaba en su alcoba sin hablar. Empezaron a pasar los príncipes y le hablaban, le ofrecían reinos, joyas, trajes y ella no contestaba, únicamente:

—Yo soy un fuego.

Después agricultores, comerciantes, marinos, *turbantes*, danzantes, trayéndole regalos, obsequios de toda clase de joyas, pero ella no recibía nada y sólo contestaba:

—Yo soy un fuego.

Se corrió por todo el reinado la noticia. En un extremo del reinado habían tres hermanos, dos de ellos trabajaban todo el día para mantener a un hermano tonto que tenían. Llegó a oídos de este tonto que daban a la princesa en casamiento al que la hacía decir otra cosa que “yo soy un fuego”. Los hermanos dijeron:

—Vamos hacerla hablar.

Uno dijo:

—Yo tengo unas joyas de plata que eran de mi abuelo y se las llevo de regalo para hacerla hablar.

El otro tenía unas conchas de perlas que había sacado del mar y las había juntado y había hecho un collar que le iba a regalar a la princesa para hacerla hablar. Entonceh dijo el tonto:

—Yo también voy, voy a montar en mi caballo *overo* y voy a ir con ustedes.

—¡Qué vai a ir, tonto! —le dijeron los hermanos—. ¿Qué le vai a llevar voh? ¿Cómo se te ocurre que vai a ir hablar con la princesa, cuando no tenís ropa, no tenís na pa comer?

Entonceh el tonto les contestaba:

—Eso es lo que ustedes no saben.

El hecho que los hermanos lo retaban y el tonto se reía no más.

Cuando llega el día de partir, arreglan las alforjas, echan queso, echan jamón, llevan pollo y todos los bastimentos necesarios para el viaje. El tonto no llevaba na. Le dijeron ellos:

—Te vai a morir de hambre, tonto.

—No —dijo el tonto—, yo no me muero de hambre, algo pescaré por allá, no me ha de faltar.

—No vayas, hombre, ¿Qué vai hacer allá? ¿Cómo se te ocurre, tonto lesa que te van admitir en la corte?

Y no lo querían llevar. El hecho que salieron los dos hermanos y el tonto salió a pie, callaño, detrás. Después de caminar todo el día llegan a la primera jornada y en un ranchito que encontraron decidieron alojar. Se pusieron a comer, cuando aparece el tonto. Principiaron a comer su merienda, hicieron su asado y los restos se los dieron al tonto. Entonces cuando principiaron a dormir, el tonto sentado a la orrilla del fuego como tonto. Cuando se durmieron, principió el tonto a trajinar todo el rancho, a buscar alguna cosa para llevarle también a la reina. Después de mucho en un rincón del rancho encontró un huevo, se lo echó al bolsillo y se fue a dormir. Al día siguiente se levantaron de madrugada los hermanos, ensillaron sus caballos, arreglaron sus aperos y emprendieron la jornada y le dijeron al tonto que se volviera para la casa. El tonto no les hizo juicio, siguió detrás de ellos, andando como tonto y pensando que iba a llegar la otra jornada. Se les oscureció por el camino y alojaron en una casa de piedra. Estaban haciendo el asado, cuando llegó el tonto.

—¿A qué venís, tonto porquería? ¿Para qué venís? Vuélvete para la casa.

—No —les dijo el tonto—, ustedes no saben lo que sé yo.

—¡Qué vai a saber, tonto! Vuélvete para la casa, allá no te van a recibir.

—Yo voy no más —dijo el tonto.

Después que comieron y se quedaron dormidos, el tonto empezó a buscar por todas partes y no encontró nada, de repente vio que había un tronquito de leña chiquitito. “¡Bah!”, dijo el tonto, “esto me lo llevo para el camino”. Se lo echó al bolsillo. Al otro día los hermanos volvieron a echarlo y partieron, y el tonto detrás como tonto. Empezaron la tercera jornada, caminaron todo el día, se les hizo la noche y no había donde alojar. Habían unos árboles, se arrimaron a los árboles y se pusieron alojar ahí. Empezaron a comer los últimos bastimentos que les quedaban, cuando llegó el tonto. Lo volvieron a echar, pero le dieron los restos de la comida, Comió el tonto y les dijo riéndose:

—No soy tan tonto como ustedes creen. Ustedes serán muy diablos, pero yo he comido, he paseado, me he divertido, y he estado bien en este viaje y no he puesto nada y ustedes no hacen otra cosa que trabajar para que yo coma, pasee y me divierta. Y me voy a casar con la reina, porque yo sé.

Cuando los hermanos se durmieron, empezó a buscar el tonto algo que llevar, pero no encontraba nada. Al pie del árbol encontró una bostita de ternero, la miró la bostita y encontró una especie de caracolcito como son las bostitas de ternero. “Esta es para la reina también”. Se la echó al bolsillo. Los hermanos lo echaron para la casa y partieron, y el tonto detrás como tonto. Llegaron los hermanos al palacio donde estaba la princesa sentada en su trono. Había mucha gente. Todos estaban haciendo cola para pasar adelante de la reina a ver si la podía hacer hablar, pero ella decía a todos:

—Yo soy un fuego.

El rey estaba al frente con su corte, mirando la princesa y viendo desfilar la gente que venía de diferentes partes de su reino. Pasaba la gente:

—Aquí traigo estas flores regadas con el sudor de mi frente.

—Yo soy un fuego.

Seguía otro.

—Yo traigo estos collares de piedras preciosas.

—Yo soy un fuego.

Al fin les tocó a los hermanos, primero el mayor, después el otro y al final el tonto, mal trajeado, con los zapatos roto, sucio. Pasa el primero de los hermanos, le ofrece las joyas de plata que heredó de su abuelo, y la princesa:

—Yo soy un fuego.

Pasa el segundo, le muestra el collar que él mismo había hecho. La princesa lo miró y dijo:

—Yo soy un fuego.

Pasa el tonto y se queda parado. Los hermanos le dijeron:

—Pasa, pueh, hombre.

—¡Chitas! —dijo el tonto—. Aquí me van a contestar lo mismo, pero a esta fiercecilla la voy amansar, conmigo se las va poner.

El caballero que estaba atrás decía:

—¿A qué vendrá este idiota?

Le dijo el tonto:

—La traza de tonto, pero me como lo mejor.

Hacen pasar al tonto y le dice:

—Oiga, princesa; usted que decían que era tan bonita y no es tanto.

Por venir a verla he caminado tres días a pie, no he dormido buscándole regalo, para encontrarme con una cara más vulgar que la cara de mi comadre.

Lo miró la princesa con desprecio y le contestó:

—Yo soy un fuego.

Entonces el tonto le dijo:

—Sois un fuego, ásame este huevo.

Ella respondió:

—No tengo leña.

—Aquí tenís leña.

—¡Tonto 'e mierda!

—Aquí también tenís mierda.

Entonces habló la princesa, viene el rey, la corte, se tocan las campanas y se casa la princesa con el tonto.

Y desde entonch el mundo queda gobernado por los que creen tontos y que son más habilosos de lo que algunos acaso creen.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

ENRIQUE CRISTI.

YO SOY UN FUEGO

Est' era una princesa que el que la hacía hablar con ella se casaba. Pobre y ricos iban a ver si la hacían hablar. Entonce ice un caballero de aburrío que estaba:

—Yo la tengo que hacer hablar.

Y en el viaje que *ía* se encuentra con un niño.

—Hombre, ¿qué estái haciendo ahí? —le ice al niño.

—Estoy comiendo poroto, señor —le ice.

—¿Y parece que estuvieran crúo? —le ice.

—Sí, señor; los que suben están cocíoñ y los que van bajando están crúo.

—¿Y tu paire qué está haciendo?

—*Ta* matando los que le pican y dejando los que no le pican na.

Y le ice:

—¿Queríh ir conmigo?

—¿Pa ónde?

—Pal palacio de la princesa mía.

Y el chiquillo lleva un *güeo*, un poco de mierda y un palo 'e leña.
—Güenos días, señorita.
—Yo soy un juego.
—Aquí traigo un *güeo*, y un poco de mierda y un palo 'e leña pa que lo comái asao.

—¡Ah, tonto de mierda!

Entonce se da al campo con el chiquillo. Entonce la pulicía se encargó de pillarlo. Ya él tenía el niño en la casa de él. Y a él lo trajeron al palacio, y se casaron. Pero no supo la princesa quén la hizo hablar.

Olmué, Valparaíso, 1954.

CLODOMIRO TUREO.

EL CANARIO DE ORO

Este era un caallero muy rico que nu hallaba qui hacerse con la plata. Una vez puso un letrero en el portalón de la casa que con su plata él hacía lo que quería. Supo un rey que tenía una princesa deajo de siete *llae*, jue el rey onde estaba el caallero, le ijo:

—¿Usté ice que hace lo que quere con su plata?

—Sí, rey —le ijo el caallero—, hago lo que quero.

—Bien —le ijo el rey—; yo tengo una princesa bajo siete *llae*, usté tiene que engañármela plazo de tres meses; si no la engaña, la caeza le corto, palabra de rey no puee fallar; si la engaña, me corto la caeza yo.

Ahí estaba el caallero que nu hallaba qui hacerse pensando cómo entrarse que el rey no lo viera. ¡Cómo iba hablar con la princesa si estaba bajo siete *llae*, ni la conocía! Este caallero mandó uscar consejero cómo lo podía hacer. Nu había ninguno que le diera consejo cómo lo podía hacer. La plata no le sirvió de na. Al cumplirse el plazo le queaban quince día. Cayó a cama muy enfermo, muy mal, sabía que iba a morir. Llega una güena vieja a ver al patrón, le ice la güena vieja:

—Güenos días, patroncito.

—Güenos días, güena vieja.

—¿Está enfermo, patroncito?

—Sí, pues, güena vieja, estoy muy mal, voy a morir.

—¿Qué es lo que li adolece? —ijo la güena vieja.

—¡Ay, güena vieja! ¿Qué saco con decirte, cuando vos no vai a remediar na?

Le ijo la güena vieja:

—Dígame no más, patroncito; *lohotro* entre lah anciana podemo remediar algo.

Le ijo el caallero:

—Has de saber, güena vieja, que yo puse un letrero en el portalón que con mi plata tenía lo que quería y ha llegao el rey y me ice que tengo que engañarle a la princesa que tiene bajo siete *llae* —le ijo—. Me quean quince días, se me cumple el plazo y toavía no pueo remediar na —le ijo—.

Le ijo la güena vieja:

—Usté sabe cantar, patroncito, muy bien.

De lo delicao sabía cantar el caallero, era *pueta*, le ijo:

—Se va mandar hacer un canario di oro qui usté quepa dentro, con rueecitas lo mesmo qui un coche —le ijo.

Se manda hacer el caallero, uscó cincuenta maestro que le vinieran hacer el canario di oro con ruela, con *llae* por dentro. Cuando ya se lo hicieron, vino la güena vieja a verlo dentrase adentro.

—Se trasluce toavía —le ijo—; mándele a poner otra mano.

Lo que estaba hecha, llegó la güena vieja, y echa al caallero adentro con una guitarra y echa *llae* por dentro. Y sale la güena vieja con su coche tirándolo para el pueblo, llegó a una esquina y le ijo la güena vieja:

—Canta, canta, canarito.

Y empezó a cantar el canario y se despobló la gente a oir cantar el canario que cantaba tan bien, ¡ un canario di oro! A la güena vieja le pagaban, recibía mucha plata. Llegó al frente de los palacios del rey y le ijo:

—Canta, canta, canarito.

Se largó a cantar el canario. Oye la princesa este canario que está cantando y se cierra a gritos que la bajen para oir cantar el canario. Lllaman a la güena vieja para los palacios del rey para que le vaya a cantar a la princesa. Le ijo la güena vieja:

—Ahí va cantar las más bonita—, porque le iba cantar a la princesa.

Le ijo el rey:

—¿Cuánto cuesta la toná, güena vieja?

—Cien peso.

Le pasó los cien peso el rey.

—Me voy con mi canario —ijo la güena vieja.

Le ijo la princesa:

—Aquí hay otros cien pesos máh, que cante otra toná el canario.

El canario le cantó otra más bonita. Entonce le ijo la güena vieja:

—Me voy con mi canario.

—¡Ay, papá —le ijo—, canta tan bonito el canario! ¿Por qué no me lo eja toa la noche? Hay mil peso para que cante el canario, para su-
birlo a mi pieza.

Le ijo la güena vieja:

—No se puee ejar el canario ni por oro ni por plata.

Le ijo la princesa:

—Déjemelo, güena vieja; le doy otros quiniento.

—En fin, señorita, por ser a usté le voy a ejar mi canario, pero ma-
ñana temprano yo voy a venir a uscar mi canario.

Quiso que no quiso la güena vieja se lo ejó. Le subieron el cana-
rio a la princesa pa la pieza para que le cantara en la noche. El cana-
rio le cantó a la princesa. Lo que se recostaron, salió el canario,
y se jue onde estaba la princesa, va y si atienta a la princesa.

—¿De esta *vía* o de l' otra?

—De ésta.

Se larga a gritar la princesa:

—¡Papá, anda gente!

Se levantó el rey, subió por lah escala, se cayó y se peló toas las
roílla. Llegó el caallero, ante que llegara el rey se dentró dentro del
canario y le echó llae por dentro. Llegó el rey, nu encontró a naiden.

—¿No vis? —le ijo el rey— ¿No te ije que te ibah a poner la caeza
mala con el canario? Tengo toas las roíllas pelá por tu culpa. Si otra
vez gritas, la caeza te corto a voh.

Obligá a quearse la princesa, se jue el rey. Lo que queó la casa en
silencio, sale el caallero de entro del canario y se va onde está la prin-
cesa, le cuenta el suceso, que es lo que pasa y ahí le cantó toa la no-
che. Al otro día llegó la güena vieja tempranito a uscar su canario.

Le ijo la princesa:

—Otros dos mil peso para que me eje el canario aquí otra noche.
¡Anoche cantó tan bonito! Esta noche va cantar más bonito.

—Más mala de la caeza te vai a poner —le ijo el rey.

—Te pago tres mil, caso me lo dejái.

—Por ser usté, señorita, se lo voy a ejar, pero mañana yo me llevo
mi canario.

Al otro día llegó la güena vieja a uscar su canario. Le pagaron su
plata, se jue la güena vieja, nu hallaba ónde echar plata ya con el
canario. Llegó con su canario a la casa, le pagó el caallero a la vieja

porque lu había salvao y le dio, queó muy conforme, el canario a la vieja. Se puso múo el canario después de tanto cantar.

Ya se cumplió el plazo a este caallero, lo mandó a uscar el rey para cortarle la caeza, le ijo:

—Lo mando a uscar porque no mi ha engañao a mi hija la princesa.

—Caso no se la he engañao, pues, mi rey, me corta la caeza —le ijo.

—¡Cómo puee ser que mi haya engañao a la princesa, si a usted no lu hei visto?

—Si acaso no se la he engañao, mande uscar doctor que la esamine.

Mandaron a uscar que la vinieran a examinar los doctore.

—Me bajan la princesa al patio y la esaminan.

Le icen los doctore:

—¡Claro que está engañá la princesa, mi rey!

Le ice la princesa:

—¡Claro, estoy!

Entonce ijo el rey: “Esto sale del canario”, ijo. Le ijo el rey:

—¿Cómo puee haberse engañao la princesa teniéndola bajo siete llae?

—¿Y no le ije, mi rey, que con mi plata tenía lo que quería?

—¡Carajo! —ijo el rey—. Palabra de rey no puee fallar.

Agarró la espá y se cortó la caeza. Y se casó el caallero con la princesa y la güena vieja queó rica con el canario di oro.

E L P A V O D E O R O

Este era un rey que tenía dos hijos varones muy queridos, eran tan hermanables. Estos eran muy ocurrentes en güenas músicas y hacían las máquinas de música ellos mismos. Y había en una ciudá qui había *enjambrao* la reina una familia y no se notaba si acaso era varón o varonesa. En seguía viene el menor de ellos, dijo al hermano mayorcito:

—Mire, hermano querido; tuve un pensamiento y un credo y creo

en Jesús que quero hacer este escubrimiento de familia para saber si acaso es hombre o es mujer.

Le contesta el hermanito mayor:

—¿En qué forma podemos escubrir, hermanito?

—Forma di hacer un pavo, que se llamará el Pavo de Oro y será pavo de oro.

Contesta el hermano mayor:

—Será muy raro di hacer el escubrimiento.

—Es fácil —le dijo—, porque vamo a formar un carrito de cuatro metros cuadrao con volantes que se llaman ruedas, que sea corrido de una persona, aliviao, y arriba va a ir colocao el pavito, y este pavito va emplumao con las mismas plumitas de un pavo, que sean colocadas las músicas que sabemos aentro. *Tando* colocadas las músicas aentro del pavo y uno de nosotros, usté, Juanito o yo, cantaremos las canciones que sabemos. Sobre el ala va haber una compuerta donde quepa una persona, dentrará aentro del estómago del pavo. Este pavo va ir con resorte. En seguía se anunciarán las voces por el piquito del pavito. De las canciones de las mejores que sabemos vamo a entrar para el escubrimiento de familia.

Después de su sagrado almuerzo se ejó caer Manuelito a decirle esas palabras a su rey, el invento qui había estudiao el príncipe Manuelito para hacer el escubrimiento. El rey le dijo:

—Muy bien, hijo; vaya usté, hijito, con su hermanito para ver que es eso.

Y le dio la libertá el rey.

Embarcaron su dinero, buscaron un timonel güeno y el capitán que manijaba el barco del rey. Sigueron estos caballeros con rumbo a la ciudá donde el rey había tenido familia, llegaron a la ciudá tal, ellos extranjeros, llegaron a una *jundión*, maestranza, compraron la maestranza aquella. Varios maestros se encontraban, jefes de la misma maestranza, en secreto de los mejores ingenieros. Le gustó a aquellos jóvenes estos ingenieros, mandaban a los otros maestros.

Sigueron estos dos príncipe en su bendición di hacer el invento del tal pavo. La suerte les ayudó. Como pensó el príncipe Manuel, salió el invento. Los maestros, jefes mayores de los maestros se vinieron a una pieza llena de herramientas y empezaron a hacer el carrito. Los herreros güenos lo hicieron en el día igual. Entonce le gustó a Manuelito y a Juanito el trabajo de los maestros. Preguntó Manuelito a sus íntimos amigos que después di aquello que van a hacer un pavito. Contestaron los maestros:

—Sí, mi güen extranjero, vamo hacelo.

Empezaron los dos príncipes con sus maestros antiguos, hicieron las músicas colocadas aentro del pavito con resorte, como anunciaba el príncipe Manuel.

Estos dos príncipe eran pareció en el carácter y en el vistuario igual. Se dentra Juanito aentro del pavo y salió hacia la calle, Manuelito empellándolo, a cantar lindas cancione a la ciudá. Gente alreor en los pueblos se juntaban a oír las cancione, ellos cobraban poco sueldo, hasta que llegó a los oídos del rey. Al llegar a los oídos del rey:

—¡A ver! —dijo el rey—; quero saber y conocer el tal gran pavo.

Entonce, cuando él viene, el policía, les dice:

—El rey los necesita, caballero.

Iba Manuelito manijando el pavito, un policía del rey mandó buscar ese tal pavo que a éste le gustaba. Siendo rey de la ciudá, le gustaba la armonía del canto.

—Me gusta el pavo, puedo comprárselo al dueño del pavo.

Contesta Manuelito:

—Voy a casa y luego regreso a la orden del rey con mi pavito.

Entonce jue a la maestranza y dentra para dentro y le dice:

—Mire, hermanito Juan; empelle el carrito para yo ir donde el rey.

—Güeno, hermanito querido.

Sale Juanito y dentra Manuelito. Entonce viene Juanito a emellar el pavito por la callecita. Como estos príncipe eran tan pareciitos, llegaron al palacio del rey, este rey pensaba que era el mismo. El policía le dijo al rey:

—Es el mismo que manijaba el pavito.

Le pega la mirá el rey al extranjero, el rey le dice:

—¿Y este pavito?

—Anuncia muchas cancioncitas y muy bonita.

En vista de esto, que el extranjero había dicho de tal música del pavo, había en su juventú el rey que le habían cantao su música cuando se iba a matrimoniar con la reina y desde entonce no había oído una canción como la halló, viene:

—¿Su pavito canta bien? ¿Por qué no me canta una canción [como] cuando yo estaba enamora con la reina? ¡Y un güen músico que cantó esa canción!

Tomó el número de la canción el príncipe Juan y le dice a su pavito:

—Pavito, tal canción me va a cantar. ¡Arriba, pavito!

Y comienza a cantar el príncipe Manuel máh hermoso que lo que había oío el rey.

—Le compro el pavito. ¿Usted es príncipe?

—Sí, mi rey.

—Véndame su pavito.

—Rey, Majestá, siento en el alma; se lo puedo alquilar una noche.

—¿Por qué no lo alquila dos noches siquiera? ¡Y es pavito! —decía el rey.

—Se lo voy arrendar esta noche y mañana too el día a condición de que me lo devuelva a las doce de la noche.

—¡Palabra de rey! Se lo entrego a las doce de la noche.

—Si se pasa cinco minutos, me paga máh.

—¡Palabra de rey no puede faltar!

—Y de príncipe, tampoco —contesta Juanito.

Güeno, este rey le gustó la canción. Repite la canción y se recordaba de cuando estaba para la luna de miel y la hizo repetir tres vece.

—Entonce le voy a mostrar a mi hija.

Se llamaba Juanita. Ella nunca había salido para juera, nunca había tenido [la ocasión] de conocer máh el mundo. Vivía solita. Esta dama tenía diecinueve años de edá. Too era servío por torno. Ahí llegaba la reina y el rey a la pieza de Juanita y naiden máh. Cuando viene, dice el rey:

—Mi hijita, que no conoce el campo, el pueblo, le llevarán el pavito.

Se consultaban entre los doh. Toma el rey el carrito y lo lleva a la pieza onde vive Juanita, la princesa del rey.

—Le traigo un regalo y una bendición para usted.

Contesta la niñita:

—¿Hay en el mundo esto, papá?

—Sí, mi hijita.

—Cante una cancioncita, pavito, que se divierta mi hijita.

Llegaba a gorgoriar el pavito en cantar lo mejor de las canciones del mundo. En seguía el rey se jue a su castillo y quedó la dama con el pavito. En su cantar la princesa se dejó caer como espirituada, que nunca había oío tal cosa, tan bien que cantaba. Como a las cuatro de la tarde le viene su alimento por el torno, entonce ella no pudo tomarlo por la *invición* en el canto que el pavo le decía. Esta dama lo trajinaba a su pavito pluma por pluma. “¡Y eran plumitas di oro”!, decía la dama. “¡Y qué hermoso el pavito! Le voy a decir a mi papá que me compre el pavito, que yo voy a sentirme por oír el canto de este pavito y con sus plumas di oro”. En la noche, escureciendo, se echa a dormir esta niña, la princesa, sale Manuelito di aentro del pavo y toca el cuerpo de ella. Gritó:

—¡Ay!

Taba el rey desvistiéndose.

—¿Qué pasa con mi hija?

Manuelito dice:

—¡El rey!

Manuelito se metió aentro de su pavo. Viendo el grito de la princesa, cogió el pavito y lo puso lejo de la princesa. Entonce vino el rey con l' espá afilá, dentra a la pieza de la niña y le pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Aquí llegó una voz que me dijo: "Yo soy", y me toca a mi cuerpo.

—¡Pero aquí no hay naiden! —dice el rey con l' espá afilá—. Tú eres joven y con la canción del pavo qui habíh oío te estái espirituando. Si llegah a hablar otra vez, la cabeza te corto, porque mañana a las doce de la noche tengo que entregarlo.

Tonce ya se jue el rey a su gabinete. Sale Manuelito di aentro del pavito. Como estaba asustá, esta dama se queó callaíta. *Tonce* le dice el príncipe:

—Soy hombre igual como su papá y el mundo es muy bonito. Si quere ser reina, tendrá usté de ser una reina y será dueña de su pavito. Prenda luz, porque en la *escuridá* no se conoce naiden. Yo soy igual como su papá, y eres reina y le compra el palacio de su papá con una plumita mía.

Entonce vino la dama y prende la luh y *prenunció* y vio aquel príncipe:

—¡Ay!

—Yo soy; vengo a escubrirla, porque su papá, cuando la tuvo a usté, no lo sabíamos si usté era hombrecito o mujercita. Ahora estoy conforme de que eh una grande dama. Yo soy el pavo di oro y ahí lo tiene usté.

Entonce en la noche durmieron en junto. Entonce al otro día se entraba aentro 'el pavito Manuelito y cantaba cancone. Durante el día *taba* Manuelito aentro 'e su pavito. La canción gustaba mucho. La voz se oía más clara y desarrollada, más resplandeciente, y el pavito cantaba las música. El rey oía estas cancone.

—Encantada está mi hijita con el pavo di oro —decía el rey.

Durante el día aprovecharon bien del almuercito, servía por la servidumbre la dama sobre el torno. ¡Como palomitos los doh! También este príncipe llevaba su termo para alimento de día y la noche entera. En la noche vino y la puso en la puerta. Ella estaba aentro

'el pavito en la camita, cuando llega el príncipe Juan en busca de su pavito. Había un portero muy tosco.

—¡Dispertar a las doce de la noche al rey!

Dice el príncipe Juan:

—*Tan* pasando cinco minutos, dispierta a su Majestá, que el pavo quero recibilo yo.

Lo rogó el príncipe Juan a ecile que entregara el pavito y el guardia le dice que no podía dispertar a su Majestá. Y la voh alta de Juan oye el rey.

—Hija mía, me 'stan pasando siete minuto. Oye, guardia; estás durmiendo, ya son ocho minuto y esto va a ser de este sueldo.

—¿Por qué, Majestá? ¿No tiene centinelah en el río que obedezcan lo que usted ordena?

—Quero mi pavo y son las doce máh ocho minuto.

El centinela se quedó quieto y no contestó. Vino el rey y pesca el carrito y se lo entregó a Juanito.

—¡Por no cortarte la cabeza! —le dice el rey al centinela—. Mi hija se deleitó muchísimo —le dijo el rey—, es muy bonito su pavito.

—Sí, y ahora me voy a mi casa, porque tengo mi bendición con mi pavito y vivo tranquilo y me despido di usted hasta que vuelva a cantar con mi pavito.

Se jue onde estaban los jefes de la maestranza, a quen había ayuao hacer el trabajo, agradeciéndole a los maestros, dejándoleh el pavo di oro a ellos mismo.

Juanita venía de joven, la vistieron de hombre. Tomaron un barco a navegar para llegar a puerto cerca del puerto de su papá. Saltaron los treh elloh al campo, siguieron trabajando, andando a pie. Ella muy alegrada iba con sus dos varones, Juanito con Manuelito, muy generosoh y amistosos, dándole nota cómo era el mundo. Ella agradecía que dos salvadores le habían dao la luh.

—¿El pavito di oro? —preguntaba ella.

—Está en la ciudá suya —le contestaban elloh.

Cuando viene la servidumbre a servir el desayuno en el torno, después a recoger el servicio, *taba* igual como lo habían llevao. Anunciaron al rey la servidumbre que no había recibío el desayuno.

—Está molesta —dijo el rey—, porque anoche le robé el pavo di oro sin avisale a ella.

A las doce del día viene el almuerzo, también le sirvieron el almuerzo. Al recoger el servicio sobre el torno, *taba* lo mismo. También anuncian al rey que la dama Juanita no se había servío. Dijo el rey:

—¿Qué pasa con mi hija? ¿Qué va a suceder? Voy a ver. ¿No le ha dao un ataque a mi hija?

En seguía vino, se jue a la pieza onde la dama vivía, encuentra la cama vacía onde la princesa dormía. El rey, *conjudio* de verse en esa desgracia grande, preguntó a los consejero. Los consejeros contestaban qui había sío un sueño, qui había sío un ángel que la había levantao. El rey no creyó.

—Purificada será mi hija, pero no puede llevarla un ángel, eh *emembrada* de hombre pecador.

Entonce llega una anciana, que en la ciudá era una de toas lah hechiceras que se encontraban en la ciudá de edá di ochenta año. Este rey se encontraba conjundío de ver a su hija que se había desapareció di allá mismo. Esta viejita malhechora llegó afirmá en un palo a casa del rey, perguntándole:

—¿Por qué, rey, Majestá, se encuentra tan triste?

—Porque mi hija se ha desapareció del palacio. Te pagaré, anciana, güen dinero, si me dah una esplicación cómo mi hija se desapareció de mi palacio.

Contestó la veterana traicionera:

—¿Qui hacías, rey, cuando tú entregaste tu hija? Mira; sabís, rey, habían doh hombres, son hijos de rey, hicieron el invento di un pavo di oro, y eran dos músicos, no hay en el mundo mejores músicos que ellos, Di ahí sacan un invento, las plumas di oro son di oro. El primer grito jue del hermano del que llevó el pavo.

Ahí se convenció el rey.

—El centinela era mi hijo. Cuando eran las cinco, quería mostrarle a usted.

Llegaron al puerto y se embarcaron. Y ahora en el campo:

—Mira, viejita —le dijo el rey—; ¿serás competente de traérmelos para acá?

—Córteme esta orejita, si no se los traigo.

Esta veterana se formó de una señora comerciante, subió un cerrito.

Y ahí iban con sé y cansao. Al poquito máh adelante va una señora vendiendo manzanas dulce.

—¿Cómo? —dijo Juanito. ¿Manzanas dulce en este tiempo?

—Casualmente llevo tres manzana.

Y ahí estaba la epidemia para elloh. Vienen los príncipe, cada uno tomó una manzana.

—¡Que le vaya bien!

—Muy bien, agüelita, dice Juanito.

Siguieron la cuestecita. Subiendo, se les formó una mata de quillay como tiempo de sombra.

—Descansemo aquí —dice Juanito.

—Estoy cansaíta —dice Juanita—, porque no he andao nunca.

Quedaron un ratito descansando. Tomó la cortapluma Juanito y comenzó a pelar su manzanita.

—¡A ver, Juanita! ¿Le pelo la suya?

—Güeno.

Y se sirve la manzana ella, se le formó una cárcel y quean amarraos Juanito con Juanita. Y Manuelito no se había servío su manita de la tal hechicera. Se le ocurrió qui había un daño qui habían hecho a su hermano y su señora. Entonce se jue onde había un montecito y se enamó. Entonce, cuando [estaba] paraíto sobre el bosque, dentran dos bandurrias, una del sur y otra del norte, que estaban conversando.

—¿Cómo está, comadrita?

—Muy bien, comadrita. ¡Y tanto tiempo que no nos veíamos!

Manuelito oía esas palabras, porque estaba debajo del arbolito onde las bandurrias pararon. La bandurria del sur le preguntó a la bandurria de norte:

—¿Qué noticias tiene?

—Hay en el país de nosotroh una noticia muy grande, porque el príncipe Manuel escubrió una familia qui había. Venío en la ciudad tal, se conocía que era una hija.

[La bandurria del norte cuenta todo lo que ha sucedido].

—¿Y qui haría Manuelito —dice la una a la otra— pa que sacara al hermano con su señora?

—Lo que viene, qui hiciera un fuego muy grande en la puerta de la cárcel y, haciendo este fuego, pusiera la manzana partía en cuatro peazo a l' orillita del fuego. Pronto vendría la veterana que tiene las llave de la cárcel, onde tenía el fuego Manuelito.

—¡Ay, qui hace frío en esta cárcel!

—Bastante, señora —contesta Manuelito, mirando así la manzana a ver si la podía arrebatar.

Casualmente tomó a la veterana di un brazo Manuelito y la lanzó al fuego. ¡Se *rescordiaba* esta hechicera hacia el juego! Entonce di haberse quemao, se desapareció la cárcel y quedaron los hermanos libre.

—¡Ay, hemmano querío, que me ha salvao de esta prisión!

Estos caballero y la gran dama se encontraban sobre la mata de quillay.

Muy agradeció Manuelito, siguieron el camino adelante hasta llegar al palacio nuestro. El rey, el papá de los príncipe, muy contento recibió a sus hijo qui habían llegao con salud, con el invento qui había hecho Manuelito había resultao bien. Iba con su señora casao este príncipe Manuel.

Ya esta anciana no llegó al palacio, onde la Juanita, la princesa. Entonce tiene este rey un vapor muy güeno, buscó su gente que tenía y se embarcó en busca de su hija. Sobreandando iba, navegando, le vino una tempestada muy grande, se sumergió con su reina, naufragó.

Ya a esto dijo Juanita:

—Mire, rey —el rey era Manuelito—; vamo a buscar la herencia; mi padre se ha sumergió en l' agua.

Se jueron a la ciudá Manuelito con su señora y su hermano. Llegaron a ciudá di onde ella era. Ai *taba* no más qui un cuidao qui haba cuidao en este palacio que dejó el rey que cuidara. Y se da a conocer de que ella es la heredera única de este reino, de este palacio. Habiendo notificado too esto, se hizo ella dueña verdadera, quedó, sacó too su dinero que le pertenecía y vendió este palacio. Y se jue con su querío esposo y ahí quedaron viviendo.

Y aquí se terminó el cuentecito del pavo di oro.

Pomaire, Santiago, 4-XI-1957.

ABRAHAM VÉLEZ.

EL REY MORO CON EL REY CRISTIANO

Era un rey moro y un rey cristiano que too el tiempo pasaban en guerra. Y el ejército del rey moro era más poderoso, y el rey cristiano tenía un hijo, pero muy joven. Cuando el hijo del rey cristiano ya enteró dieh y ocho año, salió con el ejército de su padre, pero cuando *vio* que el ejército del rey moro era más poderoso que el de él, le puso bandera de pah. Y el rey moro tenía una hija.

—Le vengo a buscar un convenio —le ijo.

El rey le ijo de qué sería.

—Que me dé su hija para casarme con ella.

Entonce el rey le ijo que estaba muy bien, y llamó a la princesa y le ijo que si se quería casar con el príncipe cristiano. Y como era un

güen mozo el príncipe, le ijo que güeno, pero le pidió plazo un año. Pero la princesa estaba embarazá.

Cuando el joven golvió a la casa, *vio* que no faltó ningún soldao, el padre muy contento, y le contó el convenio que habían hecho con el rey moro. Entonce él le contestó que estaba muy bien.

Y el rey moro tenía una quinta onde tenía un güen palacio onde iba a veraniar. Y le ijo que tenía que darle esa quinta para irse a vivir con su esposo, y el rey le concedió, y le pidió que inmediatamente la jueran a dejar y que le dieran un esclavo.

En la tarde, había una viejita inquilina que tenía el rey, que tenía treh hija y mandó al esclavo que le mandara la hija mayor. Cuando llegó a la casa, le ijo la niña:

— Mi princesa.

—No me diga así, dígame hermanita.

Y al momento armaron dos catre. Y le ijo:

—Usté va a dormir en éste y yo en este otro.

Y la vistió muy bien vestía. Too el día muy contenta, hermanita por aquí, hermanita por acá. Pero en la noche, cuando se acostaron, tenía un chicote y le ijo:

—Hermanita, levántese, véngase para acá.

Y la tomó de los cabello y le dio una tanda de azotes que casi la mató. La niña partió al otro día pa su casa.

En la tarde mandó al esclavo que le mandara la hija del medio. La niña no quería venir, pero la madre le ijo que tenía que venir no máh. Lo hizo igual que con la otra. Al otro día la niña también se jue a su casa tempranito.

En la tarde mandó que le mandara la *puchusca*. Lah otras le ijeron que no viniera y ella ijo que venía no máh. Lo hizo igual con ella. Si grande jue la *frica* que le dio, pero la niña se levantó tempranito al otro día, y le llevó l' agua caliente, le dio el desayuno.

—Agora sí que va a ser mi hermanita regalona, no le voy a pegar máh.

Entonce arregló una carga de vívere y le mandó dejar a la madre, y caa día más regalona, y le puso un collar de perla en el cuello y le contó que ella estaba de novia con el príncipe cristiano, pero ella estaba embarazá; por eso le había pedío plazo un año para casarse.

—Pero mañana vamoh a conviar al padre del niño, y le vamo a dar harto vino, cazuela, y lo vamo a llevar a la orilla 'e playa a pasiar el fresco por allá, y en las rocas máh altas que haigan le vamo a plantar un empujón al mar que se ahogue.

Así lo hicieron. Después tuvo la guagua, vinieron, la mataron y la enterraron en el pie de un olivo.

Después se llegó el plazo y se casó; y se celebraron en los palacios del rey; y se vinieron a su casa con la hermanita. El príncipe le agarró tanto cariño. Pero en la noche, cuando golvieron a su casa, se golvieron a celebrar de nuevo, tomando. Entonce el príncipe se curó. Entonce cuando el príncipe estaba durmiendo hizo pasar la niña de la cama de ella para que se juera a dormir con el príncipe. Como la niña estaba *matecito* toavía, entonce *autó* con ella el príncipe. Después se queó dormío. Se pasó la niña a su cama y ella se vino a acostar con el marío. El joven le agarró tanto cariño a la niña, caa día la quería máh, pero no sabía que había estao con ella. Le causó tanto celo que al otro día al marío:

—Vamo a pasiar aonde mi padre y vamo a llevar a la hermanita también.

Hizo ensillar tres caballo, cuatro con el del mozo, y le ijo al mozo, había que pasar un bosque muy grande:

—Te vai a ir queando atráh; “señorita, que va mala”, le vai a decir, que nosotros vamo galopando. Cuando ya los perdái de vista, la vai a apiar y la vai a matar, y le vai a sacar loh ojo para costancia, y después te ensangrentái bien ensangrentao y le decí que una bestia fiera ha devorao a mi hermanita y tú apena te habíh escapao.

Entonce el esclavo le ijo que le había mandaò que la matara y le llevara loh ojo para costancia. ¡Pero cómo la va a matar!

—Voy a matar mi perra y le voy a llevar loh ojo de ella, pero usté me va a prometer de no salir de aquí.

Entonce la niña andaba trayendo papel y *lape* y le puso:

“¡Adiòh, hermanita ingrata!
Ya no *los* veremos máh.
Acordate de la flor que te empresté,
el peje que te eché al mar
y la planta que te planté
al pie del olivar”.

Entonce la niña se queó por aí comiendo raicecita de totora. Cuando llegó el esclavo a palacio, le preuntó:

—¿Y qué es de mi hermanita?

—Y me ha salío una bestia fiera, y la devoró y apena he escapao yo.

Entonce le pasó el papel que le había dao la hermanita, y, cuando *leó* el papel, se desmayó. Entonce el príncipe recogió el papel y se lo echó al bolsillo. Estuvieron una semana en palacio y regresaron despuéh a su casa. El joven se cambió de ropa.

Entonce la niña un día que estaba lavándose la cara en un arroyo, había un viejito viudo que andaba pastoriando sus cabrita. Entonce el viejito andaba en su burrito. Vieron las cabras la niña y principiaron a espantarse y a *egolverse*. Entonce el viejito se asoma y ve esa niña tan linda.

—¿De esta *via* o la otra?

—De ésta, taitita —le ijo la niña.

—Venga para acá. Entonce agora nos vamo a ir para mi casa; va a ser mi regalona, que yo soy viudo.

Muy regalona del viejito, la niña, y la señora había tenío un jardín muy lindo, pero estaba muy arruinao, y la niña lo comenzó a regar, unas flore tan linda que ni el rey las tenía en el palacio.

Un día que el príncipe iba a salir, se puso la ropa y, cuando de repente encuentra el papel en el palacio:

—Mira, hija —le ijo—, ¿qué contiene este papel que dice:

“¡Adiód, hermanita ingrata!

Ya no *los* veremos máh.

Acordate de la flor que te empresté,

el peje que te eché al mar

y la planta que te planté

al pie del olivar”?

—Cuando tú me pidiste pa casarte, yo estaba embarazá, por eso te pedí plazo un año. Después vine, convidé al padre del niño y lo curamo, después lo convidamo a la playa a pasiar, y le plantamo un empujón y lo echamo al mar: ése eh el peje que te eché al mar. Y la flor que te empresté: Como yo había tenía guagua, la eché a ella para que durmiera contigo, como ella estaba doncella. Y la planta que te planté al pie del olivar es la guagua que enterramo en el pie de un olivo.

Y se llevó una pala y desenterró la guagua. Y entonce sacó la nava de barba y se degolló.

El príncipe inmediatamente jue a darle cuenta al rey. El rey no le creyó y lo tomó prisionero, lo encerró en un calabozo, y trajo la niña y la enterró, la echó en un nicho. Mucho tiempo el rey enfermó, cayó a la cama, que era la única hija que tenía. Y siempre le llevaban flore al rey para que *destrayera* algo.

Y la hermanita tenía un pañuelo con nombre de ella y un anillo. Entonce cogió un ramo de flore, y lo amarró en el pañuelo y le puso el anillo ai también, y vistió al viejito. Y va aonde el rey a dejale este ramito 'e flore, y se jue el viejito en su burrito, y pidió *audencia* y pasó onde el rey.

—Aquí le manda este ramito 'e flore mi hijita.

Al rey le dio tanto gusto de ver aquellas flore tan linta y le dio su güena propina al viejito. Dejó el ramo 'e flore a un lao, después que lo miró tanto. Después lo golvió a tomar y ve el pañuelo con nombre y apellío de la hija. Y el viejito era muy sordo.

—Inmediatamente me van alcanzar ese viejito y me lo van a traer con mucho cuidao.

De balde lo gritaban, hasta que uno se enojó y le pegó unoh atropellone.

—Mira, viejo sinvergüenza, que el rey te manda llamar.

Y pasó aonde el rey y le ice:

—¿Quién me ha mandao este ramo?

—Mi hija, mi rey.

Inmediatamente mandó ensillar un caballo pal viejito y otro pa la niña. Y como el viejito la tenía tan elegante se vistió con la mejor ropa que tenía. Entonce la niña le ijo se lo había regalao su hija, y ella tenía doh hermanas máh y leh había dao una frica muy grande a las doh ella y tal hizo y me ijo que le ijera 'hermanita' no máh. Y yo me jui pa la casa, me levanté temprano y le llevé desayuno y me ijo que ella estaba embarazá y por eso le había pedío un plazo de un año para casar. Después convidó al padre del niño, y lo curamo con licor y después lo echamo al mar. Después tuvo la guagua, y la matamo y la enterramo al pie de un olivo. Y se casó despuéh. Pero la primera noche curamo al príncipe y vino, me hizo pasar de mi cama para que yo durmiera con el príncipe. Después que el príncipe estuvo conmigo, se pasó ella a dormir con el príncipe y yo me pasé a mi cama mía. Después, como el príncipe me agarró tanto cariño, le causó celo, intentó viaje a palacio para pasiar, y despuéh al criaio que me matara y que le llevara loh ojo para costancia, y, como el criaio tenía una perra que tenía loh ojo igual a mí, mató la perra y me dejó a mí y me ijo que no saliera por ai. Entonce yo le escribí un papel y le ije:

“¡Adiós, hermanita ingrata!

Ya no *los* veremos máh.

Acordate de la flor que te empresté,
el peje que te eché al mar

y la planta que te planté
al pie del olivar”.

Entonce yo me quedé por ai comiendo raíces de totora. Le ije al mozo que una bestia fiera me había devorao y, cuando llegó el mozo al palacio, le pasó el papel. Ella se desmayó. Entonce el príncipe lo recogió el papel y lo guardó en su bolsillo. Entonce un día que estoy a la orilla de un arrollo andaba este viejito que le igo “papá” pastoriando unas cabra. Entonce las cabras jueron a tomar agua y me vieron y se asustaron. Cuando el viejito vio las cabra tan asustá, y me vio y me ice: “¿De esta vía o de la otra?” “De esta, taitita”, le ije yo. “Entonce, hijita, lo vamo a ir pa mi casa, que yo soy viudo”. Y la señora había tenío un jardín muy lindo, entonce yo lo comencé a regar, a cuidar. Tomé este ramito, como usté estaba tan apesarao, que se alegrara siquiera de ver este ramo tan lindo. Entonce un día el príncipe se cambió de ropa y encuentra el papel en el bolsillo y le ice: “Mira, hija, ¿qué contiene este papel que ice:

“¡Adiós, hermanita ingrata!

Ya no *los* veremos máh.

Acordate de la flor que te empresté,
el peje que te eché al mar
y la planta que te planté
al pie del olivar”?

Entonce le ijo que, cuando la había pedío para casarse, estaba embarazá, y le había hecho un convite al padre del niño, y después lo con-viamo a la playa a tomar fresco y lo echamo al mar, y “la planta que te planté al pie del olivar” eh el niño que lo matamo y lo enterramo ai. Entonce ella desenterró el niño, y llevó una navaja 'e barba y se cortó el cuello. Ese príncipe eh inocente. ¡Tanto que lo ha hecho sufrir!”.

El rey se enojó mucho, y la mandó sacar del nicho y le prendió juego, y inmediatamente el rey lo sacó dél calabozo y lo hizo casarse con ella. Y le dio la quinta para que juera a vivir con su esposa. Entonce ella mandó traer a su madre y suh hermana y quearon vi-viendo muy felice con ella en la quinta.

Acuérdate, falsa Amalia,
del pece que arroja el mar,
la planta que plantaste
debajo del olivar.

Eran dos hermanas y le icía una a la otra que se acuerde de la niñita que plantó debajo del olivar.

Parga, Llanquihue, 1951.

OSCAR GALINDO.

JUAN, PEDRO Y DIEGO

Estoh eran un par de matrimonios que tenían treh hijo, tenían a Juan, a Pegro y a Diego, y muy pobre. Tenía un pero el viejito muy cargao. Un día le dice Juan:

—Papá, déme permiso para agarrar unos dos sacos de pera p' ir a vender y poder comprar algo para la falta de la casa.

—*Ta* muy bien —le dice el viejito.

Inmediatamente Juan se subió al árbol y lo principió a sacudir. Pegro y Diego recogendo, recogeron dos saco. Al otro día temprano Juan se levantó y ensilló, y cargaron la carga, dos sacos de pera. Montó a caballo y se jue pa la ciudá. A lo mucho que había andao, encontró un viejito.

—Güenos día, hijito —le dijo el viejito.

—Güenos día —le dijo él.

—¿Y qué llevah ai, hijito?

Le contestó él que llevaba mierda en la carga.

—Mierda ha de ser, hijito.

Dentró a la ciudá gritando que quién compraba perah. Lo oyen las sirvientas del rey.

—Llámenlo y cómprenselas toah.

Sacaron los canastos más lindos que tenían, los manteles más finos que tenían, a recibir a las pera. Juan descargó, descuese el saco y da

güelta a esos canasto. Los llenó de *ñoña*. Dieron parte al rey que era *ñoña* la que vendía el vendeor de pera. Lo mandó estacar el rey. Cien palos le dieron. Juan como pudo montó en su caballo y se jue pa su casa. Llegó mudo a su casa, no hizo más que llegar y acostarse. Entonce le habla Pegro a su papá:

—Mañana iré yo a vender pera y yo voy a traer las faltas de la casa.

—¿No harís lo mesmo que hizo tu hermano?

—No, papá; yo sí que le voy a traer.

—Güeno —le dijo—, anda.

Enmediatamente Pegro se subió al árbol y principiò a sacudilo. Y Diego recogendo, llenó los dos sacos de pera Diego. Se dejó *quer* del árbol Pegro.

Al otro día tempranito Pegro ensilló y se jue pa la ciudá. Onde mesmo había encontrao Juan al viejito, lo encontró Pegro al otro día.

—Güenos día.

—Güenos día.

—¿Qué llevah aí?

—Piedras —le dijo.

—Piedrah han de ser, hijo.

Dentró a la ciudá gritando las pera. Enmediatamente lo oyeron las sirvientas del rey otra veh.

—Allá viene el leso 'e la *ñoña*, mi Sacarrial Majestá.

—Llámenlo —dijo—. Si ayer le di cien palo, hoy le voy a dar dosciento.

Luego lo llamaron las niña. Pasó Pegro y le compraron las peras. Llevaron unos canastos viejos las sirvientas. Pegro le contestó que por qué los canastos tan viejos para recibir las peras. Ellas le contestaron que lah eche no máh. Descargó Pegro enmediatamente, descosió el saco y lo dio güelta al canasto. Llenó el canasto de piedra.

—¡Piedras son, mi Sacarrial Majestá!

Lo mandó tomar el rey, le dio dosciento palo. Se jue Pegro muy adolorío para su casa. No más que hizo llegar a su casa, irse a la casa a acostar al tiro, que no tuvo ni aliento para largar su caballo. Diego largó su caballo y le dijo a su papá al tiro:

—Papá, mañana voy a ir yo.

—Vah a hacer lo mesmo que hicieron tuh hermano.

A tanto cargosiale Diego, le dijo de que sí. Enmediatamente Diego se subió al árbol y principiò a sacudilo. A lo que sintió que tenía los dos sacos botao, se dejó *quer* y principiò a recogela. Llenó los dos sacos de peras Diego y llenó un par de maletas para convidarle a cuanto pobre encuentre *pol* camino. Onde mesmo habían topao Juan

y Pegro al viejito, lo topó Diego otra veh. Ante que el viejito le dé los día, Diego se sacó el sombrero y lo saludó.

—¿Y qué llevah ai, hijito? —le dijo el viejito.

—Aquí llevo peras, señor.

—Peras se te han de volver, hijito.

Diego se olvidó de conviale perah al viejito. A lo mucho que anduvo, Diego se acordó: “¡Por Dios! Me olvidé de conviale perah al agüelito y voy a volver a conviale”. Volvió a toa carrera del caballo, gritándole a su agüelito que lo espere. El viejito oyó y se paró. Llegó Diego a toíta carrera.

—¡Agüelito por Diah! Me había olvidao de conviale pera y a eso güelvo, a conviale pera. Póngase su mantita pa conviale pera, agüelito.

El viejito agarró su manta y la puso. Diego dio güelta su maleta y le llenó la haldá de pera. Entonce el viejito le dio las gracias. Se despidió Diego del viejito y le *cargó* a su carga otra veh. Entonce el viejito lo llamó, le dijo:

—Tráete tu mano derecha, hijo.

Se la bendició el viejito y le dijo:

—Onde tu pongas tu mano, va a hablar.

Le regaló un chaleco el viejito a Diego.

—Mira, hijo; este chaleco, mientras más plata le saqueh, no le va a faltar nunca la plata.

Recibió su chaleco Diego, dio las gracia y se jue. Luego alcanzó su carga Diego. A lo mucho que anduvo Diego, se encontró un pellín muy ladio.

—¡A ver —dijo— que tal ha quedao mi virtù de mi mano!

Puso la mano en el pellín y dijo:

—¿Pellín, qué haceh aquí tan agachao?

—Aquí estoy agachao, porque no me enderezaron desde que yo era chico y agachao tendré que quedar mientras el mundo sea.

A lo mucho que anduvo, encontró una piedra en el camino. También le bajó la atención a Diego y puso la mano sobre la piedra.

—¿Piedra, qué haceh aquí?

—Aquí estoy; mientras el mundo sea, piedra soy aquí.

Entonce dijo Diego: “*Ta güena mi virtù*”. Dentró a la ciudá gritando quén compraba pera. Lo volvieron a ver las sirvientas del rey.

—Mi Sacarrial Majestá, allí viene el leso 'e las piedra.

—Llámenlo —dijo—. Si el primer día de di cien palo, ayer le di doscientos, hoy le voy a dar trescientos palo.

Llamaron a Diego. Pasó Diego. Sacaron los canastos más ordinarios que habían. Entonce Diego se desmontó y descargó y les dijo:

—¡Posible que en estos canastos tan cochinos van a recibir las peral

—Vacéelas no máh —le dijeron.

Descosió un saco.

—¡Miren estas peras tan lindas que las van a echar a esas cochínas de canasta!

Se jueron corriendo a decile al rey que eran pera. Entonce llevaron los canastos más lindos que tenían, los manteles más limpioh, a recibir las pera. Pegro le dio güelta al saco 'e perah al canasto. Entonce descosió el saco Diego y dio güelta al otro canasto. Le llenó los dos canasto. Y le dieron cien pesos por los dos canasto.

Diego luego pasó a una tienda. En primer lugar compró azúcar y yerba; en seguía compró un quintal de harina, sal y ají, cigarro pa los mayore. Pasó a una *cahnicería* a comprar *cahne* y grasa. Subió en su caballo Diego y se jue a su casa. Llegó a su casa cargao. ¿Qué contentos sus mayore! La mamá estaba esperando al hijo con agua hervía por si llevaba algo para comer. Entonce Diego le entregó too a la madre. ¡Qué contenta la señora con el hijo, que no había hecho lo que habían hecho sus hijos mayore! Ya luego principiaron a comer. A lo que ya se sirvieron, se paró la viejita, jue y les llevó que comer a su cama onde estaban botao. Juan y Pegro principiaron a conversar que mejor que se mandaban a cambiar, porque ya sus mayore no loh iban a mirar bien.

Se levantó Juan y Pegro y siguieron su camino andando. Ya quedó Diego con sus mayore y pensando de *cargarle* a suh hermano. Ya Diego salió por ai, se compró un animal y lo mató, le llevó *cahne* a sus mayore. Diego se jue al pueblo en carreta, se jue *trer* diez quintaleh de harina. En habiendo llegao a su casa, le entregó los diez quintales de harina a la madre. Entonce Diego salió otra vez para el campo, jue a buscale una sirvienta a su mamá y dos trabajaoreh estable. Y principió Diego a hacer un montón de plata. Le dejó un tremendo montón de oro y plata blanca. A lo que ya les dejó el montón de plata, les dijo Diego:

—Papá y mamá, yo me voy a ir en busca 'e mih hermano y ustees pórtense lo mejor que puedan con sus sirvientah y sus dos mozos que les dejo, que yo me voy en busca 'e mih hermano. No sé si volveré u no volveré.

Se despidió Diego y se jue. A lo mucho que anduvo, Diego llegó onde un rey, pidiendo pa dar la caridá. El rey se la *ocedió*. Y decía el rey:

—¿Qué joven tan rico será éste que anda pidiendo permiso pa dar la caridá, que yo con ser tan rico no la doy y este joven la da?

Se la dio el rey. Y Diego salió a publicalo y puso un rétulo que toos los vivientes de alreor de la ciudá vaigan a recebir la caridá.

Alojó Diego onde el rey. Al otro día tempranito se lavantó Diego y principió a dar la caridá. Este les llevaba la haldaita 'e plata a los que pedían caridá. Ya bien tarde pasó Juan. Diego lo conoció enmediatamente, pero Juan no lo conoció a él. A ése le dio puro oro de caridá, que se jue agachaíto Juan con su haldá de oro. Ese jue el último que pasó. En eso jue el rey onde Diego y le dijo:

—Ya 'sta güeno que no dé más la caridá.

Se levantó Diego y se jue junto con el rey. El rey tenía treh hija. Las tres las dejó sentaah en el correor pa que Diego descoja la que le guste para esposa. En cuanto Diego llegó, se las presentó el rey y le dijo que descoja la que le guste para que se case. Diego le contestó que estaba muy bien, que él se casaba, pero con el bien entendío que ante de casarse dormir con ella, pero él no ofendele una hebra de pelo a la novia qu' iba a ser. Entonce Diego descogió la mayor. Ya Diego pasó pa dentro. Conversaciones pu aquí, conversaciones pu allá, ya vino la cena. Comieron. Después de la cena, estuvieron un rato conversando. Ya jue hora de dormir, se jueron a acostar. La niña llevó a Diego a su dormitorio y se acostaron. De luego que se acostaron, se quedaron dormío. Diego despertó y la princesita siguió durmiendo. Diego le puso la mano. Le habló la mano:

—Sapito paipay, ¿quén ha pasao por aquí?

—Don Juan Cahnicero.

“Yo con ésta no me caso”, dice Diego. De es' hora Diego no durmió, no *vía* l' hora que amanezca. En cuanto Dioh echó sus luce, Diego se levantó y se jue. Se levantó el señor rey y luego se jue a la pieza onde setaba su niña durmiendo juntamente con el caballero.

—¿Y tu marío? —le dijo.

Le contestó ella que no sabía.

—¡Güen pícaro ha de ser —dice el rey—, cuando se jue de aquí!

Diego siguió andando, andando; llegó a otro palacio de otro rey, y también pidiendo permiso pa dar la caridá. El rey se lo dio. Enmediatamente Diego puso un rétulo en el callejón que toos loh habitantes del alreor de ese palacio lleguen a la caridá al otro día. Alojó Diego. Al otro día temprano se jue a dar la caridá. El rey le conversaba a su señora:

—¿Qué joven tan rico será éste, cuando da la caridá? Yo con ser tan rico no la doy y este joven la da.

Ya bien tarde pasó Pegro. Diego lo conoció al tiro, pero Pegro no lo conoció a Diego. Di ai Diego le dio a Pegro puro oro también. A lo que ya jue tarde, jue a llevarse a Diego para su palacio. También dicho rey tenía treh hija. Las tres las dejó sentaah en el correor y se jue a *trer* a Diego. Llegando al correor le presentó a las treh hija y le dijo que descoja la que le guste que se casaba con ella. Diego le contestó que estaba bien, pero él tenía que dormir con ella ante de casarse. El rey le dijo:

—Está muy bien.

Entonce Diego descojió la del medio. Así que ya jue tarde para dormir. La del medio tomó a su esposo de la mano, y lo llevó a su dormitorio y se acostaron. Diego le tantió el sueño; también le puso la mano.

—Sapito paipay, ¿quién ha pasao por aquí?

—Don Juan Cahnicero.

Entonce dijo Diego: “Tampoco me caso con ésta, también me voy”.

Diego, en cuanto Dioh echó sus luce del día, se levantó y se jue. Y siguió andando Diego. Mientra eso se levantó el rey y jue a ver su yerno qu’ iba a ser. La hija está en un profundo sueño y le preuntó por su marío que va a ser.

—Yo no sé.

—¡Güen pícaro ha de ser, que anda engañando! —dijo el rey.

Diego siguió andando, llegó onde otro rey, también pidiendo permiso pa dar la caridá. El rey se la *ocedió* enmediatamente. Diego salió al callejón y puso un rétulo que toos loh habitantes del alreor de ese palacio lleguen a la caridá al otro día. Decía el rey:

—¿Qué joven tan rico será éste, cuando da la caridá? Yo con ser tan rico no la doy y este joven la da.

Al otro día temprano Diego se puso a dar la caridá. Di ai Diego jue dando más poca plata, porque él ya había encontrado suh hermano. Dio caridá too el día Diego. Eso como a las cuatro jue el rey hacedo alto, que no dé más la caridá. Entonce Diego lo halló muy bien, se levantó y no dio más la caridá. El rey tenía también treh hija, también las dejó sentaah en el correor y se jue a *trer* a Diego. Di allá se jue Diego onde el rey, y el rey le dijo:

—Aquí están mis treh hija, se las presento y la que sea de su gusto se casa con ella.

Entonce Diego le dijo:

—Está muy bien, mi Sacarrial Majestá; yo me caso con su hija, pero con una condición.

—¿Cuál será?

—De dormir ante con ella, pero sin ofenderle un’ hebra ’e pelo.

—¡Cómo no —dijo el rey—, cuando usted va a ser su esposo!

Entonce descogió. Pensó Diego: “Allá descogí la mayor, me jue mal; después descogí la del medio, también me jue mal”. Ai descogió la menor. Así que conversaron. A lo que jue hora de dormir, pidió permiso y se jue a acostar con su esposo que iba a ser. Diego no le conversaba ninguna palabra y ella a Diego tampoco. Se acostaron como dos guagua. Diego le tantió el sueño y le puso la mano.

—Sapito paipay, ¿quién ha pasao por aquí?

—Naide; *toy* como el día que hei nació.

Entonce dijo Diego:

—Esta va a ser mi señora.

Al otro día temprano se levantó el señor rey, y salió y jue pa la pieza. Rumor ninguno.

—No quero meter ruido —dice el rey—, porque este pobre joven de tanto dar la caridá *ta* maltratao.

Se principió a pasiar el rey. En eso recordó Diego y se levantó enmediatamente, se levantó y se lavó. De luego que se lavó, salió al co-reor. El rey andaba pasiándose.

—Muy güen día, mi güen joven —le dice el rey.

Entonce Diego le contestó por igual:

—Muy güen día, mi güen rey. ¿Y cómo amaneció usted?

Le contestó el rey que muy bien. Y Diego:

—Yo también he amaneció muy bien.

Entonce le preunta el rey a Diego:

—¿Y qué me dice, mi güen joven? ¿Se casa u no se casa?

—Me caso —le dice Diego— con mucho gusto.

Enmediatamente envió a envitar loh hermano el rey y mandó buscar padres, cura y obispo. Llegaron los reye, el rey mayor llegó con la hija mayor, el rey del medio con la hija del medio. En habiendo llegao loh hermano a casa del hermano, conocieron a Diego. Le dijo el rey mayor:

—¿Por qué no te casate con mi hija?

—¡Con permiso! —le dijo Diego y le puso la mano sobre el vestío—: “Sapito paipay, ¿quién ha pasao por aquí?” ¿No ve —le dice Diego— que no quiere que me case con su hija?

Entonce el del medio le dijo por igual a Diego.

—¡Con permiso! —le dijo.

Y le puso la mano y no habló el sapito. Entonce le puso la mano atrás:

—Potito, potero, ¿por qué no habla tu compañero?

Entonce le contesta:

—Porque tiene un peró.

Se plantó un palmazo y saltó la pera lejo. Entonce le puso la mano por delante otra veh:

—Sapito paipay, ¿quén ha pasao por aquí?

—Don Juan Cahnicero —con mucha vergüenza.

Y le dice Diego:

—¡Cómo quere que me case con su hija así!

Entonce llamó su novia y le puso la mano:

—Sapito paipay, ¿quén ha pasao por aquí? Esta es mi señora —le dijo y la abrazó.

Se plantaron un palmazo los reyes, se pararon y se jueron, ni se despidieron del hermano, tooh avengonzao.

Así como estaban padres, cura y obispo, enmediatamente se casó Diego. En habiéndose casao Diego, se siguió el celebramiento. A lo que ya pasó el celebramiento, quedaron tranquilo. El rey llamó a Diego:

—Mira, hijo; vah a quedar en lugar mío, tú vah a ser el rey ahora.

Entonce la reina se paró y le dijo a la hija:

—Mira, hija; tú vah a quedar en lugar mío.

Se sacó la corona el rey y se la pasó a Diego. Se sacó la corona la reina vieja y se la pasó a la hija. Quedaron mandando en su reinato juntamente con sus suegro. Y quedó de rey Diego.

Y se determinó el cuento.

EL REY CLARION DE LA ISLA DE TALAGANTE

Este era un rey que se llamaba el rey Clarión de la Isla de Talagante. Tuvieron un hijo y le puso el mismo nombre del padre. Este niño jue muy bien educao. Lo crió en la escuela hasta que tuvo dieciocho año. Este niño no sabía nada más que de la escuela al palacio. Y después que se retiró de la escuela comenzó a salir por la ciudá con otroh amigo. Y un día que se iba pal palacio, andaba vendiendo un niño una estatua de una princesa muy linda y pedía cincuenta peso por ella. Así que el príncipe *ei* le preguntó qué era lo que vendía y él mostró la estatua, que era eso lo que vendía. Así que él no la quería comprar, porque iba con suh amigo y ellos comenzaban a reírse. Se

despidió del niño. Y después de por allá dio la güelta pa atráh, le dijo:

—¿Cuánto pides por tu retrato?

El le dijo que cincuenta peso. Le pasó los cincuenta peso y quedó dueño del retrato. Y él le preguntó si acaso estaba viva. El niño le dijo que sí. Pero no le preguntó aónde estaba, sino que la tomó y se jue pa su palacio y lo puso colgao frente a su cabecera onde tenía su cama. Y allí este príncipe iba y se acostaba y se ponía a mirar su retrato. A la hora de almuerzo tenían que llamalo para que jue a almorzar. Iba al comeor, se sentaba y tomaba la cuchara, y se servía doh o tres cucharáh y naa máh. Y en seguía se iba a su pieza, y se acostaba y se ponía a mirar su retrato. Estuvo mucho tiempo en esto, hasta que al último ya la reina dijo:

—¿Por qué este muchacho no come, sino que se lo lleva encerrao, y hace mucho tiempo?

Y a la hora de almuerzo lo llamó. Salió el príncipe a servirse, agarró la cuchara y comió un poco. En seguía se levantó y se jue a su pieza. Y la reina lo siguió y dentró ante que cerrara la puerta, y pega la mirada y ve el retrato tan lindo y le dice:

—¡Ay, hijo! ¿Qué lo que hace?

—Estoy mirando, mamá —le dice—, este retrato tan lindo y pienso —le dijo— de qué modo puedo merecer esta niña.

Entonce la reina llamó al rey, le dice:

—Ven, hijo, a ver lo que tiene tu hijo aquí, que por esto no come ni se desayuna.

Entonces va el rey y ve aquel imagen tan lindo y le dice:

—No hay más que vah a tener que salir a buscarla. ¿Y cómo te armaste de esto?

—Andaba un niño vendiéndola y yo se la compré.

Y el rey le dijo:

—¿*Ta* viva toavía o está muerta?

El príncipe le contestó que le había dicho que estaba viva. Lo más jue que no le preguntó aónde vivía. Así que el rey hizo aparejar un buque y que llevara plata y la saliera a buscar.

Este andaba mucho. Llegaba a un puerto, se desmontaba y salía andar por la ciudá. Recorría la ciudá por una parte y otra a ver si la podía encontrar. Y no la pudo encontrar en varios día y se jue pa su vapor y salió navegando. Navegó quince día, y jue a llegar a un puerto de un palacio, y allí hizo estar el buque y se desmontó para recorrer la ciudá. Allí estaba la princesa, porque andando por la ciudá devisó un imagen igual al que él andaba *traendo*. Así que luego preguntó

que aónde sería que vivía la dueña de aquel retrato. Y resulta que allí mismo estaba al frente. Así que para poer él *tar* y hablar con la princesa, se arrendó una pieza y puso negocio de mucha clase 'e hilo para bordar de bonitos colore, y así de too. Estando él en su negocio, devisó la niña en loh alto. Sacó su retrato, y era ella. Para poer hablar con ella se hizo una escalera de cáñamo que llegase a la ventana. Y en la noche, cuando ya quearon tranquilos too, se armó su escala y se subió arriba. Cuando estuvo arriba, la princesa se anduvo asustando y después vio que era un príncipe tan bonito y hermoso. Y le habló el príncipe que no se asustara, que venía a conversar con ella. Así que allí se pusieron a conversar y tratar de casamiento, Y la princesa le aceptó, de manera que aquella noche durmieron junto y quearon convidao para seguir viviendo. El había pensao de pedirla, pero el papá era muy guapazo, no le hallaba aentro. Así que el príncipe se estuvo allí unos cuantos días, después que se la aprovechó (toas las mujeres tienen que ser iguales). El se había compraó una casita y una viejita que le ayudara. Le dijo:

—Mamita, la voy a dejar dueña de esta casa y de too lo que hay. Y se puso a hacer una carta y le dijo:

—Si acaso tiene algún hombre o sea quen se sea la princesa, le va a entregar esta carta y este anillo.

El anillo estaba con nombre y apellío de él, que decía: “El rey Clarión de la Isla de Talagante”.

En seguía tomó su vapor y se volvió atráh. Después que llegó a su palacio, se puso a vivir tranquilo con sus padre. Al poco tiempo después murieron y quedó él reinando.

Y en la ciudá había un rico muy ricazo, millonario, que por poco ya igualaba al rey. Y tuvieron una hija mujer y se la dieron de ahijá al rey. El rico . . . comenzaron a criar la niña muy bien, muy regalona. Y después que ya estuvo grandecita, la pusieron a la escuela. Aprendió mucho. El rico después ya no quería que nadie la viera. Así que la manijaba encerrá debajo siete llave, que allí dentra no más que la sirvienta que le iba a servir. Y siempre el rico iba onde el rey, le decía:

—Compadre, su ahijá está muy bien, que no l' iba dar na que hablar.

Y al compadre el rey le decía:

—Compadre, *nunque* esté debajo siete llave, siempre los gauchos dentran.

Y al rico le parecía mal y le decía:

—Pero ai onde está no va a dentrar nadie.

Y el rey siempre le decía que “nunque esté debajo siete llave, los gauchos siempre dentran”.

La otra niña, onde jue el rey Clarión, tuvo un hombre y se lo pasó a la viejita, que lo cuidó que lo criaba ella. La viejita se dispuso a criarlo y de que pudo hablar le dio la educación. Al mucho tiempo después se enfermó la viejita pa morir. Entonces llamó al hijo. Vino el hijo y le dijo:

—Abre esa caja y saca de ahí una carta y un anillo. Eso lo vah a guardar, que no se te vaiga a perder, porque de esta enfermedad yo ya no voy a vivir.

Así que murió la viejita y el jovencito la sepultó. Y después que se vio solo dijo: “Ya murió mi mamá. Voy a salir andar”.

Así que vendió su casa, y tomó un vapor y salió a navegar. A lo mucho que anduvo, llegó el vapor a un puerto y allí se desmontó y salió andar pa la ciudá. Iba andando, cuando siente unos gritos y unos lamentos que decían: “¡Ay, Señor! ¡Ahora sí que la voy a sacar bien! ¡Se me acabó el capital!” El miró pa toas partes y vio una señora anciana, la que era la que se lamentaba, y le dijo por qué se lamentaba tanto, y ella, porque se le había terminao el capital, que se le había quemao. Y él le preguntó que cuánto era el capital, y ella le dijo que eran treinta centavo. Así que el rey sacó un peso y le dio. Así que entonces le dijo él que por qué no trabajaban en sociedad —la viejita era amasandera y con el pan que hacía pasaba su tiempo—. Así que siguieron la sociedad. La viejita hacía el pan y él salía a venderlo. Este joven no se embromaba nadita en vender su negocio, tenía muy güena suerte. Además que era tan bonito, le arrebatan el pan. Allí estuvo unos cuantos días trabajando con la viejita. Un día iba pasando por frente del palacio que tenía el rico y vio la niña y le dijo a la sirvienta que llamara ese joven qué era lo que vendía. Así que jue la sirvienta, y lo llamó y le preguntó qué era lo que vendía, y él le dijo qué era lo que andaba vendiendo. Entonce le dijo ella que pasara pa dentro, que la amita le iba a comprar too el pan. El le dijo que no pasaba hasta la dentrá no máh. Siempre le compraron too el pan a él. Y le dijo la sirvienta a la señorita:

—Amita —le dijo—, ¡qué joven más lindo! Lo habíamos quería traer para acá y no quiso.

Entonces le dijo:

—Mañana vean modo si lo pueden subir para acá.

Así que al otro día se jue el joven por ai mismo y lo vieron las sirvientas, lo hicieron pasar pa dentro, que le iba a comprar too el pan la señorita y que pasara pa onde estaba ella. Y él no quería. Total

que lo echaron al medio y lo echaron a rempujones pa arriba. A lo que estuvo arriba, le cerraron la puerta. Ya la niña, como lo vio que estaba arriba, le comenzó a hablar, y él también viéndose solo con ella. Comenzaron a conversar y trataron de casamiento, porque la niña *taba* aburría de *tar* encerrá tanto tiempo: El le decía de que no podía casarse con ella, por cuanto eran tan rico y él era un hombre pobre. Ella le comenzó a decir que ella le ayudaría con el mismo dinero de su padre, que era muy ricazo y tenía mucha plata. Total que ese mismo día le compró too el pan y llenó el canasto de plata. Y le dijo ella que siguera comprando madera para que le hiciera una casa. Así que éste toos los días pasaba con su negocio hasta que por fin se comprometieron los doh. Después pa poer llegar en la noche aonde la niña, se hizo una escalera de cáñamo también que llegaba a la ventana.

Y el rico, caa vez que iba onde su compadre, le decía que su ahijá estaba muy bien, que no daría que hablar na. Y el compadre le decía:

—Compadre, *nunque* esté debajo siste llave, siempre los gauchos dentran.

Y el rico le decía:

—Pero, compadre, allí no dentra nadie.

Y el niño caa vez pasaba vendiendo su pan. Y un día ya le pidió repartición a la viejita, que él no trabajaba máh, y le dejó toa su parte a la viejita para que pasara mejor su vida. Y él, como había compraó madera y compró un pedazo de sitio, buscó maestro y se puso a hacer una casa al frente de la casa del rico. Este iba toas las noche a dormir con la niña. Al otro día en la mañana se iba con bastante plata, hasta que hizo una casa bonita y grande. Teniendo su casa, comenzó a comprar mercadería y poner negocio. Y toas las noches se iba onde la niña. Al otro día se iba con bastante plata otra veh, y el rico no la echaba meno.

El rey una vez salió andar por la ciudá, y va a pasar por la casa de su compadre, y vio la casa aquella que no la había visto él y le llamó la atención de saber. Así que estos compadre, cuando se juntaban, tomaban sus trago y sobre el trago le decía el rico:

—Compadre, su ahijá está muy bien, se va a criar muy bien, no va a dar nunca que hablar.

—No, compadre —le decía el rey—; aunque esté debajo siete llave, siempre los gauchos dentran.

Así que una noche salió el rey disfrazao. Andaba uno en la tarde por *ei*, un carbonero vendiendo carbón. Entonce el rey le compró un saco de carbón y se jue callejiando su carbón. *Ta* escureciendo. Con

su saco al hombro iba pasando por enfrente de la puerta del joven, y le pregunta:

—¿Qué lleva, casero?

—Carbón, patroncito.

—A ver, páselo pa acá; yo se lo compro.

Así que le compró el saco 'e carbón y viéndolo tan macizo dijo entre sí: "Este tiene que tener juerza". Y le preguntó el joven:

—¿Qué tal gallo es usté, amiguito?

—Bien güeno, patroncito.

—¡Caramba! Quero hacer una cosa —le dijo.

—¿Qué será, patroncito?

—¿Es de confianza?

—¡Cómo no, patroncito! Diga no más qué necesita.

—Es que quero ir al frente a ir a buscar un poco 'e plata.

—¡Cómo no! —le dijo—. *Ta* muy bien; vamo no máh.

Luego le sacó por allí tragos de vino y le dijo:

—Estos rotitos son güenazos pal vino.

—¡Cómo no, patroncito!

Luego se usó un par de saco, le pasó uno al rey y otro se dejó pa él. Le dijo:

—Vamoh a ir allí, pero esto no hay que chillar.

Así que partieron como a la noche. Estaba oscuro. Llegaron a la casa. Cuando llegaron, miró el rey la casa del compadre, conoció que era la casa de su compadre. Ya luego le echó la escalera abajo la niña. Ya le preguntó el joven:

—¿Sabe subirte por esto?

—Sí —le dijo él—, si puedo subirme también.

Así que se subió el joven, en seguía se subió el rey. Y a lo que estuvo arriba, vino la sirvienta y le dijo la señorita que pasaran ese hombre a la cocina y le sirvieran algo que comer. El rey pu allá se botó de *lacho* de la cocinera, de la sirvienta, una zalagarda 'e risa con ellah. Total que estuvieron hasta muy tarde divirtiéndose con él. Después que ya se jueron a dormir, él tendió su saquito y se tiró debajo 'e la cocina. Y el joven con la niña, ésos *tan* durmiendo. En la mañana bien temprano se levantó el rey y subió pa arriba onde estaban los matrimonio y le dijo:

—Patroncito, ¿será hora ya?

—Sí —le dijo el joven—, agarra la bacenilla y bota los miao pa jueira por la ventana.

Obligao el rey a botarle los miao. En seguía se levantó él y se jueron al montón de plata del rico y le dijo que le echara plata

al saco, la que se pudiera, y él echó también al de él. El rey cuase llenó el saco y le dijo:

—¿*Tará güeno, patroncito?*

—*Ta güeno* —le dijo.

Pusieron la escala 'e cáñamo otra veh, y salieron y se jueron. Y la niña tiró la escalera pa arriba.

Llegó a su casa y dejaron los sacoh así. Luego sacó un litro de vino el joven y le dio al rotito que tomara que calentara el cuerpo y le dijo que a la noche si acaso lo podía acompañar otra veh y a ver si tenía un compañero de confianza. Y él le dijo que sí, que tenía. *Tonce* le dijo el joven que vinieran los doh a la noche, que le pagaba muy bien pagao. Así que ai le dio cien peso. En seguía se despidió el rey, y él le dijo que no dejara de venir con su compañero.

Así que el rey se jue pa su palacio, se lavó y se acostó a dormir. El rico, cuando se levantó y se desayunó, dijo: —“Voy a ver mi compadre”. Ya llegó allá al palacio, y lo pasaron pa entro las sivientah y le preguntó por su compadre. Ya le dijeron que estaba acostao durmiendo, y él le dijo que estaría enfermo, que por qué no se levantaba. Le ijeron que no. Le jueron a avisar que había llegao su compadre. Ya lo jue a ver a la cama, lo saludó, le preguntó si acaso estaba enfermo. Le dijo él que no estaba enfermo, que había andao por ai por la ciudá. Ya se levantó el rey, se vistió. Espués se sentaron a la mesa. Mandó uscar un poco 'e vino el rey pa servirse con el compadre. *Espués* que se sirvieron un poco, le dijo el rey:

—Le invito, compadre.

—Güeno, compadre —le dijo—, ¿y aónde?

—Andar por ai —le dijo—. Lo que tiene sí, compadre —le dijo el rey—, que vea lo que vea no hay que chillar, porque si usted chilla yo le corto la cabeza.

—No, pus, compadre, ¿no ve que somos compadre?

—No, compadre, ¿no ve que yo soy rey? Así que si usted chilla, yo le corto la cabeza.

—¡Ya 'stá, compadre! —le dijo el rico.

Y se *tuvieron* allí hasta la noche. Ya después que se escureció, ya se puso su traje el rey otra vez de roto y le trajo otro terno al compadre de los mismo.

—¿Y esto pa qué, compadre?

—Póngaselo no más —le dijo el rey.

Obligao a ponérselo.

—Güeno, ahora vamoh a salir, pero no hay que chillar, porque si no yo le corto la cabeza.

Ya el rico le decía que no chillaba. Por ai se encarbonaron un poco y salieron. Y llegaron a la casa del joven. El rey, como sabía ya:

—Güenas noche, patroncito.

—Güenas noche.

Y el joven le preguntó:

—¿Trajo el otro compañero?

—Sí.

—Pase pa acá.

Ya pasó el rico, haciéndose un poco atráh y avergonzao. Ya le dijo el joven:

—¿Quere tomar un trago?

—¡Cómo no, patroncito!

Le trajo un litro de vino y se lo puso que se lo sirviera, mientrah era hora para ir onde iban a ir. Cuando ya jue hora, jue el joven y le trajo tres saco, uno para caa uno, y salieron. Cuando llegaron a la casa, el compadre miró pa toas parte, conoció su casa. Entonce le dijo:

—¿Sabrá subir por esta escala su compañero?

—Sí —le dijo el rey.

—¡Ya 'stá! —le dijo entonce.

Luego llegó l' escala abajo. En seguía subió el joven pa arriba. Ya el rico le dijo al compadre:

—Compadre, esta casa es mía.

—¡Sch! ¡Callaíto, compadre! No hay que chillar.

Así que lo echó al compadre primero el rey que subiera. En seguía se subió él muy rápido, que no juera cosa que al compadre juera a darle un arrebató arriba. Lo que estuvieron arriba, lo bajaron lije-rito pa la cocina. Cuando llegaron a la cocina, el rey payasiando con las cocinera, hartó *lacho*, y el compadre callao, sin hablar. Y el rey le decía:

—Compadre, hágale la pesca a ésta usté.

El rico no hablaba ni conversaba na, pero el rey *taba* desordenao con las cocinera. Cuando ya se jueron tooh a dormir, ya quedaron los doh en la cocina, ya le dijo el rico al rey:

—¡Caramba, compadre, que esto está malo!

—¿No le decía yo, compadre? —le decía el rey—. Las niñah ni aun-que estén debajo 'e siete llave, siempre los gauchos dentran.

El rico estaba hartó dijustao y le decía que tenía que matala. El le decía que no, que no chillara, porque si algo chillaba él le cortaba la cabeza. Así que se tiraron en la cocina a alojjar. Ante que aclarara le dijo:

—Compadre, ¿no es hora? Vamo.

Y dijo el rey: "Voy a echar a mi compañero adelante pa que bote los miao a la hija. Así que echó al compadre adelante y subieron pa arriba. Ya le habló el rey:

—¿Será hora, patroncito?

—Sí —le dijo el joven.

Entonces le dijo al rico:

—Tome la bacenilla y bota los miao pa juera.

Obligao a botale los miao el rico. Ya se levantó el joven, se vistió y los convidó:

—¡Vamo!

Y llegaron al montón de plata otra vez y le dijo que le echaran a los saco. El rey le echaba, con too el brazo le arrollaba pa la boca 'el saco, y el rico l' iba echando di a poquito, di a poquito. El joven le decía:

—Échele, amigo, échele. *Paece* que anda con miao.

Total que el rey enderezó su saco cuase lleno 'e plata y le dijo:

—¿*Ta güeno* así, patroncito?

—Así sí —le dijo el joven entonces—. ¡Y este gallo tan cobarde que lo hallo! *Paece* que tiene miao.

El rey le comenzó a ayudar al compadre a llenar su saco hasta que quedó güeno.

—¡Ya 'stá! —le dijo—. Ahora sí.

—¿Vamo?

—Vamo.

Y se jueron. Comenzaron a bajar. Bajó el joven primero, en seguía el rico, al último el rey. Y se jueron pa la casa 'el joven con su sacaíta. Llegaron allá y descargaron. Ya sacó plata el joven pa pagale. Entonces le dijo el rey al joven:

—Déle unos cien peso no más, patroncito, pa ir a tomar un trago.

—¡Cómo no! —le dijo el joven entonces—. Y cuando anden por ai pasen aquí no máh.

—¡Ya 'stá! —dijo el rey.

Y se despidieron de él. El rico había querío pasar pa su casa. El rey no lo dejó, dijo: "Si pasa a su casa, algún desatino va a hacer mi compadre". Así que lo llevó al palacio. Allá llegaron, se lavaron y se cambiaron ropa. Ya le dijo el rico:

—¡Caramba, compadre! Yo a esta niña la voy a matar.

—Los dos se matan, compadre; yo voy a matar al otro.

Así que ya se desayunaron. En seguía salieron a hacer pesquisa. El rey jue, hizo tomar al joven. El rico bajó a la hija harto rápido de onde estaba. En seguía la sacaron al lao de ajuera de la ciudad, y

habían unos manzano, le puso un lazo al cuello a la hija y el rey también le puso otro lazo al joven también. Así que se convidaban los doh:

—¿Ya, compadre?

—¡Ya, compadre!

Los levantaron un poco pa arriba y ai los dejaron caer otra veh. Y al rato se convidaban los compadres pa subilos pa arriba. Los colgaban un poco, di ai los bajaban otra veh. En esto *tuvieron* un güen rato. Y el joven como así con las manos pa sacase el lazo del guargüero. Se jue fijando el rey en el anillo que tenía en el deo del corazón el niño y le pidió el anillo. El joven se lo pasó y lo vio que decía: “El rey Clarión de la Isla de Talagante”. Entonce le preguntó el rey al joven que cómo se había armao de ese anillo. Entonce el joven le dijo que su mamá, cuando quiso morir, le había entregao un anillo y una carta, que por esas prendas podía encontrar a mi padre. Y le preguntó el rey:

—¿Y la carta la andás *traendo*?

—Autualmente la carta también la andaba *traendo* —le dijo el joven.

Total que el rey vio la carta y le preguntó.

—Murió —le dijo el joven.

—¿Y los reyes que habían en esa ciudá toavía existen?

Y el joven le dijo que no, que quedaba una hija de los reyes de reina. Habiendo leído la carta y viendo el anillo, el rey creyó que ese joven era hijo de él y, no dándose a mostrar, al compadre le dijo:

—¡Ya ‘stá, compadre! ¡Ahora sí que los vamoh a ahorcar a éstoh!

Les volvieron a echar otra subía pa ahorcarlo. En seguía los bajaron otra veh, y le dijo el rey:

—¡Qué no podamos, compadre, ahorcar este individuo!

Y le contestó el compadre rico:

—No tengo corazón, compadre, de ahorcar mi hija.

—Ni yo tampoco, compadre —le dijo el rey—, de ahorcar mi hijo.

—¿Cómo así, compadre? —le dijo el rico entonce.

—Así como le digo, compadre —y le mostró la carta—. Este jue un hijo que jui a enjendrar en una ciudá muy lejo, porque yo compré un retrato y era el de la mamá de este joven.

—Y así que ahora —le dijo—, ¿qué vamoh a hacer?

Le dijo el rey:

—Los vamoh hacer casarse, pero no aquí; va a ser en el palacio de la mamá de este hijo.

Así que tomaron el vapor y partieron pa la ciudá aonde estaba la mamá del joven, los dos compadre y los dos matrimonios qu' iban a ser, hasta que llegaron a la ciudá. Así que llegaron a la ciudá, allá estaba la reina dando *audencia*. El rey la conoció y se jue onde ella a abrazarla. Ella también lo conoció, pero no quería abrazarlo porque la había dejao. Entonce el rey le dijo que venía con su hijo a matrimoniarse él y el hijo.

Así jue que luego comenzaron las bodah a tales señores que pertenecían. La reina muy contenta de haber conoció a su hijo. Mandaron uscar el cura y sotacura, obispo y cardenale. *Tuvo* muy bien el casamiento, y se casaron. Habiéndose casao, el rey se jue pa su palacio con la reina y el joven quedó allí de rey con la señora. Y ai estarán si acaso no han muerto.

Los Lagos (Fundo Los Ciruelos), Valdivia, 1951.

PANTALEÓN ULLOA.

124

L A M A T A D E A L B A H A C A

Estah eran treh hermana; cuidaban esa mata di albahaca. Primero salía la mayor a limpiarla; en seguía pasaba el rey y le decía:

—Güenos días, niña de la mata di albahaca. ¿No me dirá cuántah hojas tiene esa mata? —le decía el rey.

La niña na le contestaba. Y allá salía la del medio a limpiar la mata albahaca; pasaba el rey y le decía:

—¿No me dirá cuántah hojas tiene esa mata?

La niña na le contestaba, porque no sabía. Di allá salió la menor.

—Güenos días, niña de la mata albahaca —le decía.

—Mi señor Lucero, ¿no me dirá cuántah estrellah hay en el cielo?

¡Dicho rey cómo iba a saber cuántah estrellah hay en el cielo!

Al otro día temprano volvió a pasar el rey y le preuntó a la mayor cuántah hojas tenía la mata y la niña na le contestaba. Di ai salía la del medio, volvía a pasar el rey.

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!

¿No me dirá cuántah hojas tiene la mata?

Na le contestaba, porque na sabía. Di ai salió la menor, volvió a salir el rey.

187

—¿No dirá cuántah hojas tiene esa mata?
—Güenos días, mi güen Lucero.
¿No me dirá cuántah estrellah hay en el cielo?

Al otro día volvió a pasar el rey. Estaba otra vez la mayor.

—Güenos días, niña de la mata albahaca.
¿No me dirá cuántah hojas tiene esa mata?

Na le contestaba, porque na sabía. Di ai salió la menor, volvió a pasar el rey.

—Güenos días —le dijo el rey—.
¿No me dirá cuántah hojas tiene esa mata?
—Mi güen príncipe —le dijo—,
¿no me dirá cuántah estrellah hay en el cielo?

Y el rey no halló cómo ganale a la niña. Al otro día el rey se vistió de viejo. Ya tarde agarró un canastito, llevó pescao y grasa. Bien tarde salió de su palacio tantiando de llegar a alojar a la casa de los mayores de las niñas. Le dio alojamiento el dueño 'e casa y le dijo:

—Va a desculpar, porque no hay comodiá.

—Eso no importa —dijo el viejito—. Alojando a l' orilla 'el fuego, no quero máh.

Estando el viejito tarde 'e la noche, se jueron a acostar los dueño 'e casa. El viejito quedó a l' orilla 'el fuego. Se quedaron dormíos los viejitos y las dos niñas mayore. Entonce el viejito agarró su ollita 'e grasa, y la puso al fuego y se puso a freír pescao. La niña menor dispierta; ya le llegó el olor 'e la grasa; se levantó la niña, y cortó pal fuego y le dijo al viejito:

—¡Ay, agüelito! Convieme un pescaíto.

—Si me dah un beso, te doy pescao y si no, no te doy na.

Entonce la niña dijo:

—¡Qué más me voy a hacer con darle un beso!

Así que le dio un beso la niña, le dio un pescaíto el viejo. Le gustó el pescaíto a la niña y le dijo:

—Déme otro, agüelito.

—Si me dah otro beso, te doy; si no, no.

Dicha niña a punta 'e beso le comió too el pescao al viejito. Dicha niña se comió too el pescao y di ai se jue a acostar. Dicho viejito, alojao, se jue pa su casa a la mesma hora. Dicho dueño de casa se

levantó tempranito al otro día. Ya no encontró al alojao. Ya se levantaron las niña. Se jue la mayor a su mata di albahaca. Limpiándola estaba, cuando llegó el rey.

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!
¿No me dirá cuántah hojas tiene esa mata?

Na le contestaba, porque na sabía. Salió la del medio; por igual. Pasó el rey y le dijo:

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!
¿No me dirá cuántas hojas tiene la mata?

Na le contestaba, porque na sabía. Di ai salió la menor.

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!
¿No me dirá cuántah hojas tiene la mata?
—Güenos días, mi güen príncipe.
¿No me dirá cuántah estrellah hay en el cielo?

—¿Y cómo te jue con los besitos del viejito di anoche?
—Me papó el rey —dijo la niña.

Ya la niña quedó suspensa. Dicha niña tenía un vecino. El vecino tenía una burriquita. A un descuido de sus mayore se jue la niña onde sus vecino y se jue a pedir la burriquita emprestá.

—A l' oración la paso a *trer* —le dijo.

—Muy bien —le dijo a la niña—. Entonce temprano la voy a tomar.

A l' oración llegó la niña onde su vecino. Se llevó una sábana la niña. Subió en su burriquita, se envolvió en la sábana la niña y se tomó una varilla. Se derigió al palacio del rey. No más qu' hizo llegar al palacio le dio un varrillazo a la burriquita. De un brinco subió la burriquita y principió a dar vuelta en el corredor la niña diciendo:

—El que bese el potó a mi burriquita se librará de toos sus pecaos.

El rey sintió esa voh. “Y yo voy a besarle el potó a la burriquita pa librarne de toos los pecaos que tengo”. Salió el rey pa juera y le principió a besar el potó a la burriquita. Dio tres vueltas la niña en el correor y el rey besando el potó a la burriquita. Entonce la niña le plantó un guascazo a la burriquita y se jue, y el rey dentró pa su comeor, y la niña se jue y pasó a entregar la burriquita onde su vecino. Llegó a su casa la niña y se acostó.

Al otro día temprano salió la niña mayor a limpiar la mata albahaca y llegó el rey y le dijo:

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!
¿No me dirá cuántah hojas tiene la mata?

Salió la del medio. Por igual. Volvió a pasar el rey.

—¡Güenos días, niña de la mata di albahaca!
¿No me dirá cuántah hojas tiene la mata?

Salió la menor.

—Güenos días, niña de la mata di albahaca.
¿No me dirá cuántah hojas tiene la mata?

—Güenos días, mi señor príncipe.

Entonce le contestó el rey:

—¿Cómo te jue con los besitos di antenoche?

Entonce le contestó la niña:

—¿Y cómo le jue con los besitos del potó de mi burriquita di anoche?

Y el rey se plantó una palmá en la frente, que lo había fregao la niña. Entonce el rey mandó llamar al viejo, al papá de las niñas, que le lleve suh hijas di antojo, di a pie y di a caballo, descalza y calzá.

Se jue el viejito pa su casa muy triste y penoso, que cómo iba él a llevar a suh hijas calzá y no calzá, di a pie y di a caballo, y di antojo. Llegó el papá a la casa y le pregunta la hija menor:

—¿Cómo le jue, papá?

—¡Cómo m' iba ir, hija! Me dice el rey que las lleve di a pie y di a caballo, descalza y no descalza.

Entonce le dijo la niña:

—¿Y ésa es la pena que tiene usted? Yo voy di a pie y di a caballo; tú vas di a pie —le dijo a la del medio— y calzá, y vah ir calzá y no calzá —a la mayor.

Ahora le dijo a la mayor:

—Tú vah ir di antojo de comer queso.

Entonce le dijo a la del medio:

—Tú vah ir di antojo de comer frutilla y yo voy di antojo de comer nieve tostá.

Ella jue máh embarazá que lah otras doh hermana, y agarró un trapo y se puso a la barriga. Y se jueron ponde el rey. Llegaron onde el rey las treh hermana. Salió el rey muy contento a recibirla. Lah

hizo pasar pa dentro a las treh. Le preuntó a la mayor qui antojo llevaba. La mayor le contestó que llevaba antojo de comer queso. Enmediatamente mandaron a *trer* queso para que se sirva la niña mayor. A la del medio le dijo:

—¿Qui antojo trae, señorita?

—Yo traigo antojo de comer frutilla.

Enmediatamente mandaron *trer* frutilla y le presentaron a la del medio, y cumplió su antojo. Le preguntó a la menor qui antojo tenía. La menor le contestó que tenía antojo de comer nieve tostá. Enmediatamente mandaron a tostar nieve. Prenciaron a tostarla y se volvió agua no máh. Jueron a decirle al rey que la nieve no se podía tostar, que se hacía agua. Di allá se jue el rey pa la cocina a ayudar a tostar la nieve. Agarraron otra pelota 'e nieve, y la echaron al tiesto y se volvió agua otra veh. Se aburrió el rey tanto 'e tostar nieve. Se jue el rey enrabiao pa entro onde estaban las niñah y dijo:

—¿Cómo piensah, hombre, que te van a tostar la nieve?

Se para la niña y le dice:

—¿Cómo piensa usted también que las niñas van a tener hijo sin marío?

Y se levanta la pollera y cae el montón de trapo. Se jueron las tres niñas pa su casa.

Al otro día volvió a mandar el rey al viejito que lleve sus treh hija.

—Ahora sí —dijo el viejito—, bien pa matarme a mí o para matar a mih hija.

En llegando el viejito al palacio, el rey lo hizo pasar para entro. Estando sentaas las tres niñah y el viejito, dijo el rey:

—Mire, viejo; lu hei mandado llamar para que usted me dé su hija para casarme.

Entonce el viejo le contestó:

—Usté, mi Sacarrial Majestá, lo hace por reírse de mí. ¡Cómo usted se va a casar con una niña tan repobre!

Le contestó el rey que él se casaba no más juera pobre o juera rica; era su gusto.

Se casó el rey con la niña menor y quedaron viviendo.

Un día un hombre pobre salió para ir a un pueblo a buscar sus falta. Por la mitá 'el camino lo alcanzó el compadre rico.

—Güenos días, compadre.

—Güenos días, compadre.

—¿Y pa ónde va, compadre?

—Voy pal pueblo.

—Yo también, compadre, voy pal pueblo. Vamos junto.

—Bien, compadre.

Siguieron la marcha los dos compadres junto. El compadre rico —ya llegaron a una esplaná— le dijo:

—Alojemo aquí, compadre.

Y el compadre pobre:

—Aloje aquí usted, compadre; yo voy a alojar máh arriba en la mitá de una cuesta.

El compadre pobre iba en una yegua, y se le antojó parir a la yegua en el alojamiento. El potrillo, luego que nació, se jue güelta y güelta cuesta abajo, jue a pararse al pie del caballo del compadre rico. El compadre rico al otro día madrugó y halló su caballo parío. El compadre pobre echó menos la cría de la yegua, así que di ai bajó para onde estaba el compadre rico y encontró el potrillito al pie del caballo del compadre rico, así que el compadre pobre le dice:

—Güenos días, compadre. Mi yegua parió anoche y éste eh el potrillito.

—No, compadre.

Así que el compadre rico no le quiso entregar el potrillo al compadre pobre. El compadre pobre luego se tiró ponde el rey a deponer su demanda. Puso su demanda el pobre. Lo atendió el jue. Le dio una orden pa que notifiquen al rico. Al otro día notificaron al rico. Compareció el rico y el pobre también compareció. Entonce el rey le dijo:

—A ver, corta vos pa allá —le dijo al rico.

Cortó el rico pa un lao y el pobre pal otro lao. El potrillito siguió al caballo no máh, así que entonce al pobre el rey le dijo que el caballo había tenío la cría y la yegua no había parío, como no la seguía. Entonce la niña de la mata albahaca le tocó la ventana así al pobre y el pobre la vido, se allegó a la ventana. Entonce le dijo la niña:

—Mira, mañana va a pasar el rey por onde estás vos por esa peña y te tuestah un almú de cebá y la riegah encima 'e la peña. Entonces te buscah una picota y te poneh a picar la peña. A lo que veas que el rey va cerquita 'e voh, te poneh a picar la peña. Entonces el rey te va a preguntar: “¿Qué estáh haciendo ai?”, y tú le contestas que estás sembrando cebá tostá. Entonce el rey te va a decir: “¿Qué estás sembrando ai?”, y tú: “Cebá tostá”. ¿Y cómo piensas que se te va a dar cebá tostá sobre esa peña?” Entonce tú le contestah: “Más fautible que se dé la cebá en la peña que no paran los caballos”.

Di ai mesmo el rey se devolió pal palacio. “Este consejo lo ha dao no más que mi mujer”. Enmediatamente el rey mandó notificar al rico y al pobre también. El rico saludó al rey:

—Güenos días, mi Sacarrial Majestá.

Entonces le dijo:

—¿Por qué está tan delgao ese potrillo?

—Mi potrillito está delgao, porque no tengo más caballo para tra-
jinar que éste.

—¿Cómo se te ocurre a voh —le dijo el rey— que los caballos paran,
hombre? Entrega ese potrillo —le dijo.

A la voz que le dicen que le entreguen su potrillo, sacó su lacito y
lo lació. Entonce el pobre lació su potrillito, y lo llevó al pie de la
yegua y principió a echarle leche en la boca. El potrillito se puso a
saboriar y tomó la teta. Así que el pobre se jue pa su casa contento
con su potrillito. Entonce el rico también se jue pa su casa. Se despi-
dieron y caa uno se jue pa su casa. Entonce el rey dentró para dentro
enojao.

—Mira, mujer; te mandah a cambiar. Lleva too lo que te haga más
falta.

Entonce la niña principió a acomodar cosas para un lao y otro. En
acomodando, la niña pescó un cuchillo. El rey jue y se botó en un so-
fá a piernah abierta. Entonces la niña acomoda por aquí, acomoda
por allá.

—Lo que me hace más falta a mí.

Y jue, lo pescó del marrueco. Entonce el rey le contesta:

—No, no. Too lo que hay es tuyo y no te vai.

Entonce el rey le dijo a ella:

—Nunca te metah en la justicia que yo hago.

—Hace tus justicias bien hecha y entonces yo no me meteré nunca
—le contestó ella.

Y se quedaron para sécula.

Y se terminó.

Ignao, Valdivia, 1951.

FRANCISCO CORONADO.

Era una señora que tenía treh hijah y vivía frente del rey, muy boni-
tah y trabajaora. Entonce un día tenía un jardín con *albaca* muy
linda, la mejor. Y el rey salía toos los días de madrugá a ver a las ni-

ñas, le gustaban las niña, y un día le gritó de arriba de loh altoh onde estaba:

—Mira, niña embustera; ¿cuántas hojas tiene la mata?

Entonce miró ella para arriba y le dijo:

—Tate callao, rey embustero.

¿Cuántas estrellah hay en el cielo?

Se entró pa entro el rey, enojao. “Me la tiene que pagar”. Entonce buscó a un hombre, y despuéh hizo traer una mula, y llenó las ár-guenas de naranja y le dijo que saliera a venderla, pero para que pasara por la casa y golviera a pasar. Y le dijeron:

—Naranjero, güelve. ¿A cómo el ciento?

—Para usté, señorita, se las dejo toah con tal que me dé un beso. Se enojó, y era la mayor, y se entró pa entro. Golvió a pasar, y salió la segunda y le dijo:

—¿Cuánto cuesta el ciento de naranja?

—Señorita, con tal que me dé un beso y se las doy toa.

Se enojó y lo retó:

—¡Viejo cochino!

Y se entró pa entro. Y dijo la menor:

—¿Y no compraste naranja?

—No —le dijo—; ¿no vis que me dijo que me las regalaba toa, si le daba un beso?

Entonce ella tamién se enojó y le dijo:

—¿Y no le diste el beso? Y habíamos comío hartas naranja. Si güelve a pasar, yo salgo.

Andaba en eso; a lo que no más pasó, salió para juera.

—Güelve, naranjero.

—¿Cómo no, señorita tan linda que eh usté? Con tal que me dé un beso, le dejo toas las naranja.

Entonces le dice ella:

—¿Si será cierto? Anda a bajar las naranjas.

Y lo que se bajó, le bajó toas las naranjas, y ella le dio un beso.

Al otro día madrugó el rey, y pasó por onde la niña y le dijo:

—¿Cuántah hojas tiene la mata?

Entonce lo mira pa arriba ella:

—Tate callao, rey embustero.

¿Cuántah estrellah hay en el cielo?

—Tate callá, niña embustera. ¿Cuántos besos le diste al viejo naranjero?

“Güeno estuvo, dijo ella, no me la va ganar el rey”. Jue ella y buscó una máscara flaca con ropa negra, y buscó una campanilla y buscó un burro mansito. Entonce en la mañanita se jue tempranito con la campanilla qui hacía tilín, tilín, y con máscara con unos deos bien largos pa parecer flaca. Entonce se jue tocando la campanilla, y los porteros no dejaban pasar, y le preguntan quién era, y ella les decía que era la muerte, con una cara bien larga, y era una máscara que llevaba. Entonce la dejaron dentrar a caballo en el burro. “Tilín, tilín, a buscar a mi rey vengo”. Entonce se levantó en camisa de dormir a pedirle que no lo llevara:

—¡Muertecita linda, no me llevís toavía!

—Tilín, tilín, a llevar mi rey vengo —y le tocaba la campanilla.

Tanto jue que le dijo:

—De una manera te deajo: si le dai tres besoh en el *yesquero* al burro.

Le levantó la cola al burro y lo besó. Entonce ya que le dio los tres besos, se jue la muerte y “tilín, tilín, ya no me lo llevé ya, ya no me lo llevé ya”.

Entonce al otro día madrugó el rey a ver la niña otra veh y le dijo:

—Mira, niña embustera; ¿cuántah hojas tiene la mata?

—Tate callao, rey embustero.

¿Cuántah estrellah hay en el cielo?

Le contesta él:

—Tate callá. ¿Cuántos besos le diste al viejo naranjero?

—Tate callao. ¿Cuántos besos le diste al burro en el *yesquero*?

Entonces el rey se entró pa entro y dijo:

—¡Qué diablo! Ya tengo que mandarla a llamar y tengo que casarme con esta niña.

Y mandó llamar a la madre con las tres niñas que juera. Entonce cuando llegó la madre asustá:

—Nos va matar el rey —decía.

Ella na.

—Por comer tantas naranjas —decían ellah.

Entonce cuando llegó ella y le dijo:

—¿Usté, la madre de estas niñas?

—Yo, la madre de estas niñas.

—¿Usted, viuda o casá?

—Soy viuda, su Corrial Majestá.

—Mire lo que le voy a decir.

—¿Qué necesita usted? Mande.

—Mire, usted tiene estas niñas.

—Sí, señor.

—Ahora yo le pido a la menor.

—¡Cómo, señor, si soy tan pobre!

—No, no importa; y mañana será el casamiento y no crea que ningún perjuicio le haré.

Entonce al otro día él mismo mandó a comprar ropa, y mandó a buscar cura y sotacura y le dijo a la novia que no se metiera en la justicia que él hiciera. (¡No ve que la hallaba tan diabla!).

—Güeno, yo también le pido un pedío antes de morir, si es que voy a morir.

—Güeno —le dijo el rey.

Se casan.

Y después vinieron las demanda. Después lo primero que jue un hombre que llegó a caballo en una yegua paría con un potrillito nuevecito y llegó otro con un caballo, y llegaron a comprar en el despacho. Y entonce cuando salieron el que andaba de a caballo montó a caballo y se jue y el potrillito, y el otro salió atajarlo para que le degolviera el potrillito, que era de la yegua y no del caballo. Entonce el del caballo que era de él y que el potrillito lo había llevao y era del caballo. Y porfiaron hasta que llegan a demanda onde el rey. Entonce el rey dijo:

—A ver, pónganse aquí los doh. A ver, al que sigue el potrillito ése eh el dueño del potrillo.

Entonce se pusieron juntoh y salieron andando y el potrillito, porque era tan nuevo, siguió al caballo y el rey dijo que era del caballo el potrillo. El hombre se da güelta y le dio cuenta a la señora, que era tan piadosa, y le contó lo que le pasaba. Entonce ella le dijo:

—Tese calláito no más, güelva a la tarde y yo le voy a decir lo que haga.

Entonce habían venío anteh unoh hombres con una demanda que habían tao alegando, y uno dijo que al quearse ajuera se helaba y el otro le dijo: “Yo me atrevo a quearme”. Entonce porfiaron hasta que llegaron a la justicia. Entonce al otro día los jueces de la apuesta le preguntaron qué había visto él en la noche. Entonce él dijo que él había visto un jueguito chiquitito arriba. Entonce le dijeron que en el juego se había calentao y por eso no se había helao. Entonce porfiaron y se jueron onde el rey que les cortara la demanda. El rey

dijo que en ese juegucito se había calentao y por eso no se había helao. Entonce salió despenao y salió onde la señora, que le dijo:

—Deje no más; mañana yo lo veré pa que aprenda hacer justicia, el tiene que madrugar.

Entonce al otro día en la tarde el hombre vino a preguntar qué es lo que podía hacer. Entonce la señora le dijo que se juera a poner en un potrero onde iba a pasar el rey y con un saco de cebá y fondo cociendo la cebá.

—Entonce cuando el rey pase te va a preguntar: “¿Qué estái haciendo, hombre?” Entonce tú le contestah: “Toy cociendo esta cebá pa ir a sembrarla”. Entonce él te va a decir: “¿Cómo se te ocurre de sembrar cebá cocía, cuando no sale?” Entonce le vai a decir tú: “¿Cómo dice usté que los caballos paren potrillos siendo caballo, por qué la cebá no puede salir?”.

Entonce en la mañana él cuando madrugó para salir él le dijo a la señora que pusiera el tacho en la cocina y echara harta leña a la cocina, hasta que se aburrió el rey y ve que está el tacho en la puerta, entonce le dijo:

—Te hai dicho que te apurís, ¿cómo va hervir el tacho cuando está en la puerta?

Entonce le dijo el hombre:

—¿Cómo dijo usté que el hombre no se había helao porque había en el cerro un jueguito chiquitito, y cómo no va hervir el tacho que está en la puerta cuando el juego que tiene es grande?

Entonce ya le puso el mozo el agua y la hizo hervir y le dio el té. Salió al campo enojao con la señora, porque estas cosah eran cosas de la señora. Entonce se van con suh empliáh al campo y se encuentra que está el hombre cociendo cebá y le preguntó:

—Hombre, ¿pa qué estái cociendo esa cebá?

—Pa sembrarla, señor.

—¿Pero cómo se te ocurre que la cebá va salir?

—¿Cómo no va salir, si los caballos paren siendo caballo, cómo no va salir la cebá cocía?

Entonce él se jue bien enojao. “¡Es cosa de la señora! Me las pagaré: yo le alvertí que no se metiera en mis cosa”. Entonce jue onde aonde iba, y golvió a la hora de almuerzo y le dijo:

—Estas me la tiene que pagar. ¿No le dije que no se metiera en mis justicia?

Entonce le dijo:

—Ahora nos vamoh arreglar.

El vino y mandó a calentar la hoguera. Ella le dijo que no impor-

taba. "Para morir nacimo". No le dio frío ni calor. Entonce cuando ya estuvo caliente la hoguera, la tomó en el coche y llevó.

—Usted tiene que enmendarse y prepararse pa morir.

—Güeno —le dijo ella—; no le tengo mieo a la muerte.

Y cuando llegan allá se bajan del coche, tuvieron pasiando del brazo, y después llegó la hora y llamó a los verdugo. Entonce cuando ya tenían la puerta les dijo:

—Espérense.

Y lo llamó.

—¿Se acuerda que tenía que hacerle un pedío ante de morir?

—Sí —le dijo.

—Entonce venga pa acá.

Se acerca onde ella.

—¡Ya está!

Le da un abrazo y no lo larga máh.

—¡Ta güeno!

—No, éste eh el pedío. Si usté quere quemarme, nos quemamos los doh.

Tanto que no lo largó que él dijo:

—¿Cómo nos vamoh a quemar los doh? Entonce te perdono, que no lo volváí hacer nunca. Entonce nos vamoh a la casa.

Ella le dijo:

—Cuando se ofrezca no máh.

Entonce le dice él:

—De hoy pa elante yo no hago justicia, eres tú la que tiene que hacer la justicia.

Y ella siguió haciendo la justicia.

Pomaire, Santiago, octubre de 1953.

SOFÍA AHUMADA.

LA MATA DE ALBAHACA

Era un rey y había una casa al frente, ¿no?, al frente había un callejón. Esa gente vivía en su casita que era de ella. Esa señora tenía treh hijas güenas moza, bien bonitas las chiquilla. Pero las tres traajaban para la madre. Entonce la menor hacía un jardín en un altito qui había, una tierra bien güena, y *planta*a flore y *planta*a cla-

vele, las que se le venían a la caeza a ella y plantó un surco di *albaca*, los ganchos grandes, bien bonito.

Y el rey tenía gusto de salir toos los día de los santo a mirar aquella niña que toos los día *limpiaa* aquellas planta, las *limpiaa*, las *cavaa*, lah *acomodaa*, *planta*a máh y *acomodaa*. ¡Y tan bonita la chiquilla menor! Era la mejor de toas, de los ojos verde.

—¡Pero tan güena moza esta chiquilla! —es que decía el rey—. ¿Y cómo le vamo a decir na, cómo? ¡Bah! Le voy a decir algo —dijo.

Y un día salió, *taba* ella regando la albaca con una regaera, regando la albaca, *tonce* le dijo:

—Mira, niña que riega la albaca; ¿cuántas hojas tiene la mata? —le dijo.

Miró pa arriba ella y le dijo:

—Cállate, rey embustero. ¿Cuántah estrellah hay en el cielo? —le dijo.

Se entró pa entro el rey. ¿Qué l' iba a contestar? Se entró pa entro.

—¡Bah —dijo— la bárbara! ¡Tan lijerazo que contestó! —dijo—. Güeno, ahora voy a pensar. ¡Bah! ¡Diablita no máh! —le dijo—. Te voy a traer.

Al otro día vino, ese día mandó agarrar naranja al güerto y llenó doh árguenas llenitas de naranjas de las más bonita y mandó a un viejo a vender al otro día.

—Veco, vah a ir a pasar pa allá y pasái pa acá y pasái pa allá. El cuento es que en esa casa te compran las naranja. Güeno, y te van a salir a preguntar: “Mire, casero; ¿cuánto cuestan las naranja?” “Señorita, no cuestan naa más qui un beso”. A ver, la que te dé el beso y te dé el abrazo —le dijo—, le dai toas las naranja, se las dejái onde ellas te manden y te venís, pue —le dijo.

Güeno, entonce al otro día salió el hombre vendiendo naranja:

—¡Naranjas *durce!* ¡Naranjas güena!

Dijo una:

—Mire, mamá; va un naranjero vendiendo naranja. ¿Quere que vaya a comprale?

—Vaya, pue, hija.

Salió.

—¡Mire, casero, casero! Venga.

Volvió pa atráh. *Tonce* le dijo:

—Mire —le dijo—; ¿cuánto pide por las naranja? ¿A cómo son la docena, el ciento? ¿Cómo las vende?

—Yo las vendo toas, señorita.

—¿Toas las naranja?

—Sí.

—Pero no queremos tanta; no.

—Sí, las vendo toa.

—Güeno, ¿y qué pide por toa?

Le dijo:

—Un beso y un abrazo.

—¡Ay, viejo cochino, mugriento —le ijo—, lo que veníh a decir, insolente!

Tonce se jue el naranjero, pasó pal otro lao. Pa abajo anduvo har-to y *dei* volvió otra veh, y se vino ahí a gritar y volvió otra vez gri-tando.

—¡Bah! —le ijo la otra, la segunda—; ahora voy a salir yo, pue, a ver si me venden naranja.

Sacó plata y salió a comprar naranja.

—¡A ver! —Volvió—. ¿Cuánto pide por la docena de naranja?

—No, señorita; las vendo toa —le ijo.

—¡Ah, las vende toa! ¿Y cuánto pide por toa?

—Naa más qui un beso y un abrazo y le doy toas las naranja.

—¡Ay, sinvergüenza, atrevió —le ijo—, roto atrevió, lo que veníh a decir!

Se dio la güelta y se jue pa la casa.

El naranjero pasó pal otro lao. Al otro rato volvió a pasar por onde mismo gritando las naranja. *Gritaa* las naranjas *durce* y *güena*.

—¡Bah! —dijo la menor—. ¡Bah! Ninguna di ustee ha traído naran-ja, yo voy a traer. ¡A que las traigo toa!

—¡A que no traíh!

—¡A que las traigo!

—¡Ya 'sta!

Y salió. No buscó plata ni buscó ni una cosa. Ya salió y le dijo:

—Naranjero, güelva.

Volvió.

—¿Qué decía, señorita?

—¿Cuánto pide por la docena 'e naranja?

—No, señorita; yo las vendo toa.

—¿Y cuánto pide por toa? —le ijo.

—Naa más qui un beso y un abrazo.

—Ya 'sta, pue —le ijo—. Güeno, ¿en qui andamo? Venga pa acá, bájese.

Se bajó y le dio el beso y el abrazo.

—¡Y ya 'sta, ya 'sta! Vaya a dejarme las naranja ahora.

Agarró los dos canasto el hombre, las pescó y se las dejó onde ella mandó.

Güeno, entonces al otro día, cuando ella otra vez *taba* arreglando su albaca y le dijo:

—Mira, niña que riega la albaca;

¿cuántas hojas tiene la mata?

—Tate callao, rey embustero.

¿Cuántah estrellah hay en el cielo?

—Tate callá, niña embustera —le ijo—. ¿Cuántos besos le diste al naranjero?

—¡Ih! —dijo ella—. Güeno, me la vais a pagar, rey.

Güeno, muy bien, se jue pa la casa ella y el rey se entró pa entro riéndose harto, contento, porque él había queao encima.

Vino [ella] y salió, y había un' iglesia cerca, y jue y consiguió un hábito de padre y una túnica blanca, y vino y consiguió una máscara y se enmascaró la cara y se puso ese vestío, y consiguió un burro que tenía un vecino, muy mansito el burro, bien manso, y en l' iglesia onde consiguió la ropa consiguió una campanilla, una campanillita chica qui hacía poquito sonaja y dijo: “¡Verís no más lo que va a pasar!”

Al otro día ante de la doce, ¡mi alma!, ya ella se vistió y salió.

—¿Qué vah hacer, niña? —le decían las niñas, lah hermanas, la madre.

—Yo sabré no más lo que voy hacer —les dijo—. ¡Espérense no más lo que le va pasar al rey!

Y salió. Cuando ya iba llegando a las puertas di aonde era el rey, comenzó:

—¡Arraú, arraú, arraú! ¡Arraú, arrabú, arraé, arraú, arraú! ¡A llevame mi rey vengo! ¡Ayabú, ayabú, ayabú! ¡Ayabé, ayabé, ayabé! ¡A llevame mi rey vengo! —y sonando la campanillita, sonando la campanillita, y bien amortajá, poh, y muy feaza la cara qui había compraó.

Tonce, cuando llegó, no querían darle la pasá.

—¡No! Tienen que darme pasá y si no me las llevo a ustedede también. ¡Yo soy la muerte! —una cola bien que traía y el hábito tan largazo—. Yo me las llevo a ustedede, si no me dejan dentrar.

—¡No, dentre no más, muertecita, dentre, dentre, muertecita, dentre!

Jueron dándole la pasá hasta que dentró. Cuando ya llegó a las puerta 'el palacio, no querían los portero dejarla dentrar.

—Güeno, me los llevo a usted. Yo soy la muerte y me vengo a llevar al rey y si acaso no, me los llevo a usted.

—¡Ay! ¡No, muertecita, dentre no máh!

Llegó y dentró hasta aonde estaba el rey.

—¡Raú, raú, raú! ¡A llevame mi rey vengo! ¡Raú, raú, raú! ¡A llevame mi rey vengo! ¡Raú, raú, raú! ¡A llevame mi rey vengo! —y la campanillita.

—¿Qué dice ese animal? ¿Qué eh eso?

—¡Es la muerte, mi amito, que viene a llevarlo!

—¡Ay, por Dioh, hija! —y se paró.

—¡Raú, raú, raú! —le decía y delante de él, parao el rey— ¡Raú, raú, raú!

—¡No, muertecita linda! —se hincó—. ¡No me llevíh hasta otro tiempo, toavía estoy joven, toavía quero casarme! ¡No, muertecita, déjame otros día!

—¡No! ¡Raú, raú! ¡A llevame mi rey vengo! ¡Raú, raú! ¡A llevame mi rey vengo!

—¡No, muertecita linda! ¡No me llevíh hasta otro tiempo, déjame casarme, a ver si dejo hijoh en este mundo, déjame, muertecita! —hincan 'e roílla él.

Entonce tanto le rogó que le dijo:

—Mire, mire, rey —le ijo—; si acaso me le besa mi *yesquero* a mi burro —le ijo—, entonce te dejo otro tiempo y si no te llevo no más, no te dejo —y le *tiraa* agarrones, pue, unas garras que *llevaa*, le *tiraa* agarrone.

—¡No, no, muertecita! ¡Sí lo beso! ¡Sí lo beso!

Ya entonce, pue, dijo:

—Bueno, entonce te dejo, si me besái el *yesquero* a mi burro.

Bien, entonce ya le ijo:

—Lo voy a besar.

Se paró y le levantó la cola al burrito y el rey tuvo que besarle el potito al burro, pue.

—¡Ya 'sta! Entonce te voy a dejar —le ijo—, te voy a dejar otros año.

Y se jue pa la casa la niña. Y él queó asustaazo, toítoh asustao, toos creían que era la muerte aquella qui había dentrao. Entonce cuando llegó a la casa ella muerta 'e la risa, se reía harto.

Entonce, pue, al otro día salió otra veh el rey al tiro.

—Buenos día, niña que riega la albaca.

¿Cuántah hojas tiene la mata?

—Tate callao, rey embustero.

¿Cuántah estrellah hay en el cielo?

—Tate callá, niña embustera —le ijo—. ¿Cuántos besos le diste al naranjero?

Entonce dice:

—Tate callao, rey embustero. ¿Cuántos besos le diste al yesquero de mi burro ayer?

—¡Ih! —dijo él, se jue pa entro—. ¿Ahora qué voy hacer? No tengo más que decir. Mando a llamar a la señora al tiro que me la traiga, y la pido para casarme y me caso con ella no más —dijo—. Est' eh una diabla, pero tengo que encargarle mucho que no se meta en mis cosa.

Güeno, jue a llamar la señora y que llevara a la niña no máh. Se la llevó al otro día. Tan asustá la señora lloraba tantísimo.

—¡Los van a matar por causa tuya, por causa tuya los van a matar! —le decía enojá la señora y llorando.

—¡No, mamá, si no los va a matar na! ¡Verá no máh!

—Güenos días, mi rey —cuando ya ella pidió *audencia* para entrar a hablar con el rey que lah había mandao llamar.

Ya las llamó el rey:

—Güelvase pa atráh.

Y le dijo:

—¿Para qué, señor, me manda llamar?

—Señora, la mando llamar —le dijo— para que me dé la mano de su hija, que quero casarme con ella.

Ella *llegaa* a temblar, pue, de susto, la señora.

—¡Güena cosa, mi rey! —le dijo—. ¡Por Dios, mi Socarrial Majestá! ¿No será pa matármela?

—¡Ay, no, señora! ¡Sí la quero mucho por diabla! Es muy diabla su hija, muy diabla —le ijo.

—¡Vaya!

—¡No! ¡Sí tiene que dármela! Déjese de broma, no se esté riendo ni na, porque me la tiene que dar.

—Güeno, señor; si usted manda, pue, se casa.

¡Oh! Y entonce le mandaron hacer las ropa y ante di un mes jue el casamiento, pero, ¡uf!, con tanto gentío. Pero ante de casarse le dijo:

—Mire, mire, mi hijita; los vamo a casar los do, pero con un trato, que cuando yo haga justicia —le dijo—, usted no se meta en lo que yo mande, en la justicia que yo haga no se meta.

—Bueno —le dijo—, así muy bien lo haré, pero también usted no haga nunca justicias malas n' injusta; usted haga las justicias lista y justa

y que sean como sea, como es la ley debe ser la justicia; no quero ver injusticia ninguna, señor.

—¡Ah! Güeno, entonces —él la halló broma—, güeno, *ta* muy bien.

Se casaron, comenzaron a vivir. ¡Y onde lah hermanas no li agarraron envidia, pue! Li agarraron tanta envidia con ella, porque jue bien regalona, la quería harto y la cuidaba harto.

—¡Ay, por Dios! —decía él—. ¿Cuándo tendré una guagüita yo pa quererla tanto como la quero?

Cuando iba a tener la guagua, “¿a quién se llama mejor, de más confianza, dijo, sinó que lah hermana?” Mandaron llamar lah hermana.

Güeno, y al otro lao del río tenía él un empliao onde tenía, ¿cómo diré yo?, tenía hortaliza, tenía *arbolera*, y esos viejitos cuidaban ahí, ellos vivían no má ahí con el cuidao de esas planta. ¡Y cuando van lah hermanah y tan envidiosas que estaban ellas que nu hallaban cómo hacela que la mataran! Entonces nació la guagua y vinieron estas perra y le trajeron un gato medio muerto y que ésa era la guagua que ella había tenío. Y la guagua de ella era un niñito hombre tan lindo, lo sacaron encondía entre las doh, y tenían un cesto de totora y *membro*, lo pusieron en el cesto y lo pusieron bien abrigao con harta ropa y lo echaron al agua, al río. No iba mucha agua en ese tiempo, iba poca. Toa la noche el peazo ‘e noche que queaba nadó aquella guagua en el agua. Y al otro día ¡no va a dar al frente ahí! Y se hacía como un remolino así al lao de la casa, y daba l’ agua acá un golpe y venía a retroceder ahí, cuando está la señora lavando una *librillá* ‘e mote, cuando ve que viene una cosa di arriba tan despacio. “¿Qué será? ¿Qué será?”, decía. Dejó el librillo al lao de ella y porque veía parece que se meniaba. “¿Qué será eso?” ¡Cuando da la güelta, viene a dar el remolino, cuando ve que es guagua, po! Le tira el garabato que tenía pa sacar basura, al cesto a l’ orilla y lo saca ahí, lo saca pa juera y saca aquella guagua tan linda, pero tan chiquitita. Tonce corre con su guagüita ella pa entro gritando:

—¡Viejo, viejo! ¡Mira lo que mi hallé! —le ice—. ¡Mira lo que venía en el remolino! ¡Ay, por Dioh! ¡Y tan lindo! Este lo criamos nosotros, que no tenemos niño.

Lo jueron criando, lo jueron criando con maaerita de leche, como pudieron ello.

Al año otra veh estaba gorda otra veh. Ya tenían el cesto hechito otra vez las diabla, hechito el cesto. A llamar lah hermana, cuando se llegó la hora, llaman a lah hermana. Vinieron ellas, pue, con su cesto y lo ejaron listo. Cuando en el día tuvo la guagua, pero nu ha-

bía nadien no más que ellah aentro, envolvieron el niño y lo sacaron como pudieron y ¡tas! que le pusieron un perro muerto, un perro muerto que ésa era la guagua qui había tenío y ése era y ése era. Ai *taba* tan enojao el rey, entonce dijo:

—¡Por segunda vez que sea esto! —dijo—. ¡Cómo, y una niña tan bonita y yo no soy tan feo! ¿Y por qué eh esto? ¿Qué contiene?

Cuando vienen entonce y sacan la guagua y van, la echan al cesto y la echan al agua otra vez. *Taba* la señora lavando mote otra vez, cuando ve otra vez, p.

—¡Ah! —dijo—. Creo que viene otra guagua. ¿Qué contiene esto? ¡Por Dios! Dios me manda esta guagua, Dios, Dios me las manda. ¡A ver si es guagua no máh!

Daba güelta l' agua y va a rematar ahí y ella tan pronta pa agarrar el garabato y tirar al tiro el cesto pa sacar la guagua. Sacó la guagua. ¡Ay! Si el otro era lindo, éste era más bonito. Entonce corrió otra vez:

—¡Viejo, viejo! ¡Otra guagüita me traigo! ¡Otra guagüita me traigo!

—¡Ay, señor de mi alma, por Dioh! ¿Y ahora que vamo a hacer con dos guagua?

—¡Pero, viejo! ¡Sí tenemos vacas paría, tenemos cabras paría! Le damos leche y los cuidamos pa nosotros, estos los cuidamos pa nosotros.

Güeno, los siguieron criando, criando. ¡Caa día más bonitos aquellos niñito, aquellos princes tan lindos que estaban!

Y entonce cuando al año ya está gorda otra veh y avisale otra vez que las hermanas vinieran. Entonce le trajeron una perra y el cesto listito, tenían el cesto listito. Tamién se mejoró por la mañana la pobrecita. Y el rey *taba* tan enojao por qué no le daba un niño, sinó que le daba aquellas compasione y toavía muertoh aquellos perro, que pudieran *tar* vivos siquiera, no, muerto.

—¡Ay! ¡Pero en fin Dios sabrá lo que hace conmigo! ¡Ya 'sta!

Cuando ya otra veh estaba lavando poroto la señora, cuando ve otra vez. pu, que viene otra veh:

—¡Ay! Viene otro canastillo. ¡Qué cosa ésta de Dios —dijo— que Nuestro Señor *lo* esté mandando tanto niño! ¡Pero qué vamo hacer!

Cuando esperando con el garabato prontito, cuando da la güelta l' agua y viene ahí al frente de ella y ella lo pesca al tiro y saca. Era una niñita, pero tan linda, tan preciosa aquella niñita.

Ya la reina sufrió muchísimo, pue, sufrió porque el rey la retaba y le sacaba en cara esto que no tenía niños, sinó que perroh y animale

y toavía muertos, que si eran vivo le harían cariño siquiera, aunque fueran perro.

Güeno, ya'sta, pasó esto ya. Ya hacían como cuatro o cinco año, *taban* los niñitos los tres grandecito, la niñita y los niño, *taban* jugando, cuando una vez vino una cuadrilla de príncipe de otras partes, se juntaron en estos tiempos de cazaúra deber haber sío, digo yo, a cazar pájaro, vinieron a pedirle permiso y a conviar. Les dijo que güeno. Se juntaron a cazar. Se paró y salieron a cazar. Y tenían que llegar ahí, entonces llegó ahí y le dijo a la señora que les preparara un almuerzo campesino, porque eran toos príncipe y, como era rey, era dueño di ahí, pue, loh había conviao, que leh hiciera, que gastara no más, que él respondía por too el gasto. Pero cuando llegó, salió un niñito corriendo y después salió el otro y *dei* salió la niñita máh atracito corriendo.

—Espérenme, espérenme —decía la niñita y los niños corrían.

—¡Ay —dijo [el rey]— esta señora tan vieja y los niñitos tan sumamente lindo, tan bonito!

Güeno, no les dijo na más. Se jueron a cazar. Y ya cuando volvieron a la hora di almuerzo, en el almuerzo, ya entonces le dijo:

—Mire, señora —después di almuerzo, que s' iban a ir, ya había pagao—, mire, señora; hágame el favor de decirme, ¿y estos niñitos son suyos, señora? —le dijo.

—Señor —le dijo—, me da vergüenza a mí de decir, pero como usté eh el rey, tengo que ecile; usté me preúnta, tengo que ecile cómo eh esto. Mire —le ijo—; hace unos año venía en una barca de totora y *membro* el niño mayor que eh aquel que va adelante.

Y los niños, parece que Dios lu hacía, revolotiaban por ai y venían a dar onde estaban elloh, y a dar las patáh y jugar por allí y s' iban otra vez, los mandaba otra vez que fueran a jugar, daban la güelta y venían a jugar onde elloh estaban otra veh. ¡No parece que Dios lu hacía pa que los *vian*! Pero decía el rey:

—¡Pero tan igual a mí estos niño! Mire; este niñito eh el retrato mío, ¡Por Dios! Dígalo no más, señora, con toa confianza; a usté no le sucede nada, nada; ante le *premeo*.

—Mire, señor —le dijo—; hacen unoh años que en un cesto de *membro* y totora venía esta guagua recién nacía, que ni la lavaron; yo la lavé, la limpié, la arreglé y l' hai criaio. Al otro año *toy* lavando mote otra vez, cuando, ¡bah!, que viene otro canastillo y creo que Nuestro Señor mi ha mandao estos niños, porque como nosotros no tenimo, pa que yo mi ocupe en ello y no esté llorando ni aflijía ni na, mi ocupe de los puros niños —le ijo—, y ahora, cuando despuéh al

otro año me viene otra vez el mismo canastillo. Yo creo que Dios me está mandando estos niño quizá hasta cuándo, pero ya 'sta güeno, porque son tres no más —le ijo—, ya 'sta güeno. Este año no mi ha mandao na, quién sabe si todavía me manden después uno.

—Señora, ¡pero cómo! Dígame, ¿y los cestos los tiene, loh echó al juego?

—No, señor —le ijo—; los tengo guardaíto también y tengo guardaíta la ropa en que venían.

¡Y no venía el nombre de él, pue, en la ropa de los niño! Y ella tenía guardá la ropa en que venían, ella le hizo otra de otra cosa. Y entonces va y le saca.

—¿No ve? Y pa que vea que es cierto —le ijo— estas son las cunah onde venían y ésta es la ropa del niño primero y ésta otra es la del segundo y ésta es la de la tercera —y les saca las ropa.

Entonces las comienza a ver él; hasta los pañales venían con el nombre de él. ¡Ay! Si agarró la caeza a dos mano él entonces y pescó la viejita y la abrazaba y la besaba y la apretaba. Y le dijo:

—Güena cosa, ¡por Dios!; estos son mi hijo, señora. ¡Sí estas pícaras me loh echaron al agua seguramente!, ¿cómo nu han apareció? Y usted va a ser muy bien pagá, señora, usted no va a trabajar nunca más, yo la voy a llevar pa mi casa y usted va ser servía pero de pieh a caeza y su marío también, porque esta gracia no me la habría hecho nadie y usted la ha hecho, que mi ha criado mis tres hijo —y se los llevó al tiro en el mismo carruaje en qui andaban, se llevó a los niño y a los dos viejito— y aquí vendrá otra persona que trabaje y que cuide las cosas, que riegue y too.

Se los llevó. Güeno, entonces estos niños quearon en la casa. ¡Cómo sería el gusto de la reina, ¿no?, al ver sus tres hijos vivo! Y a ellas las mandaron entonces traer, las mandaron echalah al agua, lah amarraron de pie y caeza y echaron las dos mujere al agua.

—¡Ya' sta! Váyanse ustedee al agua, así como echaron estas guaguas que si *augaran*. ¡Ya! Vengan aquí. Paguen con lo mismo.

—Güeno, *ta* muy bien hecho eso —dijo ella, la reina—, muy bien hecho. Así como ellas lu hicieron con mi hijo y que yo he sufrío tanto, que ellas también sufran.

Güeno, estos siguieron educando sus niño, educándolo.

Ya después un día llega un hombrecito con una queja, que en una *tomaúra* y en un gusto habían hecho una apuesta de un hombre con otro hombre. Un hombre dijo:

—Hacía un frío muy grande en la noche.

Y dijo uno:

—¡Ay! Yo sin fuego ajuera yo me helaba con este frío.

Y le ijo el otro, *curaón*, pue:

—Yo no; yo mi animaba amanecer sentao en esta banca, mi animaba amanecer vivo.

—¿Y amanecía vivo?

—Sí.

Güeno, entonce vinieron a la dueña 'e casa, la pusieron de jueh y le ejaron la plata ahí, hicieron la apuesta, una apuesta grande hicieron, unos cincuenta pesos deben haber sólo (la narradora ríe). *Ton-ce* al otro día amaneció vivo el hombre viejo, *ta* vivo, *Ton-ce*, le dijo qué había visto en la noche. El dijo que en un cerro muy lejo qui había, había visto una lucecita chica qui ardía y si apagaba, qui ardía y si apagaba.

—¡Bah! Con eso te calentaste y no moriste, pue. No te pago, no te pago nunca, porque con esa luz te calentaste y por eso no te moriste.

Y él dijo que no, que cómo podía ser eso, que qué le iba a calentar esa luz *tando* en los cerro tan lejo. Entonce jueron a la justicia 'el rey. Y el rey le dijo:

—Güeno, ¿y qué viste en la noche?

—Una lucecita chiquitita qui ardía y si apagaba, pero muy chiquitita, ardía y si apagaba, ardía y si apagaba.

—¡Ah! En ésa te calentaste, pue —le ijo—, en ésa te calentaste.

Güeno, cortó que no le pagaran na al pobre hombre (la narradora ríe), qui había estao empalao de frío. Se jue onde la reina:

—Mi reina, ¡mire el rey la justicia qu' hizo!

—No te le dé na —le ijo—, no te le dé na. ¿A que te tienen que devolver tu pago? ¡Verís no más lo que le va a pasar al rey mañanal!

Mandó al mozo la reina de que el rey tenía que salir al otro día, mandó que juea el mozo a calentar l' agua y darle té luego, temprano. Se levantó el rey, despejao, se lavó, si arregló y el té no llegaba nunca. Y el mozo... mandó la princesa que pusieran al lao di ajuera el tacho con l' agua, entonce era tacho, lo puso al lao di ajuera. Y le decía el rey:

—¡Pero échale leña al juego, puh, hombre!

—Tiene harta, señor, tiene harta.

Casi quemó la cocina, le echaba leña, tenía un alto de brasa y no hierva nunca ¡por Dios! Cuando tanta rabia le dio que tanto había porfiaio, ya eran las diez ya y toavía sin desayuno y él, que tenía que salir, pu. Y sale pa juea a ver, cuando ve el tacho ajuera en la puerta y el juego estaba aentro así un alto 'e brasa.

—¡Pero, hombre —le ijo—, cómo te li ocurre que va hervir esa agua, si la teníh ajuera y el juego está aentro!

—¡Ah! —le dijo—. ¿Y cómo el hombrecito no se heló, porque ardía una lucecita chiquitita qui ardía y si apagaba, qui ardía y si apagaba, y la tetera que tiene tanto juego allá tan cerca, por qué no va hervir el tacho?

—¡Bah! —dijo—. Mi mujer ha sío ésta, otra no ha sío.

Ya pasó, le dio la reprensión que por qué si había metío y le dijo ella que pa qué era injusto, que cómo se li había ocurrido que con una lucecita s' iba alumbrar un hombre de tan lejo la luh y s' iba calentar.

—¡Ya 'sta! Te voy a perdonar —le dijo.

La perdonó.

Despuéh al tiempo otra vez vienen unoh hombres di a caballo y están en una *tomaúra* y habían vario. Llegó un hombre di a caballo en un caballo y llegó otro en una yegua, una yegua paría, venía con un potrillito chiquitito toavía, nuevito. Tomaron ahí en la fonda y después que tomaron se jueron, uno pa un lao y otro pal otro. El potrillito, como era nuevo, siguió al caballo, no siguió la yegua, sinó qui al caballo. Entonce el otro volvió pa atráh y le ijo:

—Mira, hombre; mi potrillito ti ha seguío a voh. Es mío el potrillo. ¿No ves que es de mi yegua?

—Como el potrillo lo siguió, tiene que ser de mi caballo.

—¡Pero el tuyo es caballo, puh, hombre! ¡Cómo te va ser igual!

—Sí, igual.

—Sí es mío el potrillo.

—Es mío el potrillo.

Estos porfiaron. Entonce dijo él:

—¡Bah! Yo voy a ir onde el rey, yo no le voy a ejar el potrillito a él, cuando es caballo el de él y el mío es yegua. ¡Cómo!

Se jue, pue, a demandarlo. Entonce le ijo el rey:

—¿Y cómo jue esto?

—*Tábamos* tomando, señor, en tal fonda, el potrillo ha seguío al caballo y nu ha seguío a la yegua, que es la mama.

—¡Bah! —le ijo—. Pónganse allí ajuera. A ver; el que sigue el potrillo ése eh el dueño 'el potrillo.

Ya 'sta, lo pusieron ajuera y na, que el potrillo sigue al caballo, no siguió la yegua, sinó qui al caballo. Tonce le dijo el rey:

—No, es del caballo el potrillo. ¿Cómo sigue al caballo?

—Güeno, pue —le ijo.

El rezongó y rabió, pero tuvo qu' irse. Jue llorando, se dio güelta por otro lao hasta que llegó onde podía hablar con la reina. La llamó.

—¿Qué queríh, hombre? ¿Por qué llorái?

—Porque mi rey hizo la justicia mal —le ijo—. Mire, pue; mi yegua es yegua y el caballo de él es caballo, y el potrillo, como es nuevo, siguió el caballo y ahora dice que es de él el potrillo.

—¿Y el rey qué le dijo?

—Que era del caballo, porque el potrillo siguió el caballo.

—No te le dé na —le ijo—. Mira; va ir a sembrar él, van haber unos sembraore allá, a otro fundo, lejo, va ir el miércole. Ustede prepárense allá onde hay tres camino y hay un potrero así como con esquina, ahí junten quilos, junten basura, leña, y tengan un fondo y le echan cebá, más que pierdan un poco ponen la cebá a cocer ahí y tienen el saco llenito como que lo van a cocer ustede, ese no lo van a cocer.

Güeno, entonce vino el día miércole. Elloh el día marte *taban* listito con su saco de cebá, suh arao, toíto como qu' iban a sembrar y el fondo haciendo fuego. Cuando vieron que venía el rey, li apuraron el fuego al fondo y llegó el rey.

—Güenos día, niño. Güenos días, niño. ¿Y qué están haciendo? —le ijo.

—*Tamos* sancochando cebá, porque vamo a ir a sembrar este potrero y aquel otro di allá y *tamos* soncochando.

—¿Pero cómo se leh ocurre que la cebá sancochá la van a sembrar y va a salir?

—Sí, señor. ¿Por qué no puede salir, cuando los caballos paren tamién y la cebá no va a salir *tando* sancochá? Tiene que salir no máh.

—¡Vaya! —dijo—. Esta es mi mujer. ¡Va a ver lo que le va a pasar esta tarde! Güeno, váyanse, no sean lesos, váyanse pa la casa y esta cebá tuéstanla bien y se la comen, y no vayan a sembrarla, porque es por no ejar.

Se jue el rey, enojao con la señora, porque cómo iba a salir la cebá sancochá y el caballero sabía, pue. Llegó a la casa y le ijo:

—¿Por qué se mete en esto? ¿No le ije que no se metiera nunca en estas cosah, en mis demandah, en mis justicias que tengo?

—Sí, pero yo tamién le dije qui usté hiciera justicia justa y dere-

cha y esas no son derecha. ¿Cómo se li ocurre qui un caballo va a parir? No, pue, un caballo no pare, la yegua es la dueña del potrillo y no un caballo.

—¡Bah! —dijo—. Güeno, entonce tendrá que perdonar otra vez. Si no te quisiera tanto y que quero tanto a mih hijo, no te dejaba viva, pero ¿quén me cuida mih hijo?

Güeno, entonce sigueron viviendo con sus niño. Ya 'stan educando los niños, grandes ya, toos bonito, bonito.

Cuando de la noche a la mañana ¡tas que se le puso a un vecino de él de quitale el terreno a otro dueño! El dueño tenía su escritura como propietario. Y entonce, pue, el rey li había dicho que el otro no era na dueño, que se queara con la casa y sitio, con too. Entonce ella dijo que no, ella le dijo:

—Vayen, agarren un güey y una vaca de él, a ver si acaso le gusta. Entonce lo jueron agarrar.

—¿Y por qué lo agarrái?

—Güeno, ¿y cómo Julano agarró el terreno y la casa y too, y que nu es de él y se lo lleva y dice usted que ellos son los dueño y a ellos les pertenece? Yo también agarro eso y digo que es mío, me pertenece a mí.

—¡Bah! —dijo, na le ijo—. Esto ha sío mi mujer. La voy a echar a l' hoguera. No te perdono máh.

Entonce tenía una hoguera prendía para otros malo, otros hombres malo y demáh.

—¡Ah! —le ijo—. No te la perdono más. No me quean loh hijos guachos, ya 'stan grandes, ya 'stan educándose.

—Güeno, el único pedío que le pido yo, que tiene que darme un abrazo, a la hora de echarme tiene que darme un abrazo y un beso.

—Bien, pue —le ijo—, ya 'sta, ta bien.

Cuando jueron pa allá, dijo él:

—Ya te voy a echar aentro y te voy a echar yo mismo.

—¡Ah! Muy bien, pue —le dijo—. Así quería yo. *Tonce*, ya 'sta, déme el abrazo.

Le dio el abrazo y el beso y no lo largó nunca, pue.

—¡Güeno, lárgate!

—Güeno, si usted quiere entrar a l' hoguera, entramo, pue, pero entramo los dos. Sí, pue, sola no entro.

Y se acabó el cuento.

LA APUESTA SOBRE LA CASTIDAD DE LA
ESPOSA

Este era un caallero, un rey mejor dicho, que tenía un solo hijo, un príncipe, y muy educao como príncipe que era. Como jue tan educao, un día dijo el rey:

—Mira, hija —le dijo a la reina—, quero arreglar dos barco pa que vaiga mi hijo a la estranjera pa que vaiga a buscar comercio.

Le arreglaron sus barcoh y se jue el príncipe. Cuando ya entró a altos mare, principiú a salir viento y levantarse el mar que ya estaba que ya se hundía. ¡Qué mandah haría el príncipe pa que parara el viento y no se hundieran los barco! Entonce prometió, dijo: “Voy a buscar una niña pobrecita, la más infelice que hubiera, y ésa va a ser mi señora”. Este príncipe, cuando ya prometió eso, ya jue pasando el viento, entonce ya pasó el viento, calmó el mar. Entonce salieron a tierra y llegaron al pueblo, principiaron a preguntar ónde había pobrerío. Este príncipe no llegaba a la casa 'e los rico. No pudo hallar niña pobre en ese pueblo. Se embarcaron. Se jueron a otro pueblo. Mandaba a su gente a tantiar aonde habían niñas pobreh y él también. Hallaban niñas pobres, pero al igual que *icia* no hallaban. Se embarcaron otra veh. Anduvieron una semana enbarcao. Salieron a un pueblo chico, y dijo él:

—En este pueblo chico puede haber pobreh.

Entonce salió al campo, halló un caminito muy trajinao y muy angosto y dijo:

—Este es camino de pobre.

Y siguió caminando. No mucho qui había andao, halló un *guapecito* chico, y había unas ramitas paráh y dijo:

—Yo aquí voy a hallar pobrezah.

Cuando iba llegando a las ramitas, ladró un perrito y sale una niña bien desnúa y, cuando lo vio, se entró pa entro y se jue a meter a un montoncito de rama. Cuando dentró el caallero, había una viejita y le dijo:

—Güenos día, señora. ¿Y *ta* solita?

—Sí, señor, yo solita estoy, con mi viejito no máh.

Entonce le dijo:

—¿Cómo va a ser eso, señora, tan viejita y que no tenga hijoh?

—Sí, señor, yo *choy* solita no máh.

—¡Cómo va a ser eso! ¿Y esa cara que yo vi cuando venía llegando aquí?

—Yo jui, *cheñol*, —le dijo.

Entonce le dijo:

—¡Cómo va a ser eso! ¡Aquí estará la niña!

Y jue a destapar las rama.

—Aquí está la niña —le dijo.

Y la niña estaba bien desnúa. Entonce le dijo el príncipe:

—Esta es mi señora.

Se sacó el abrigo y se lo puso a su señora. Como siempre el rico manija hasta dos camiseta, se sacó una y se la puso a la señora. Cuando dijo la viejita:

—Usté lleva a mi hija; yo también me voy.

En eso llega el viejito too *chuyeco*. Cuando vio ese caallero, se *sohprendió* el viejito. Y le dijo el príncipe:

—Yo me voy a llevar esta niña, y va a ser mi señora.

El viejo dijo:

—Yo también me voy.

—Güeno —le dijo el príncipe.

Le dio plata al viejo y too en apunte, la ropa pa la niña. Le dijo:

—Lleve plata pa que compre zapato pa la vieja, el viejo, pa la niña, y allá lleve plata que le pague a los mozos que lo vengán a dejar.

El viejo se paraba y se caía de contento. Así que jue sacar la ropa, y se jueron. Cuando ya se jueron pa su casa, se jue pa su barco con su señora, el suegro y la suegra.

Cuando llegó a su ciudá y le dijo el rey:

—¡El comercio que juiste a *trer*!

Entonce le dijo él:

—No traigo ninguna cosa, porque el mar se levantó y el barco estaba hundiéndose. Yo hacía muchas mandas, que ya se hundía el barco. En seguía prometí —le dijo— de uscar una mujer bien pobre, de las bien pobre. Y cuando lo prometí eso, luego jue pasando el viento y bajó el mar, y por eso salí a tierra a uscar niñas pobre y no podía hallar. De tanto andar encontré ésta engüelta en las rama.

Entonce le dijo:

—Cásate, pue, hijo.

Y jueron a uscar el cura, los civile. Se matrimoniaron. Cuando se casaron, le dio un pañuelo y un anillo con el nombre y el apelativo.

Este joven era muy *amio* de la misa, iba con su señora toos los

domingoh a misa. Y un día oye una conversa que tenían dos caallero y *ician* los caallero:

—Mi mujer es muy honrá.

Y el otro *icia*:

—La mía es máh.

Entonce dijo él:

—Déjense de cosa. La mía es máh.

—¿Hacimoh una apuesta que yo le voy a tener una prenda de su señora? Va a hacer un viaje y en ese viaje se la voy a tener.

Hicieron una apuesta de fundo y casa a puertas cerrá.

Así que el caallero, cuando hizo la apuesta, le dijo a su señora en la noche:

—Voy a hacer un viaje de un meh.

Y le dijo ella:

—¿Cómo va a ir? Yo también voy.

—No —le dijo él—, te quedas voh.

De esa hora ella principió a llorar.

—De una manera yo me puedo quedar —le dijo.

—¿Y de qué manera te vah a quedar?

—Déjame debajo 'e *llae*, empliá y empliao a no salir ninguno pa juera.

Y así lo dejó con *llae* too y se jue el caallero.

El otro que hizo la apuesta no podía hablar con naiden. Un día ya se va enterando el plazo y no podía tener ninguna prenda de la señora. Trajinaba día y noche y no podía hablar con ella y con naiden. Y un día encuentra una vieja, y él iba renegando, y le dijo ella:

—¿Por qué va renegando tanto?

—Cállate, vieja cochina, que te voy a dar una patá y te reviento.

Y le dijo:

—Yo puedo hablar con esa niña; págueme.

—Te pago cien pesos por una prenda de la señora.

Cuando llegó a la puerta:

—¡Ay, hijita! Abreme la puerta, hijita —tiritando—; soy tan pobre.

Entonce dijo la niña:

—Ábranle la puerta a esa viejita. Yo, cuando éramos pobre, esas mismas necesidaes pasábamos nosotros.

Ai se compadeció la niña. Le abrieron la puerta a la viejita. Di ai le dieron de comer a la viejita. Y principió la niña, porque ya iba enterando el meh y no sabía de su marío. Así es que le dijo la niña:

—Aloje aquí, agüelita, en mi pieza pa conversar, pa desechar un poco las pena, pa que me consuele usted, agüelita.

Entonce alojó la viejita ahí. Y la niña le había enseñao el anillo y el pañuelo que estaba con nombre y apelativo del príncipe. Como la niña estaba trasnochá pensando en su marío, se quedó dormía. Cuando le pilló el sueño, la vieja le robó el pañuelo y el anillo.

Y al otro día ya iba a llegar el caallero con su barco. Y el caallero, cuando jue al pueblo, se compró un cajón como *ataúl* y muy arreglao con *llae*. Dijo: —“Bien puede haber una traición de mi mujer”.

Cuando ya llegó la embarcación, pitio. El otro se jue contentazo, le jue a enseñar el pañuelo y el anillo. Cuando ya llegó, ella lo jue a saludar *inorante*. Ella halló a su marío demudao ya. Y al otro día le dijo:

—Hija, compré un cajón y, si acaso yo me muero primero, me vah a echar, y, si mueres primero, yo te echaré al cajón.

Y se jueron al barco ella y él, y a enseñarle el cajón. Entonce:

—A ver, hija, entra vos si anda bien.

Dentró al cajón.

—Arréglate bien. ¿*Ta* bien?

—*Ta* bien —dijo.

Le baja la tapa, le puso *llae* y lo botó al mar.

Cuando llegaron los viejito, le preguntaron:

—¿Adónde está, hija?

Y le dijo:

—Yo, cuando yo llegué, no estaba na aquí.

Entonce le preguntan a lah empliá que cuando jueron al barco si volvió la señora.

Entonce ya el caallero le pasó el fundo al otro. Y en seguía tomaron preso al caallero.

La niña anduvo mucho en el mar en el cajón, y después lo botó a l' orilla 'e playa. Andaba un viejito a l' orilla 'e playa, va el viejito, vio el cajón, lo dio güelta, y vio la *llae*, y destapa el cajón y vio una niña bonita, que cara como ésa no había máh. La sacó el viejito y se la llevó pa su casa. Ai tuvo la niña mucho tiempo con sus viejito. Como en esa ciudá había un rey que no consentía que ninguna niña esté allegá a ninguna parte, toas las recogía el rey. Salfan comisioneh a los campo, revisando donde habían allegao. Pillaron a la niña. Le preguntaron al viejito aónde había hallao una niña. El le dijo:

—A l' orilla 'e playa, en el cajón.

Así es que el rey llevó la niña. Como era una niña tan bonita que la misma reina no tenía esa cara que tenía la niña, al rey luego le bajó la atención. Entonce le dijo la niña a la reina:

—¡Traición, mi reina!

—¿Qué mercé, pideh, hija?

—La mercé que yo pido es que me mande de rey a tal ciudá.

—Güeno, hija.

Y el rey, como hacía sus viajes lejo, esperaba que haga un viaje el rey. Cuando hizo su viaje el rey, le acomodó un barco bien arreglao y la vistió de rey, y se jue en el barco. ¡Cuando llegó a la ciudá esa la nombrá del rey nuevo! Los primeros que llegaron a visitar al rey nuevo jueron los viejito. El rey, cuando vio los viejito, conoció a sus mayores.

—¿Y qué dicen? Güenos díah, anciano —les dijo el rey.

—Nos venimoh a querellar que mi hija se casó en un viaje que hizo al barco y, cuando volvió, ella no venía.

Entonce le dijo el rey:

—Güenoh anciano, su hija va a llegar muy luego.

Así que el rey le dio plata y vestuario a sus viejito, porque estaban muy desnúo.

—Váyanse pa su casa —les dijo—, que muy pronto llegará su hija.

Así que se jueron los viejitos contentos también.

El día sábado era visita de *carce*. Se jue a la visita de *carce* y le jue a preguntar a los preso:

—¿Por qué delito estás vo? No me nieguez.

Unos que *ician*:

—Yo estoy preso por un crimen.

—¡Juera!

—Yo estoy preso por un animal que robé.

—¡Juera!

—Yo estoy preso por unas necesiae.

—¡Juera!

Y al último venía uno too roto y mugriento y viejo. Y le dijo:

—¿Por qué estás preso?

—Por un crimen que levantaron a mi señora.

—¿Por qué jue?

—Por un viaje que jui a hacer. Cuando yo llegué, ya no estaba mi señora.

Entonce le metió el deo en un tornillo. Di ai jue que dijo:

—Por una apuesta que hice con Julano de Tal. Había dos caallero en la misa que *ician*: “Mi mujer eh honrá”, y el otro *icia*: “La mía máh”. Entonce dije yo: “La mía es máh honrá”. Entonce me dijo que me tenía una prenda de mi mujer del viaje que yo iba a hacer.

—¿Y te la tenía?

—La tenía, sí.

—¿Y será cierto?

—Yo no lo sé, pero la prenda me la tenía y yo boté a mi mujer al mar en un cajón.

—¿Y *ta* vivo el apostaor?

—Sí.

—¡A buscarlo!

Mandaron el ejército. Cuando trujeron el apostaor, le dijo:

—¿Y es cierto que le tenías la prenda de esa niña al caallero?

Entonce le dijo:

—Sí.

—¿Y hablaste con la niña voh?

—Yo no le he hablao na.

—¿Y quién habló?

—Por una vieja. Una vieja me jue a *trer* las prenda.

—¿Y *ta* viva la vieja? Vaigan a *trer* a la vieja.

La vieja la llevaron a la rastra. Llegó la vieja.

—¿Por qué juiste a *trerle* esas prenda a esa niña?

—Por mis pobrezas, mi rey —le dijo.

—Por tus pobrezas juiste a perder a esa niña. ¿Qué te dieron?

—Cien peso —le dijo.

—Van a buscar los potros más bravo.

Los jueron a *trer*, amarraron la vieja a los potro. Y toavía andarán los potros con la vieja a la rastra.

Le dijo:

—Güeno, le vah a entregar los bieneh a este caallero, los del caallero y los de él también.

Le dijo a otros mozo:

—Me van a calentar tres peroles di agua.

En seguía le dijo:

—Te voy a matar.

Mandó a buscar siete barberos para hacerle el aseo al esposo. Llegaron, lijerito lo rasparon como un chanco, bien raspao. Cuando ya estaba respao, le dijeron:

—Ya 'sta, mi rey.

Ya lo pasaron a lah otras pieza. Entonce ella se vistió de señora y le dijo:

—¿Me conoceh, ingrato mal pagaor? Yo soy tu mujer.

El se paraba y se caía, en pelota. Entonce le pasó el informe de rey pa que mande él. Toavía estará mandando.

LA APUESTA SOBRE LA CASTIDAD DE
LA ESPOSA

Este era un caballero que se llamaba Manuel y vivía solo en su casa, y él tenía un despacho. Entonce él dijo un día que la primer niña que llegue en la mañana tenía que ser su esposa, sea tuerta, sea coja, sea pobre, sea como se sea, es que dijo. Toca que va llegando una niña pobre, que pudo entrar, pero pa salir tuvo que salir reculando de pobre que era, porque delante no más tenía vestido y atrás no tenía na. Pero era una niña muy bonita, y entonce dijo el joven:

—Nadie más va a ser mi esposa no más que ésta.

Y él le preguntó por qué salía reculando y ella le contestó de que no podía salir de otra manera porque no tenía vestido atrás, naa más que adelante. Entonce le preguntó que quién eran sus padre. Ella contestó que su padre se llamaba Juan y era muy pobre. Era carbonero su padre. Entonce es que él dijo:

—No importa que sea pobre, pero el hecho que usted tiene que ser mi señora.

Así que el caballero le hizo a la niña un buen regalo y dijo que se haga un traje. Así que la niña llevó a escondía de su papá y se lo enseñó a su mamá el paquete, y le dice la niña que le diga a su papá que a las doce en punto lo espere, que iba a ir a hablar con él. Así que cuando llegó la hora de las doce llegó el joven a la casa. Comenzó la viejita y él le dijo:

—¡Aló! ¡Aló!

Y la viejita avergonzá salió, porque adelante tenía vestido y atrás na, así que salió de frente y después reculando pa dentro. Ya pronto comenzó a llamar a su marido y le pegó como tres grito, y el viejo menos que oír.

—¡Ven, oye! ¡Ven, oye! Te necesita —es que le decía.

Y el viejo, cuando llegó, muy asustao con un hacha al hombro. Y el caballero le dijo:

—No se asuste, viejito, que lo vengo a saludar. Buenos día, don José. ¿Cómo le va? —es que le dijo—. Yo desiaba de hablar con usted, porque yo quería pedirle su hija pa casarme.

Y entonce el viejo, enojao, le dijo:

—¡Retírese, caballero, retírese! ¡No se venga a burlar de mí!

Ya este viejito no creía na lo que el otro le decía, enojao que de lejo le daba con l' hacha. Y a esta hora, enojao el viejito, llamó a la hija pa preguntarle a ver qué le había dicho el joven. Ella es que le dijo:

—Este me dijo que él tenía un prometimiento, que la primer niña que llegue a su despacho tenía que ser su señora y jui la primera que llegué de toa. Así es que él me dijo que tenía que ser su señora y por eso es que este joven vino ahora.

—¿Pero, hija, cómo te vah a casar, siendo que somos tan pobre?

Ya este viejito, tanto que le rogó el joven, *creó* lo que le decía. Así es que días van y días vienen ya quedaron preparaos pal casamiento. Así que el joven hizo llevar los veteranos a la casa y la niña. Entonce di allá vistió al viejo de gran caballero y a la mamá de la niña igual. Ya se casaron, buscaron civil y cura, ya se casaron.

Así es que esta niña nadie la veía, ella estaba oculta en su casa con su marío. El caballero en su tienda puso al suegro de mayor pa que venda y la mamá pa que disponga too. Ya la señora no se metía en na, empliá y cuantas cosa.

Así que un día llegó un rico envidioso a la casa y el joven iba a hacer un paseo. Así es que el joven se quería ir a su paseo, el rico le dijo:

—Le hago una apuesta, amigo, que su mujer lo va a traicionar mientras que usted va a andar en el buque.

El a la señora no le dijo que iba a pasiar, se jue callao no máh, de la apuesta no le chilló ninguna cosa ni le dijo tampoco qué día iba a llegar, así que esta señora estaba tan sorprendía que su marío se había ido callao la boca.

Así es que cuando se jue el caballero a andar, ya el otro rico le conversó a una vieja hechicera, le dijo que cómo lo podía hacer pa ganar la apuesta. Entonce la vieja le dijo:

—Esa es la cosa más fácil. Yo voy a ir esta noche a alojar allá, y me voy a dentrar al dormitorio y voy a decir que soy tía de la señora.

Así que cuando la vieja llegó, le dijo a lah empliá:

—¿Adónde está mi sobrinita, que soy la única tía que tiene ella viva?

La vieja asquerosa llegó en la noche. Así es que llegó, la abrazó a la señora con cariño, ya se jue haciendo alojá y que iba a dormir en la misma pieza de ella en el dormitorio.

—Yo voy a alojar aquí no máh —es que le dijo— pa cuidate.

Mientras que la señora se descuidó, pasó la vieja con un ataíto de

chinche y se lo plantó a la cama. Ya la señora de comezón que no aguantaba.

—¿Qué es lo que tengo? —es que decía.

Y en la pierna izquierda tenía un lunar amarrao con una cinta lacre. Así que la señora sacó su cama para poder dormir y la vieja estaba abajo catiando lo que veía. Así que la señora, tanto que buscarse cochiná, al último se quedó dormía. Se sacó su anillo y lo dejó encima del velador, la camisa de dormir igual, la cinta que tenía en el lunar también. A esa hora la vieja, cuando la señora se quedó dormía, le robó la cinta, el anillo y la camisa, y ella se jue inmediatamente.

Y así que al otro día llegó el rico donde la vieja. Le dijo la vieja:

—Estamos listos con la apuesta. Aquí tengo toas las señah, tengo la cinta lacre, y la camisa y el anillo, porque ya mañana va a llegar él.

Así es que cuando venía el buque, el rico estaba ya en el puerto a encontrar a su amigo. Y la apuesta era de fundo, a puerta cerrá, toa la fortuna. Así es que cuando llegó el amigo al puerto, le dijo:

—Buenos día, querido amigo. ¿Qué dice usté? Le gané la apuesta, y aquí están las *prebah* y por más seña su señora tiene en la pierna un lunar café.

Así es que el caballero, agachao, no le chilló una sola palabra. Se jue para su casa, llegó allá, le dio los díah a la señora y naa máh. Ella, muy *sohpren día*, dijo:

—¿Qué le pasará a mi marío, cuando nunca solía ser así?

Así es que al otro día el caballero invitó a su señora a un paseo, pero no le chilló na aónde, y le dijo a un zapatero que él tenía. Cuando llegaron a la orilla del río, se embarcó, le dijo a la señora que se embarque en el bote y le dice a su zapatero:

—Mata esta traicionera y me traís loh ojos pa creer yo que es muerta.

Entonce el zapatero se jue bogando con la señora y atravesaron el río. Y entonce le dijo el zapatero, cuando llegó al otro lao del río, a la señora:

—Señora —le dijo—, el patrón me había dicho que le sacara loh ojo, pero yo no la voy a matar, yo voy a matar mi perra y le voy a llevar loh ojos de mi perra.

Entonce ella le dijo:

—Muchas gracia, es güeno saberlo, pero tú —le dijo— me vah a prestar tu ropa y tú vah a llevar la mía.

Ya la señora se mandó a cortar el pelo. El hombre con el bote se jue aonde el patrón. Cuando llegó allá, le dijo:

—¿La matate?

—Sí, patrón; aquí están loh ojo.

—Muy bien —le dijo él.

Ahora hay que volver atráh. La pobre señora lo que hizo se jue en busca de trabajo, vestía de hombre con el pelo cortao. Ya llegó por aquí donde un carbonero, pidiéndole trabajo de carbón. Así es que ai se puso a trabajar la señora un par de día. Después se jue, anda y anda, anda y anda.

Por fin llegó cerca de un palacio de un rey buscando trabajo. Un joven, un hijo del rey, le dijo a su papá:

—Papá, un joven anda buscando trabajo, pero un joven muy lindo.

—Dale trabajo —le dijo él.

—¿Qué trabajo le vamoh a dar?

—Mañana lo vah a llevar a la cordillera a rodiar unos toros bravos pa ver si acaso es de a caballo.

Entonce el joven, cuando amaneció, le dijo:

—Vamoh a ir, güen amigo, a la cordillera; va a ensillar usté.

Así que el joven ensilló el mejor caballo que había y le tira una rienda por la orilla de un cerco, que lo echó de potito al suelo. Así es que el joven dijo:

—¡Caramba! Parece que éste es más jinete que yo —dijo.

Así que se jugaron en busca de los toro. De la primer laciá lació uno y lo encorvó, que se le jue de hocico a la tierra. El otro joven quedó *sohprenديو* por qué podía ser tan güeno pal lazo. Ya llegó y le dijo a su papá:

—Papá —le dijo—, el joven es mejor que mí pal lazo; pero yo digo parece que es mujer.

—¡Anda, leso! —es que le dijo el rey—. ¿Cómo una mujer va a ser tan güena pal lazo? Mañana lo envitah —es que le dijo— a buscar unos potrillos, los más chúcaros que hay.

¡Qué! El joven, apenas llegó, le tiró el lazo al más chúcaro que había y lo encorvó lijerito. Ya se jue a decirle a su papá otra veh el joven:

—¡Este joven se puede imaginar lo güen lacero que eh!

Pero el joven le dijo:

—Papá, parece que juea mujer.

—No —le dijo—. ¿Cómo va a ser mujer, siendo tan güeno pal lazo? *Tah* equívocao voh. Invítalo mañana y lo llevah al baile aonde hay niña.

Así es que ya lijerito el joven llegó, tapó la mesa de licor, luego

sacó no máh una niña al baile y, cuando llegó la hora de dormir, se la llevó a la cama. Así es que despuéh es que le dijo a la niña:

—Yo soy niña como usted.

Le dio toa la plata que andaba *traendo* pa que le guarde secreto y no chille ninguna cosa. Así es que ya el joven luego se levantó y se jue con su patrón otra veh. Ya le dijo a su papá.

—¿Cómo anduviste? —le dijo el papá.

—¡Qué! —le dijo—. ¡Cuando jue el primero que rompió el baile, tapó la mesa de licore y se llevó una niña a dormir!

Así es que ya no hallaba más trabajo que darle; el joven se había desengañao bien. Ya es que le dijo el rey:

—Mire, mi güen joven —es que le dijo—; porque usted ha sido una güena persona en mi casa, le voy a regalar un palacio —y le puso una corona pa que sea rey igual que él.

Así que di ái el palacio de él estaba muy cerca donde vivía el marío de ella. Ya este rey un día mandó a buscar al tal Juan y mandó carabineros que se lo vaigan a traer. Así es que cuando ya llegó el hombre ese, es que le dijo:

—Güenos día.

—Güenos día, señor.

—Lo he mandao a buscar a usted, porque me dijeron a mí que usted era casao. ¿Y su señora que la hizo?

—Sí —es que le dijo él—, era casao y mi señora me traicionó —es que le dijo—; por eso yo la mandé a matar.

—¿Está seguro usted? —es que le dijo.

—Sí —es que le dijo él.

—¿Y cómo jue? ¿Cómo lo traicionó?

—Yo salí a un paseo y un caballero, vecino mío, me hizo una apuesta a puerta cerrá con too lo que él tenía, que mi mujer m' iba a traicionar mientras yo ande en viaje.

Al otro día mandó llamar al rico envidioso con carabineroh, a golpes, como puedan traerlo. Cuando llegó:

—Güen día —es que le dijo—; aquí estoy a su llamo, señor.

—Sí —le dijo el rey—, entonces dígame ahora cómo jue la apuesta que le hizo este caballero.

Entonces le dijo:

—Sí, señor, le he hecho una apuesta que mientras que ande en viaje su señora lo iba a traicionar.

—¿Y qué hizo usted pa que la señora lo traicione?

—Yo hablé con una vieja hechicera y la vieja me dio toos los datos cómo lo podía hacer.

Al otro día el rey mandó a buscar a la vieja hechicera que se la traigan, si es posible a golpe. Entonce llegó la vieja onde el rey y le dijo:

—Güenos día, señor. Aquí estoy a su llamao.

—Sí —le dijo él—, te he mandao a llamar. ¿Qué jue lo que te dijo este rico envidioso pa ganar la apuesta?

Ella le dijo:

—Me dijo que tenía una apuesta que no hallaba cómo ganala. Entonce yo le dije que era la cosa más fácil. Me jui onde la señora iciendo que era sobrina mía. Entonce yo llegué y pregunté por ella. Luego lah empliás me dicen que la señora no hablaba con nadie. Yo le dije que conmigo tenía que hablar, porque yo era la única tía de ella y yo tenía mucho deseo de conocerla.

Así es que cuando la señora mandó icir que le abran la puerta y que dentre pa dentro. Así es que la vieja cuando llegó onde la señora, que era su tía que tanto años que no la veía, pu aquí, pu allá, la vieja le largó un atao de chincheh y la señora se puso a rascarse que ya se volvía enteramente loca. Ya en eso la vieja le vio que la joven tenía un lunar tapao con una cinta lacre. Ya a la señora al último le bajó sueño. Por último la vieja le robó el anillo, la cinta lacre y la camisa de dormir, y esas se las pasó al rico.

—¿Así jue? —le dijo el rey.

—Sí, mi güen rey, así jue.

—Está muy bien entonce —le dijo al rico envidioso—. Usté le va a devolver toa su fortuna a este caballero inmediatamente.

Y a la vieja mandó buscar los potros más chúcaros que había pa echale a volar los polvo a la vieja. Así que la amarraron, una pierna en caa lao de un potro y la partieron.

Y le pregunta ahora al caballero:

—¿Conociera usté su señora, si la viera?

—Sí —le dijo él—; viéndola, la conociera, mi güen rey.

Entonce ella le dijo:

—¿La conociera, si la viera? —tres vece.

—¡Cómo no, mi güen rey! Yo la conociera, si la viera.

—Yo soy su señora.

Así es que lo mandó a raspar y bañarse y a mudar lo con el terno más fino que había.

Y se acabó el cuento, pasará por una matita de poroto para que otro cuente otro. Y elloh estarán viviendo juntoh hasta que se mueran y acaso no se han muerto. Y too quedó hasta ahí.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ESCOLÁSTICA GARRIDO.

129

LA APUESTA SOBRE LA CASTIDAD
DE LA ESPOSA

Estoh eran doh hermano que se criaron güérfano. Pegro el mayor y Juan el menor. Así que estos dos jóvene, cuando jueron hombre, los dos se casaron. A los muchoh años que estuvieron junto, se le ocurre al mayor de *icile* al hermano menor:

—Si tú sabís qué falta tiene mi señora en el cuerpo, ti apuesto el fundo a puertas cerrá, si adivinah.

Así que el hermano menor le contesta:

—*Ta* bien.

—Te voy a dar de plazo seis mese para que estudieh y veas la falta que tiene mi mujer.

Así que este Juan salió andar los seis mese de plazo que le dio el hermano. Entonce llega Juan, habló con una viejita adivina. Un día ve la mujer de Juan al marfo muy triste, entonce le ice:

—¿Qué sacarís con saber tú a la mujer? Yo te puedo dar un consejo.

—Güeno.

Así que la mujer trató di hablar con la viejita. Entonce la viejita le ice:

—Eso es lo más fácil. Yo voy hacer empeño a ver si le puedo encontrar la falta a la mujer de este caballero.

Se va la señora mágica onde la señora de Pegro. En la visita que le hizo le roba una tijera di oro a la señora de Pegro para él mostrarle la tijera di oro que tenía su señora.

Llega Pegro a los seis mese y le ice:

—¿Cuál es la falta que le encontraste a mi señora, hombre?

Juan le mostró las tijeras di oro. Entonce le ijo Pegro:

—No, pueh, hombre; esas no son faltas del cuerpo. Yo voy a darte

seis mese más de plazo para que adivines la falta que tiene mi mujer en el cuerpo.

Así que Juan trató di hablar con la viejita otra veh y ice:

—Las tijeras no son faltas del cuerpo.

La señora le ijo:

—Voy a ver si puedo ver estas faltas del cuerpo de la señora.

Entonce la viejita junta una multitud de polilla y se jue onde la señora de Pegro. Llega la viejita, la señora la pasó a entro. Se para la señora de su asiento onde está sentá. Entonce la viejita toma el puñao de polilla y se lo tira debajo del asiento onde se va a sentar otra veh.

—¿Y qué es lo que me pasa —le ijo la señora a la viejita—, una multitud de cosas que tengo en el cuerpo, que estoy loca?

Así que entonce le ice la viejita a la señora:

—¿Por qué no se ve el cuerpo? ¿Qué tiene?

La señora se para y dentro pa dentro en la pieza. Se desnúa la señora y principia a limpiarse el cuerpo. Entonce la viejita se para y va a mirar por el agüjero de la llave onde está la señora, entonce vio una falta en la señora de Pegro, un cabello que le salía del ombligo y le rodiaba el cuerpo. Llega la señora y se sienta otra veh. Entonce le ice la viejita:

—Yo me voy.

Se jue la viejita y habla con Juan.

—Mire, Juan; la señora de Pegro tiene un cabello que le sale del ombligo y le da güelta la cintura en contorno.

Entonce le ice la viejita:

—Esa es la falta que tiene la mujer de Pegro.

Así que Juan quedó conforme con la noticia de la viejita.

—Eso no máh era lo que yo quería saber —le ice.

A los pocos tiempos llega Pegro y le ice:

—¿Adivinate, hermano, la falta que tiene mi mujer?

—Sí —le ice él—. Tu mujer tiene un cabello di oro que le nace del ombligo y le da güelta la cintura, y esa es la falta que tiene tu mujer.

En eso dice Pegro:

—¡Maldita sea la desgracia mía!

Entonce Pegro trató di hacer una jaba. La señora no sabía para qué estaba haciendo eso. Cuando ya tuvo la jaba hecha, le ijo a la señora:

—Prepárate un cocaví, que vamoh hacer un viaje muy largo.

Creó ella que iba andar con su esposo en la jaba. Así que la toma la jaba él y se van al mar. Entonce le ice Pegro a la mujer:

—Embárcate tú primero qué yo.

Entonce lo que hizo Pegro entrar a la señora, le puso llave a la jaba y la bota al mar a la señora.

—¡Ándate! Por no matate, mejor que te tire al mar.

Y se volvió pa atrás Pegro.

Ya esta señora anduvo perdía en el mar como un año y cuenta ella no se daba por donde andaba. Había una ciudá di un rey. Este rey tenía un viejito, que toos los día le iba a pescar pescaoh al mar. Así que el viejito llegó al mar y se encuentra con la jaba a l' orilla del mar. Va el viejito y mueve la jaba y li habla la señora aentro:

—Si es de esta *via* —le dijo ella—, sáqueme porque ando como una cosa perdía, no sé aónde estoy.

Entonce el viejito lo que hizo, rompe la jaba. En cuanto rompió la jaba, sale la señora y le ice ella:

—Usté es mi *pagre*, porque mi ha salvao 'e la muerte hoy día.

—Señora, yo soy *pogre*.

—No —le ice ella—, no importa, papá.

—Para mi gusto, yo la iría a dejar onde el rey que me tiene aquí para que le pesque.

Entonce le ice la señora:

—No, papá, no me desampare. Tendré que sufrir lo mismo que sufre usté con mi mamá —porque el viejito tenía señora.

Así que *tuvo* mucho tiempo con los viejito la señora. En eso se le muere un general de guerra al rey. Entonce le ice la señora:

—Yo me encuentro capaz para desempeñar el puesto de general.

—¡Pero usté es mujer! —le ice el viejito.

—No importa que sea mujer —le ijo ella—; yo sabré cómo me voy a defender para hacer mi servicio.

Así que entonce le ice la señora al viejito:

—Papá, me va a guardar el secreto usté: yo voy a ser hombre ahora.

Así que el viejito se va al otro día en la mañana onde el rey.

—Señor —le ice al rey—, vengo a ofrecele a mi hijo que tengo en mi casa, que él se encuentra capaz para ser general de guerra.

Entonce le ijo el rey:

—Tráemelo.

Lo que hizo el rey, lo puso al servicio al joven. Principió a hacer su servicio este joven. Entonce un día lo queda mirando el rey, era tuerto el rey, le ice el rey:

—Mi ojito no me engaña. Esta es mujer.

Y tenía una vieja consejera. Entonce le ice la vieja consejera:

—Envítelo a laciár.

Así que lo envitó a laciár el rey y varios lacero. Entonce el rey, tooh no pudieron laciár un potro. Entonce ice el joven:

—¿Qué manos serán las que tienen ustee?

Sacó el lazo el general y les dice a loh otro:

—Córranme pa acá la tropa de *pingo*.

Van pasando por un' orilla, y le puso el lazo a un potro él. Visto que lació el potro el joven:

—No; éste eh hombre —dijo el rey.

Así que se jueron otra veh al mesmo trabajo que él tenía. Al otro día habló el rey con la viejita:

—El lació un potro y esoh otros no pudieron laciár; pero mi ojito no me engaña; éste es mujer.

Entonce le ice la viejita:

—Envítelo a miar.

Entonce el general lo que hizo, compró una *vejía* y la llenó de orine. Y se jueron a la apuesta aonde iban a miar elloh, el rey y él. Saca él su herramienta para miar. Y el joven le ice:

—¿Eso no más lo que aventá usté? Fíjese lo que voy a aventar yo —le ice.

Saca él su herramienta para miar y le pega el apretón y pasó como tres varas más que el rey.

—Me ganate —le ice el rey.

Y se jueron pa la casa. Entonce el mesmo día conversa el rey con la viejita consejera:

—Aventó mucho más que mí esoh orine, ¡caramba!

Entonce le ice la viejita consejera:

—Si usté está apasionao de que es mujer, envítelo a *bañase*.

—Vamoh a *bañalo*, general —le ice el rey.

Entonce este joven andaba *traendo* esta misma *vejía* entre las pier-na. Así que este joven se para en l' agua y suelta una *miá*, y el rey mirándolo.

—¡Caramba —ice el rey—, éste es hombre! Pero mi ojito no me engaña.

Así que se vistieron, se secaron y se jueron. Entonce habla el rey con su viejita otra veh:

—Lo veo yo que plantó una *miá* onde estaba parao en l' agua.

—Entonce eh hombre —dice la viejita.

Entonce le ice la viejita:

—Fíjese cuál va a ser su fin y fíjese no máh.

A los muchos tiempos que estuvo en el trabajo de general le ice un día al rey:

—Mire, señor rey; quero yo salir hacer unas campañas con unos cuatro o cinco militare.

—Bien —le ice el rey.

Se prepararon éstoh y salieron andar. Este joven, del tiempo que salió, supo el lugar onde estaba su marío. Así que éste llegó al lugar onde estaba viviendo su marío. Entonce llega a la casa del marío de ella y le ice el general:

—¡Miral! ¿Y tu mujer que tenía y se llamaba Flora aónde la tieneh?

Entonce el hombre quiso negale que no sabía de su mujer.

—¿Y qué le hicite a tu mujer? —le ice el general—, porque vengo dispuesto a saber de Flora y si no aquí mismo te mato.

Entonce le ice el marío al general:

—Le voy a ecir la verdá, mi general.

—Dime no máh. ¿Y qué hicite?

La boté al mar.

—¿Y por qué la botate?

—Hice una apuesta con Juan que si adivinaba la falta que tenía mi mujer en el cuerpo, me ganaba el fundo a puertas cerrá.

—¡Ah! —le ice el general—, ¿así que porque perdite el fundo botate tu señora al mar?

—De verme perdió —le ice el marío—; lo hice así porque yo no me creí nunca que mi hermano Juan le iba a ver la falta que tenía en el cuerpo mi mujer.

—¡Ah! —le ice el general—, ¿así que Juan le vio las faltah a tu mujer? ¿Y si vierah a la señora Flora, la conocieras tú?

—No, mi general —le ice él.

—Pero *lueo* vah a saber quién eh. A ver, mándame a buscar tu hermano.

Así que el general ordenó una pareja 'e militar y mandó a buscar a Juan. Llega Juan y le ice el general:

—Tú juite el que le ganate el fundo a tu hermano por vele la falta que tenía la mujer de Pegro. ¿Le vite vo la falta?

—No, mi general —le ice él.

—¿Y cómo le ganate el fundo a tu hermano, desde el momento que ni le vite la falta que tenía la mujer de Pegro?

—No se la vi, mi general.

—¿Y cómo —le ice— supite la falta que tenía la mujer de Pegro?

—Mi general, jue por una vieja consejera qui hay por aquí —le ice.

—¡Ah! —le ice el general—, ¿así que ganate la apuesta ciego, naa más que por lo que la vieja te ijo?

Entonce el general le ice a Juan:

—Mándeme a buscar la vieja.

Entonce llega la vieja y le ice el general:

—Mira, señora mayor; cuando Pegro tenía la apuesta con Juan, ¿cómo le vite la falta que tenía su mujer?

La vieja le ice:

—No sé cómo se la vi.

—¡Ah! ¿No sabe? —le ice él—. Dime cómo se la vite, si no aquí mesmo te mato.

Entonce le ice la vieja:

—Yo, mi general, le tiré un puñao de polilla debajo en el sillón onde estaba sentá y entonce la señora se güelve loca a comezone. Por el *dujero* le vi la falta que tiene la mujer de Pegro.

Entonce le ice el general:

—¡Ah! ¿Y cuál es la falta que tiene la mujer de Pegro?

—La falta que tenía la mujer de Pegro era un cabello di oro que le nacía del ombligo y la da güelta la cintura en contorno.

—¡Ah! —le ice el general—, mira, Juan, ¿y cómo vos sin ver la falta que tenía la mujer de Pegro le ganate el fundo a tu hermano?

Entonce le ice Juan:

—Jue por las palabras que me ijo esta señora.

—Entonce quere decir que por esta vieja mató a su mujer Pegro.

Entonce le ice el general a Pegro:

—Mira, Pegro; los doh hermano están aquí, ¿y conocieran a Flora?

—No, mi general, no la conocimo.

—¡Ah! —dice el general—, pero *lueo* la van a conocer.

Entonce le ice el general a Pegro:

—Mira, ¿en qué forma matate a tu mujer tú?

—*Creendo* que Juan había visto la falta que tenía la señora de Pegro en el cuerpo.

Entonce le ice el general:

—Mira, Juan, yo soy Flora; y Pegro, yo soy tu mujer. Como tú me botate al mar, jui a salir no sé aónde, a qué lugar. Para uscarte dentré de general de guerra. Un viejito me libró y por ese viejo estoy viva yo.

Pero ellos no creían que era Flora, porque la *vían* vestía de militar.

—Entonce *lueo* van a saber ustees y van a conocer a Flora.

Entonce dice el general:

—Esta vieja, agárrenmelá, mátenla y quémennmelá por el engaño

que l' hizo a Pegro. Y a vos también t' iba a quemar, pero te voy a perdonar porque soh hermano de Pegro.

Entonce el general le ice:

—Vengan pa acá los do.

Loh entraron a una pieza de la casa de Pegro. Entonce el general se desabrochó la ropa aquí (muestra el pecho) y dice:

—Para que creas que soy Flora.

Y le mostró el cabello. Entonce Juan lo qu' hizo, se hincó a los pie del general pidiéndole perdón.

—Te voy a perdonar porque soh hermano de mi marío.

—¡Bendito sea Dioh! —dice Juan—, lo que nunca pensaba de saber la falta que tenía mi cuñá!

—Estás perdonao, Juan —le ice.

Así que la vieja se estaba quemando, agarraron los polvoh y loh echaron a volar al viento. Entonce le ice el general a Pegro:

—Mira, marío; yo tengo que regresar atráh a dejar mi regimiento onde el rey. Llévame caballo ensillao para que güelva contigo.

Así que entonce Pegro hizo ensillar dos caballo, el de él y el de su señora. Y se volvieron atráh onde el rey. Llega onde el rey Flora y se desmonta de su caballo.

—Vengo, señor rey, a entregale su regimiento. Así que ahora yo me voy.

—¿Y por qué te vah? —le ice el rey.

—Porque yo soy Flora —le ice el general al rey.

—¡Ah —le ice el rey—, qué bien! Mi ojito no me engañaba. ¿Y este caballero que viene aquí?

—Mi marío.

Así que se vistió de mujer el general, subió al caballo de su marío, se despidió del rey y se jue. Llegan a su casa. Le ice la señora:

—Fíjate, Pegro. ¿Cuántoh año andaría yo en el mar, cuando el viejito me sacó?

Así que llama a Juan:

—Así que entrega el fundo a mi marío, porque es mío.

—Usté, como venía de general, no creíamos que era Flora.

—¿Pero no ven que soy Flora?

Así que Juan le entregó el fundo a su hermano. Recibió su fundo Pegro. Y ai *tan* viviendo elloh.

Y se terminó el cuento.

LA SEÑORA CLARA

Estaban una tarde dos compadres conversando en la fresca, y se puso el cielo muy limpio, y dice el marío de la señora Clara:

—¡Qué clara tan linda la que hay!

Le contestó el compadre:

—No hay Clara que no sea puta en la vida.

Entonce el esposo de la señora Clara le dijo:

—Meno la mía.

—Eso no lo puee decir usted, compadre —le dijo el otro.

—Mire, compadre —le dijo el esposo de la señora Clara—, vamoh hacer una apuesta; plazo de tres días vamoh apostar toas las riquezas que tenemos. Si usted no me tiene una prenda de mi señora, me entrega toas sus riquezas, y si me tiene una prenda de la señora, yo le entrego toas mis riquezas a puertas cerráh.

A lo que ya hicieron sus apuesta, se despidieron. Llegó el esposo 'e la señora Clara a su casa.

—Mira, hija; se me ha puesto una diligencia de ir a mi potrero. Háceme un poco de cocaví para llevar.

Entonce la señora principiá hacele el cocaví.

Al otro día temprano el caballero ensilló su caballo y se jue pa su potrero.

El compadre quedó pensativo que cómo podría tenele una prenda de la señora del caballero, y de luego que él no tenía amistá con ella. Está parao en la calle con las manoh en la quijá. En eso llegó una viejita y le dijo:

—¡Caserito, por Dioh! ¿Por qué tiene tanta pena?

—¿Qué sacaré, viejita —le contestó él—, de decirte?

—¿No sabe usted que de las viejitas salen los buenos consejo?

Ya el caballero se alegró un poco. Entonce es por esto y esto, viejita.

—¡Bah! —le dijo la viejita—, ésa es la cosa más fácil, mi casero. Esa la crié yo con mis pecho y yo, cuando llego ai, me atiende mucho.

Entonce:

—Viejita —le dijo—, si usted se halla capaz de traerme una prenda, yo le voy a pagar muy bien a usted.

—Pierda cuidao. Yo voy a ir mañana alojar allá y le voy a traer una prenda.

El caballero de contento le dio azúcar y le dio yerba y su güen paquete de galleta para que vaiga la viejita a tomar mate a su casa.

Al otro día temprano la viejita se jue pa onde la señora Clara. En habiendo llegao onde la señora Clara, la señora Clara salió a brazoh abierto a recibila. A lo que ya era tarde, se había querido ir la viejita, así que la señora Clara la sujetó que aloje. Alojó la viejita. A lo que jue hora de dormir, la señora Clara le acomodó una camita en su mismo dormitorio. A lo que ya se jueron acostar, se desnudaron, y la viejita *cachándole el ojo* a la señora Clara. La señora Clara se sacó un anillo y lo puso debajo de su cabecera. La viejita le tantió el sueño y le robó el anillo. Al otro día tempranito la viejita se levantó, la señora Clara no la sintió, y se jue derechito onde el caballero.

Cuando la viejita llegó onde el caballero, el caballero ya se andaba pasando en la calle. A lo que llegó onde el caballero, le pasó el anillo. ¡Qué contento el caballero! De luego que le dio el anillo, el caballero le dio como una arroba de azúcar y otro tanto de yerba. Ya se jue la viejita muy contenta pa su casa y el caballero también quedó harto contento.

Al otro día llegó el caballero que había ido a su potrero. Este caballero no pasó na a su casa, pasó de largo pa onde su compaire de la apuesta. Pasiándose andaba, cuando llegó su compaire y se saludaron.

—¡Qui hubo, compaire! ¿Y me tiene una prenda de mi señora?

—¿Por qué no?

Y se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo y se lo enseñó. “¡Bien me dijo mi compaire —dijo en su corazón— que no hay Clara que no sea mañosa!”

Enmediatamente el caballero se tiró onde un talabartero, mandó hacer un cajón muy bien hecho. Entonce se dirigió pa su casa. Llegó a su casa. La señora Clara salió a recibilo a brazoh abierto a su marío. Si apió y pasó para entro. Nunca le chilló una palabra a la señora Clara.

Al otro día temprano el caballero se levantó, tomó su desayuno y se jue ver si habían hecho la obra. Estaba la obra lista. Pidió el caballero que se la vaigan a dejar a orilla del río. La pagó y se jue pa su casa.

A lo que almorzó con su señora Clara, después del almuerzo le dijo:

—Mira, hija; mandé hacer un baño pa *bañalo*, muy lindo, y vamoh a ir ahora a *velo* con eso lo estrenamo.

La señora Clara le dijo:

—Está muy bien, hijo.

Así que ya almorzaron, se prepararon para irse al baño. La señora Clara dentró a su dormitorio, jue y empaquetó el *tehno* más lindo que tenía su marío. Dentro 'el paquete puso un par de tijerah y un par de tijeras de su marío. No más que hicieron de llegar al río onde estaba el baño, se metió él aentro 'el baño.

—Ahora, hija, dentra voh a ver cómo te queda.

La señora Clara dentró con su paquete y se botó adentro 'el baño.

—Te asienta mucho el baño, hija; ¡muy lindo!

Le dejó *quer* la tapa, y lo cerró y lo plantó al agua. Se jue el cajón río abajo. El caballero se devolvió di ai mesmo y le jue a entregar toas sus riquezah a su compaire.

Dejemoh a la señora Clara que vaiga nadando.

El hombre quedó a brazos cruzao.

Los paires de la señora Clara la echaron meno. Le preguntaron a él y él les dijo que por eso y eso la había echao al río. Lo tomaron preso y lo echan preso al hombre.

La señora Clara se jue río abajo, río abajo, y dentró al mar, y el mar botó el cajón a la playa. Andaba un príncipo un día y vio el cajón, se allegó al cajón, se apió, lo desclavó, halló un joven muy lindo dentro 'el cajón. Ya la señora Clara estaba vestía de hombre ai, era hombre. El príncipo enmediatamente se lo llevó de compañero, de *velo* un joven tan lindo.

En llegando el príncipo a su casa, se apió y pasó para entro con su compañero. Jue y se lo presentó a su papá. El papá muy contento con el joven, que iba a tener compañero su hijo.

Al otro día temprano estos jóvene salieron por el campo. El príncipo era muy güen lacero. Si él era güen lacero, el joven jue mucho mejor. En la tarde llegó a su palacio. Y este príncipo tenía una vieja consejera. La vieja le dijo:

—Mire, mi príncipo; ése no es joven, ése es mujer.

—¡No puede ser! —le dijo el príncipo—, porque si yo soy güen lacero, él es mucho mejor que mí.

—Mañana lo lleva usted y lo hace ensillar un potro.

En habiendo salío al otro día al campo, lació el potro máh arisco. Entonce el príncipo dijo al joven:

—¿Te animah a ensillalo?

Entonce el joven le contestó que cómo no. Enmediatamente el

joven lo principiò a trabar y lo ensilló. Estando ensillao, lo trabó y se plantó a caballo. ¡No lo púo voltiar nunca! Entonce el príncipo dijo:

—¡Esta eh una gran mentira de esta vieja consejera!

En la tarde llegan juntoh al palacio otra veh.

—¿No vih —le dijo el príncipo a la vieja consejera— qué joven tan de a caballo?

—¡Sí es mujer!

—No, no es mujer.

—Mañana envítelo quén traspasa el caballo de una *miá*.

Así que al otro día lo envitó al joven el príncipo. Le dieron ganas de miar al príncipo y le dijo al joven:

—¿Quién traspasa el caballo de una *miá*?

El joven le contestó que estaba muy bien. El príncipo, luego que hizo la apuesta, lo traspasó al caballo.

—Ahora te toca a voh —le dijo al joven—.

—¡Cómo no!

El joven se ganó a la cola del caballo y lo traspasó en el aire a lo largo.

—¡No ve! —dijo el príncipo—. Eh una mentira lo que dice esta vieja. Llegaron a la casa otra veh.

—Esta es la última —le dijo la vieja consejera—; envítelo a dormir debajo de las mata 'e rosa. Si es mujer, las rosas se van a *quer* toítas sobre ella y a su cama van a *quer* muy poquitah hojas.

Así que jueron a dormir debajo de las mata 'e rosa y en habiendo recordao el joven aparte el día, se halló perdió en las flore. Entonce principiò a tirarlas pa onde estaba el príncipo. Las tiró toah, en su cama queraon muy poquita flore. Y di ai se hizo dormío. Recordó el príncipo, entonce dijo el príncipo:

—¡Eh una gran mentira de esta vieja consejera! Eh hombre, no es na mujer.

A lo que ya se levantaron, se lavaron. Y *vio* su vieja consejera que él amaneciò perdió en las flore y en el joven amanecieron poquitah hoja.

—¡Güeno —le dijo la vieja consejera—, que sea hombre! Pero yo me creo que es mujer. Pero en toas lah apuestas lo ha ganao, hombre será.

Dicho joven quedó con su compañero viviendo.

Y le mandaron a pedir un virrey al rey. El rey no quiso mandar el hijo de virrey, mandaron al joven. Dicho joven lo mandaron de virrey a la ciudá onde no había virrey.

Estando allá este joven de virrey, precuró de ir pa su tierra. Como

ya era virrey, él podía ir al reinato que él quería. Tomó vapor y se jue a su reinato onde vivía él. En habiendo llegao a su reinato onde él asistía, principiú a revisar toas las cárcele y principiú a tomar declaración a los reo. Unos por una cosa, otros por otra, loh echó en libertad tooh. En el último calabozo encontró su marío.

—¿Por qué estás preso tú?

—Yo estoy preso, mi rey, porque yo era un hombre muy rico y un día estando conversando con mi compaire, se puso una clara muy linda y yo le dije a mi compaire: “¡Qué clara tan linda, compaire!” Y mi compaire que no hay Clara en la vida que no sea puta. Y mi Señora se llamaba Clara. Yo le contesté que menos la mía. Y él me dijo: “No, compaire; eso no lo puee decir usté”. Entonce yo le hice la apuesta a mi compaire de toas mis riqueza a puertas cerráh, si él no me tenía una prenda plazo de tres día de mi señora, me entrega sus riqueza, y si él me tenía una prenda de la señora, le entregaba toas mis riquezah a puerta cerráh. Así que yo me jui para mi casa. Mi señora me salió a recibir muy contenta. Entonce yo le dije: “Acomódame un poco de cocaví, que mañana voy a mi potrero, voy andar tres día”. Entonce mi señora me acomodó cocaví. Tempranito salí pa mi potrero. A los tres días yo llegué, no pasé na a mi casa, pasé derecho aonde mi compaire y le preunté a ver si me tenía una prenda de mi señora. Metió la mano a su bolsillo y sacó el anillo de compromiso que tenía con mi señora. Entonce yo me devolví pa mi casa y pasé onde unos mueblistas, mandé hacer un baño muy seguro y me jui pa mi casa. Y mi señora me salió a recibir a brazoh abierto. Yo nunca le chillé na. Estando el baño hecho, yo la invité pa ir a ver el baño. En habiendo llegao al baño, me tendí aentro 'el baño. Me quedó muy güeno y di ai yo salí y le dije que dentre. Dentrando ella al baño, yo le cerré la tapa y la planté al río. Así que no sé ónde estará ahora. Tiene que estar muerta.

—¿Y tu compadre está vivo o está muerto?

—Está con toítas las riqueza.

Enmediatamente mandaron a *trer* el caballero con seis carabinero. El caballero se jue muy penoso que por qué lo mandaban a *trer* prisionero. En habiendo llegao, le tomó declaración el virrey. Le contestó de que jue la apuesta así.

—Y tú, ¿cómo llegó esa prenda a tu poder?

—Esa prenda llegó a mi poder por una viejita. Estoy un día parao yo con la mano en la quijá que cómo podía tener una prenda de la señora Clara plazo de tres día. En eso llegó la viejita y me preuntó que por qué tenía tanta pena. Yo le contesté que na sacaba con decile

a ella, porque no iba a remediar en na. Entonce ella me contestó que ella *ía* y le trafa una prenda, porque se había criado en su seno. Entonce yo le dije a la viejita que vaiga a ver si le puede tomar una prenda a la señora Clara y llevársela a él. Entonce me dijo que estaba muy bien. Al otro día la viejita se jue pa onde la señora Clara. Alojó y le robó el anillo a la señora Clara y me lo trajo. Así que mi compadre, cuando volvió de su potrero, yo tenía el anillo en mi bolsillo y se lo mostré.

—¿Y por qué lo hiciste tú de valerte de otro que vaiga a robarle el anillo a la señora Clara?

—Porque yo con ella no tenía amistad.

—¿Y la viejita está viva?

—Viva.

—Vaigan cuatro soldao a *trémela*.

Se la trajeron enmediatamente a la viejita al virrey y le tomó declaración.

—¿Y por qué lo hiciste, vieja?

—Lo hice por mi pobreza, y el caballero se comprometió de mantenerme.

—¿Y tú —le dijo— no habías criado a esa señora Clara?

—Sí —le dijo—, yo la crié con mis seno.

—¿Y por qué lo hiciste, siendo que la criaste con tus seno?

—Por mi pobreza.

—Güeno —le dijo a los soldao—, láncienme a esa vieja de las pata, un lazo de caa pierna.

Y largaron esos potro, arrancaron, hicieron dos viejas de una.

—Güeno —le dijo ahora al rico—, ahora entrégale toítas sus riquezah a este hombre.

Entonce el millonario tuvo que entregar toítas las riqueza y quedó a brazos cruzao.

—Y entrégale su anillo a este caballero.

En habiendo entregao el anillo al caballero, entonce el virrey le dijo:

—Andavete pa tu casa, que quedate sumamente rico ahora. Ahora me dah alojamiento.

Entonce el caballero quiso que no quiso lo envitó. Estando en su casa, se lavó, se mudó, y el virrey vestió de virrey.

—Mira —le dijo—; ¿si tú vieras tu mujer, la conocierah?

—¿Por qué no la conociera? ¡Pero que va estar viva mi señora! Se la habrán comió quién sabe qué fieras del mar.

Se paró el virrey y entró pa su dormitorio que había sío ante. Es-

tando entro de su dormitorio, se vistió de mujer. Salió la señora Clara vestía de mujer.

—¿Conocís tu señora? —le dijo.

—Perdón te pido, hija.

Se levantó abrazándola.

—Mira; muy mal hecho de haberme echao al agua sin decirme los motivo.

—Harto malo jue, pueh, hija. Perdónamé.

—La suerte de que caí a mano de un cristiano que me encontró en la playa. Di ai desclavó el cajón y yo estaba vestío de hombre. Así que me llevó para su palacio pa compañero. ¡Qué apuesta no hacía una vieja consejera, diciendo que yo era mujer! Y en toas las apuesta yo le gané al príncipo. Y como yo era educao, faltó un virrey en tal ciudá y mandaron a pedir virrey a tal ciudá. Así que el rey no quiso mandar al hijo de virrey, me mandó. Ai me salvé yo del príncipo. Y estando yo de virrey, preparé de venirme para acá a ver estos *presarios* aquí. Así que por eso te vine a saludar a ti. Si rico erah, mucho más rico queaste ahora.

Así que la señora Clara quedó viviendo para sécola con su marío. Y hasta aquí llegó el cuento.

Ignao, Valdivia, 1952.

FRANCISCO CORONADO.

LA BLANCA CEBOLLA

Est' era la Blanca Cebolla. Vivía en una isla en el centro del mar. Apostaba su persona que el que durmiese con ella y se daba güelta ponde ella le pagaba un buque cargao de oro y plata.

Dichos millonarioh habían muchoh, y pensaban y decían: "Durmiendo con ella, ¿cómo no podremos darnos güelta pal lao de ella?" El que se daba güelta pal lao de ella se casaba con ella y el que no se daba güelta ponde ella le pagaba el buque cargao.

Llegó un millonario cargao con un buque, llegó a la apuesta y, a tiempo de dormir, jueron y se acostaron. Ella le dio una copita de refresco al tiempo de acostarse. Di allá se acostaron. Cayó en un sueño profundo que no pudo recordar hasta el otro día, cuando lo recordó ella. Dicho millonario recordó asustao, que había perdío su fortuna. Se levantó, se lavó, y tomó desayuno, y, tomando desayuno, se paró y se jue; entregó el buque. Quedó pobre a brazos cruzao. Lle-

gó ondi otro millonario y le conversó lo que le había pasao. Entonce el otro millonario:

—¿Cómo puede ser eso que, en durmiendo con ella, no se pueda dar güelta ponde ella? Yo también yo voy —dijo el otro millonario.

Cargó su buque y se dirigió derecho onde la Blanca Cebolla, y llegó onde la Blanca Cebolla.

—¿A la apuesta, mi güen caballero?

—A la apuesta.

—Muy bien —le dijo la Blanca Cebolla.

Ya de luego qu' hicieron la apuesta, le convidó cena. De luego después de la cena, la Blanca Cebolla lo invitó a dormir. Al tiempo de acostarse también le dio una copa de refresco. También el joven se la tomó, cayó a la cama con un sueño profundo. No pudo despertar hasta que lo despertó la Blanca Cebolla. Muy asustao el joven, que perdió toas sus riquezas. Se levantó y se lavó. La Blanca Cebolla le convidó desayuno. Después de estar desayunao, se levantó y se jue sumamente pobre para su casa.

De luego que llegó a su casa se encontró con otro millonario. Se pusieron a conversar y también le dijo lo que le había pasao. El otro millonario precipió a pensar que cómo, durmiendo con ella, no se puede dar güelta ponde ella. Al otro día temprano el otro millonario cargó su buque de oro y de plata y continuó ponde la Blanca Cebolla. De luego que llegó onde la Blanca Cebolla:

—¿A la apuesta, mi güen joven?

—A la apuesta, mi Blanca Cebolla.

La Blanca Cebolla lo envitó para entro, también le envitó almuerzo. También almorzó el joven. Luego después del almuerzo la Blanca Cebolla lo envitó para andar por el jardín. Mientrah eso, se le hizo tarde. Cenaron. Después de la cena lo envitó a dormir, la Blanca Cebolla. También al tiempo de acostarse le envitó una copa de refresco. Dicho joven se la tomó y se acostó con un sueño profundo que no pudo despertar en toa la noche. Al otro día tempranito se levantó Blanca Cebolla. A lo que el desayuno tuvo listo, Blanca Cebolla lo despertó. Dicho joven, muy apesarao, que perdió toas sus riqueza. De luego que tomó el desayuno se levantó de la mesa y se jue para su casa muy penoso. De luego de haber llegao a su casa, se juntó con otro millonario. También le precipió a conversar. El millonario también dijo:

—Yo voy y yo no me voy a quear dormío.

También cargó un buque de oro y plata. Entonce al otro día temprano *continó* para l' isla de la Blanca Cebolla. Llegó onde la Blan-

ca Cebolla. Salió la Blanca Cebolla, y lo saluó y le preuntó en lo que andaba, y él le dijo que *ía* a la apuesta. De luego que le dijo que *ía* a la apuesta lo envitó para entro. Principiaron a conversar. De luego que habían conversao vino la cena. De luego que cenaron Blanca Cebolla lo llevó a dormir. De luego que se había desvestió el joven para acostarse, Blanca Cebolla le dio una copa de refresco. Dicho joven se la tomó, cayó en un sueño profundo. Al otro día se levantó Blanca Cebolla y lo jue a recordar pa que se levante al desayuno. Dicho joven se levantó muy penoso; muy poco desayuno tomó, porque mucha pena le dio; se levantó, se paró el joven de la mesa y *continó* el camino pa su casa.

Había un caballero muy ricazo; tenía un solo hijo. Al tiempo de morir le dijo al hijo:

—Nunca te enamores de Blanca Cebolla, porque en la calle vah a quear.

Dicho joven, pasaban muchos negociantes vendiendo cebolla, a naide le compraba, porque le obedeció a su padre que no se enamore de la Blanca Cebolla. Un día pasó un tiñoso con dos canastos de cebolla.

—¿Compra cebollas, patroncito?

—Si son colorás, te compro; si son blancas, no te las compro.

—¿Y por qué? —le dijo el tiñoso.

Entonce el joven le contestó que su padre le había dejao dicho que nunca se enamore de la Blanca Cebolla. Entonce el tiñoso soltó la risa y le dijo:

—Patroncito, eso no es así. Usté —le dijo— lo que le dijo su papá es que nunca se enamore de la Blanca Cebolla, eso eh una princesa que está en la isla 'el mar y apuesta de dormir con el joven que le haga una apuesta a ella y si no se da güelta en toa la noche ponde ella pierde el buque cargao de oro y plata.

Entonce el joven le compró los dos canastos de cebollah al tiñoso. Precipió a pensar el joven que cómo podía ser esto, lo que en durmiendo con ella en toa la noche no pueda darse güelta uno ponde ella. Enmediatamente el joven precipió a vender cuanto tenía. Cargó su buque de oro y plata. Estando cargao su buque, se dirigió onde la Blanca Cebolla. De luego que llegó allá saltó a tierra y se dirigió a la casa de la Blanca Cebolla. Blanca Cebolla, luego que lo divisó, salió al encuentro a encontrarlo.

—¿A la apuesta, mi güen joven?

—A la apuesta, mi Blanca Cebolla.

Luego se pusieron a conversar. De luego que conversaron jue la

hora 'e la cena. De luego que cenaron luego se jueron a acostar. De luego que se acostaron la princesa le dio una copa de refresco. A la cama cayó el joven con un sueño profundo. Al otro día temprano se levantó Blanca Cebolla, jue, lo despertó. ¡Qué susto tan grande jue para el joven! De luego que tomó desayuno le pidió un buque emprestao a la Blanca Cebolla para ir a buscar otro buque cargao de oro y plata. De luego que emprestó el buque Blanca Cebolla al joven, el joven se dirigió onde un padrino que tenía. Si Blanca Cebolla tenía plata, mucho más plata tenía el padrino del joven. Llegando onde el padrino, lo saludó. Luego el padrino le preguntó en qué era lo que andaba. El ahijao le contestó que iba onde él a pedirle emprestao un buque cargao de oro y plata. El padrino, como sabía que el joven tenía dinero, enmediatamente se lo emprestó plazo de tres día y, caso no se lo volviera plazo de tres día, le sacaba una libra de carne de los cachetes de la sentaera. El joven le contestó que estaba bien. De luego tomó el joven su buque cargao de oro y plata, *continó* su camino ponde Blanca Cebolla. En habiendo llegao onde Blanca Cebolla, va pasando por el güerto. Pasando por el güerto *ía*, cuando dice una tiñosa:

—Allá viene ese pobre joven a perder otro buque. ¡Quién le pudiera decir lo que le da la Blanca Cebolla!

Alcanzó a oír el joven, se dirigió onde la tiñosa.

—Mira, tiñosa; dime que me da Blanca Cebolla que me quedo dormío en un sueño profundo. Si tú me dices lo que me da, yo te deajo rica poderosa.

—Mire —le dijo—, esa copa 'e refresco que le dan al tiempo de acostarse usted no se la tome, bótela por el capote para abajo, que ella no lo vea, y entonce usted no se quedará dormío.

De luego que le dijo eso la tiñosa al joven, el joven se dirigió onde la Blanca Cebolla. Llegó onde la Blanca Cebolla. Blanca Cebolla le preuntó otra vez si *ía* a la apuesta. El joven le contestó de que sí. Enmediatamente principiaron a conversar. De luego que habían conversao, ya vino la cena. De luego que cenaron, ya jue la hora de dormir. Ya Blanca Cebolla lo llevó a dormir. Ante que se desnudara le dio la copa de refresco. El joven s' hizo que la tomó, la botó toa por el capote pa abajo. Así que el joven se acostó. Como a medianoche el joven se dio güelta ponde ella. De luego que el joven se dio güelta, dijo la Blanca Cebolla: "Este va a ser mi esposo".

Al otro día temprano se levantaron, se lavaron. Enmediatamente Blanca Cebolla mandó buscar padres, curah, obispoh y se casaron. De luego que se casaron, se siguió el celebramiento. El joven, de la alegría

que se había casao, se olvidó d' ir a devolver el buque plazo de tres día. Entonce dijo el joven: "No importa qui haiga pasao el plazo. Si mi padrino se enoja dos buques le devuelvo". En habiendo pasao la fiesta, el joven tomó su buque y lo jue a devolver. Llegó onde el padrino.

—A devolverle el buque vengo.

El padrino le contestó de que no, que él no le recebía el buque, que tenía que darle la libra 'e carne de la sentaera. El joven se opuso de que no. A la cárcel lo pusieron. Dicho joven, *tando* preso, cayó con un rial a la cárcel. Estando en la cárcel, mandó a comprar una carta. En llegando su carta, la escribió, le mandó a Blanca Cebolla la carta. Blanca Cebolla luego que *leó* la carta se vistió de virrey, giró ponde el padrino del joven. Le mandó decir al padrino que lo espere, qu' iba a llegar un virrey. El padrino, luego que *leó* la carta, lo esperó. Blanca Cebolla tomó su buque y se jue ponde el padrino 'el joven. En habiendo llegao onde el padrino 'el joven, saltó a tierra un virrey. Enmediatamente se dirigió a la cárcel. Estando en la cárcel, principió a tomarle declaración a los reo. El virrey principió a largar los reoh y no podía encontrar su marío; hasta al cabo lo encontró en el último calabozo. Ella conoció al tiro a su marío. El no la pudo conocer. Luego le preuntó:

—¿Por qué estás preso tú?

—Estoy preso porque le pedí un buque cargao a mi padrino. Mi padrino me lo prestó enmediatamente con plazo de tres día y, en caso no volvérselo en plazo de tres día, me sacaba una libra 'e carne de la sentaera, y yo me embromé, pasó el plazo de los tres días. A la semana yo se lo vine a devolver. Mi padrino no me lo quiso recibir, que tenía que sacarme la libra 'e carne de la sentaera. Yo me detuve de que no. Entonce él me mandó preso.

—¿Cierto? —le dijo al padrino.

—Cierto —le dijo.

—Bueno —le dijo el virrey al padrino—, se la vah a sacar, pero se la vah a sacar de una sola tajada la pura libra. Si le sacas de más, tienes que pagar y si de menos, por igual.

El padrino le dijo de que no, que él se la sacaba por piaicito. Entonce el virrey le dijo que no. Entonce el padrino:

—¡Que se pierda too!

Entonce el virrey se despidió y echó su reo a su vapor. El marío de Blanca Cebolla estaba sumamente barbón, roto. Lo mandó afeitar el virrey. Le dio ropa, se mudó. Si lindo era, más lindo quedó.

Entonce el virrey dentró a su camarote, jue y se cambió ropa, se vistió de mujer.

—Mira —le dijo—; ¿conocerás tu mujer, tú?

—Tal vez que la conoceré, tal vez que no la conoceré.

Porque su poquito estuvieron junto.

—Yo soy tu mujer.

—¡No! —le dijo.

—¿Qué seña tenía tu mujer?

—Mi mujer tenía tres vellos de oro de la cintura al lao izquierdo.

Se levantó las polleras la señora.

—¿Estos serán? —le dijo.

—Esos son.

Levantó los brazoh el joven y abrazó su señora. Llegaron a su casa muy contento. Se volvieron a celebrar de nuevo sin peligro ninguno. De luego que se celebraron sin ningún peligro, entonce el caballero jue onde la tiñosa, le jue a regalar una casa a la tiñosa, con too amoblao, le regaló un buque cargao de oro y plata, de contento, la dejó rica, poderosa.

Y aquí se acabó el cuento.

J O S E C I T O

Este es que era un joven que se llamaba Josecito. Josecito jue un niño que se le murió la mamá y lo crió un padrino. Este padrino trabajaba en negocio pa toos los lugare, a Josecito lo quería mucho. Toos los día, cuando llegaba di otros países, le lleaba un regalo, no faltaba que traele. Un día nu encontró qué traele a este niño y encontró una *telagrafia* a orilla di un balcón di una princesa muy linda que no conocían en el paí, estaba bajo siete *llae*. Josecito ijo qu' iba a uscar la princesa hasta onde la encontrara por toos los paíse.

Josecito cargó plata y se jue a un paí, se compró en la esquina un almacén, en este almacén Josesito repartía papele pa que llegaran a comprar y puso una baratura pa que llegaran a comprar de toas partes. *Tuvo* un meh. Al que llegaba a comprar ahí le mostraba la tele-

grafía que tenía de la princesa y naide la conoció. Ya que naide la conocía, vendió el almacén, se fue a otro pueblo, compró otro almacén; ahí en ese pueblo quedó cerca del balcón. A los quince días que estaba ahí, llegó una viejita a comprar, le señaló la telagrafia y la veterana la conoció, porque era la cuidadora que tenía la princesa. Le dijo la veterana que ella la conocía, porque ella la cuidaba, pero que estaba bajo siete llaves. Le preguntó cómo puede comunicarse con ella.

—De *ninduna* manera —porque al salir a comprar la trajinaba el rey y al volver pa dentro también la trajinaba.

La hija de la veterana que la esperaba al otro día para traerle la contestación. La veterana le comunicó a la princesa dentro lo que pasaba fuera. Este dicho Josecito se ofreció de pagarle muchos miles y pesos a la veterana con tal que le llevara la contestación para dentro. Se le ocurrió a la veterana y le dijo que le sacara la suela del zapato de ella y le pusiera la carta dentro del zapato de ella y en seguida se la clavara. Y en el zapato le llevó la carta a la princesa. Allí le mandó la princesa la contestación para que fuera por consiguiente en la misma, mandándole decir que en la noche siguiente se vaya al balcón y la espere, que ella se va a bajar por arriba por la ventana. Josecito vende el almacén y se compra un caballo ensillado a lo pronto y se va a esperar a la princesa a la orilla del balcón que se tire. A esta hora, a la una de la mañana, Josecito se quedó dormido. Viene pasando un sordafallo, y encuentra a Josecito durmiendo y lo traslada al caballo. En ese momento se tira la princesa con una bolsa de ropa por una escala de cañamo; en ese momento se toma el sordafallo, y se la toma en anca y se va con la princesa. Quea Josecito durmiendo a la orilla del balcón. Cuando despertó Josecito, no se encontró con el caballo, se encontró con la chiquita en las manos. El sordafallo había tomado el camino por la falda de un cerro con la princesa en anca. A poco que habían andado la princesa se dio cuenta que no podía ser éste el dicho caallero, porque ese dicho joven no llevaba ni camisa. Al aclarar el día se llegaron a una quebrada y le dijo la princesa.

—Váyase a un almacén y váyase a comprar cosas que causar.

El sordafallo, como se vio con plata y dio al caballo, llegó a un almacén y se puso a remoler. En este mismo momento se trasladó la princesa, y se extravió la princesa y tomó otro camino. Cuando fue el sordafallo a buscarla, ya se le había ido. Josecito, *apensionado*, tomó el camino de salir a andar, tomó la misma dirección del cerro, llegó donde unos cortadores de leña. Bajó el sordafallo al mismo rancho donde están los cortadores de leña y se encuentra con Josecito. Este sordafallo no

conocía a Josecito ni Josecito tampoco. Una noche se pone a contar un chiste el sordafillo de lo qui había hecho unos días atrás, dice qui una noche viene pasando por l' orilla di un balcón, y encuentra un caallero esperando una princesa, y viene él y la toma, y le traslada el caallo, y le roba la princesa y a él lo eja durmiendo. Loh otros niño cortaore de leña se la tomaron muy a bien, se la celebraron. Josecito se la conservó aentro de su pecho. Al terminar de contar esta gracia el sordafillo, viene Josecito, saca la pistola y le plató dos balazo. Esta dicha princesa en estos mesmo día había *queido* en una tenencia y la habían puesto de *jue*. Estos niño cortaore de leña le ijeron a Josecito que si arrancara, porque pronto lu iban a venir a tomar. Josecito ijo que no se movía, que lo llevaran al momento. Al otro día, a primera hora, dieron parte, llegó la policía y se tomó a Josecito. Este reo perteneció a esta mesma tenencia onde está la princesa con este reo. Viene esta dicha princesa y lo conoce por la mesma telegrafía que tenía de él. Se da orden a la guardia que se lo ejen ahí, que le tomará la oservación despuéh, al siguiente. A la hora que se retira la guardia, se lo llama a la oficina y li avirigua de qué forma ha llegao por ahí. Josecito le comunica que él estaba esperando una princesa en un balcón y si ha queao dormío. Entonce le ice la princesa:

—¿Sería yo la que estaba esperando?

Y sacó la telegrafía y la conoció que era la mesma telegrafía que él andaba *triendo*. La princesa li abre la sumaria a Josecito y li abre la sumaria que tiene que ser él el esposo, porque por ella había hecho lo que no debía di haber hecho. Se casó Josecito con la princesa y le dio el puesto a él de *jue*. Queó de *jue* él, Josecito. Hasta ahí llegó Josecito.

JUANITO EL PADECIDO

Resulta, una vez se encontraba un hombre pobre con su patrón rico, hermano este caballero. Venía siempre el administrador, lo tenía el rico pa llevar animales así a la Eropa en trene ante y en barco. Toda la vida era mayor el pobre que este caballero, y era tan rico,

tan rey él, pero tenía sus poderes muy grande, *intimillonario*, joven-cito. Se llamaba Juan él, el menor, y Pedro, como se sabe, era el mayor, el administrador general. Iban animale, siempre llevaba embarcado, y los barcos navegaban y iba a la ciudá de un reinado donde se encontraba en la Eropa. Entonce, cuando él regresaba a casa con su dinero y que su animalito loh había vendido y le decía:

—Mire, hermano —el menor, el rico intimillonario—, ¿por qué no me trae un regalo de la Eropa?

—¡Pero, hermano! —le decía—, ¿de qué regalo puedo traer de la Eropa, cuando usted lo tiene aquí?

Y este caballero era soltero, joven.

Güeno, un güen día, ya vendiendo loh animalito y en la misma ciudá donde se encontraba el reinado cercano, habla con un fotógrafo de muy güeno, güeno de lo güeno, le dijo entonce:

—Mire —al fotógrafo—, ¿por qué no me saca una fotografía de la belleza del mundo de esta ciudá?

Se llamaba Juanita. Algo *sempática* sería, ¡cómo era la belleza del mundo Juana, la belleza del mundo, hija del rey! Entonce dijo:

—¡La fotografía a mi hija! —dijo entonce el rey—, En una palabra, que se presente mi hija entre *virio*.

Y eso le costaba cien peso, en esoh año cien peso. Y ese caballero era el dicho Pedro. Como se encontraba él entre el mayor secreto que tenía su hermanito querido, hizo sacar la fotografía y esta *reliquie* la lleva a Juanito. Entonce viene:

—Mire, hermano querido —le dijo—, yo soy menor que usted, de edá mayor, pero soy menor. Le traigo un regalito a usted y tal vez le gustará.

Y empieza, abre su carterita onde llevaba esa reliquie y le pasa el regalo. Dice el caballero:

—¿Qué regalo mi hermano me trae? Mi muerte será.

Al tiro se presentó y le dijo:

—Mire, hermano; usted me va a cuidar mi hacienda aquí, yo voy en busca de esta fotografía onde la encuentre.

Lueo embarcó un carrito chico de dinero y se fue a la misma ciudá atrá 'e los barco. Viene este joven Juanito, el rico éste, puso un almacén. "Aquí a este almacén van a llegar varias persona —dijo— que me han de conocer a esta dama". Así tranquilo ya en el almacén veía damas que entraban a comprar a la ciudá, a su almacén surtido de varias cosita, pero no era ella, no era ella. Güeno, llegaba a palpar por conocerla. ¡Cómo estaría este maravilloso caballero a ver si puede encontrar a la belleza del mundo! Y estaba [ella] en la mis-

ma ciudad. Ya pasó un güen tiempo, dijo: "No está acá, pero tengo que hacer esto". Puso él entonce una bodega de licor. "Aquí llegan los borrachos —dijo— y tiene uno cada uno de decir si acaso [la] conoce". Pero él ocultó sus cosita. Sentado al lado de ajuera, así en su negocio: "¡Güen dar que no doy con la dama que busco!" —dijo—. Lueo va pasando una veteranita. Las veteranitas muchas veces saben algo de cosa.

—Señor —le dijo a don Juanito—, ¿por qué usted tan triste?

—¡Ah, mi güena anciana! —le dijo—. ¿Qué voy a decir?

—Las ancianita —le dijo— sabemos varias cosita.

—Mire, venga, mi ancianita. ¿Conoce esta imagen usted? —y le presenta él entonce su reliquie.

—¡Ay, señor mío! —le dice a don Juanito—. Yo la cuido a ella, pero la policía me allana a mí hasta mi pelo.

En una plumita chiquita hizo él un papelito, jue pa lleválo en el casco del pelo, sobre el cráneo. Le encajó la plumita. Y en seguía viene y le lleva. Había un guardia muy güeno con la viejita.

—¿Quién será esta pobre viejita? —dijo—. Debe venir a *espelucar* a su pelito. ¡A ver, cuidado! No, pase no má, agüelita —le dijo—.

Pasó ella.

—¿Qué me trae —ajuera le dijo— de ese rico tan poderoso que ha llegado del extranjero acá, que deseo conocerlo? —ella misma jue, la misma dama.

—Mire —le dijo—; eh un caballero *sempático*, joven, que se llama Juanito —y le presenta una cartita.

Güeno, ¿no ve que los papelito hacen hablar con las personas que hablan con ellah? Y en seguía se jue él a ver si esperaba la contesta de la agüelita. Cuando le manda ella otro papelito en la misma plumita y la lleva.

—¿Qué le dijo la señorita, la dama de la belleza?

En seguía le planta la fotografía, jue máh adelante y le manda la fotografía el caballero. Cayó bien, cayó bien al tiro. Entonce la veterana ya no la comenzaron a llamar nunca más, pu, entraba pa entro con tranquiliá, ni una cosa le sacudió el pelo, ni su vistuario ni na. Le tocaba la guardia a ese mismo caballero.

En seguía viene, le dijo:

—Yo voy hacer, dama —le dijo entonce—, voy hacer un forao por debajo de la tierra pa llegar cerca de su dormitorio.

Como sabía, era un ingeniero tamién, *taba* con su gran poder. Buscó unos mineros güenos, de secreto. En seguía hizo él el forao por debajo al salir cercano al dormitorio de ella. El trabajaba como un

gañancito, como un pobrecito, como yo mismo. Güeno, hizo el trabajo que él pensó. Cuando en la noche, a las doce de la noche, s' iba a levantar a verla, cuidarla. . . Y había un *mardito* negro que vivía así sobre el rey, que antes manejaban un negrito de esos que salen en los cuento. Entonce viene, le dice:

—Aquí, ¡no hay un negro! ¡Pero cuidao con él!

Salía ajuera del palacio a jugar al naipe. ¿No lo ganaba el negro?

Y vamoh a ver este caballero en caballo bien montao, con ropa decente, bien buena, a esperar a su gran dama que s' iba a recibir, pu, oiga. ¿Cómo estaría esta maravilla, no? ¡Cuando viene y lo encuentra el negro durmiendo al lao di ajuera del *soterráneo* qui había hecho el caballero, dormío, pus, dormío! En seguía viene el negro y lo desnúo, puh, oiga, le sacó toa la ropa al caballero y en seguía se la puso él. Y sigue pa entro en el caballo, golpió y *atocó* el botoncito chiquito, un timbrecito, el negro, iñor, pero *taba* iluminao con *fanta* eléctrica. Cabía una persona di a caballo, tranquilo, eran dos metros, se podía volcarse un caballo en dos metro y casi se daba vuelta un animal tranquilo. Entonce llegó él y se jue y toma la dama en anca. Apagó la luh al tiro el negro pa que no notaran.

Entonce en seguía de esto, cuando viene al rato, y aclaró el día, el caballero ¡el mismo frío que tenía! ¡Cómo estaría ahí, cuando lo dejó desnúo el negro! “¡Pos!”, dijo entonce el caballero, Juanito, el príncipe este, “¡lo que me pasa!”. Siguió andando.

Entonces, cuando la belleza del mundo. . . , aclara el día, pero por nunca el negro darle la cara a la dama.

—Oiga, mi hijito —le dice ella—; en un vasito di oro que tenía, ¿por qué no me a traer un traguito di agua?, que llevo mucha sé. Deje la ropita aquí —le dice—; no vaya a ser cosa que le vaya una madera a romper su vistuario tan güeno que trae.

Entonce el negro, mirando la dama como yo estoy mirando esta rejilla [micrófono] qui usté me está presentando, se jue reculando el negro con el vasito. ¡No había un tropiezo así por detrás y se planta el golpe, pu, oiga, cae espaldita pa atrás! Güeno, entonce, cuando viene a ella y le dice:

—¡Caramba la mujer! —le dice el negro—. ¡Mire lo qu' hizo hacer!

Y cerca de la misma peña el vasito di oro lo hizo peazo, lo quebró. Ella, mientras tanto se cayó así de espalda el negro, se sienta a la silla 'e Juanito, le agarra su ropita de su verdadero qu' iba a ser y se jue también despuéh al tiro solita di a caballo, y le dio un golpe al

caballo. Ella nunca había andao di a caballo, pero ahí se afirmaba como podía no máh y una salvación que le vino a ella, era güena pal caballo. Se puso grandeh espoline, se vistió de hombrecito en ese momento. Y pasó por un fundo [en] que se necesitaba un *solegao*. Esoh año había un *solegao*. Entonce ella le dice:

—Aquí viene un caballero que les puede servir de *solegao*.

Ai entró. Juanito debía ser un *solegao* en el fundo aquel, cuando ella llegó. “¡Caramba!”, dice, “¡qué *sempática*, siempre la *sempatia!*”, le decía a la misma ropa que ella llevaba.

Había un camino labrao que estaban haciendo, como una cuesta qu’ hizo el señor Barros aquí, pa llegar al otro lao del cajón. Ai llega él. “Voy a trabajar, ¿qué voy a hacer?”, dijo. Los caballeros, las mismas personas trabajadoras le pasaron un par de *andalia*, lo cuidaron, lo respetaron allí a Juanito. Güeno, máh atrás llega el negro y al mismo trabajo. No había otra güelta por allí. Se presentó. Ahí lo echaron de compañero. Al negro, no le pasó ninguna cosa. Dijo entonce el jefe que se encontraba ahí, dijo:

—¡Estos negros son muy bruto!

Güeno, resultó que a los pocos días ya tocó la semana, como ser un día sábado, pagaron y le pagaron al caballero también sus centavos pocos qui había ganao y al negro. El negro, como era jugador, le gustaba jugar al naípe por allí.

—Compañero —le dice entonce— ¿por qué no vamo a aquella casita? Hay un chanco muerto, y tienen arrolláito, *sopaipillita*, y juegan al naípe, al monte. ¿Le gusta jugar?

Le dijo el caballero:

—No me gusta jugar, pero vamo.

Como eran desconocío, se jueron a la casa de ellos, se jueron y dejaron los pobrecitoh allí. Ya ’sta, cuando vienen, ya bebieron, comieron sus *sopaipillita*, tomaron sus traguito. En seguía, cuando vienen no más, se jueron a este rancho onde estaban durmiendo, a la pasaíta esa y le comienza el negro a contarle lo qui había pasao.

—Mire —le dice—, compañero —le dice el negro—, ¡caramba la mano que me pasó una vez! Yo soy el hijo del cuidador di un rey, mi amo. Era muy güeno el rey. Y había una dama muy bonita. Llegó un *pipiolillo*, hizo el *soterráneo* por debajo —y le estaba diciendo al mismo, el *pipiolillo* era un intimillonario, ahí estaban ellos conversando sus payasá—. Y esta dama, cuando me jui al *soterráneo*, me mandó buscar agua en un vasito di oro. Yo me jui reculando, m’ hizo sacar la ropa, me ejé en pelota.

—Bien, cuente no más, compañerito —le dijo entonce el caballero.

—Se levantó el caballero, estaba conversando desnudo. Entonce lo hizo vestir en la roca del vasito di oro la dama.

Se levantó él, y había una piedrecita grandecita y, cuando se descuidó un poco, le plantó el golpe en la *cepa* el caballero al negro y lo mató, puh. ¿Iría a ejerlo vivo con la traición que le había hecho? Güeno, cuendo viene despuéh el día de trabajo, se presentó el caballero a trabajar.

—¿Y su compañero —le dijo— que no ha salido?

—¡Lo maté, pu!

—¿Y ha matao su compañero usted, asesino?

Na ijo máh él.

—¡Lo maté, pu!

—Ahora tiene qu' ir onde el *solegao* usted.

A empellone, escupiéndole, mal comparación, como si juera corriendo a un chanco un perro, aquel caballero, y sufriendo la vida, y se va presentándose.

—Vos va a ser muerto, porque el *solegao* te va a matar, un *solegao* nuevo qui hay. Ven pa acá no máh, asesino.

El sargento lo tenía allí aporriándolo y no sabía a quién aporriaban.

—Espérese —le dijo—. ¿Con que usted mató a su compañero?

—Por mi razón, por mi razón lo maté, por traicionero.

Y le pega la mirá Juanita, el *solegao*, y lo ve, ¡y qué sempatía! Pobrecito andaba, porque lo habían *empalmaa* con ropita loh otros jóvenes, pero siempre sempatía que tenía que ser di un caballero en la *vía*.

—Dígame —le dijo entonce—, ¿cómo ha sío traicionero?

—Yo conocí una dama muy güena en tal parte —dijo el caballero— y lo hai muerto este negro yo, m' hizo una traición muy grande, me robó el caballo, mi ropa y a mi novia.

—¿Y cómo se llama su novia?

—Juanita, la belleza del mundo —le dijo.

—¿Y entre varios piños, manás de caballos conociera usted su caballo?

—Entre millones —le dijo—. ¡Aquí!

Entendió el silbío el caballo, un puro silbío que le plantó y vino el caballo.

—Este es mi caballo.

—Güeno, venga pa acá.

Entre corriaje había sillas muchas, bastante. Le dice entonce:

—Esta es la silla mía .

Güeno, con decirle, loh espuelines, too lo conoció. ¿No ve que era suyo? ¡No iba a conocer lo de él!

—¿Conociera —le dijo entonce— a su dama entre mile?

Se formó entre varias personas que se encontraban, damah.

—¿Recuerda usted? —le dice—. Van a presentarse unas damah aquí. Usté va a quedar solito, aquí se va a presentar su dama, porque tengo unas cuantas yo aquí.

Desapareció ella. Se jue en forma de ella. Le pega la mirá. Ella se entró, se sonrió y dijo:

—¿Y así que jue el negro del palacio el que mató usted?

—Así es —le dijo.

—¡Ya 'sta! ¡Este es mi marío, el marío mío! —dijo—. Ustees venían ensartándose. El eh un traicionero que traicionó a mi marío y aquí está. ¡Y ustees lo habían escupío y azotao! ¡Hágase la justicia! —dijo la misma Juanita.

Y se vistió de solegao el mismo caballero.

Y en ese mismo momento se terminó el cuento de Juanito el Pa-deció.

EL PRINCIPE MENDIGO

Este era un rey que tenía una hija muy hermosa y presumida, que no aceptaba ningún pretendiente por rico que fuera.

Llegó a oídos de un príncipe del oriente y decidió burlarse de sus pretensiones. Llegó a pedir limosna al reino y luego alojamiento. Se le dio un rincón del gallinero. En la noche con una hermosa luna sacó un anillo de los tres que llevaba oculto y se puso a alumbrar la habitación de la princesa. Tanto era el resplandor que daba que salió al balcón a mirar de donde venían esos destellos maravillosos y, al notar que era de donde estaba alojado el mendigo, lo hizo llamar y preguntarle en cuánto vendía el anillo. El le dijo que se lo daría, si lo dejaba dormir al lado afuera de su puerta. Aceptó ella. En la noche él sacó un pañuelo de la princesa y lo guardó. Al otro día siguió la prueba con otro de sus anillos, más bonito que el anterior. Aun

la princesa aceptó el pedido del mendigo en consentir que durmiera a los pies de su cama. Esta vez él le robó una enagua. Al tercer día presentó su último anillo a la princesa que daba un fulgor maravilloso. Y ésta, entusiasmada, le admitió la condición de dormir con ella. El le robó tres pelos.

Entonces el rey la llamó para decirle que debía escoger esposo entre los príncipes de todas las comarcas que vinieran a su fiesta. Y ella aceptó con la condición que el que trajera un regalo más valioso que lo que ella tenía.

Le presentaron joyas, zafiros, perlas preciosas. Pero el que sacó ella le llamó la atención, fue el que le envió el mendigo, que contenía un pañuelo, una enagua y tres cabellos rubios como el sol. Entonces al hacer llamar ella al mendigo, en vez de éste apareció un hermoso príncipe hermosamente ataviado, en un caballo blanco, con espada al cinto. Y éste, como la amaba tanto, le perdonó todas sus vanidades y codicia por las joyas, porque lo había hecho por probarla, dándole él en cambio joyas de mucho más valor. Y ella por el amor al príncipe se convirtió en una princesa humilde que hizo feliz a su pueblo.

San Francisco de Mostazal, O'Higgins, 1951.

RAQUEL GANA.

ROSALINDO Y ROSALÍA

Una señora rica, con el consentimiento de su marido, tomó de ahijado a un niño de gente muy humilde, bautizándolo con el nombre de Rosalindo. Se hizo cargo de él para educarlo. Este matrimonio no había tenido hijos. Después de cinco años nació una niñita mujer a quien la llamaron Rosalía. Los niños crecieron y se creían ser hermanos. Nunca los padres advirtieron a su hija que Rosalindo era solamente un ahijado. Iban junto a la escuela.

Cuando tuvo quince años Rosalía, la mamá dispuso de separarla de Rosalindo, colocando en el camino una alambrada para que cualesquiera de ellos que deseara juntarse no lo pudiera hacer. Siempre los niños se conversaban caminando cada uno por su camino. En este camino había una cruz. Rosalía le dijo a Rosalindo frente a la cruz:

—¿Qué piensas tú a esta determinación de mi madre, que ya no nos dejan hablar ni juntarnos en ninguna parte?

El dijo:

—Ignoro, pero tú puedes preguntárselo y según lo que ella te conteste me lo contarás a mí.

Dicho y hecho. Cuando estuvo junto a su madre, le hizo la pregunta Rosalía, a lo que la madre contestó:

—Rosalindo no es tu hermano y pienso haber cumplido con un deber de madrina haberlo criado y educado a mi lado; pienso también entregarlo a sus padres y esto será muy pronto.

Rosalía le preguntó:

—¿Quiénes son los padre de Rosalindo?

—Son unos pobres ermitaños que viven en otra hacienda.

La niña lloró, le dio mucha pena por la determinación que tomaba su madre y no hallaba la hora de juntarse con Rosalindo en el camino a la escuela para contárselo todo. Cuando llegó el momento, se estremeció Rosalía y con sus ojos en llanto le dijo todo lo que su madre le había contado. El contestó con un corazón fuerte y le dijo:

—Mucho mejor que no seamos hermanos. No habrá nada en el mundo que nos separe, no importa la distancia. Espérame cinco años y yo también lucharé en la vida hasta ser digno de pedir tu mano.

Rosalía dijo:

—Allí en la cruz nos vamos a hincar y vamos a jurarnos amor eterno.

Cuando volvieron a la casa, ya la señora sabía que éstos se habían detenido frente a la cruz y mandó a Rosalindo a preparar su equipaje, porque ella iba a mandarlo a entregar a sus padres, a lo que él gustoso accedió.

Una vez llegado al triste hogar donde vivían los dos viejitos, que trabajaban en la agricultura, Rosalindo con cariño los abrazó y al mismo tiempo solicitó el permiso para salir a ganarse la vida en lo que pudiera ser más valioso y de más provecho que el trabajo que desempeñaba su padre. Se quedaron tristes los padres, dieron la bendición al hijo y éste salió por campos desconocidos. Y llegando a unos cerros donde vivía un ermitaño, todo le contó su pasado. El viejito lo llenó de esperanza y le dijo:

—Ten confianza en Dios, que él todo lo puede hacer, y saldrás bien en todo.

Se dedicaba a las cortas de leña y a quemar carbón. A esto habían trascurrido los años sin darse cuenta. Tomó un apunte que tenía en una vieja libreta y sorprendido le dijo al anciano:

—Abuelito, faltan cuatro días para cumplir la promesa que le hice a Rosalía.

—Dios no necesita tiempo —contestó el anciano—, porque en un momento todo lo puede hacer realidad.

El joven desconfió y tomó la decisión de suicidarse trepando unos riscos para dejarse caer a una honda quebrada. Allí rezó mucho y levantando las manos al cielo dijo:

—Señor, perdóname por lo que voy hacer.

En el mismo instante lo toma por la espalda el viejito volviéndolo hacia él.

—Mirad —le dijo—; aquí tienes un disfraz de ermitaño como el mío—, colocándole en la mano un precioso anillo, le dijo: —Este anillo tiene el poder de alumbrar dos cuadras alrededor. Tomad este otro; éste alumbrará cuatro cuadras y —pasándole el tercero—, éste tiene el poder de la noche hacerla día. Te pondrás el disfraz y vas a casa de Rosalía a solicitar alojamiento. Van a acceder a ello, porque en vos van a ver un mendigo. Te harán dormir en un gallinero, donde te colocarás el primer anillo. Luego correrán y le darán la noticia a Rosalía que tienes un anillo precioso y, como su madre ha dispuesto casarla, esta joya le hace falta. Cuando te la quieran comprar, no la entregarás por dinero alguno, sino la regalarás con la condición que la señorita se deje tomar el pie. A la noche siguiente solicitarás nuevamente alojamiento. La empleada te va a dar sin que sus patronos sepan que te ha hecho entrar a la casa. A la noche siguiente te colocarás el segundo anillo y le pondrás por condición que se lo regales siempre que la señorita te deje tocar la rodilla. Y la tercera noche te vas a poner el anillo que alumbrará tanto como el día. Va a iluminar el palacio. Correrá la empleada a darle la noticia a Rosalía que tienes un anillo más lindo que todos los demás. Esta noche Rosalía tiene que prepararse, porque al día siguiente se celebra la boda de su matrimonio. Y le pondrás por condición que te deje dormir al lado adentro de su cuarto. Mucho va a costar esto, pero la empleada la va a convencer para que sea la dueña de los tres anillos preciosos. Cuando Rosalía vuelva del baño, dejará sus ropas, que ha llevado en el día, botadas en el suelo a lo que vos le tomarás el calzón, lo esconderás muy bien y procurarás de salir antes de venir el día. Aquí te espero.

Tal cual el ermitaño dio esta lección, así lo hizo cuando llegó a su lado. El viejito se sentó junto a él y le dijo:

—Tomad esta varilla, que es de virtud, la que luego vas a probar pidiendo un palacio que nadie lo tenga, con toda servidumbre, y un deslumbrante coche y todo el riguroso lujo para ti y tu hogar. Irás al

casamiento. Llegarás a la hora de comida. El matrimonio se va a verificar después de levantarse la mesa. Todos contarán chascarros y te exigirán que tú también cuentes algo. Hasta este momento los padres no te han reconocido, creen que eres un hombre muy rico que desea encontrarse en un casamiento. Tu chascarro será el siguiente: "Siempre me dediqué a la caza, llevando conmigo tres hermosos perros liebreros. Un día me encontré con una liebre muy linda. Le solté el primer perro; éste le dio por las patitas. Solté el segundo; éste le anduvo por las piernas y también se le fue. Entonces mandé el tercero; éste sí que anduvo con suerte, la pilló y le sacó el cuero, el que conservo de recuerdo".

Entonce el joven así lo hizo. Y estendiendo el calzón de Rosalía a vista y presencia de todos, reconoció Rosalía sus calzones y colgándose de su cuello dijo:

—No seré la esposa de nadie sino tuya, Rosalindo.

La gente se quedó estupefacta ante ese cuadro. El novio dijo:

—¡Con que esto le había sucedido a la niña tan cuidada!

Los padres de Rosalía accedieron gustosos al matrimonio y el Registro Civil celebró esta boda.

Al día siguiente llevó a sus suegros a su lindo palacio y pudo notar que el ermitaño había desaparecido. Su compañero había sido Dios mismo, lo dejó en buen pie. Y quedaron felices.

San Francisco de Mostazal, O'Higgins, 1951.

MARÍA NAVARRO.

136

MANUELITO

Es que jue una señora que tuvo un niño; se llamaba Manuelito. Se murió la señora y queó de edá de siete año. Manuelito se queó con unas niñas vecina que estaban al lao de la casa de él. Manuelito era muy ágil, leh acarriaba leñita a estas niña, leh ayudaba mucho en la casa. Así que a Manuelito de regalo, estas niña que lo querían mucho, le hicieron un chamantito entre las doh hermana.

Este niño un día domingo le pide permiso a estas niña para ir a unas carreras a pasiar. Las niñas le dieron permiso que juea, pero que golviera temprano. Entonce este niño llega a las carrera y se pone a mirar en la cancha, viene un guardián, se enoja con él y lu hace a un lao. Manuelito se encapricha con el guardián, le quita la carabina,

y le pega con ella mesma y en seguía si arranca. Por esto Manuelito llega a la casa, y agarra su pochito y sale andar a rodar tierra.

Manuelito tanto qui había andao, llegó a la casa di un rey que tenía una princesa, llega Manuelito y le pide traajo al rey. El rey tenía un ganao di oveja y lo pone a cuidar lah oveja. Manuelito, para que no se le perdieran lah oveja, dormía en la puerta del corral, porque el corral estaba muy malo. Este rey la princesa que tenía la tenía deajo de siete *llae*. Manuelito, como niño, quería conocer esta señorita y nunca la podía ver. Un día se li ocurre a Manuelito en la noche de echar lah oveja para juera, espanta lah oveja del corral y hace un desparramo en la noche. Y al siguiente va onde el rey avisarle que lah oveja se li han salío. El rey no podía ejar los palacio solo, porque era delicao. Sale y eja a Manuelito al lao aentro de la puerta, le pregunta:

—¿Y tú cómo te llamah, hombre?

Le ice Manuelito:

—Yo me lamó Canchanlao, señor.

—Güeno, Canchanlao —le ice el rey—; tú te vah a quear aquí al lao aentro de la puerta, no le vah abrir la puerta a naide. Cuando yo te iga: “¡Canchanlao!”, entonce me vah abrir la puerta.

—Muy bien, señor —le ijo.

Manuelito, lo que salió el rey a ver lah oveja, se jue onde estaba la señorita a conocerla. Estaba muy felí. Este rey por allá se *emoró* bastante. En esta *emora* de este rey se li olvía cómo se llama Canchanlao. Llega el rey, le golpea la puerta, le ice: “Panul”; Manuelito callaíto; “toronjil”, tampoco; “yerba ‘el palmo’”, tampoco; “perejil”, Canchanlao callaíto. Si no le icía por el nombre, Manuelito callaíto. Dice el rey: “Nu eh así; eh una yerbita güena para remedio, como ijo este niño. Máh aelante tiene unos compadre el rey que eran *meico*. Se ijo: “Voy a preguntarle, que ellos deben saber las yerbas güena para remedio”. Llega el rey, y golpea la puerta y leh ice:

—¡Compadre, comadre! Usté sabe unas yerbitas güena para remedio.

—¿Qué puee ser, compadre? ¿Será toronjil, yerba ‘el palmo, perejil, compadre?

—No, comadre.

—¿Será canchanlao, compadre?

—Esa es, comadre —ijo el rey—. Me voy a ir diciendo: “Canchanlao, Canchanlao”.

“Canchanlao” iba diciendo el rey, llega a una acequia con agua, se

cae al agua, se li olvió Canchanlao. Allá golvió onde estaba la comadre.

—¿Cómo es que me ijo, comadre?

—Canchanlao, compadre.

—Eso eh; no se me va olviar otra ve.

Llega el rey a los palacio y le ice el rey:

—¡Canchanlao!

Y le ice Manuelito:

—¡Señor!

Y li abre la puerta. Sale Manuelito máh apurao, Al otro día Manuelito, asustao que el rey no lo castigara, agarra su ponchito y sale andar. Tanto qui había andao Manuelito, al otro día a la puesta de sol llega a los palacio di otro rey.

Este dicho rey tiene un toro a pesebrera y un chanco a corral. Este toro no quería que le dieran agua, más que pura paja. Manda a Manuelito a forrajiar este toro y al chanco que comer, y le encarga qui a este toro no le dé agua, al chanco le dé agua y le dé comía y al toro no le vaya a dar agua. En vista de esto que estaba en este corral con estoh animale hacen cinco día, a este torito no lo veía comer paja, le ice Manuelito: “¡Este torito cómo estará de sé tantos día que no se le da agua! —ice Manuelito—. Aunque se enoje mi patrón, a escondía le voy a dar agua y en seguía me voy.

Viene Manuelito, saca su torito y le da agua. Este torito, lo que tomó agua, viene y li habla a Manuelito, le ice el torito:

—Mira, Manuelito; los dos somos perdío, los dos *los* vamos a ir; vah a montar a caallo en mí y *los* vamo, pero tienes qui arrancar juerte, porque ese chanco que está ahí eh el diablo y ése *los* va acusar a *lohotro* y *los* van a matar.

Sale Manuelito con su torito arrancando. Cuando ya salieron, como a las doce hora que salen, se pone el chanco a bufar. Se levanta el rey, se va al corral y a la pesebrera y dice: “¡Se me jueron estos bandío!” Monta a caallo en su chanco y sale siguiéndolo. Cuando mira para atráh, bastante cerca los llevaba, le ice el torito:

—Arranquemo, Manuelito.

Al llegar alcanzarlo, llegaron al borde del río, Manuelito pasó el río, el chanco queó a este lao. Ya salieron al otro lao. Le ice el torito:

—Manuelito, ya estamos libre.

Anduvieron un poco, a la cuesta di un cerro divisan un potrerillo verde. Le ice el torito:

—En aquel potrerito, Manuelito, vamo a alojar, porque en ese po-

trerito hay un toro colorao —le ice el torito a Manuelito—; ese toro colorao va peliar conmigo. Tú no te vai asustate, tú te subíh arriba di un peral.

A la puesta de sol se entra el torito al potrero y Manuelito sube arriba del peral. Lo divisa el toro colorao al otro toro clavel y se van a peliar, y bastante peliaron hasta que se rindieron y si apartaron. Ahí como si apartaron Manuelito se baja de su peral y se va conversar con su torito. Le ice el torito:

—Ya estamos libre, Manuelito.

Al otro día al aclarar sale con su torito andar, anduvieron too el día hasta puesta de sol. Otra vez llegaron a otro potrerillo alojar aonde había un toro negro que con él iba a peliar. Le ice a Manuelito:

—Con ese toro negro voy a peliar, ese toro negro me va matar —le ice el torito a Manuelito—. Tú no te vai asustar. Cuando el toro negro a mí me mate y a mí me eje en el suelo, tú tieneh un cuchillo, se retira el toro negro, tú te vai de carrera, me sacái una correíta de los cacho hasta la colita, me tantiái una *cuyunturita* que está en el medio del espinazo, una cuyuntura que está suelta y me la sacái lo que se *desvide* el toro negro.

Y va Manuelito y saca la correíta y la cuyunturita. Di ahí se retira Manuelito y se va. Llega a la casa di un caallero orilla de cordillera preguntando por traajo. Le ice el caallero.

—Pase pa allá pa la cocina para que le den comía lah empliáa —le ice el caallero—; mañana, Manuelito, lo voy a destinar, usté me va ir a cuidar unoh animale a la cordillera.

Al otro día en la mañana, lo destina el caallero.

—Manuelito, usté pille caallo, se va ir a la cordillera.

Sale Manuelito al otro día a bajar animale lleando su correíta, sube a una loma, principia a gritar loh animale. Al oír esto loh animale, salen *hilando* de las quebrá. Manuelito está parao viendo tanto animal que sale. En esto sale un elefante y le ice a Manuelito:

—¡Gusanillo de la tierra, me estás robando loh animale! ¿Qué dijeras que te sorbiera por las narice?

Le ice Manuelito:

—Caso te toca, me sorbí.

Ahí se va el elefante sobre Manuelito y entonce ice Manuelito:

—¡Aprétale, correíta, y atrácale, cuyunturita!

El elefante, al verse rendío, le pide:

—¡No me mates, Manuelito, que yo te doy toa mi riqueza!

Le ice Manuelito:

—¡Aflójate, correíta, y déjate, cuyunturita!

Viene este elefante, lo *llea* a sus palacio y le entrega las *llae*. A vista de entregarle las *llae*, le ice:

—¡Aprétale, correíta, y atrácale, cuyunturita!

Manuelito, lo que mató el elefante, principia abrir granero. Dentro a los granero en qui hay muchos diamante, toma un diamante Manuelito, y se lo echa a la cartera y se va. Monta en su caallo, y arrea suh animale y se va a las casa de su patrón. El caallero, cuando lo vio con tantoh animale, estaba muy contento.

—Este niño es muy güen capataz —dijo.

Le ice el caallero:

—¿Cómo li ha *ío*, Manuelito?

—Muy bien, patrón —le ice.

—El único que si ha portao bien —le ice—; a los demás se lo han comfo loh elefante.

Y pasa Manuelito pa dentro de la cocina para que le dieran merienda. Manuelito estaba merendando, la empliá qui había era muy noveosa, en una pasá que hizo le vio relumbrar el diamante, se va onde está la señorita, le ice:

—Señorita, el joven trae un diamante muy lindo. ¿Por qué no se lo compra?

Le ice la señorita:

—Niña, ¿para qué quero diamante, cuando yo también tengo?

Le ice la empliá:

—¡Pero, señorita, si éste es muy lindo!

Entonce le ice la señorita:

Anda ecirle al joven que me lo venda.

Va la empliá, le ice:

—Joven, dice la señorita que le venda el diamante.

Le ijo Manuelito:

—Dígale a la señorita que no lo vendo ni lo regalo, que se lo doy caso me eja tentarle el tobillito.

Se va la empliá y le ijo:

—Dice, señorita, que no lo vende ni lo regala, que se lo da, caso le eja tentarle el tobillito.

—¿Qué estás loca, niña? —le ijo.

—Pero, señorita, ¿qué le va hacerle?

—En fin, anda, niña; dícele que güeno.

—Dice la señorita que güeno.

—Está bien —dijo Manuelito.

Corta Manuelito, le toca el tobillito, le pasa el diamante a la señorita.

—Tómelo —le ice.

—¡No ve, señorita —le ijo la empliá—, cómo no le hizo na!

Ya Manuelito se recostó para madrugar al otro día. Manuelito al otro día ensilla y se va al cerro a uscar máh animale. Llega a una puntilla y principia gritar: “¡Ah, vaca!” Y salen las vaca a bramío, y sale un elefante y le ice:

—¡Gusanillo de la tierra, me estás robando mis vaca; le robaste las vaca a mi hermano y ahora me las venís a robar a mí! Así como mataste a mi hermano, tenís que matarme a mí.

Viene Manuelito y dice:

—¡Aprétale, correíta, y atrácale, cuyunturita!

El elefante, al verse rendío, pide:

—Déjame, Manuelito; te doy toas mis riqueza; déjame con *vía*.

Manuelito le ice:

—¡Aflójate, correíta, y lárgate, cuyunturita!

Lo *llea* el elefante a entregarle las riqueza. Al entregarle las riqueza, le ice:

—¡Aprétate, correíta, y atrácale, cuyunturita!

Al matar el elefante, empieza Manuelito abrir los granero. Habían bastantes riqueza. Se encuentra con un granero de diamantes más bonito que los qui habían. Se toma un diamante y se lu echó a las cartera. Sale Manuelito y se va con sus vaca. El patrón estaba aguaitando a qué hora llegaría Manuelito con más vaca. A llegar a las casa, le ice:

—¿Cómo li ha *ío*, Manuelito?

Le ice Manuelito:

—Patrón, aquí le traigo más vaca.

—Güeno, Manuelito; pase pa la cocina pa que vaya comer.

La empliá, a lo que lo *veida*, no le despintó la vista. En tanto que lo miró, luego le divisó otro diamante más lindo, se jue onde está la señorita, le ice:

—El joven tiene otro diamante más lindo —le ice—. ¿Por qué no se lo compra, señorita?

Le ice la señorita:

—¿Para qué quero más diamante, niña?

Le ice la empliá:

—Pero, señorita, ¡éste es más lindo!

Le ice:

—Anda, dícele al joven que me lo venda.

Le ice la empliá:

—Oiga, joven; dice la señorita que le venda el diamante.

—Dígale a la señorita que no se lo pueo vender, que se lo regalo si li atento la roillita.

Va la empliá.

—Dice que no se lo puee vender, que se lo regala si li atienta la roillita.

—¿Qué estái tonta, niña? —le ijo.

—¿Y qué le va hacer, señorita, si li atienta la roillita?

—Anda, dícele, niña, que güeno.

—Güeno —le ijo—, que pase para allá.

—Aquí tiene el diamante, señorita.

Ya Manuelito se jue a recostarse pa madrugar al otro día. Al otro día Manuelito madruga, se va uscar más vaca. Manuelito está gritando: “¡Ah, vaca, ah, vaca!” Principian a salir vaca, y sale un elefante y le ice:

—¡Gusanillo de la tierra, me estás robando mis vaca, mi hai matao mih hijo y me estás robando mis vaca! Yo te voy a sorber por las narice.

—Si te toca, me sorberé, ¡y aprétale, correíta, y atrácale, cuyunturita!

—No me matís, Manuelito; te doy toos mis palacio, son más lindo que los que tienen mih hijo.

Le ice Manuelito:

—¡Aflójate, correíta, y lárgalo, cuyunturita!

Se va el elefante a entregarle los palacio. Si loh otro eran lindo, ésoh eran más lindo. Al entregarle los palacio:

—¡Aprétale, correíta, y atrácale, cuyunturita!

Al entregar los palacio, se puso abrir los granero, se encontró con un granero de diamantes más lindo, se toma un diamante, se lu echa a las cartera, sale Manuelito y se va con sus vaca. Dijo Manuelito: “Se terminaron las vaca”. El caallero lu estaba esperando. Le ice Manuelito:

—Patrón, se terminaron las vaca.

—Pase a comer, Manuelito.

Manuelito estaba comiendo y la empliá fijándose en las cartera, le divisa un diamante más lindo que los qui había llevao, se va onde la señorita, le ice:

—Trae un diamante más lindo que los que trajó. Cómpreselo, señorita.

Le ice la señorita:

- ¿Para qué quero tantos diamantes, niña?
- Pero, señorita, ¡si éste es más lindo que los demás!
- Le ice la señorita:
- Anda ecirle que me lo venda.
- Le ice la empliá:
- Dice la señorita que le venda el diamante.
- Le ijo Manuelito:
- Dígale a la señorita que no se lo vendo, que se lo regalo con tal di atentarle el muslito.
- Le ice:
- ¿Qué estái tonta, niña?
- Pero, señorita, ¿qué le va hacer, si él va atentarle y le va pasar el anillo?
- Anda, niña; dícele que pase.
- Manuelito, dice la señorita que pase.
- Aquí tiene el diamante, señorita.
- ¡No ve, señorita, cómo no le hizo na!
- Manuelito venía rendío, luego se jue acostarse. Este dicho caallero estaba muy agradecío con Manuelito, nu hallaba cómo pagarle. Se puso en unas grandes conversa con la señorita y con la señora, cómo pagarle a este niño que si había portao tan bien, li había traío toos suh animale. Le ice el caallero:
- Hija —le ijo—, ¿usté no se casaría con este joven?
- Papá —le ice la niña—, ¿por qué no me podía casar, cuando eh un niño muy *güeno*, cuando este joven mi ha regalao unos diamantes muy lindo, más lindo que los mío, y mi ha tentao el tobillito, la roillita y el muslito?
- Entonce más bien, pueh hija, más bien se casa, pueh.
- ¡Cómo no, papá! Con mucho gusto.
- Al otro día temprano llaman a Manuelito para arreglarle sus servicio, porque Manuelito quería retirarse.
- Manuelito —le ice el caallero—, le vamo arreglar y en gratificación ¿por qué no se casa con mi hija?
- Le ice Manuelito:
- Yo soy un joven pobre, señor. ¿Cómo me voy a casar con su hija?
- Le ice el caallero:
- ¡Si es gustoso de toos *lohotro* qui usté se case, Manuelito!
- Le ijo Manuelito:
- Siendo que sea así, que sea su gusto, me caso.
- ¡Cómo no, Manuelito! Con mucho gusto.
- Y se casó Manuelito con la señorita de los diamante. Al siguiente

llea a la señorita a sus palacio qui había quitao a loh elefante. Las casa del suegro qui había recibío eran unos gallinero para los palacio que él tenía. Manuelito se lleó a su suegro a unos palacio, le regaló unos palacio. En loh otros palacio él viviría. A los quince día muy feliz pasaba con su señora qui había recibío.

Un día, a las doce del día, lo llamaron la correíta con la cuyunturita.

—Manuelito —le icen—, llama a tu señora. *Lohotro* los vamo a retirar para ponerte la bendición.

Manuelito se jue a uscar la señora. La Virgen con el Señor la espe-raban, la bendición le echó. Le ijeron la correíta con la cuyunturita:

—*Lohotro* éramo los padres tuyo, leh ejamo vivir felice y *lohotro* los vamo.

Se golvieron unas palomita y se jueron.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

LOS TRES CONSEJOS

Este era un rey que tenía cuatro *taleas* de plata. La señora lo traicionó por interés de ocho riale. Entonce el rey no hizo ningún castigo. Lo que hacía a toa hora de comía de la mesa iba a sacar dos riale en caa *talea* y ponía en las cuatro esquina de la mesa dos riale. Ya eso de toos los día a la comía. Esta señora le empezó a dar sentimiento y vergüenza. Ya se jue enflaqueciéndose. Llegó al estao que andaba, hecho esqueleto, a la rastra. El rey dijo:

—Me voy a ir *esterrar* hasta que halle un hombre honrao y secreto.

Hizo una tranca y camino de tráfico onde pasaba toa la gente. A la hora del desayuno, el que pasase tenía que envitar a su mesa. Hubiese *sío* pobre, hubiese *sío* rico, hubiese *sío* joven, hubiese *sío* viejo, a toos los llamaba.

Así que iba un pobre, un trabajador, por un pueblo y le icía:

—¿Quién quere consejo? ¿Quién compra consejo?

Dijo el caballero entonce:

—Yo ando de pasajero, yo quero consejo, yo compraré el consejo. Y le ijo:

—¿Cuánto cuesta?

—Cien peso.

—Aquí está. ¿Cuál eh el consejo?

—Que nunca deseche lo viejo por lo mozo, ni tampoco no pregunte lo que no te importa, no andes contando lo que veah.

—Ai *tan* los cien peso.

El rey a cuantos pasaban envitaba. Cuando *vían*, le icían:

—¿Y esto qué contiene, mi rey?

Entonce el rey loh agarraba y los plantaba preso. No hallaban qué hacer. En eso pasa el hombre que compró consejo, llegó a dos camino, un camino viejo y uno nuevo. Este quiso tomar el nuevo.

—No —dijo—, el consejo me ijo: “Nunca deseche lo viejo por lo mozo”.

Entonce se jue al camino viejo, y ya se le hizo tarde y alojó en el camino viejo. Como a medianoche sintió los lamento:

—¡Que me están matando! ¡No me maten! ¡No me maten!

Así que al otro día amaneció, ensilló su caballo y siguió caminando. Entonce llegó al camino nuevo y encuentra los carabinero. Le ijeron:

—¿Aónde alojaste voh?

—En el camino viejo.

—¡Oh! —le ijeron—. Anoche jueron los saltiaore, mataron a cinco en el camino nuevo.

—¡Ah! —dijo entonce—. Muy güenos van mis consejo.

En eso siguió caminando. Van siendo las doce. Llegó a la casa del rey, al palacio, y le ijo:

—Que se abaje el pasajero.

Se abajó el pasajero y lo pasaron pa dentro. Ya jue la hora del almuerzo, pusieron la mesa. Ya llegó el esqueleto a la rastra, iba crujiéndole los güeso, arrastrándose en el piso. Entonce él que lo miró y se hizo que no lo vio y siguió conversando con el rey. Principiaron a almorzar. El pasajero, en un descuido que se descuidó el rey, le botó una papita. El rey mirando. Tomó la presa el pasajero y se la botó al esqueleto, y el rey se hacía que no *vía*, pero estaba mirándolo. Di ai le sirvió una copa de licor al pasajero. El se hizo que se la había tomao y se la botó al esqueleto, que se la tomó. Di ai se levantó la mesa. Se jue el esqueleto, arrastrando, al lugarcito onde solía estar. Le ijo el pasajero al rey:

—Ya está güeno pa continuar mi camino.

—No —le ijo el rey—, espérese a la once.

Se esperó. A la once le dieron una rebaná. El va, se la da al esque-

leto. La taza de café se hacía que tomaba, se la daba al esqueleto. Ya levantaron la mesa. Le ijo:

—Güeno, mi rey, ya está güeno pa continuar mi camino.

—No —le ijo—, hasta mañana se va.

Se alojó. En el noche le dieron cena. Al descuido de él daba al esqueleto. Y el rey en too se estaba fijándose. Al otro día se quería ir.

—No —le ijo—, después del desayuno se va.

Al otro día se desayunaron. Too le iba dando al esqueleto. Cuando ya levantaron la mesa, se jue el esqueleto a su lugar otra veh. Este tampoco no sacaba los ocho riales de lah esquina de la mesa. Así que le ijo:

—Mire, caballero; toavía no había hallao una persona honrá y secreta. ¿Quere saber por qué está este esqueleto asina?

—Si usted me lo dice, mi rey, muy fácil que lo sabré.

—Este esqueleto eh —le ijo— mi señora. Esta señora me traicionó por ocho riale. Yo tenía cuatro *taleas* de plata. El castigo que yo le hice que toos los día sacaba ocho riale y los ponía en la esquina de la mesa. Así le jue dando pena y se jue enflaqueciendo. Y toavía tengo loh riale aquí en la mesa. Mire —le ijo—, ahora usted se va hacer cargo del fundo y de toas mis riqueza y yo me voy a *esterrar*.

Le dejó toas sus riqueza. Lo llevó a la notaría y le dejó toas sus riqueza. Y entonces lo recibió y el rey se jue. Y él quedó con la corona del rey.

Después de eso principió a asistir el esqueleto, a darle sostén, a vestirla. Ya principó a engordar el esqueleto, el esqueleto muy pronto remozó, ya engordó, se remozó. Después que quedó como ante, güena moza, ahora se casó el joven con el esqueleto.

Hasta ai llegó el chasco del esqueleto.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ZORAILA CORONA.

Era un zapatero que trabajaba en la ciudad, aquí en Chile. Era casao y tenía un hijo. Y por mal nombre le decían "El Grillo". Y un buen día, aburrío, le dijo a la señora:

—Hija, me voy a retirar para darle educación a mi hijo y me voy a trabajar donde la suerte me ayude máh. Y al no hallar trabajo en alguna parte, me las doy de adivino.

Entonce, ella le dijo sollozando:

—¡Adivino “El Grillo” no más va a ser!

Entonce tomó el saco con herramientah y se jue a Europa. Anduvo en varias compañía y no encontró nunca trabajo para su oficio de él. Entonce resulta que hay un gran robo a un rey de un palacio, y este rey tenía tres servidores negro, que ellos mismo le robaron todas las riqueza que tenía el rey, y al salir con todah estas riqueza, alhajah, jayah, se encuentran con la dificultá que no pudieron salir, porque tenían guardiah en la puerta. Entonce el rey puso un aviso ajuera, en lah muralla de su palacio, que el que descubriese la riqueza que le habían robao le daría buena recompensa en plata y en oro. Entonce el zapatero:

—Voy a comer tres día bien comió para morir de lleno y no de hambre, aunque sé que me van a ahorcar.

Se vino él y se presentó al palacio del rey y le dijo que él adivinaba aonde estaba el tesoro con una condición, que le dieran tres día de comer bien comió y al cuarto le adivinaba él aonde estaba su tesoro.

—Muy bien —le dijo el rey.

Ordenó a su empliá, la que hacía la comía, y al empliáo que servía en la mesa, que le sirvieran bien, y vino, y too lo que él pidiera. El primer día se sirvió bien servió de too lo que el rey le ordenó a su empliá. El primer día, a la hora de la comía, vino a servir la comía el primer negro. Después de la comía decía:

—¡Gracis a Dios que llevo uno, y día bien comió!

Entonce el negro va onde sus otros dos compañero de robo. Y le preguntan:

—¿Qué te dijo el adivino?

—Que ya llevaba uno, y éste soy yo.

Al segundo día, después de la comía, de estar bien servió, vino el otro negro a servirle la comía, y dijo:

—¡Gracis a Dios que llevo doh!

—¿Y qué dijo el adivino? —le preguntó el tercero.

—Que somos doh ya.

—Ahora no más me va a tocar a mí. Entonce yo, cuando ya diga: “¡Gracis a Dios que llevo treh!”, yo me voy a hincar de rodilla a pedirle perdón, y entonce le digo que aonde enterramo el tesoro nosotroh en ese naranjo que estaba ahí enterrao.

Entonce ya el adivino se jue onde el rey. Le dijo que al otro día

venía él a desenterrar el tesoro. El rey, y la reina y las princesa enloquecía de gusto que el adivino había de descubrir el tesoro. Se acerca al rey en seguía.

—¿No podría darme unah libra para comprar algunas cositas que necesito?

—Con mucho gusto, hijo.

Metió las mano al bolsillo y le entregó un puñao de librah esterlina. Se jue contento al pueblo. “Voy a tomar un trago al casino”. Y en ese casino había también un gran robo. Supieron los del casino que él era el adivino y le sirvieron licore de los más fino. Y él jue a pagar, y no le quisieron recibir por temor de que no le divulgara a elloh. En seguía se jue a otro casino. También había sucedió otro gran robo ahí. Y también le sirvieron licores fino. Entonce salió él a conocer el reinao por las calle. Y gritaba un comerciante:

—¡Los consejo, caserita, los consejo! —gritaba a toa voz alta.

Entonce:

—A ver, ven para acá. Véndeme un consejo.

Sacó una libra y le pagó un consejo. Y en el consejo decía: “Nunca dejí lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso”.

—Véndeme otro consejo.

Le pagó otra libra.

—¿Qué dice el otro consejo?: “Nunca preguntar lo que no te conviene”.

—A ver, véndeme el otro consejo, y me esplicái lo que dice en el último consejo: “No creerse de la primer nueva”.

Ya terminó de conocer el reinao. Se jue a la casa del rey. Lo esperaban con un buen desayuno, toas las reinah y los príncipe, el rey y la reina, cuando ya venía a sentarse en la mesa a recibir su desayuno. Una vez termina, le dice al rey:

—Llámeme a esos tres negro que me sirvieron la comía que usté ordenó y les dice que se presenten, cuando yo los llame, uno con una barreta, otro con una pala y otro con una picota.

Se vino el rey con toa su familia enloqueció de gusto aonde estaba el adivino. Y entonce les dice a los negro:

—Sáquenme ese tesoro que hay ahí al pie de este naranjo.

Enloquecios tooh ahí que iba a salir el tesoro. Lo primero que sacaron, el gran collar de oro de la reina, en seguía lah alhaja de los príncipe, y en seguía las joyas de la princesa y al último el gran tesoro de oro que estaba debajo de too. Tooh enloquecióh, el rey, la reina. De gusto lo felicitaban al adivino y le dijeron que al otro día lo esperaban a almorzar para darle su premio que le habían ofreció.

Ya estaban almorzando ya, y toca la mala suerte que andaba un grillo debajo de la mesa. Entonce baja la mano el rey y pesca el grillo.

—Que sea la última adivinanza, amigo. ¿Qué tengo aquí en la mano?

Entonce le contesta a la mujer:

—¡Qué iba a ser adivino “El Grillo”!

—¡Grillo es, pueh, hombre! —dijo el rey.

Y soltaron la risa tooh. Era verdaderamente adivino. Entonce el rey ordenó al empliao que tenía ahí:

—Llámeme al administraor. Tráigame cuatro petacas con oro y dos mula y un caballo para mi adivino. Me hace llenar dos petacas con oro y dos con plata.

—Muy bien, señor.

Llamó a los trabajaores que tenían y llenaron las petaca tal como había ordenao el rey.

—Y entonce le voy a dar doh empliao para que lo acompañen hasta que llegue a su casa.

Entonce cargaron too. Y se despidieron de tooh y siguieron su camino. Y a lo que habían andao un par de hora, llegaron a un camino ancho y nuevo y un deshecho de un camino viejo. Entonce el adivino ordena que lo sigan por el camino viejo. Entonce le dicen loh empliao:

—Este camino es nuevo.

El saca su libreta, y el consejo dice: “Nunca dejar lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso”. Siguieron por el camino viejo. Y los bandíos lo estaban esperando en el camino nuevo, porque sabían que iba por ese camino.

Y a lo que anduvieron varios kilómetros máh, llegaron a otro reinao. En ese reinao había un rey que tenía una hija. Y la tenían convertía en una gran perra negra, grande. Y los pasajeros que llegaban loh invitaba a almorzar y ponía la perra al lao de los visitanteh. Se asustaban los visitanteh y preguntaban:

—¿Esta perra, señor?

Y llegaba el rey y les daba un fierrazo y los mataba, porque siempre quedaba su hija encantá.

Una vez, sirviéndose el almuerzo ya, traen la perra y la sientan al lao del adivino. Entonce él se asusta y piensa preguntar por la perra y se arrepiente. Y se acuerda de su consejo: “No preguntar lo que no te conviene”. Entonce almorzó el rey tranquilo. Y le sirven una copa de vino para el adivino, para el rey y otra para la perra. Entonce se va a servir el vino, y mira para el lao donde estaba sentá la perra jun-

to a él y la ve que eh una reina la más preciosa que había. Entonce el rey se levanta:

—Hijo —le dice—, te voy a dar un abrazo de gusto, porque me has salvao de una situación de tanta burla que me hacían en toas parteh a mí, de ver a mi hija convertía, y ahora la ve que eh una reina, hija mía. Le voy a dar dos petacas de plata y un empliao para que lo vaya a acompañar hasta que llegue a su casa.

Contento el rey, se despidió de él.

Y siguieron caminando con sus sei petacas de dinero. Ya anduvieron una hora más de camino y llegaron a la ciudá donde él vivía. Y antes de entrar a la ciudá había un río. Y venían dos pescadore vendiendo congrioh muy lindo. Y los llama él y les dice:

—Véndame ese congrioh más grande que lleva.

—No lo podimos vender, porque lo llevamo para la mujer del cura. De loh otros más chico le podimos vender.

—Muy bien, pueh, hombre.

Pasaron el río con toas sus cargah. Y saca su libreta y el último consejo: “Nunca creerse de la primer nueva”. Llegaron a la casa donde él vivía. Y conoce su casa que estaba muy reformá, y había una linda mampara en la casa. Entonce se baja él de su caballo y toca el timbre, y abre la mampara. Y viene a recibirlo un empliao. Y le dice al empliao que quiere ver a la dueña de casa, que quiere pedirle un servicio. Viene la señora, muy avanzá ya, a recibirlo a él. Y le dice:

—Señora, pudiera darme hospedaje a mí y a mih empliao por unos doh o tres día y pastos para mih animales que traigo.

—¡Cómo no, señor! Pase para adentro.

Entonce va la señora y busca la llave de una pieza y le dice:

—Traiga sus sei maletah y las coloca aquí.

Una vez colocás las maletah ahí, echa llave a la pieza y le entrega a él. Pensó él hablar a su señora, pero se arrepintió, que él era su marío “El Grillo”, porque la señora podía haber tenío una gran sorpresa. Les dio una para su dormitorio de él y otra pieza para loh empliao que traía. Ya le dijo después la señora:

—Vamoh a la pieza de recibo a descansar.

—Muy bien, señora —le dijo.

Ya una vez *tando* ahí, siente sonar la campanilla. Eran máh o meno las dieh y media de la mañana. Llega un aviso. Sale el empliao a recibir quién venía. Y era un curita, que venía a almorzar ya.

—Buenos día, mamacita —le dijo el cura y le da un abrazo.

Y dice:

—Hija, ¿no me conoce usted a mí?

—No, señor.

—Hija, yo soy su estao.

Y le da un abrazo y se cierra a llorar junto con ella. Y le dice:

—Mira, hijo, éste es tu papá.

—¿Mi papacito? Yo creía mi papacito había muerto hace muchoh año.

Ya después se conformaron los treh.

—Mire, hijo —le dice—, le traigo un regalito. Venga para acá. —Y le abre una maleta que estaba llena de oro y tres maletas llenas de plata. —Una de oro y tres de plata es para usted, hijo, y estah otras dos maletas de plata es para usted, hija, para los gastos que se originan en la casa.

Entonce el curita llama a un empliao:

—Váyase usted al hotel y dígame al dueño que mande doh empliao uniformao para servir en la mesa y dos cocineroh uniformao para hacer el almuerzo. Entonce en seguía se va usted donde el obispo y le dice que ha llegao mi papá y que loh invita a almorzar y a too su directorio que está bajo su mando.

Ya vinieron toos lo convidaoh y los recibe el curita.

—Le voy a mostrar, su majestá, un regalito que me trajo mi papá: tres petacas con plata y una con oro. Esto para mí. Y a mi mamacita le trae una petaca con oro y una con plata.

Entonce se emociona el obispo.

—¿Cómo puede ser —dice— que haiga un hombre de más fortuna que yo?

Loh invitó a sentarse a su pieza de recibo. Y en seguía ya se efectuó el almuerzo. Vinieron al comeor tooh. Juntoh ahí se sirvieron su almuerzo bien servío y con buen vino fino. Y a mí me sentaron al lao del obispo y del adivino.

Diaguitas, Coquimbo, 1950.

MANUEL MILLÁN RIVERA.

Eran dos casao que no tenían na familia. Una vez le ijo la señora al marío:

—Cuando *los* muramo *lohoto*, ¿a quién le vamo a ejar toos los bie-ne, no teniendo ni un hijo?

Entonce le ijo la señora:

—Le vamo hacer una manda a Nuestra Madre del Rosario pa tener un hijo —le ijo.

Entonce le hizo una manda a Nuestra Madre del Rosario di una carga de plata pa tener un hijo. En la noche cayó enferma la señora y tuvo un hijo. Este hijo nació con un letrero a la espalda qui a la edá de quince año tenía que ser muerto. Entonce este niño creció, lu echaron al colegio, lu educaron. Toos los día cuando estaba a la mesa este niño almorzando, la mamá lloraba mucho, porque si acordaba que tenía que ser muerto a la edá de quince año. Un día le ijo el niño.

—Mamá, ¿por qué llora tanto caa vez que llego almorzar? ¿Siente usté el alimento que me está dando? —le ijo.

—No, hijo —le ijo—; yo lloro porque usté nació con un letrero a la espalda qui a los quince año tenía que estar muerto. *Lohoto* éramos solo y por tenerlo a usté hicimo una manda a Nuestra Señora del Rosario di una carga de plata, así que, cumpliendo la edá, tiene que ir a pagarla —le ijo.

Ya se cumplió el plazo y este niño, que se llamaba Juan, lo mandaron a pagarle la carga de plata a Nuestra Madre del Rosario. Tenía qui andar tres día. Arregló toas sus maletita, toas su cosa, pa comer pa el camino y en seguía se echó tres manzana a la cartera. A poco qui había andao se encontró con un andante y se juntaron los doh. Por el camino llega la hora de doce, y descarga sus carga y se ponen almorzar deajo di un quillay con el compañero que si había juntao. Después qui había almorzao, sacó una manzana del bolsillo, la ensartó en un cortapluma y se la pasó al compañero. Vino el compañero, sacó una rebaná de la gruesura di un deo, se la pasó a don Juan y lo demás se lo comió él. Dijo don Juan: “Con este compañero no me junto más”, dijo. Al otro día cuando jue hora, le ijo el compañero:

—Ya eh hora que carguemo.

—No, iñor; váyase solo.

—¿Qué voy hacer solo? ¿Yo, tanto día que no comía, qué voy a comer ahora?

—No me importa na a mí; váyase no máh.

Cargó don Juan sus carga y salió. Máh aelante se encontró con otro amigo. Le ijo:

—¿Pa ónde va, don Juan?

—Voy onde Nuestra Madre del Rosario a pagar esta manda.

—Juntos vamo, yo también voy pa allá —ijo.

Llegó la hora del alojamiento y se pusieron a merendar en la noche; comieron, vino don Juan, sacó otra manzana de las cartera y se la pasó a él. Sacó el compañero una rebaná de la gruesura del deo, se la pasó a don Juan y lo demás se lo come él. Dijo don Juan: “Con éste tampoco me voy a juntar”, dijo. Al otro día, a lo que jue hora:

—Ya, don Juan, vámolo.

—Váyase solo no máh.

—¡Ay, don Juan! Tanto día que no comía, ¿qué voy a comer ahora?

—No me importa na a mí; váyase no máh —le ijo.

Se desayunó don Juan, arregló su carga y salió. Máh aelante se encuentra con otro compañero.

—¿Aónde va, don Juan?

—Voy onde Nuestra Madre del Rosario a pagar esta manda.

—Yo lu acompaño, junto *los* vamo.

Por el camino almorzaron a la hora de doce. A lo qui almorzaron, saca la otra manzana en el cuchillo y se la pasa al compañero. Vino el compañero, sacó una rebanáta, y se la comió y lo demás se lo pasó a don Juan. Dijo don Juan: “Con éste me voy a juntar hasta que me muera”, ijo. A lo qui almorzaron, ya iban cerca, si arreglaron, cargaron y salieron. A la noche llegaron a pedir alojamiento a la casa di una vieja hechicera. La vieja tenía doh hija. A don Juan lu echó a dormir con una hija en una pieza y don Manuel lu echó con la otra hija a l' otra pieza a dormir. Vino la vieja, les puso un gorro a caa uno pa matarlo en la noche. Don Juan, como iba rendío, se queó dormío, no supo na. Don Manuel se sacó el gorro y se lo puso a la niña. La vieja en la noche vino, se levantó y los mató, mató a don Juan y mató a la hija de ella en la otra pieza por matar a don Manuel. Y se jue la vieja a uscar a unos compadre para que se vinieran a comer unos cordero que tenía. Viene don Manuel, y se levanta, y se va a ver al compañero, y lu encuentra muerto, agarra a su compañero, y lu agarra al hombro y se va onde Nuestra Madre del Rosario. Jue a pagar la manda y se puso a clamarle. Nuestra Madre del Rosario se lo resucitó. Lo que resucitó, pagaron la manda y se jueron, dándole loh agradecimiento don Juan a don Manuel. Llegaron a un almacén y se compraron dos jarros di oro, uno con el nombre de don Juan y el otro con el nombre de don Manuel. El de don Juan se lo llevó don Manuel y el de don Manuel se lo llevó don Juan. Le ijo don Juan:

—A fin di año por estos jarro *los* vamo a juntar, si alguna vez *los* llegamo apartar —le ijo.

Llegaron al cruce di un camino, le ijo don Juan:

—Aquí *los* vamo a devidir. Too lo qui utilicemo *los* vamo a partir despuéh; si yo hago la suerte primero, *los* partimo; si usté, también.

Tomó uno por un camino, el otro por el otro, y se jueron. Salió don Manuel andar por un camino y don Juan por otro camino. Don Juan luego hizo la suerte, traajó, en seguía se casó, traajó muy bien. Don Manuel por allá encontró un empleo y se emplió, aguantó tres mese, se enfermó, se le pudrieron los pulmone onde le corrió la sangre envenená del compañero que llevaba al hombro. Pidió arreglo y le pagaron. El patrón le dio sei riale por los tres mese, se loh echó al bolsillo y salió andar. Sabe un soldaíllo que don Manuel si ha pagao de tres mese y lleva sei riale en el bolsillo. “Yo se los voy a ganar”, dijo. Lu alcanzó el soldaíllo di atráh y se gana por el lao del camino. No lu hablaba ni uno ni otro. Tanto qui había andao, le ijo don Manuel:

—Cuénteme un chistecito.

—Pero, amigo, le cuestan dos riale.

—¿Cómo tan caro, amigo?

—O la de no, no le cuento na —le ijo.

—Güeno, cuéntelo, pueh, amigo.

—Ha de saber usté, amigo, que la tierra no viesé y no juese.

—¿Tan corto era, amigo?

—¡Y si nu es máh! ¡Pase pa acá los dos riale!

Le pagó los dos riale. Máh aelante le ijo:

—Cuente otro chascarrito.

—Le cuesta dos riale.

—Güeno; cuente, amigo.

—Ha de saber usté, amigo, que el rico mientras más tiene más quere. Pase pa acá los dos riale.

—¿Y nu es máh?

—No, pueh, amigo.

Pagó los dos riale y sigue andando. Mah aelante le ijo:

—Cuente otro chascarrito de yapa.

—Nu hay yapa, cuestan dos riale.

—En fin, me quean dos riale; cuente el otro.

Le contó el otro.

—Ha de saber usté, amigo, que el hombre casao nu ha de ser confiao. ¡Ya, pase pa acá los dos riale!

—¿Y nu es máh?

Le ganó los sei reale, se dio la güelta el soldaíllo y se jue. Salió andando por el camino don Manuel. Tanto qui había andao, pasa por unas casas muy bonita, unos chalesé, iba con sé y hambre. No si

alima a pasar ahí, siguió andando. Al anochecer, al pie di un cerro, en una mata de quillay muy grande, ahí decidió alojar. Iba rendío, los pulmone que se li habían podrío, los gusano casi se lo comían. Ahí estaba don Manuel deajo 'e la mata de quillay pensando pa morir-se. Allí, callaíto, llegaron doh urraca metiendo bulla, una venía del norte y la otra del sur.

—Comadre, ¿qué noveá hay por estas tierra?

—Hay una noveá muy grande.

—¿Qué noveá será, comadre? Cuéntemela.

—No, puee haber alguien por aquí.

—Nu hay naiden aquí en esta soleá —le ijo.

Le ijo:

—Ha de saber, comadre, que don Manuel anda trayendo los pulmone podrío, agusanao.

—¿Y con qué puee aliviar, comadre?

—¡Ay, comadre! Hay un remedio muy güeno —le ijo—: degollar una guagua en una sábana que no la hayan usao nunca y pasarle una plumita por lah espalda, sana al tiro —le ijo.

Don Manuel oyó toah estas palabras. Se despidieron lah urraca y se jueron.

—¡Adiós, comadre!

—¡Adiós, comadre!

Al otro día se levanta don Manuel y se degüelve pa atráh. En lugar de seguir pa elante golvió pa atráh, andar otra ve. Se encuentra con los mesmos chalse y ve una niña. “Voy a pasar a pedir un jarro di agua”. Se queó mirándolo la niña y vio que se le *queidan* los gusano, ijo: “¡Qué le voy a pasar agua a este cristiano!” Y no le quiso pasar. Vino don Juan, metió las mano a las cartera, sacó el jarrito di oro.

—Páseme en este jarrito, señorita —le ijo.

Vino la niña, lu agarra con las dos mano, y le ve el nombre al jarro de don Manuel y *corta* onde está la patrona.

—Señorita —le ice—, este hombre li ha robao el jarro a don Juan.

Y se va la patrona a ver el jarro de don Juan, aentro encuentra el jarro con el otro nombre de don Manuel. Lllaman a don Juan y le señalan los jarro.

—Este es mi compañero —ijo don Juan y le da un abrazo.

—¿Y cómo li ha *ío* a usté, compañero?

—Mi ha *ío* mal, he paeció de lah espalda.

—¿Y nu ha encontrao ningún remedio?

—No, pueh —le ice.

Entonce le ice don Manuel:

—El único remedio que he encontrao matando una guagua inocente, recibir la sangre en una sábana que nu hayan usao nunca y pasándola con una plumita en lah espalda, sanaría —le ijo.

La señora de don Juan tenía una guagua en la cama. Viene don Juan, saca la guagua de la cuna, la degüella, echa la sangre en una sábana y le pasa por lah espalda. Echa la guagua a la cuna, queó gorjiando la guagua. Don Manuel mejoró al tiro y le ijo don Juan:

—Ahora, don Manuel, *los* vamo a partir de toos loh *utilimentos* que hemoh hecho. Yo, como hice la suerte primero, le voy a dar la partición.

Se puso a darle partición di animale, mueble; de plata, de too se partieron.

—Ahora —le ijo—, ¿qué *los* quea que partamo? Quea la guagua.

Sacaron la guagua di una cuna, la pusieron en una mesa y le pusieron la espá.

—¿Pa ónde agarra usté —le ijo—, pa los pie o la caeza?

—Eso sí que no, compañero —le ijo don Manuel—. No quero más que la *vía* y la *salú* que ya me dio. Ahora voy a ir a traajar pa poder tener yo.

Se dieron loh *agracimiento*, se despidieron y se jue don Manuel a traajar para tener tal como había tenío don Juan. Había andao mucho, pobre, y nu hallaba qui hacer y traajo nu encontraba don Manuel. Llegó a las casa di un caallero a pedir traajo. Por la mañana llegó el capatáh y le dio traajo, le entregó una pala, lo mandó con una cuadrilla a traajar a un canal. Don Manuel se sacó el *ponchito* y se puso a traajar sin levantar caeza. Llegó l' hora del pan y le da el pan a los traajaore, le sobró una galleta.

—Toma sólo esta galleta.

Viene don Juan, tomó la galleta y se pone a traajar. Este rotito de don Manuel traajaba por catorce. Al otro día la mesma cosa, agarró su pala, se jue a traajar, traajar no más sin levantar la caeza. Llegó l' hora del pan, la mesma cosa, le sobra un galleta al capatáh.

—Toma sólo esta galleta.

Agarró la galleta y se la comió. Se puso a traajar. Al otro día en la tarde:

—¿Cómo anda el traajo?

—Anda muy bien, señor; ha llegao un roto que traaja por catorce.

—¡Ay, hombre, qué güeno! A la tarde, a la hora del pago que pase pa acá pa las casa, que quero hablar con él —le ijo.

En la tarde le pagaron, le ijo el capataz ya solo:

—Dijo el patrón que pasarai pa las casa, que quería hablar con voh —le ijo.

—Y él, too acholao, no si animaba a pasar. Le ijo el caallero:

—Lo mando llamar, joven, porque usté tiene que casarse con mi hija.

—¿Cómo me voy a casar, una persona pobre como yo?

—No, es que se casa con ella no máh, ése es mi gusto, se casa no máh.

“Tierra que viesse no juese”, pensó don Manuel; “llegando una nu hay que desecharla”. Y aceptó casarse con la hija del caallero. Lo pasaron pa entro, lo lavaron, lo *terniaron* bien *terniao*, y llamaron cura y sotacura y se casó con la señorita. Remolieron too el día, el sábado y el domingo. Se casó el rotito. El capatáh y loh empliao no saben naiden de este casamiento. El día domingo en la noche, ya que jue hora, se cortó el casamiento. Jue a uscar sus tiritá.

—No, hijo —le ijo —; ahora no tiene necesiá de traajar.

—No, hija —le ijo—; “el rico mientras más tiene más quere”.

Agarró sus tiritá el día lune di alba, ¡al canal si ha *icho!* Al otro día llega el capataz con sus galleta; le sobró una galleta.

—Toma, roto, esta galleta —le ice él.

—¿Y a quién le ices roto, voh?

—A vos te igo.

—Ti apuesto el quince de traajo que di ahora en aelante voy a ser tu patrón yo.

—¡Qué vai a ser patrón tú, roto, carajo! —le ijo el capatáh.

—Entonce —le ijo— ti apuesto mil que viene la señorita a ejarme qui almorzar a la hora de doce.

—¡Qué va venir la señorita, mi patrona, a ejarte di almorzar a voh!

—Güeno, vamo a ver.

A l' hora de doce tocaron la campana, salieron toos los traajaore almorzar y él queó traajando caeza gacha, ¡traajar no máh! Y aguaitaban si venía algún coche los traajaore y él, caecita gacha, vamos traajando. Ya devisaron un coche que venía levantando polvaera. Los traajaore estaban asustao. Llegó el coche, salió la señorita y le pasó la portavianda. Tomó la portavianda, almorzó y se puso a traajar traajando caeza gacha no máh. Partió el coche, el cochero nu hallaba la hora de Dios de irse. Le ijo el cochero:

—¡Qué si haya casao con este roto, un descrédito para usté! ¿Por qué no se casa conmigo mejor?

Tanto jue que la señorita aceptó d' irse. El cochero partió como

los rediablo apretando. Entonce se queó pensando él: "El hombre casao nu ha de ser confiao", se ijo. "Ya me va sirviendo otro", se ijo. Le ijo al capatáh:

—Monta a caallo y mi haces golver el coche.

El cochero no quería golver. Quiso que no quiso tuvo que golver no máh. Golvió el coche, subió al coche él y se jue con la señorita a las casa. Allá quemó sus tirita, y se queó de patrón él gobernando el fundo y hizo su suerte tal como don Juan la había hecho. No se interesó de ninguna cosa de don Juan hasta que hizo la suerte el tiempo.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

140

Andaña jue padre,
Andaña jue hijo.
Crié hijo ajeno,
marío 'e mi madre.

Andaña jue *empaerao* por el rey. La hija durante dos meses lu alimentó con su propia leche, dándole el seno por un hoyo de la prisión.

Un día jue onde el rey a pedirle que dejara en libertá a su padre y le dijo:

—Mi Sacarrial Majestá, le voy a echar una adivinanza. Si usted no me la adivina, deja en libertá a mi padre, y si la adivina, lo mata.

—Bueno; dime la adivinanza.

La niña le dijo la adivinanza.

—Pero dime el contenido y dejaré en libertá a tu padre.

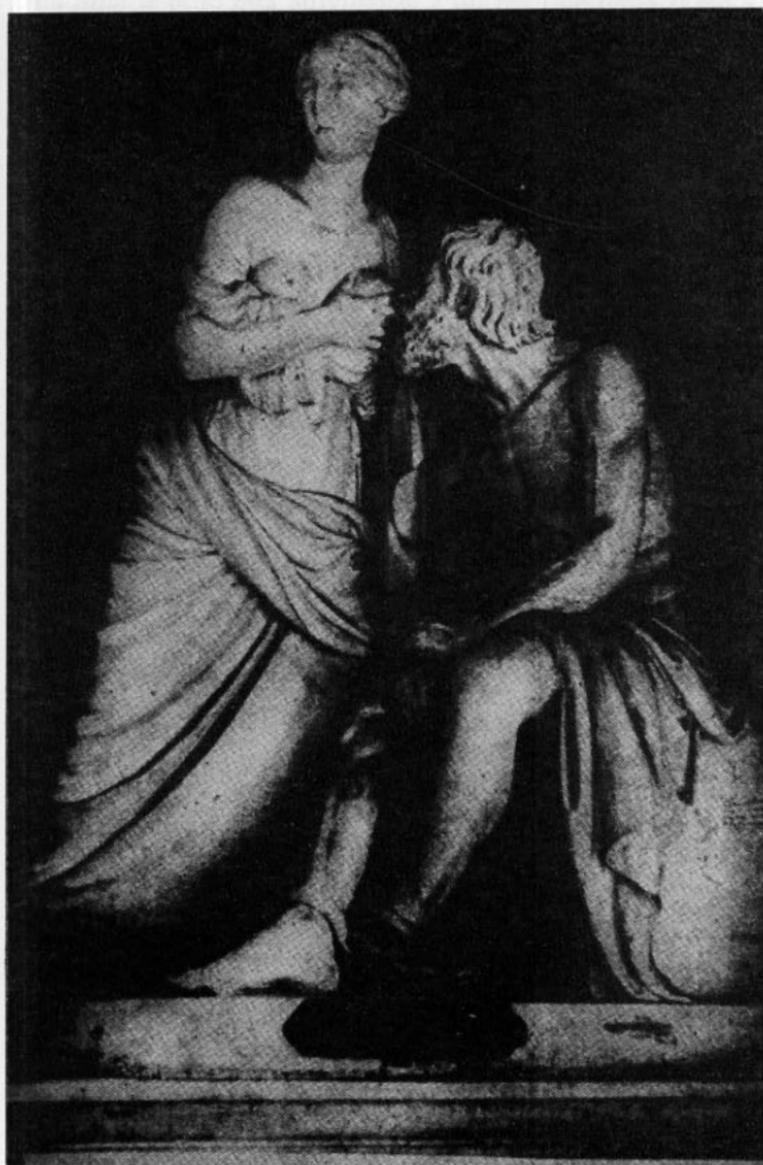
Lo dejó en libertá y el padre salió gordo y *rebusto*.

Ignao, Valdivia, 1951.

FRANCISCO CORONADO.

141

Andaña fue padre;
crié hijo ajeno,
marío de mi madre.



THE SCULPTURE OF THE TWO FIGURES, BY ANONYMOUS ARTIST, IN THE MUSEUM OF THE UNIVERSITY OF OXFORD.

Este grupo escultórico, que se encuentra en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de Madrid, tiene el mismo tema de los cuentos de adivinanzas 140-143. Reproducción de la obra de Rafael Ramírez de Arellano: Folklore portorriqueño, Madrid, 1926

Una niña le echó esta adivinanza a un rey que tenía preso a su padre para que le diera libertad. El padre estaba encerrado en una pieza onde no recibía alimentos. La niña, para que no muriera, le dio pecho.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

LORENZO MANRÍQUEZ.

142

Yo de Juan soy hija
y ahora soy madre,
crío a hijo ajeno
y marido de mi madre.

Un preso que tomaba leche de su hija.

Rivadavia, Coquimbo, 1950.

ANSELMO ORREGO.

143

De Andalio soy hija,
de Andalio soy madre;
crié hijo ajeno,
marido de mi madre.

Un hombre que había sido tomado preso era alimentado por su hija con el pecho a través de las rejas.

Hacienda Illapel, Illapel, 1955. Recogido por don BERNARDO VALENZUELA.

JESÚS VEGA.

144

L A H I E L

Traigo una copa 'e licor,
nu es colao ni esprimío;

277

la madre la traigo en las mano
y en el que vengo nu es nació.

Había una señora que tenía su marío preso. Y el rey le dijo que tenía que llevarle una adivinanza que no se la adivina nadie y, si no se la adivinaban, entonce su esposo tenía la libertá.

La señora se fue pensando qué adivinanza podía llevar. Y tenía en la casa una yegua al parir ya. Así que lo que hizo, llegó y mató la yegua, y la *yel* de la yegua la colgó y la recogió en un vaso y el potrillo lo sacó vivo. Así que ese líquido de la yegua lo conservó hasta que creciera el potrillito y lo pudiera montar ella. Y del cuero de la yegua hizo una rienda. Y ai que se fue en el potrillo y le llevó la adivinanza al rey.

Y le dijo la adivinanza al rey. Y buscaron la adivinanza a ver si podían encontrarla en sus libros de ello, y fue imposible. Entonce le dieron la libertá, porque ella la había inventao.

Parga, Llanquihue, 1951.

REMIGIO IGOR.

145

—Vino te traigo, señor;
no es pisao ni oprimío.
Vengo en lo que no es nació
y traigo la madre en las manos.

Jue un zapatero con una espina sacó vino; por eso no es pisao ni oprimío. Lo destilaba, caía la gotita y él lo recibía. Lo que no era nació jue una bestia que tenía, se le murió y le sacó el potrillito; por eso iba en que no era nació. El cuero lo hizo rienda; por eso lleva la madre en las manos.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

146

ADIVINANZA CON CONTENIDO

Allá viene la triste desconsolá;
trae ojuh ocho
y uñas cuarenta y ocho.

278

Ese era un hombre que estaba preso hacía años. Y lo que su mujer lo jue a ver, encinta, con una yegua con potrillito, entonce le dice el marío al alcaide:

—Le voy a decir una adivinanza que me la adivine: “Allá...”

No la pudieron adivinar.

Así que por la adivinanza se salvó el hombre, lo echaron juera.

Era su mujer, el hijo que llevaba en el vientre, la yegua y el potrillo.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1952.

ESCOLÁSTICA GARRIDO.

147

Allí vienen nuestros padres,
esposos de nuestras madres,
padres de nuestros hijos
y esposos de nosotras mismas.

Eran dos hijas que se casaron, cada una con el viudo de la otra.

Quinchamali, Chillán, 1956. Recogido por don Bernardo Valenzuela.

HUMBERTO URIBE.

148

Una cara llena de risa,
una fuente llena y vacía
y una cinta sin cortar
y sin medida.

Una niña le dijo a un caballero que tenía que ir al día siguiente onde ella estaba, le llevara una fuente llena y vacía y una cinta sin cortar y sin medida. No sabía qué hacer el caballero, le dijo al soldadillo, y sale y le dijo:

—Váyase no máh; le da un abrazo, ésa es la cinta; le lleva una fuente llena con nieve, la lleva llena y llega vacía.

Eso era lo que pedía la niña.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

Un amor de cuatro meses;
 el año tiene doce meses
 ¿y ahora por qué son diez?
 La p con p no juntaba
 ¿y ahora por qué junta pie con pie?

Esa jue una señorita que tenía un amor de cuatro mese. El caallero le mandaba doce pesoh al meh; después le mandó dieh. Le mandaba un cuero de vino bien llenito, no juntaban las patita; después le jue mermando y las patitas secas se juntaban.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

Cuando no tenía, te daba,
 y ahora que tengo, no te doy;
 busca a otra que no tenga que te dé,
 que, cuando yo no tenga, te daré.

Cierta mujer, que era la amante de un hombre, tuvo después la suerte de casarse con otro. Un día la mujer se encontró con su antiguo amante y éste la requirió de amores como lo hacía antes, pero la mujer fue fiel a su marido.

Quinchamali, Chillán, 1956. Recogido por don Bernardo Valenzuela.

HUMBERTO URIBE.

Un infante a uno pidió
 lo que en el mundo no había;
 el otro pronto le dio
 lo que él tampoco tenía.

Cuando Nuestro Señor anduvo, no era bautizado. A la orilla del Jordán le pidió a Juan Bautista que lo bautizara; él lo bautizó, aunque él mismo no era bautizado.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

GREGORIO AGEVEDO.

152

—¿Pa ónde vas, larga y delgá?
—¿Qué te importa a ti, reonda y colorá?
—Ai viene el hombre qui a ti te matará
y a mí me comerá.

Iba una culebra, y había una manzana onde ella iba a pasar y la manzana le dijo así a la culebra.

Parga, Llanquihue, 1951.

OSCAR GALINDO.

153

Estaba dúmere-dúmere
debajo de péndere-péndere.
Si no es por péndere-péndere,
matan a dúmere-dúmere.

Un hombre dormía bajo un árbol y una culebra iba a picarlo. Lo salvó el árbol al caerle una pera madura.

Quinchamalí, Chillán, 1956. Recogido por don Bernardo Valenzuela.

HUMBERTO URIBE.

154

En un blando va un muerto
y en un muerto va un vivo.

En un estero va un animal muerto y arriba un tiuque picándolo.

Los Andes (Valle de San Francisco), Aconcagua, 1950.

AGUSTÍN POBLETE.

Ayer tarde murió un ave,
 hoy día se cocinó
 y el hombre que mató esta ave
 hace cien años que murió.

Una cabeza de animal muerto que estaba arriba de un árbol y cayó de arriba y mató la gallina que estaba debajo.

Rivadavia, Coquimbo, 1950.

ANSELMO ORREGO.

LA SALVACION DE LA MALA MADRE

Esta era una niña que tuvo un hijito de soltera y lo halló afrenta de crialo y lo dio. Y ella se puso a trabajar lejo de aonde había dao al niño.

Y pasaron hartoh año, golvió por el mismo lugar onde había dao el niño y ella no se dio cuenta. Y ai mismo onde el mismo caballero onde jue a trabajar, ai mismo *taba* trabajando el joven. Y ella *tuvo* trabajando ahí unos mese y se puso de novia con el joven.

Y ella, cuando tuvo el niño, con la misma cortaúra de la placenta le estampó en la espalda al niño.

Entonce se pusieron de novio. Faltaban pocos días pa que se casen. Le dijo un día el niño, un día de sábado en la tarde, que él se iba a bañar y que le lave la espalda. Y entonce le encontró la marca que ella le había hecho a su hijo. Y se arrepintió de tiro de no casarse con él. Y él le rogaba y lloraba, que le diga el arrepentimiento, y ella no le dijo nunca.

Entonce ella quiso ser salva de eso. Se jue a confesarse onde un cura y el cura le dijo que no se lo perdonaba. Y entonce ella le dijo ónde se iba a ir para ser salva. Y el cura le dijo que se vaiga a confesar onde el obispo.

Entonce el obispo le dijo que no se lo perdonaba y que tenía qu' ir donde el Santo Papa de Roma.

Y se confesó onde el Santo Papa de Roma. Le dijo que se lo podía perdonar siendo que ella pague las pinitencias que le va a dar. Y ella, por ser salva, le dijo que haría toas las pinitencias que le diera y que las cumpliría. Y entonce la primer pinitencia que le dio, que tenía que tomar un güevo de gallina y echárselo en los seno, y que ese güevo iba a demorar nueve mese, lo mismo que un niño cuando nace, y tenga mucho cuidao de no quebrarlo. Entonce le dijo el Santo Papa:

—Salga lo que salga a los nueve mese tiene que darle el alimento de tus pecho y tener mucho cuidado con él lo mismo que un verdadero hijo. Y cuando éste sea grande, entonce usted va a ser muerta por éste y entonce va a ser salva.

Y anduvo esta niña varios mese y pudo trabajar por lo que andaba *traendo*. Así andaba caminando y por el camino pasaba a peír alojamiento. Y cuando nació el güevo a los nueve mese, nació un culebrón. Y esta niña lo alimentaba con sus pecho y lo cuidaba escondidamente que no lo vea la gente. Y anduvo harto tiempo criándolo.

Entonce una vez pasó a alojar a l' orilla del camino onde había una señora. Y entonce ella le echaba de ver que en ese tiempo se cumplía el plazo que ella iba a morir. Y entonce le dijo a la señora dueña de casa si tenía una pieza bien segura con llae. Le contestó la dueña de casa que sí. Entonce le dijo la dueña de casa:

—¿Por qué no viste su guagüita?

Y ella le dijo que no quería na vestío, que estaba sequito. Y le dijo *tamién* la niña:

—Nin que sienta en la noche lamentos míos, no haga na caso, porque yo soy así.

Así que en la noche jue muerta por la misma sabandija.

Y entonce al otro día cuando amaneció, la señora dueña de casa le dijo a su esposo:

—Apúrate, viejo; levántate, viejo, que le demoh alimento a esa niña que se lamentaba.

Así que se levantó la señora dueña de casa, hizo su desayuno y le dijo a su esposo:

—Toma la llae, viejo; que se levante esa niña pa que tome desayuno.

Y toma la llae el hombre. Y se va abrir la puerta, cuando se le presenta un inmenso culebrón. Entonce asustao cerró la puerta. Así que jue a uscar gente, otroh hombres más. Y armaoh abriendo la puerta, y salió el culebrón enfureció, y entonce lo mataron. Y entonce

salió una palomita y se fue directamente al cielo. Y de la niña *taban* los puros güesito. Y así se salvó la niña.

Y aquí se terminó el cuento.

Vivanco (Fundo Santa Juana), Valdivia, 1952.

EDILIA OYARZÚN.

157

QUICO Y CACO

Este era un rey y tenía un hijo, único hijo, que salió tan *mañoso* que el mismo padre no pudo tolerarlo, porque de una forma u otra *via* modo de robarle el dinero hasta que el padre se aburrió con él. Le dio dinero para que se mandara a cambiar adonde no lo viera máh. Este joven lo apodó el padre por Quico. Recorrió varios punto y él se interesaba mucho en encontrar otro compañero que le igualase en lo astuto para robar, hasta que oyó decir que en otro reino había uno más ladrón que él, dijo:

—Tendré que buscarlo hasta que lo encuentre.

Se fue al otro reino preguntando por este dicho joven hasta que dio cómo se llamaba. Le dijeron que le decían el Caco. Preguntando por él hasta que lo encontró, después de saludarlo le dijo:

—La deligencia que a mí me trae, amigo, es que he sabido que usted es muy güen ladrón.

—Sí, amigo, y creo que nadien me igualará. Yo le robo los güevo al águila y no me siente.

—Eso tendría yo que verlo para creerle.

Se fueron a un barranco aonde estaba un águila echada. Se pegó como pudo Caco para arriba y el Quico de atrás. Metía la mano ebajo l' águila y sacaba los güevo y se loh echaba al bolsillo.

—¡Ya 'sta! —le dijo—. Bajémolo.

Cuando ya estuvieron abajo, le dijo Quico:

—¡A ver los güevo!

Metió la mano al bolsillo y no tenía nada. Mientras Caco se los robaba al águila, él se los robó a él.

—Me la has ganado, compañero.

Entonce le dijo Quico:

—De todas manera a usted es que necesito para compañero para entrar a robar junto.

Ahí mismo hicieron los juramento que pasase lo que les pasase ninguno debía desteñir. Entonce en la noche determinaron de ir al palacio del rey a robar oro. El tenía una pieza llena de oro, lo más seguro que podía haber. Llegaron al departamento aonde estaba la pieza.

—¿Cómo podemos hacerlo aquí para no ser pillado?

Quico, como era máh astuto, le dijo:

—Tenemo que dentrar por el techo para no ser sospechado.

Así lo hicieron. Desclavaron una calamina y se echaron a colgar para dentro con un cordel. Por primera veh entró el Caco. Cuando estuvo el saco que ya lo podían levantar, le movió el cordel el compañero. Levantó el saco y en seguía tiró otra vez para que saliera el compañero. Salieron y dejaron la plancha 'e cingue tal como estaba. Llegaron a la casa con su *volaco*. A l' otra noche golvieron a venir. Lo golvieron a hacer en la misma forma. Pero ahora ya le tocaba a Quico. Ya lo que estuvo el saco listo, le movió el cordel al Caco. Sacó el saco y tiró el cordel pa que saliera el compañero. Entonce llegaron a su casa con su botín otra veh. A ellos les parecía que el techo quedaba igual, pero no era cierto. Al otro día el rey mandó a su aministrador a sacar dinero. Llegó con la nombrá con el avance que le llevaban. Entonce el rey le dijo que si tenía rumore por donde dentrabán.

—Todo está igual, mi rey.

Y tenía el rey un viejo consejero, que si Quico y Caco eran ladrone éste ha sido mucho máh. Lo llamó para que diera una idea cómo podía ser este robo. Y éste era ciego. Entonce le dijo:

—Es lo más fácil, mi rey. Usté no tiene más que echarle un zahumerio a la pieza; por donde se salga el humo por ai entran los ladrone.

Así lo hicieron. Lueguito empezó a salir el humo por la plancha que habían desclavado. Entonce ya descubrieron la dentrada. Golvieron a llamar al consejero que diera una idea cómo los podían pillar.

—Eso es muy fácil, mi rey. Hágase preparar una tina de brea y la pone al frente de la plancha desclavada.

Así lo hicieron. La pusieron frente a frente aonde dejaban el *mañoso* colgado por el cordel. Y esta noche le tocaba a Caco. Llegaron otra vez los mañoso haciendo la misma operación. Entonce le dijo Quico:

—Esta vez le toca a usté, compañero.

Se amarró el cordel a la cintura y bajó para abajo. Cuando se vino

a dar cuenta, estaba enterrado en el fango de la brea. Entonce le dice al compañero:

—¡Somos perdido!

—¿Qué pasa? —le dice Quico.

—No sé en qué diablo me he metido aquí, no puedo moverme.

Total que batallaron mucho ahí. Era todo inútil. Conversaron hasta muy tarde, haciéndole grande encargo en primera hora a la señora, que también tenía familia, y después le dijo Caco:

—Tú tienes que cortarme la cabeza y obligado a enterrarla con mi cuerpo y sin que nadie se dé cuenta quién éramos nosotros.

Así lo hicieron. Después de mucho conversar, amarró el cordel ajuera Quico y bajó hasta donde estaba el compañero. Se despidieron, y sacó el cuchillo y le cortó la cabeza al compañero. La echó en el saco y la amarró con el cordel, y en seguida sacó el saco con la cabeza y, para sacarles más pica, esa vez deja más bien clavada la calamina. Llegó éste con la cabeza del compañero a la casa. La mujer se quiso desesperar. Entonce le dijo:

—No, señora. Estoh y éstos son los juramentos que hicimos con mi compañero.

Al otro día, a las primerah horas del día, mandó el rey a ver en qué habían quedado los consejos del consejero. Entonce encontraron ahí nada más que el cuerpo. ¡Cómo podían darse cuenta quién era él! Llamaron otra vez al consejero para que diera otra idea, porque entonce se dieron cuenta que no era uno solo. Entonce el consejero dijo:

—Eso es muy fácil. Agora, después de las doce del día, haga arrastrar un cuero de vaca por todas las calle, que donde este compañero la familia del ladrón tendrán que llorar.

Así lo hicieron. Se jueron calle por calle arrastrando el cuerpo de vaca con el cuerpo encima. También dijo el consejero:

—Adonde tengan idea donde han llorado, ponen en la puerta: "Aquí han llorado".

Cuando llegaron a la parte adonde estaba la casa, el Quico estaba labrando un palo con un cuchillo. Y la bulla que traían sale la mujer a la puerta. Claro que al ver el cuerpo de su marido no pudo sostener las lágrimas. Entonce Quico dice:

—¡Qué lloras, mujer tonta, porque me he cortado un dedo! ¡Cuando menos no vah a tener que comer estos día!

Se dejaron ir a la puerta los guardias del rey.

—¿Aquí son los dolientes del ladrón que andamos trayendo?

—No, señor —contesta Quico—; si esta mujer llora, porque yo me corté este dedo.

Porque éste usó de astucia cuando vio la mujer que lloraba, vino y se pasó el cuchillo en un dedo. Pero de todas maneras los guardias no obedecieron lo que decía el Quico, siguieron los consejos que había dado el consejero. Le pusieron en la puerta con tinta: “Aquí lloraron”. Y se fueron al palacio con la noticia. Este salió a todo correr, jue y compró tinta de la misma y se jue tras de ellos poniendo en todas las puertas: “Aquí lloraron”, hasta que llegó a la puerta del palacio. Ellos que dentraron pa dentro y él que le pone: “Aquí lloraron”. El rey inmediatamente ordenó que fuera la policía a traer cuanto quen hubiese en la casa que estaba el letrero: “Aquí lloraron”. Salió la policía. En cuanto salieron se fijan en una puerta y le dice el uno al otro:

—Mira; aquí dice: “Aquí lloraron”.

Se fijaron en otra puerta que estaba al frente. También decía igual. Y siguieron andando y en todas partes decía igual, hasta que el que iba al mando de todos los policía:

—Yo creo que vamoh en vano, porque ¿cómo podemoh asegurar adónde está el mañoso? Volvámolo.

Y vuelven al palacio, cuando se fijan que hasta en la misma puerta del palacio decía igual. Dentran y le dicen al rey lo que pasaba. Golvió a llamar al consejero, muy enojado el rey, que diera entonce una idea más segura, porque esto ya parecía travesura. Entonce dijo el consejero:

—Hagamoh otra cosa. Haga una comilona, convide a todo el pueblo a cenar y en todo se les dará vino con opio y ahí podremos ver cuál eh el mañoso.

—¿Pero en qué forma? —le dijo el rey.

—La cosa es muy sencilla, porque el ladrón, *tando* dentró ‘e la cárcel, por durmiendo que esté tiene que estar asustado, así que al que le salte máh el corazón ése tiene que ser el ladrón.

Acectó el rey. Por medio ‘e programa invitó a todo el pueblo a cena por obligación de palabra de rey. Asistió todo el pueblo y Quico jue uno de los primeros que llegó. Luego le sirvieron cena. Jue tanta la gente que asistió que cuando ya les dieron vino con opio llegaban a quedar uno sobre de otro. Entonce el que estaba de guardia, el que iba hacer el trabajo, lo que ya durmieron todoh, empezó a pulsar, y tocó que el consejero también estaba ahí y también se curó y se durmió. Entonce el guardia los pulsó a todoh y a Quico jue que notó que saltaba máh el corazón. Entonce para distinguirlo de los

demáh trajo una navaja barbera y le raspó una ceja. Ya muy tarde el Quico, como estaba asustado, luego recordó primero que los demáh, y empezó a revisarlo qué es lo que tenía, hasta que se pasó la mano por la cara y se notó que le faltaba una ceja. Y éste era bien precabido, andaba trayendo su navaja barbera, no tuvo más que enderezarse y empezar a rasparle a todoh una ceja, hasta llegar aonde estaba el viejo consejero, que ya lo tenía ubicado que era él el que daba todos los consejoh al rey. Vino y le raspó las dos ceja y en segía se plantó a dormir. Al otro día temprano, le pregunta el rey al guardia que en si en caso había descubierto algo.

—Sí, mi rey.

—¿Y qué seña le pusiste?

—Le raspé una ceja, mi rey.

—Vamoh a ver —le dijo.

Abrieron la puerta aonde estaba el encierro 'e curado. Unos ya estaban en pie, otroh estaban durmiendo. El consejero, como más viejo, todavía dormía. Y empiezan a fijarse: no quedaba ninguno que tuviera las dos ceja. Y se fijan en el viejo consejero, y tenía las dos cejas raspada.

—Pero, hombre, ¿para qué le raspate a todo?

El guardia, también *soprendido*, le dice:

—No, mi rey; yo le he raspado a uno solo.

No tuvieron más que darle la libertá, porque no podían investigar esto. Y recordaron al viejo otra veh, y lo llamó el rey a su presencia que golviera a dar otro consejo que ya juera definitivo. Entonce dijo el consejero:

—Mande velar el cuerpo a aquel morro que se divisa ahí, con doce guardia; es para que se divise de todo el pueblo, que allá es donde van a velar al ladrón, porque yo entiendo que el compañero de éste tiene que interesarse en enterrar la cabeza del cuerpo.

Al viejo le faltaba no más que adivinar para ser adivino.

Así lo hicieron. Mandó doce policiale a velar el ladrón arriba 'el morro. A estos le dieron un cordero para que se comieran asado en la mala noche. Quico está mirando desde su casa, cuando van saliendo con el finado para el alto. Entonce dijo:

—¡Aquí está la mía!

Jue a una tienda y se compró género para hacer doce sotana, y en vez de encontrar género encontró las sotanah hecha, color carmelita, con cordone y todo. Le compró también doce pare sandalia. Y el compañero en su casa había dejado un burro. Este arregló unos cajone en forma de árguena. Jue y se compró un barril de vino y

también le echó opio y lo echó aentro 'e lah árguena. Ya que se hizo la oración, partió en su viaje. Pasó por aonde estaban los velaore. Ya estaba oscuro, y se había puesto una de las sotana. Y viene por el camino rezando, entonce uno de los policia le dice a loh otro:

—Ahí viene un cura.

—¡Oye, oye! ¡Qué sería güeno convidarlo!

—Convídalo, pues —dijo el que mandaba—, a ver si quere pasar a acompañalo.

Jueron aonde el cura. Entonce el cura les puso imposible, que iba aprovechando la fresca, que tenía que estar a hora de misa en el pueblo vecino.

—¿Y por qué no pasa un rato, aunque sea, padre, para que algo le recemo a este finado?

—En fin, por eso lo haré, por que esta alma se guíe por güen camino, que tal veh había muerto sin confisión.

Pasó el cura para allá. Loh hizo arrodillar a todo y *persinarse*. Y dentraron a rezar un rosario. Se paró el cura echándole unas ceremonia al finado. Y los policia nunca se imaginaban las que leh iba a pasar. Entonce el que mandaba les dijo:

—Asen el cordero para convidar al padrecito.

Y éste se leh hacía el rogar.

—¡Que se me va a hacer tarde!

Y los policia de que no.

—El cordero va a estar asado antes de que cante un gallo.

—Güeno, por fin, voy a esperar lo entonce.

Así jue. Lueguito no más tuvo el cordero asado. Le sacaron la mejor presa para el padre. Y los policia sigueron con lo demáh y a cada rato decían:

—El vino no más nos faltó para el asado.

Tanto jue lo que molestaron que el cura les dijo:

—Yo llevo un barril de vino dulce ahí, que lo llevo pa la santa iglesia, pero podemos sacar un trago para que usted cumplan sus deseo.

Jue él y les sacó el barril. Los policia por lo dulce se jueron tomando y muy luego no más *tuvieron* durmiendo. Entonce él jue y sacó todos los traje de cura. Les sacó el uniforme de policia hasta dejarlos desnúo y les puso a cada uno una sotana, y sandalia y chupalla 'e fraile. Entonce en seguía tomó el cuerpo, lo puso encima 'el burro y se jue con él al cementerio. Lo juntó con la cabeza y lo sepultó. Y éstos sigueron durmiendo. Salió el sol y nada recordaban, hasta que el rey de allá del palacio miraba para el morro y no veía nada.

—¿Qué les pasará a éstoh?

En eso recuerda el que mandaba y los ve que estaban todos vestidos de fraile y loh empieza a recordarlo y él, del mismo susto que tenía, no se fijaba que también él estaba vestido de fraile. Recordaron todoh y se confundieron tanto que no hallaron qué hacerse. Miraban pa todas parte y no vían ni el cuerpo. ¡Y la vergüenza pa irse pal palacio, a más que estaban pelado, no más que con la pura sotana!

—¿Y ahora qué vamoh hacer?

—Y que vamo a tener que *ilo* así no máh.

—¡Mi rey los va a matar!

—¡Qué! Le contamos la historia como jue no máh.

Hasta que agarraron el tranco. Andaban un poco y se paraban. En eso el rey los divisa que venían todos vestidos de fraile.

—¿Y qué pasará, hombre? Allá vienen doce cura.

Llamó al consejero otra veh.

—No ha sido no más que un cura que loh ha hecho lesu o por lo meno el ladrón se ha vestido de cura.

Porque el viejo no andaba más que adivinando, pero todos los proyecto no le resultaban. Llegaron los cura al palacio y el rey les dijo:

—¿Qué les pasa, hombre? —con la risa entre sus diente, de ver los policia vestido de cura, sin ninguna arma y sin nada.

Entonce le dijo el rey al consejero:

—¿Qué podemoh hacer ahora?

—Nada más que esperar que venga a robar el otro ladrón.

Pero entonce Quico, que ya poseía montón de dinero, pensó arrepentirse y vivir en una vida tranquila, que creo que hasta el día de hoy vive con la señora del compañero.

QUICO Y CACO -

Eran dos pillos muy pillo; uno estaba en Valdivia y otro estaba en Osorno. El que estaba en Valdivia se llamaba Quico y el que estaba en Osorno, Caco. Eran muy pillo; al rey donde estaban lo estaban dejando pobre; a los ricos loh estaban dejando pobre que ya no tenían qué sacarle. Esto se oía la nombrá. Entonce dijo Caco:

—Yo voy a buscar a Quico.

Y Quico dijo:

—Yo voy a buscar a Caco.

A los mismos día y a la misma hora salieron a buscarse a pie. Entonce de tanto andar se encontraron y le dijo:

—Güen día, amigo.

—Güenos día —le dijo el otro.

Entonce le dijo Quico:

—¿Pónde va, amigo? ¿En qué licencia anda?

Entonce le dijo Caco:

—En busca de Quico.

Entonce le dijo Quico:

—Yo soy Quico. ¿Y usted?

—Yo soy Caco.

—Entonce los dos somos güenos pilllo.

Entonce se jueron a un *árgole*. Acierta a mirar Quico pa arriba y vio un águila que estaba echá que tenía dos güevo y le dijo:

—Si sos güen ladrón, Caco, anda a robarle los güevo al águila.

En eso le dijeron a Caco, en un dos por treh estaba arriba en el *árgole* y Quico se jue detracito de él. Así que metió la mano debajito 'el nido y robó un güevo al águila. El que echa el güevo al bolsillo, Quico que se lo saca a Caco. Jue a sacar el otro. El que lo echa al bolsillo y Quico se lo sacó. En eso se bajó Quico y Caco también se bajó. Cuando Caco se bajó, Quico ya estaba tendío ahí mismo donde lo habían dejao. Entonce le dijo, cuando llegó, Quico:

—¿Le sacaste los güevo?

—Sí.

—A ver, ¿ónde están?

Los tantió Caco. ¡Ni noticias de güevo!

—¡Más ladrón soh!

—Yo soy mejor ladrón. Aquí están los güevo. Ahora vos vah a ser mi mozo —dijo Quico a Caco—, yo te voy a llevar pa mi ciudá.

Y Caco era casao y tenía un niño. Así que Quico se llevó a Caco pa Valdivia, donde había un rey muy rico. Quico dijo a Caco.

—Esta noche vamos donde el rey a robale la plata.

Como Quico era más conocedor de la casa del rey, dentró él por una ventana. Se escolgaban por un cordel. Así que Quico jue a robar y el rey al otro día echó meno mucho dinero.

Como el rey tenía un viejo consejero que era muy ladrón, le sacó loh ojo y lo tenía pa consejero. Jue pa onde el viejo consejero qué consejo le daba pa pillarse el ladrón. Y le dijo el viejo consejero:

—Vista tuviera, con elloh anduviera. Mire, usté llena una tina de *brev*a y la pone aonde se botan, que esté tibiecita, y ésos se van a pegar ai.

Como Quico era el más pillo, le dijo a Caco:

—Ahora te toca a voh.

Se escolgó Caco. Cuando ya llegó, cayó aentro la tina, no podía moverse. Entonce movió la cuerda Caco. Entonce dijo Quico:

—¡Traición!

Subió Quico otra vez la cuerda y llegó donde Caco; se paró en loh hombros de Caco; sacó la plata que pudo sacar. En seguía le dijo:

—*Tamos* perdió, compañero. Le voy a cortar la cabeza.

Le cortó la cabeza y le dejó el cuerpo mocho.

Al otro día se levantó el rey, jue a ver uno mocho. Se jue pa onde el viejo consejero. Y le dijo:

—Vista tuviera, con ellos me anduviera. Estos no los van a pillar. Lo que pueden hacer es arrastrarlo *pol* pueblo. ¡Aonde lloran, ai *ta* el doliente. Aonde lloran, van a numerarlo.

Lo iban arrastrando, pasan por una casa y eso ve la mujer de Caco, se puso a llorar que llevaban el marío a la rastra. Entonce va Quico y le corta el deo al chiquillo que tenía. Entonce llegó la policía y le dijo:

—¿Por qué llora, señora?

—Lloro porque se cortó el deo el chiquillo y queó el deíto mocho.

Entonce jueron los soldao, numeraron la casa. Salió Quico, y vio el número, y jue a buscar tinta y le puso el mismo número a toas las casah en la calle entera. Jueron pa onde el rey y le dijo:

—¿Lloraron?

—Sí, una señora *taba* llorando, porque se le había cortao el deo a un chiquillo.

Y entonce le dijo:

—¿Numeraron la casa?

—Sí —le dijo.

Entonce se jue el rey pa onde el viejo consejero. El viejo consejero le dijo:

—Si vista tuviera, con ellos me anduviera. Esos son compañero, ai *taba* el compañero, ése no va a ser pillao. Ahora lo que va a hacer usté mande a velalo a un campo lejo, y el primero que llegue ése es compañero del muerto.

Como Quico era tan pillo, oyó.

Lo agarraron el muerto, lo jueron a velar en un campo con cinco soldaoh armao.

Quico se jue al convento y se jue a comprar sei hábito de padrecito. Cargó su mula con un barril de vino, el vino mejor que había. Entonce se jue con su carga y su hábito. De que éste iba arriando sus mulita: “¡Erre, mulita! ¡Erre, mulita!” Entonce dijeron los soldao:

—Gente viene ai a robarse el muerto.

Como ya iban cerca, le conocieron la voz al padrecito.

—Padrecito eh, padrecito eh —dijeron los soldao.

Y les dijo:

—¡Oh, *hicos* míos! ¿Qué estái haciendo aquí, *hico*h?

—Aquí estamos, padrecito, velando este ladrón, que los mandó el rey, que dice que el que venga a robalo que lo matemo.

Como Quico era güen rezaor y había estudiado hasta pa padrecito, le dijo:

—¿Por qué no me dan permiso pa rezar a este pobre ladrón y rezar un responso?

—Güeno, padrecito —le dijo.

Escargaron la mula. Después que le rezó el responso le dijo:

—*Hicos* míos, ¿queren calentar el *estomo*?

Entonce sacaron sus trago. Como era vino güeno, ya le gustó a los soldao, y les dijo:

—*Hicos*, ¿que queren máh? Saquen no máh.

¡Oh! ¡Los soldao pa qué le dijeron! Estos sacaban, sacaban. ¡Que no se curaron que no supieron del muerto! Lo qu’ hizo, les peló toa la cabeza. Después les sacó la ropa de soldao, los dejó en pelota y les puso loh hábito. Y cargó su muerto en la mula, y se jue y los dejó puestos de hábitos, de cura, de padrecito. Cuando recordaron los soldao:

—¡Padrecito! ¡Padrecito! —dijeron unoh a otro, porque tooh estaban vestíos de padre.

Miraron pa onde estaba el muerto. ¡Ni noticia el muerto!

Ya ahora vamoh onde el rey. Se jueron pa onde el rey los cinco padreh y armao. La reina los vio y le dijo:

—Mire, mi rey. ¿Qué será que allá vienen cinco padres bien armao? ¿Qué guerra nos vendrán a hacer?

En eso llegaron onde el rey los soldao.

—¿Qué eh esto que pasa?

—Nos jueron a robar el muerto.

—¿Quién lo hizo?

—Un padrecito.

Parte pa onde el viejo consejero qué consejo le daba pa pillar a ese ladrón.

—Ah! —dijo el viejo consejero—. Si vista tuviera, con ellos me anduviera.

Entonce le dijo:

—Mire, estos ladrones no los va a pillar. Ahora usted, como rey que eh, póngale aviso por ai por las calles que el que vaya a robar su caballo que está ensillao, que dos soldao lo están cuidando armao, y si acaso lo roban suyo es su caballo.

Entonce lo hizo el rey. Sacó Quico el aviso, lo vio. Así dijo Quico:

—Yo lo hago, yo le robo su caballo.

Lo qu' hizo Quico en la noche, cuando estaban los soldao cuidando, llega Quico, cabeciando ya, con sueño, el que tenía las riendas tomáh, entonce le dijo:

—Acuéstate, yo cuidaré el caballo. Abájate, ñañito, yo subiré di a caballo.

Va el soldao que tenía la rienda, y se acostó y queó dormió al tiro. Subió a caballo. Cuanto se queó dormío, Quico se jue con el caballo.

Al otro día con recordar los soldao, ni noticia de caballo. El rey parte pa onde el viejo consejero que el ladrón se había robao el caballo. Entonce dijo el viejo consejero:

—Si vista tuviera, con él me anduviera.

Entonce cuando llegó Quico remoliendo su caballo y le dijo:

—Mío es mi caballo, mi rey.

—Tuyo eh.

—¡Ah! ¡Güeno!

—¿Quién sos voh?

—Quico.

—¡El güen ladrón!

Entonce jue onde el viejo consejero.

—El consejo que le voy a dar, estando sirviéndose la cena usted, que venga Quico a robarle todo el servicio en la mesa y si no la cabeza le corta, y si lo roba too el servicio es para él.

En seguía dijo Quico:

—¡Ah! Lo vendré a buscar.

Se jue a lah altura por ai. Ve una zorra paría que andaba con cinco zorríto y en seguía salían del nido y volvían a entrar. Va Quico con un saco, y lo pone en la puerta onde salían los zorríto y la zorra, y sacó los cinco zorríto y la zorra y se jue pa onde el rey acercándose al palacio. Cuando ya jue hora de cena, se acercó a la puerta. Cuando ya estaba too el servicio listo, suelta un zorríto. Y dijo una empiá:

—Amito, amito, aquí hay un animalito muy bonito.

En eso suelta otro.

—¡Otro animalito!

En eso suelta otro. Igual.

—¡Andan treh animalito!

En esas carreras suelta otro. Van cuatro.

—¡Ya son cuatro animalito!

En eso soltó otro. Ya eran cinco. Soltó la zorra vieja.

—¡Ai está la madre de loh animalitos chiquitito!

En vista de que no los podían tomar, se para el rey a tomar la zorra, la madre de loh animalito. Va Quico a la lijera y arrolló too de la mesa y se jue. Cuando llegó el rey a la mesa, no halló ni seña de servicio. Al día siguiente le dijo Quico:

—¡Mi rey, el servicio!

—Tuyo es —dijo el rey.

Esa hora parte pa onde el viejo consejero qué consejo le daba pa pillar ese ladrón, a Quico.

—¡Ah! —dijo—. Si vista tuviera, con él me anduviera. Mire, ahora tiene que cuidar usted lo que va a hacer, aguaitarlo si acaso anda al aguaite en la casa. Mire, le dice ahora: “Vah a venir a ver onde yo estoy y si no venís la cabeza te la corto.

Y jue él, cuando ya andaba al aguaite, pone un mono.

—¡Ya lo maté a Quico! —dijo el rey.

Al otro día se presentó Quico.

—Ya llegué otra veh.

Entonce jueron a darle parte al viejo consejero que el Quico había llegao otra veh.

—Entonce le va icir que le va a robar la última sábana, *tando* durmiendo el rey con su señora y si no la cabeza se la corta y los polvos se loh echa a volar, y si se lleva la sábana, la sábana es de él.

Entonce le dijo:

—Esta noche me vah a robar la última sábana de la cama y si no la robas la cabeza te la corto y los polvo te loh echo a volar.

Así que güeno dijo Quico, güeno no máh. Se jue al pueblo Quico, donde había un pobre muerto y no había quién lo sepultara. Entonce dijo Quico:

—Yo lo velaré, yo lo sepultaré.

Lo veló, lo llevó. En la nohecita se jue con el muerto y lo agarró de pie onde estaba el rey. Entonce:

—¡Aquí está!

Le pega y le dispara. Entonce dijo el rey:

—Ahora sí que es cierto que lo maté. Lo voy a botar pa que no vuelva.

Jue el rey a botar el muerto y demoró. En eso se coloca Quico en la cama del rey.

—Voy a sacar la sábana.

Entonce se jue. Cuando llega el rey:

—¡Ah! Por la salú que maté a Quico, voy a sacar esta sábana.

Cuando buscó la sábana, ¡ni noticia de sábana!

—¡Vaya! —le dijo la reina—, me viniste a incomodar onde habías muerto a Quico y ahora otra vez.

Tantió la sábana, ¡ni noticia! Ya se ensorberbió el rey. Se jue pa onde el viejo consejero y le dijo qué iba a hacer con ese ladrón. Entonce el viejo consejero dijo:

—Si vista tuviera, con él me anduviera. Lo que va hacer ahora que se manda a cambiar onde ni el nombre le oigan y si por casualidá le oyen el nombre la cabeza le cortaban.

Se jue Quico y quizá ónde estará ahora y por eso por Quico hay tantos pillo.

Ignao (Fundo Güeimén), Valdivia, 1951.

ZORAILA CORONA.

QUICO Y CACO

Estoh eran unoh hombres que les gustaba robar y se dirigeron a un rey que tenía mucho dinero. Y se pillaron a uno de los ladrones, a Quico. Entonce dijo Caco:

—¿Cómo me lo sacó y cómo lo liberto?

Lo pasieron por la calle al muerto a ver si lloraban, si lloraba alguno de la familia en la calle. Entonce dijo Caco:

—En cinco parte lloraron de ver cómo lo llevaban a la rastra.

Vio el número, entonce vino y agarró un *lape* Quico y puso en toas las puertas: “Aquí lloraron”.

El rey tenía un bandío ciego que adivinaba las cosa. Le preunta el rey al ciego:

—¿Cómo se puee pillar a Quico?

Le dice el ciego que lo vaigan a velar a un puente y si pasaba Quico lo agarraban preso.

Entonce Quico se vistió de cura, y agarró una burrita cargá con

vino añejo y llegó onde lo estaban velando. Le echa una zancadilla a la burra, y la voltea y llama a las guardias que le ayuden a levantar la burrita.

—¿Y a usted les gusta el vino, hijito? —les dijo el cura.

—¡Cómo no, pues, mi padre! —le dicen.

Jue al extremo que curó a las seis guardias y les robó a Caco y lo jue a enterrarlo. Cuando despertaron las guardias, se encontraron sin Caco y le dan el aviso al rey que Caco se había perdido. Va el rey y le preunta al ciego y le dice el ciego:

—Quen vista tuviera con él anduviera.

—¿Y cómo podimo pillar a Quico? —le dijo el rey al ciego.

—Va a poner el servicio de oro en la mesa, y va venir a robase el servicio.

Vino entonce Quico y le echa un zorro al comeor onde estaban toas las señorita.

—¡Mire, hombre, onde anda el zorro saltando!

Y ei se embelesaron. Y vino Quico y le robó el servicio.

—¿Cómo lo podimos pillar? —le dijo el rey al ciego.

—¡Ay!, quen vista tuviera con él anduviera. Ahora lo van a sacar y lo van a velar al mismo puente por onde va a pasar Quico.

Entonce vino Quico y llevó seis chivatos castrones con *cincerro*. Cuando iban llegando ahí onde estaba el muerto, y hizo sonar el cincerro, y los guardias se asustaron y se dieron al campo. Entonce Quico se llevó el muerto.

Entonce va preuntar al ciego que a Caco se lo habían robao. Entonce el ciego le dijo:

—La manera de pillalo es que me robe a mí.

El ciego estaba bajo siete llave. Vino Quico, y hizo una trampa y le robó loh ojoh al rey del ciego y se viste de señorita para ver el ciego y darle una limosna. Y viene la señorita y le pasa loh ojoh al ciego. Habiéndole pasao loh ojoh al ciego, se levanta y se pone loh ojoh el ciego y dice:

—Al cabo vi la clariá.

Entonce la señorita:

—¿No me puee sacar al ciegucecito al pueblo andar de mano?

—¡Cómo no! —le dice el rey—; palabra de rey no puee faltar.

Cuando el ciego ya no llegó al reinato:

—Perdío estoy —dijo el rey.

Llegaron Quico y el ciego y *espojaron* éntegramente al rey.

Y se acabó.

G L O S A R I O

'a (me 'a convencer), va
 aceptó, aceptó
 acomodaa, acomodaba
 adulterate, adulteste, no cometiste
 adulterio
 albaca, albahaca
 almonía, armonía
 almudo, almud
 amío, amigo
 andalia, sandalia
 aparó, paró
 apensionado, apenado
 arbolera, arboleda
 ardil, ardid
 árgole, árboles
 ataú, atúl, ataúd
 atocó, tocó
 audiencia, audiencia
 augao, ahogado
 augaron, ahogaron
 áujero, agujero
 autó, actuó

bañalo, bañarlos
 bañase, bañarse
 bendició, bendijo
 beta (no le daba beta), no aflojaba
 bían, habían
 breva, brea

cachándole el ojo, espiándole
 cachina, especie de junco, voz probablemente quechua
 cadave, cadáver
 caeron, cayeron
 cahnerá, carnerada
 cahnero, carnero
 cahnería, carnicería
 camaréta, especie de cañoncito de hierro que se dispara en algunas fiestas de indios o criollos, acepción que el Dic. de la Real Academia Española registra sólo para Argentina y Perú
 carce, cárcel
 casahlo, casarnos
 cavaa, cavaba

cepa, cabeza
 cimiterio, cementerio
 cincerro, cencerro
 coliguay, sitio poblado de coligües
 compadrazco, compadrazgo
 compositor, el que compone y junta las partes de un todo
 compráh < compradas, esclavas
 confisión, confesión
 conjundío, confundido
 continó, continuó
 convencelo, vencerlo
 convencer, vencer
 convenció, venció
 corcha, colcha
 creendo, creyendo
 creó, creyó
 cridado, criado
 cuque, cocinero, del inglés cook
 curaón < curadón < curado, borra-
 cho
 cuyuntura, coyuntura

cheñol, señor, voz imitativa
 chilposa, adj., < chilpe, andrajosa
 chircancita, diminutivo femenino de
 chercán, voz de origen araucano
 choy, soy, voz imitativa
 churrasca, pan delgado asado sobre las
 brasas
 churrasquita, churrasca
 churrasco, por excepción pan asado sobre las brasas

dalos, darnos
 distrajera, distrajera
 destrocidió, retrocedió
 desvide, divida, separe
 devengó, vengó
 dijustó, disgustó
 dormiguera, dormidera
 dulce, dulce

egolverse, devolverse
 elante, adelante
 enjambrada, engendada
 enjambrado, engendrado

emora, demora
emoro, demoro
empaderá, emparedada
empaderar, emparedar
empaerao, emparedado
empaerá, emparedada
empaeró, emparedó
empalmao, empalmado, vestido, arreglado
endilga, endilga
endalgá, endilgada
endalgar, endilgar
endalgue, endilgue
endéi < desde ahí, después
endicó, indicó
endija, rendija
enenante, antes
enterés, interés
enterrao (había enterrao el tigre pa onde el caballero), se había dirigido
Eropa, Europa
escubrimiento, descubrimiento
escubrió, descubierto
escubrir, descubrir
escugió, escogió
escuridá, oscuridad
esde, desde
esignaron, designaron
espelucar < despelucar, despeluzar
espistaba, despistaba
espistó, despistó
espojaron, despojaron
esprendió, desprendió
espués, después
estiración, estirón
esterrar, desterrar
estís, estés
estomo, estómago
ete, este

fanta, bombilla, formación individual
fiurar, figurar
frica, azotaina

gancho (de gancho), de compañera
gritaa, gritaba
guapecito < guape o guapi, recodo
limpio en el bosque, voz araucana

guayacanal, sitio poblado de guayacanes
güeo, güevo, huevo

hacelo, hacernos
haguemos, hagamos
haía, había
haío, habido
hallajo, hallazgo
haulando, hablando
hicos, hijos, formación humorística
hilando, en hilera

ía, iba
ían, iban
icen, dicen
icía, decía
icile, decirle
icir, decir
icho, dicho
inoraba, ignoraba
inorante, ignorante
intimillonario, multimillonario
invicción, invención, formación individual
iñor, señor
ío, ido
iré, diré

jormó, formó
jujao, juzgado
jundión, fundición
juria, furia

lacho, enamorado
lape, lápiz
leantar, levantar
librillá < librillada, capacidad que tiene un librillo o lebrillo
limpiaa, limpiaba
lo, nos
lola, ser mitológico que se roba a los jinetes que se internan en la cordillera
lueo, luego

llaec, llave
llea, lleva
lleamos, llevamos
llegaa, llegaba

lleó, llevó
 lleva, llevaba

mancohnar, mancornar
 manconna, mancorna
 manconnó, mancornó

mañoso, ladrón
 mardito, maldito
 matecito (estaba matecito), estaba virgen

meico < médico, curandero
 mejía, mejilla
 membro, mimbre
 menudencia, tripas
 miá, meada
 mogosa, mohosa
 ninduna, ninguna
 niño, tratamiento que se da a los criados o trabajadores
 nunque, ni aunque

ñoña, excremento

'oca (la 'oca), boca
 ocedía, obedecía
 ocedió, concedió
 ocedo, concedo
 ocurrió, concurrió
 óido, oído
 oservando, observando
 oyeremos, oiremos
 oyí, oí

pader, pared
 paece, parece
 pagre, padre
 Pegro, Pedro

pensión, pena, angustia
 perjumes, perfumes
 persiguimiento, perseguimiento
 persinarse, persignarse

pie, pie de cueca, composición que se canta en el baile de la cueca

pieira, piedra
 piera, piedra
 pillá < pillada, sorpresa
 pillaron, sorprendieron
 pingo, caballo malo
 pipiolillo, hombre insignificante
 plantaa, plantaba
 poelas, poderlas
 pogre, pobre

pol, por el
 posedía, poseía
 posedimo, poseemos
 preba, prueba
 precuraron, procuraron
 precuró, procuró
 premeo, primera persona del presente del verbo premiar, premio
 prendió, emprendió
 prenunció, pronunció
 presiarios, presidiarios
 pueta, poeta o cantor popular
 pulicia, policía

queidan, caían
 quecido, caído
 rái, raíz

rebusto, robusto
 refale, resbale
 reliquie, reliquia
 relvun, yerba perenne con frutitos carnosos rojos, cuya raíz sirve para teñir el rojo, Galium relvun, voz araucana

remolienda, parranda
 rescordiaba, rescoldaba
 reunilos, reunirnos
 rincor, rencor
 rique, estómago de las aves, voz de origen araucano
 riyéndose, riéndose
 roquín, provisión de víveres que llevan los que viajan, voz araucana
 ruío, ruido

sángoche < sandwich, emparedado
 sedan, sean
 sempatía, simpatía
 sempática, simpática
 seúro, seguro
 soaba, sobaba
 soh < sos < sois, eres
 sohprendía, sorprendía
 sohprendió, sorprendió
 solegao, subdelegado
 sopaipillita < sopaipilla, masa delgada frita
 sufragaba, naufragaba
 sufragó, naufragó

tábamos, estábamos
talea, talega
tamién, también
tan, están
tañando, tañendo
tar, estar
tehno, terno
telegrafía, fotografía
terniao < terniar < terno, participio
pasado, vestido
terniaron, vistieron
tese, estése
tiraa, tiraba
tohnuda, estornuda
tohnudar, estornudar
tohnudo, estornudo
tomaúra < tomadura, acción de tomar,
beber
tongo, sombrero hongo
torca, podría ser forma individual en
vez de corza
traendo, trayendo
trara, femenino de traro, ave de rapaña,
voz de origen araucano

trairá, traerás
traye, trae
triendo, trayendo
trocedió, retrocedió
turbante, miembro de una asociación de
danzantes que participan en fiestas
religiosas populares
tuvieron, estuvieron
ufaba, bufaba
utilimentos, utilidades
varón < vara, madero colocado hori-
zontalmente sobre dos o más postes
frente a las casas de campo
vayen, vayan
veida, veía
vejía, vejiga
velo, verlo, verlos
vía, veía
vían, veían
vío, vió
virio, vidrio
virtús, virtud

ANOTACIONES

LISTA COMPLEMENTARIA DE NARRADORES

GREGORIO ACEVEDO, campesino del valle de San Francisco, Los Andes, Aconcagua.

FELISA ACUÑA, lavandera campesina de Trapihue, Maule.

FILIDOR AGUILAR, inquilino del fundo "Güeimén", en Ignao, Valdivia, 73 años de edad, natural de Rupanco, Osorno, donde aprendió cuentos, 43 años en Ignao, analfabeto.

JUAN ARSENIO BERNAL, dueño de un pequeño hotel en Ventana, Valparaíso, 45 años de edad.

ENRIQUE CRISTI, dueño de fundo en el valle de San Francisco, Los Andes, Aconcagua, oriundo de Ovalle. Coquimbo, donde aprendió el cuento 116, hace sesenta años a esta fecha.

JUAN DE DIOS DÍAZ, tejedor de canastos de mimbre en Ignao, Valdivia, natural de la misma aldea, 61 años de edad, aprendió narraciones de una de sus abuelas.

AMANDA FLORES, profesora primaria, narró a don Marino Pizarro, en la aldea de Monte Patria, Coquimbo, el cuento 98, que ella había aprendido de su madre, de 84 años de edad, en Tamayo, al interior de Ovalle, Coquimbo.

OSCAR GALINDO, cantor popular ciego, de Parga, Llanquihue, nacido cerca de Fresia, en la misma provincia, 31

años de edad, conocía muchas adivinanzas además de poseer un gran repertorio de canciones de cueca.

ESCOLÁSTICA GARRIDO, esposa de un inquilino del fundo "Güeimén", en Ignao, Valdivia, 66 años de edad, analfabeta.

REMIGIO IGOR, pequeño propietario campesino ciego, en las cercanías de Parga, Llanquihue, elaborador de durmientes, 37 años de edad.

LORENZO MANRÍQUEZ, trabajador ocasional a la sazón en el valle de San Francisco, Los Andes, Aconcagua, oriundo de Nueva Imperial, Cautín.

TOMÁS MARTÍNEZ, pequeño propietario en la aldea de Pomaire, Santiago, nacido y criado en Aculeo, O'Higgins, en Pomaire, desde hace 13 años, 70 años de edad, analfabeto.

ANSELMO ORREGO, pequeño propietario en Rivadavia, Coquimbo, 71 años de edad.

JUAN ANTONIO ROJAS, trabajador al día, nacido en Paihuano, Coquimbo, 71 años de edad, ha leído cuentos para niños dificultosamente.

HUMBERTO URIBE, natural de Quinchamalí, Chillán, 44 años de edad.

JESÚS VEGA, inquilino en la hacienda "Illapel", Illapel, Coquimbo, 44 años de edad, analfabeto.

LISTA DE OBRAS CONSULTADAS QUE NO SE CITAN
EN EL TOMO PRIMERO

- AMADES, CANÇONER: Joan Amades, Folklore de Catalunya. Cançoners. Cançons-Refrans-Endevinalles, Barcelona, 1951.
- BOCCACCIO, El Decamerón.
- BOGGS, THE HALFCHICK: Ralph Steele Boggs, The Halfchick Tale in Spain and France, FFC nr. 111, Helsinki, 1933.
- CABALLERO, LA GAVIOTA: Fernán Caballero, La gaviota (contiene un cuento).
- CARRIZO-PERKINS: Cuentos de la tradición oral argentina, recogidos en Catamarca y Corrientes, por José María Carrizo y Guillermo Perkins Hidalgo. Introducción y notas por Bruno C. Jacovella, Revista del Instituto Nacional de la Tradición, Tomo I, pp. 62-101.
- COCCHIARA: G. Cocchiara, Genesi di leggende, III Edizione riveduta, Palermo, 1949.
- COLUCCIO-SCHIAFFINO: F. Coluccio y G. Schiaffino, Folklore y nativismo, Buenos Aires, 1948.
- CORNEJO: Justino Cornejo, Adivinanzas ecuatorianas, Revista del Instituto Nacional de la Tradición, I, pp. 295-356.
- CORREAS: Gonzalo Correas, Vocabulario de refranes y frases proverbiales de la lengua castellana.
- CUENTOS Y LEYENDAS DE LA VIEJA RUSIA, 5ª edición, Buenos Aires, 1946.
- CHERTUDI: Cuentos folklóricos de la Argentina. Primera serie. Introducción, clasificación y notas por Susana Chertudi, Buenos Aires, 1960.
- CHRISTENSEN: Persische Märchen aus dem Persischen übertragen und mit einem Nachwort von Arthur Christensen, Düsseldorf-Köln, 1958.
- DISCIPLINA CLERICALIS: Pedro Alfonso, Disciplina clericalis, edición y traducción del texto latino, por Angel González Palencia, Madrid, 1948.
- DORSON: Richard M. Dorson, Negro Tales from Pine Bluff, Arkansas, and Calvin, Michigan, Bloomington, 1958.
- ESPINOSA, NEW-MEXICAN SPANISH FOLKLORE: Aurelio M. Espinosa, New-Mexican Spanish Folk-Lore. More Folk-Tales, The Journal of American Folk-Lore, Vol. XXVII, nr. CIV, pp. 119-147.
- FLORES: Eliodoro Flores, Adivinanzas corrientes en Chile, Revista de Folklore Chileno, II, pp. 137-331.
- FOLKLORE CHILIEN. Textes choisis et traduits par Georgette et Jacques Soustelle. Avant-propos de Gabriela Mistral, Paris, 1938.
- GESTA ROMANORUM. Das älteste Märchen- und Legendenbuch des christlichen Mittelalters, ed. Insel-Verlag, Leipzig, s.d.
- HENSSEN I: Gottfried Henssen, Überferung und Persönlichkeit. Die Erzählungen und Lieder des Egbert Gerrits, München, 1951.
- HENSSEN II: Gottfried Henssen, Sagen, Märchen und Schwänke des Jülicher Landes, Bonn, 1955.
- HENSSEN III: Gottfried Henssen, Ungar-deutsche Volksüberlieferungen, Marburg, 1959.
- HISTORIA DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA, en Versiones castellanas del "Sendabar", edición y prólogo de Angel González Palencia, Madrid, 1946.
- JUAN MANUEL. El Conde Lucanor.
- KARLINGER: Felix Karlinger, Inselmärchen des Mittelmeers, Düsseldorf-Köln, 1960.
- KELLER-RÜDIGER: Italienische Märchen herausgegeben und übertragen von Walter Keller und Lisa Rüdiger, Düsseldorf-Köln, 1959.

- KOESSLER-ILG, CUENTAN LOS ARAUCANOS: Bertha Koessler-Ilg, Cuentan los araucanos, Buenos Aires, 1954.
- LANGSTROFF: Karl Heinz Langstroff, Lothringer Volksart. Untersuchung zur deutsch-lothringischen Volkserzählung an Hand der Sammlungen von Angelika Merkelbach-Pinck, Marburg, 1953.
- LAVAL, DEL LATÍN EN EL FOLKLORE CHILENO: Ramón A. Laval, Del Latín en el folklore chileno, Revista de Folklore Chileno, I, pp. 3-25.
- LEHMANN-NITSCHKE: Robert Lehmann-Nitsche, Adivinanzas rioplatenses, La Plata, 1910.
- LENZ, CONSEJAS CHILENAS: Rodolfo Lenz, Un grupo de consejas chilenas. Estudio de novelística comparada, precedido de una introducción referente al orígen i propagación de los cuentos populares, Revista de Folklore Chileno, III, pp. 3-152 (= Anales de la Universidad de Chile CXXIX).
- LEYENDAS MORISCAS: F. Guillén Robles, Leyendas moriscas, 3 tomos, Madrid, 1883-1886.
- LIRA: Carmen Lira, Los cuentos de mi tía Panchita (Cuentos populares, recogidos en Costa Rica), San José, 1920.
- MACKENSEN, LUTZ, Der singende Knochen, FFC nr. 49, Helsinki, 1932.
- MANGO: Francesco Mango, Novelline popolari sarde, Palermo, 1890.
- MANRÍQUEZ: Cremilda Manríquez, Contribución al estudio del folklore de Cautín, Santiago de Chile, 1943 (= Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección de Filología, Tomo III, pp. 5-129).
- MASON-ESPINOSA: Porto-Rican Folk-Lore. Folk-Tales by J. Alden Mason, edited by Aurelio M. Espinosa, Journal of American Folk-Lore, Vol. 34, 1921, pp. 143-208.
- MEIER: Spanische und portugiesische Märchen übertragen und eingeleitet von Harri Meier, Jena, 1940.
- MELO: Verissimo de Melo, Adivinhas, Natal, 1948.
- MIL Y UNA NOCHES: El libro de las mil noches y una noche. Texto completo no expurgado, conforme a la traducción directa y literal del árabe, por el doctor J. C. Mardruz, 3 tomos, México, s.d.
- MOYA: Ismael Moya, Adivinanzas criollas, Buenos Aires, 1949.
- PARIS, GASTON, Légendes du moyen-âge, 3 ed., Paris, 1908.
- PHILIPPSON, ERNST, Der Märchentypus von König Drosselbart, FFC nr. 50, Greifswald, 1923.
- PIRIS DE LIMA, FERNANDO DE CASTRO, A mulher vestida de homem, Coimbra, 1958.
- REVISTA COLOMBIANA DE FOLCLOR, Bogotá, 1952—.
- REVISTA DE FOLKLORE CHILENO, Santiago de Chile, 1910-1928.
- RODRÍGUEZ MARÍN: Francisco Rodríguez Marín, Cantos populares españoles, Sevilla, 1882-1883, 5 vols. (Contiene un cuento, I, pp. 395-405, y adivinanzas-cuentos, I, pp. 309-310).
- ROMANIA, Paris, 1872—.
- RÖSCH, E., Der getreue Johannes, FFC nr. 77, Helsinki, 1928.
- SÉBILLOT, CUENTOS BRETONES: Paul Sébillot, Cuentos bretones. Traducción de Manuel Machado, Paris, 1900.
- SÉBILLOT, JOYEUSES HISTOIRES: Paul Sébillot, Joyeuses Histoires de Bretagne, Paris, 1910.
- SÉBILLOT, PROVINCES: Paul Sébillot, Contes des provinces de France, Paris, 1884.
- SOUPAULT: Ré Soupault, Bretonische Märchen, Düsseldorf-Köln, 1959.
- SUCHIER, H., La fille sans mains, Romania, 1901, xxx, p. 519.

- THOMPSON-BALYS:** The oral Tales of India by Stith Thompson and Jonas Balys, Bloomington, 1958.
- THOMPSON-ROBERTS:** Types of Indic Oral Tales, India, Pakistán, and Ceylon, by Stith Thompson and Warren E. Roberts, FFC nr. 180, Helsinki, 1960.
- TRUEBA, CUENTOS POPULARES:** Antonio de Trueba, Cuentos populares, Madrid, 1875.
- VILLABLANCA:** Celestina Villablanca, Estudio del folklore de Chillán, Santiago de Chile, 1943 (= Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección de Filología, Tomo III, pp. 185-221).
- VRIES, JAN DE,** Die Märchen von klugen Rätsellösern, FFC nr. 73, Helsinki 1928.
- WESSELSKI:** Der Hodscha Nasreddin, Türkische, arabische, berberische, matische, sizilianische, kalabrische, kroatische, serbische und griechische Märlein und Schwänke gesammelt und herausgegeben von Albert Wesselski, 2 tomos, Weimar, 1921.
- ZAUNERT:** Paul Zaunert, Deutsche Märchen seit Grimm, Jena, 1923.
- ZAUNERT, DONAULAND:** Deutsche Märchen aus dem Donauland herausgegeben von Paul Zaunert, Düsseldorf-Köln, 1958.

COMENTARIOS

76. [*El joven del carnero*]. 77. [*El chanchito maravilloso*]. 78. *Siete Colores*.
79. *El Príncipe de las Armas Blancas*. 80. *Siete Parches*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 314A?; Bolte-Polivka III, pp. 112-113; Ranke I, pp. 175-176.

Versiones: Alemanas: Bolte-Polivka III, p. 113, nota 4, citan ocho versiones alemanas, una flamenca, una irlandesa, tres italianas, una francesa y una gitana. Ranke I, pp. 176-184 (dos versiones), cita, además, 26 versiones alemanas.— Francesa: Cosquin II, nr. 43 'Le petit berger' (la misma que citan BP).

Para clasificar los cuentos 76-80 tuve algunas dificultades. Los motivos del joven fuerte y de la espada pesada me hacían creer que podía considerarlos como variantes del tipo 650. El profesor Thompson, sin embargo, me indicó, después de examinarlos, que se podrían presentar como variantes del tipo 314 A, que él insertará en la nueva edición del registro de Aarne-Thompson, aceptando una sugestión de Ranke I, p. 175, quien proponía el número 314 B. El ilustre sabio alemán observaba este vacío en el índice mencionado, a pesar de que este cuento está muy difundido.

Se trata del cuento "del pastor que mata tres gigantes, les quita tres corceles que tenían en sus palacios y con ellos vence tres veces en un torneo, mata tres demonios y ayuda tres veces al rey en una batalla".

Nuestros cuentos 76-78 podrían ser, pues, variantes del nuevo tipo 314 A, el 78 con un final diferente contaminado con motivos del tipo 402. Los cuentos 79-80, en cambio, son conglomerados de motivos que comienzan con el tipo 314 B para continuar con motivos y rasgos de otros, el 79 de los tipos 400, 425 y 328, y el 80 de los tipos 300, 400, 471, 408 y 560. Como no conozco el desarrollo estricto que el profesor Thompson ha dado al tipo 314 B, me limitaré a dar los motivos de cada una de mis versiones.

Versión 76: Thompson B412, F610, F611.1.12, F628.2.3, F833, L161.

Versión 77: B183, F833, L161, R222.

Versión 78: B412, D195, F628.2.3, L161, R41.1.

Versión 79: D114.1, D255, D1121.2, F611.3.2, F628.2.3, F833.

Versión 80: B400, D882.2, D2128, F131.3, F611.3.2, H105.1, L161, R195.

81. *El príncipe moro y el príncipe cristiano*. 82. *El que sirvió de padrino de su misma esposa*

Clasificación y estudios: Aarne 516; Aarne-Thompson 516; Boggs 516; Bolte-Polivka I, pp. 42-57; Cámara Cascudo, Estórias, pp. 153-154; Eberhard-Boratav, Tipo 214, pp. 254-258; Hackmann 516; Hansen 516; Krohn, pp. 82-89; Looits 516; Ranke

II, p. 145; Rösch, *Der getreue Johannes*; Schullerus 516; Thompson, *Folktale*, pp. 111-112.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 6 'Der getreue Johannes'. Henssen III, nr. 26 'Der treue Gefährte'. Ranke II, pp. 145-146, agrega siete versiones a las citadas por BP.— Checas: Tille, pp. 201-206 (cuatro versiones).— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 255-256 (16 versiones y variantes).— Griega: Hahn I, nr. 29 'Die Goldschmiedin und der treue Fischersohn'.— Retorromana: Decurtins, nr. 10 'La princesa dil temps véder' = Bundi, pp. 26-33 'Die Prinzessin aus alter Zeit'.— Francesas: Carnoy, p. 115 'Le fidèle serviteur'. Luzel I, p. 367 'Le roi Dalmar'; p. 386 'Le roi de Portugal'.— Italiana: Basile IV, nr. 9 'Il corvo'.— Catalanas: Alcover I, pp. 26-37 'S' Hermosura del món'. Amades, *Rondallística*, nr. 44 'La flor de la Satalia Vera'; nr. 123 'La princesa del nas d'or'; nr. 171 'La vella del llum de ganxo'.— Portuguesas: Coelho, *Contos pop.*, nr. 51 'Pedro e Pedrito'. Consiglieri Pedroso, nr. 45 'Os dos pedrinhos'.— Brasileña: Câmara Cascudo, *Contos*, pp. 25-30 'O fiel Dom José' = Câmara Cascudo, *Estórias*, pp. 148-153.— Española: Hernández de Soto, *BTPE X*, pp. 225-237, nr. 19 'La piedra de mármol'.— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 205 'Juan de la piedra'.— Dominicana: Andrade, nr. 124 'Lo tre cuelvo que hablaban'.— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 81a 'El criado fiel' = Jijena Sánchez, nr. 25; nr. 81b 'El criado fiel'.

El cuento 81 es una versión interesante del tipo 516 de Aarne-Thompson, Grimm nr. 6, con todas sus partes esenciales, pero con un agregado final, el motivo de la venganza del hermano incomprendido. Resalta, además, en el desarrollo de este cuento el motivo de los pájaros anunciadores de novedades [Thompson N442], que como un leit-motiv aparece y reaparece desde la segunda parte hasta el final. El cuento 82, en cambio, es una versión estropeada que contiene elementos sólo de las dos primeras partes del tipo correspondiente. Llama la atención en este relato la similitud de la segunda parte con la de la versión griega de Hahn I, nr. 29. En esta última el héroe rapta a la mujer del joyero que ama a través de un pasaje subterráneo y se las arregla para que el esposo asista a las bodas de su propia mujer; en la nuestra el rapto se produce en la misma forma y el héroe consigue que el marido sea padrino de matrimonio y los despida en el puerto, dejando la mujer una estatua de su figura que desde la ventana saluda a los novios.

Este tipo de cuento ha sido estudiado por E. Rösch a través de numerosas versiones, pero los resultados de este estudio deben ser revisados, según Eberhard-Boratav, p. 257, a la luz de las investigaciones de Walter Ruben, *Ozean der Märchenströme*, FFC 133, y del material turco de que ahora se dispone en la obra de ellos mismos. Ya Krohn, pp. 84-85, había objetado a Rösch, entre otras cosas, la hipótesis de que las versiones portuguesas proceden directamente de la India después de 1500.

Nuestras versiones tienen el siguiente desarrollo:

Versión 81: 516 I Un príncipe cristiano, acompañado de su hermano el príncipe moro, sale en busca de la Belleza del Mundo. II-III Mientras pernoctan, el príncipe moro escucha la conversación de los pájaros [N442], que van anunciando lo que pasa a los príncipes, los peligros que encontrarán y recomiendan lo que hay que hacer. El príncipe moro encuentra a la Belleza del Mundo, lo persiguen tres culebrones, arroja los tres vellos [D991] que le ha sacado a su hermano de la

espalda y se transforman en tres gigantes que matan a los culebrones. Deja a la Belleza del Mundo junto al príncipe cristiano dormido. El príncipe cristiano y la Belleza llegan a palacio. IV El príncipe cristiano siente celos de su hermano. Este le reprocha su ingratitud y cuenta todas las circunstancias de la aventura y se va convirtiendo en piedra poco a poco [D231]. V El príncipe moro puede ser vuelto a la vida mediante la sangre del hijo de su hermano [E113]. El príncipe cristiano mata a su hijo y resucita a su hermano [H1559.2]. El niño es también resucitado [E0]. Conclusión. El príncipe moro incomprendido se venga, ordenando a los gigantes, en que los vellos se transforman, destruyan el palacio con el príncipe cristiano, la Belleza del Mundo y toda la demás gente.

Versión 82: 516 I Un joven rico se enamora de una niña muy hermosa que conoce por su retrato [T12]. II Con el auxilio de una anciana el héroe conquista el amor de la joven, que es casada, levantando un almacén al frente de la casa de ella y haciendo un subterráneo que conduce hasta sus habitaciones [R25]. Se casan y el marido es padrino de matrimonio. La joven deja una estatua de su figura, que saluda desde la ventana, cuando pasan los novios acompañados del marido. Se embarcan.

83. *Juan Catorce*

Clasificación y estudios: Aarne 650; Aarne-Thompson 650; Boggs 650; Bolte-Polivka II, pp. 285-297; Eberhard-Boratav, Tipo 281; Hackmann 650; Hansen 650; Honti 650; Laport *650; Looirts 650; de Meyer 650; Qvigstad 650; Ranke II, pp. 363-366; Schullerus 650; Sinninghe 650; Thompson, Folktale, pp. 85-86; Thompson F611.9, F615, F615.2 (novillos salvajes).

Versiones: Alemanas: Grimm, Nr. 90 'Der junge Riese'. Ranke II, pp. 366-379 (17 versiones).— Rusas: Apell, nr. 19 'João Cachorro e o camponés branco'; nr. 20 'O bicho Norka'; nr. 21 'Os tres reinos'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 329 (2 versiones) y Anl. C3.— Griegas: Hahn, nr. 64 'Der starke Hans', nr. 75 'Der Bärensohn'.— Retorromana: Decurtins, nr. 15 'Il fegl digl uors' = Bundi, pp. 120-122 'Der Bärensohn'.— Francesas: Carnoy, pp. 39-42 'Quatorze'. Cosquin I, nr. 14 'Le fils du diable'; II, nr. 46 'Bénédicté', nr. 65 'Le laboureur et son valet'. Massignon, nr. 14 'Le diable' (475 + 650 + 713). Soupault, nr. 32 'Dreissig'.— Catalanas: Alcover VIII, pp. 69-97 'En Pere Catorze'. Amades, Rondallística, nr. 66 'En Joan vint-i-un'.— Gallega: Prieto, nr. 10 'Pedro Cortizoilo' (650 + 621).— Españolas: Espinosa, nr. 35 'Sansón' (650 + 175). Llano Roza de Ampudia, nr. 189 'Juan y Medio' (650 + 175).— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 340 'Catorce'.

El cuento 83 es una versión de Juan Fuerte, Aarne-Thompson 650, pero sus partes y motivos varían notablemente. En su análisis seguiré el desarrollo de motivos que trae Ranke II, p. 363, porque en la variación de sus motivos nuestro cuento se adapta mejor a él que al esquema de Aarne-Thompson.

A. Nacimiento y juventud. 1. El héroe es encontrado detrás de un palo. 3. Es criado durante diez años por dos viejitos. 4. Demuestra tal apetito que come por catorce. 2. Tiene una fuerza tan grande que puede trabajar por catorce.

B. Contrato de trabajo. El contrato está reemplazado por los servicios al padrino sin ninguna condición.

C. Pruebas de fuerza extraordinaria. 1. Arrancar árboles. 7. Enyugar catorce parejas de bueyes y un tigre.

D. Intentos de matar al héroe. Es enviado al infierno a buscar novillos salvajes.

E. Fin. El padrino paga el tiempo servido al héroe y éste regresa a casa y sigue viviendo feliz con sus padres adoptivos.

Réstanos sólo anotar que el nombre de cuento hace pensar en la similitud que mantiene en la zona románica: En Francia se llama 'Quatorze', en Mallorca 'En Pere Catorze', en la tradición española de los Estados Unidos 'Catorce', en Cataluña 'En Joan vint-i-un', triplicando el número siete.

84. *Reinado, Hijo del Milagro*

Clasificación: Aarne-Thompson 650, 303, 550; Thompson D700, D735, F610, F833, L161.

Este cuento es un conglomerado de motivos que pueden encontrarse en los tipos 650, 303, 550.

85. *Rey muerto y rey puesto*

Este cuento contiene, a juicio del profesor Thompson, algunos rasgos de la leyenda bíblica de José enmarcados por motivos de diversos tipos, entre los cuales se destacan los siguientes: Thompson F610, F833, K512.

86. *Los siete mineros virtuosos.* 87. *Los siete hijos de la viuda.* 88. *El gigante.*

Clasificación y estudios: Aarne 653; Aarne-Thompson 653; Boggs 653; Bolte-Polivka III, pp. 45-48; Eberhard-Boratav, Tipo 291, pp. 335-336; Espinosa III, 78, 83-89; Hackmann 653; Hansen 653; Honti 653; Laport 653; de Meyer 653; Qvigstad 653*; Ranke II, p. 385; Sveinsson 653; Thompson-Roberts 653; Thompson, *Folktales*, pp. 81-82.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 129 'Die vier kunstreichen Brüder'. Ranke II pp. 385-387, trae cuatro versiones y cita otras siete, además de la cuatro de BP.— Checas: Tille, pp. 245-246 (tres versiones).— Serbocroata: Leskien, nr. 66 'Der Kaiser, seine Tochter und ihre drei Freier'.— Caucásica: Dirr, nr. 20 'Wem gehört die Braut?'.— Albanesa: Dozon, nr. 4 'Le pou'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 335-336 (14 versiones y variantes).— Griega: Hahn, nr. 47 'Von den drei um die Braut streitenden Brüdern'. Indica antigua: Panchatantra V, 4.— Arabe: Las mil y una noches.— Francesas: Luzel III, p. 312 'Les six frères paresseux'. Maugard, nr. 2 'Le rusé voleur'.— Italianas: Basile V, nr. 7 'I cinque figli'. Pitre I, pp. 196-197 'Il mago Tartagna'; p. 197 'I sette fratelli'.— Catalana: Amades, *Rondallística*, nr. 70 'Els quatre germans que fan ventura'.— Brasileñas: Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 102-103 'Os tres companheiros'. Romero, nr. 46 'Los tres moços'.— Españolas: Caballero I, pp. 47-53, 'La niña de los tres maridos'. Espinosa, nr. 150 'La cosa más rara del mundo' = Meier, nr. 22 'Das seltsamste Ding der Welt'. Llano Roza de Ampudia, nr. 12 'Los cuatro hermanos'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 222 'El carrumaco de viento'; nr. 223 'La princesa hermosa'; nr. 224 'Las tres cosas extrañas'.— Dominicanas: Andrade, nr. 59 'Lo cuatro hermano'; nr. 60 'El satre y su tre hijo'; nr. 61 'Los tres príncipes'; nr. 62 'Lo tre helmano y la sel-

piente'.— Portorriqueña: Boggs, *Seven Folktales*, pp. 162-163 'La cosa más rara del mundo'.

Los cuentos 86-88 son versiones bien ajustadas al tipo 653 de Aarne-Thompson con variación y ampliación de motivos que comprueban una antigua procedencia tradicional. Su importancia reside en que hasta ahora se han registrado, en estricto sentido de ese tipo, sólo tres versiones del ámbito hispánico, Espinosa III, p. 84, a las que agrego la catalana de Amades, nr. 70, y las brasileñas de Cámara Cascudo y de Romero. De nuestras tres versiones sólo la 88 tiene un final diferente con motivos de los objetos mágicos, especialmente del tipo de cuento 592, como puede verse en el desarrollo que presentamos más adelante. Extraordinario es el motivo del talón de Aquiles que aparece en el cuento 86 [Z311].

Versión 86: 653 Introducción. Un rey casa a su hija con un gigante, porque ha vencido en el torneo, que consiste en pegarle a la princesa en la frente con una naranja. El gigante se la lleva a una isla, donde la mantiene custodiada por una serpiente. Una paloma [B211.9] avisa a la princesa que sólo los siete mineros virtuosos (prodigiosos) podrán salvarla. La princesa envía una carta al rey con la misma paloma. I. El rey manda a buscar a los siete mineros y les interroga sobre sus habilidades. El primero es capaz de construir un barco que anda por mar y por aire [F673]; el segundo es un buen componedor y en prueba de ello reconstituye un huevo que el rey ha despedazado [F662]; el tercero resucita muertos; el cuarto dispara sin error [F661]; el quinto tiene tal fuerza que levanta todo lo que él quiere; el sexto es un hábil ladrón [K301], y el séptimo sabe todo lo que va a suceder. II. El rescate de la princesa. (a) El rey manda a los hermanos a buscar a la princesa. (b) El séptimo avisa el momento oportuno para el rescate, cuando los hermanos aterrizan junto a la isla; el ladrón se roba la princesa; el forzado se la lleva en una mano y con la otra arranca un naranjo para dejar demostraciones del robo. Se embarcan. El gigante los persigue y mata a la princesa disparándole; el componedor la reconstituye y el resucitador la vuelve a la vida [E30]; el buen disparador mata al gigante dándole en el taco [Z311] por advertencia del adivinador. III. El rey recompensa a los mineros con diez cargas de plata.

Versión 87: 653 Introducción. Un moro, que está casado con una india adivina, enamora a la princesa, que rechaza a todos los pretendientes, y el rey se la da. La india encierra a la princesa para matarla. La princesa escucha a la propia india, cuando ésta le dice al moro que sólo los siete hijos de la viuda la pueden salvar. I. El rey manda a buscar a los siete hermanos, cuya madre ignora la virtud que cada uno de ellos tiene. Confiesan ellos sus virtudes: el primero puede transformarse en zorzal [D150]; el segundo es adivinador; el tercero puede construir una barca que anda por mar y por aire [F673]; el cuarto puede hacer correr la barca más que el viento; el quinto resucita muertos; el sexto no yerra peñascazo [F661], y el séptimo posee un pito mágico con el cual hace bailar hasta los pájaros y como prueba hace bailar al rey [D1415]. II. El rescate de la princesa. (a) El rey ofrece casa y terrenos a los hermanos para que salven a la princesa. (b) El constructor hace la barca en tres días. Los hermanos vuelan hasta la casa del moro. El primero se convierte en zorzal, entra a la casa por la ventana y avisa a la princesa que van a salvarla. La princesa escapa cuando la india se duerme. La india despierta, se convierte en águila [D152.2] y los persigue. El águila arranca de la barca a la princesa. El hermano sexto tira una pedrada y mata al águila y a la princesa.

Se llevan a la muerte. En el palacio real el resucitador la vuelve a la vida. III. La recompensa. El resucitador casa con la princesa [L161] y los siete hermanos son declarados herederos del rey.

Versión 88: 653 II. La sexta princesa menor es robada por un gigante. Una bruja dice al rey que los siete hijos ausentes de una inquilina pueden salvarla. El adivino reúne a sus hermanos y regresan a casa. Desconocen la virtud que cada uno de ellos tiene. El rey les ordena ir en busca de su hija bajo amenaza de muerte. Los hermanos llegan al frente de la casa del gigante, mientras éste duerme en un sótano abrazado a la princesa. Cada hermano revela y aplica la virtud que posee: uno abre las puertas sin que lo oigan y rescata a la princesa; otro construye una casa de altos con una sola ventana, pero el gigante salta por la ventana, que han olvidado cerrar, y se roba la princesa; el hermano que hace una honda de siete cueros de vaca y es capaz de tirar hasta siete cuerdas de distancia lanza un peñasco y mata al gigante y la princesa; otro de los hermanos junta los miembros de la princesa [E30] y la resucita con un líquido [E102] y con una ceremonia [E52]. III. La recompensa. El rey da un saco de oro a cada uno de los salvadores.— El cuento continúa con motivos que aparecen en otros cuentos de objetos mágicos, especialmente en el tipo 592. Una bruja aconseja al rey que mate a los salvadores, porque son peligrosos para él, y ella misma intenta envenenarlos. Los hermanos se libran de todas las acechanzas, resucitan muchos muertos y los alimentan mediante un mantelito de virtud [D1472.2] y al final el joven del violín mágico [D1415.2.5] hace bailar a la bruja, al rey y la reina hasta que el rey y la reina, agotados, aceptan el matrimonio de sus hijas con los hermanos. Como éstos son siete y las princesas seis, matan al rey y el mayor casa con la reina [I161].

Estuve por incluir en esta colección un cuento que con el nombre de 'Los cuatro hermanitos' me entregó don Marino Pizarro, quien a su vez lo había recibido de doña Ema Galleguillos en la aldea de Monte Patria, Coquimbo, en 1949; pero su desarrollo es tan similar al de 'Los cuatro hermanos diestros', de Grimm, que cito en la bibliografía, que he pensado que podría tratarse de una copia o memorización del cuento germano a través de alguna de las traducciones españolas. Coinciden ambos cuentos exactamente en las tres partes fundamentales: pruebas de las habilidades de los cuatro hermanos, rescate de la princesa y recompensa. En la versión de Monte Patria no hay más variación que la de determinar el nombre del pájaro al que uno de los hermanos roba los huevos, llamar prestidigitador al ladrón y dar nombre a la provisión de víveres que reciben los hermanos de su madre antes de emprender la aventura. Pero como este cuento de Grimm pudiera entrar en la tradición chilena, lo que hasta ahora no he podido verificar para ningún cuento alemán, transcribo a continuación la versión de Monte Patria y así quedarán fijadas la fecha y circunstancias aproximadas de cómo se ha sacado una versión moderna directamente de una traducción de los cuentos de los hermanos Grimm.

Los cuatro hermanitos

Había una vez un matrimonio muy pobre que tenía cuatro hijos hombres. Cuando crecieron les pidieron permiso para ir a aprender una profesión. Con mucho pesar los viejitos los dejaron irse. La viejecita les preparó unas tortillitas de rescoldo y unos fiambres y les rogó que por un año se ausentaran de la casa. Ellos le prometieron que así lo harían y se fueron, después de haberse despedido con un abrazo y un beso de su padre y de su madre.

El mayor de los hijos se encontró con un astrónomo y se empleó con él. El segundo se encontró con un cazador y se empleó con él. El tercero se empleó con un sastre y el cuarto se empleó con un prestidigitador que le enseñó a robar sin que nadie lo notase. Al cabo de un año se despidieron los jóvenes de sus patrones. Al hermano mayor le regaló el astrónomo un antejo de virtud que podía ver a doscientas millas de distancia. Al segundo le regaló el cazador una escopeta de virtud. Al tercero le regaló el sastre una aguja de virtud que podía coser con ella todo lo que quisiera, ya fuera de acero o la mantequilla. Al cuarto hermano no le regaló nada el prestidigitador, porque le dijo que él ya sabía muy bien su profesión.

Los viejecitos esperaban a sus hijos. La viejita había adornado la casa con un arco de flores. Los cuatro hijos les llevaban muchos regalos y dinero. Después del gran almuerzo que les habían preparado, el padre les preguntó a sus hijos por su profesión. El mayor le dijo que él era astrónomo; el segundo, que era cazador; el tercero le comunicó que era sastre y el cuarto:

—Yo, padre, soy prestidigitador, sé robar sin que nadie lo note.

Se asustó mucho el padre y le dijo:

—Hijo mío, has deshonrado mis canas.

—No, padre mío, yo robo por apuestas, no soy ladrón.

Entonces el padre llamó al astrónomo y le dijo que qué encontraba de nuevo en un algarrobo y que le llamase la atención. El astrónomo se puso los anteojos de virtud y le contestó:

—Lo único que veo en el algarrobo es un nidito con tres huevitos y la *chircancita* echada.

El padre le dijo al que sabía robar que le robara los huevitos a la *chircana* sin que nadie lo notara y sin que ella se diera cuenta. Así lo hizo el ladrón. Al cazador le dijo que de un balazo partiera los huevitos por la mitad, y al sastre, que cosiera los huevitos. Sus hijos lo hicieron así. El padre mandó al prestidigitador que fuera a dejar los huevitos a la *chircancita*. Al tercer día nacieron los pajaritos.

En ese tiempo estaba de novia la hija del rey y, cuando iba a casarse con todo su acompañamiento real, un dragón robó a la princesa a la vista de todos y se elevó por los aires hasta que la perdieron de vista. El rey, muerto de pena, hizo proclamar un bando, que el que salvara a la princesa se casaría con ella. Los cuatro hermanos se presentaron al palacio. El astrónomo dijo que la princesa estaba a la orilla del mar sentada en una roca y el dragón tenía la cabeza en la falda de la princesa y estaba durmiendo y se encontraba a doscientas millas del palacio. El rey ordenó que inmediatamente se pusiera un buque al mando de los cuatro jóvenes para que librasen a la princesa del dragón. Cuando llegaron donde estaba la princesa, fue el prestidigitador a robársela y la trajo al buque. El dragón, al despertar y no hallar a la princesa, se enfureció y remontando el vuelo iba a hacer pedazos el buque para robarse a la princesa. El cazador que lo vio le disparó con su escopeta de virtud, pero con tan mala suerte que el dragón cayó en el buque y lo destrozó. El sastre con su aguja de virtud cosió el buque y el dragón cayó al mar. Llegaron al palacio los cuatro jóvenes con la princesa y el rey preguntó a cuál de ellos pertenecía la princesa.

—A mí —le dijo el astrónomo—, que vi donde se encontraba la princesa.

—No, a mí —dijo el prestidigitador—, que fui yo el que robó la princesa al dragón.

—No, mi rey —dijo el cazador—, a mí me pertenece la princesa, porque yo maté al dragón.

—No, mi rey —dijo el sastre—, a mí me pertenece, porque yo cosí el buque, de lo contrario todos nos hubiésemos ahogado.

El rey sentenció:

—Mi hija pertenece a los cuatro jóvenes, porque ellos le salvaron la vida; pero como no es costumbre que una princesa se case con cuatro jóvenes, así es que yo voy a dividir mi reino en cuatro partes iguales, uno para cada uno de ustedes y yo con la princesa me voy a vivir al reino del príncipe que es su novio, que con él se casará.

Los cuatro hermanos quedaron muy contentos con la sentencia del rey, ya que quedaron inmensamente ricos.

89. *El niño huérfano*

Clasificación y estudios: Aarne 675; Aarne-Thompson 675; Bolte-Polivka I, pp. 485-489; Cámara Cascudo, Contos, pp. 115-116; Eberhard-Boratav, Tipo 69; Hackmann 675; Hansen 675; Qvigstad 675; Schullerus 675; Sveinsson 675; Thompson D1114, D1132.1, D1258.1, D1472, D1712.1, D1790.3, H481, L121, L125, L161, L175, T513; S141.

Versiones: Grimm, nr. 54a 'Hans Dumm'. Bolte-Polivka I, p. 487, citan siete versiones alemanas más.— Rusas: Apell, nr. 1 'Emiliano parvo'. Löwis of Menar, nr. 5 'Der Faulpelz oder: Gutes wird mit Gutem vergolten'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 76 (tres versiones).— Griega: Hahn, nr. 8 'Der halbe Mensch'.— Italianas: Basile I, nr. 3 'Peruonto'. Wesselski II, nr. 439.— Francesa: Maugard, nr. 17 'Le petit chevrier ou le chemin de verre' (592 + 675).— Portuguesa: Coelho, Contos pop. nr. 30 'João Mandrião'.— Brasileña: Cámara Cascudo, Contos, pp. 113-115 'O peixinho encantado'.— Española: Curiel Merchán, pp. 78-81 'El pez merino'.— Española de Nuevo México: Rael, nr. 271 'Juan Flojo'.— Argentina: Chertudi, nr. 52 'Juan Perez'.— Costarricense: Lira, pp. 133-139 'Juan el de la carguita de leña'.

El cuento 89 es una buena versión del tipo 675 de Aarne-Thompson, del cual se han registrado hasta ahora sólo siete versiones en lengua española, una peninsular y seis de América, las cuatro que citamos en la bibliografía y tres portorriñas que Hansen analiza en su catálogo.

Versión 89: 675 I. Un niño tonto [L121] recibe el poder de hacer realidad todos sus deseos [D1790.3] pidiéndoselos a un pez que ha encontrado a la orilla del mar [D1712.1]. II. Prueba de sus poderes. (a) Obtiene comida y bebida [D1472]. (b) Monta en un palo, que se mueve automáticamente, para llevar y vender leña. III. (a) Una princesa se ríe de ver al tonto montado en un palo. El tonto pide que la princesa se embarace de dos niños [T513]. (b) La princesa da a luz los dos niños, quienes reconocen al tonto como padre [H481]. Se casa el tonto con la princesa [L161]. IV. El tonto, la princesa y los niños son arrojados a una pesbrera [L125] y después echados al mar dentro de un cajón [S141]. V. (a) El héroe pide y obtiene un palacio [D1132.1], un puente para llegar al palacio [D1258.1] y un coche en que trasladarse [D1114], y recupera, además, el entendimiento. (b) El héroe invita al rey y lo humilla [L175].

90. *Piedra joya*. 91. *La piedra misteriosa de los doce bandidos*

Clasificación y estudios: Aarne 676; Aarne-Thompson 676 + 954; Boggs 676; Bolte-Polivka III, pp. 137-145; Eberhard-Boratav, Tipo 179, pp. 203-204; Espinosa III, pp. 162-165; Hansen 767; Honti 676; Loorits 676; Qvigstad 676; Sinninghe 676; Thompson-Roberts 676; Thompson, Folktale, pp. 68-69; Thompson D1552.2, F755, K312, N471 (válidos para los dos cuentos).

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 142 'Similiberg'. Henssen III, nr. 34 'Jesen, tu die auf!' (676 + 956B).— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 204, citan cuatro versiones y variantes.— Árabe: Las mil y una noches, 'Historia de Alí Babá y de los cuarenta ladrones' (676 + 954).— Francesas: Carnoy, Littérature orale, p. 273 'La caverne des sept voleurs' (676 + 954). Seignolle, nr. 63 'Le frère niais' (1653A + 676).— Italianas: Andrews, nr. 43 'La femme du voleur'. Pitrè II, nr. 108 'Mastru Giuseppe'.— Corsa: Ortoli, nr. 20 'Le trèzor des sept voleurs' (676 + 954).— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 30 'En Joanet i els set gegants' (676 + 954), nr. 159 'Els dos germans' (676 + 954), nr. 378 'Els set lladres d' hostals'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 39-42 'Antonio y los ladrones' (676 + 954, variante). Espinosa, nr. 175 'Los dos compadres' (676 + 954).— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 343 'Los dos hermanos' (676 + 954); nr. 344 'Sésame gu ábrete'; nr. 345 'El cazador'.— Dominicanas: Andrade, nr. 144 'El rico y el pobre' (676 + 954); nr. 145 'Ábrete, casin dorado'; nr. 146 'Ábrete, rosa'.

Los cuentos 90 y 91 son versiones muy completas con los elementos fundamentales A, B, C y D que establecieron Bolte-Polivka para el cuento de 'Similiberg', Grimm nr. 142, y que recoge Espinosa con las variantes hispánicas que conocía. Todos esos elementos se hallan distribuidos en los tipos 676 + 954 del índice de Aarne-Thompson. Esto significa que nuestros dos cuentos no terminan con la muerte del hermano rico ambicioso en la cueva de los ladrones, sino que continúa, como en otras versiones occidentales y en la de Las mil y una noches, con el rescate del cadáver por el hermano pobre que aplica bien la fórmula para entrar y salir de la cueva, el intento de venganza de los ladrones que penetran a la casa del hermano pobre escondidos en cargas y la habilidad de la muchacha que descubre a los ladrones y los mata.

92. *Puntete*

Clasificación: Aarne-Thompson 700 + 4 + 175 + Hansen ** 74 K + ** 74 B. Thompson F708, F903, F915.1, K741, T553, T585.

Versiones del tipo 700: Alemanas: Grimm, nr. 37 'Daumesdick'; nr. 45 'Des Schneiders Daumerling Wanderschaft'. Henssen I, nr. 22 'Däumling'. Zaunert, Donauland, pp. 279-281 'Der Däumling'.— Rusa: Löwis of Menar, nr. 14 'Daumerling'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 332-333, citan once versiones y variantes.— Albanesa: Hahn, nr. 99 'Räuber Nuss'.— Griega: Hahn, nr. 55 'Vom Halberbschen'.— Cabilia: Rivière, pp. 9-12 'Ali g icher'.— Vasca: Vinson, nr. 7-8, 'Petit-Poucet'.— Francesas: Bladé III, pp. 78-86 'Grain-de-millet'. Carnoy, p. 167 'Pouçot'; pp. 245-247 'Jean des pois verts'. Carnoy, Littérature orale, p. 329 'Jean l'Espiege'. Méraville, nr. 11 'Plampougnis'. Sébillot, Provinces, nr. 63 'Jean Bout-d' Homme'.— Catalanas: Alcover XV, p. 63 'En Trompetet'. Amades, Contes, nr. 11 'La coccinelle' (700 + 510B). Amades, Rondallística, nr. 54 'En Cigronet'; nr. 92 'En Patufet'; nr.

190 'En Peret Monget'; nr. 232 'El senabret'.— Portuguesas: Coelho, Contos pop., nr. 33 'Historia do Grão-do-milho'. Pires, pp. 45-46 'O baguinho de milho'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 252-253 'Cominito'. Espinosa, nr. 158 'Periquillo'; nr. 159 'María como un ajo'. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares III, pp. 92-93 'Benininu'. Sánchez Pérez, nr. 57 'Periquillo Cañamón'.— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 342 'Pulguerín'.— Colombiana: Amazonia III, nr. 9-10, p. 36 'Cuento del Pulgarcito'.— Dominicana: Andrade, nr. 206 'Juan Deo' (1119 + 700).— Chilenas: Laval, Cuentos, nr. 11 'El miñique'. Román, pp. 207-209 'Cochalito'; pp. 209-212 'Cochelito duende'. Saunière, pp. 262-266 'Piñoncito'.

Nuestra versión 92 es una mezcla del cuento de Pulgarcito, Aarne-Thompson 700, y del muñeco de brea, Aarne-Thompson 175, con motivos de varios cuentos de animales, y pertenece al Grupo III que estableció Espinosa III, p. 113, en el cual se incluyen la versión española de Espinosa, Castilla, nr. 133 y la chilena de Rebeca Román, pp. 209-212. La primera parte de nuestro cuento es una versión imperfecta del tipo 700 que nada tiene que ver con el cuento de Perrault, 'Le petit Poucet', como ya lo observó Espinosa. La versión brasileña de 'O pequeno Polegar' que trae Cámara Cascudo, Contos, p. 215, corresponde al desarrollo del cuento francés, que es una combinación de los tipos 327 y 1119. El cuento 92 de nuestra colección tiene el siguiente contenido:

Versión 92: 700 I. Una pareja de ancianos sin hijos piden a la Virgen que les dé uno [T553]; lo tienen del porte de un jeme [F708, T585]. II. El pequeño roba huevos y carne a los vecinos. + 4 Hace un convenio con una zorra para robar, monta en ella, pero ante el peligro de unos perros que los persiguen se separan. + 700 II. (f) Es tragado por una vaca [F903]. Cuando van a matar la vaca, Puntete habla dentro del estómago [F915.1] para que no lo lastimen. + 175 Roba peras y lo cogen con un mono [de brea] a que queda pegado [K741]. Lo despegan y atan a un palo para quemarlo con un asador. + ** 74 K Un león se pone en su lugar para comer la vaca supuestamente ofrecida y Puntete escapa. + ** 74 B El león escondido quiere coger a Puntete, pero éste lo descubre haciéndolo hablar y huye. + Conclusión. Al pasar por un arroyo el león coge a Puntete y éste nuevamente lo engaña ofreciéndole yeguas gordas que bajarán de la cordillera por una angostura. Puntete hace rodar rocas que aplastan al león.

93. *El rey y la reina mora*

Clasificación: Aarne-Thompson 705 + 408 III, IV. Thompson D154.1, D700, K1911, N741.1, Q262, R14, R351, T101, T578.

El cuento 93 es una combinación del tipo 705 con las dos últimas partes del tipo 408. Su importancia es excepcional, porque, según mis informaciones, aún no ha sido registrada ninguna versión románica del tipo 705, el que ha tenido, por lo demás, escasa diseminación en occidente. Aarne-Thompson mencionan sólo versiones noruegas, danesas y suecas. Pero como no puede existir una influencia nórdica en la tradición chilena, debe suponerse que este cuento ha existido en España. La primera parte de la versión chilena es una imperfecta redacción del tipo 705, contiene variaciones y está contaminada con motivos del cuento de la doncella en la torre, Aarne-Thompson 310 II.

Versión 93: 705 Un hombre se embaraza [T578] al comer una manzana que el cura le ha dado a una mujer para que tenga hijos. El hombre da a luz mellizos, un niño y una niña, se queda con el niño y abandona a la niña debajo de unas matas. Un águila se lleva a la niña a su nido sobre un árbol frondoso [R14], la cría y le cuenta cada día los cabellos de oro que tiene. Un príncipe la descubre y sube al árbol [N741.1]. Después de varias visitas, el príncipe le saca una hebra de pelo. Ante el peligro de que el águila la mate, la niña se va con el príncipe. Antes de entrar en el palacio el príncipe deja a la niña sobre un tronco. + 408 III. Una negra ve en el agua el reflejo de la niña [R351], sube al tronco y le entierra dos alfileres en la cabeza convirtiéndola en paloma [D154.1]. La negra reemplaza a la niña [K1911]. El rey obliga al príncipe a que case con la negra. IV. La paloma visita el jardín del príncipe, le habla al jardinero, la cogen, el príncipe le encuentra los alfileres en la cabeza, se los arranca y la niña recupera su figura humana [D700]. El príncipe casa con la princesa [T102] y la negra es descuartizada [Q262].

94. *La niña sin brazos*

Clasificación y estudios: Aarne 706; Aarne-Thompson 706; Boggs 706; Bolte-Polivka I, pp. 295-311; Eberhard-Boratav, Tipo 246; Espinosa II, pp. 376-390; Hackmann 706; Hansen 706; Honti 706; Lenz, Consejas chilenas, pp. 33-57, 95-114; Loorits 706; Qvigstad 706; Romania VI, pp. 328-330, XXIII, p. 476, XXX, pp. 519-538, XXXIX, pp. 64-76, XLV, pp. 94-99; Schullerus 706; Sveinsson 706; Thompson-Roberts 706; Thompson, Folktale, pp. 120-122; Thompson E782.1, K2115.1, K2116, K2117, L161, N741, Q211.1, Q260, Q451.1, R131.6, S12, S312.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 31 'Das Mädchen ohne Hände'.— Rusa: Löwis of Menar, nr. 26 'Das Mädchen ohne Hände'.— Albanesa: Dozon, nr. 6 'Les souliers'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 300 (dos versiones).— Griega: Legrand, p. 241 'La belle sans mains'.— Retorromana: Decurtins, nr. 16 'La matta senza bratscha'.— Francesas: Bladé II, pp. 126-136 'La belle Madelaine'. Cosquin II, nr. 78 'La fille du marchand de Lyon'. Félice, nr. 19 'La femme aux mains coupées'. Fleury, p. 151 'La fille sans mains'. Maugard, nr. 16 'Sainte Brigitte'. Sébillot, Cuentos bretones, pp. 293-297 'La muchacha de los brazos cortados'. Soupalt, nr. 5 'Das Mädchen mit den abgeschnittenen Händen'.— Italianas: Andrews, nr. 5 'La fille aux bras coupés'; nr. 58 'La marâtre'. Basile III, nr. 2 'La bella dalle mani mozze'.— Catalanas: Alcover II, pp. 148-162 'Sa contessa sense braços'. — Karlinger, nr. 72 'Die Gräfin ohne Hände'. Amades, Rondallística, nr. 96 'La reina manca'; nr. 361 'La princesa manca'. H. Suchier, Romania XXX, p. 519 'La fille sans mains'.— Gallega: Prieto, nr. 8 'Santa Manuela'.— Brasileña: Romero, nr. 37 'A mulher e a filha bonita'.— Españolas: Espinosa, nr. 99-100 'La niña sin brazos'; nr. 101 'La niña sin brazos' = Meier, nr. 28 'Das Mädchen ohne Arme'; nr. 102 'La niña sin brazos'; nr. 103 'El cisquero y el demonio'. Leyendas moriscas, pp. 43-53 'La doncella Arcayona', pp. 182-221. Llano Roza de Ampudia, nr. 16 'La niña sin brazos'. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares III, pp. 282-286 'La buena hija'. Sánchez Pérez, nr. 85 'La niña sin brazos'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 126-127 'Doña Bernarda'.— Dominicana: Andrade, nr. 152 'El príncipe toro'.— Chilenas: Lenz, Consejas chilenas, pp. 33-34 'La zunquita'; pp. 35-36 'La zunquita'; pp. 38-48 'La espina de algarrobo'; pp. 52-58 'Los dos hermanos'.

El cuento 94 contiene las cuatro partes fundamentales del tipo 706 de Aarne-Thompson, que aparecen enmarcadas entre motivos del tipo 707. Comienza, sin embargo, con un motivo extraño a este último tipo: la princesa arroja al mar a sus hijos ilegítimos. En lo demás del cuento llama la atención un elemento que caracteriza a las versiones chilenas de este tipo: el hermano de la heroína se clava una espina en la rodilla, de la cual sólo se librará cuando la joven recupere los brazos. Pero lo extraño en el desarrollo de este motivo de nuestro cuento está en que la espina crece hasta llegar a ser arbusto y en que el hermano-espino, sustituyendo al diablo de las versiones internacionales, cambia el contenido de las cartas mediante las que se comunica el nacimiento de los niños.

En Chile contábamos ya con cuatro versiones que publicó y estudió Lenz siguiendo en gran parte lo que expuso Hermann Suchier en la introducción a *Œuvres poétiques de Philippe de Remi, Sire de Beaumanoir*, París, 1884. En su bien documentado ensayo Lenz se adelantó a Espinosa en rebatir a Suchier el origen inglés del cuento de la niña sin brazos (manos), dando razones que se aceptan hoy en la investigación de los cuentos folklóricos y que consisten en no considerar la localización de los hechos y la historicidad de los nombres.

Versión 94: 707 La princesa arroja al mar [S312] a los niños que ha dado a luz ilegítimamente. Los niños son encontrados a la orilla del mar por un campesino pobre [R131.6], quien los cría como hijos propios. Los niños son maltratados por sus hermanastros y abandonan el hogar. El joven casa y tiene un hijo. La perversa mujer mata a su hijo [K2116], atribuye el infanticidio a la cuñada e induce a su marido a que le corte a ésta los brazos en señal de castigo [Q451.1, S12]. El joven se clava en la rodilla una espina, que crece hasta llegar a ser un arbusto. II. Por una perrita que lleva alimentos a la joven, un príncipe la descubre sobre una roca, la lleva a palacio y casa con ella a pesar de su mutilación [L161, N741]. III. La joven da a luz dos hermosos niños mientras el príncipe está de viaje. El rey envía al príncipe un mensaje en que comunica el nacimiento de los niños, pero la mujer del hermano-espino cambia la carta y avisa que han nacido dos perritos [K2115.1, K2117]. IV. (a) La joven huye con sus hijos y recupera los brazos milagrosamente por obra del viejito que la ha recogido [E782.1]. + 707 IV. (b) El príncipe descubre la traición; (c) sale en busca de su esposa y la encuentra donde el viejito. Regresan a palacio. La heroína perdona a su hermano, le quita la espina y hace castigar a la cuñada haciéndola descuartizar por potros [Q211.1, Q260].

95. *El sol y la luna.* 96. *María Ignacia y Juancito*

Clasificación y estudios: Aarne 707; Aarne-Thompson 707; Boggs 707; Bolte-Polivka II, pp. 380-394; Cámara Cascudo, *Contos*, pp. 124-125; Delarue, en Félice, pp. 262-268; Delarue, en Longchamps, p. 225; Eberhard-Boratav, Tipo 239; Espinosa II, pp. 446-460; Hackmann 707; Hansen 707; Honti 707; Lenz, *Consejas chilenas*, pp. 132-137; Loozits 707; Schullerus 707; Sveinsson 707; Thompson-Roberts 707; Thompson, *Folktale*, pp. 120-122.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 96 'De drei Vügelkens'. Henssen I, nr. 23 'Die verwünschte Mutter'. Langstroff, pp. 33-35, analiza una versión lorenese. Zaubert, pp. 141-145 'Die beiden Goldkinder'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner,

pp. 120-122, nr. 143 'Die Sternkinder'.— Rusa: Apell, nr. 5 'A arbore que canta e a ave que fala'; nr. 6 'As tres irmãs'.— Lituana: Boehm-Specht, pp. 213-225, nr. 16 'Die drei Schwestern'.— Caucásica: Dirr, nr. 9 'Die Kinder mit dem Goldschopf'.— Malgache: Longchamps, nr. 16 'Le roi Ravohimena'.— Albanesa: Dozon, nr. 2 'Les soeurs jalouses' = Leskien, nr. 59 'Die neidischen Schwestern'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 288-291 (45 versiones y variantes).— Árabe: Las mil y una noches, 'Farizada, la de sonrisa de rosa'.— Cabilia: Rivière, pp. 71-74 'Les enfants et la chauve-souris'; pp. 187-192 'Moh'amed ben Soltan'.— Griegas: Hahn II, nr. 69 'Sonne, Mond und Morgenstern', pp. 464-471 (dos variantes). Legrand, pp. 77-93 'La tztzinaena'.— Retorromanas: Decurtins II, nr. 13 'Igl utschi che di la verdat' = Bundi, pp. 115-117 'Vom Vogel, der die Wahrheit sagt'; nr. 59 'Ils trois cotgles' = Bundi, pp. 107-109 'Die drei Träume'.— Francesas: Bladé I, pp. 67-82 'La mer qui chante, la pomme qui danse et l'oisillon qui dit tout'. Carnoy, nr. 15 'L'arbre qui chante, la pomme qui danse, l'oiseau qui parte et l'eau d'or'. Cosquin, nr. 17 'L'oiseau de verité'. Félice, nr. 12 'L'arbre qui chante, l'oiseau de verité et l'eau jaune'. Luzel III, pp. 277-295 'Les trois filles du boulanger, ou l'eau qui danse, la pomme qui chante et l'oiseau de verité'.— Italianas: Andrews, nr. 42 'L'oiseau qui parle'. Pitrè I, nr. 36 'Li figghi di lu cavuliciddaru'.— Catalanas: Alcover VI, pp. 93-111 'S'aigo ballant i es carariet parlant'; XI, pp. 48-60 'La reina Catalineta'; XII, pp. 128-158 'La bona reina i la mala cunyada'; XIV, pp. 34-54 'S'aucellet de ses set llengos'; XV, pp. 80-97 'S'abre de musica, sa font d'or i s'auzell qui parla'. Amades, Rondallística, nr. 98 'El nen i la nena bonics com el sol i la serena'; nr. 153 'La toronja encantada'; nr. 177 'Els tres fills del rei'; nr. 180 'El nen i la nena bonics com un sol'.— Gallega: Prieto, nr. 14 'Santa Dora'; nr. 15 'Flore e Flora' (879 + 707).— Portuguesas: Consiglieri Pedroso, nr. 37 'Os tres meninos que tinham uma estrela de ouro na testa'.— Brasileñas: Câmara Cascudo, Contos, pp. 120-124 'A rainha e as irmãs'. Romero, nr. 2 'Os tres coroados'.— Españolas: Caballero I, pp. 73-102 'El pájaro de la verdad'. Cortés Vázquez, nr. 26 'El canario que hablaba'. Curiel Merchán, pp. 63-67 'Los tres hijos del Sultán'; pp. 284-286 'Los hijos de la modista'. Folk-Lore andaluz, pp. 305-308 'El agua amarilla'. Hernández de Soto, BTPE X, pp. 175-185 'El papagayo blanco' = Meier, nr. 34 'Der weisse Papagei'. Llano Roza de Ampudia, nr. 6 'El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla'; nr. 19 'Los hijos de la mar'; pp. 68-69 variante.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 123 'El árbol que canta'; nr. 124 'Las hermanas envidiosas'; nr. 125 'Las tres hermanas'.— Dominicanas: Andrade, nr. 153 'El niño del lucero en la frente'; nr. 154 'Las helmana envidiosa'; nr. 155 'La tre helmana'.— Mejicana tepicana: Mason, pp. 200-203 'Los niños coronados'.— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 60 'Las tres hermanas'; nr. 61 'El pájaro que habla'; nr. 62 'Las tres hermanas y el rey'.— Chilenas: Laval, Cuentos, pp. 80-92, nr. 13 'El loro adivino'. Lenz, Consejas chilenas, pp. 59-76 'La luna y el sol'.— Araucana de Argentina: Koessler-Ilg, nr. 27 'Woher die Kolibris stammen' = Koessler-Ilg, Cuentan los araucanos, pp. 118-122 'Dónde y cómo tuvieron origen los colibris'.

Nuestra versión 95, del tipo 707, de Aarne-Thompson, es muy completa y tiene diferencias sólo en los detalles; la 96, con ser valiosa en algunos aspectos, adolece de la falta de introducción. En Chile ya se habían registrado dos versiones del mismo tipo, la de Laval y la de Lenz, que cito en la bibliografía y que Hansen analiza en su catálogo. Para nosotros es también importante la versión araucana de la señora Koessler-Ilg, porque es una de las tantas pruebas de la penetración de los cuentos españoles entre los araucanos y de las modificaciones que ellos sufrieron.

El cuento araucano comienza con el matrimonio de una de las hermanas del inca, rey de la región, y continúa con las tres partes siguientes bien desarrolladas, pero se agrega una conclusión aborigen, la leyenda del origen de los colibríes: de las cenizas de la hermana pérdida sale el colibrí, "que nunca ha de morir de muerte natural porque proviene de un corazón malvado", y por esta razón el colibrí es de mal agüero para los araucanos.

Versión 95: 707 I. (a) Tres hermanas conversan acerca del rey. La mayor dice que puede hacerle un paño inigual, la del medio que puede tirarle un ovillo de oro al mar y sacarle un pez que salte por las calles, y la menor que, si casa con el rey, le dará dos niños, uno con el sol en la frente y el otro con la luna en la frente [H71.1]. El rey las escucha y las lleva a palacio para que cumplan sus deseos. Prefiere a la menor [L50] y casa con ella [L162]. II. (a) Las hermanas mayores cambian los recién nacidos por dos perros [K2115]. (b) Los niños son arrojados al río en un cajón [S332], pero son rescatados por un ermitaño [R131.10]. La esposa es emparedada [S401]. III. (a) Los niños son criados por el ermitaño. IV. El rey encuentra a su hija y se enamora de ella. Ella lo rechaza, porque sabe que es su padre, llama a su hermano y se aclara la verdad [B132]. Los hijos obtienen la libertad de su madre. El rey y las hermanas son perdonados.

Versión 96: 707 II. (a) Una vieja hechicera cambia por dos perros a los recién nacidos de la reina [K2115]. (b) Los niños son abandonados lejos del palacio; los encuentra un leñador [R131.8]. (c) La esposa es emparedada [S401]. III. (a) Los niños son maltratados por los hijos del leñador y se van a la ventura. Encuentran alojamiento en casa de un hortelano del rey y quedan viviendo con él. (b) La niña sale a buscar el pez saltando y el agua chispiando [H1321] y el árbol de todo fruto [H1322]. Los obtiene gracias a los consejos de Nuestra Señora. (c) El hermano sale en busca del que dice la verdad, olvida el consejo de Nuestra Señora y es convertido en piedra [D231]. (d) La hermana obedece a Nuestra Señora [Q2], [N810] y desencanta a su hermano, el que regresa con el que dice la verdad [H1331.1]. IV. (b) El que dice la verdad insinúa lo sucedido [B132]. Los niños y la esposa son restaurados [R195]; la hechicera es quemada [Q414].

97. *La María Ceniza*

Clasificación: Aarne-Thompson 510A I, II + 707; Thompson H71.1, K1381, L162, N810, Q414, R131, R195, S10, S322, S401.

Desarrollo: 510A. I. (a) Cenicienta es maltratada por sus padres, que impiden que case con un caballero que desea tener dos hijos con el sol y la luna en la frente y al cual ella se los promete [H71.1]. II. Mientras lava unas tripitas, se le van algunas por el agua y es ayudada por un ser sobrenatural para que las encuentre [N810]. Por su caridad recibe una estrella de oro en la frente. La hermana desea lo mismo, pero no es caritativa y recibe un moco de pavo en la frente. + 707 I. (b) El caballero casa con la Cenicienta [L162]. II. (a) La partera, que también tiene una hija, cambia a los recién nacidos y acusa a la esposa de haberlos dado a luz [K1381]. (b) Los niños son arrojados a una acequia en un cajón [S332], pero son rescatados por un molinero [R131]. (c) La esposa es emparedada [S401]. III. (a) A instancias del molinero van los niños, una vez crecidos, a visitar al padre

y le llevan flores hasta que consiguen que saque a su madre de la prisión. IV. La esposa y los niños son restaurados [R195]; la partera y su hija son quemadas [Q414].

98. *Blanca Rosa y los cuarenta ladrones*

Clasificación y estudios: Aarne 709; Aarne-Thompson 709; Boggs 709; Bolte-Polivka I, pp. 450-464; Eberhad-Boratav, Tipo 167; Espinosa II, pp. 431-441; Hackmann 709; Hansen 709; Honti 709; Loorits 709; Schullerus 709; Sinninghe 709; Sveinsson 709; Thompson-Roberts 709; Thompson, Folktale, pp. 123-124; Thompson D1311.2, F500, F852.1, K512.2, L161, Q211.1, Q260, S31, W370.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 53 'Sneewittchen'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 239-240, nr. 12 'Mutter und Tochter'.— Rusas: Apell, pp. 219-231 'A menina prudente e os sete bandidos'. Cuentos y leyendas de la vieja Rusia, pp. 127-138 'La princesa durmiente y los siete gigantes'. Löwis of Menar, nr. 23 'Oletschka'.— Albanesas: Dozon, nr. 1 'Fatimé'. Hahn II, pp. 156-157, nr. 103 'Schneewittchen'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 185-187 (15 versiones y variantes).— Griegas: Georgakis-Pineau, p. 57, nr. 10 'Le miroir de la magicienne'. Legrand, pp. 133-143 'Rodia'.— Francesas: Bolte-Polivka I, p. 455, citan dos versiones.— Italianas: Andrews, nr. 18 'Le miroir'; nr. 58 'La marâtre'. Basile II, nr. 8 'La schiavotta'.— Sarda: Mango, nr. 26 'Il tresgi bandius'.— Catalanas: Alcover, Tomo I, pp. 83-96 'Na Magraneta'. Amades, Rondallística, nr. 7 'La torongineta'; nr. 8 'La torongeta'; nr. 28 'La filla de la molinera'.— Portuguesas: Coelho, Contos pop., nr. 35 'Os sapatinhos encantados'. Coelho, Contos nacionais, nr. 20 'Os sapatinhos de setim'. Consiglieri Pedroso, nr. 43 'A estalajadeira'.— Brasileña: Romero, nr. 37 'A mulher e a filha bonita'.— Españolas: Espinosa, nr. 115 'Blanca Flor'; nr. 116 'La madre envidiosa'. Espinosa, Castilla, nr. 52 'Blancanieves'; nr. 53 'La mala madrastra'. Llano Roza de Ampudia, nr. 29 'La madrastra envidiosa'. Sánchez Pérez, nr. 61 'La madrastra guapa'.— Españolas de Nuevo México: Rael, nr. 121 'Los chapincitos de oro'; nr. 122 'La hija de la taura'.— Dominicanas: Andrade, nr. 194 'Blanca de nieve'; nr. 209 'La reina envidiosa'.— Portorriqueñas: Jijena Sánchez, nr. 44 'Blanca Nieves' (= Alden Mason, Porto Riran Folk-Lore. Folk-Tales, en The Journal of American Folk-Lore, Vol. 38, p. 517, nr. 2^a). Ramírez de Arellano, nr. 84 'Blanca Nieve'; nr. 85 'Sol divino'.

El cuento 98 es una versión completa del tipo 709, pero en algunos detalles corresponde más bien a la tradición hispánica de acuerdo con el análisis de Espinosa II, pp. 432-433, que complementa el de Bolte-Polivka I, pp. 453-454. Entre los motivos que resaltan en nuestro cuento hay uno excepcional: la adoración de la joven por los ladrones, que la creen la Virgen, la sientan sobre un trono de oro y la adoran. Se trata aquí, sin duda alguna, de un influjo religioso relativamente moderno.

Nuestro cuento tiene el siguiente desarrollo, de acuerdo con el índice de Aarne-Thompson: 709 I. (b) Un espejo mágico [D1311.2] dice a la madrastra [S31] que su hijastra es la mujer más hermosa del mundo [W370]. II. (a) La mujer ordena a unos hombres que maten a la hijastra y le lleven los ojos y la lengua de Blanca Rosa. Los ladrones se compadecen y la dejan abandonada en un bosque. Un viejito la socorre. Ordenan al viejito que le saque los ojos y la lengua. El viejito entrega en sustitución los ojos y la lengua de su perro [K512.2] y abandona a la niña en el bosque. (b) Blanca Rosa llega a una guarida de ladrones, los cuales, por su

belleza, creen que es la Virgen que ha bajado del cielo y como tal la adoran [F500] sentándola sobre un trono de oro. III. (a) La madrastra se vale de una bruja para tratar de matar a Blanca Rosa. La bruja no consigue que la heroína coma fruta envenenada y le clava un alfiler mágico en la cabeza, elemento C5 de Espinosa. La heroína queda profundamente dormida. IV. (b) Los ladrones, creyéndola muerta, la meten en una caja de cristal [F852.1] y la sepultan en el mar, elemento D1 de Espinosa. V. Un príncipe la saca del mar, se la lleva a palacio y la resucita arrancándole el alfiler. El príncipe casa con Blanca Rosa [L161]. No se castiga a la madrastra, pero sí a las hermanas del príncipe, que, envidiosas de Blanca Rosa, la habían arrojado de palacio; las descuartizan mediante caballos chúcaros [Q260, Q211.1].

99. [*La esposa calumniada*]

Clasificación: Aarne-Thompson 712? Thompson K2112.

Nuestro cuento 99, al cual el informante no dio nombre, es una reminiscencia de la leyenda de Genoveva de Brabante muy conocida en Chile a través de los libros de cordel. En España esta leyenda ha tenido también gran difusión, como lo demuestra el romance que trae Durán en su *Romancero*, Biblioteca de Autores, Españoles, Vol. 16, nr. 1309-1310. Nuestra versión tiene similitud con el romance español tomado de un pliego suelto, pero no procede de él, sino de la leyenda en prosa.

100. *El medio pollo*

Clasificación y estudios: Aarne 715; Aarne-Thompson 715; Boggs 715; Boggs, *The Halfchick Tale in Spain and France*; Bolte-Polivka I, pp. 258-259; Delarue, en *Massignon*, p. 264; Delarue, en *Méraville*, p. 198; Eberhard-Boratav, Tipo 54; Espinosa III, pp. 373-380; Hackmann 715; Hansen 715; Laport 715 A; Loooris 715; Schullerus 715; Thompson-Roberts 715; Thompson, *Folktale*, pp. 77-78; Thompson B170, B411.1, B441, B443, D915.2, D1382.8.

Versiones: Alemanas: Joseph Haltrich, *Deutsche Märchen aus dem Sachsenlande in Siebenbürgen*, nr. 45 'Der Hahn des Nachbars und die Henne der Nachbarin' (cita de Bolte-Polivka I, p. 259). — Albanesa: Dozon, nr. 23 'Le coq et la poulé'. — Turcas: Boratav, nr. 12 'Moitié-de-Coq'. Eberhard-Boratav, p. 61 (citan cinco versiones y variantes). — Griega: Hanh II, nr. 85 'Von dem Alten und der Alten mit dem Hahne und dem Huhne'. — Berberisca: Basset I, nr. 42 'Moitié de coq'. — Vasca: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* II, pp. 375-378. *Barriga grande*. — Francesas: Bladé III, pp. 221-224 'Le voyage du coq'; pp. 225-228 'Le coq et ses amis'. Carnoy, *Littérature orale*, pp. 211-217 'Coquelet en voyage'. Massignon, nr. 25 'Le petit Jaulet'. *Méraville*, nr. 12 'Cancan de ma bourse'. Pineau, pp. 169-175 'Le conte de la petite moitié de geau'. Sébillot, *Folklore de France* III, p. 253. Sébillot, *Joyeuses histoires*, pp. 205-210, nr. 57 'Moitié de coq'. Sébillot, *Provinces*, p. 280, nr. 56 'La mouété de Quene'. Seignolle II, nr. 45 'Le petit poussin'; nr. 46 'Le coq'. — Italiana: Pittrè III, nr. 129 'Lu menzu-gadduzzo'. — Catalanas: Alcover, Tomo VI, pp. 56-62 'Es mig poll'. Amades, *Rondallística*, nr. 108 'El gallet-galló, la Marieta i la Marió'; nr. 135 'El marit i la muller que van tener un fill com un gra de mill'; nr. 352 'El mig pollet, la guilla, el llop, el marra i el

bou'.— Portuguesa: Coelho, Contos pop., nr. 11 'O pinto borrachudo' = Coelho, Contos nacionais, nr. 11 = Meier, nr. 63 'Der betrunkene Hahn'.— Brasileña: Romero, nr. 4 'O pinto pellado'.— Españolas: Curiel Merchán, pp. 11-13 'El gallito'; pp. 152-153 'El gallo y el medio real'; pp. 196-200 'El gallito'; pp. 290-292 'El medio pollito'. Llano Roza de Ampudia, nr. 183 'Mediogallo'. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares III, pp. 276-278 'El medio pollico'.— Argentinas: Chertudi, nr. 34 'Cuento del medio pollo'. Jijena Sánchez, nr. 2 'El medio pollo'. Lehmann-Nitsche, Revista de Derecho, Historia y Letras, Buenos Aires, XXX, p. 298 '¿Quiere que le cuente el cuento del gallo pelado?'.— Chilenas: Laval, Cuentos I, nr. 14 'El medio pollo'. Lehmann-Nitsche, Revista de Derecho, Historia y Letras, XXX, p. 301 '¿Quiere que le cuente el cuento del gallo pelado?'.— Araucana: Lenz, Estudios araucanos VI, pp. 196-199, nr. 8 'Cuento de un pollito' = Lenz, Araukanische Märchen, nr. 8 'Das Märchen vom kleinen Hühnchen'.

El cuento 100 es una buena versión del tipo 715, según la tradición española, y contiene los elementos A3, B, C, C1, C2, C9, D, D1, D2, D9 y F que estableció Espinosa. Su desarrollo es el siguiente, de acuerdo con el índice de Aarne-Thompson:

715. El medio pollo encuentra una naranja de oro y se la va a cambiar al rey por dinero. En el camino se encuentra con un río, cuatro cargadores, un león, una zorra y dos toros. A insinuación de él mismo se le meten por el trasero y los lleva consigo [B170, D915.2]. Llega donde el rey, lo echan al granero y los cargadores se llevan todo el trigo. Lo echan al gallinero para que se lo coman las gallinas, sale la zorra y se come las gallinas [B441]. Lo arrojan a una pesebrera y el león mata todos los caballos [B443]. Lo arrojan a una cancha de chueca, salen los toros y ahuyentan a los chuequeros [B411.1]. Cuando va a ser quemado, el río arrastra al horno [D1382.8]. El rey devuelve la naranja de oro al medio pollo y éste regresa a casa.

Sobre los orígenes y difusión del cuento del medio pollo existen los excelentes estudios de Boggs y de Espinosa que citamos en la bibliografía. Boggs cree en su origen español y en que su centro de difusión ha sido Castilla, desde donde el cuento se propagaría a Francia y otras regiones de Europa y América. Espinosa, en cambio, estima que "la cuna de este cuento está más bien en Francia". La verdad es que las versiones que se van recogiendo en otras partes de Europa hacen desear un estudio complementario del de Boggs, como dice Thompson, y del de Espinosa, habría que agregar.

101. *El andarín*

Clasificación: Aarne-Thompson 754*** + 750 B; Thompson Q1.1, Q291.1, Q423, Q502.1.

Este cuento es la combinación de una versión parca de la leyenda del judío errante con una versión también muy incompleta del cuento de la hospitalidad recompensada. La leyenda del judío errante la encuentro en el comienzo de un cuento catalán, Amades, Rondallística, nr. 103 'El sabateret pobret', y en el catálogo de cuentos y leyendas laponas de Qvigstad. No conocía otras versiones populares hasta que don Bernardo Valenzuela me llamó la atención hacia la extraordinaria versión ecuatoriana india que trae el escritor ecuatoriano Alfonso Andrade

en su obra de cuatro tomos *Espiguelo*, Cuenca, 1947-1953 (IV, pp. 176-181), y que reproduzco más adelante por ser casi desconocida. La leyenda medieval europea ha sido estudiada por Gaston Paris, *Legendes du moyen-âge*, pp. 112-221.

La leyenda del judío

“Un día pasó por aquí el Judío Errante, disfrazado de ermitaño, con un bordón en la diestra, y un inmenso lío en la espalda. Sin detenerse, siguió la cuesta, camino del pajonal, por CEBADA-LOMA: así se llamaba esa colina que, de los antiguos amos, llenó siempre los trojes. En ninguna parte fructificaba la cebada como allí, dando con frecuencia hasta el 30 por uno... Pero, desde que esa tierra fue hollada por la planta del judío, ha vuelto nunca ha dar una sola espiga...

El caminante, no pedía ni aceptaba ninguna dádiva; nadie le oyó hablar, ni le vio sonreír... El, no iba buscando sino agua; pero tras sus pasos, quedaba ennegrecida la tierra... Por eso se llama YANA-SACHA (monte negro) el ható que atravesó subiéndolo el páramo...

Delante de él, los pájaros huían; de su sendero, apartábanse, aterradas, las puntas de ganado, y los perros quedaban aullando, como en esas noches de conjunción, cuando la araña se traga a la luna...

En un recodo de la altura, halló un arroyo; y, sediento, al abuzarse apenas hundió la boca en el agua, ésta se convirtió en tinta... Quedando, desde entonces, con el nombre de YANA-YAGU (agua negra).

Como atajándole el camino, interpúsose, cortando a tajo, el más alto de los montes. El judío púsose a escalarlo... Mas, conforme daba, ascendiendo, un paso, iba el cerro desmoronándose... Hasta que una bandada de buitres, alzándole en vilo, lo dejaron sobre la cumbre...

Tendió el sediento, ávida, la mirada, por las más retiradas lindes y, antes que el torbellino de polvo lo volviera a dejar al pie del cerro, pudo ver las lagunas del GALUAY y del MACHANGARA, recatándose en los repliegues de la agria hondonada... Desde ese día, la montaña comenzó a derramar arena, y a desatar los furiosos vientos de las nevadas, haciéndose llamar el TIU-GICHARINA.

Avanzó el judío a la cocha del MACHANGARA y, púsose a adaguar, como perro caniculado... Bebía y bebía, sin término; el nivel de la laguna iba descendiendo, hasta quedar en tierra, y el judío sin haber saciado su sed, quedóse arrimado a una piedra de la orilla.

Pastores y vaqueros, con miedo, fueron a saludarle, llamándole TAITA PADRE, ofreciéndole los mejores frutos de las sementeras, la más espesa leche de las vacas. TAITA PADRE, sin hablar, ni mirarles, rechazó la que los indios le ofrecían. Arrimado a la piedra, sin descargar el lío que llevaba en las espaldas, hundidos los ojos allá lejos, estático le sorprendió la noche...

Pero, desde el día que llegó al páramo, borráronse las nubes del cielo, y la bruma, de llanos y colinas... Horno se volvió la estepa, cruzada de abetales, y no volvió a llover una gota...

Las escarchas quemaron los pastizales y, a poco, el fuego, saltando de las carboneras, arrasó bosques y pajonales...

Frustradas las cosechas, cundió el hambre en los bohíos; sin retoñar las gramas, murieron los animales y, aterrados los indios, abandonaron las chozas y los más se largaron a la costa...

El judío fue el único habitante de la desolada estepa, y siempre, muriendo de sed, continuó en su infatigable búsqueda...

Al pie de escarpada laja, donde solía salarse el ganado, halló lagrimeando la peña, pero al acercarse su boca a la misérrima vertiente, la dejó para siempre envenenada... Más tarde, nuestros padres la cercaron de espinas, porque moría el ganado que llegaba a beberla, por eso se llama: PIÑACACHI (sal brava).

Desesperado el peregrino, recorrió el bosque, hallando sólo tizones y ceniza; cruzó las pampas, sin encontrar una hoja y dio con la cocha del GUALAY; pero no pudo acercarse a ella: los troncos, carbonizados, como oscuros dedos de gigante, se enfilaron en la orilla, apretujándose, hasta no dejar que pase el aire... Los quemados guaguales defendían la laguna...

Entonces, TAITA PADRE, volvió a la cocha del MACHANGARA que, temiendo ser bebida otra vez por el judío, se sumió, vaciándose en el abismo, para tornar a parecer muy lejos y formar el río de su nombre, que va a desembocar en el CHALLUABAMBA. El maldito, viendo la laguna seca y resquebrajada, lanzó un alarido, con voz de trueno y empezó a manar el río de su llanto...

Como el viento, cuando viene tumbando los árboles de la montaña, así eran sus suspiros, y hondos y aterradores sus gemidos, mientras de sus encarnizados ojos se desbordaba una catarata de lágrimas...

El llanto del judío convirtiéndose en diluvio, hizo rebozar las hondonadas, se regó por la pampa, inundó las colinas, y el maldito, sin poder reprimir su lloro, corría, dominando las alturas, pero siempre la inundación le alcanzaba, hasta que llegó a la última linde del páramo... Allí cuando el agua le subió hasta la garganta, empezó a extender el cuello... Conforme la inundación ascendía, el maldito, estirándose, se empinaba, hasta que, con la cabeza, pasó las nubes... Ese instante, como irisado pañuelo, el arco iris, posándose en su frente, le enjugó los ojos y dejó de llorar el fatídico judío...

Entonces, las aguas bajaron hasta dejar la tierra descubierta, pero TAITA PADRE, estático, se quedó en la cumbre... Había visto tan cerca el cielo, que se olvidó del mundo... Quedó allí, con su maleta a la espalda, convertido en el viejo PADRE-RUMI (Padre de piedra)".

102. *Tasco*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 756; Boggs 756 B; Bolte-Polivka III, pp. 463-471; Hackmann 756; Hansen 756 B; Krohn, pp. 112-114; Thompson, Folk-tale, pp. 131-132; Thompson F82.4, H1000, H1103, H1175, M210, Q545.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 206 'Die drei grünen Zweige'. Hensen III, nr. 41 'Der bussfertige Räuber'.— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 222 'El fill donat al diable' (756 B).— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 97 'El compadre del diablo'.— Argentina: Carrizo-Perkins, pp. 61-63 'El gran bandolero'.

El cuento 102 es una versión estropeada del tipo 756 y contiene motivos de los subtipos 756 B y 756 C. El contrato con el diablo conduce al narrador hacia las tareas difíciles o imposibles, motivos característicos de otros tipos de cuentos y en especial del tipo 313 A. En el cuento chileno aparecen sólo los cuatro primeros motivos de la forma fundamental que estableció Krohn, p. 113: 1. Pacto con el diablo, 2. Viaje al infierno, 3. Conversión del pecador, y 4. Penitencia. Le falta el quinto motivo del eremita ensoberbecido.

103. *El pacto del zapatero con el diablo*

Clasificación y estudios: Boggs 773 B; Bolte-Polivka III, pp. 420-423; Espinosa II, pp. 344-345; Hackmann, p. 35.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 195 'Der Grabhügel'.— Españolas: Espinosa, nr. 88 'El rico avariento'. = Meier, nr. 29 'Der geizige Reiche'. Espinosa, Castilla, nr. 34 'El avaro y el jornalero'.

Los cuentos que tratan del hombre que ha vendido su alma al diablo por dinero y de cómo se libra de él, aparecen en el índice de Aarne-Thompson entre los cuentos humorísticos. Pero, por el carácter religioso que tienen algunas versiones españolas, Boggs ha propuesto para ellos el número 773. Espinosa II, pp. 344-345, estableció cinco elementos característicos de este tipo, pero observa que en un gran número de versiones se trata sólo de las astucias de que se vale un hombre que ha vendido su alma al diablo por dinero para engañarle y escaparse de sus uñas cuando viene por él. Este es el caso de nuestra versión, que sólo contiene los motivos: A. Pacto con el diablo a cambio de dinero; D. Condición de que el diablo llene una bota con dinero para entregarle el alma, y E. El zapatero coloca la bota sobre un hoyo y la destapa por debajo, el diablo no la puede llenar y se va.

104. *La flor del lirolay*

Clasificación y estudios: Aarne 780; Aarne-Thompson 551 + 780; Boggs 780; Bolte-Polivka I, pp. 260-278; Cocchiara, Genesi di leggende, pp. 107-149; Delarue, en Boratav, p. 214; Eberhard-Boratav, Tipo 241; Espinosa III, pp. 89-93; Hansen 780; Honti 780; Krohn, pp. 74-81; Lutz Mackensen, Der singende Knochen (especialmente pp. 84-86 y 122-125); Schullerus 780; Sinninghe 780; Thompson-Roberts 780; Thompson, Folktale, p. 136; Thompson D975, E632, E632.1, H1324, L13, Q2.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 28 'Der singende Knochen'. Henssen III, nr. 85.86 'Das klagende Lied'; nr. 95 'Von der Hollerdudl'. Langstroff, pp. 52-53 (resumen de una versión lorenesa).— Turcas: Boratav, nr. 11 'Telli-Top, ou les socurs jalouses'. Eberhard-Boratav, pp. 292-294 (29 versiones y variantes).— Francesas: Bladé II, pp. 100-102 'La flûte'. Carnoy, Littérature orale, p. 236 'Le sifflet qui chante'. Cosquin I, nr. 26 'Le sifflet enchanté'. Massignon, nr. 11 'La rose de Pimprenelle'. Maugard, nr. 4 'L' herbe de la Salogne'. Orain, p. 127 'La couronne du roi de Domnonée' = Soupault, nr. 33 'Die Krohne des Königs von Domnonée'. Perbosc, nr. 8 'La pomme'. Pineau, pp. 81-83 'Le petit doigt qui parle'. Sébillot, Auvergne, p. 226 'Le sifflet qui parle'. Sébillot, Provinces, nr. 22 'Le roi et ses trois fils'.— Italianas: Andrews, nr. 31 'La fleur qui chante'. Pitriè II, nr. 79 'Lu re di Napoli'.— Catalanas: Alcover, Tomo II, pp. 104-116 'La flor romanial'. Amades, Rondallística, nr. 85 'La flor del penical'.— Portuguesas: Coelho, Contos pop. nr. 40 'A menina e o figo'. María Clementina, pp. 15-18 'A madrastra e a enteada'.— Brasileñas: Câmara Cascudo, Contos, pp. 384-385 'A menina enterrada viva'.— Españolas: BTPE I, pp. 196-199 'La flor de Lililá'. Cabal, pp. 45-48 'La flor del lilo-va'. Caballero I, pp. 69-72 'El lirio azul' (versión valenciana que está también incluida en la novela *Lágrimas de la misma autora*). Curiel Merchán, pp. 184-187 'La flor del Lililá'; pp. 267-269 'La flor del alilón'. Folk-Lore andaluz, pp. 105-107 'Ursuleta'. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares I, pp.

724-726 'Por envidia a mi humildad'; III, pp. 286-288 'El Periquito'.— Española de las Canarias: Cuscoy, nr. 3 'La flor del olivar'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 91 'Los tres hermanos'; nr. 92 'Las tres bolitas de oro'.— Argentinas: Antología folklórica argentina I, pp. 27-30 'La flor del lirolay' = Antología folklórica argentina II, pp. 43-46 = Coluccio-Schiaffino, pp. 235-236 (estilizada). Di Lullo, p. 188, nr. 23 'La flor de lirolay'. Jijena Sánchez, nr. 1 'La flor de la deidad'.— Colombiana: Revista Colombiana de Folclor III, pp. 59-60 'La flor de lilolá'.— Dominicanas: Andrade, nr. 41 'La flor del carbonial'; nr. 42 'La flor del beliar'; nr. 125 'El cuento del jigo'; nr. 126 'El cuento del higo'; nr. 127 'El higo'; nr. 128 'La hija enterrada'; nr. 129 'Los tres hijos'.— Costarricense: Lira, pp. 46-62 'La flor del olivar'.

El cuento 104 es una versión que combina elementos de los tipos 551 y 780, de acuerdo con una tradición española muy difundida en América, lo que me hace pensar en la formación de un nuevo tipo o subtipo. Echamos de menos un estudio más completo del cuento de los huesos que çantan. El ensayo de Mackensen es incompleto y el estudio de Espinosa no es concluyente. Posteriormente don Carlos Reyes M. Gajardo ha publicado un trabajo que titula 'La leyenda de la flor del lirolay'. Tucumán, 1958, y que conocemos por la reseña que apareció en la Revista Colombiana de Folclor, nr. 5, pp. 178-183. Del análisis hecho en esta reseña deducimos que la mayor parte de las versiones estudiadas pertenece a la combinación 551 + 780 muy difundida en Argentina. La versión que ofrecemos nos fue enviada desde Mulchén por el profesor don Abdón Andrade, al mismo tiempo que se la remitía al Sr. Gajardo, a fines de 1955. Otra versión chilena no se ha registrado, pero recordamos que doña Francisca Arango, de Los Lagos, Valdivia, conocía el cuento de 'La flor del lirolay', que desgraciadamente no nos lo pudo relatar por falta de tiempo. Esto supone una difusión de este cuento en la región sureña de Chile, que está en contacto con la tradición oral argentina a través de arrieros, comerciantes y contrabandistas de ganado. El desarrollo de nuestra versión es la siguiente:

Versión 104: 551 I. (b) Un rey ordena a sus tres hijos que busquen la flor del lirolay que lo curará de la ceguera [D975, H1324]. II. Los dos hijos mayores son despiadados con una anciana y fracasan, pero el menor [L13] es bondadoso y recibe información de la anciana [Q2]. + 780 Los hermanos le quitan la flor al menor, lo matan y lo encierran debajo de unos matorrales. (b) De la cicuta que crece un pastor hace un pito que revela el asesinato [E632, E632.1]. Los hermanos asesinos son matados.

105. *El compadre pobre*

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 804; Boggs 804; Bolte-Polivka III, pp. 538-542; Cámara Cascudo, Contos, pp. 326-327; Espinosa II, pp. 310-312; Loorits 804; Thompson, Folktale, p. 150; Thompson Q291.1 (variante).

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 221 'Sankt Petersmutter'.— Italiana: Pitriè III, nr. 126 'Lu porru di S. Petru'.— Corsa: Ortoli, p. 235 'La mère de St. Pierre'.— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 1318 'La sogra de Sant Pere'.— Portuguesa: Braga, nr. 120 'Lenda da mãe de S. Pedro' (cita de Bolte-Polivka III, p. 539, y Cámara Cascudo, Contos, p. 326).— Brasileña: Gomes, pp. 208-210 'A mãe de S.

Pedro' = Cámara Cascudo, Contos, pp. 325-326.— Española: Espinosa, nr. 78 'Santa Catalina'.

Se trata aquí de una variante del tipo de cuento 804. La castigada no es la madre de San Pedro como en la mayor parte de las versiones europeas, sino una simple mujer que se disgusta porque su marido ha tomado como padrino de su hijo a un hombre pobre (Dios). El ahijado sale en busca de su padrino y lo encuentra. El padrino lo hace entrar a la gloria y lo festeja. El niño divisa a su madre que está colgada de una hebra de hilo sobre el fuego en una casa de madera (infierno o purgatorio). Para salvar a su madre el niño cumple una penitencia ordenada por su padrino y hace cantar una misa. Después de la misa el niño se transforma en palomita y se vuela al cielo.

106. [*La joven que va a casar con el diablo*]. 107. *La Juanita*

Cuando estudiamos nuestras versiones del tipo de cuento 313 en el tomo anterior, pp. 380-381, dijimos, apoyados en las observaciones de Ranke y de Delarue, que el episodio de la fuga mágica no determina por sí solo dicho tipo, porque él se encuentra también en otros. Más aún, Aarne había expresado, además, que, cuando el protagonista es una joven fugitiva, quiere significar que hay combinación con cuentos extraños, y si aparecen seres fabulosos malignos que intentan atraer a seres humanos, éstos son especialmente mujeres jóvenes, a quienes quieren tomar como esposas o servidoras. En este caso están nuestras versiones 106 y 107, que preferimos presentarlas en el grupo de cuentos religiosos, porque así conviene más a su índole.

En las dos versiones aparece una joven que va a casar, nr. 106, o ha casado ya, nr. 107, con un caballero con dentadura de oro [H312.2]. La Virgen del Carmen en el nr. 106 y un caballo consejero [B133, B211.3] en el nr. 107 advierten a la joven que el novio es el diablo. Montada en el caballo mágico, la joven huye de la persecución del diablo y arroja objetos que se transforman en obstáculos [D672]. La heroína logra escapar del diablo. En el primer cuento la joven casa después con un joven pobre [L161]. En el segundo, entra a trabajar disfrazada de hombre [K1837] en casa de una señora rica, el hijo somete al empleado a pruebas: 1. lacear animales y 2. dormir juntos, y descubre que es mujer. Se casan. Terminan los dos cuentos con la transformación del caballo en paloma, porque es un ángel que ha bajado a auxiliar a la heroína, y se vuela al cielo.

En resumen, podríamos decir que nuestras versiones 106 y 107 no caben en ningún tipo del índice de Aarne-Thompson.

108. [*La santidad del compadrazgo*]. 109. *El hombre pobre*. 110. *El Forzudo del Sur con el Forzudo del Norte*

Los tres cuentos son de carácter religioso y no encajan en el índice de Aarne-Thompson, en opinión del propio profesor Thompson, quien tuvo la amabilidad de examinarlos.

111. [*El leso de los tres chanchitos*]. 112. *Los tres chanchitos*

Clasificación y estudios: Aarne 850; Aarne-Thompson 850; Bolte-Polivka II, pp. 528-529; Espinosa III, pp. 181-190; Hackmann 850; Hansen 850; Honti 850; Philipp-

son, *Der Märchentypus von König Drosselbart*; Qvigstad 850; Schullerus 850; Sveinson 850; Thompson, *Folktales*, p. 155; Thompson K443.6, K1358.

Versiones: Alemana: Grimm, nr. 114 'Vom Klugen Schneiderlein' (primera parte).— Serbocroata: Leskien, nr. 29 'Schöne Kleider tun viel'.— Española: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* III, p. 89 'El tonto que se casó con la hija del rey'.— Españolas de Nuevo México: Rael, nr. 7 'Juan Mocosó' (850 + 570), nr. 8 'Juan Mocosó'.— Argentina: Chertudi, nr. 41 'El pobre desamparado' (329 + 850 II).— Dominicana: Andrade, nr. 22 'La princesa de la mata de vellos'.— Portorriqueñas: Mason-Espinosa, nr. 50 'Juan hace hablar a la princesa' (853 + 850 II); nr. 51 'El lunar de la princesa'; nr. 51a (850 I); nr. 51b (850 I); nr. 51c (850 I, II); nr. 51d (850 I); nr. 51e.

Los dos cuentos desarrollan en forma muy parecida la primera parte del tipo de las marcas de la princesa, Aarne-Thompson 850 I, (a) y (b), y esto se debe seguramente a que ambos proceden de la misma región de la provincia de Valdivia. Sus diferencias son mínimas. Un rey dará por esposa a su hija al que adivine lo que ella tiene, suponiéndose que es la parte del cuerpo que no se ve. Dándole tres chanchitos, un leso consigue que la princesa le muestre el tobillo, la rodilla y la cintura sucesivamente [K 1358] y le descubre un letrero que dice: "El sol y la luna", en el primero, y un lunar, en el segundo. En conocimiento de este secreto, va a la adivinanza del rey, a pesar de que la princesa trata de disuadirlo mediante una suma de dinero. El leso adivina y casa con la princesa y gana la corona real, en el primero, o simplemente se lleva a la princesa consigo, en el segundo [K443.6].

113. *El cuento de las adivinanzas.* 114. *El cuento de la adivinanza.* 115. *Uno mató a Paula*

Clasificación y estudios: Aarne 851; Aarne-Thompson 851; Boggs 851; Bolte-Polivka I, pp. 188-202; Espinosa II, pp. 79-88; Hackmann 851; Hansen 851; Honti 851; Lenz, *Cuentos de adivinanzas* III, pp. 272-280; Schullerus 851; Sveinsson 851; Thompson, *Folktales*, p. 156.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 22 'Das Rätsel'.— Checas: Tille, pp. 220-222 'Die Teufelsbraut' (dos versiones).— De las Islas Célebes: Hambruch, nr. 53 'Ein Toter tötet zwei und zwei Tote töten vierzig'.— Griega: Legrand, pp. 39-46 'La princesse et le berger'.— Francesa: Luzel III, pp. 326-350 'Petit-Jean et la princesse devineresse'.— Corsa: Ortolí, nr. 18 'La bête à sept tetes'.— Catalanas: Alcover, Tomo XVI, pp. 74-95 'En Pere tort'. Amades, *Rondallística*, nr. 389 'L' endevinella'; nr. 425 'El beneit que es va casar amb una princesa'.— Gallega: Prieto, nr. 31 'A mai matóu o Pancho' (851 + 570, I, II).— Portuguesa: Coelho, *Contos pop.*, nr. 38 'As tres liebres' = Lenz, *Cuentos de adivinanzas* III, pp. 276-277. — Brasileña: Romero, nr. 35 'O matuto João' = Lenz, *ibidem*, pp. 275-276. — Españolas: Demófilo, pp. 310-325 = Lenz, *ibidem*, pp. 273-274 (resumen). Espinosa, nr. 5 'El acertijo'; nr. 7 'El acertajo' (851 + 570); nr. 8 'El acertajo'. Llano Roza de Ampudia, nr. 132 'Los tres acertijos' (851 + 570); nr. 133 'El acertijo'. Rodríguez Marín I, pp. 395-405. — Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 3 'El muchacho morante' (851 + 570); nr. 4 'La adivinanza' (851 + 570); nr. 5 'El pastor'; nr. 6 'La adivinanza'. — Argentinas: Carrizo, pp. 210-211 'Las adivinanzas'. Chertudi, nr. 56 'Torta mató a Perla'. Lehmann-Nitsche, nr. 699; nr. 702a = Lenz, *ibidem*,

p. 272.— Costarricense: Lira, pp. 63-71, 'El tonto de las adivinanzas'.— Dominicanas: Andrade II, pp. 548-549, nr. 311. Garrido, nr. 435, nr. 435a.— Ecuatoriana: Cornejo, p. 319, nr. 93.— Portorriqueñas: Boggs, Seven Folktales, pp. 164-166 'La adivinanza del bobo'. Ramírez de Arellano, nr. 22 'La princesa adivinadora'; nr. 23 'La adivinanza'; nr. 24 'La princesa de las adivinanzas'; nr. 25 'La princesa adivinadora'; nr. 26e; nr. 26f; nr. 26g.— Chilenas: Guzmán Maturana, nr. 15, pp. 19-26 'Los tres rompecabezas' (851 + 570) = Jijena Sánchez, pp. 259-261. Laval, Carahue II, nr. 25 'La reina adivinadora'; nr. 26 'La adivinanza del tonto'. Lenz, Cuentos de adivinanzas II, pp. 353-359 (11 versiones); pp. 365-368 (4 versiones); III, pp. 308-309. Revista Chilena de Historia y Geografía, LXII, nr. 65, pp. 188-190.

Para el estudio de los problemas que presentan los cuentos que contienen adivinanzas y sus expresiones fragmentarias que se conocen con el nombre de cuentos de adivinanzas, o adivinanzas con contenido, o adivinanzas con explicación, remitimos al lector al interesante estudio de Lenz que citamos en la bibliografía. En la presentación de nuestras versiones de cuentos completos o fragmentos y de las citas de paralelos seguiremos, hasta donde sea posible, la clasificación de Aarne-Thompson, de modo que en este rubro sólo cabrán las que corresponden al tipo 851, cuyo contenido es el siguiente:

I. Una princesa es ofrecida en matrimonio a quien proponga una adivinanza que ella no pueda resolver.

II. En el camino al concurso se presenta al héroe una pista para formar una o dos adivinanzas, ve un caballo envenenado y luego comido por cuervos que caen muertos. Doce hombres comen carne de los cuervos y también mueren envenenados.

III. (a) El héroe propone la adivinanza: "Uno mató a nadie y, sin embargo, mató a doce", (b) o "Comí carne no nacida".

IV. (a) La princesa quiere saber la solución y visita al héroe de noche para que en el sueño se la diga. El héroe le dice la solución, pero se queda con alguna prenda de ella y así prueba que lo ha visitado. Casan.

Según este esquema, nuestras versiones tienen el siguiente desarrollo:

Versión 113: 851 I Una de las tres princesas es ofrecida en matrimonio por el rey (no se dice, pero se supone) a quien proponga tres adivinanzas, de las cuales por lo menos una no resuelva [H341.1]. II Un tonto va al concurso montado en una burra y con un libro de oraciones. En el camino siente sed y bebe sudor de la burra. Más adelante siente hambre, mata la burra, saca el burrito, enciende el libro de oraciones, asa el burrito y se lo come. Con estos elementos construye dos adivinanzas. III (a) El tonto propone a la princesa las adivinanzas sucesivamente: "Salí de casa en una burra, tomé agua que del cielo no caía ni del suelo brotaba"; "Salí de casa, comí carne recién nacida con oraciones cocida"; y "Salí de casa, pillé dos torcas y a las dos le saqué el pellejo". IV Las hermanas visitan al tonto en la noche para saber la solución de cada una de las adivinanzas. El tonto da las soluciones, pero se queda con el calzón de las princesas para probar que han dormido con él [H126]. La princesa adivina las dos primeras adivinanzas, pero no quiere pronunciarse sobre la solución de la tercera y declara que casa con el tonto [L162].

Versión 114: 851 I [H341.1]. II En el camino el héroe va observando todo para construir una adivinanza. Siente balar una cabra, ve a un campesino cosechando porotos (judías), a un zapatero echando hormas en un saco y en una casita friendo. III (a) El héroe propone la adivinanza: "Pasando por un caminito: Be, / porotitos pagaré, / hormas en saco / y al llegar al palacio del rey / chirrico, chirriaco. La princesa fracasa y casa con el héroe [L162].

Versión 115: Es un cuento de adivinanza que sólo tiene fragmentariamente el motivo del acertijo del tipo 851 III (a) [H802].

116. *Yo soy un fuego.* 117. *Yo soy un fuego*

Clasificación y estudios: Aarne 853; Aarne-Thompson 853; Espinosa III, p. 188; Hackmann 853; Hansen 853; Honti 853; Looorits 853; Qvigstad 853; Schullerus 853; Sinninghe 853; Thompson, Folktale, p. 157.

Versiones: Alemana: Zaunert, pp. 179-182 'Schlagfertiger als die Königstochter'.— Noruega: Saltveit, pp. 146-150 'Die Prinzessin, die niemand zum Schweigen bringen konnte' (un zorzal muerto, una vara de mimbre, una olla despedazada, dos cuernos de carnero, una cuña y un zapato viejo).— Checa: Tille, pp. 237-238 'Das Gedankenlesen' (853 + 570).— Francesa: Seignolle II, nr. 67 'Le roi veut marier sa fille' (853 + 570).— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 422 'En Pere boig'.— Portuguesa: Pires, pp. 9-10 'A princesa encantada'.— Española: Espinosa III, p. 188, cita una versión de la colección inédita de su hijo Aurelio M. Espinosa con motivos de los tipos 621 y 853.— Portorriqueñas: Mason-Espinosa, nr. 18 'Juan hace reir a la hija del rey' (Un huevo y un garabato para que la princesa no se quemara al tomar el huevo asado); nr. 50 'Juan hace hablar a la princesa' (853 + 850 II).

Nuestras versiones del tipo 853 son valiosas, porque casi no se han registrado otras en lengua española. Yo mismo conozco sólo las dos versiones portorriqueñas de Mason-Espinosa. En Europa, en cambio, hay versiones en diferentes países. La ausencia de versiones de la Península Ibérica me la explico por el carácter escatológico del episodio principal del cuento. Sin embargo, he encontrado una versión portuguesa, la de Thomaz Pires, pp. 9-10, que tiene tanta semejanza con la chilena nr. 116, aunque eludiendo el lenguaje escatológico, que no cabe la menor duda de que también se la puede encontrar en las demás zonas de la Península.

La versión 116 es muy completa, la 117, en cambio, está contaminada con motivos del tipo 921 y su desarrollo es esquemático.

Versión 116: 853 I Una princesa es ofrecida en matrimonio a quien la haga decir otra cosa que "Yo soy un fuego" [N345]. Un caballero va al concurso y en el camino se encuentra con un muchacho. + 921 (b), (c) El caballero pregunta al muchacho: ¿Qué está haciendo tu padre? El muchacho contesta: Está matando los que le pican y dejando los que no le pican (piojos). + 853 III El muchacho hace hablar a la princesa, mostrándole un huevo, excremento y un palo de leña y contestándole hábilmente [H552]. El caballero casa con la princesa [L162], pero ésta no sabe quién la ha hecho hablar.

Clasificación y estudios: Aarne 854; Aarne-Thompson 854; Boggs 854; Eberhard-Boratav, Tipo 201; Hackmann 854; Hansen 854; Honti 854; Looorits 854; Qvigstad 854; Schullerus 854; Thompson-Roberts 854; Thompson, *Folktale*, pp. 157-158; Thompson H344, K1341, K1341.1.

Versiones: Alemanas: Henssen III, nr. 46 'Göld regiert die Wölt'. Philippson, *Der Märchentypus von König Drosselbart*, p. 30 'Der Prinz mit dem goldenen Hirsch' (resumen). Zaunert I, pp. 25-29 'Der lustige Ferdinand oder der Goldhirsch'. Zaunert, *Donauland*, pp. 325-328 'Die versteckte Königstochter'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 115-116, nr. 140 'Die verlorene Wette'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 236-237 'Die goldene Ziege' (tres versiones).— Italianas: Karlinger, nr. 44 'Der goldene Löwe (= Laura Gonzenbach, *Sicilianische Märchen*, Leipzig, 1870). Keller-Rüdiger, nr. 4 'Der goldene Adler'.— Española: BTPE I, pp. 178-182 'El barquito de oro, de plata y de seda' (loro de oro).— Española de Nuevo Méjico: Espinosa, *New-Mexican Spanish Folk-Lore*, pp. 135-137, nr. 16 'El jatancioso que se casó con l'hija del rey' (águila de bronce). Rael, nr. 358 'El músico y el platero' (cómoda).— Dominicana: Andrade, nr. 164 'El platero hábil' (elefante de oro).— Mejicana: Reid, pp. 109-110 'El águila'.

El cuento 118 es una buena versión del tipo 854 con los dos elementos principales: El oro todopoderoso y el descubrimiento y conquista de la princesa entrando el héroe al aposento de la princesa metido en un animal artificial [K1341]. El cuento 119 tiene una introducción y un final diferentes. Los hermanos se disponen a descubrir el sexo del ser que ha dado a luz la reina, porque se ha mantenido en secreto. Continúa el cuento en forma semejante al anterior, pero con motivos de otros cuentos: la prisión de los dos jóvenes amantes al comer el héroe una manzana envenenada que se transforma en cárcel para ellos y la cremación de la hechicera [Q414].

120. *El rey moro con el rey cristiano*. 121. *Acuérdate, falsa Amalia*

Clasificación: Boggs 870 *B.

Versión española: Llano Roza de Ampudia, nr. 37 'La princesa y la doncella'.

El cuento 120 es una variante del tipo 870, pues contiene de éste sólo la idea central de la novia sustituida, y corresponde al subtipo 870 B de Boggs, con el siguiente desarrollo:

Versión 120: 870 *B Una princesa, que está embarazada de un amante, va a contraer matrimonio con un príncipe. Para evitar que el príncipe descubra la deshonra, toma ella una criada de confianza que está virgen. Matan al amante arrojándolo al mar, matan más tarde al niño recién nacido y lo entierran debajo de un olivo. Por orden de la princesa la criada la sustituye en la noche nupcial. El príncipe toma afecto a la criada, que es considerada como hermana de la princesa. La princesa siente celos y ordena a un esclavo que la mate y le entregue sus ojos en prueba de su muerte. El esclavo se compadece, mata a su perra y le saca los ojos [K512]. La criada envía una carta en verso a la princesa con el esclavo, en que

le recuerda sus crímenes y engaño. La carta cae en poder del príncipe. La princesa explica el contenido de los versos y se degüella. El rey encarcela al príncipe y da sepultura a su hija. La criada envía al rey un canasto de flores, dentro del cual va un pañuelo con su nombre. El rey la hace llevar y la niña le cuenta todo lo sucedido. El rey ordena quemar el cadáver de su hija [Q212.2, Q414] y a su hijo que case con la criada.

La versión 121 es un fragmento desprendido de cuentos del mismo tipo anterior y ha pasado a ser una adivinanza con contenido que retiene sólo los versos que se refieren a los crímenes.

122. *Juan, Pedro y Diego*

Clasificación: Aarne-Thompson 870 A?; Thompson A2721.3, D1318, D1451, H411, H419, W11.

El cuento 122 no encuadra bien en el índice de Aarne-Thompson. Se trata de una extraordinaria versión, que contiene motivos de varios tipos, cuyo desarrollo no alcanza a dar una fisonomía que determine un tipo. Le hemos dado este puesto porque aparece en él como esencial el motivo de la prueba de la doncelléz a que somete el héroe a las tres hijas que está en el subtipo 870 A de Aarne-Thompson.

Comienza el cuento con el episodio de la bondad premiada y del castigo por la falta de caridad, que está en el cuento de muy diferente composición de Espinosa, nr. 153, y corresponde al motivo de Thompson A2721.3. El hermano mayor sale a vender peras; en el camino se encuentra con un viejito que le pregunta qué lleva. El joven le contesta que lleva excrementos humanos. El viejito le dice que tal cosa será. Cuando el joven descarga en palacio, encuentra excrementos. Le dan cien golpes de palo. El segundo dice que lleva piedras. Le sucede lo mismo y recibe doscientos golpes de palo. El hermano menor es caritativo con el viejito, quien en recompensa le regala un chaleco que da dinero [D1451] y le concede a su mano derecha el poder de hablar y de comunicar secretos. El héroe llega al palacio real y vende las peras en cien pesos. Regresa a casa y es generoso con sus padres. Los hermanos abandonan la casa paterna. El héroe llega a ser muy rico y se dedica a hacer la caridad [W11]. El rey ve en él un buen partido y le ofrece en matrimonio a una de sus hijas. El joven acepta a condición de dormir con ella previamente sin tocarle un pelo. Mediante el poder mágico de su mano derecha descubre que la princesa no está virgen [H411] y la rechaza. Se repite el episodio con la hija de otro rey. En tercer lugar descubre que la hija de un rey es casta [H419] y la acepta por esposa. Durante las bodas los reyes, cuyas hijas fueron rechazadas, exigen explicaciones. El héroe hace hablar a su mano derecha y los reyes llegan a saber la causa del rechazo [D1318].

Para el estudio del cuento del premio por la caridad y castigo por la falta de bondad puede consultarse Espinosa III, pp. 94-95. El motivo del objeto mágico que revela la castidad lo encuentro citado en Bolte-Polivka III, p. 449, con referencia a un cuento danés, en que se produce la sustitución de la novia por la hija de un pastor sólo por el temor de que una piedra mágica descubra la falta de doncelléz de la novia. En una versión turca, Eberhard-Boratav, p. 274, la sustitución

ción se efectúa porque la novia no está virgen. Es notable, en cambio, la semejanza que tiene el motivo de la castidad y falta de castidad de nuestro cuento con el que está en el cuento alemán que trae Zaunert, pp. 216-229, sin indicar, por desgracia, la fuente de donde lo tomó. En el episodio de este cuento el héroe recibe una bola de virtud que hace invisible y una varilla que habla cuando se da un golpe sobre ella. Un posadero ofrece en matrimonio a una de sus hijas y el héroe acepta a condición de dormir con ellas. Mediante la varilla de virtud descubre que las tres hijas no son castas y las rechaza.

123. *El rey Clarión de la Isla de Talagante*

Clasificación: Aarne-Thompson 873; Hansen 873; Thompson-Roberts 873; Thompson H21, H81, H94, L162, Q245, T11.2, T645.

Versiones: Portuguesa: Consiglieri Pedroso, nr. 42 'O caixeirinho'.— Dominicana: Andrade, nr. 265 'El hijo del rey'.

Sobre la base de versiones danesas fue establecido el tipo de cuento 873, en el índice de Aarne-Thompson, con el nombre de 'El rey descubre a su hijo desconocido' con el siguiente esquema:

"Un rey disfrazado deja una prenda a una niña para que se la dé al hijo que pueda nacer. El niño es tratado como bastardo y sale en busca de su padre desconocido. El rey de incógnito descubre las relaciones del joven con una muchacha noble y ordena su ejecución. Antes de que ésta se consuma la prenda es descubierta y el hijo es reconocido. El rey casa con la madre del joven."

Las versiones de este tipo son escasas. Las que analizan Eberhard-Boratav, pp. 222-225, están mezcladas con el cuento de la niña de la albahaca, Aarne-Thompson 879. No conozco otros paralelos que los que citan Thompson-Roberts para la India, la versión portuguesa de Consiglieri Pedroso y la dominicana de Andrade. De aquí el valor extraordinario de nuestro cuento 123, que desarrolla la idea central del tipo 873, pero comienza con el motivo inicial del tipo 516.

Versión 123: 516 I. (a) Un príncipe se enamora de una princesa lejana por un retrato [T11.2]. II. Sale a buscarla. Por el retrato la reconoce [H21]. + 873. El príncipe tiene amores clandestinos con la princesa. Deja a una viejita una carta y un anillo con su nombre para que se los entregue a la princesa en caso de que dé a luz un niño [T645]. Nace el niño y la princesa lo entrega a la viejita con la carta y el anillo. Muere la viejita y el muchacho sale en busca de aventuras. Como vendedor de pan conoce a una niña noble, cuyo padre la tenía encerrada bajo siete llaves. Ambos tienen amores ocultos. El rey, padrino de la niña, sale disfrazado y descubre los amores de la niña y lleva a su compadre, también disfrazado de carbonero, para que los compruebe personalmente. Rey y compadre ordenan la ejecución de los jóvenes [Q245]. El rey ve el anillo que lleva el joven, lo interroga, recibe la carta y, con estas pruebas, reconoce a su hijo [H81, H94]. El rey acuerda el matrimonio de los jóvenes y el suyo propio con la madre del joven. Salen en busca de la madre. Se celebran las dos bodas conjuntamente [L162].

Clasificación y estudios: Aarne-Thompson 879 + 875; Boggs *970; Bolte-Polivka III, pp. 349-373; Eberhard-Boratav, Tipo 192, motivos 1-3; Espinosa II, pp. 61-79; Hansen *970 + 875 *A; Krohn, pp. 149-155; de Vries, *Die Märchen von klugen Rätsellösern*.

Versiones: Españolas: BTPE I, pp. 149-155 Mariquilla. Curiel Merchán, pp. 288-290; "Nieve tostada". Espinosa, nr. 1-3, 'La mata de albahaca'; nr. 4, 'Las tres hijas del sastre'. Sánchez Pérez, nr. 69 'La mata de albahaca'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 1-2 'La mata de albácar'.— Dominicanas: Andrade, nr. 169 'La que riega la albahaca'; nr. 170 'La que regaba la albahaca'.— Mejicana: Jijena Sánchez, nr. 12 'La maceta de albahaca' (copiada de Pascuala Corona, *Cuentos mejicanos*, México, 1945).— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 27 'La mata de albahaca'; nr. 28 'La albahaca'; nr. 29 'La mata de albahaca'.— Chilenas: Lenz, *Cuentos de adivinanzas II*, pp. 341-347 'La hija del platero o la reina Dorila'; pp. 347-349 'La niña que riega la albahaca'; pp. 349-353 'La albahaca'; III, pp. 299-304 'La niña que riega la albahaca'; pp. 304-308 'La niña que riega la albahaca' (879 + 875 todas las versiones).

El profesor Stith Thompson ha tenido la amabilidad de informarme que el cuento de la niña que riega una maceta de albahaca estará representado por el tipo 879 que figurará en la nueva edición del registro de Aarne-Thompson con el siguiente contenido:

879. La niña de la albahaca (La muñeca de azúcar, Viola).

I. La niña que riega la albahaca. Una princesa acostumbra regar un jarrón de flores antes de dejar a su maestra.

II. Preguntas y contrapreguntas. Un príncipe la ridiculiza con un verso, pero la niña aprende de su maestra otro verso con que a su turno lo escarnece. Preguntas y contrapreguntas: ¿Cuántas flores tiene la mata? ¿Cuántas estrellas hay en el cielo? [H703.3].

III. Tretas y contratretas. (a) Disfrazado de pescador, el príncipe recibe un beso de la niña y en seguida revela su impostura. (b) La niña induce después al príncipe a besar la pata de su caballo y se mofa de él. (c) Escondiéndose debajo de su cama, el príncipe clava a la niña con una aguja repetidas veces; ella se queja de los supuestos insectos que le pican. (d) La niña amedrenta al príncipe, haciéndole creer que la muerte viene por él.

IV. La muñeca de azúcar. El príncipe la hace su esposa, pero la primera noche trata de abalanzarse sobre ella para cortarle la cabeza, pero se salva colocando en su lugar una muñeca de azúcar [K525.1].

En varios estudios y registros se ha asignado a este tipo de cuento el número 875, tomando en cuenta la segunda parte que contienen algunas versiones. No se trata aquí de entrar en mayores detalles, que podrán consultarse en el estudio

de Espinosa citado en la bibliografía. Por esta misma razón sólo se citan más arriba las versiones en lengua española a las cuales más se aproximan las chilenas de Lenz y las nuestras. Sólo se hace presente que corresponden al contenido completo del tipo 879, únicamente las versiones de Espinosa, nr. 3, y la de Rael, nr. 2, entre las que hemos alcanzado a revisar. La judeo-española que cita Espinosa no aparece en la referida obra de Wagner. Las demás no contienen el episodio final de la muñeca de azúcar o de miel, pero, en cambio, sí motivos de la tercera parte del tipo 875 que se refiere a las tareas a que el rey somete a la niña inteligente, o bien terminan con la segunda, tercera y cuarta partes, o tercera y cuarta del mismo.

Las versiones chilenas, tanto las de Lenz como las nuestras nr. 124-125, son una mezcla de los tipos 879 + 875. La versión 126 es una extraordinaria mezcla de elementos de los tipos 879 + 707 + 875. Todas las versiones no tienen el episodio de la muñeca de miel.

Versión 124: 879 I. Tres hermanas cuidan una mata de albahaca. II. El rey pasa día tras día frente a la casa de las niñas y les pregunta, una tras una, cuántas hojas tiene la mata y sólo la menor le contesta preguntándole a su vez cuántas estrellas hay en el cielo [H705.3]. III. Disfrazado de pescador, el rey se aloja en casa de las niñas y por darle pescado frito a la menor recibe besos de ella. (b) La niña se envuelve en una sábana e induce al rey a besarle el trasero a su burra, porque así se libraré de todos sus pecados. + 875 II. (a) El rey ordena al padre de las niñas que las lleve a palacio antojadas (embarazadas), a pie y a caballo, descalzas y calzadas; la niña resuelve el problema. III. El rey casa con la niña menor. Cuando el rey decide una disputa injustamente acerca de la posesión de un potrillo, la niña advierte lo absurdo de la decisión y recomienda al dañado que emprenda algo igualmente absurdo [J1171]. IV. Cuando el rey va a arrojarla de casa y le ofrece que se lleve lo que ella más estima, la niña le toma la bragueta y se reconcilian [J1535].

Versión 125: 879 I. Tres niñas tienen un jardín de albahacas. II. El rey, que vive al frente de la casa de las niñas, las mira todos los días y les pregunta cuántas hojas tiene la mata y la menor le contesta preguntándole cuántas estrellas hay en el cielo [H705.3]. III. (a) El rey envía a un viejo a vender naranjas, éste recibe un beso de la niña menor por naranjas y el rey revela luego su treta. (b) y (d) La niña se disfraza de muerte e induce al rey a besarle el trasero al caballo en que va montada. + 875. El rey casa con la niña menor. Cuando el rey decide injustamente en una disputa sobre la posesión de un potrillo y de la acción calentadora de una luz lejana, la niña recomienda a los dañados que emprendan algo igualmente absurdo [J1171]. IV. Cuando el rey va a ordenar que la arrojen a la hoguera, exige ella el cumplimiento de una gracia concedida y le pide que se quemen los dos y así se reconcilian [J1535].

Versión 126: 879 I. La niña menor de tres hermanas cultiva un jardín con albahacas. II. El rey, que vive frente a la casa de las niñas, mira todos los días a la niña y le pregunta cuántas hojas tiene la mata y ella le contrapregunta cuántas estrellas hay en el cielo [H705.3]. III. El rey casa con la niña. + 707. II. (a) Las hermanas mayores cambian los tres niños recién nacidos y acusan a la esposa de haberlos dado a luz [K2115]. (b) Los niños son arrojados al río [S332], pero son rescatados por una viejita, esposa de un hortelano del rey. IV. El sale de caza,

llega donde el hortelano y reconoce a sus hijos por la ropa que visten y los objetos que llevan con el nombre del rey. Vuelve el rey a casa con los niños. + 875. III. Cuando el rey decide injustamente en una disputa sobre la posesión de un potrillo y de la acción calentadora de una luz lejana, la niña recomienda a los dañados que emprendan algo igualmente absurdo para probar la injusticia del rey [J1171]. IV. Cuando el rey va a ordenar que la arrojen a la hoguera, exige ella que le dé previamente un abrazo y, al hacerlo el rey, no lo larga y así el rey no puede hacerla quemar.

Las versiones 125-126 merecen una explicación aparte. En octubre de 1953 me relató doña Sofía Ahumada en la aldea de Pomaire, provincia de Santiago, el cuento de la niña de la albahaca, versión 125. Después de seis años me ofreció contarme otro cuento, que esta vez grabé en cinta magnética ante un auditorio de varios amigos. El cuento era el mismo, pero la narradora, tal vez interesada en entretener a los oyentes, dio más extensión al relato, desarrollando más latamente el episodio de la niña disfrazada de muerte e intercalando motivos del cuento de los niños con una estrella de oro en la frente, y lo hizo de tal manera que resultaba lógico el desarrollo total del cuento. El experimento no dejaba de tener importancia, porque demostraba cómo influyen las circunstancias psicológicas y ambientales en la variabilidad de los motivos de un cuento y cómo los motivos de un cuento saltan a otro. Sin embargo, es difícil determinar si se trata de la participación fabuladora del informante o de una pervivencia tradicional. Apenas tenía redactada esta nota, cuando encuentro un cuento gallego, Prieto, nr. 5, Flore e Flora, que también es una mezcla de los tipos 879 + 707.

127. [*La apuesta sobre la castidad de la esposa*]. 128. [*La apuesta sobre la castidad de la esposa*]. 129. [*La apuesta sobre la castidad de la esposa*].
130. *La señora Clara*

Clasificación y estudios: Aarne, 882; Aarne-Thompson, 882; Boggs 882; Delarue, en Félice, pp. 268-270; Hackmann, 882; Hansen, 882; Honti, 882; Langstroff, pp. 36-37; Loorits, 882; Gastón Paris, *Le cycle de la gageure*, Romania XXXII, pp. 481-551; Qvigstad 882; Schullerus, 882; Thompson-Roberts, 882; Thompson, *Folktales*, p. 109.

Versiones: Alemanas: Langstroff, pp. 36-37 'Eine schöne Geschichte' (resumen de una versión lorenese de Angelika Merkelbach-Pinck); p. 37 'Der Pfiffigste' (resumen de la versión de Wolf, *Hausmärchen*, p. 355).— Francesa: Félice, nr. 14 'La fille de Gand'.— Italiana: Boccaccio, novena novela de la segunda jornada.— Catalanas: Alcover X, pp. 110-145 'Dos patrons i una patrona'; XI, pp. 120-131 'Una al.lota de pel arreveixinat'. Amades, *Rondallística*, nr. 386 'Els dos patrons'; nr. 391 'La mànega de plata'.— Españolas: Llano Roza de Ampudia, nr. 114 'La huérfana'; nr. 115 'El zapato de plata'. Lope de Rueda, Eufemia. Timoneda, Patrañuelo, nr. 15.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 130 'Don Flor y don Candelario'; nr. 131 'Los dos amigos fieles'; nr. 132 'Don Luis está borracho'.— Argentina: Chartudi, nr. 61 'Lisandro y Morniones'.— Dominicana: Andrade, nr. 268 'La mujer fiel'.

Los cuentos 127-130 pertenecen al tipo 882, que Aarne-Thompson resumen así: Un capitán de barco apuesta con un comerciante sobre la castidad de su esposa. Mediante una felonía el mercader obtiene una prueba de infidelidad (anillo).

El capitán abandona el hogar. La esposa lo sigue vestida de hombre. Regresan a casa y todo se aclara.

En las cuatro versiones chilenas, sin embargo, el marido supuestamente engañado no abandona el hogar, sino que castiga a la esposa arrojándola al mar (127), ordenando que la maten y le saquen los ojos (128), arrojándola al mar en una jaba (1299), o al río en una tina de baño (130). La esposa se salva y se viste de hombre. Llega a ser rey, virrey o general, como en el tipo 881, y en esta jerarquía aclara la situación. La versión 127 se ajusta más estrictamente al tipo 882. Las otras tres se distinguen por las pruebas a que se somete a la mujer disfrazada de hombre para descubrir su verdadero sexo, como acontece en el romance peninsular de la niña-guerrero, de cuyas numerosas versiones dan cuenta especialmente Espinosa III, pp. 98-100, y Fernando de Castro Pires de Lima en su obra *A mulher vestida de homen*. La extensa difusión de este romance ha influido para que el episodio de las pruebas aparezca en diferentes tipos de cuentos. El desarrollo de los cuentos 127-130 es el siguiente:

Versión 127: 882. Un príncipe cumple la promesa, por haberse salvado de un temporal marino, de casar con la muchacha más pobre. Apuesta con un caballero sobre la castidad de su esposa [N15]. El príncipe viaja al extranjero. Una vieja roba por paga a la joven un pañuelo [H113] y un anillo [H94] que servirán como prueba de infidelidad [K2112.1]. El esposo regresa y, creyéndose engañado, arroja a su mujer al mar en un ataúd [S141]. La salva una viejita y, vestida de hombre [K1837], entra a trabajar donde un rey. Es nombrada rey de una ciudad vecina donde vive su marido, lo encuentra preso y se aclara todo [R195]. Se castiga a la vieja intermediaria amarrándola a las patas de dos potros [Q473.2].

Versión 128: 882 un caballero casa con la hija de un carbonero muy pobre. Apuesta con un rico sobre la castidad de su esposa [N15]. El esposo sale de viaje. Una vieja roba a la mujer un anillo [H94], una camisa de dormir y una cinta lacre que le tapa un lunar café [H51.1]. El esposo regresa y manda a un zapatero que mate a su mujer y le traiga los ojos. El zapatero la salva, mata a su perra y lleva los ojos de la perra. La esposa se viste de hombre [K1837] y trabaja donde un rey. El príncipe sospecha de que no es hombre y la somete a pruebas: cabalgar, lacear, dormir con una prostituta. El rey le regala un palacio y la hace rey. Manda a buscar a su marido, al apostador y la vieja. Todo se aclara [R195]. Se ordena al apostador que devuelva el dinero apostado y que a la vieja hechicera la amarren a las patas de los potros más chúcaros [Q473.2].

Versión 129: 882. Pedro apuesta con su hermano sobre la castidad de su esposa [N15]. Por una vieja llega a saber el hermano [K2112.1] que su cuñada tiene un cabello de oro [H75] que le nace del ombligo y le rodea la cintura. Pedro arroja a su esposa al mar en una jaba [S141]. La salva un viejo, se viste de hombre [K1837] y llega a ser general del rey. Este sospecha de que no es hombre y la somete a pruebas: lacear, orinar más lejos y bañarse. La joven-general sale en busca de su marido, lo encuentra y se aclara todo [R195]. El hermano devolvió el fundo apostado.

Versión 130: 882. Dos compadres apuestan sobre la castidad de doña Clara, esposa de uno de ellos [N15]. El esposo sale a recorrer un potrero. Una vieja roba

por paga a la esposa un anillo [H94] que servirá de prueba de infidelidad [K2112.1]. Regresa el esposo y, creyéndose engañado, arroja a su mujer a un río dentro de una tina de baño [S141]. Ella va vestida de hombre [K1837]. La salva un príncipe y la toma como compañero. Sospecha de que no es hombre y la somete a pruebas: lacear, traspasar el caballo con una meada; dormir debajo de una mata de rosa, porque si las rosas caen sobre ella, es mujer, pero ella las arrojó sobre él. El rey la hace virrey de una ciudad donde su marido está preso. El virrey visita la cárcel y se aclara todo [R195]. El compadre devuelve lo que había ganado en la apuesta y la vieja es amarrada a las patas de dos potros [Q473.1] y descuartizada.

Refiriéndose al cuento de la apuesta sobre la castidad de la esposa, Delarue expresa que "pertenece a la vez a la tradición escrita y a la tradición oral, y si es difícil decir cuál ha dado origen a la otra, parece innegable que la primera ha influido fuertemente en la segunda" (Félice, p. 268). A continuación cita las obras literarias francesas de la Edad Media que tratan este tema y de las cuales ha pasado a un cuento de Boccaccio y de aquí a Cymbeline de Shakespeare. Nosotros agregamos que de Boccaccio pasó el tema a un cuento de Timoneda y a una comedia de Lope de Rueda.

En la patraña quincena de Timoneda el rico comerciante Casiodoro de Candia se encuentra en Ferrara con el comerciante Falacio y cierra con éste una apuesta sobre la fidelidad de su esposa Finea. Parte Falacio a Candia y, convencido de que la dama es honesta, compra la complicidad de una vieja que tiene entrada a casa de Finea. Mientras la espulga, la vieja le descubre un lunar en las espaldas y le corta algunos vellos del lunar que después entrega al comerciante de Ferrara. Falacio regresa a su ciudad y asegura a Casiodoro que ha dormido con su esposa y en testimonio de ello le da detalles de las entradas y salidas de su cámara y le entrega los vellos que dice haber cortado del lunar de Finea, ganando, por consiguiente, la apuesta. Casiodoro regresa a Candia, emprende viaje con su esposa hacia Candia, la abandona en una isla desierta y da a entender a su suegro que su hija ha muerto de cierta enfermedad. Viéndose abandonada, Finea viste traje de hombre, consigue embarcarse y llega a Chipre. Aquí conquista la confianza del rey, quien la nombra secretario real y contador mayor del reino. Pedro, que así se llama ahora Finea, es donado a pedido suyo al rey de Candia, que a la sazón es huésped del rey de Chipre, y regresa a Candia, donde llega a ser regente. Con esta autoridad dictamina en un juicio entre su padre y su marido, condena a prisión a este último y, descubierta la felonía de Falacio y de la vieja, destierra al primero y sentencia públicamente a la segunda. Delante del rey, de su padre y de su marido, se presenta Finea vistiendo riquísimas ropas de mujer y relata los sucesos y penurias. Marido y esposa siguen viviendo felices.

En la pieza teatral de Lope de Rueda la apuesta está sustituida por la felonía del criado. El gentil-hombre Leonardo, que vive junto a su hermana Eufemia, hermosa y honesta, sale de viaje. En un lugar que no se menciona llega a ser secretario del noble que gobierna. Leonardo elogia ante su señor las cualidades de su hermana que la hacen digna de ser esposa de cualquier señor de título. Valiano muestra interés en conocerla para casar con ella. Paulo, criado de Valiano, detesta a Leonardo por la elevada situación de que goza y, valiéndose de la criada de Eufemia, obtiene un pedazo del cabello del lunar que la dama

tiene en el hombro izquierdo, cuenta a Valiano que ha dormido tres noches con ella y le muestra el pedazo de cabello como prueba de su aventura. Valiano condena a Leonardo a ser decapitado por traidor. Por una carta infamante de su hermano, Eufemia se impone del peligro en que él se encuentra y la criada le confiesa que, sin medir las consecuencias, ella le había robado el cabello para dárselo a un extranjero. Dama y criada van disfrazadas al lugar donde está Leonardo. Eufemia inventa una estratagema, pide a Valiano que le haga justicia ordenando al intrigante que le devuelva la joya que le robó una noche mientras dormía con él. El criado rechaza la acusación y niega que conozca a la dama y, por lo tanto, que haya dormido con ella. De este modo el criado es cogido en sus propias declaraciones y todo se aclara. Valiano pone en libertad a Leonardo, ordena decapitar al criado y resuelve casar con la dama calumniada.

131. *La Blanca Cebolla*

Clasificación: Aarne-Thompson 890; Eberhard-Boratav, Tipo 297; Thompson, Folktale, p. 109; Thompson H1385.4, J1164, K1837, M231.

Versiones: Turcas: Eberhard-Boratav, p. 339 (dos versiones).

El cuento 131 es una extraordinaria variante del tipo 890 que desarrolla la idea central de la libra de carne que el héroe promete a su prestamista y de la libertad de éste por la esposa, que exige al acreedor que le saque la libra justa, porque de otro modo pagará él con su vida, y el avaro desiste. La larga introducción del cuento es diferente. En lugar de la compra de una novia aparece una princesa muy rica que se ofrece por esposa a quien duerma con ella y amanezca vuelto hacia ella. Los pretendientes fracasan, porque la princesa les da previamente un narcótico. El héroe pierde la primera noche un barco cargado con oro y plata. En un segundo intento sigue el consejo de una viejita, se libra del engaño de la princesa y ésta casa con él. Pero el héroe olvida devolver a su padrino en el plazo de tres días el buque con oro y plata que le prestó y, cuando va a pagar su deuda, el padrino le exige la libra de carne de sus posaderas que habían estipulado.

En el índice de Aarne-Thompson se cita una versión noruega de este tipo de cuento y Thompson, Folktale, p. 109, cree que este cuento es corriente en Noruega e Islandia. El hecho es que el motivo de la libra de carne como garantía de una deuda se conoce más por El mercader de Venecia, de Shakespeare. De la tradición oral no conozco más que las dos versiones turcas que Eberhard-Boratav analizan. La existencia de este cuento en Chile abre interesantes perspectivas para indagar en la difusión de este tema.

132. *Josecito*. 133. *Juanito el Padecido*

Clasificación: Hansen **897 A.

Versiones: Catalana: Alcover XV, pp. 27-57 'Una pobiletta i un Juanet'.— Española: Timoneda, El Patrañuelo, patraña novena.— Chilena: Laval, Carahue, nr. 10 'La princesa del retrato'.

Sobre la base del cuento chileno de Laval, Carahue, nr. 10, Hansen ha propuesto el tipo **879 A con los siguientes episodios: El héroe abre un hotel donde puede permanecer quienquiera un día y una noche sin pagar nada. Su madre le indica cómo hallarla. El héroe se queda dormido y un soldado le roba su caballo y lleva lejos a la princesa. La princesa se escapa del soldado. Se viste de hombre y trabaja con un rey. El héroe y el soldado se emplean con el mismo rey. El soldado cuenta en una reunión de empleados el robo de la princesa y el héroe lo mata. La princesa reconoce al héroe y casan.

Hansen no considera como parte integrante del tipo la introducción del cuento que aparece en el tipo 516: El héroe se enamora de la princesa por un retrato. Sin embargo, podría ser tomado como elemento constitutivo de tipo, porque en esta misma forma contienen la introducción las versiones que menciono en la bibliografía, la catalana de la tradición oral, la española de la tradición literaria y las dos chilenas nuestras. Estas últimas tienen el siguiente desarrollo:

Versión 132: 516 I. (a) Un joven se enamora de una princesa por un retrato [T12]. + **879 A. El joven sale en busca de la princesa, abre almacenes para obtener información sobre ella hasta que encuentra a la vieja que la cuida. Valiéndose de la vieja, los jóvenes se ponen de acuerdo para huir. En la noche convenida, el héroe se queda dormido, un soldado le roba el caballo y huye con la princesa. Esta consigue escapar y llega a ser juez de policía. El héroe y el soldado se encuentran entre leñadores, el soldado cuenta el robo de la princesa y el héroe lo mata de un balazo [Q411]. El héroe cae preso en el mismo puesto de policía donde hace justicia la princesa, ésta lo reconoce y casan [L162].

Versión 133: 516 I. (a) Un joven rico se enamora de una joven por el retrato que le trae el hermano del extranjero [T12]. + **897 A. El joven sale en busca de la bella dama, abre un almacén y luego una bodega de licores hasta que encuentra a una vieja que cuida a la dama. La vieja sirve de intermediaria. + 516 II. (c) El héroe construye un subterráneo para huir con ella [R25.1]. + 897 A. Cuando el héroe va a encontrarse con la joven, se queda dormido, un negro le roba el caballo y huye con la joven. Esta consigue escapar del negro, se viste de hombre [K1837] y llega a ser subdelegado en un fundo. El héroe y el soldado trabajan en el mismo fundo. El negro cuenta al héroe todo lo sucedido y el héroe lo mata con un golpe de piedra [Q411]. Cae preso, la dama lo reconoce, pero lo somete a pruebas para que se identifique. La dama casa con el héroe [L162].

134. *El príncipe mendigo*. 135. *Rosalindo y Rosalía*

Clasificación y estudios: Aarne 900; Aarne-Thompson 900; Boggs 900; Bolte-Polivka I, pp. 443-449; Eberhard-Boratav, Anl. Ad. 190; Espinosa III, pp. 185-190; Hackmann 900; Hansen 900; Honti 900; Krohn, pp. 144-149; Philippson, *Der Märchentypus von König Drosselbart*; Qvigstad 900; Thompson-Roberts 900; Thompson, *Folktale*, p. 104; Thompson K1361, L162, T45, T455.1.

Versiones: Alemanas: Grimm, nr. 52 'König Drosselbart'. Hensen III, nr. 48 'Die Demütigung der Stolzen'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 112-114 'Der schlaue Königssohn'.— Turca: Eberhard-Boratav, p. 411.— Griega: Hahn II, nr.

113 'Vom klugen Sohne und den drei Karfunkeln'.— Latina: Bolte-Polivka I, p. 445 (resumen).— Francesas: Cosquin II, nr. 44 'La princesse d'Angleterre'.— Italianas: Basile IV, nr. 10 'La superbia punita'.—Pitrè II, nr. 105 'La rigginota sghinfignusa'.— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 357 'La princesa que no sabia fer una olla de sopes'.— Portuguesa: Coelho, Contos pop., nr. 43 'O conde de Paris'.— Brasileña: Cámara Cascudo, Contos, pp. 208-210 'O conde-pastor'.— Españolas: Durán, nr. 108-116 'La infantina de Francia'.— Espinosa, nr. 179 'El conde Abel y la princesa'.— Araucana: Lenz, Estudios araucanos VIII, pp. 304-309, nr. 5 'Cuento del que tenía tres cadenas de oro' (boda estorbada).

El cuento del príncipe mendigo, nr. 134, es una versión incompleta del tipo 900 que trueca los motivos y a veces los insinúa solamente. Lo mismo que otras versiones de habla española, ésta no desarrolla episodios importantes del cuento de Drosselbart, como el de la humillación de la princesa que pertenece al tipo primitivo, y da más énfasis al de la venalidad de la princesa para acentuar su obligación de casar con el supuesto mendigo, que en nuestro cuento se presenta en su real apostura. El cuento de Rosalindo y Rosalía, nr. 135, es una variante del mismo tipo, se aproxima más al subtipo 900 A de Hansen, y tiene gran semejanza con la versión griega moderna de Hahn II, nr. 113, que Philippson, p. 65, considera como ramificación o desfiguración del tipo 900. Nuestro cuento tiene los siguientes elementos principales: El padre de la novia rechaza al novio; venalidad de la princesa; amor inmutable de la niña hacia el héroe; el héroe estorba las bodas de la niña contando la historia de las liebres y mostrando al final el calzón de la princesa que le había robado en una de sus visitas nocturnas (en la versión griega es una cinta para el pelo).

La variante araucana de Lenz, Estudios araucanos VIII, nr. 5, es interesante, porque muestra una adaptación completa al ambiente, reduciendo el tipo 900 al episodio de la venalidad de la mujer que se descubre con el episodio de la caza de avestruces con tres galgos, de acuerdo con la costumbre araucana, según la cual el matrimonio se efectúa por compra de la mujer. Esta variante araucana la resumimos así: Un indiecito que tiene tres cadenas de oro le trabaja a una mujer hermosa. El indiecito le ofrece la cadena que vale mil pesos, si se deja tocar todo el cuerpo. La patrona acepta la proposición. Le ofrece la cadena que vale dos mil pesos, si duerme con ella una noche. La patrona acepta, pero el indio no hace nada. Le ofrece la cadena que vale tres mil pesos, si él puede pasar la noche por encima de ella. La patrona acepta. Se amanceban. La patrona le ofrece matrimonio. El indio acepta, a condición de que lo espere dos o tres años, mientras sale a correr tierras, y le dé tres señas. Acepta la patrona y le da su pollera, su camisa y su rebozo. El indio viaja durante tres años y regresa. El día de su llegada la mujer es vendida, es decir, va a casar. Llega el indio a la fiesta de bodas elegantemente ataviado. Lo invitan a desmontarse. Ahí están los novios abrazados. Le preguntan por noticias y contesta que trae muchas. Cuenta que compró tres galgos y que con ellos salió a cazar avestruces. Divisa un avestruz y le larga un galgo que casi la alcanza. Mientras cuenta, baja su maleta y saca la pollera, que habría dejado caer el avestruz. La mujer abre tamaños ojos. Sigue el indio contando que el perro se cansa y él larga el segundo perro, que casi agarra el avestruz, que deja caer el rebozo. Se cansa también el perro y el indio larga el tercero y éste alcanza el avestruz, que deja caer la camisa (y la muestra). La mujer lo reconoce como su marido. Se termina el casamiento iniciado y el indio casa con su patrona y manceba.

Clasificación de motivos: Thompson B182.3, B182.3.1, B411, C791, K1301, L161, T45, T455.1.

Este cuento no encuadra bien en un tipo determinado. Empieza con el episodio humorístico del héroe que engaña al rey mediante una estratagema para poder permanecer solo con la princesa encerrada bajo siete llaves; sigue un segundo episodio que contiene un motivo del tipo 314 III y termina con un tercer episodio, en que se amalgaman motivos del matador de gigantes (elefantes en nuestro cuento), con motivos de la venalidad de la mujer, que conducen al del matrimonio de la princesa con el héroe.

137. *Los tres consejos*

Clasificación y estudios: Aarne 910 B; Aarne-Thompson 910 B; Boggs 910 B; Bolte-Polivka IV, pp. 149-150; Eberhard-Boratav, Tipo 308; Espinosa II, pp. 276-293; Hackmann 910 B; Hansen 910 B; Honti 910 B; Loorits 910 B; Schullerus 910 B; Sinninghe 910 B; Sveinsson 910 B; Thompson-Roberts 910 B; Thompson, Folktales, pp. 163-164; Thompson J21, J21.5, J21.6.

Versiones: Alemanas: Zaunert, pp. 390-393 'Drei gute Lebenslehren'. Zaunert, Donauland, pp. 244-250 'Gottes Lohn' (466 + 910 B).— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 55-57, nr. 76 'Der Schmied und die drei Ratschläge'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 345-346 (25 versiones y variantes).— Latinas: Disciplina clericalis, nr. 18 A 'Ejemplo de la senda'. Gesta Romanorum, pp. 95-100 'Wie man alles mit Eintracht und Vorsicht vollbringen müsse'.— Retorromana: Decurtius, nr. 19 'Il paun et ils trois buns cosegls' = Bundi, pp. 134-135 'Das Brot und die drei guten Ratschläge'.— Italiana: Pitrè, III, pp. 391-397 'Li tri rigordi'.— Sarda: Mango, nr. II 'Is concillus de Salomoni' = Karlinger, nr. 53 'Die Ratschläge Salomos'.— Corsa: Ortolí, pp. 118-123, nr. 17 'L'ustoria di i figli di u diauli' = Karlinger, nr. 60 'Das Teufelshaus'.— Catalanas: Alcover IV, pp. 53-62 'Es conséis del rei Salomó. Amades, Rondallística, nr. 382 'Els tres consells'.— Brasileña: Romero, pp. 129-132, nr. 49 'Os tres conselhos'.— Gallega: Prieto, nr. 25 'Os tres consellos'.— Españolas: Espinosa, nr. 63 'Los tres consejos'; nr. 64 'Los tres consejos' = Meier, nr. 31 'Die drei Ratschläge'; nr. 65 'Los tres consejos'; nr. 66 'Los cuatro consejos'; nr. 67 'Los dos consejos'. Espinosa, Castilla, nr. 28 'Los tres consejos'. Juan Manuel, El Conde Lucanor, nr. 36. Libro de los enxemplos, nr. 362. Llano Roza de Ampudia, nr. 52 'Julia y Gonzalo'. Sánchez Pérez, nr. 88 'Los tres consejos del rey Salomón'. Trueba, Cuentos populares, pp. 67-78.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 88-90 'Los tres consejos'.— Dominicanas: Andrade, nr. 103 'El vencedor del puerco espín' (302 + 910 B); nr. 185 'Lo tre consejo'.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 91 'Los tres consejos'.— Chilenas: Laval, Cuentos I, nr. 12 'Los tres consejos'. Montenegro, pp. 81-85 'No hay que creerse de la primera nueva'.

El cuento 137 es una versión del tipo 910 B, que desarrolla la idea central de aplicar tres consejos que se reciben: 1º No dejar camino por vereda (en nuestro cuento: No desechar lo viejo por lo mozo); 2º No preguntar lo que a uno no le importa, y 3º No divulgar lo que se ve. Su característica está en que el episodio de

la casa misteriosa de la muerte; como lo llama Espinosa II, p. 278, sirve de marco al cuento de los tres consejos. El rey piensa irse al destierro, porque la reina lo traiciona, robándole ocho reales, motivo que sustituye al del supuesto adulterio de la reina, pero no cumple su determinación, porque espera encontrar un hombre honrado y discreto. Mientras tanto, castiga a su esposa, poniendo dos reales en cada esquina de la mesa y privándola de alimentos hasta el punto de que parece un esqueleto. El héroe compra los tres consejos que aplica con todo éxito. Prefiere el camino viejo a uno nuevo y así se libra de que lo asalten bandoleros. Llega a casa del rey y es recibido y servido como huésped. Durante las comidas ve un esqueleto que se arrastra, no hace ninguna pregunta, pero disimuladamente arroja comida y bebida al esqueleto. El rey explica la razón de su conducta, premia a su huésped con todas sus riquezas y abandona el hogar. El héroe cuida a la reina hasta que recupera sus formas y casa con ella.

138. *Los consejos de El Grillo*

Clasificación y estudios (sólo para el tipo 1641; para el tipo 910 B, véase la bibliografía del cuento 137): Aarne 1641; Aarne-Thompson 1641; Boggs 1641; Bolte-Polivka II, pp. 401-413; Cámara Cascudo, Contos, pp. 286-287; Dorson 1641; Eberhard-Boratav, Tipo 311; Hackmann 1641; Hansen 1641; Honti 1641; Laport 1641; Qvigstad 1641; Schullerus 1641; Sinninghe 1641; Sveinsson 1641; Thompson, Folk-tale, pp. 144-145; Thompson D141, D758, J21, J21.2 (variante), J21.5, J21.6, K1956, K1956.3, N611.1, N688.

Versiones del tipo 1641: Alemana: Grimm, nr 98 'Doctor Allwissend'.— Noruega: Saltveit, pp. 62-72 'Der Kohlenbrenner'.— Rusa: Afanasiev, pp. 139-142 'El adivino'.— Lituana: Boehm-Specht, pp. 277-280, nr. 'Von einer Zauberin'.— Persa: Christensen, nr. 12 'Der falsche Ober-Rammal'.— Turcas: Eberhard-Boratav, pp. 349-350 (19 versiones y variantes).— Francesas: Cosquin II, nr. 60 'Le sorcier'. Millien-Delarue, nr. 23 'T'es pris Grillot ou le devin'. Sébillot, Folklore de France III, p. 335. Sébillot, Joyeuses histoires, pp. 112-116, nr. 27 'Celui qui vient du paradis'.— Italianas: Keller-Rüdiger, nr. 11 'Der Bauer als Arzt'. Pitre III, nr. 167 'Lu zannu'.— Catalana: Alcover III, pp. 129-139 'En Pere Gri'.— Portuguesas: Coelho, Contos nacionais, nr. 17 'O doutor Grillo' = Meier, nr. 58 'Doktor Grille'. Consiglieri Pedroso, nr. 38 'Historia de João Grillo'.— Brasileña: Cámara Cascudo, Contos, pp. 285-286 'Adivinha, adivinhão!'.— Españolas: Caballero I, pp. 149-155 'Juan Cigarrón'. Espinosa, Castilla, nr. 2 'El tío Grillo, adivino'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 13 'El adivino'; nr. 14 'El Grillo Negro'; nr. 15 'El adivinador'.— Argentina: Carrizo-Perkins, Revista del Instituto Nacional de la Tradición, pp. 78-80, nr. 12 'El coquero y el rey'.— Dominicanas: Andrade, nr. 136 'El compadre Grillo de adivino'; nr. 137 'El adivinadói'; nr. 138 'El adivino'; nr. 139 'El adivino'.— Venezolana: Jijena Sánchez, nr. 32 'El adivino' (tomado de Onza, Tigre y León, Revista para la infancia venezolana 64, 1944, Caracas).— Chilena: Linares 3, pp. 59-61 'Juan Grillo'.

El cuento 138 es una combinación de los tipos 1641 + 910 B.

Versión 138: 1641 I. Un zapatero abandona el hogar para ganarse la vida en Europa como adivino. II. El adivino va al palacio real para descubrir el robo de un tesoro en el plazo de tres días. El primer día un mozo negro le sirve la comida

y al terminar, el adivino exclama: ¡Gracias a Dios que llevo uno! Lo mismo sucede los dos días siguientes. Los negros creen que el adivino se refiere a ellos y confiesan el robo [N611]. + 910B. El adivino compra tres consejos: 1º Nunca dejes lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso (variante de J21.5); 2º No preguntes lo que no te conviene, y 3º No creas en la primer noticia. + 1641. El adivino hace desenterrar el tesoro robado. III. El rey pregunta al adivino qué tiene en la mano. El adivino acierta al exclamar: ¡Qué iba a ser adivino El Grillo! [N611.1]. El adivino es recompensado. + 910B. El adivino regresa a su hogar, prefiere el camino viejo al nuevo y se salva de ser asaltado por bandidos. El héroe llega donde otro rey que maltrata a la reina, convertida en perra [D141]. No hace ninguna pregunta y, por esto, la reina se desencanta [D758]. El héroe es recompensado. Luego sigue su camino hasta que llega a la ciudad donde vivía. Unos vendedores de pescado hablan de la mujer del cura y él, recordando el tercer consejo, llega a casa, reconoce a su mujer y a su hijo el cura.

139. *Nuestra Señora del Rosario*

Clasificación: Aarne-Thompson 506, 516, 910, 1119; Thompson E0, E113, H1559,2, J21, K1611, M241, M241.1 (mitad del niño).

He aquí un conglomerado de motivos que aparecen en los tipos 506, 516, 910 y 1119 y cuyo desarrollo no alcanza a determinar un tipo definido. El cuento contiene, sin embargo, como principales, rasgos de la leyenda de Amicus y Amelius muy conocida en Europa desde el siglo XI (cf. Bolte-Polivka I, p. 56) y rasgos del cuento de los tres consejos, y a esos elementos se entrelazan los demás motivos.

140. *Andaña fue padre.* 141. *Andaña fue padre.* 142. *Yo de Juan soy hija.*
143. *De Andalio soy hija*

Clasificación y estudios: Boggs 927*A; Chertudi, p. 172; Espinosa II, pp. 148-149; Hansen 927*A; Lenz, Cuentos de adivinanzas III, pp. 281-282; Thompson H809, R81, R154.3.

Versiones: Griega: Legrand, pp. 47-51.— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 441 'El pare i la filla'.— Españolas: Caballero I, p. 491, nr. 132. Espinosa, nr. 17. Rodríguez Marín, nr. 941.— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 20.— Argentinas: Chertudi, nr. 59 'El padre preso y su hija'. Lehmann-Nitsche, nr. 697a, nr. 697b, nr. 697c, 697d, 697e. Moya, p. 30 'La hija que amamanta al padre'.— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 31a 'La hija del preso'; nr. 31b 'La hija y el padre'; nr. 31c 'El preso y su hija'; nr. 31d, nr. 31e, nr. 31f, nr. g.— Chilenas: Lenz, Cuentos de adivinanzas II, pp. 362-363, nr. 4A 'La hija de Aldana'; pp. 363-364, nr. 4B; p. 364, nr. 4C; p. 364, nr. 4D. Manríquez, p. 89, nr. 5. Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo LXI, nr. 65, pp. 187-188, nr. 207, nr. 208.

144. *La hiel.* 145. *Vino te traigo, señor*

Clasificación y estudios: Boggs 927*B; Bolte-Polivka I, pp. 196-197; Espinosa II, p. 149; Hansen 927*B; Lenz, Cuentos de adivinanzas III, pp. 283-284; Thompson H792, H806, R152.

Versiones: Griegas: Legrand, pp. 47-51 'La fille qui allaite son père'. Romania X, pp. 244-245 'L'énigme'.— Española: Espinosa, nr. 18.— Española de Nuevo Méjico: Rael, nr. 414 'El potrillo'.— Dominicana: Andrade, nr. 312.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 32.

146. *Adivinanza con contenido*

Versiones: Catalana: Amades, Rondallística, nr. 451 'El condemnat'.— Española: Espinosa, nr. 20.

147. *Alli vienen nuestros padres*

Versiones: Catalana: Amades, Cançoner, p. 1317, nr. 1249.— Españolas: Espinosa, nr. 22. Rodríguez Marín I, nr. 929.— Argentinas: Chertudi, nr. 60 'Dos matrimonios vecinos y viudos'. Lehmann-Nitsche, nr. 717.— Dominicana: Andrade II, nr. 361.— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 59a, 59b, 59c.— Chilena: Revista Chilena de Historia y Geografía LXI, p. 158, nr. 31.

149. *Un amor de cuatro meses*

Estudio: Lenz, Cuentos de adivinanzas III, pp. 287-288.

Versiones: Chilenas: Lenz, Cuentos de adivinanzas II, pp. 369-370, nr. 7A; p. 370, nr. 7B; p. 370, nr. 7C; p. 371, nr. 7D; p. 371, nr. 7E. Manríquez, p. 88, nr. 2.

150. *Cuando tenía, te daba*

Estudio: Lenz, Cuentos de adivinanzas III, pp. 290-291.

Versiones: Españolas: Demófilo, Colección de enigmas y adivinanzas, Sevilla, 1880, nr. 650, nr. 1014 (citadas en Lenz, *ibídem*, p. 290).— Argentinas: Lehmann-Nitsche, nr. 701a, nr. 701b.— Dominicana: Garrido, nr. 348.— Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 57a, nr. 57b.— Chilenas: Lenz, Cuentos de adivinanzas II, p. 373, nr. 11A, nr. 11B.

La versión chilena 150, que recogió don Bernardo Valenzuela, es la única cuya solución es narrativa; las demás que citamos han tomado la forma de adivinanzas irresolubles.

151. *Un infante a uno pidió*

Versiones: Argentina: Lehmann-Nitsche, nr. 657.— Chilenas: Archivos del Folklore Chileno 6/7, p. 120, nr. 56; p. 121, nr. 57. Eliodoro Flores, Adivinanzas corrientes en Chile, nr. 85, nr. 86. Celestina Villablanca, Estudio del folklore de Chillán, Anales de la Facultad de Filosofía y Educación, Sección de Filología III, p. 216, nr. 4.

152. *¿Pa ónde vas, larga y delgá?*

Versiones: Catalana: Amades, Cançoner, p. 1315, nr. 1235.— Españolas: Espinosa, nr. 26. Llano Roza de Ampudia, nr. 137 'Larga y angosta'.— Chilena: Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo LXI, nr. 65, p. 171, nr. 111.

153. *Estaba Dùmere-dùmere*

Versiones: Españolas: Gonzalo Correas: Vocabulario de refranes i frases proverbiales, Madrid, 1906, p. 259, columna 1 (cit. en Laval, *Del latín en el folklore chileno*, p. 17). Demófilo, Colección de enigmas y adivinanzas, p. 341, nr. 7 (cit. en Laval, *ibidem*, p. 17).— Portorriqueña: Ramírez de Arellano, nr. 42.— Chilenas: Archivos del Folklore Chileno I, p. 95, nr. 186. Laval, *ibidem*, p. 17. Lenz, *Cuentos de adivinanzas II*, p. 381, nr. 24A, nr. 24B; p. 382, nr. 24C. Manríquez, p. 88, nr. 3; p. 89, nr. 4. *Revista de Historia y Geografía*, Tomo LXI, nr. 65, p. 157, nr. 27.

154. *En un blando va un muerto*

Versiones: Chilenas: Guzmán Maturana, *Anales de la Universidad de Chile*, xcii, nr. 15, p. 24. Lenz, *Cuentos de adivinanzas II*, p. 355, nr. 2A; p. 356, nr. 2B; p. 357, nr. 2E, nr. 2G; III, pp. 308-309, nr. 2M.

155. *Ayer tarde murió un ave*

Versiones: Portorriqueñas: Ramírez de Arellano, nr. 56a, nr. 56b, nr. 56c, nr. 56d, nr. 56e, nr. 56f.— Chilenas: Archivos del Folklore Chileno I, p. 95, nr. 187. Lenz, *Cuentos de adivinanzas II*, pp. 373-374, nr. 12.

156. [*La salvación de la mala madre*]

Clasificación: Aarne-Thompson 933 (variante)?; Boggs*983 (variante)!; Hansen* 983 (variante)?

El cuento 156 es una versión muy modificada y estropeada de la leyenda del Papa Gregorio, Aarne-Thompson 933, y se acerca más al tipo *983 que ha propuesto Boggs en su catálogo de cuentos españoles; pero se separa de las versiones de ambos tipos en que el motivo del incesto no llega a su fin. Antes de consumarse el matrimonio entre la madre y el hijo, la madre descubre la marca que le había dejado en la espalda, cuando lo abandonó de vergüenza por haberlo dado a luz siendo soltera. No le perdonan sus pecados ni el cura ni el obispo. Sólo el Papa le advierte que se salvará, cuando el ser (un culebrón) que nazca de un huevo que ella cuide durante nueve meses, llegue a grande y la mate. La madre cumple la penitencia; la profecía se realiza y ella se va a la gloria.

157. *Quico y Caco*. 158. *Quico y Caco*. 159. *Quico y Caco*

Clasificación general: Aarne-Thompson 950 + 1525 A.

Clasificación y estudios para el tipo 950: Aarne 950; Aarne-Thompson 950; Bolte-Polivka III, pp. 395-406; Delarue, en *Félice*, pp. 272-273; Eberhard-Boratav, Tipo 342; Espinosa III, p. 231; Hackmann 950; Hansen 950; Honto 950; Loorits 950; Schuller 950; Sveinsson 950; Thompson-Roberts 950; Thompson, *Folktale*, pp. 171-172.

Versiones del tipo 950: Alemanas: Bolte-Polivka III, pp. 400-401, analizan varias versiones.— Egiptia antigua: Maspéro, pp. 245-256 'Le conte de Rhampsinitos' =

Heródoto, Libro 12, cap. 121. Egiptia moderna: Artin Pacha, p. 201, nr. 17 'Souheim-el-leyl'.— Griega moderna: Legrand, pp. 205-216 'Voleur par natur'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 374 (siete versiones y variantes).— Cabilia: Rivière, pp. 13-19 'Les deux frères'.— Berberisca: Basset II, pp. 149-152, nr. 113 'L'adroit voleur'.— Francesas: Luzel III, p. 351 'Le voleur avisé', p. 367, variante.— Italianas: Pitrè III, pp. 205-209, nr. 159 'Mbroglija e Sbroglija'; pp. 210-218, nr. 160 'Lu muratori e so figghiu'.— Catalana: Amades, Rondallística, nr. 412 'El mestre lladre'.

Clasificación y estudios para el tipo 1525 A: Aarne 1521A; Aarne-Thompson 1525A; Boggs 1525A; Bolte-Polivka III, pp. 379-395; Delarue, en Félice, p. 273; Eberhard-Boratav, Tipo 346; Espinosa III, pp. 229-233; Hackmann 1525A; Hansen 1525A; Honti 1525A; Qvigstad 1525A; Schullerus 1525A; Sinninghe 1525A; Sveinson 1525A; Thompson-Roberts 1525; Thompson, Folktale, pp. 167-168, 174.

Versiones del tipo 1525A: Alemanas: Grimm, nr. 192 'Der Meisterdieb'. Hensen I, nr. 34 'Der Meisterdieb'.— Alemana de Suiza: Jegerlehner, pp. 53-55, nr. 75 'Der Meisterdieb'.— Turcas: Eberhard-Boratav, p. 377 (tres versiones).— Albanesa: Dozon, p. 169, nr. 22 'Les deux voleurs'.— Francesas: Bladé III, pp. 5-11 'Jean le Paresseux'. Cosquin II, nr. 70 'Le franc voleur'. Félice, nr. 16 'Le franc voleur'. Fleury, pp. 167-179 'Jacques le voleur'. Massignon, nr. 13. 'Le fin voleur'. Sébillot, Littérature orale, p. 112 'Le fin voleur'.— Italiana: Andrews, nr. 30 'Le fin voleur'.— Catalana: Alcover VII, pp. 24-41 'En Salom i es batle'.— Española: Espinosa, nr. 196 'Ladrón y pícaro'.— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 349 'El ahijado del ladrón'; nr. 355 'Juan Lépero'.— Dominicana: Andrade, nr. 132 'El gran ladrón'.— Chilena: Guzmán Maturana, Anales de la Universidad de Chile xci, nr. 15, pp. 50-60 'El guacho ladrón'.

Versiones de la mezcla 950 + 1525A; Maltesa: Bertha Ilg, Malthesische, Märchen und Schwänke, Leipzig, 1906, I, Nr. 25 'Der Meister als Diebe' (cita de Bolte-Polivka III, p. 382).— Españolas de Nuevo Méjico: Rael, nr. 352 'El fino ladrón'; nr. 353 'El fino ladrón'.— Argentinas: Carrizo, pp. 248-252, nr. 23 'El ladrón natural'; pp. 252-257, nr. 23a 'El ladrón'. Draghi Lucero, pp. 117-166 'Los tres ladrones'.— Dominicanas: Andrade, nr. 130 'El buen ladrón'; nr. 131 'Lo do ladronne'; nr. 134 'El muchacho que aprendió a ser ladrón'.— Chilena: Montenegro, pp. 153-162 'Travesuras de Quico y Caco' (175 + 950 + 1525A).

Nuestros tres cuentos de ladrones interesan, porque representan el estado actual en que se encuentra en la tradición hispánica el relato del robo del tesoro del rey Ramsínito, Aarne-Thompson 950, en relación especialmente con el tipo 1525. El sabio norteamericano Aurelio M. Espinosa había observado ya que en Europa existen versiones de ambos tipos y versiones que combinan motivos de los dos y que en la tradición hispánica son frecuentes las formas combinadas (Espinosa III, p. 229). Agregaba, además, que no conocía ninguna versión hispánica popular del tipo 950, sin mezcla. En efecto, no se dispone aún de una versión sin mezcla o simplemente incontaminada del cuento del rey Ramsínito, más aún, diríamos, de ninguna versión que desarrolle las tres partes del tipo 950. Nuestro cuento 157 tiene la importancia de contener las dos primeras partes con variaciones de detalle en sus motivos y una variante de la tercera. La introducción es el único elemento que la contamina. Caco roba los huevos del águila y Quico se los roba a él sin que lo sienta [K301.5]. El cuento 158, en cambio, es una combinación de motivos de los

tipos 950 + 1525A. La versión 159 es una mezcla muy incompleta con un final diferente.

Versión 157: 1525A I. (**d) Introducción. Dos ladrones se jactan de su habilidad. Uno de ellos roba los huevos a un águila [K305.1] y el otro se los roba, a su vez, sin ser advertido [K306]. + 950 I. (a). Los dos ladrones van a robar al palacio de un rey, al cual penetra uno de ellos, dejándose caer desde el techo. (b) El ladrón es sorprendido mediante un humo que sale por la abertura del techo [J1141, variante], (c) y es cogido en un fango de brea. (d) El compañero le corta la cabeza para ocultar su identidad [K409]. II. (a) Para descubrir al ladrón, el rey hace arrastrar el cadáver por las calles para ver dónde lloran al muerto [J1142] y marcar la puerta de la casa de la viuda. (**c, **d). El compañero marca todas las puertas con la misma seña que dejan los guardias. III. (a) El rey invita a la gente del pueblo y la hace embriagarse y dormirse. El consejero real descubre al ladrón por las palpitaciones del corazón y lo marca, cortándole una ceja. El ladrón hace lo mismo con todos y se salva [K415]. II. (b) El rey ordena velar al muerto en un morro para descubrir al compañero y éste, vestido de cura, embriaga a los guardias y les roba el muerto [K311.0.1].

Versión 158: 1525A I. (**d) Dos ladrones se jactan de su habilidad. Uno de ellos roba los huevos a un águila [K305.1] y el otro se los roba, a su vez, sin ser advertido [K306]. + 950 I (a) Los ladrones van a robar plata a casa de un rey, a la que penetran por una ventana. (c) Uno es cogido en una tina de brea. (d) El compañero le corta la cabeza [K409]. II. (a) Para descubrir al ladrón, el rey hace arrastrar el cadáver para ver dónde lloran al muerto [J1142]. (**c) Numeran la puerta de la casa de la viuda. (**d) El compañero pinta el mismo número en todas las puertas de la misma calle. (b) El rey ordena velar el muerto en el campo para descubrir al compañero y éste, vestido de cura, embriaga a los guardias y les roba el muerto [K311.0.1].

Versión 159: 950 I. (a) Dos ladrones roban mucho dinero al rey. II. (a) El rey hace arrastrar el muerto por la calle para ver dónde lo lloran [J1142]. (**d) El compañero pinta la misma seña en todas las puertas. (b) Velan el muerto sobre un puente, para descubrir al compañero y éste, vestido de cura, engaña a los guardias, les roba el cadáver [K311.0.1] + 1525A III. El ladrón roba el servicio de oro del rey, echando a correr un zorro dentro del comedor [K341.5.1, variante]. + 950 II. El rey hace desenterrar el muerto y velarlo de nuevo. Termina el cuento de diverso modo, que los de los tipos 950 y 1525. El ladrón roba los ojos del consejero que le había arrancado el rey, se los entrega al ciego y ambos abandonan la casa real.

I n d i c e

Introducción 7

T E X T O S :

76. El joven del carnero	9
77. El chanco maravilloso	13
78. Siete Colores	17
79. El Príncipe de las Armas Blancas	23
80. Siete Parches	30
81. El príncipe moro y el príncipe cristiano	45
82. El que sirvió de padrino de su misma esposa	50
83. Juan Catorce	52
84. Reinato, Hijo del Milagro	55
85. Rey muerto y rey puesto	57
86. Los siete mineros virtuosos	61
87. Los siete hijos de la viuda	64
88. El gigante	67
89. El niño huérfano	71
90. Piedra joya	76
91. La piedra misteriosa de los doce bandidos	83
92. Puntete	85
93. El rey y la reina mora	89
94. La niña sin brazos	94
95. El sol y la luna	99
96. María Ignacia y Juancito	102
97. La María Ceniza	109
98. Blanca Rosa y los cuarenta ladrones	112
99. La esposa calumniada	116
100. El medio pollo	117
101. El andarín	120
102. Tasco	121
103. El pacto del zapatero con el diablo	123
104. La flor del lirolay	123
105. El compadre pobre	125
106. La joven que va a casar con el diablo	128

107. La Juanita	130
108. La santidad del compadraz- go	132
109. El hombre pobre	134
110. El Forzudo del Sur con el Forzudo del Norte	137
111. El leso de los tres chanchitos	141
112. Los tres chanchitos	142
113. El cuento de las adivinanzas	145
114. El cuento de la adivinanza	147
115. Uno mató a Paula	148
116. Yo soy un fuego	148
117. Yo soy un fuego	152
118. El canario de oro	153
119. El pavo de oro	156
120. El rey moro con el rey cris- tiano	164
121. Acuérdate, falsa Amalia	170
122. Juan, Pedro y Diego	170
123. El rey Clarión de la Isla de Talagante	177
124. La mata de albahaca	187
125. La mata de albahaca	193
126. La mata de albahaca	198
127. La apuesta sobre la castidad de la esposa	212
128. La apuesta sobre la castidad de la esposa	218
129. La apuesta sobre la castidad de la esposa	224
130. La señora Clara	231
131. La Blanca Cebolla	237
132. Josecito	242
133. Juanito el Padecido	244
134. El príncipe mendigo	250
135. Rosalindo y Rosalía	251
136. Manuelito	254
137. Los tres consejos	262
138. Los consejos de El Grillo	264
139. Nuestra Madre del Rosario	269
140. Andaña fue padre	276

141. Andaña fue padre	276	155. Ayer tarde murió un ave	282
142. Yo de Juan soy hija	277	156. La salvación de la mala ma-	
143. De Andalio soy hija	277	dre	282
144. La hiel	277	157. Quico y Caco	284
145. Vino te traigo, señor	278	158. Quico y Caco	290
146. Adivinanza con contenido	278	159. Quico y Caco	296
147. Allí vienen nuestros padres	279	Glosario	299
148. Una cara llena de risa	279		
149. Un amor de cuatro meses	280		
150. Cuando no tenía, te daba	280		
151. Un infante a uno pidió	280		
152. ¿Pa ónde vas, larga y delgá?	281		
153. Estaba Dúmere-dúmere	281		
154. En un blando va un muerto	281		

ANOTACIONES:

Lista de narradores	303
Lista complementaria de obras consultadas	304
Comentarios	307